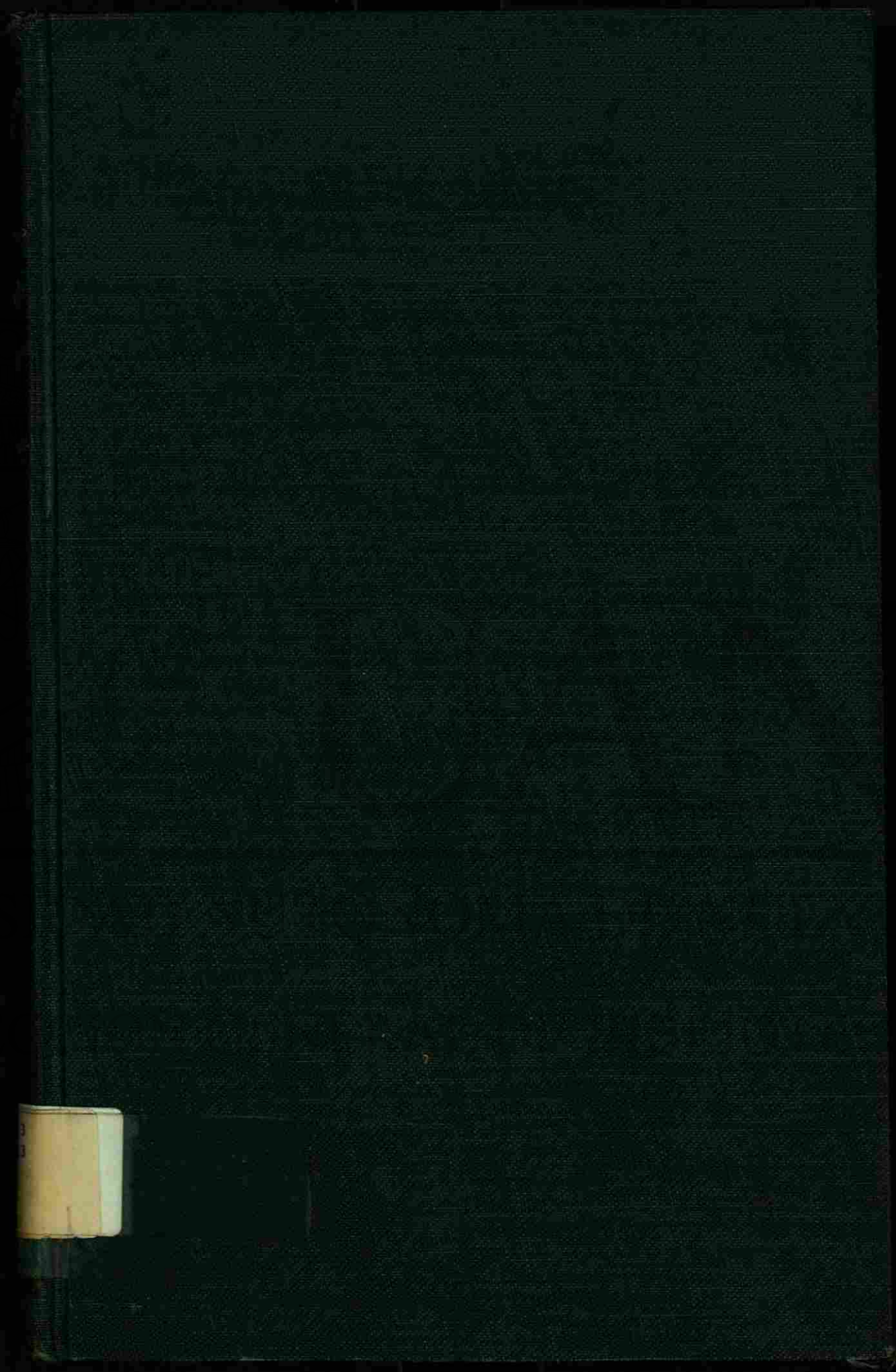






UNIVERSITY OF
GLoucester

LITERATURE

GLoucester

UNIVERSITY OF
GLoucester

LITERATURE

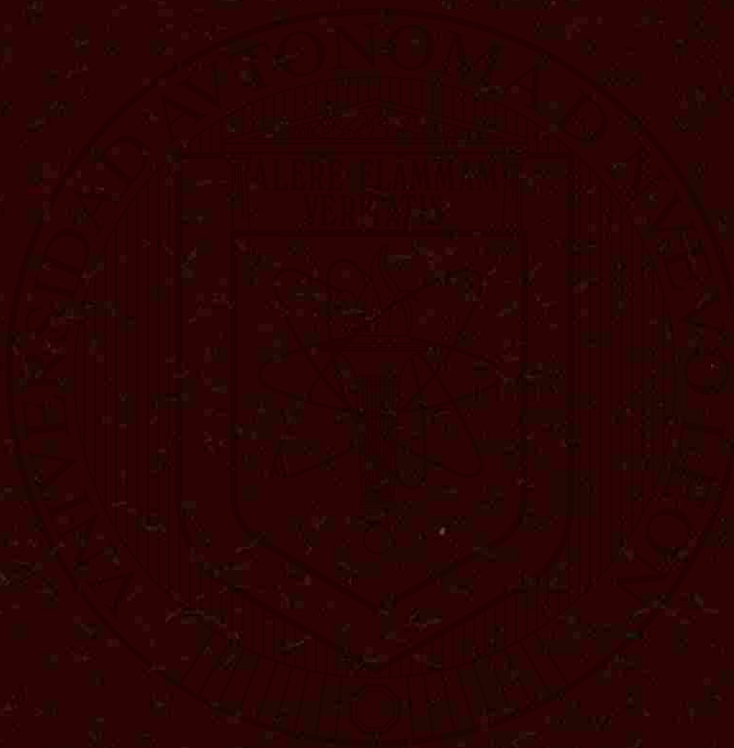
UNIVERSITY OF
GLoucester

LITERATURE

PR93
.Ch3



1020028645



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Covarrubias
BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

ENSAYO

SOBRE LA

LITERATURA INGLESA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



CHATEAUBRIAND.



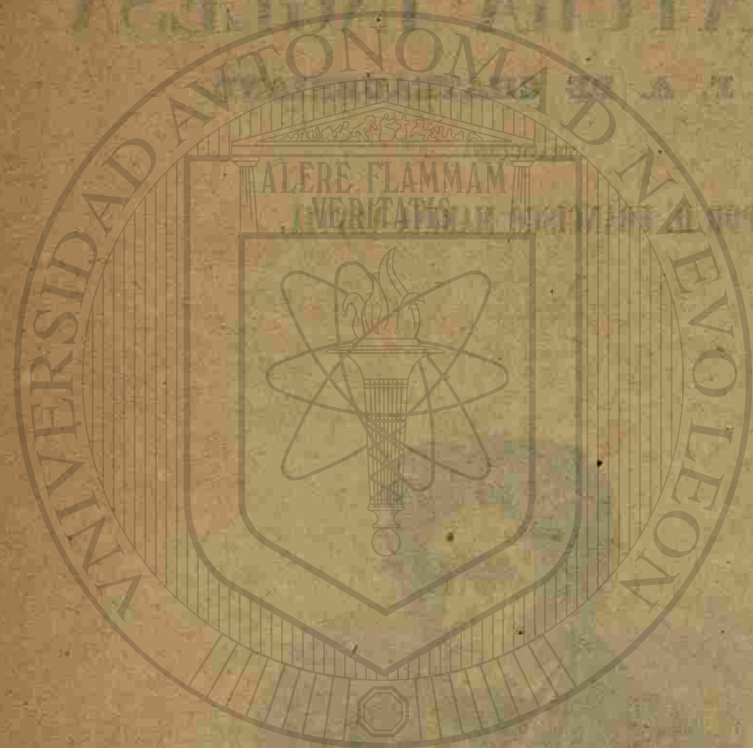
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86132

GASPAR, EDITORES.

4. PRÍNCIPE, 4.
MADRID.—1881.

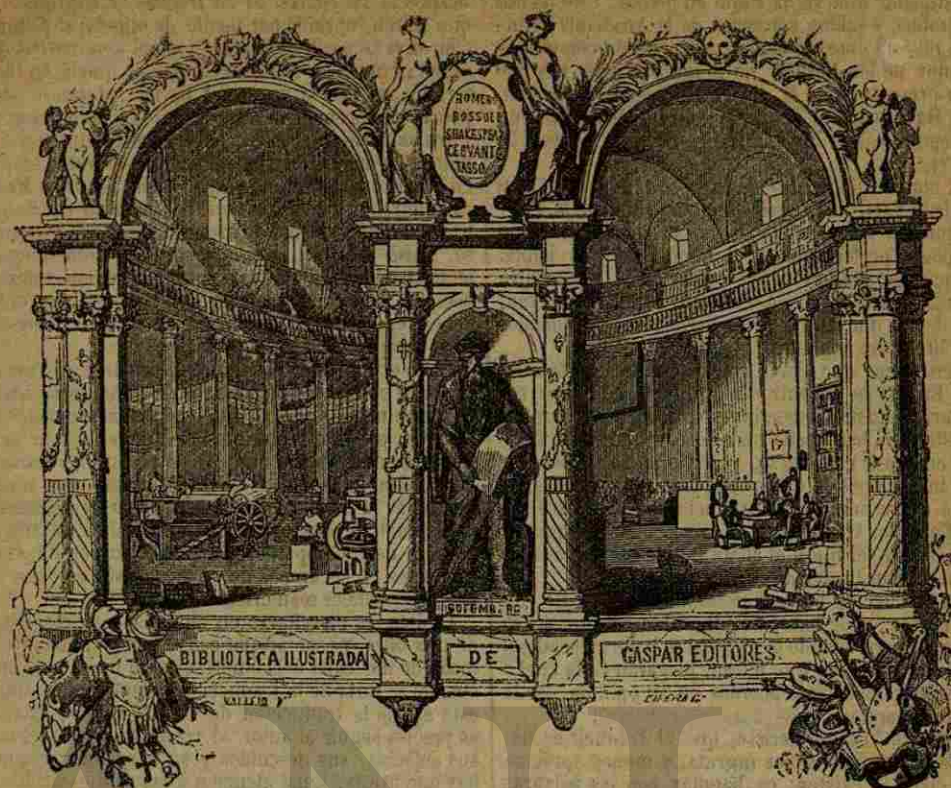
29858

820 PR93
Ch. Ch3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



ENSAYO

SOBRE LA

LITERATURA INGLESA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

ADVERTENCIA.

El *Ensayo sobre la literatura inglesa* que precede á mi traducción de Milton, se compone:

1.º De algunos pasajes tomados de mis antiguos *Estudios*, pasajes corregidos en cuanto al estilo, rectificados en lo relativo á las apreciaciones, y aumentados ó reducidos á menor estension por lo tocante al texto.

2.º De diversos extractos de mis *Memorias*, directa ó indirectamente relacionados con el trabajo que ahora presento al público.

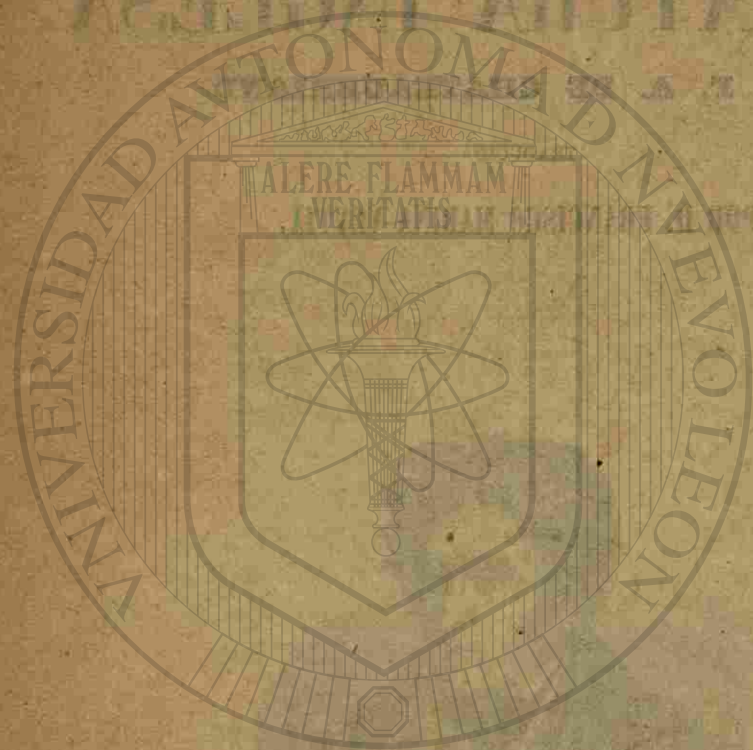
3.º De modernas investigaciones concernientes á la materia de este Ensayo.

He visitado los Estados-Unidos; he pasado ocho años de destierro en Inglaterra; he vuelto á Londres como embajador, y he podido observarlo despues de haberlo visto como emigrado, y finalmente, creo saber el inglés cuanto es posible saber un idioma extranjero. He leído además concienzudamente todo lo que he debido leer sobre el asunto de que se trata en

estos dos tomos, y si solo alguna rara vez he citado autoridades, no debe atribuirse sino á que siendo estas ya muy conocidas de las personas literatas, no ofrecen por otra parte ningun interés á las que no lo son. ¿Qué les importan á los hombres de mundo los nombres de Warton, Evans, Jones, Percy, Owen, Ellis, Leyden, Eduardo Williams, Tirwhit, Roquefort, Tressan, las compilaciones de los historiadores, las colecciones de los poetas, ni los manuscritos? Sin embargo, quiero hacer aquí mencion de una obra francesa, precisamente porque en mi concepto los periódicos no lo han hecho del modo que se merece. Conságranse artículos sin fin á producciones insignificantes y apenas se conceden veinte renglones á la apreciacion de libros instructivos y graves.

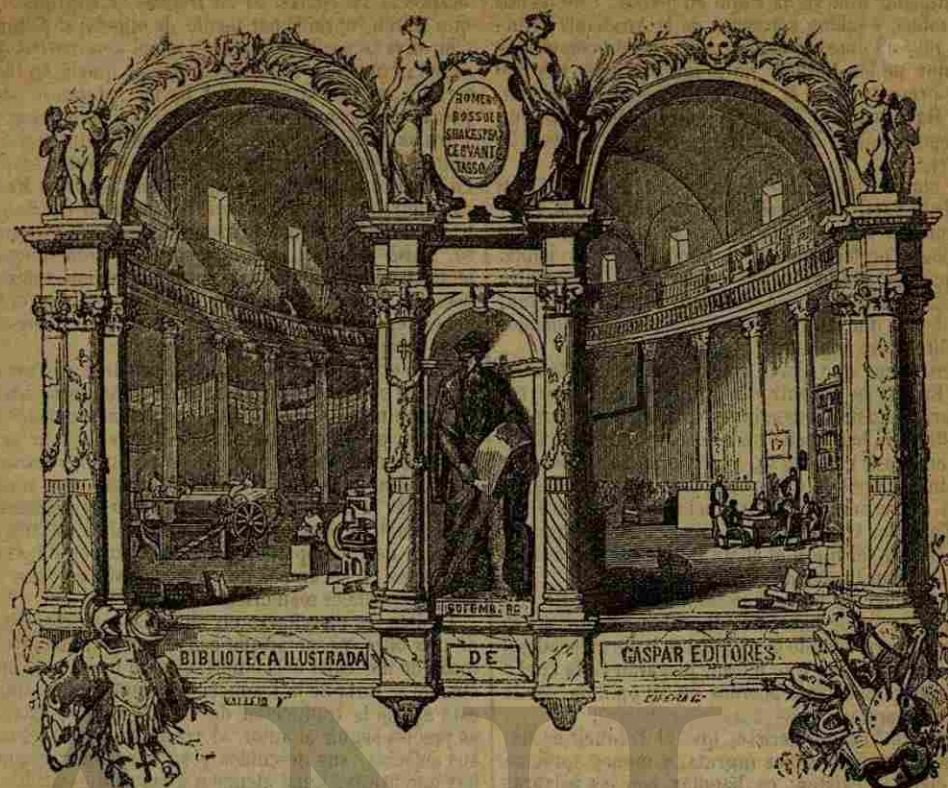
Los *Ensayos históricos sobre los Bardos, Juglares*, etc., del señor abate de La Rue, merecen llamar la atencion de cualquier apasionado de la sana crítica y de la erudicion tomada de las fuentes origi-

820 PR93
Ch. Ch3



DIRECCION GENERAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



ENSAYO

SOBRE LA

LITERATURA INGLESA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

ADVERTENCIA.

El *Ensayo sobre la literatura inglesa* que precede á mi traducción de Milton, se compone:

1.º De algunos pasajes tomados de mis antiguos *Estudios*, pasajes corregidos en cuanto al estilo, rectificados en lo relativo á las apreciaciones, y aumentados ó reducidos á menor estension por lo tocante al texto.

2.º De diversos extractos de mis *Memorias*, directa ó indirectamente relacionados con el trabajo que ahora presento al público.

3.º De modernas investigaciones concernientes á la materia de este Ensayo.

He visitado los Estados-Unidos; he pasado ocho años de destierro en Inglaterra; he vuelto á Londres como embajador, y he podido observarlo despues de haberlo visto como emigrado, y finalmente, creo saber el inglés cuanto es posible saber un idioma extranjero. He leído además concienzudamente todo lo que he debido leer sobre el asunto de que se trata en

estos dos tomos, y si solo alguna rara vez he citado autoridades, no debe atribuirse sino á que siendo estas ya muy conocidas de las personas literatas, no ofrecen por otra parte ningun interés á las que no lo son. ¿Qué les importan á los hombres de mundo los nombres de Warton, Evans, Jones, Percy, Owen, Ellis, Leyden, Eduardo Williams, Tirwhit, Roquefort, Tressan, las compilaciones de los historiadores, las colecciones de los poetas, ni los manuscritos? Sin embargo, quiero hacer aquí mencion de una obra francesa, precisamente porque en mi concepto los periódicos no lo han hecho del modo que se merece. Conságranse artículos sin fin á producciones insignificantes y apenas se conceden veinte renglones á la apreciacion de libros instructivos y graves.

Los *Ensayos históricos sobre los Bardos, Juglares*, etc., del señor abate de La Rue, merecen llamar la atencion de cualquier apasionado de la sana crítica y de la erudicion tomada de las fuentes origi-

nales y no de retazos de lecturas extraídas de algún investigador que ya ha caído en olvido. Uno de mis honorables y sabios consocios de la Academia Francesa, no está constantemente de acuerdo con el historiador de los Bardos: no lo ignora, pero hay que tener presente, que M. de La Rue es el *romancero*, y M. Raynouard el *Trovador*: no ha terminado aun la disputa entre la lengua de Oc y la lengua de Oil (1).

La obra titulada *Idea de la poesía inglesa* (1749) del abate Yart, y la *Poética inglesa* (1806) de M. Hennel, pueden ser consultadas con provecho. M. Hennel posee perfectamente el idioma de que habla. Anúncianse además varias colecciones, y por otra parte la *Biblioteca anglo-francesa* de M. O'Sullivan, nada dejará que desear á los verdaderos apasionados de la literatura inglesa.

Poco tengo que decir por lo tocante á mi traducción. En ella se encontrarán á millares ediciones, comentarios, ilustraciones, investigaciones y biografías de Milton. Se han hecho unas doce traducciones francesas en prosa y en verso, y por lo menos unas cuarenta imitaciones de este poeta; todas muy buenas; en pos de mí, vendrán otros traductores, todos excelentes. Entre los traductores en prosa, figura en primer lugar Racine (el hijo); el abate Delille sobresale entre los que lo han traducido en verso.

Una traducción no es la *persona*; es el *retrato*. Un gran pintor puede hacer un admirable retrato; así es en efecto; pero cuando el original se halle colocado al lado de la copia, los que miren, juzgarán cada cual á su modo, y no estarán acordes en su opinión por lo tocante al parecido.

Puede por lo tanto decirse, que el traducir es dedicarse á la profesión mas ingrata, y menos apreciada de cuantas existen; es batallar con las palabras para obligarlas á espresar un pensamiento, una idea emitida de diverso modo en un idioma extranjero produciendo un sonido que no tienen en el idioma del autor. ¿Por qué pues habré traducido á Milton? Por una razón de que se dará cuenta al fin de este *Ensayo*.

Mas nadie por esto se imagine que he empleado poca atención en mi trabajo; puedo por el contrario afirmar que es la obra de toda mi vida, pues hace treinta años que estoy leyendo, relejendo y traduciendo á Milton. Conozco hasta qué punto debe respetarse al público: él es dueño de trataros con toda franqueza; pero guardaos bien de usar de igual libertad para con él: si no hacéis caso del público, menos caso hará el público de vosotros. Sobre todo apelo al testimonio de los que todavía creen que el *escribir* es un *arte*: solo estos podrán comprender cuántos estudios y cuántos esfuerzos me ha costado la traducción del *Paraíso perdido*.

Por lo que toca al sistema de esta traducción, debo decir, que me he atenido al que adopté en otro tiempo para traducir los fragmentos de Milton citados en el *Genio del Cristianismo*. En mi concepto la traducción literal, es siempre la mejor. Una traducción interlineal sería la perfección de la obra si pudiera quitársele lo que tendría de duro.

La dificultad de la traducción literal consiste en reproducir una expresión noble por otra que igualmente lo sea, y en evitar que por medio de expresiones que se parecen, pero que no tienen la misma prosodia en ambos idiomas, adquiera pesadez una frase ligera, ó por el contrario.

Milton, además de la lucha que hay que sostener con su número poético, ofrece obscuridades gramati-

cias sin número; tiraniza el idioma y quebranta y desprecia las reglas. Si en francés se suprimiera lo que Milton suprimió por medio de elipses; si á imitación suya se perdiera á cada paso el *nominativo* y el *orden gramatical*; si los *antecedentes* quedasen indeterminados por la vaguedad de los *relativos*, nadie podría comprender la traducción. La invocación del *Paraíso perdido* presenta todas esas dificultades reunidas. La inversión suspensiva que el autor empleó en la censura del sétimo verso. «*Sing heavenly Muse*» es admirable y la he conservado para no caer en la fría y ordinaria forma de invocación griega y francesa, *Musa celestial, canta*, y para que desde luego el lector comprenda que va á entrar en regiones desconocidas: Luis Racine la conservó también, pero creyó deber regularizarla por medio de un galicismo que hizo desaparecer toda la poesía.

Dado este primer paso, Milton remonta el vuelo y prolonga su invocación al través de frases incidentales é interminables que, produciendo construcciones indirectas, ponen al lector en el caso de tener que hacer esfuerzos de atención antipáticos al espíritu francés. Para salvar este inconveniente, no hay otro medio que saltar la invocación y la esposición, y regenerar el nominativo en el nombre ó pronombre. Milton, á manera de río impetuoso, arrastra en pos de sí las márgenes, y las arenas de su cauce sin cuidarse de que sus raudales sean cristalinos ó turbios.

Posible es ejercitarse en algunos pasajes selectos de una obra, y esperar que con el tiempo se facilite el modo de dar cabo á la empresa; pero no es lo mismo cuando se trata de la traducción completa de la obra, esto es, de la traducción de 10,467 versos; cuando es preciso seguir al autor al través de sus bellezas y sus defectos, sus descuidos y su cansancio; cuando hay que prestar igual atención á los pasajes áridos y pesados sin perder de vista la expresión, el estilo, la armonía y todas las cualidades del poeta; cuando hay que estudiar el sentido eligiendo el que parezca mas bello cuando hay muchos, ó hay que adivinar el mas probable teniendo en cuenta el carácter ó la índole del autor; cuando es preciso recordar pasajes colocados tal vez á larga distancia del pasaje oscuro.... Semejante trabajo hecho concienzudamente, llegaría á cansar al espíritu mas laborioso y mas sufrido.

He procurado representar á Milton con toda exactitud, y para conseguirlo no he evitado la expresión horrible, ni la expresión sencilla cuando las he hallado en el original. Perros ahulladores son según expresión de Milton los hijos del pecado que se cobijan en la *perrera*, esto es, en las entrañas del pecador: no he desechado esa imagen. Eva dice, que la serpiente no trataba de *hacerle mal*, ni *causarle perjuicio*; me he guardado bien de poetizar esa cándida expresión de una joven que hace una gran cortesía al árbol de la ciencia después de haber comido su fruto: así es como Milton lo concibió. Si no he podido reproducir las bellezas del *Paraíso perdido*, no me podré excusar con decir, que se me han pasado desapercibidas.

Milton compuso una multitud de palabras que no existen en ningún diccionario, y está lleno de hebraísmos, helenismos y latinismos: así es que á un precepto ó á una ley de Dios, la denomina *primera hija de la voz*: emplea el genitivo absoluto de los griegos y el ablativo absoluto de los latinos. Cuando sus palabras compuestas no son demasiado extrañas al idioma francés, en su etimología sacada de las lenguas muertas ó del italiano, las he adoptado, y por esa razón he dicho: *emperadise, fragrance*, etc. Hay algunos idiotismos ingleses que casi todos los traductores han pasado por alto; sirva de ejemplo la palabra *planet-struck*: por lo menos he procurado que se comprendiera el sentido sin recurrir á perífrases demasiado largas.

Por lo demás, los cambios ocurridos en nuestras instituciones nos facilitan la inteligencia de algunas formas oratorias de Milton. El idioma francés se ha ido asimilando haciendo mas atrevido y mas popular. Milton escribió como yo en tiempo de revolución, y entre ideas que ya pueden considerarse como propias de nuestro siglo; por lo tanto me ha sido mas fácil emplear esos rodeos que los antiguos traductores no se habrían atrevido á aventurar. El poeta hace uso de antiguas palabras inglesas que con frecuencia revelan su origen francés ó latino; yo las he trasladado (*translatés*) por medio de expresiones francesas de la misma condición, respetando su índole rítmica y su carácter de antigüedad. No creo que mi traducción sea mas larga que el texto, y sin embargo nada he omitido.

Para esta traducción he tenido presente una edición del *Paraíso perdido* impresa en Londres por Jacob Tonson en 1725 y dedicada á Lord Sommers que fue el que libró al famoso poema de las injurias del olvido. Esta edición se halla enteramente conforme con las dos primeras que fueron revisadas y corregidas por el mismo Milton: la ortografía es antigua, las elisiones de letras frecuentes, los paréntesis multiplicados y los nombres propios, están escritos con versalitas.

He conservado la mayor parte de los paréntesis, puesto que tal era el modo de escribir del autor, y además, porque contribuyen á la claridad del estilo. Las ideas de Milton son tan abundantes y tan variadas, que al parecer el mismo autor se veía embarrasado, y tenía que dividirlos en compartimientos para coordinarlos, reconocerlos y no perder de vista la idea que debía considerarse como madre de todas las demás incidentales.

He escrito también con versalitas algunos nombres y pronombres cuando me han parecido á propósito para realzar la importancia del personaje á que se refieren ó para aclarar alguna ambigüedad. Por lo tocante al texto inglés impreso paralelamente á mi traducción, me he valido del que publicó Sir Egerton Brydges en 1835, cuya corrección es perfecta y mas propia de los lectores de nuestros tiempos.

Finalmente, me he tomado la molestia de traducir nuevamente yo mismo hasta un pequeño artículo acerca de los versos sueltos, así como los antiguos argumentos de los libros, porque es probable que sean de Milton. Por respeto al número del autor he superado las incomodidades del trabajo: paréntesis, puntos, comas, todo cuanto he hallado en el texto me ha parecido sagrado: los hijos de los hebreos tenían que aprender de memoria desde Beresith hasta Malaquias.

¿A quién le importa en la actualidad nada de lo que acabo de decir? ¿Qué traductor seguirá tan minuciosamente el texto? ¿Quién le agradecerá el haber vencido una dificultad, ni haber pasado días enteros discutiendo el mejor modo de verter una frase? Cuando Clement publicaba un voluminoso tomo con motivo de la traducción de las *Geórgicas*, todo el mundo lo leía y se interesaba en pro ó en contra del abate Delille: ¿estamos por ventura en aquellos tiempos? Puede sin embargo suceder que mi lector sea algún antiguo apasionado de la escuela clásica, reanimándose al recuerdo de sus antiguas admiraciones, ó bien algún joven poeta de la escuela romántica que ande á caza de imágenes, de ideas ó de expresiones para apoderarse de ellas como de un botín arrebatado al enemigo.

Por lo demás, hablo largamente de Milton en el *Ensayo sobre la literatura inglesa*, pues hay que tener presente, que no he escrito este *Ensayo* sino con motivo del *Paraíso perdido*. He analizado sus diversas obras, he demostrado que las revoluciones nos lo han aproximado á nuestra época; que puede

ser considerado como hombre de los tiempos presentes; que fue tan grande escritor en prosa como en verso; que como prosista adquirió celebridad durante su vida, y que el aplauso de la posteridad lo debe á la poesía; porque la celebridad de prosista se ha confundido en la gloria de poeta.

Debo advertir que en este *Ensayo* no me he ceñido tan estrictamente al asunto como en la traducción. Aquí hablo de todo, del presente, del pasado, del porvenir: por todas partes divago. Si me sale al paso la edad media, hablo de ella; si tropiezo con la reforma, hago un alto, y si lijo la vista en la revolución inglesa, no puedo librarme de recordar la de mi patria, ni de citar mis hechos y personajes. Al ver á un realista inglés en la cárcel, se me presenta el recuerdo del alojamiento que tuve en la prefectura de la policía. De los poetas ingleses, paso espontáneamente á contemplar los de mi patria; Lord Byron me hace acordar de mi destierro en Inglaterra, de mis paseos á la colina de Row, de mis viajes á Venecia, y así todo lo demás. Son misceláneas que participan de todos los tonos porque hablan de todas las cosas. De la crítica literaria familiar ó elevada, pasan á consideraciones históricas, á narraciones, á semblanzas ó á recuerdos generales ó personales. A fin de no sorprender á nadie para que desde luego se sepa lo que se va á leer, y con objeto de que se vea con claridad que la literatura inglesa no es en el caso presente mas que la tela de mis cuadros ó el cañamazo de mis bordados, he tenido por conveniente dar un segundo título á este *Ensayo*.

INTRODUCCION.

EL LATIN CONSIDERADO COMO FUENTE DE LAS LENGUAS DE LA EUROPA LATINA.

CUANDO un pueblo poderoso ha desaparecido; cuando ya no está en uso el idioma que hablaba, queda ese idioma como monumento en que otras edades admiran las obras maestras del pincel ó de los cincelos que ya se rompieron. Decir cómo los dialectos de los pueblos de la Ausonia se convirtieron en el idioma latino, qué es lo que este retuvo del carácter de las tribus salvajes que lo formaron, lo que perdió ó ganó mediante la conversión de un gobierno libre en un gobierno despótico, y mas adelante por la revolución consumada en la religión del Estado; decir cómo las naciones conquistadas y conquistadoras trajeron una multitud de locuciones extrañas á ese idioma, y cómo sus restos formaron la base sobre que se elevaron los dialectos del Oeste y del Mediodía de la Europa moderna, suministraría asunto para una inmensa obra de filología.

Nada efectivamente podría ser mas curioso ni instructivo que considerar el latin en su origen y acompañarlo hasta el fin al través de los siglos y de sus diversas indoles. Preparados se hallan ya los materiales de este trabajo en los siete tratados de Juan Nicolás Funke denominados: *De origine, De pueritia, De Adolescentia, De virili Etate, De imminente senectute, De vegeta senectute, De inertia et decrepita senectute latinæ linguæ tractatus*.

El dórico, el etrusco y el osco de los himnos de los salios y de la ley de las Doce Tablas, cuyos artículos en verso cantaban todavía los niños en tiempo de Cicerón, produjeron el lenguaje rudo de Duilio, de Cecilio y de Ennio, el animado de Plauto, el satírico de Lucilio, el greciforme de Terencio, el filosófico, triste, lento y espondáico de Lucrecio, el elocuente de Cicerón y Tito-Livio, el claro y correcto de César, el elegante de Horacio, el brillante de Ovidio, el poético y conciso de Cátulo, el armonioso de Tibulo, el divino de Virgilio y el puro y sentencioso de Fedro.

(1) En el momento de escribir este elogio de M. La Rue que no me es conocido sino por sus obras, recibí como en testimonio de gratitud la fúnebre esquela en que se me da parte de la muerte de este amigo de Walter-Scott.

Ese modo de hablar del siglo de Augusto (no sé en qué época colocar á Quinto Curcio), se convirtió, alterándose, en el lenguaje enérgico de Tácito, de Lucano, de Séneca y de Marcial, en la copiosa dicción de Plinio el Mayor, en la florida palabra de Plinio el Joven, en el lenguaje descarado de Suetonio, violento de Juvenal, oscuro de Persio, y en el ampuloso ó rastrero de Estacio y de Silio Itálico.

Después de haber pasado por los gramáticos Quintiliano y Macrobio; por los compendios Floro, Velleo Petéculo, Justino, Orosio y Sulpicio Severo; por los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Hilario de Poitiers, Paulino Agustín, Gerónimo y Salviano; por los apologistas Lactancio, Arnobio y Minucio Félix, por los panegiristas Eumeno, Mamertino y Nazario; por los historiadores de la decadencia Amiano Marcelino, y los biógrafos de la *Historia augusta*; por los poetas de la decadencia y de la caída Ausonio, Claudiano, Rutilio, Sidonio Apolinario, Prudencio y Fortunato; después de haber recibido de la conversión de religiones, de la transformación de costumbres y de la invasión de los godos, alanos, hunos, árabes etc., expresiones nacidas de las nuevas necesidades y de las nuevas ideas, volvió ese idioma á caer en otra barbarie al ser empleado por el primer historiador de aquellos francos que después de haber destruido el imperio romano dieron principio á otro idioma.

Los escritores fueron notando por sí mismos las alteraciones que de siglo en siglo iba sufriendo el idioma latino: Ciceron afirma, que en las Galias circulaban muchas palabras, cuyo uso no era bien recibido en Roma: *verba non trita romæ*, Marcial se jactaba de valerse de expresiones célticas; San Gerónimo dice, que en su tiempo, el idioma latino iba cambiando en todos los países *regionibus mutatur*; Feste en el quinto siglo, se lamentaba de la ignorancia en que se había caído respecto de la construcción del latín; San Gregorio el Grande declara, que le importan poco los barbarismos y solecismos; Gregorio de Tours reclama la inteligencia del lector por haberse desviado en el estilo y en las palabras de las reglas gramaticales, confesándose poco instruido en el particular: *non sum imbutus*; los juramentos de Carlos el Calvo y de Luis el Germánico nos presentan el latín espirando; los escritores de vidas de santos alaban á los obispos que saben hablar puramente el latín y los concilios del siglo IX, les mandan predicar en lengua romano-rústica.

Debe pues referirse al espacio que medió entre el séptimo y noveno siglo, la época en que el latín se metamorfoseó en romance de diferentes matices y acentos según las provincias en que se usaba. El latín correcto que vuelve á aparecer en los historiadores y escritores del reinado de Carlo-Magno, no es ya el latín hablado, sino el latín aprendido. No tardó la palabra latín en no significar mas que romance ó lengua romana, y en seguida fue tomado por la palabra lengua en general: así es que se dijo, *los pájaros cantan en su latín*.

Una lengua civilizada nacida de una lengua bárbara, se diferencia según sus elementos, de una lengua bárbara, proveniente de otra civilizada; la primera debe permanecer mas original, porque dimana de sí misma, y ella es la que únicamente ha desarrollado su germen; la segunda, esto es, la lengua bárbara, ingerida en una civilizada, pierde su savia natural y produce frutos extraños.

Tal es el latín respecto del idioma salvaje que lo engendró, y tales son las lenguas modernas de la Europa latina con referencia á la lengua culta de que se derivan. Una lengua viva que sale de otra lengua viva, prosigue en sus condiciones de vida; pero una lengua viva abortada de otra muerta, trae consigo algo de la condición mortuoria de su madre; conser-

va una multitud de palabras que ya han espirado y que no dan mas señales de existencia que las que da el silencio para expresar el sonido.

Existió en los últimos momentos de la lengua latina un idioma que pueda llamarse de transición entre aquella y los modernos, y que haya sido general de este lado de acá de los Alpes y del Rin? La lengua romano-rústica da que tan frecuente mención se hace en los concilios del siglo IX, era esa lengua romana, ese provenzal que se hablaba en el Mediodía de Francia? ¿El provenzal era el catalán? ¿Se formó en la corte de los condes de Barcelona? El romance del Norte del Loira; el romance valon ó sea el que usaron los romanceros, que se convirtió en francés, ¿precedió al romance del Mediodía del Loira? ¿ó sea al romance de los trovadores? La lengua de Oc y la lengua de Oil tomaron el asunto de sus canciones ó historias de los cantares armoricanos, ó de los de la Galia? Materia es esta de una controversia que no terminará hasta que la erudita obra de M. Fauriel haya derramado alguna luz sobre tan oscuro asunto.

LA LENGUA INGLESA DIVIDIDA EN CINCO EPOCAS.

Entre las lenguas formadas del latín, cuento la inglesa por mas que reconozco su doble origen. Demostraré cómo desde la conquista de los normandos hasta bajo el reinado del primer Tudor, dominó la lengua franco romana, y cómo la lengua inglesa moderna adquirió y ha retenido una inmensa cantidad de palabras latinas y francesas.

La lengua romano-rústica, se dividió en dos ramificaciones, esto es, en la lengua de Oc y en la de Oil. Cuando los normandos se apoderaron de la provincia á que dieron su nombre, aprendieron la lengua de Oil: esta es la que se hablaba en Rouen, así como en Bayeux usaban el dinamarqués. Guillermo llevó los dialectos franceses á Inglaterra con los aventureros que le siguieron de las dos márgenes del Loira.

Pero en los siglos anteriores, mientras los galos componían su idioma de los restos del latín, la Gran Bretaña, de donde hacia ya mucho tiempo que los romanos se habían retirado, y en donde los pueblos del Norte habían ido estableciendo sucesivamente, había conservado sus dialectos primitivos.

De aquí pues se deduce, que la lengua inglesa se divide en cinco épocas:

1.ª La época anglo-sajona desde el 450 al 780. El monge Agustín dió en 570 á conocer el alfabeto romano en Inglaterra.

2.ª La época dinamarquesa-sajona desde el 780 hasta la invasión de los normandos. De esta época se conservan principalmente los manuscritos llamados de Alfredo y dos traducciones de los cuatro evangelistas.

3.ª La época anglo-normanda que principia en 1066. La lengua normanda no era en realidad otra cosa que el *neustrio*, esto es, la lengua francesa del lado de acá del Loira, ó sea la lengua de Oil. Los normandos se servían para conservar la memoria de sus cantares de ciertos caracteres llamados *runstabbath*, que eran las letras rúnicas, á las cuales añadieron las que Ethico había inventado anteriormente, cuyos signos fueron dados por San Gerónimo.

4.ª La época normando-francesa. Cuando Leonor de Guyena trajo á Enrique II las provincias occidentales de Francia desde el Bajo Loira hasta los Pirineos, y después que algunas princesas de la sangre de San Luis se fueron sucesivamente enlazando con monarcas ingleses, se mezclaron de tal manera los Estados, las propiedades, las familias, los usos, y las costumbres, que el francés se convirtió en idioma común de los nobles, de los eclesiásticos, de los sa-

bios y de los comerciantes de ambos reinos. En el Domesday-Book, carta topográfica y catastro de las propiedades, hecho por orden de Guillermo el Conquistador, están escritos los nombres de los lugares en latín según la pronunciación francesa. Así es que una multitud de palabras latinas entraron directamente en la lengua inglesa por la religión y por sus ministros, cuyo idioma era el latín é indirectamente por mediación de palabras normandas y francesas. El normando de Guillermo el Bastardo conservaba también expresiones escandinavas, ó germánicas que los hijos de Rollon habían introducido en el idioma del país franco conquistado por ellos.

5.ª La época llamada propiamente inglesa, esto es, cuando el inglés se habló y escribió del modo que hoy existe. Estas cinco épocas se hallarán colocadas en las cinco partes en que se divide este Ensayo.

Y se clasifican naturalmente bajo los títulos siguientes:

1.ª Literatura bajo el reinado de los anglos-sajones, de los dinamarqueses y durante la edad media;

2.ª Literatura bajo los Tudors;

3.ª Literatura bajo los dos primeros Estuardos y durante la república;

4.ª Literatura bajo los dos últimos Estuardos;

5.ª Literatura bajo la casa de Hannover.

Al estudiar las diversas literaturas se escapan una multitud de alusiones y de rasgos, si no se conservan bien fijos en la memoria los usos y las costumbres de los pueblos. Un cuadro de la literatura, enteramente aislado de la historia de los pueblos daría lugar á una portentosa quimera. Al oír cantar imperturbablemente á los sucesivos poetas sus amores y sus rebaños, llegaría uno á figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupción sobre la tierra. Sin embargo, en esa misma Inglaterra de que nos estamos ocupando, resonó el eco de tales conciertos en medio de la invasión de los romanos, de los pictos, de los sajones y de los dinamarqueses; en medio de las conquistas de los normandos, de la sublevación de los barones, de las disputas de los primeros Plantagenetes por la corona, de las guerras civiles de la rosa encarnada y de la rosa blanca, de las desolaciones de la reforma, de los suplicios mandados por Enrique VIII, de las hogueras encendidas por María; en medio de las matanzas y esclavitud de Irlanda, de las devastaciones de Escocia, de los cadalsos de Carlos I y de Sidney, de la fuga de Jacobo y de la proscripción del presidente y de los jacobitas: mezclados todos esos sucesos con tempestades parlamentarias, con crímenes de la corte y con mil guerras extranjeras.

El orden social, á parte del orden político, se compone de la religión, de la inteligencia y de la industria material. En medio de las catástrofes y de los mas terribles acontecimientos, nunca falta en cualquiera nación un sacerdote que reza, un poeta que canta, un autor que escribe, un sabio que medita, un pintor, un estatuario ó un arquitecto que pinta, esculpe y construye, y un artesano que trabaja. Esos hombres marchan al lado de las revoluciones, y al parecer disfrutan de una vida á parte: no fijando la vista sino en ellos no se vería mas que un mundo real, verdadero, inmutable, base del edificio humano; pero que parece ficticio y extraño á la sociedad convencional, á la sociedad política. Solo el sacerdote en sus cánticos, el poeta, el sabio, el artista en sus composiciones, y el artesano en sus trabajos, revelan de cuando en cuando la época en que viven marcando la repercusión de los sucesos que con mas ó menos abundancia les hicieron derramar sudores, lamentos, y producciones de su genio.

Para destruir la ilusión de estas dos vistas sociales presentadas aisladamente; para no crear la quimera que he indicado al principiar este capítulo; para evitar que el lector entre repentinamente y sin estar

preparado en la historia de los cantares, de las producciones y de los escritores de los primeros siglos de la literatura inglesa, creo conveniente reproducir aquí el cuadro general de la edad media, á fin de que sea como un prólogo que acabe de ilustrar el asunto.

EDAD MEDIA.

LEYES Y MONUMENTOS.

La edad media presenta un cuadro fantástico, producto al parecer de una imaginación tan poderosa, como desarreglada. En lo antiguo cada nación sale, si así puede decirse, de su propio tronco; un espíritu primitivo, que se infiltra y se deja sentir por todas partes, da homogeneidad á las instituciones y á las costumbres. La sociedad de la edad media se compone de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana, y hasta el paganismo, habían dejado en ella señales de su paso, y la religión cristiana la enriquecía con sus creencias y sus solemnidades. Los bárbaros, francos, godos, burgondios, anglos-sajones, dinamarqueses y normandos, seguían conservando las costumbres y el carácter propio de sus razas. Todos los géneros de propiedad estaban involucrados, todas las especies de leyes se confundían, el alodio, el feudo, las manos muertas, el código, el digesto, la ley sálica, gombeta, visigoda y el derecho tradicional. Todas las formas de libertad y de servidumbre campeaban al mismo tiempo; la libertad monárquica del rey, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del sacerdote, la libertad colectiva de los municipios, la libertad privilegiada de las ciudades, de la magistratura, de los gremios y corporaciones, la libertad representativa de la nación, existían juntamente con la esclavitud romana, con la servidumbre bárbara, y con la del extranjero no naturalizado. De semejante involucración nacían aquellos espectáculos incoherentes, aquellas costumbres contradictorias á primera vista y que solo se adunaban por el vínculo de la religión. Habría podido decirse que pueblos diversos sin ningún lazo de afinidad recíproca, se habían convenido en vivir bajo el cetro de un mismo dueño alrededor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior presentaba entonces la Europa un cuadro mas pintoresco y nacional que el que ofrece en la actualidad. A los monumentos, hijos de nuestra religión y nuestras costumbres, hemos substituido por afectación de la arquitectura bastardo-romana, otros monumentos que ni están en armonía con nuestro cielo, ni son apropiados á nuestras necesidades: fría y servil copia que ha introducido la mentira en nuestras artes, así como la imitación de la literatura latina ha destruido la originalidad del genio franco. No era así por cierto como se imitaba en la edad media: los ingenios de aquel tiempo también admiraban á los griegos y á los romanos, también investigaban y estudiaban sus producciones; pero en vez de sujetarse servilmente á ellas las dominaban las arreglaban á su manera, las nacionalizaban, y aumentaban su belleza por medio de una metamorfosis llena de vida y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas en Occidente no fueron mas que templos vueltos al revés, si así pudiera decirse; el culto del paganismo era exterior; la decoración de los templos siguió la misma marcha; el culto cristiano era interior; interior fue también la decoración de sus iglesias. Las columnas pasaron de lo exterior al interior del edificio, como en las basílicas donde se reunían los fieles cuando salieron de las criptas y de las catacumbas. Las dimensiones de la iglesia escudieron en extensión á las del templo, porque la multitud cristiana se apiñaba bajo la bóveda de la iglesia al revés de la multitud pagana que se estacionaba bajo el peristilo del templo. Mas cuando los fieles pudieron no solo ejercer libremente, sino hasta

imponer un culto, cambiaron también ese orden de construcción de sus iglesias y la adornaron por la parte del paisaje y del cielo.

Con objeto de que los sostenes de la aérea nave estuvieran en armonía con el todo del edificio, el cincel tomó á su cargo el embellecerles: no se veían mas que arcos de puentes, pirámides, obeliscos y estatuas.

Los adornos que no estaban adheridos al edificio seguían la uniformidad del estilo: las tumbas eran de forma gótica y la basílica que como un gran catafalco se elevaba sobre ellas, parecía haber sido vaciada en el mismo molde. Las artes del dibujo participaban del gusto compuesto y florido, en las paredes y en los cristales de las ventanas, se veían pintados paisajes y escenas de religión y de la historia nacional.

En las casas de los grandes señores formaban el techo de los salones escudos de armas pintados y separados por losangas doradas, formando un todo semejante al de los artesonados techos que se veían en los hermosos palacios de los *cinque cento* en Italia. Hasta en la letra común entraba en gran parte el dibujo; el geroglífico germánico que había sustituido al trazo rectilíneo romano, armonizaba con el estilo de las piedras sepulcrales. Las torres aisladas puestas á manera de garitas en las alturas; las fortalezas rodeadas de bosques ó suspendidas en lo alto de las rocas como un nido de buitres; los puentes angulares y estrechos atrevidamente contruidos sobre los torrentes; las ciudades fortificadas que se encontraban á cada paso y cuyas almenadas murallas servían á la vez de seguridad y de ornamentación; las capillas, los oratorios, las ermitas colocadas en los sitios mas pintorescos al margen de los caminos y de los ríos; los campanarios con sus caprichosas veletas, las abadías, los monasterios, las catedrales y por decirlo de una vez todos esos edificios, que ya no se ven sino en número muy reducido, y al través de las mutilaciones causadas por el tiempo, ostentaban en aquella época toda la pompa, todas las galas de su juventud. La vista al fijarse en la blancura de sus piedras, nada perdía de la ligereza de sus detalles, ni de la elegancia de sus entretejidas líneas y rasgos, ni de sus bajo-relieves, ni de sus calados, ni de sus recortes, ni de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

En el breve espacio de diez y ocho años, desde el 1136 hasta 1154, nada menos se construyeron que mil ciento quince grandes edificios en solo Inglaterra.

La cristiandad edificaba á espensas de todos los fieles, por medio de cuestaciones y de limosnas, catedrales en aquellos Estados que carecían de fondos para pagar los trabajos, que casi en ninguna parte se llegaron á terminar. En aquellos vastos y misteriosos edificios, se grababan en alto y bajo relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, las vestiduras y todos los objetos pertenecientes al culto. Pendones, cruces de diversas formas, cálices, custodias, pálios, capuchas, cayados, mitras cuya forma tiene analogía con el gusto gótico, incensarios, en una palabra, todos los objetos pertenecientes al culto, se veían simbólicamente enlazados y producían inesperados efectos artísticos. Con frecuencia los canchales de los tejados representaban figuras de obispos diablos, ó de frailes en ademanes grotescos. Aquella arquitectura era una sorprendente mezcla de lo trágico y lo ridículo, de lo gigantesco y lo gracioso. Ese mismo gusto dominaba en las producciones literarias de la época.

Las plantas de nuestro suelo, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina entraban en la ornamentación de las iglesias, así como el acanto y la palmera embellecieron los templos edificadas en el país y siglo de Pericles. En lo interior cada catedral era á modo de un bosque, un laberinto cuyas mil co-

lumnas se cruzaban, separaban y volvían á unirse á cada movimiento del que las miraba. Este bosque recibía la luz por rosetones compuestos de vidrios pintados que parecían soles brillando con mil colores bajo la enramada: en lo exterior la catedral presentaba el aspecto de un edificio que aun conservaba el armazón de los arcos y andamios que se habían empleado para construirlo.

TRAJES, SOLEMNIDADES Y DIVERSIONES PÚBLICAS.

La población que se agitaba en torno de aquellos edificios, está descrita en las crónicas y pintada en las viñetas. Distingúanse también las diversas clases de la sociedad y los habitantes de las diversas provincias, unos por la forma de sus vestidos, y otros por modas locales. Las poblaciones no ofrecían ese uniforme aspecto que un mismo modo de vestir da en la actualidad á los aldeanos y á los habitantes de las ciudades. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las Ordenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los eremitas, las cofradías, los artesanos, los labradores y la clase media, presentaban una variedad infinita de trajes, cual en pequeño se conserva aun en algunos puntos de Italia. Sobre este particular es preciso referirse á las artes, confesando que en realidad es muy poco el partido que el pintor puede sacar de nuestros trajes ajustados, y de nuestros sombreros redondos ó apuntados.

Entre los siglos XII y XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaban un chaqueton pardo, sujeto á los costados por medio de un cinturón. El sayo de piel (*pélicon*), del cual tal vez ha nacido la sobrepelliz, era común á todas las condiciones. El pellico y la túnica talar á lo oriental, eran el traje propio del caballero cuando se desnudaba de su armadura; las mangas de esa túnica cubrían las manos y toda ella era parecida al *caftan* que hoy gastan los turcos. La toca adornada de plumas, el capuchón ó el sombrerillo hacían las veces de turbante. De la túnica ancha cual se acaba de describir, pasaron al traje ceñido y luego volvieron otra vez á la túnica adornada con el blason del que la usaba. Los calzones rayaban en lo indecente por lo angostos y cortos, pues no cubrían mas que medio muslo, y las medias eran desiguales en color. Otro tanto sucedía con la especie de casaca que cubría el cuerpo y cuya mitad era blanca, y la otra negra, y con el sombrerillo azul por un lado y encarnado por otro. «Tan estrechos llegaron á ser sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecía sino que la persona quedaba desollada. Otros gastaban vestidos abultados sobre los riñones como si fueran mujeres, y traían sombrerillos menudamente festoneados todo alrededor. Las piernas de sus calzones eran de distinto paño, y como la estrechidad de las mangas llegaba hasta el suelo, parecían unos verdaderos juglares. No hay pues que extrañarse de que Dios quisiera corregir las maldades de los franceses descargando su azote (la peste).

«Todo este traje quedaba cubierto los días de ceremonia por una capa, tan pronto corta como larga. «La de Ricardo I era una tela rayada guarnecida de globos y medias lunas de plata, imitando el sistema planetario. (Winisau). El collar era un adorno común á hombres y mujeres.

Los zapatos de punta retorcida, llamados á la *poulaine*, fueron de moda por mucho tiempo. El artesano les daba por encima un corte parecido á las ventanas de las iglesias: el noble los usaba con una punta de dos pies de largo y su estrechidad estaba adornada de cuernos, de garras ó de otras figuras grotescas: todavía se fueron prolongando mas las puntas, de manera que ya no fue posible andar sin llevarlas sujetas á la rodilla por medio de una cadena de oro ó plata. Los

obispos lanzaron excomunión contra los que usaban esta moda y la trataron de *pecado contra natura*. Por último se declaró que eran contra las buenas costumbres, y que con semejante invención se insultaba al Creador. En Inglaterra se prohibió á los zapateros por medio de un acto del parlamento hacer calzado cuya punta pasara de dos pulgadas. A los zapatos en forma de pico sucedió la moda de las babuchas anchas y de punta cuadrada. Las modas variaban en aquellos tiempos tanto como en los presentes. Cualquiera señora ó caballero que imaginaba un nuevo capricho (*hatigote*), podía aspirar á cierta celebridad. El inventor del calzado á la *poulaine* fue un caballero inglés llamado *Robert le Cornu*. (W. MALMESBURY).

Las hidalgas (*gentilfames*), usaban sobre la piel lienzo muy fino y luego se envolvían en una túnica que subía hasta la garganta con el escudo de armas de su marido á la derecha y el de su propia familia á la izquierda. Unas veces alisaban el cabello sobre la frente sujetándolo con un bonetillo adornado de lazos, otras lo dejaban flotar enteramente suelto por la espalda, y otras lo reunían en trenzas de manera que formaba una especie de pirámide que alguna vez llegaba á tener tres pies de elevación. De aquí suspendían largos velos y cintas, que á manera de banderolas iban flotando á su alrededor. Hubo un tiempo en que fue preciso dar ensanche á las puertas de las habitaciones para que sin descomponerse pudiera pasar el peinado de aquellas señoras. Sostenían el armazón de semejantes peinados dos retorcidos cuernos, de uno de los cuales, el de la derecha, descendía una ligera banda, que la jóven dejaba flotar, sujetaba al pecho ó llevaba enroscada en el brazo. Una mujer vestida de toda gala ostentaba collares, sortijas y brazaletes. De su cinturón recamado de piedras preciosas pendía una escarcela bordada, y cabalgaba llevado en su muñeca un halcón, ó un bastoncillo en la mano. «Qué cosa mas ridícula, decía el Petrarca en una carta que escribió al Pontífice en 1336, que ver hombres con el vientre fajado, con zapatos puntiagudos, y con tocas cargadas de plumas, con caballos trenzados flotando por detrás de la cabeza como la cola de un animal, ó sujetos sobre la frente con pasadores de cabeza de marfil.» Pedro de Blois, añade, que la moda exigía afectación en el hablar. ¿Y en qué lengua cambia esa afectación? En la lengua de Roberto Wace, de Roman de Rou, de Ville-Hardouin, de Joinville y de Froissard!

El lujo de los trajes y el que se empleaba en las diversiones públicas era superior á cuanto se puede creer; no somos mas que unos mezquinos personajes en comparación de aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo se presentaron mil caballeros llevando uniformemente un traje de seda, que se llamaba *cointise*, y al día siguiente parecieron todos con otro vestido no menos magnífico (*MATTHIEU PARIS*). Uno de los vestidos de Ricardo II rey de Inglaterra, había costado treinta mil marcos de plata (*KNYCTON*). Juan Arundel tenía cincuenta y dos trajes completos de tisú de oro.

En otro torneo desfilaron por de pronto sesenta magníficos caballos ricamente enjaezados, conducidos cada cual por un escudero de honor y precedidos de músicos y trovadores; en seguida aparecieron sesenta señoritas espléndidamente vestidas cabalgando en soberbios corceles y llevando cada cual sujeto con una cadenilla de plata á un caballero armado de punta en blanco. La música y el baile completaban la magnificencia de esas diversiones (*bandors*). El rey, los barones, los caballeros y los prelados, saltaban alegremente al son de la gaita y de los rústicos instrumentos que entonces se usaban.

Durante las festividades de Navidad solían disponerse grandes mojigangas. En Inglaterra se prepara-

ron (A. 1348) ochenta túnicas, cuarenta y dos caretas, y un gran número de vestidos extraños para las máscaras.

En 1377 una comparsa de mas de ciento treinta personas disfrazadas de diversos modos divirtió grandemente al príncipe de Gales.

La pelota, el mallo, la paleta, los bolos y los dados traían revueltos á todos los hombres. Todavía se conserva una nota de Eduardo II, en la que dice deber á su barbero cinco chelines que le había pedido prestados para jugar á cara ó cruz.

COMIDAS.

El sonido del clarín anunciaba en casa de los nobles que era ya llegado el momento de comer, y como la urbanidad exigía lavarse las manos antes de sentarse á la mesa, es de presumir que de esa costumbre nació la frase militar de *tocar al agua* (*corner l'eau*). Comían á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos cuya altura estaba en relación con la de la mesa. De aquí proviene la palabra banquete. Había mesas de oro y de plata cinceladas; pero las que eran simplemente de madera se cubrían con manteles procurando que sus pliegues imitasen las ondas de un río suavemente enroscadas por un fresco viento. Las servilletas datan de una fecha mas reciente: tampoco fue conocido el uso del tenedor hasta fines del siglo XIV, y la primera vez que se hace mención de ellos es en tiempo de Carlos V.

Alimentábanse poco mas ó menos de los mismos manjares que usamos en la actualidad; pero en su confección empleaban refinamientos que no han llegado hasta nosotros; no había la civilización romana perecido por lo tocante á la cocina. Entre los manjares exquisitos que segun consta se usaban en aquel tiempo en Francia, se hace mención de los llamados *dellegrous*, *maupigyrum* y *karumpie*. ¿Quién sabrá la significación de tales nombres? Daban formas obscenas á ciertos ojaladres, y los eclesiásticos, las mujeres y hasta las niñas, no se ruborizaban de llamarlos con el nombre propio de lo que representaban. La lengua andaba todavía sin trabas, las traducciones de la Biblia conservaban toda la desnudez del original. La instrucción del caballero Godofredo la *Tour-Landry*, noble angevino á sus hijas, puede marcar el límite de la libertad de la enseñanza y la conversacion.

Bebían en abundancia cerveza, cidra y vino de todas calidades: hácese mención de la cidra en tiempo de la segunda raza. Lo que llamaban clarete era vino clarificado y sazonado con especias, y el hipocrás era vino dulcificado con miel. En un festín que cierto abad dió en Inglaterra (A. 1310), se reunieron seis mil convidados á comer tres mil platos. Treinta mil se sirvieron en la comida de boda del conde de Cornouailles (A. 1243), y siete años despues el arzobispo de York suministró sesenta cebones para los festines con que se había de celebrar el casamiento de Margarita de Inglaterra con Alejandro III, rey de Escocia. Los banquetes régios iban acompañados de intermedios de música en los cuales se cantaba toda clase de canciones.

«Cuando el rey (Enrique II de Inglaterra), sale por la mañana, dice Pedro de Blois, se ve una multitud de hombres corriendo de aquí para allí como si estuvieran dementados; los caballos se precipitan unos sobre otros; los carruajes chocan entre sí. Cómicos, cortesanas, juglares, cocineros, bufones, bailarines, parásitos y barberos, producen una confusión tan horrorosa é insoportable, que casi podría decirse que el abismo se ha abierto y el infierno ha vomitado todos sus diablos.»

Cuando Tomás Becket (Santo Tomás de Cantor-

bery), iba de viaje, le seguían mas de doscientos caballeros, escuderos, pajes é individuos de su servidumbre. Juntamente con él caminaban ocho carros, tirados por cinco poderosos caballos y ocupados de muebles y provisiones: además llevaba doce acémilas cargadas con los cofres que contenían su dinero, su vajilla de oro, sus libros, sus vestidos y sus ornamentos de altar. Cada carro iba custodiado por un enorme mastín montado por un mono (SALISA).

Necesario fue oponerse á las prodigalidades de la mesa por medio de leyes suntuarias. Estas no permitían á los ricos mas que dos servicios, ó sea dos especies de manjares; dejaban á los prelados y barones en libertad de comer lo que quisieran, y sujetaban á los mercaderes y artesanos al uso de carne en una sola comida, debiendo contentarse en las demás con leche, manteca, ó legumbres.

COSTUMBRES.

Encontrábanse por los caminos carrozas ó literas, mulas, palafreos y carros de bueyes, cuyas ruedas seguían conservando la forma antigua. Los caminos se dividían en peageros (*peageaux*) y senderos: su anchura estaba determinada por reglamentos especiales, no pudiendo los de primera clase tener menos de catorce pies. Permitíase en las márgenes de los senderos crecer algún árbol que los cubriera con su sombra, pero en el linde de los otros se debían arrancar todos los árboles, excepto los que entonces se llamaban de abrigo. La servidumbre feudal abrió era multitud infinita de caminos de travesía que surcan las campiñas francesas.

Aquella era la época de toda clase de maravillas: capellanes, frailes, peregrinos, caballeros, trovadores, todos tenían que referir ó contar alguna aventura. Sentados por la noche alrededor del hogar, todos escuchaban con atención al que contaba las hazañas del rey Artur de Inglaterra, ó las aventuras de Ogier el dinamarqués, de Lanzarote del Lago, ó la historia de algún gran hechicero que cabalgaba en las nubes.

Después de esos cuentos el auditorio se complacía en oír la declamación del juglar contra algún felou caballero, ó la relación de la vida de algún piadoso personaje. Las mismas vidas de los santos recogidas por los Bolandos, participan en algún modo de los brillantes rasgos de imaginación característicos de aquella época: encuéntrase encantos de hechiceros, jugarretas de brujas y malignos espíritus, hombres convertidos en lobos, esclavos rescatados, ataques de salteadores, viajeros extraviados, y que por último venían á casarse con las hijas de sus huéspedes (*San Máximo*); fuegos fatuos que en medio de los bosques revelaban la tumba de alguna virgen, y palacios que al parecer se iluminaban súbitamente.

Habiéndose extraviado San Deicola encontró un pastor y le suplicó le enseñara un sitio donde poder albergarse aquella noche. «No hay ninguno, contestó el pastor, no siendo la morada del poderoso vasallo Weissart, situada en un paraje regado de fuentes. —¿Podrías conducirme á ella? preguntó el Santo. —No me es posible abandonar el rebaño, replicó el pastor. —Deicola fijó su báculo en tierra, y cuando el pastor regresó después de haber acompañado al Santo, vio que su rebaño permanecía pacíficamente echado en torno de aquel baston milagroso. Weissart, terrible dueño del castillo en que Deicola había pedido asilo, le amenaza por de pronto con mandarlo matar, pero por fin se aplaca á los ruegos de su esposa Bertilde que profesa gran veneración al siervo de Dios. Deicola entra en la fortaleza; los criados se apresuran á servirle y quieren desembarazarle del peso de la capa; el Santo les da las gracias, se la quita con sus propias manos, y la cuelga de un rayo de

sol que entraba por la tronera de una torre. (BOLL. tomo II, p. 202).

Giraldo, natural del país de Gales, cuenta en su Topografía de Irlanda, que estando San Kewen con los dos brazos estendidos haciendo oración entró una golondrina por la ventana de la celda, y puso entre sus manos un huevo. El Santo no bajó sus brazos hasta que la golondrina acabó de poner, y empollar todos sus huevos. En recuerdo de tanta bondad y paciencia se ve en Irlanda la estatua de aquel solitario con una golondrina en la mano.

El abate Turketul poseía un dedo pulgar de San Bartolomé, y con él se persignaba cuando se veía en algún peligro, ó estallaba una tempestad.

Los bárbaros amaban á los anacoretas, considerándolos como soldados de distinta milicia: pero igualmente aguerridos, igualmente inexorables para sí mismos, durmiendo sobre la dura tierra, habitando entre las rocas, complaciéndose en largas peregrinaciones, y en la inmensidad de los desiertos y de los bosques. Así es que hubo ermitaños que dirigieron batallas: por la noche se acampaban en los cementerios, y allí componían y cantaban á la multitud armada el *Dies iræ* ó el *Stabat mater*. Los anglo-sajones vieron nada menos que diez reyes y doce reinas que abandonaron el mundo y se retiraron á un claustro. Sin embargo, á fin de que nadie se deje engañar por el sonido de esas palabras, conviene tener presente que aquellas reinas no eran otra cosa que mujeres de los piratas del Norte que habían venido en sus barcos, y celebrado sus bodas sobre carros como las hijas de Clodoveo el de larga cabellera, hermosas y blancas noruegas que pasaban de los dioses del Edda al Dios del Evangelio, y de los personajes fabulosos de la mitología de aquel país á los ángeles del cristianismo.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES.—VIGOR Y FIN DE LOS SIGLOS BARBAROS.

Desarrollar metódicamente el cuadro de las costumbres de aquel tiempo, sería intentar un imposible y desmentir la confusión de aquellas costumbres. Preciso, es pues, presentar todas aquellas escenas en el mismo desorden en que se verificaban, ó encadenándose en una misma acción y en un mismo momento: no se echaba de ver espíritu de unidad mas que en el movimiento general que impelia la sociedad hacia su perfeccionamiento por la ley natural de la existencia humana.

Por un lado se veía campear el ardor de la caballería, por otro la sublevación en masa de los aldeanos; todos los desarreglos de la vida en el clero y todo el ardor de la fe. Quiróvagos, ó monges errantes caminando á pie ó en alguna pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos, dejándose quemar vivos por los papas cuyos desórdenes les echaban en rostro, ó ahogar por los príncipes cuya tiranía atacaban. Nobles había que se emboscaban cerca de los caminos y desbalijaban á los pasajeros, en tanto que otros nobles se apoderaban en España, en Grecia y en Dalmacia de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Existían tribunales de amor donde se disertaba con arreglo á todas las fórmulas del escotismo, y cuyos miembros eran canónigos. Veíanse por todas partes trovadores y músicos, vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sus sátiras, y celebrando á las damas por medio de sus baladas; ciudadanos divididos en gremios, celebrando solemnidades patronales en que los santos del cristianismo andaban revueltos con las divindades del paganismo; representaciones teatrales, milagros y misterios, ejecutadas en las iglesias; fiestas de locos ó de cornudos; misas sacrílegas; sopas comidas sobre el altar; el *Me missa est* contestado

por tres rebuznos; varones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer guerra á los pueblos, y jurando sobre un pavo ó una garza real hacer proezas en nombre de sus amigos; judíos degollados ó asesinándose mutuamente, ó conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios; acusados de todas categorías, desde el hereje desollado y lanzado á la hoguera, hasta los adúlteros atados por la espalda y espuestos á la vergüenza pública; un juez prevaricador sustituyendo al homicida rico para condenar y un preso inocente... y por última confusión, por último contraste aparecía la antigua sociedad civilizada según la forma antigua perpetuándose en los conventos; las disputas filosóficas de la Grecia renaciendo entre los estudiantes de las universidades, y mezclándose el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría en medio del ruido de los torneos, y de los simulacros y evoluciones marciales. Colóquese por último encima y aparte de esta sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba objeto de todas las ternuras, de todos los respetos y de todas las esperanzas, atrayendo sin cesar al otro lado de los mares reyes y vasallos, valientes y culpables, los primeros para buscar enemigos, reinos y aventuras, y los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y aplacar remordimientos... Hé aquí toda la edad media.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las Cruzadas, fue durante mucho tiempo para los pueblos de Europa el país de la religión y de la gloria. Estos pueblos volvían sin cesar los ojos hacia aquel sol hermoso, hacia aquellas palmeras de Idumea, hacia aquellas llanuras de Roma, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino, hacia aquellos campos de Ascalon que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon, de Coucy, de Tancredo, de Felipe Augusto, de Ricardo Corazón de León y de San Luis; hacia aquella Jerusalén, que después de un momento de libertad, había vuelto á

caer en cautiverio, y que se presentaba á los pueblos de Occidente como en otro tiempo á Jeremías, escarnecida de los pasajeros anegada en sus propias lágrimas, privada de su pueblo y sentada en la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que pasaron con todo ese aparato en medio de los sucesos mas variados, en medio de herejías, cismas, guerras civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al genio por la soledad de los claustros para quien la apetecía, ó por una sociedad la mas estraña y variada para quien la prefería á la soledad. Ni un solo punto había donde no acaeciera algún nuevo suceso, pues cada señorío lego ó eclesiástico era un pequeño Estado que gravitaba en su órbita y tenía sus facces: á diez leguas de distancia ya no se parecían las costumbres. Ese orden de cosas estrechamente perjudicial á la civilización general, daba un extraordinario movimiento al espíritu particular; así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á esos siglos. En ningún tiempo ha vivido tanto el individuo; el rey no pensaba sino en dilatar su imperio; el señor feudal soñaba en apoderarse del Estado de su vecino; el ciudadano en el aumento de sus privilegios, y el comerciante en abrir nuevas sendas á su comercio. No se conocía el fondo de ninguna cosa; nada se había agotado; aquella sociedad estaba por decirlo así, en el átrio; en el borde de todas las esperanzas como el viajero que en la cima de la montaña espera la salida del astro cuyo crepúsculo empieza á verse. Registrábase lo pasado con igual ansiedad que el porvenir, y se descubría un manuscrito antiguo con el mismo placer que un nuevo mundo: marchaba la sociedad aceleradamente hacia destinos ignorados como el joven que puede disponer de toda una existencia. La infancia de aquellos siglos fue bárbara; su virilidad se manifestó apasionada y enérgica, y por último dejaron su rica herencia á las edades civilizadas que sustentaron en su fecundo seno.

PRIMERA PARTE.

PRIMERA Y SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

LITERATURA BAJO EL REINADO DE LOS ANGLO-SAJONES, DE LOS DINAMARQUESES Y DURANTE LA EDAD MEDIA.

DESDE LOS ANGLO-SAJONES HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.—BRETONES.

TÁCITO.—POESÍAS ERSAS.

ENTREMOS ahora en las diversas épocas de la lengua y de la literatura inglesa. El lector colocará fácilmente en el cuadro que acabo de trazar, los autores y sus obras á medida que se los irá presentando á la vista. Trátase por de pronto de la época anglo-sajona; mas antes de ocuparnos de ella conviene examinar si bajo la dominación romana quedaba alguna huella de la lengua que hablaron los bretones.

César no nos habla mas que de las costumbres de aquellos isleños. Tácito nos ha conservado algunos

discursos de los caudillos bretones: omito la arenga de Caractaco á Claudio, y no citaré mas que fragmentos del discurso de Gálgaco en las montañas de la Caledonia, abreviándolo.

«...El día de vuestra libertad principia.... La tierra nos falta: la flota romana nos cierra el paso al mar; solo nos quedan nuestras armas. En el mas ignorado rincón de nuestros desiertos, no viendo ni siquiera de lejos los límites de los países dominados, nuestros ojos no se han empañado con el contacto de la dominación extranjera. Colocados en los últimos confines de la tierra y de la libertad, hemos vivido hasta el presente defendidos por la fama de nuestra soledad y por las sinuosidades del terreno. Ahora se nos presentan á la vista los lími-

bery), iba de viaje, le seguían mas de doscientos caballeros, escuderos, pajes é individuos de su servidumbre. Juntamente con él caminaban ocho carros, tirados por cinco poderosos caballos y ocupados de muebles y provisiones: además llevaba doce acémilas cargadas con los cofres que contenían su dinero, su vajilla de oro, sus libros, sus vestidos y sus ornamentos de altar. Cada carro iba custodiado por un enorme mastín montado por un mono (SALISA).

Necesario fue oponerse á las prodigalidades de la mesa por medio de leyes suntuarias. Estas no permitían á los ricos mas que dos servicios, ó sea dos especies de manjares; dejaban á los prelados y barones en libertad de comer lo que quisieran, y sujetaban á los mercaderes y artesanos al uso de carne en una sola comida, debiendo contentarse en las demás con leche, manteca, ó legumbres.

COSTUMBRES.

Encontrábanse por los caminos carrozas ó literas, mulas, palafreños y carros de bueyes, cuyas ruedas seguían conservando la forma antigua. Los caminos se dividían en peageros (*peageaux*) y senderos: su anchura estaba determinada por reglamentos especiales, no pudiendo los de primera clase tener menos de catorce pies. Permitíase en las márgenes de los senderos crecer algún árbol que los cubriera con su sombra, pero en el linde de los otros se debían arrancar todos los árboles, excepto los que entonces se llamaban de abrigo. La servidumbre feudal abrió era multitud infinita de caminos de travesía que surcan las campiñas francesas.

Aquella era la época de toda clase de maravillas: capellanes, frailes, peregrinos, caballeros, trovadores, todos tenían que referir ó contar alguna aventura. Sentados por la noche alrededor del hogar, todos escuchaban con atención al que contaba las hazañas del rey Artur de Inglaterra, ó las aventuras de Ogier el dinamarqués, de Lanzarote del Lago, ó la historia de algún gran hechicero que cabalgaba en las nubes.

Después de esos cuentos el auditorio se complacía en oír la declamación del juglar contra algún felou caballero, ó la relación de la vida de algún piadoso personaje. Las mismas vidas de los santos recogidas por los Bolandos, participan en algún modo de los brillantes rasgos de imaginación característicos de aquella época: encuéntrase encantos de hechiceros, jugarretas de brujas y malignos espíritus, hombres convertidos en lobos, esclavos rescatados, ataques de salteadores, viajeros extraviados, y que por último venían á casarse con las hijas de sus huéspedes (*San Máximo*); fuegos fatuos que en medio de los bosques revelaban la tumba de alguna virgen, y palacios que al parecer se iluminaban súbitamente.

Habiéndose extraviado San Deicola encontró un pastor y le suplicó le enseñara un sitio donde poder albergarse aquella noche. «No hay ninguno, contestó el pastor, no siendo la morada del poderoso vasallo Weissart, situada en un paraje regado de fuentes. —¿Podrías conducirme á ella? preguntó el Santo. —No me es posible abandonar el rebaño, replicó el pastor.» Deicola fijó su báculo en tierra, y cuando el pastor regresó después de haber acompañado al Santo, vio que su rebaño permanecía pacíficamente echado en torno de aquel baston milagroso. Weissart, terrible dueño del castillo en que Deicola había pedido asilo, le amenaza por de pronto con mandarlo matar, pero por fin se aplaca á los ruegos de su esposa Bertilde que profesa gran veneración al siervo de Dios. Deicola entra en la fortaleza; los criados se apresuran á servirle y quieren desembarazarle del peso de la capa; el Santo les da las gracias, se la quita con sus propias manos, y la cuelga de un rayo de

sol que entraba por la tronera de una torre. (BOLL. tomo II, p. 202).

Giraldo, natural del país de Gales, cuenta en su Topografía de Irlanda, que estando San Kewen con los dos brazos estendidos haciendo oración entró una golondrina por la ventana de la celda, y puso entre sus manos un huevo. El Santo no bajó sus brazos hasta que la golondrina acabó de poner, y empollar todos sus huevos. En recuerdo de tanta bondad y paciencia se ve en Irlanda la estatua de aquel solitario con una golondrina en la mano.

El abate Turketul poseía un dedo pulgar de San Bartolomé, y con él se persignaba cuando se veía en algún peligro, ó estallaba una tempestad.

Los bárbaros amaban á los anacoretas, considerándolos como soldados de distinta milicia: pero igualmente aguerridos, igualmente inexorables para sí mismos, durmiendo sobre la dura tierra, habitando entre las rocas, complaciéndose en largas peregrinaciones, y en la inmensidad de los desiertos y de los bosques. Así es que hubo ermitaños que dirigieron batallas: por la noche se acampaban en los cementerios, y allí componían y cantaban á la multitud armada el *Dies iræ* ó el *Stabat mater*. Los anglo-sajones vieron nada menos que diez reyes y doce reinas que abandonaron el mundo y se retiraron á un claustro. Sin embargo, á fin de que nadie se deje engañar por el sonido de esas palabras, conviene tener presente que aquellas reinas no eran otra cosa que mujeres de los piratas del Norte que habían venido en sus barcos, y celebrado sus bodas sobre carros como las hijas de Clodoveo el de larga cabellera, hermosas y blancas noruegas que pasaban de los dioses del Edda al Dios del Evangelio, y de los personajes fabulosos de la mitología de aquel país á los ángeles del cristianismo.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES.—VIGOR Y FIN DE LOS SIGLOS BARBAROS.

Desarrollar metódicamente el cuadro de las costumbres de aquel tiempo, sería intentar un imposible y desmentir la confusión de aquellas costumbres. Preciso, es pues, presentar todas aquellas escenas en el mismo desorden en que se verificaban, ó encadenándose en una misma acción y en un mismo momento: no se echaba de ver espíritu de unidad mas que en el movimiento general que impelia la sociedad hacia su perfeccionamiento por la ley natural de la existencia humana.

Por un lado se veía campear el ardor de la caballería, por otro la sublevación en masa de los aldeanos; todos los desarreglos de la vida en el clero y todo el ardor de la fe. Quiróvagos, ó monges errantes caminando á pie ó en alguna pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos, dejándose quemar vivos por los papas cuyos desórdenes les echaban en rostro, ó ahogar por los príncipes cuya tiranía atacaban. Nobles había que se emboscaban cerca de los caminos y desbalijaban á los pasajeros, en tanto que otros nobles se apoderaban en España, en Grecia y en Dalmacia de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Existían tribunales de amor donde se disertaba con arreglo á todas las fórmulas del escotismo, y cuyos miembros eran canónigos. Veíanse por todas partes trovadores y músicos, vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sus sátiras, y celebrando á las damas por medio de sus baladas; ciudadanos divididos en gremios, celebrando solemnidades patronales en que los santos del cristianismo andaban revueltos con las divindades del paganismo; representaciones teatrales, milagros y misterios, ejecutadas en las iglesias; fiestas de locos ó de cornudos; misas sacrílegas; sopas comidas sobre el altar; el *Me missa est* contestado

por tres rebuznos; varones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer guerra á los pueblos, y jurando sobre un pavo ó una garza real hacer proezas en nombre de sus amigos; judíos degollados ó asesinándose mutuamente, ó conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios; acusados de todas categorías, desde el hereje desollado y lanzado á la hoguera, hasta los adúlteros atados por la espalda y espuestos á la vergüenza pública; un juez prevaricador sustituyendo al homicida rico para condenar y un preso inocente... y por última confusión, por último contraste aparecía la antigua sociedad civilizada según la forma antigua perpetuándose en los conventos; las disputas filosóficas de la Grecia renaciendo entre los estudiantes de las universidades, y mezclándose el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría en medio del ruido de los torneos, y de los simulacros y evoluciones marciales. Colóquese por último encima y aparte de esta sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba objeto de todas las ternuras, de todos los respetos y de todas las esperanzas, atrayendo sin cesar al otro lado de los mares reyes y vasallos, valientes y culpables, los primeros para buscar enemigos, reinos y aventuras, y los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y aplacar remordimientos... Hé aquí toda la edad media.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las Cruzadas, fue durante mucho tiempo para los pueblos de Europa el país de la religión y de la gloria. Estos pueblos volvían sin cesar los ojos hacia aquel sol hermoso, hacia aquellas palmeras de Idumea, hacia aquellas llanuras de Roma, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino, hacia aquellos campos de Ascalon que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon, de Coucy, de Tancredo, de Felipe Augusto, de Ricardo Corazón de León y de San Luis; hacia aquella Jerusalén, que después de un momento de libertad, había vuelto á

caer en cautiverio, y que se presentaba á los pueblos de Occidente como en otro tiempo á Jeremías, escarnecida de los pasajeros anegada en sus propias lágrimas, privada de su pueblo y sentada en la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que pasaron con todo ese aparato en medio de los sucesos mas variados, en medio de herejías, cismas, guerras civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al genio por la soledad de los claustros para quien la apetecía, ó por una sociedad la mas estraña y variada para quien la prefería á la soledad. Ni un solo punto había donde no acaeciera algún nuevo suceso, pues cada señorío lego ó eclesiástico era un pequeño Estado que gravitaba en su órbita y tenía sus fases: á diez leguas de distancia ya no se parecían las costumbres. Ese orden de cosas estrechamente perjudicial á la civilización general, daba un extraordinario movimiento al espíritu particular; así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á esos siglos. En ningún tiempo ha vivido tanto el individuo; el rey no pensaba sino en dilatar su imperio; el señor feudal soñaba en apoderarse del Estado de su vecino; el ciudadano en el aumento de sus privilegios, y el comerciante en abrir nuevas sendas á su comercio. No se conocía el fondo de ninguna cosa; nada se había agotado; aquella sociedad estaba por decirlo así, en el átrio; en el borde de todas las esperanzas como el viajero que en la cima de la montaña espera la salida del astro cuyo crepúsculo empieza á verse. Registrábase lo pasado con igual ansiedad que el porvenir, y se descubría un manuscrito antiguo con el mismo placer que un nuevo mundo: marchaba la sociedad aceleradamente hacia destinos ignorados como el joven que puede disponer de toda una existencia. La infancia de aquellos siglos fue bárbara; su virilidad se manifestó apasionada y enérgica, y por último dejaron su rica herencia á las edades civilizadas que sustentaron en su fecundo seno.

PRIMERA PARTE.

PRIMERA Y SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

LITERATURA BAJO EL REINADO DE LOS ANGLO-SAJONES, DE LOS DINAMARQUESES Y DURANTE LA EDAD MEDIA.

DESDE LOS ANGLO-SAJONES HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.—BRETONES.

TÁCITO.—POESÍAS ERSAS.

ENTREMOS ahora en las diversas épocas de la lengua y de la literatura inglesa. El lector colocará fácilmente en el cuadro que acabo de trazar, los autores y sus obras á medida que se los irá presentando á la vista. Trátase por de pronto de la época anglo-sajona; mas antes de ocuparnos de ella conviene examinar si bajo la dominación romana quedaba alguna huella de la lengua que hablaron los bretones.

César no nos habla mas que de las costumbres de aquellos isleños. Tácito nos ha conservado algunos

discursos de los caudillos bretones: omito la arenga de Caractaco á Claudio, y no citaré mas que fragmentos del discurso de Gálgaco en las montañas de la Caledonia, abreviándolo.

«...El día de vuestra libertad principia.... La tierra nos falta: la flota romana nos cierra el paso al mar; solo nos quedan nuestras armas. En el mas ignorado rincón de nuestros desiertos, no viendo ni siquiera de lejos los límites de los países dominados, nuestros ojos no se han empañado con el contacto de la dominación extranjera. Colocados en los últimos confines de la tierra y de la libertad, hemos vivido hasta el presente defendidos por la fama de nuestra soledad y por las sinuosidades del terreno. Ahora se nos presentan á la vista los lími-

tes de la Gran Bretaña! Todo lo desconocido es magnífico; pero mas allá de la Caledonia no hay que buscar pueblo alguno, no hay que buscar nada sino escollos y olas, y los romanos que han llegado ya hasta nosotros.

...En la familia de los esclavos el último que llega es el juguete de sus compañeros: nosotros, los mas modernos, y por consiguiente los mas despreciados en ese mundo de la inveterada esclavitud, nada podríamos esperar mas que la muerte, pues no tenemos ni barbechos ni minas, ni puertos donde poder ejercitar nuestros brazos. ¡Animo pues, los que amais la vida, ó la gloria! Las esposas de los romanos no los han seguido; sus padres tampoco están con ellos para echarles en cara el oprobio de la fuga. Llenos de pavor están mirando á ese cielo, á

ese mar, y á esos bosques que ven ahora por primera vez. Encerrados y ya vencidos, nos los entregan nuestros dioses á nuestras manos....

«Aquí está vuestro jefe aquí está vuestro ejército; allí están los tributos, los trabajos, los baldones de la esclavitud. Males eternos ó venganza encontrareis en este campo de batalla. ¡Al combate! Pensad en vuestros antepasados y en vuestra posteridad.»

Después de Tácito que parafraseó algunas palabras de Galgaco conservadas por tradición en los campamentos romanos, hay un abismo. Quince siglos se pasan antes de volver á oír hablar nuevamente del carácter de los bretones. ¡Hablar, y de qué modo! Macpherson trasportando á Escocia al bardo irlandés Ossian, desfigurando la verdadera historia de Fingal, cosiendo tres ó cuatro retazos de antiguas



TROVADOR REFIRIENDO SUS AVENTURAS.

baladas á una mentira, nos representa un poeta de la Caledonia con la misma exactitud que Tácito nos representó un guerrero. Mas supuesto que no podemos valernos sino de Ossian, y supuesto que los fragmentos que se podrían citar como procedentes de los bardos, pertenecen mas bien á las diversas especies de cantores, de que hablaré muy en breve, no queda otro arbitrio que hacer uso del trabajo de Macpherson.

Mas como los poemas que John Smith añadió á los que habian publicado el primer editor del bardo escocés, son menos conocidos, citaré con preferencia algunos de sus pasajes.

«Hijas de los aéreos campos de Trenmor preparad vuestra túnica de vapor trasparente y coloreada. Dargo, ¿por qué me has hecho olvidar de Armor? ¿Por qué lo amaba yo tanto? Eramos dos flores que crecían juntas en las hendiduras de la roca; nuestras cabezas humedecidas por el rocío sonrían á los rayos del sol. Esas flores se habian arraigado en la árida roca. Las vírgenes de Morven decían: están solitarias, pero son hermosas. El gamo en su carrera saltaba por encima de esas flores, y el cabritillo respetaba sus tallos delicados.

«El sol de Morven se ha eclipsado para mí. Ese sol

brilló en la noche de mis primeras desgracias, en defecto del sol de mi patria; mas ahora acaba de desaparecer á su vez, y me deja en eterna sombra.

«Dargo, ¿por qué te has retirado tan pronto?....

«Por todas partes, en el mar, en la cima de las colinas, en los valles profundos, he seguido tus pasos.

«En vano mi padre esperaba que volviese; en vano mi madre lloró mi ausencia; sus ojos midieron con frecuencia la estension de las olas; con frecuencia las rocas repitieron sus gritos. ¡Padres, amigos, fui sorda á vuestra voz! Todos mis pensamientos eran para Dargo; lo amaba con toda la fuerza de mis recuerdos hacía Armor. Dargo, la otra noche gusté el sueño á tu lado sobre los brezos. ¿No habria lugar para mí esta noche en tu nuevo lecho? Tu Crimoina quiere reposar á tu lado, dormir para siempre junto á ti.

«El canto de Crimoina se debilitaba á proporcion que iba llegando á su fin: por grados se iba apagando la voz de la extranjera: los brazos de alabastro de la hija de Lochlin, dejaron escapar el arpa con que acompañaba su canto; Dargo se levanta: Ya era tarde. El alma de Crimoina habia huido con los últimos sonidos del arpa.

«Ya era tarde. El alma de Crimoina habia huido con los últimos sonidos del arpa.

Créase lo que se quiera acerca de las traducciones

caledonias de Tácito y de John Smith. Los historiadores mienten algo mas que los poetas, sin exceptuar Tácito, que derramaba su abrasadora palabra sobre los tiranos como se arroja cal viva sobre los cadáveres para consumirlos.

ANGLO-SAJONES Y DINAMARQUESES.

Habiendo los anglo-sajones sucedido á los romanos, y habiendo venido los dinamarqueses á repartirse

á su vez la Gran Bretaña, seria casi imposible separar literariamente la época de los anglo sajones de la de los dinamarqueses: por esta razon las presento confundidas.

Los dinamarqueses trajeron consigo sus escaldas y éstos se mezclaron con los bardos galos. Tres cosas no podia perder por razon de deudas el hombre libre del pais de Gales: su caballo, su espada y su arpa. Los pueblos enteros en su edad heroica son poetas: cantaban en la guerra, cantaban en el festin y canta-



GALGACO Y SUS COMPAÑEROS.

ban en los funerales: lo que mas temian los hombres de aquel país, era morir como una mujer en el lecho. No habiendo podido Starcather hallar su fin en los combates, se puso una cadena de oro al cuello, y manifestó que se la daría al primer pasajero que tuviese la caridad de desembarazarle de la vida. Siward, conde dinamarqués del Northumberland, avergonzado de envejecer y temiendo ser arrebatado por una enfermedad, dijo á sus amigos: «Ponedme la cota de malla; ceñidme la espada; colocad el casco en mi cabeza; el escudo en mi mano izquierda; el hacha

«dorada en mi mano derecha, y haced que yo caiga en ademán de guerrero.»

En el campo de batalla, los himnos acompañados del choque de las armas, resonaban de un modo tan terrible, que los dinamarqueses, para impedir que sus caballos se espantaran, les embotaban el oído.

Las creencias estaban en consonancia con esas costumbres poéticas. Quince muchachas y diez y ocho mozos estaban bailando en el átrio de una iglesia; el sacerdote que á la sazón estaba diciendo misa, les amonestó que se retiraran, pero los jóvenes siguieron

bailando y haciendo burla del aviso. En vista de esto el celebrante pidió a Dios y a San Magno castigara a los impíos haciéndolos estar un año entero bailando y cantando; la oración fue oída. Uno de los condenados cogió del brazo a su hermana que también figuraba en la danza; aquel brazo llegó a separarse del cuerpo, sin que la mutilada por la justicia de Dios perdiera una sola gota de sangre, ni cesara su furia de bailar. Todo el año estuvo la cuadrilla saltando sin experimentar ni frío, ni calor, ni hambre, ni sed, ni cansancio: sus vestidos tampoco se gastaron. Cuando empezaba a llover se levantaba en derredor de ellos una casa magnífica. Su incesante baile fue socavando la tierra, y toda la comparsa se hundió hasta la mitad del cuerpo. Al cabo del año el obispo Hubert rompió los lazos invisibles que encadenaban las manos de los bailarines, y cayeron en un sueño que duró tres días y tres noches.

Cierta vieja y famosa hechicera llamada Thorbiorga, fue invitada a pasar al castillo del conde Torchill, a fin de que dijera cuándo terminarían el hambre y la peste que afligían al condado. Thorbiorga llegó al caer la tarde: su traje era una túnica de paño verde abotonada de arriba abajo; collar de cuentas de vidrio; una piel de cordero negro forrada con otra de gato blanco cubría su cabeza; su calzado era una piel de becerro con el pelo hacia fuera, sujeta por medio de correas; guantes de piel de gato blanco con el pelo hacia dentro; finalmente, un cinturón alrededor de su talle, de cuyo extremo pendía un saco lleno de brujerías. La vieja sostenía su débil cuerpo apoyándose en un báculo con abrazaderas de cobre. Fue recibida con muchas demostraciones de respeto: sentóse en una silla alta, y comió una sopa de leche de cabra y un guisado de corazon de distintos animales. Al día siguiente después de haber arreglado sus instrumentos astrológicos, mandó a su compañera la joven Godreda, entonar la invocación mágica (*vardlokur*). Godreda cantó con una voz tan dulce, que llenó de placer a cuantos la oyeron. Menguadamente dotado podía en aquel tiempo llamarse quien no hubiera venido al mundo con alguna disposición para la poesía.

Los mismos soberanos no se desdaban de dedicarse a ella: Alfredo el Grande y Canuto el Grande, fueron honor de los *walkirias*. Los bardos y los escaldas se solazaban en la mesa de los príncipes, que además los colmaban de regalos: «Si pidiera a mi huésped la luna, decía un bardo, estoy seguro que me la daría.» Los poetas siempre se han manifestado apasionados de la luna.

Cædmon soñaba en verso y componía sus poemas durmiendo. ¡Sueño y poesía!

«Yo sé, decía otro bardo, una canción para embotar el hierro, y otra para disipar la tempestad.» Dábanse a conocer aquellos inspirados por su ademán; tenían el aspecto de ébrios, y sus miradas y sus gestos estaban consagrados por una palabra: *skall-viegl*: (locura poética).

La crónica sajona refiere en verso una victoria que los anglo-sajones alcanzaron sobre los dinamarqueses, y la historia de Noruega conserva el apoteosis de un pirata de Dinamarca, muerto con otros cinco compañeros en las costas de Albion.

«El rey Ethelstan, el jefe de los jefes, el que da collares de oro a sus valientes, y su hermano, el noble Edmundo, han combatido en Bruman-Bengh con el filo de la espada. Han abierto brecha en un muro de escudos, y vencido a los guerreros de mas nombradía, a los de la raza de los Scots, a los hombres de los navios.

«Ulaf huyó con unos pocos; se fué a llorar sobre las olas. No contará esa batalla el extranjero, sentado al hogar y rodeado de su familia, porque sus parientes sucumbieron, y sus amigos no han vuelto. Los reyes del Norte en sus consejos se lamentarán de

que sus guerreros hayan querido jugar al estermio con los hijos de Edward.

«El rey Ethelstan y su hermano Edmundo vuelven a sus tierras de Vuest-Sex. Tras de sí dejan apacientándose de cadáveres al cuervo negro de pico afilado, al sapo de monotonos silbido, al águila hambrienta de carne, al buitre voraz y al lobo de pelo erizado. Todos se están saciando de cadáveres.

«Nunca se vió en esa isla semejante carnicería; nunca perecieron mas hombres por el filo de la espada desde el día que los sajones y los ingleses vinieron del Este atravesando el Océano, desde el día que entraron esos nobles, artistas de la guerra que vencieron a los welsches y conquistaron el país.»

La canción en honor del pirata es la siguiente: «He tenido un sueño: me he visto al despuntar el día, en el salón de Valhalla, arreglando todo para la recepción de los que han muerto en las batallas.

«He despertado de su sueño a los héroes: les he invitado a levantarse, a poner en orden los asientos, a preparar las copas como para el recibimiento de un rey.

«¿De qué proviene ese ruido? dijo Bragg. ¿Por qué razón se andan agitando tantos hombres y removiéndose los bancos? Es porque Erik va a venir, respondió Oden; lo estoy esperando. Levántense todos y salgan a recibirlo.

«¿Por qué te place mas su venida que la de otro rey? es que muchos sitios han quedado enrojecidos de sangre derramada por su espada; es que ha abierto y traspasado gran número de brechas!

«Yo te saludo, Erik, bravo guerrero: entra, y sea feliz el momento en que llegas a esta morada. Dinos cuántos reyes te acompañan; cuántos vuelven contigo del combate.

«Cinco reyes vienen conmigo, contesto Erik, cinco reyes y yo soy el sexto.»

No podía hacer cosa mejor que tomar esta traducción de la *Historia de la Conquista de Inglaterra por los normandos*. Aprovechémonos de los trabajos de Mr. A. Thierry, pero sin dejar de comprender según sus propias expresiones, lo que le han costado. Nuestra admiración crecerá al par de nuestra gratitud.

«Acababa de emprender con ardor, dice Mr. Thierry, una série de investigaciones enteramente nuevas para mí. Por estenso que fuera el círculo de esos trabajos, mi absoluta falta de vista no me habría impedido recorrerlo; estaba resignado como un hombre de corazon debe estarlo; habia hecho amistad con las tinieblas. Otras pruebas sobrevinieron. . . .

«Ciego y padeciendo, sin esperanza, y casi sin tregua, puedo dar testimonio de una verdad que a nadie le será sospechosa al salir de mis labios. Hay en el mundo una cosa que vale mas que los gozes materiales, mas que la fortuna y mas que la salud, y es el consagrarse enteramente al amor de la ciencia.»

Graves é interesantes palabras que no me dejan arrepentir de haberme separado algo de mi narración.

Ya he dicho alguna cosa acerca de este asunto en mis *Estudios Históricos*. Los marineros normandos celebraban ellos mismos sus correrías:

«He nacido en el alto país de Noruega, entre pueblos que manejan diestramente el arco; pero he preferido izar la vela, terror de los labradores de la costa. También sé lanzar mi barca entre los escollos lejos de la morada de los hombres.»

Ese Escalda de los mares tenia razón, pues los dinamarqueses fueron los descubridores del Vineland, ó sea la América lejos de la morada de los hombres.

Angelverto gimio por la batalla de Fontenay y por la muerte de Hugo, bastardo de Carlomagno. Era tal el furor de la poesía en aquellos tiempos, que se encuentran versos de todo género hasta en los diplomas del siglo viii, del ix y del x. Un canto teutónico conserva

TERCERA Y CUARTA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

EPOCAS ANGLO-NORMANDA Y NORMANDA-FRANCESA, DESDE GUILLERMO EL CONQUISTADOR Y ENRIQUE II HASTA ENRIQUE VIII.

ROMANCEROS ANGLO-SAJONES.

En pos de la conquista de los normandos viene la edad media y todo principia a cambiar de aspecto. La Inglaterra ha sufrido en su idioma revoluciones desconocidas en los demás países. El *teutónico* de los ingleses desterró el *galicismo* de los bretones a los valles del país de Gales; el *dinamarqués*, el *escaandinavo* ó el *gótico* encerró el idioma *ersa* entre los montañeses de Escocia y alteró el *sajon* puro; por último el *normando* ó el *francés antiguo* limitó el *anglo-sajon* solamente a los vencidos.

En tiempo de Guillermo y sus primeros sucesores se escribía y cantaba en latín, en caledonio, en galo, en el lenguaje de los romanceros y algunas veces en romance de los Trovadores. Entonces hubo poetas, bardos, juglares, músicos, narradores ó inventores de cuentos, de fabulas, de proezas, y tocadores de harpa. La poesía se revistió de toda especie de formas y dió a sus obras toda clase de nombres, que apenas tienen equivalencia en ningún otro idioma; endechas, baladas, estancias, canciones heróicas, cuentos, sátiras, letrillas, etc. La denominación de los romances provenia del asunto a que se referían: romances caballerescos, amorosos, de la tabla redonda, religiosos, etc. En una alegoría titulada *Sueño de Dios de amor* se supone que el puente que conduce al palacio del dios, estriva sobre estancias con acompañamiento de laud, el pavimento se compone de letrillas y canciones, las vigas de sonidos de harpa, y los pilares de *tiernas endechas de los bretones*.

Roberto de Courte-Heuse, duque de Normandía, y primogénito de Guillermo el Conquistador aprendió durante su prision de veinte y ocho años en el castillo de Cardil, junto al mar, el lenguaje de los bardos galos. Contemplando desde las ventanas de su prision una encina que descollaba en el bosque que cubría el promontorio de Pernath solia decir: «encina que has crecido en medio de los bosques desde donde se ven las olas del Saverne luchando con el mar; encina que dominas esas alturas donde han corrido tantos arroyos de sangre, y que has vivido en medio de las tempestades. ¡Infeliz el hombre que no tiene aun bastante edad para morir!»

Otro príncipe inglés Ricardo Corazon de Leon fue tambien coronado como trovador. Compuso en lengua romana del Mediodía, que era su idioma materno, unas estancias acerca de su cautividad en Worms. Este Ricardo en concepto de los poetas contemporáneos suyos, no era hijo de Leonor de Guiena, sino de una princesa de Antioquia encontrada en alta mar en un barco de oro cuyajarcia era de seda blanca. Este barco era para los trovadores como la *gran serpiente* para los viajeros.

Las mujeres árabes hacían callar a sus niños amenazándolos con el rey Ricardo, y cuando algun caballero receloso no obedecía al ginete sarraceno que oprimía sus lomos, solía aplicarle la espuela diciendo: «¿Temes que sea el rey Ricardo? Guillermo Blondel (que hay que tener cuidado de no confundir con el romancero Blondel de Nesle) era uno de los artistas que acompañaban a Ricardo. No se conserva de sus canciones mas que una tradición,

el recuerdo de una victoria alcanzada sobre los normandos (A. 881) por Luis, hijo de Luis el Tartamudo. Dice así: «He conocido un rey, llamado señor Luis, que servía a Dios de corazon, por la cual Dios le recompensaba... Cogió el escudo y la lanza, montó prontamente a caballo y voló a tomar venganza de sus enemigos.» Nadie ignora que Carlomagno mandó recoger las antiguas canciones de los germanos.

La palabra que se usa en los bosques, es desde su nacimiento una palabra completa para la poesía; por lo relativo a las pasiones y a las imágenes no puede decirse sino que degenera al paso que se va perfeccionando. Los bárbaros acompañaban sus cantos nacionales con el sonido del pífono, del tambor y de la gaita. Los escitas en la alegría de los festines hacían resonar la cuerda de su arco. La cítara ó la guitarra era el instrumento que se usaba en las Galias y el harpa en el país de los bretones. El desdeñoso oído de los griegos y romanos no percibía en las diversiones de los francos y los bretones mas que una especie de graznidos de cuervo, sonidos no articulados y sin la menor relacion con la voz humana. Después que las naciones del Norte triunfaron, forzoso fue reconocer su armonioso lenguaje y comprender las órdenes que el señor dictaba al esclavo.

Los ritmos militares concluyen con la canción de Rolando, último canto de la Europa bárbara. «En la batalla de Hastings, dice el gran pintor de historia que hace poco he citado, un normando llamado Taillefer se presentó a caballo al frente de la línea de batalla, y entonó el canto de las hazañas de Carlomagno y Orlando, bien conocido en toda la Galia. Al cantar vibraba su espada, y lanzándola con fuerza hacia lo alto la cogía al caer. Los normandos repetían el estruendo ó gritaban: ¡Dios ayuda! ¡Dios ayuda!

Taillefer que muy bien cantaba en un caballo que volaba delante del duque iba cantando del Magnocarlos y de Orlando, de Olivero y su mesnada en Roncesvalles degollada.

(1) «*Taillefer qui mult bien chantout
»Sor un cheval qui toct about,
»Devant le Duc about chantant
»De Karlemagne et de Rollant
»Et d' Olivier et ses vassaux
»Qui moururent a Roncesvaux.*

Esas rimas son de Wace; pero Godofredo Gaimar da detalles mas largos acerca de la Taillefer. Es curioso observar cómo algunas costumbres se transforman, sin dejar por eso de perpetuarse: el tambor mayor que tira su baston al aire, y lo coge marchando al frente del regimiento, es la tradición del juglar soldado.

Anterior a la batalla de Hastings existe otro testimonio de las provocaciones de una canción soldadesca. Guillermo batió a los franceses (A. 1504) en Mortemer. Uno de los soldados de éste trepó a una encina y estuvo toda la noche cantando.

Dejad el sueño franceses:
Mejor será que veleis;
Id a enterrar los amigos
Que han quedado en Mortemer.

Ese singular heraldo, ¡insultando desde la copa de un árbol al enemigo vencido, presenta un cuadro lleno de verdad acerca de las costumbres de aquel tiempo.

(1) Copiamos el original francés como una curiosa muestra filológica.

bailando y haciendo burla del aviso. En vista de esto el celebrante pidió á Dios y á San Magno castigara á los impíos haciéndolos estar un año entero bailando y cantando; la oración fue oída. Uno de los condenados cogió del brazo á su hermana que también figuraba en la danza; aquel brazo llegó á separarse del cuerpo, sin que la mutilada por la justicia de Dios perdiera una sola gota de sangre, ni cesara su furia de bailar. Todo el año estuvo la cuadrilla saltando sin experimentar ni frío, ni calor, ni hambre, ni sed, ni cansancio: sus vestidos tampoco se gastaron. Cuando empezaba á llover se levantaba en derredor de ellos una casa magnífica. Su incesante baile fue socavando la tierra, y toda la comparsa se hundió hasta la mitad del cuerpo. Al cabo del año el obispo Hubert rompió los lazos invisibles que encadenaban las manos de los bailarines, y cayeron en un sueño que duró tres días y tres noches.

Cierta vieja y famosa hechicera llamada Thorbiorga, fue invitada á pasar al castillo del conde Torchill, á fin de que dijera cuándo terminarían el hambre y la peste que afligían al condado. Thorbiorga llegó al caer la tarde: su traje era una túnica de paño verde abotonada de arriba abajo; collar de cuentas de vidrio; una piel de cordero negro forrada con otra de gato blanco cubría su cabeza; su calzado era una piel de becerro con el pelo hacia fuera, sujeta por medio de correas; guantes de piel de gato blanco con el pelo hacia dentro; finalmente, un cinturón alrededor de su talle, de cuyo extremo pendía un saco lleno de brujerías. La vieja sostenía su débil cuerpo apoyándose en un báculo con abrazaderas de cobre. Fue recibida con muchas demostraciones de respeto: sentóse en una silla alta, y comió una sopa de leche de cabra y un guisado de corazon de distintos animales. Al día siguiente despues de haber arreglado sus instrumentos astrológicos, mandó á su compañera la joven Godreda, entonar la invocación mágica (*vardlokur*). Godreda cantó con una voz tan dulce, que llenó de placer á cuantos la oyeron. Menguadamente dotado podía en aquel tiempo llamarse quien no hubiera venido al mundo con alguna disposición para la poesía.

Los mismos soberanos no se desdénaban de dedicarse á ella: Alfredo el Grande y Canuto el Grande, fueron honor de los *walkirias*. Los bardos y los escaldas se solazaban en la mesa de los príncipes, que además los colmaban de regalos: «Si pidiera á mi huésped la luna, decía un bardo, estoy seguro que me la daría.» Los poetas siempre se han manifestado apasionados de la luna.

Cædmon soñaba en verso y componía sus poemas durmiendo. ¡Sueño y poesía!

«Yo sé, decía otro bardo, una canción para embotar el hierro, y otra para disipar la tempestad.» Dábanse á conocer aquellos inspirados por su ademán; tenían el aspecto de ébrios, y sus miradas y sus gestos estaban consagrados por una palabra: *skall-viegl*: (locura poética).

La crónica sajona refiere en verso una victoria que los anglo-sajones alcanzaron sobre los dinamarqueses, y la historia de Noruega conserva el apoteosis de un pirata de Dinamarca, muerto con otros cinco compañeros en las costas de Albion.

«El rey Ethelstan, el jefe de los jefes, el que da collares de oro á sus valientes, y su hermano, el noble Edmundo, han combatido en Bruman-Bengh con el filo de la espada. Han abierto brecha en un muro de escudos, y vencido á los guerreros de mas nombradía, á los de la raza de los Scots, á los hombres de los navios.

«Ulaf huyó con unos pocos; se fué á llorar sobre las olas. No contará esa batalla el extranjero, sentado al hogar y rodeado de su familia, porque sus parientes sucumbieron, y sus amigos no han vuelto. Los reyes del Norte en sus consejos se lamentarán de

que sus guerreros hayan querido jugar al estermio con los hijos de Edward.

«El rey Ethelstan y su hermano Edmundo vuelven á sus tierras de Vuest-Sex. Tras de sí dejan apacientándose de cadáveres al cuervo negro de pico afilado, al sapo de monotonos silbido, al águila hambrienta de carne, al buitre voraz y al lobo de pelo erizado. Todos se están saciando de cadáveres.

«Nunca se vió en esa isla semejante carnicería; nunca perecieron mas hombres por el filo de la espada desde el día que los sajones y los ingleses vinieron del Este atravesando el Océano, desde el día que entraron esos nobles, artistas de la guerra que vencieron á los welsches y conquistaron el país.»

La canción en honor del pirata es la siguiente:

«He tenido un sueño: me he visto al despuntar el día, en el salón de Valhalla, arreglando todo para la recepción de los que han muerto en las batallas.

«He despertado de su sueño á los héroes: les he invitado á levantarse, á poner en orden los asientos, á preparar las copas como para el recibimiento de un rey.

«¿De qué proviene ese ruido? dijo Bragg. ¿Por qué razón se andan agitando tantos hombres y removiéndose los bancos? Es porque Erik va á venir, respondió Oden; lo estoy esperando. Levántense todos y salgan á recibirlo.

«¿Por qué te place mas su venida que la de otro rey? es que muchos sitios han quedado enrojecidos de sangre derramada por su espada; es que ha abierto y traspasado gran número de brechas!»

«Yo te saludo, Erik, bravo guerrero: entra, y sea feliz el momento en que llegas á esta morada. Dinos cuántos reyes te acompañan; cuántos vuelven contigo del combate.

«Cinco reyes vienen conmigo, contesto Erik, cinco reyes y yo soy el sexto.»

No podía hacer cosa mejor que tomar esta traducción de la *Historia de la Conquista de Inglaterra por los normandos*. Aprovechémonos de los trabajos de Mr. A. Thierry, pero sin dejar de comprender según sus propias expresiones, lo que le han costado. Nuestra admiración crecerá al par de nuestra gratitud.

«Acababa de emprender con ardor, dice Mr. Thierry, una série de investigaciones enteramente nuevas para mí. Por estenso que fuera el círculo de esos trabajos, mi absoluta falta de vista no me habría impedido recorrerlo; estaba resignado como un hombre de corazon debe estarlo; habia hecho amistad con las tinieblas. Otras pruebas sobrevinieron. . . .

«Ciego y padeciendo, sin esperanza, y casi sin tregua, puedo dar testimonio de una verdad que á nadie le será sospechosa al salir de mis labios. Hay en el mundo una cosa que vale mas que los gozes materiales, mas que la fortuna y mas que la salud, y es el consagrarse enteramente al amor de la ciencia.»

Graves é interesantes palabras que no me dejan arrepentir de haberme separado algo de mi narración.

Ya he dicho alguna cosa acerca de este asunto en mis *Estudios Históricos*. Los marineros normandos celebraban ellos mismos sus correrías:

«He nacido en el alto país de Noruega, entre pueblos que manejan diestramente el arco; pero he preferido izar la vela, terror de los labradores de la costa. También sé lanzar mi barca entre los escollos lejos de la morada de los hombres.»

Ese Escalda de los mares tenia razón, pues los dinamarqueses fueron los descubridores del Vineland, ó sea la América lejos de la morada de los hombres.

Angelverto gimio por la batalla de Fontenay y por la muerte de Hugo, bastardo de Carlomagno. Era tal el furor de la poesía en aquellos tiempos, que se encuentran versos de todo género hasta en los diplomas del siglo viii, del ix y del x. Un canto teutónico conserva

TERCERA Y CUARTA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

EPOCAS ANGLO-NORMANDA Y NORMANDA-FRANCESA, DESDE GUILLERMO EL CONQUISTADOR Y ENRIQUE II HASTA ENRIQUE VIII.

ROMANCEROS ANGLO-SAJONES.

En pos de la conquista de los normandos viene la edad media y todo principia á cambiar de aspecto. La Inglaterra ha sufrido en su idioma revoluciones desconocidas en los demás países. El *teutónico* de los ingleses desterró el *galicismo* de los bretones á los valles del país de Gales; el *dinamarqués*, el *escaandinavo* ó el *gótico* encerró el idioma *ersa* entre los montañeses de Escocia y alteró el *sajon* puro; por último el *normando* ó el *francés antiguo* limitó el *anglo-sajon* solamente á los vencidos.

En tiempo de Guillermo y sus primeros sucesores se escribía y cantaba en latín, en caledonio, en galo, en el lenguaje de los romanceros y algunas veces en romance de los Trovadores. Entonces hubo poetas, bardos, juglares, músicos, narradores ó inventores de cuentos, de fabulas, de proezas, y tocadores de harpa. La poesía se revistió de toda especie de formas y dió á sus obras toda clase de nombres, que apenas tienen equivalencia en ningún otro idioma; endechas, baladas, estancias, canciones heróicas, cuentos, sátiras, letrillas, etc. La denominación de los romances provenia del asunto á que se referían: romances caballerescos, amorosos, de la tabla redonda, religiosos, etc. En una alegoría titulada *Sueño de Dios de amor* se supone que el puente que conduce al palacio del dios, estriva sobre estancias con acompañamiento de laud, el pavimento se compone de letrillas y canciones, las vigas de sonidos de harpa, y los pilares de *tiernas endechas de los bretones*.

Roberto de Courte-Heuse, duque de Normandía, y primogénito de Guillermo el Conquistador aprendió durante su prision de veinte y ocho años en el castillo de Cardill, junto al mar, el lenguaje de los bardos galos. Contemplando desde las ventanas de su prision una encina que descollaba en el bosque que cubría el promontorio de Pernath solia decir: «encina que has crecido en medio de los bosques desde donde se ven las olas del Saverne luchando con el mar; encina que dominas esas alturas donde han corrido tantos arroyos de sangre, y que has vivido en medio de las tempestades. ¡Infeliz el hombre que no tiene aun bastante edad para morir!»

Otro príncipe inglés Ricardo Corazon de Leon fue tambien coronado como trovador. Compuso en lengua romana del Mediodía, que era su idioma materno, unas estancias acerca de su cautividad en Worms. Este Ricardo en concepto de los poetas contemporáneos suyos, no era hijo de Leonor de Guiena, sino de una princesa de Antioquia encontrada en alta mar en un barco de oro cuyajarcia era de seda blanca. Este barco era para los trovadores como la *gran serpiente* para los viajeros.

Las mujeres árabes hacían callar á sus niños amenazándolos con el rey Ricardo, y cuando algun caballero receloso no obedecía al ginete sarraceno que oprimía sus lomos, solía aplicarle la espuela diciendo: «¿Temes que sea el rey Ricardo? Guillermo Blondel (que hay que tener cuidado de no confundir con el romancero Blondel de Nesle) era uno de los artistas que acompañaban á Ricardo. No se conserva de sus canciones mas que una tradición,

el recuerdo de una victoria alcanzada sobre los normandos (A. 881) por Luis, hijo de Luis el Tartamudo. Dice así: «He conocido un rey, llamado señor Luis, que servía á Dios de corazon, por la cual Dios le recompensaba... Cogió el escudo y la lanza, montó prontamente á caballo y voló á tomar venganza de sus enemigos.» Nadie ignora que Carlomagno mandó recoger las antiguas canciones de los germanos.

La palabra que se usa en los bosques, es desde su nacimiento una palabra completa para la poesía; por lo relativo á las pasiones y á las imágenes no puede decirse sino que degenera al paso que se va perfeccionando. Los bárbaros acompañaban sus cantos nacionales con el sonido del píflano, del tambor y de la gaita. Los escitas en la alegría de los festines hacían resonar la cuerda de su arco. La cítara ó la guitarra era el instrumento que se usaba en las Galias y el harpa en el país de los bretones. El desdeñoso oído de los griegos y romanos no percibía en las diversiones de los francos y los bretones mas que una especie de graznidos de cuervo, sonidos no articulados y sin la menor relacion con la voz humana. Despues que las naciones del Norte triunfaron, forzoso fue reconocer su armonioso lenguaje y comprender las órdenes que el señor dictaba al esclavo.

Los ritmos militares concluyen con la canción de Rolando, último canto de la Europa bárbara. «En la batalla de Hastings, dice el gran pintor de historia que hace poco he citado, un normando llamado Taillefer se presentó á caballo al frente de la línea de batalla, y entonó el canto de las hazañas de Carlomagno y Orlando, bien conocido en toda la Galia. Al cantar vibraba su espada, y lanzándola con fuerza hacia lo alto la cogía al caer. Los normandos repetían el estruendo ó gritaban: ¡Dios ayuda! ¡Dios ayuda!

Taillefer que muy bien cantaba en un caballo que volaba delante del duque iba cantando del Magnocarlos y de Orlando, de Olivero y su mesnada en Roncesvalles degollada.

(1) «*Taillefer qui mult bien chantout
»Sor un cheval qui toct about,
»Devant le Duc about chantant
»De Karlemagne et de Rollant
»Et d' Olivier et ses vassaux
»Qui moururent a Roncesvaux.*

Esas rimas son de Wace; pero Godofredo Gaimar da detalles mas largos acerca de la Taillefer. Es curioso observar cómo algunas costumbres se transforman, sin dejar por eso de perpetuarse: el tambor mayor que tira su baston al aire, y lo coge marchando al frente del regimiento, es la tradición del juglar soldado.

Anterior á la batalla de Hastings existe otro testimonio de las provocaciones de una canción soldadesca. Guillermo batió á los franceses (A. 1504) en Mortemer. Uno de los soldados de éste trepó á una encina y estuvo toda la noche cantando.

Dejad el sueño franceses:
Mejor será que veleis;
Id á enterrar los amigos
Que han quedado en Mortemer.

Ese singular heraldo, ¡insultando desde la copa de un árbol al enemigo vencido, presenta un cuadro lleno de verdad acerca de las costumbres de aquel tiempo.

(1) Copiamos el original francés como una curiosa muestra filológica.

Nada hubo mas célebre que la historia popular del *marqués de la nariz corta*.

Guillermo, romancero anglo-normando, dejó en su poema titulado *Gozos de Nuestra Señora* una curiosa descripción de Roma y sus monumentos en el siglo XI. Compuso un poemita muy ingenioso sobre estas palabras, *humo, lluvia y mujer* que arrojan al hombre de su casa: la casa es el cielo; el humo es el orgullo; la lluvia la codicia, y la mujer la sensualidad; esas son las tres plagas que mas alejan al hombre de su propia casa.

En la descripción que acerca de las solemnidades de su monasterio hacia un monje de Mont-Saint-Michel, que entonces estaba bajo la dominación inglesa, dice que por bajo de Arranchier, hacia Bretaña, existió el bosque de Cuokelunde que en algún tiempo estaba lleno de ciervos, y en la actualidad lo está únicamente de peces. En aquel bosque había un monumento. El poeta coloca la irrupción del mar bajo el reinado de Childeberto.

Godofredo Gaimar, autor de la Historia de los reyes anglo-sajones, tomó de los bardos galos el *Brutus de Inglaterra* que Wace tradujo del latín de Godofredo de Monmouth. Este en concepto del S. Abate De La Rue lo había a su vez traducido del original bajo-breton llevado a Inglaterra por Gauthier Ganelius, arcediano de Oxford.

Bruto Brutus es un biznieto de Eneas, primer rey de los bretones. De aquel descendió Artus ó Artur rey de Armórica, de cuyo personaje esperamos los bretones el regreso como esperan los judíos la venida del Mesías. Artur instituyó la Orden de caballería de la Tabla redonda: todos los caballeros de esta orden tienen su historia, de lo cual resulta una ilación de romances ó sea un romance con ramas, así como en el Ariosto un cuento produce otro cuento. Artur y sus caballeros son una imitación de Carlomagno y sus paladines. ¿No es por lo tanto inconcebible que se ande constantemente buscando el origen de esas maravillas en el falso Turpin que escribía en 1095 sin echar de ver que ya se hace mención de ellas en la historia de los *Hechos y proezas de Karlo el Grande*, compilados en 884 por el monje de Saint-Gall.

El romance de Rou, es también de Roberto Wace. Allí se lee la historia auténtica de las Brujas de la Bretaña, y del bosque de Brecheliand lleno de tigres y leones: en él domina el *hombre salvaje*, á quien el rey Artur quiere atravesar con *escalivar*, su famosa espada. En ese bosque es donde murmura la fuente llamada Barenton. Una taza de oro pende de la anosa encina que la sombra con sus ramas: basta coger agua con la copa y derramar algunas gotas para suscitar tempestades. Roberto Wace tuvo la curiosidad de visitar el bosque pero no encontró nada, por lo cual pudo decir:

Loco me fui, loco me vine.

Un hechizo mal empleado hizo perecer en ese bosque al encantador Merlin. A fuer de breton sincero y piadoso no creo que el bosque de Brecheliand esté situado cerca de San Quintin como supone el romance de Rou: en mi concepto, Brecheliand no es otra cosa que Becherel, cerca de Combourg. Mas afortunado que Wace, yo he visto la hechicera Morgen y he encontrado á Tristan y á Yseult: he sacado agua de la fuente con mi mano (la copa de oro es lo que siempre me ha faltado) y al arrojar esa agua al aire, he reunido tempestades: en mis *Memorias* se podrá ver de qué me han servido.

El romancero anónimo, continuador del *Brutus de Inglaterra* es un anglo-sajón: espresase con toda la facundia del odio contra Guillermo que vino «no á apoderarse de ciudades, sino á destruirlas, no á edificar aldeas, sino á sembrar bosques.» El poema presenta un ingenioso episodio.

El conquistador desea saber cuál será la suerte de su posteridad: para el efecto convoca una asamblea de notables y de los principales miembros del clero de Inglaterra y Normandía. El consejo viéndose apurado para responder, interroga por separado á cada uno de los tres hijos del rey. Preséntase Roberto de Courte-Heuse el primero: un prudente curial le dice: «Hermoso niño, si Dios omnipotente os hubiera hecho ave ¿qué desearías ser?»

«Halcon, contestó Roberto. Esa ave por su valor es querida de los príncipes, buscada de los caballeros y llevada en la mano por las damas.»

Después de Roberto de Courte-Heuse, compareció Guillermo el Rojo y habiéndosele hecho la misma pregunta que á su hermano respondió: «Quisiera ser águila, porque el águila es la reina de las aves.»

Por último vino Enrique que era el menor de los tres hermanos y manifestó que «en caso de que Dios le hubiese hecho ave quisiera ser estornino, porque es un pájaro sencillo que á nadie hace mal y vuela libremente con sus compañeros, y aunque llegue el caso de verse encerrado en una jaula, se consuela y canta.»

El primero de los tres hermanos valiente como un halcón, murió entre cadenas, el segundo, rey como el águila, fue cruel y tuvo mal fin. Enrique fue dulce é inofensivo como el pájaro que deseaba ser: no careció de penas, pero los años, que vienen á ser una especie de queja larga, triste y repetida, se las mitigaron.

CONTINUACION DE LOS ROMANCEROS ANGLO-NORMANDOS.—
PARAISO TERRENAL.—BAJADA Á LOS INFIERNOS.

Un romancero anónimo celebra el viaje de San Bradan, el irlandés, al paraíso terrenal. El santo acompañado de sus monjes descubrió en una isla el *Paraíso de las aves*, estas aves respondían á la salmodia del santo, y serían probablemente abuelos del pájaro de los jardines de Armida.

En otra isla encontraron un árbol cuyas hojas eran de un rojo pálido y entre ellas revoloteaban algunas aves blancas. Siendo una de estas interrogada por el Bradan contestó. «Somos ángeles caídos del cielo con Lucifer. En su calidad de arcángel le obedecemos como jefe nuestro; pero, como no participamos de su orgullo, Dios se contentó con desterrarnos á esta isla.» He aquí el ángel arrepentido de Klopstock.

Desde el *Paraíso de las Aves* San Bradan siempre con sus monjes, pasó á otra isla donde estaba situado el monasterio de San Alban.

Hácese otra vez á la vela y se ve atacado de una serpiente, que al fin es vencida por una bestia que Dios envía en socorro del santo, y luego por un grifo tragado á su vez por un dragón. Extraños peces se acercan á oír al solitario en tanto que celebra la festividad de San Pedro en alta mar.

El barco llega á los infiernos; profundas tinieblas dominan en la región maldita: el humo, las chispas y las llamas forman una especie de velo impenetrable á la claridad del día. Sobre una escarpada roca ven un hombre desnudo, todo lacerado, y cuya carne se desprende á manera de piltrafas por el continuo golpear de un látigo: su rostro está cubierto con un velo. Ese condenado es Judas, que con desesperada voz refiere al santo sus indecibles tormentos: cada día de cada semana se le presenta con un nuevo dolor.

María llamada de Francia, de la cual tenemos una colección de endechas, puso en verso el *Purgatorio de San Patricio de Irlanda*, que Enrique, monje de Saltry, había escrito en latín en el siglo XII. Por una caverna, sobre la cual San Patricio edificó un convento, se bajaba al sitio de la expiación.

Otros romanceros se habían ocupado del mismo asunto: según estos el que había visitado el purgatorio era un caballero llamado O-Wein, que después de haber pasado junto al infierno, cuyos tormentos se

presentaron á su vista, llegó al paraíso terrenal, y se aproximó al celestial.

Adán de Ross, cantó á su vez la bajada de San Pablo al infierno. El arcángel San Miguel servía de guía al apóstol, y le dijo: «Buen hombre, sígueme sin temor ni sospecha de ninguna clase. Dios quiere que te haga ver los rechinamientos de dientes, el trabajo y la tristura que padecen los pecadores.»

El apóstol sigue al celestial conductor recitando salmos. En el vestíbulo del infierno se eleva un árbol de fuego: de sus ramas están suspendidas las almas de los avaros y calumniadores. El aire está lleno de diablos que llevan volando los réprobos á las hogueras.

Los dos viajeros recorren aquellos lugares de desolación. El arcángel explica al apóstol los tormentos que se aplican á los diversos crimenes: en el seno de un inmenso cráter arden y crujen hornos innumerables, desde donde se precipitan torrentes de metal fundido, en cuyas olas nadan los peciticos. A proporción que los dos enviados del cielo penetran en aquella horrenda morada, son mas terribles los suplicios que se presentan á su vista; el apóstol se siente afectado de compasión.

Un pozo cerrado con siete sellos presenta su órbita: el arcángel levanta los sellos, desviando preventivamente al apóstol hasta que se exhale el vapor pestilencial. En el fondo de aquel pozo gimen los mas insignes criminales. ¿Cuánto tiempo durarán esos tormentos? pregunta San Pablo. El arcángel responde: «No lo sé á punto fijo, pero creo que ciento cuarenta mil años.»

El apóstol le invita á que ruegue á Dios mitigue los padecimientos de los réprobos, ángeles compasivos se unen á sus ruegos que son propiciamente escuchados: El señor manda que en lo sucesivo cesaran los tormentos desde el sábado hasta el lunes por la mañana. San Bradan en su viaje al paraíso terrenal había alcanzado la misma gracia para Judas. El plazo de esa suspensión era el mismo que el que se había fijado para las primeras treguas, que como es sabido, se llamaban *paz de Dios*.

La Edad Media no es el tiempo del estilo propiamente dicho; pero es la época de la espresión pintoresca, de la pintura ingenua y de la invención fecunda. Con una sonrisa de admiración se ve lo que aquellos pueblos sencillos deducían de las creencias que se les enseñaban: á su imaginación poderosa, viva é inquieta, á sus costumbres crueles, á su valor indomable y á su mal comprimido instinto de conquistas y viajes ofrecían los misioneros y los poetas tormentos maravillosos, peligros eternos, y nuevas invasiones que acometer sin mudar de puerto. El paraíso terrenal, que la musa cristiana presentaba en perspectiva á los bárbaros, aquel lugar de delicias á donde no era posible llegar sino después de haber vencido una inmensa distancia, y sufrido rudas pruebas, era como aquella ciudad, aquella Roma que en otro tiempo habían venido buscando con la tea y la espada en la mano desde un extremo del mundo y al través de mil peligros.

La idea original de aquellas ficciones hay que buscarla en el viaje de Ulises á los Campos Cimmerio, y en la bajada de Eneas al Tártaro. Esta idea fue comunicada á los siglos cristianos por medio de la literatura clásica, y se encuentra reproducida en toda la Edad Media con el título de *Visio inferni*. El árbol de fuego, de cuyas ramas están pendientes las almas de los avaros, recuerda el olmo entre cuyo follaje vienen los sueños á refugiarse en las primeras fauces del Tártaro (*Aeneid.*, lib. VI).

Esas tres producciones de San Bradan, de María de Francia y de Adán Ross, traen á la memoria el *paraíso* y el *infierno* de la *Divina Comedia* del Dante. San Pablo es conducido al infierno por el arcángel

como aquel poeta por Virgilio: San Pablo siente compasión como el Dante; San Bradan ve que Judas es el mas atormentado de los réprobos, y lo mismo se lee en la descripción del poeta italiano; el dolor varía por lo tocante á Judas según el romance, y la duración de los tormentos se supone de ciento cuarenta mil años y en eso discrepa del poeta, en cuyo sentir el dolor es uniforme y constante como la eternidad.

Cancellieri pretende que el Dante tomó el fondo de su composición de las *Visiones del Infierno*, que escribió en 1120 un monje del Monte Casino llamado Alberico. ¿Qué se probaría siendo eso cierto? Que el Dante trabajó con las ideas y creencias de su siglo, como Homero con las tradiciones de su tiempo. Pero el ingenio de los poemas ¿á quién pertenece? A Dante y á Homero.

El primero de estos dos es indudable que tomó algunos rasgos de su Ugolino, del Tideo de Estacio: ¿qué importa?

En la Edad Media Virgilio fue llamado por excelencia el *Poeta*; en todas partes se le encuentra reproducido. Los frailes, autores de la tragedia de San Marcial de Limoges, presentan el autor de la *Eneida* con los profetas cantando junto á la cuna del Mesías un *Benedicamus* en verso. Dante se vió naturalmente impelido á tomar el poeta latino para guía del infierno, pues era como valerse de un contemporáneo. ¿No fue declarado Virgilio señor de Mántua en 1227? Dante nació en 1265.

En el orden histórico de la Edad Media, así como en el religioso, predominan dos ó tres ideas generales: los bárbaros quisieron descender de Eneas: nuestro origen se remonta á los troyanos, nadie desciende de los hunos, de los godos, de los francos ni de los anglos. Por una parte los pueblos bárbaros, civilizados por los sacerdotes cristianos, se avergonzaron de su barbarie y por otra se consideraron honrados con atribuirse el mismo origen que aquel imperio romano, cuyos despojos se habían repartido entre sí, después de haberlo sacrificado. ¡Las hijas de Jason despedazaron á su padre para rejuvenecerlo!

MILAGROS. — MISTERIOS. — SÁTIRAS.

Los milagros y los misterios formaron una de las partes esenciales de la literatura de todos los países cristianos desde el décimo hasta el décimo sexto siglo. Godofredo, abad de San Alban, compuso en lengua de *Oil* el milagro de *Santa Catalina*: ese es el primer drama escrito en francés de que hasta el presente hay noticia. El autor lo hizo representar en una iglesia (año 1110), y para vestir á los actores se valió de las capas de coro del convento. El clero fomentaba esa clase de espectáculos como una enseñanza pública de la historia del cristianismo: el teatro griego tuvo también su origen religioso. Los *milagros* y los *misterios* se representaban á la luz del día en las iglesias, en los patios de los tribunales, en las plazas de las ciudades y en los cementerios: se anunciaban en el púlpito, y con frecuencia eran presididos por un prelado con su cayado en la mano. La función solía algunas veces terminar por luchas de animales, justas, bailes ó carreras. Clemente VI concedió mil años de indulgencia á las piadosas personas que asistieran á todas las representaciones de asuntos sagrados que se dieran en Chester.

Semejantes espectáculos eran para los plebeyos lo que los torneos para los nobles. En la Edad Media había muchas mas diversiones públicas que en los tiempos modernos: las verdaderas solemnidades nacen de las creencias nacionales. La revolución no ha podido crear una sola fiesta duradera; y si á despecho de la incredulidad hay todavía algunos días feriados para el pueblo, todos pertenecen al antiguo cristianismo: no hay verdadera complacencia sino en las festividades

que ofrecen a un mismo tiempo recuerdos y esperanzas. La filosofía entristece a los hombres; un pueblo ateo no tendría mas festividad que la de la muerte.

Las representaciones teatrales pasaron del clero al estado lego. Unos comerciantes de paño representaron en Londres la *Creación*: los dos protagonistas salieron enteramente desnudos. El gremio de tintoreros dió una representación del *Diluvio*. La mujer de Noé no quería entrar en el arca y sopapeaba a su marido.

El curso que Mr. Magin está actualmente dando con tanto discernimiento como erudición, completará el círculo de conocimientos acerca de los misterios y la época que los ha precedido, asunto lleno de interés, y relacionado íntimamente con la historia nacional.

Las sátiras ocupaban un puesto muy importante en las poesías de la Inglaterra normanda. Las damas eran muy respetadas de los caballeros; pero muy poco de los juglares, que con viveza las criticaban de su desmedida afición a los adornos y a los perros falderos. «Si tratáis de visitar a una señora (decía el abate de La Rue), tapaos bien, cubrios aunque sea con la capa de San Pedro de Roma, pues al entrar en su habitación os vereis asaltado de una multitud de perros de toda especie: entre ellos vereis algunos que saltan como langostas, y enormes lebreles reposados como leones.»

En las composiciones tituladas *Bodas de las hijas del Diablo* y *Aparición de San Pedro*, no se guarda tampoco ningún miramiento a las damas. El papa, los obispos, los frailes, los nobles, los ricos, los médicos y las diversas condiciones sociales, son también mas o menos satirizados en la *Novela de las novelas*, en el *Pater Noster de los golosos*, en las *Letanías de los Villanos*, en el *Credo del judío*, en la *Epístola y Evangelio de las mujeres*, y sobre todo en aquellas sátiras generales que eran denominadas *Biblia*.

An other abba i ther bi
For soth a gret nunnerie, etc.

«Cerca de una abadía hay un convento de monjas, al borde de un río manso, como la leche. En los días calurosos las monjas se remontan por el río en barquichuelos. Cuando están lejos de la abadía, el diablo se recuesta en la orilla del río enteramente desnudo y dispuesto a nadar...»

Suprimimos el resto, lleno de groseras obscenidades.

El credo de Pedro el Labrador (*Pater Plowman*) es una virulenta sátira contra los religiosos mendicantes.

Y fond in a freture a frere on a benche, etc.

«He encontrado un horroroso fraile sentado en un banco: estaba tan obeso que parecía un tonel: su rostro era a modo de una vejiga hinchada de aire, y como un saco pendiente de sus pómulos y de la barba. Era en una palabra un venerable pato cebado cuyas carnes se estremecían como si fueran de barro.»

Los señores y señoras feudales cantaban, hacían el amor y gozaban, sin dar por de pronto muchas señales de creer en Dios. El vizconde de Beauchamp amenazaba a su hijo Aucaussin con el infierno si no se separaba de una cierta Nicoleta, amiga suya. El doncel contestó que le importaba muy poco el paraíso, lleno de failes hofgazanes medio desnudos, de ancianos clérigos obesos, y de anacoretas cubiertos de harapos, que por lo tanto prefería ir al infierno, corte de los grandes reyes, barones y paladines; que allí no faltaran mujeres hermosas amadas de trovadores y de juglares apasionados del vino y de la vida alegre. Un trovador rezaba para que Dios concediera a todos los enamorados el placer que tuvo cierta noche...

CAMBIO DE LA LITERATURA.—LUCHA DE LOS DOS IDIOMAS.

La época de los bardos, romanceros, trovadores, juglares y músicos anglo-galos, anglo-sajones y anglo-normandos, duró cerca de tres siglos, desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo III. El feudalismo fue alterando poco a poco su espíritu y sus costumbres; las Cruzadas extendieron el círculo de las ideas y las imágenes y la poesía siguió el impulso de las costumbres. El órgano, el harpa y los instrumentos rústicos produjeron nuevos sonidos en los conventos, en los palacios y en las campiñas. Según la tradición popular, Eduardo condenó a muerte a los trovadores del país de Gales que con sus cantos siguieran escitando en el corazón de los antiguos bretones el amor de la patria y el odio a los extranjeros. Gray hace decir al último de esos bardos:

Ruin seize thee nuthless king! (La destrucción se apodera de tí, rey cruel).

Las composiciones poéticas perdieron su antigua denominación y forma, convirtiéndose en piezas sueltas y en narraciones mas cortas y adaptadas a la capacidad de la memoria. De manera que tanto por esta circunstancia, como por el estilo y por el modo de expresar el pensamiento, se ve desde luego que se ha consumado una revolución, y que los siglos han desaparecido con su propio carácter.

La introducción de la poesía provenzal y francesa mediante los trovadores y juglares normandos, produjo el inconveniente de quitar a las composiciones sajonas su nativa originalidad. Desde entonces no fueron ya mas que una imitación, algunas veces hermosa, no puede dudarse, pero siempre contagiada de sabor extranjero. Cierta poeta compara el objeto de su amor a un ave cuyas plumas imitan en sus reflejos toda clase de piedras preciosas y flores. Luego mostrándose tan enamorado como discreto, huye de revelar el nombre de su dama al vulgo profano diciendo que «puede oírse en uno de los gorjeos del ruiseñor.»

La lengua de Oil usada por los vencedores conservaba el catálogo de las riquezas aristocráticas, celebraba las proezas de los caballeros y los amores de las nobles damas. Guillermo el Conquistador, según dice Sugulfo, detestaba el idioma inglés, y por lo tanto mandó que los actos judiciales se escribieran en francés, y que en esa misma lengua se enseñaran en las escuelas los primeros rudimentos de la ciencia a los niños.

He dicho que las propiedades territoriales de Francia e Inglaterra se mezclaron por la conquista, y que los propietarios franceses llevaron a Inglaterra su nativo idioma. Pruébase este aserto recordando que había frailes bretones, de Mans y de Normandía, que poseían monasterios y abadías en Inglaterra, y que muchas familias de aquellas provincias y luego de todas las llevadas en dote por Leonor de Guyena, o conquistadas por Eduardo III y Enrique V, poseyeron bienes en el reino anglo-normando.

Guillermo el Bastardo regaló a su yerno Alain, duque de Bretaña, cuatrocientas cuarenta y dos señorías en el Yorkshire, de las cuales se formó posteriormente el condado de Richmond (*Domesday-Book*). Los duques de Bretaña, sucesores de Alain, dieron en feudo esos dominios a caballeros bretones, hijos menores de las familias de Rohan, de Tinteniac, de Chateaubriand, de Goyon y de Montboucher, y mucho tiempo después el condado de Richmond (*honore richemundiae*) fue erigido en ducado bajo Carlos II para un bastardo de ese rey.

El idioma francés despreciaba y hacía oposición a la lengua inglesa. «Una vez se veía un obispo sajón expulsado de su sede porque no sabía el francés, otra se anulaban las cartas-privilegios concedidas a favor

de algun monasterio porque estaban escritas en sajón; y no faltó ocasión en que los jueces sentenciaron a un acusado sin quererle oír porque no hablaba mas que en inglés, o dieron a título de limosna a una familia la mas insignificante parte de los bienes que ellos mismos le habían quitado.» (A THIERRI).

Las dos lenguas rivales eran como el estandarte bajo que los dos partidos combatían a todo trance. Por do quiera se veían señales de su lucha contribuyendo ambas a llenar de barbarismos el latín de aquel tiempo. Guillermo Wyrcester escribiendo acerca del duque de York decía: *et ARRIVAVIT apud Redbanke prope Cetriam*, ARRIVERES palabra francesa. Juan Roux al referir que el marqués Porset y el caballero Tomás Grey tuvieron que huir por haber proyectado dar muerte al duque de York dice: *quod ipsi CONTRIVISSENT morlem ducis*. CONTRIVE palabra inglesa, maquinarse.

Algunas veces los dos idiomas alternaban en una misma composición poética sirviéndose mutuamente de consonantes.

Eduardo I, oyó con mucho respeto una bula latina de Bonifacio VIII, y luego la mandó traducir en francés por no haberla entendido.

Pedro de Blois refiere que a principios del siglo XII Gilyber no sabía el inglés, pero como estaba muy versado en el latín y el francés predicaba al pueblo los domingos y días festivos. Wadington historiador-poeta del siglo XIII declara escribir sus obras en francés y no en su propio idioma a fin de que grandes y pequeños pudieran entenderlo: prueba de que el idioma extranjero estaba a punto de sofocar el del país.

Existe en la biblioteca *harleyana* una gramática francesa epistolar para todos los Estados, otra en verso francés y un glosario en romance latín.

Algunas veces se traducían en inglés las obras francesas; pero esto, como decían los poetas, se hacía únicamente por conmiseración hacia los *leived* o sea la clase baja e ignorante.

For lewed men I undyrtoke
In englyshe tonge to make this boke

Los pobres escaldas batidos por los romanceros de los vencedores, y retirados al seno de los vencidos hacían esfuerzos para sobreponerse otra vez por medio de las masas. Cantaban aventuras populares y ponían en escena a *Peter Ploughman* retratándolo bajo todos aspectos. Esa era la línea divisoria de ambas musas y ambos pueblos. La musa nacional criticaba a los nobles de su no interrumpido uso del idioma francés.

Frenk use this gentleman
And never English can.

«Este hidalgo no hace uso sino del francés, y nunca del inglés.»

Decíase proverbialmente: «No le falta a Jacobo sino el saber francés para hacer el papel de señor.»

Estas divisiones subsistían desde fecha muy atrasada. El conde anglo-sajón Gualleve (el célebre Waltheof) fue decapitado en tiempo del conquistador, por haber tomado parte en la conspiración de Roger, conde de Hereford, y de Ralph, conde de Norfolk. Gualleve, conde de Northampton era hijo de Siward, duque de Northumbrie. Su cadáver fue llevado a Croyland por el abate Ulketel. Habiendo sido exhumado de allí a unos pocos años se le encontró no solo ileso sino con la cabeza unida al cuerpo; una pequeña línea encarnada alrededor del cuello era la única señal que presentaba de su decapitación: al ver ese collar del martirio, los anglo-sajones lo reconocieron por santo. Los normandos se burlaban de ese milagro, y hasta hubo un fraile normando llamado Audin que no reparó en repetir públicamente que el hijo de Siward

no había sido mas que un infame traidor justamente castigado: Audin murió repentinamente de cólico.

El abad Goisfredo, sucesor de Yngulfo tuvo una visión. Durante la noche vió junto a la tumba del conde al apóstol Bartolomé y al anacoreta Guthlac. El primero de estos sosteniendo la cabeza de Gualleve, colocada ya en su lugar decía: «No está decapitado.» Guthlac puesto a los pies del cadáver exclamaba: «¡Fue conde!» y el apóstol le interrumpía diciendo: «Ahora es rey.» Las poblaciones anglo-sajonas corrieron precipitadamente a visitar la tumba de su compatriota. Este suceso demuestra de una manera chocante la división y antipatía de los pueblos. (ORDERICO VITAL).

Por último en concepto de Milton hay que referir el uso del francés a una fecha mucho mas atrasada, nada menos que al reinado de Eduardo el Confesor. «Entonces los ingleses principiaron, dice el autor citado, a dejar sus antiguas costumbres y a imitar los modales de los franceses en muchas cosas. Los próceres empezaron a hablar francés en sus casas, y a escribir sus cartas, y sus actos en ese idioma como si se avergonzaran de hablar en su lengua nativa: esto fue un presagio de que no tardarían mucho en recibir la ley por parte de un pueblo que tan espontáneamente les imponía sus vestidos, sus costumbres, y su idioma.» (*History of Engl.* lib. VI).

RESTABLECIMIENTO DEL IDIOMA NACIONAL POR MEDIO DE LA LEY.

Eduardo III en el momento en que la lengua francesa se iba sobreponiendo por las victorias de ese mismo monarca, por la permanencia de los ejércitos ingleses en el territorio francés, y por la ocupación de las ciudades quitadas a la Francia; Eduardo para complacer al populacho otorgó el uso de la lengua inglesa en las causas civiles: a pesar de eso las providencias judiciales que recaían sobre ellas, siguieron redactándose en francés. La misma acta del parlamento que manda (A. 1362) usar en lo venidero el idioma inglés está escrita en lengua francesa. Preciso fue que al poder de las leyes se uniera el azote del cielo para extinguir la lengua de los vencedores: es de notar que el francés empezó a declinar en la gran peste de 1349.

En tanto que por su propio interés Eduardo toleraba un uso muy limitado del anglo-sajón, en la corte se continuaba hablando en francés. No hay que perder de vista que ese monarca era hijo de una princesa de Francia, en cuyo nombre reclama la corona de San Luis. En los campos de batalla no se advertía ninguna diferencia entre los combatientes, en ambos ejércitos peleaban padres contra hijos y hermanos contra hermanos; Crecy, Poitiers y Azincourt no presentan mas que desastres de una vasta guerra civil. Felipina de Hainaut, esposa de Eduardo III hablaba francés; tenía por secretario a Froissard, y al mismo tiempo el cura de Lestines escribía en hermoso francés los amores de Eduardo y de Alix de Salisbury.

Los convidados que asistieron al voto de la garza real hablaban en ese idioma, y el héroe de aquella función fue el funestamente célebre Roberto de Artois.

Eduardo había prestado por medio de la palabra *voire* (si) en manos de Felipe de Valois el siguiente juramento en francés que luego no tuvo reparo en violar: «Sire, os convertís en hombre del rey de Francia, mi señor, de la Guyena, y de sus dependencias; os confesáis súbdito suyo como par de Francia según los convenios celebrados entre sus predecesores y los vuestros, y según lo que vos y vuestros antepasados habeis prometido por dicho ducado a sus antecesores, reyes de Francia.»

Después de la batalla de Crecy fue un inglés llama-

do Miguel de Nothburgh el que hizo el recuento de los muertos que se encontraron en el campo, y dió el parte en francés: «*Furent morts le roi etc.*» Esa circunstancia les debió recordar que no siempre habían sido vencedores, y que en el idioma que hablaban se conservaban aun señales de su antigua sumisión y del inconstante capricho de la fortuna.

En las actas Rimer desde el 1101 hasta mediados del 1460 los originales están casi exclusivamente redactados en latín y francés. Los numerosos estatutos de los Enrique IV, V, y VI, así como los de Eduardo IV fueron también escritos, anotados y promulgados en el mismo idioma. Preciso es descender al 1418 para encontrar la primera acta de la cámara baja en inglés. Sin embargo cuando Enrique V sitiaba á Rouen (A. 1418) los embajadores que al parecer quería enviar á las conferencias de Pont de l'Arche, se escusaron de aceptar la comisión prestando *ignorar* el idioma del país; pero esa circunstancia no destruye lo que anteriormente se ha dicho, pues sobre ser cierto que Enrique *no quería la paz*, hay que tener presente que después de su muerte, es decir en una época posterior, sus soldados hablaban en el mismo idioma que la Doncella de Orleans, y declaraban como testigos en el proceso instruido contra aquella heroína.

Por último el parlamento convocado en Westminster (20 enero del 1483) en tiempo de Ricardo redactó los *bills* en inglés, y este ejemplo fue seguido por los parlamentos. De nada casi ha dependido el que los tres reinos de la Gran Bretaña no hayan seguido hablando francés, en cuyo caso Shakespeare habría escrito en el idioma de Rabelais.

CHAUER.—BOWER.—BARBOUR.

Al mismo tiempo que los tribunales volvían al uso de la lengua nativa, Chaucer parecía destinado á rehabilitar el harpa de los bardos; pero su competidor Bower que le había precedido algunos años, seguía versificando en los dos idiomas y acomodándose mas al francés que al inglés. Froissard contemporáneo de Bower nada tiene que por lo tocante á la elegancia y la gracia pueda compararse con algunas baladas de este poeta de ultramar.

La lengua inglesa de Chaucer está lejos de tener aquella delicadeza que se nota en algunas composiciones del francés antiguo; no era por decirlo, así mas que un confuso conjunto de diversos dialectos, y sin embargo, de ella es de donde se derivó el inglés que se habla en la actualidad.

Cortesano, partidario de Lancaster, adepto de Wiclef, traidor á su partido y á sí mismo, unas veces desterrado, otras viajando, tan pronto en favor como en desgracia, Chaucer se encontró con el Petrarca en Padua y en vez de remontarse á las fuentes sajonas, tomó de los trovadores provenzales y del amante de Laura el gusto para sus cantos y de Boccaccio el carácter de sus cuentos.

En la *Corte de amor* la dama de Chaucer le promete la felicidad para el mes de mayo: todo lo consigue quien sabe esperar. Llega el 1.º de aquel mes; las aves celebran con religiosa pompa el amor del poeta amenazado de felicidad: el águila entona el *Veni Creator*, y el ruiseñor suspira el *Domine labia mea aperies*. El Plowman (sigue siempre la sátira conservando ese nombre alegórico) se presenta llena de causticidad: el clero, las damas y los lores son constante objeto de los ataques del poeta: citaremos un ejemplo:

«*Suche as can nat ysay ther crede,
With prayer shul be made prelates;
Nothee canne thei the gospell rede,
Suche shul now weldin hie estates.*»

«*There was more mercy in Maxi-mine
And Nero that never was gode,
Than there is now in some of them.
Unan he hach on his furred-hode.*»

«Tal que no sabe el credo consigue ser prelado á fuerza de solicitudes; tal que no puede leer el Evangelio consigue una rica prebenda.»

«Mas humanidad había en Máximo y en Neron que nunca fue bueno, que la que se encuentra en algunos de esos que llevan el capirote forrado.»

El poeta escribía en su palacio de Donnigton, bajo la *encina de Chaucer* sus Cuentos de Cantorbery por el estilo del Decameron. En su principio la literatura inglesa de la edad media fue desfigurada por la literatura romana, en su nacimiento la literatura inglesa moderna se disfrazó de literatura italiana.

En Francia ese furor de imitación quitó tal vez al siglo de Luis XIV una originalidad digna de ser echada de menos: afortunadamente como Racine, Boileau, Bossuet y Fenelon no habían estudiado mas que originales griegos y romanos, pudo el talento del gran Rey aliarse con el genio de Roma y Atenas, y de aquí resultaron obras que tuvieron modelos y que lo seran eternamente.

Wiclef debe ser contado entre los autores ingleses de la época de Chaucer. Como primer acto de su reforma hizo sobre la Vulgata una traducción inglesa de la Biblia que todavía es consultada como monumento de la lengua; Lutero, siguiendo sus pasos tradujo en alemán la Biblia, pero del hebreo.

Desde Alfredo el Grande, fundador de las libertades británicas el pueblo inglés, nunca se ha visto escluido totalmente del poder. Las poesías, las crónicas y las novelas de Inglaterra tienen un elemento que se echa de menos en las antiguas producciones análogas francesas, el elemento popular; la acción dramática de aquellas está vivificada y de ellas se desprenden bellezas de contraste con las costumbres religiosas, aristocráticas y caballerescas. Admiración causa el encontrar en las producciones del escocés Barbour, contemporáneo de Chaucer estos versos acerca de la libertad: un pensamiento inmortal parece haber comunicado eterna juventud á ese lenguarje, cuyo estilo y espresiones puede decirse que aun no han envejecido.

«*Ah! if freedom is a noble thing!
Freedom makes man to have a liking;
Freedom all solace to man gives.
He lives at ease that freely lives:
A noble heart may have none ease,
Nor nought ehe that may it please,
Yt freedom fail.*»

«Ah! Noble cosa es la libertad. La libertad hace que el hombre esté contento de sí mismo: la libertad da todo consuelo al hombre. Satisfecho vive el que vive libre. Un corazón noble no puede tener satisfacción ni cosa alguna capaz de agradarle si le falta libertad.»

Lejos estaban entonces los poetas franceses de la dignidad de ese lenguaje que Dante había hecho conocer en Italia.

SENTIMIENTO DE LA LIBERTAD POLÍTICA.—EN QUÉ CONSISTE LA DIFERENCIA ENTRE LOS ESCRITORES INGLESES Y LOS FRANCESES DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.—PUESTO OCUPADO POR EL PUEBLO EN LAS ANTIGUAS INSTITUCIONES DE LAS DOS MONARQUÍAS.

Las instituciones políticas ejercen en la literatura tanta influencia como las costumbres. Si el espíritu de libertad aparece en aquella época en los escritores franceses menos que en los de Inglaterra, es por que los dos pueblos no estaban colocados bajo unas mismas condiciones; habiendo llegado á una diversa re-

partición de la autoridad pública por distintos caminos, no podían usar de un mismo lenguaje.

Esta consideración merece que nos detengamos un momento á desentrañar de la poesía la filosofía de la historia, que con bastante frecuencia suele encerrarse en ella. Comprendemos mejor cómo los poetas de una y otra nación han venido á hablar, ó á guardar silencio acerca de la libertad, recordando el papel que cada uno de ambos pueblos desempeñaba en las instituciones nacionales. Por lo tocante á Inglaterra no necesitare mas que transcribir algunas páginas de una muy corta, pero excelente obra intitulada: *Vista general de la constitucion de Inglaterra por un inglés* (1). Obra muy superior á todo lo que compaginó en otro tiempo el teórico genovés Delolme auxiliado de Blakstone.

«Por espacio de mas de doscientos años después de Guillermo el Conquistador el parlamento inglés seguía siendo en cuanto á sus principales funciones y posición, casi lo mismo que el de París desde Hugo Capeto hasta el reinado de San Luis con solo la diferencia de que el francés, si bien era considerado alguna vez como nacional, no era en realidad mas que parlamento del Ducado de Francia y algunos países inmediatos, en tanto que el de Londres era una asamblea de los principales personajes del reino, y su autoridad era reconocida en todas partes.»

Los miembros de los dos parlamentos inglés y francés eran los barones, caballeros, prelados y un cierto número de magistrados, convocados de real orden por cierto tiempo. Uno y otro parlamento no componían mas que una sola Cámara y lo mismo podían llamarse tribunal supremo de justicia que asamblea política. Mas en tanto que los miembros del parlamento inglés adquirían cada vez mas importancia política, y en tanto que su voto *consultivo* se iba insensiblemente cambiando en voto *deliberativo* hasta el punto de llegar á establecer *legalmente* que podían desestimar todas las demandas del trono, como este podía á su vez desestimar las de los miembros del parlamento, iba el de París perdiendo gradualmente consideración por el aumento progresivo del poder real. De manera que en vez de obtener voto *deliberativo* en los grandes asuntos nacionales fueron los miembros del parlamento francés cada día menos *consultados* en lo tocante á las cuestiones políticas, y concluyeron por no ser considerados principalmente sino como jueces del tribunal baronial del Ducado de Francia... Felipe Augusto organizó la institución de la dignidad de par, é hizo que los agraciados fuesen miembros del parlamento de París para aumentar la importancia de este por medio de un simulacro del antiguo poder baronial que en nada pudiese disminuir la influencia régia. Si al reunir la Normandía á la corona hubiese concedido á los principales barones y eclesiásticos normandos el derecho de ser miembros del parlamento de París, y los sucesores de aquel rey hubiesen ido haciendo lo mismo con los personajes de las diversas provincias que incorporaron á la corona, aquel parlamento habría llegado á ser verdaderamente nacional como el de Inglaterra y por último los diputados de las grandes ciudades habrían venido á ser admitidos en él. Pero Felipe y los que le sucedieron en el trono creyeron mas oportuno dejar existir por separado los parlamentos ó *Estados* de las provincias incorporadas que agregarlos al gobierno de Francia. Por su parte las provincias tampoco deseaban otra cosa que el que se las dejase conservar sus parlamentos. San Luis convocó en cierta ocasión un considerable número de nobles y prelados de todo el reino, juntamente con los diputados de muchas ciudades. Aquel parlamento fue enteramente igual al que había en Inglaterra en la misma época; pero

(1) FRISSEL.

el ejemplo no volvió á repetirse ni por aquel monarca ni por su sucesor Felipe el Atrevido, que por el contrario hizo cuanto pudo para que la alta nobleza se disgustara de asistir al parlamento.

Felipe el Hermoso fue quien descargó mas rudo golpe contra la autoridad del parlamento con su *invención* de los Estados Generales, que por mas que digan ciertos autores sistemáticos, no habían existido nunca antes de aquel reinado. Al no consentir que el alto clero y nobleza concurrieran á los *estados*, sino por diputación, y al confundirlos con la nobleza y el clero, les quitó toda su importancia, y al limitar las funciones de los *estados* al solo derecho de emitir quejas, los redujo á la nada....

Poco tiempo después de la introducción normal de los diputados ó caballeros de los condados en el parlamento inglés, se verificó un considerable cambio que produjo consecuencias muy importantes. Consistió ese cambio en la formación de la cámara baja, debida meramente á la casualidad y cuyos resultados no fueron seguramente previstos por los políticos de aquella época. Además de los subsidios suministrados por el parlamento, desde que las ciudades convertidas en corporaciones políticas estaban en posesión de diversos privilegios, los reyes acostumbraban pedirles de cuando en cuando y sin intervención del parlamento varias sumas de dinero proporcionadas á la importancia ó riqueza que representaban. El total de esas sumas solía arreglarse amistosamente entre los comisionados régios y los principales habitantes de cada ciudad.

Por último, bajo el reinado de Enrique III á mediados del siglo XIII, el famoso conde de Leicester convocó para el parlamento á los diputados de las principales ciudades esperando que de esta manera los pondría en mayor compromiso de darle el dinero que necesitaba para sostener sus criminales empresas. Sin embargo, este ejemplo no fue imitado en los parlamentos siguientes. Solo á fines del siglo XIII (A. 1295), fue cuando Eduardo I apremiado por la necesidad de dinero, y cansado de negociaciones parciales, discurrió convocar normalmente dos diputados de cada ciudad para la misma época, y local en que se celebra el parlamento. Estos diputados sin voto en las deliberaciones nacionales, no hacían mas que determinar la suma que sus respectivas ciudades podían aprontar. Al mismo tiempo estaban autorizados á manifestar las necesidades de aquellas, y como lo importante era sacarles la mayor suma posible, solía el gobierno condescender con sus peticiones cuando las consideraba justas. Al principio solían estos representantes deliberar separados de los demás miembros del parlamento, y se atenían á las instrucciones de sus poderdantes en lo relativo á las necesidades que tenían que manifestar y al *maximum* de la contribución que podían conceder.

No se sabe á punto fijo cuándo los diputados de los condados se reunieron por primera vez en un mismo salón con los diputados de las ciudades. Aunque estas dos especies de diputados se diferenciaban mucho bajo el punto de vista de su existencia política, eran sin embargo parecidos por su condición de *mandatarios* de sus conciudadanos: es probable que unos y otros tuviesen además que atenerse con mucha frecuencia á las instrucciones de sus representantes. Fue por lo tanto mas cómodo para el despacho de los asuntos el reunirlos á todos en un mismo local, y dar cuenta en seguida de sus deliberaciones á la cámara de los Pares, con lo cual se evitaba también el que en el salón de estos últimos deliberasen aparte los caballeros. Es de presumir que la alta nobleza, que ya empezaba á mirar como inferiores á los caballeros, se valdria de cualquier pretexto decoroso para alejarlos de su localidad. La mayor ó me-

nor capacidad del salón en que se reunían los pares ó cualquiera otro incidente, pudo contribuir á la separación de los miembros del parlamento. De todos modos es cierto que los representantes de los condados y los de las ciudades estaban reunidos en un mismo local á mediados del siglo xiv. Eso, no obstante, existía entre ellos una gran diferencia: los caballeros de los condados formaban la parte, integrante del parlamento y deliberaban sobre toda clase de asuntos como los grandes barones ó pares, en tanto que los diputados de las ciudades no tenían mas poderes que los de arreglar la contribución que sus comitentes debían pagar: una vez terminado este asunto podían retirarse sin esperar el fin de la sesión. Es también natural el suponer que á proporción que las ciudades iban adquiriendo riquezas, sus representantes ganaban en consideración, y que en vez de retirarse á sus casas despues de terminada su misión, se quedaban para oír las deliberaciones de los caballeros en lo tocante á la legislación en general, que no podía menos de ser del mayor interés para ellos. Poco á poco se les consultó también acerca de ese particular. De la consulta á la deliberación no hay mas que un paso: así es que á fines del siglo xiv los diputados de las ciudades habían adquirido ya todos los derechos políticos de los representantes de los condados, y todos estaban ya confundidos bajo la denominación general de *diputados de la cámara baja*.

No se puede decir con mas claridad cómo se fue formando el parlamento inglés, ni cómo al llegar á unas mismas instituciones marchó el parlamento de París por otro camino. El resto del folleto de donde se han tomado esas consideraciones, presenta la misma rectitud de juicio y verdad de hechos en la parte relativa al examen del principio de la aristocracia inglesa, del supuesto *veto*, y del imaginario equilibrio de los tres poderes, únicas materias á que se limita.

En Francia ni el parlamento llamado de París, ni los Estados Generales en lo sucesivo, no se dividieron en dos cámaras: el clero ordenadamente formado, se mantuvo aparte de los barones, de los pares, y de la nobleza de caballería: esta no se reunió tampoco con los diputados de las ciudades y permaneció con los barones. El tercer estado se quedó aparte. De aquí nacieron tres órdenes que se clasificaron por números, primero, segundo y tercero. Esta constitución de los Estados Generales, cuyo poder nacional nunca fue reconocido, de toda la Francia, se reproducía en los estados particulares de las provincias, que eran verdaderos soberanos de cada una de ellas. Pero el tercer orden que en los Estados Generales ó particulares nunca tenía importancia sino en momentos de desorden, se fue apoderando del poder público valiéndose de otros medios.

Hablábase constantemente de los tres órdenes como suponiendo que constituían esencialmente los estados llamados generales. Sin embargo, hay que tener presente que las bayllías no nombraban diputados mas que para uno ó para dos de dichos órdenes. En 1614 la bayllía de Amboise no lo nombró ni para el clero, ni para la nobleza; la de Chateaufort en Tímerais, tampoco lo envió ni para el clero, ni para el tercer orden: las de Puv, La-Rochelle, Loraingais, Calais, Haute-Marche y Chatelleraut, no lo nombraron para el clero, ni las de Montdidier y Roi para la nobleza. Sin embargo, los Estados de 1614 se denominaron *Estados Generales*. Así es que las antiguas crónicas al hablar de las asambleas nacionales, se espresan de un modo mas correcto llamandolas *tres estados ó ciudadanos notables, ó barones y obispos* segun mejor les conviene, y nunca dejan de atribuir á las asambleas organizadas de ese modo, la misma fuerza legislativa.

Muchas veces el tercer orden en las distintas pro-

vincias, á pesar de su convocación, no enviaba diputado, y obraba así por una razón desapercibida, pero muy natural: ese tercer orden se había apoderado de la magistratura despues de haber espulsado de ella á la gente de espada: reinaba de un modo absoluto como juez, abogado, procurador, escribano, etc.; confectonaba las leyes civiles y criminales, y hasta ejercía el poder político con la ayuda de la usurpación de los parlamentos. Las tres cuartas partes de los ministros de la monarquía salían de su seno, y algunos individuos suyos llegaron no pocas veces en el ejército á la dignidad del mariscalato. De este tercer orden dependían la fortuna, el honor y la vida de los ciudadanos: todo estaba sujeto á sus determinaciones, no había cabeza que estuviese segura de la espada de su justicia. Hallándose, pues, en posesión de un poder tan ilimitado ¿qué necesidad tenía de ir á solicitar una débil porción de ese poder en las asambleas donde alguna vez lo habían visto presentarse de rodillas?

El pueblo, metamorfoseado en fraile se había refugiado en el claustro, y gobernaba la sociedad por medio de la opinión religiosa; el pueblo metamorfoseado en recaudador, en ministro de comercio ó de manufacturas, se había refugiado en el campo rentístico y gobernaba la sociedad por medio del dinero; el pueblo metamorfoseado en magistrado se había refugiado en los tribunales y gobernaba la sociedad por medio de la ley. Ese gran reino de Francia, aristocrática en partes, era democrática en su conjunto bajo la dirección de su rey con quien se entendía perfectamente y marchaba casi siempre de acuerdo: así se esplica su larga existencia.

Fácil es comprender, sentados estos precedentes, la causa de haberse el pueblo apoderado súbitamente (A. 1789) de la soberanía de la nación: anteriormente se había apoderado de todas las alturas; dominaba todos los puntos estratégicos. No habiendo el pueblo tomado mas que una pequeña parte en la constitución del Estado, pero hallándose ya incorporado á todos los demás poderes, le fue sumamente fácil conquistar la única libertad que le faltaba, la libertad política. No sucede así en Inglaterra: el pueblo de ese país que desde hace muchos siglos viene ocupando un puesto importante en la constitución, que ha condenado á muerte nobles y reyes y que ha dado y quitado coronas, es un pueblo que se encuentra detenido en el momento que pretende estender sus derechos: él mismo se sirve de obstáculo á sí mismo, y se ve contenido por su propio poder. La libertad popular británica en su antigua forma, es evidentemente la que en la actualidad está luchando con la libertad popular en su forma moderna.

Con razón pudo pues, Barbour, cantar esa libertad en los nobles versos citados al fin del último capítulo; con razón pudo cantarla cuando aun no era conocida en Francia por parte del autor de la *Espina amorosa*, de las *Baladas* y del *Pleito de la rosa y de la violeta*, ignorada aun en tiempo de la veneciana Cristina de Píseno y del traductor de las fábulas de Esopo, que las publicó con el título de *Bestiario*.

JACOBO I DE ESCOCIA.—DUMBAR.—DOUGLAS.—WOCES-TER.—RIVES.

Jacobo I, rey el mas completo y desgraciado de cuantos reinaron en Escocia, escedió como poeta á Barbour, á Occleve y á Sidgate. Durante los diez y ocho años de su cautiverio en Inglaterra, compuso en la prisión su *King's squair* (libro del rey), composición en seis cantos, divididos por estrofas de siete versos. Lady Juana Beaufort se las inspiró.

«Una mañana de mayo, dice el rey poeta, estaba yo apoyado en la reja de mi prisión, mirando el palacio de Windsor y escuchando los cantos del ruiseñor.

«Admirábame de lo que puede la pasión del amor que yo no había sentido todavía. Al bajar mis miradas vi al pie de la torre la mas hermosa y fresca de las flores recientes.»

El preso real tiene visiones; una vez es trasportado en una nube al planeta Vénus; otras termina su carrera en el palacio de Minerva. Al volver de sus éxtasis se acerca á la ventana: una tórtola de deslumbradora blancura viene á posar en su mano trayendo en el pico una flor: déjasela y vuela. En las hojas de la flor están escritas estas palabras: «Despierta, amante; te traigo halagüeñas noticias.»

A ese mismo Jacobo se debe también un modo músico ó tono patético no conocido anteriormente.

En su reinado, por los años 1446, fue cuando Enrique el Trovador, ó Harry el ciego (*Blind Harry*), cantó el guerrero Guillermo Wallace, tan popular en Escocia. En concepto de algunos críticos, este Harry ó Enrique, es superior á Barbour ó Chaucer.

En Escocia florecieron también Dumbard y Douglas.

Los condes de Worcester y de Rivers, que protegiéron y cultivaron las letras en Inglaterra, perdieron la cabeza en un cadalso. Rivers y un editor y panegirista, Caxton, son los primeros autores cuyos escritos han sido publicados por la prensa inglesa. Las obras del primero consistían particularmente en traducciones del francés, en especial de los Proverbios de Cristina de Píseno.

En tiempo del primer Tudor, Enrique VII, hubo muchos poetas, pero escasos de número. Uno de los servidores de ese rey, que dió fin á las guerras de York y de Lancastre, tenía algun talento para la sátira.

BALADAS Y CANCIONES POPULARES.

Las baladas y canciones populares, así las escocesas como las de Inglaterra é Irlanda de los siglos xiv y xv, son sencillas sin ser naturales; la naturalidad es un fruto de la Galia. La sencillez proviene del corazón, la naturalidad del ánimo: rara vez un hombre sencillo deja de ser hombre de bien, al paso que tal vez un ingenio puede no tener esa circunstancia. La sencillez es siempre natural; la ingenuidad no pocas veces es efecto del arte.

Las mas célebres baladas de Escocia é Inglaterra, son *Los niños en el bosque* (*the children in the wood*), y la canción del Sauce, alterada por Shakespeare. En el original de esta canción se supone un amante que se lamenta de haber sido abandonado. Dice así: «Una pobre alma estaba sentada suspirando bajo un sicómoro: ¡Oh sauce, sauce, sauce! Puesta la mano sobre el corazón, la cabeza sobre las rodillas, repetía: ¡Oh sauce, sauce, sauce! Cantad: ¡oh! el sauce verdadero será mi guirnalda, etc.» Tan vivo fue el efecto que esta canción produjo en la imaginación de los poetas ingleses, que Rowe no tuvo reparo de imitarla despues de Shakespeare.

Un famoso bandido llamado Robin Hood, es también uno de los personajes favorecidos por las baladas. Veinte canciones se han compuesto acerca de su nacimiento, su imaginario combate con el rey Ricardo y sus hazañas con Petit-John: su larga historia rimada y la de Adán Belle, se parecen á los lamentos en latín de los facciosos de la *Jacquerie*, ó á los romances llamados *confesiones de horca*, que el pueblo cantaba por las calles.

Oh divino Redentor,
con fervor te suplicamos
que nos libres de la horca,
presidio y otros trabajos.

La balada titulada *Lady Ana Bothwell*, es el *Duerme hijo mio* de Berquin; la denominada *Friar* (el fraile), es la aventura del padre Arsenio, y hay que

advertir que ésta ha sido tomada del *Conde de Comminges*. La bellísima balada *Huntingen Chevy-Chace* (la caza en Chevy-Chace), describe el combate del conde Douglas, y del conde Percy en un bosque fronterizo á Escocia.

En mi concepto las dos baladas que merecen ocupar el puesto mas eminente, son las tituladas *Sir Cauline* y *Childe-Waters*: para sostener el ritmo de esas composiciones no se necesita saber inglés: su cadencia se reproduce tan acompasada como la de un vals. Cada una de sus estrofas se compone de cuatro versos, alternativamente de ocho y de seis sílabas: algunas estrofas de *sir Cauline* tienen por añadidura versos redundantes. El lenguaje de esas baladas no parece que sea absolutamente del tiempo en que fueron escritas: diríase que su estilo se ha rejuvenecido.

Sir Cauline, caballero en la corte de un rey de Irlanda, se enamoró de Cristabela, hija única de aquel soberano Cristabela; como todas las princesas bien educadas de aquel tiempo, conocía la virtud medicinal de ciertas plantas. El caballero había enfermado de amor. El rey despues de haber oído misa un día de fiesta fué á comer, pregunta por el caballero *Cauline*, que era el encargado de llenarle la copa, y al saber que está enfermo en el lecho, manda á la princesa que vaya á visitarlo y le lleve pan y vino. Cristabela entra en el aposento del caballero: «¿Milord, cómo os hallais?—Muy enfermo, hermosa señora.

—Levantaos, hombre: no estéis ahí postrado como un cobarde: sabed que en el salón donde está mi padre se dice que os morís de amor por mí.—Hermosa señora, vuestro amor es efectivamente lo que me consume. Si os dignárais alentarme con un beso, pasaría del dolor á la felicidad.—¿Señor caballero! mi padre es un soberano y yo soy su única heredera.—¡Ah, señora! cierto es que eres hija de un rey y que yo no soy igual tuyo; pero séame lícito llevar á cabo algun hecho de armas para poder ser tu caballero.

Cristabela le manda ir á la cima de la colina de Eldridge á cierto sitio donde hay un espinoso aislado en medio de un campo de brezos. El señor de Eldridge es un caballero pagano dotado de fuerzas prodigiosas, *sir Cauline* combate con él, le corta una mano y lo desarma. Cristabela declara que no se casará con nadie sino con el vencedor.

En la segunda parte de la balada se dice que habiendo ido el rey al anochecer á tomar el fresco, encontró desgraciadamente á Cristabela y *Cauline in doliance sweet* (en un dulce abandono). Manda encerrar á *Cauline* en el fondo de un subterráneo y á Cristabela en lo alto de una torre, no sin haber querido antes matar al caballero, porque aquel rey, segun dice el original, era un hombre colérico, (*an angry man was hee*). Mas al fin cediendo á las instancias de la reina se contentó con desterrarlo perpetuamente. Sin embargo procura consolar á su hija, y hace proclamar un torneo. A este torneo se presenta un guerrero desconocido vestido de luto, y llega un gigante que se propone vengar al otro gigante de Eldridge. Solo el caballero negro es el que se atreve á medir sus fuerzas con las de aquel insultante pagano, y si bien consigue hacerle morder el polvo, no es sin recibir profundas heridas que le dejan gozar muy poco tiempo de la victoria. El caballero negro muere, y muere también Cristabela, despues de haber reconocido á *sir Cauline* en la persona que á tan alto precio acababa de alcanzar la victoria, despues de haber vendado sus heridas. «Un profundo suspiro partió en dos mitades su bello corazón.»

A deep-felle sighe
Thar burs heart in twaynes.

Así perecieron aquellos dos amantes como Priamo y Tíbe, de quienes en una endecha francesa se dice:

«Eran tan perfectos que se decía que eran los mas hermosos de la población.»

(Ils étoient si parfaits
Qu' on disoit qu' ils étoient
Les plus beaux de la ville).

Versos llenos de naturalidad, y tales, cuales á Dios gracias no falta actualmente quien se ha propuesto imitarlos.

El asunto de la balada de sir Cauline se halla con poca diferencia reproducido en todas partes. La de Childe-Waters pinta la vida privada en lo que tiene de íntimo y patético. La palabra *Childe* ó *Child*, actualmente *Child* (niño), fue usada por los antiguos poetas ingleses como una especie de título: así se ve que en la balada titulada *Fairie queen* (reina de las

hadas) se le da al príncipe Arturo la denominación de *Childe Tristram*. A continuación transcribimos esa balada menos algunas de sus estrofas. Es de notar que Elena repite casi literalmente las palabras de Childe Waters, como los héroes de Homero repetían *totidem verbis* los mensajes de sus jefes. La naturaleza, cuando no está adulterada, tiene un tipo común cuyos rasgos están grabados en el fondo de las costumbres de todos los pueblos.

La balada á que nos referimos dice así: «Childe-Waters estaba en la caballeriza acariciando con la mano á su corcel blanco como la leche. Hacia él avanza una señorita tan hermosa como cualquiera otra que en ningún tiempo haya vestido trage de mujer.

«Cristo os dé la salvación, buen Childe Waters, dice la jóven, Cristo os dé la salvación. ¡Ved! mi



LA PRINCESA CRISTABELA Y SIR CAULINE.

cinturon de oro que era demasiado largo, es ahora demasiado corto para mí.

«Esto consiste en que siento el peso de un hijo vuestro en mis entrañas. Mi vestido verde es demasiado angosto; antes era demasiado ancho.

«Si el hijo es mío, hermosa Elena, dice el jóven, si es mío como lo asegurais, tomad para vos los Estados de Cheshire y Lancashire: tomadlas para que sean posesión vuestra.

«Si el hijo es mío, hermosa Elena, repite el jóven, si es mío como lo jurais, tomad para vos los Estados de Cheshire y Lancashire, y haced que ese niño sea heredero vuestro.

«Elena replica.—Mas quiero Childe Waters, un beso de tus labios, que la posesión de Cheshire y Lancashire que están al Norte y al Sur.

«Mas quiero una mirada de tus ojos Childe Waters que tener esos dos estados juntos y poderlos llamar posesión mia.

«Mañana, Elena, debo partir á caballo lejos de la comarca del Norte: preciso será Elena que la jóven mas hermosa que encuentre se venga conmigo.

«Aunque no soy esa hermosa jóven, déjame ir

contigo: te lo ruego Childe-Waters, déjame ser tu paje de á pie.

«Si quereis ser mi paje de á pie como lo decís Elena, teneis que cortar vuestro vestido verde una pulgada sobre las rodillas.

«Otro tanto hareis con vuestros rubios cabellos cortándolos una pulgada sobre los ojos. A nadie direis mi nombre, y con esas condiciones podreis ser mi paje.

«Durante todo el largo día que Childe-Waters marchó cabalgando, la jóven corrió con los pies desnudos á su lado; ni una sola vez tuvo el caballero bastante cortesía para decirle: «Elena, ¿quereis cabalgar?»

«Marchad mas poco á poco Childe-Waters porque andais tan aprisa! «El niño que á ningún hombre pertenece sino á tí, va á despedazar mis entrañas.»

«¿Ves Elena ese río que baja enteramente desbordado?—«Espero en Dios Childe-Waters que no consentireis que lo pase á nado.»

Mas cuando llegaron á la orilla, la jóven se metió hasta los hombros. «Apiádesse de mí el Señor del Cie-

lo; no tengo mas remedio que aprender á nadar.»

«Las aguas saladas ahuecaron sus vestidos? nuestra jóven tuvo que sumergirse hasta el seno. Childe-Waters era un hombre de maldición. ¡Buen Dios! ¡Obligar á la hermosa Elena á nadar!

Al llegar á la otra orilla la jóven fue corriendo á ponerse á su lado. El le dijo: Ven aquí tú, hermosa Elena: ¿ves allá abajo lo que yo veo?

«¿No ves un palacio, Elena, cuya puerta brilla con los dorados? De las veinticuatro hermosas jóvenes que hay en aquel palacio, la mas hermosa es mi compañera.

«Ahora veo el palacio, Childe-Waters; su puerta brilla con los dorados; Dios os dé buen conocimiento de vos mismo y de vuestra digna compañera.»



LUTERO NIÑO RECIBIENDO LIMOSNA.

Allí habia efectivamente veinticuatro hermosas señoritas que estaban divirtiéndose y bailando. Elena, que era la mas hermosa de todas, llevó el caballo á la cuadra.

Y entonces habló la hermana de Childe-Waters. He aquí las palabras que dijo: «Teneis, hermano mio, el pajecillo mas hermoso que he visto en mi vida.

«Pero su cuerpo abulta tanto! ¡su talle es tan alto! Childe-Waters os ruego que le dejéis acostarse en mi aposento.»

«No está bien que un pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, se acuesta en el aposento de una señorita que lleva tan ricos adornos.

«Mas le valdrá al pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, cenar sobre sus rodillas delante del fuego de la cocina.»

Acabada la cena, cada cual tomó el camino del lecho. Childe-Waters dijo: ven acá mi pajecillo y atiende á lo que te voy á decir.

«Baja á la ciudad y ponte de acecho en la calle: tráeme la mujer mas hermosa que veas: obligala á que venga á pasar la noche á mi lado. Tráela en tus brazos á fin de que no se manche los pies.»

Elena bajó á la ciudad: se puso de acecho en la calle: detuvo á la mujer mas hermosa que vió; la cogió en sus brazos para que no se manchara los pies y le obligó á que viniera á pasar la noche al lado de Childe-Waters.

«Ruégos, buen Childe-Waters, que me dejes acostar á vuestros pies, pues en esta casa no hay sitio donde yo pueda intentar dormir.»

Concedida esta petición, la hermosa Elena se acostó á los pies, de la cama: la noche pasó presurosa; cuando empezaba á rayar el día, Childe-Waters dijo: «Arriba pajecillo: vete á dar de comer heno y trigo á mi caballo; dale ahora buena avena negra á fin de que tenga mas bríos para llevarme.»

Levantóse en seguida la hermosa Elena y dió heno y trigo al caballo; dióle tambien buena avena negra á fin de que tuviera mas bríos para llevar á Childe-Waters.

Apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y gimió dolorosamente: apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y en esa actitud principió á lamentarse.

Su lamento llegó al oído de la querida madre de Childe-Waters. La madre oyó aquel doloroso gemido, y dijo: ¡Levántate Childe-Waters! baja á la caballeriza.

«En la caballeriza hay un espectro que gime penosamente, ó bien una mujer que está de parto: ahora principia á sentir los dolores.»

Childe-Waters se levantó prontamente: púsose su camisa de seda, y cubrió con los demás vestidos su cuerpo mas blanco que la leche.

Al llegar á la puerta de la caballeriza se detuvo para oír cómo se lamentaba su hermosa Elena.

La joven decía: «Hijo mio querido, Lullabye, hijo mio querido, ¡Ojalá que tu padre fuese rey, y tu madre estuviera encerrada en el fétetro!»

«¡Animo, ánimo mi buena y querida Elena! dijo Childe-Waters. ¡Animo! El día que te restablezcas del parto: será el día de nuestras bodas.»

En toda esa balada se revela un carácter salvaje. Childe-Waters es un hombre atroz: complácese en hacer pasar á su querida por los mas abominables tormentos del cuerpo y del alma. La triste joven fascinada, se somete á ellos con la resignacion de un amor que cuenta por nada los sacrificios. Hace una larga jornada á pie: atraviesa un río á nado; sufre toda clase de humillaciones en el palacio de las veinticuatro mujeres, y oye de la misma boca de su insultador amante la preferencia que concede á la mas hermosa de aquellas.

Va por orden suya á buscarle una cortesana, y tiene que traérsela en brazos para que no se manche los pies, cuando los suyos se han desgarrado á fuerza de correr y atravesar barrizales. Durante toda esa dolo-

rosa pasion, la triste joven no exhala una queja, ni siquiera un suspiro: al dar á luz su hijo en medio de tanto dolor y tanto abandono, todavia tiene palabras amorosas con que halagarlo; todavia tiene abnegacion para desear un trono para el padre y un fétetro para ella! El hombre feroz se siente al fin conmovido y se confiesa padre de la inocente criatura. Al restablecerse la madre se podrá llamar esposa. ¿Llegará á restablecerse?

¿No habrá algunos puntos de semejanza entre Childe-Waters y Childe-Harold? ¿No habrá lord Byron modelado el carácter de su personaje con arreglo al tipo del héroe de la balada, asi como dió á su lira la entonacion de los poetas del siglo xv?

Tambien seria posible que la primera idea de esta balada hubiese sido sugerida por la novela décima; jornada décima del Decameron. En ese caso Griselda puesta á prueba por Gualtieri seria Elena, y hasta el nombre de Waters no seria mas que una forma del de Gaultier. En las dos novelas no habria mas diferencia que la naturaleza humana á lo inglés y la naturaleza humana á lo italiano.

Antes de abandonar la edad media, haré mención de una circunstancia que creo no habrá pasado desapercibida: no he hablado de los autores que escribieron en latín durante los siete ú ocho siglos que acabamos de recorrer. No entraba el hablar de ellos en el plan que me habia propuesto, por la razon de que la literatura latina de la edad media ni aun la de la época anterior, no pertenecen legalmente á un pais determinado, sino á toda la Europa. Por eso no he dicho nada de Gildas en el siglo vi, ni de Nennius, ni del abad de Banchor, ni de Aldhelm en el vii, ni de Beda, Alcuino, ni de Bonifacio arzobispo de Mayenza é inglés, ni de Villebald, ni de Eddio, fraile de Cantorbery; de Dungal, ni de Clement en el viii. Nada he dicho tampoco de Juan Scot Erigenes ni de Asser, á quien se debe la vida de su protector Alfredo el Grande, ni de S. Dustan, ni Elfric el gramático en el siglo x, ni de Ingulfó en el xi. En los siglos xii y xiii he pasado asimismo en silencio los nombres de Lanfranc, Anselmo, Roberto Withe, Guillermo de Malsbury, Huntington, Juan de Salisbury, Pedro de Blois y Geraldo Barry en los siglos xii y xiii, Roger Bacon, Miguel Scot, Guillermo Okan, Mateo Paris, Tomás Wykes, Hemmingfort y Avesbury en el xiii y siguientes. Diré de una vez, que esos escritores estan llenos de las cosas mas interesantes para el estudio de la historia, de las costumbres, de las ciencias y las artes, y que seria de desear que tuviéramos traducciones de sus principales obras.

Aquí concluye la primera parte de este Ensayo. La literatura inglesa, oral por decirlo así en sus cuatro primeras épocas, esto es, mas bien hablada que escrita, ha sido transmitida á la posteridad mediante una estenografía, y tiene las ventajas y los defectos de la improvisacion. La poesia es sencilla, pero incorrecta, y la historia interesante, pero limitada al círculo individual. Vamos ahora á considerar como la alta poesia sofoca á la poesia íntima, y cómo la gran historia absorbe la pequeña. Esta revolucion literaria se va á consumir por el impulso gradual de la civilizacion en el momento en que una revolucion religiosa rompe la unidad católica y la fraternidad europea.

SEGUNDA PARTE.

QUINTA Y ULTIMA EPOCA DEL IDIOMA INGLES.

LITERATURA EN TIEMPO DE LA DINASTÍA TUDOR.

HASTA el presente, la poesia inglesa se nos ha presentado como católica; las Musas habitaban en el Vaticano y cantaban bajo la cúpula medio construida de la basilica de San Pedro que Miguel Angel les estaba edificando: ahora las vamos á ver apostatar y hacerse protestantes. Su cambio de religion no se verificó sin embargo de un modo bien marcado, porque la reforma tuvo lugar antes que el idioma acabara de despojarse de la barbarie: todos los escritores de primer orden florecieron despues del reinado de Enrique VIII. Así lo demostraremos al ocuparnos de Shakespeare, Pope y Dryden.

De todas maneras un grande suceso domina en la época en que vamos á entrar: por lo cual así como he pintado al lector la edad media antes de hablarle de los autores que figuraron en aquellos siglos, me parece tambien conveniente presentar el resultado de algunas investigaciones acerca de la reforma, antes de principiar la narracion de lo relativo á la segunda parte de este Ensayo. ¿Cómo se preparó aquel suceso? ¿Cuáles han sido sus consecuencias para el espíritu humano, para las letras, las artes y los gobiernos? Tales cuestiones merecen fijar por un momento nuestra atencion.

HEREJÍAS Y CISMAS QUE PRECEDIERON AL CISMA DE LUTERO.

La unidad de la Iglesia se vió incesantemente atacada desde que ondeó el estandarte de la cruz en los muros de Jerusalem. Las filosofías de los hebreos, de los persas, de los indios y de los egipcios, se habian concentrado en el Asia bajo la dominacion de Roma, y de aquel foco inflamado por la chispa evangélica, brotaron una multitud de opiniones, tan diversas, como desemejantes eran las costumbres de los herejes. Podríase redactar un catálogo de sistemas filosóficos, y poner al lado de cada sistema la hereja que le corresponde. Así lo conoció Tertuliano: las herejías fueron al cristianismo lo que los sistemas filosóficos habian sido al paganismo, con la diferencia de que estos eran las verdades del culto idolátrico, y aquellas son los errores de la religion cristiana.

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando por los simoníacos y acabando en los pelagianos.

A todo hacia frente la Iglesia; su lucha perpétua da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos y de aquellas asambleas de todas clases y denominaciones qua se echan de ver desde el nacimiento del cristianismo. Portentosa es la infatigable actividad de la comunidad cristiana: mientras que por una parte se defendía de los edictos de los emperadores y de los suplicios, por otra tenia que batallar contra algunos de sus propios hijos y enemigos domésticos. Ciertamente es que en semejante lucha no se trataba de nada menos que de la integridad de la fé: pues si las herejías no hubiesen sido continuamente estirpadas del seno de la Iglesia por medio de los cánones, si no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas por medio de escritos,

los pueblos habrian llegado á no saber á qué religion pertenecian. En medio de sectas que se hubieran propagado sin obstáculos, ramificándose hasta lo infinito, el principio del cristianismo, se habria agotado entre sus numerosas derivaciones como se agota el rio por la multitud de desagües.

La edad media propiamente dicha, no desconoció el cisma. Muchos innovadores en Italia, Wiclef en Inglaterra, Gerónimo de Praga y Juan Huss en Alemania, fueron los que precedieron á los reformadores del siglo xvi. En el fondo de las doctrinas que dieron lugar á las horribles cruzadas contra los desgraciados albigenses, fermentaban una multitud de herejías. Hasta en las mismas escuelas de teología existía un espíritu de curiosidad hostil á los dogmas de la Iglesia; las cuestiones eran simultáneamente obscenas ó pueriles, ó impías. Valfredo en el siglo x, declamó contra la resurreccion del cuerpo. Beranger explicó á su modo la Eucaristía. Los errores de Roscelio, Abelardo, Gilberto, La Porée. Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers, fueron célebres: preguntábase si Jesucristo como hombre era alguna cosa; los que estaban por la negativa se llamaron *Nihilianistas*. No se leía ya la Escritura Sagrada, ni se sacaban argumentos en favor de la verdad cristiana mas que de la doctrina de Aristóteles. Todo lo dominaba la escolástica, y Guillermo de Auxerre fue el primero que aplicó los términos *materia* y *forma* á la doctrina de los sacramentos. Heloisa queria saber de Abelardo por qué razon los cuadrúpedos y las aves fueron los únicos animales presentados á Adán para recibir denominacion. ¿Jesucristo entre su muerte y resurreccion fue lo que habia sido antes de su muerte y despues de su resurreccion? ¿Su cuerpo que se tomaba de alimento en la Eucaristía, estaba desnudo ó vestido? Tales eran las cuestiones de que los espíritus mas ortodoxos se ocupaban; el mismo Lutero no manifestó tanta audacia en sus investigaciones.

ATAQUES CONTRA EL CLERO.

A las herejías contra la Iglesia se han unido en todo tiempo, como ya he tenido ocasion de decirlo en otra parte, las sátiras contra el clero, mezcladas con lo que en realidad habia de reprehensible en sus individuos. Lutero en este particular no igualó á sus antecesores. El rebaño se habia infeccionado juntamente con los que lo conducian. Si se quiere penetrar á fondo el interior de la sociedad de aquel tiempo, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolicion* (cartas de gracia concedidas por los reyes); allí se ven al desnudo las úlceras de aquella sociedad; los concilios reproducen sin cesar quejas contra el desenfreno de costumbres; y las *Cartas de abolicion* presentan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Los capitulares de Carlo-Magno y de sus sucesores, están llenos de disposiciones por lo tocante á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del P. Anastasio, encerrado en vida con un cadáver por venganza del obispo Caulin (V. GREGORIO DE TOURS). En los cánones añadidos al concilio de Tours durante el episcopado

«Mas le valdrá al pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, cenar sobre sus rodillas delante del fuego de la cocina.»

Acabada la cena, cada cual tomó el camino del lecho. Childe-Waters dijo: ven acá mi pajecillo y atiende á lo que te voy á decir.

«Baja á la ciudad y ponte de acecho en la calle: tráeme la mujer mas hermosa que veas: obligala á que venga á pasar la noche á mi lado. Tráela en tus brazos á fin de que no se manche los pies.»

Elena bajó á la ciudad: se puso de acecho en la calle: detuvo á la mujer mas hermosa que vió; la cogió en sus brazos para que no se manchara los pies y le obligó á que viniera á pasar la noche al lado de Childe-Waters.

«Ruégos, buen Childe-Waters, que me dejes acostar á vuestros pies, pues en esta casa no hay sitio donde yo pueda intentar dormir.»

Concedida esta petición, la hermosa Elena se acostó á los pies, de la cama: la noche pasó presurosa; cuando empezaba á rayar el día, Childe-Waters dijo: «Arriba pajecillo: vete á dar de comer heno y trigo á mi caballo; dale ahora buena avena negra á fin de que tenga mas bríos para llevarme.»

Levantóse en seguida la hermosa Elena y dió heno y trigo al caballo; dióle tambien buena avena negra á fin de que tuviera mas bríos para llevar á Childe-Waters.

Apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y gimió dolorosamente: apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y en esa actitud principió á lamentarse.

Su lamento llegó al oído de la querida madre de Childe-Waters. La madre oyó aquel doloroso gemido, y dijo: ¡Levántate Childe-Waters! baja á la caballeriza.

«En la caballeriza hay un espectro que gime penosamente, ó bien una mujer que está de parto: ahora principia á sentir los dolores.»

Childe-Waters se levantó prontamente: púsose su camisa de seda, y cubrió con los demás vestidos su cuerpo mas blanco que la leche.

Al llegar á la puerta de la caballeriza se detuvo para oír cómo se lamentaba su hermosa Elena.

La joven decía: «Hijo mio querido, Lullabye, hijo mio querido, ¡Ojalá que tu padre fuese rey, y tu madre estuviera encerrada en el fétetro!»

«¡Animo, ánimo mi buena y querida Elena! dijo Childe-Waters. ¡Animo! El día que te restablezcas del parto: será el día de nuestras bodas.»

En toda esa balada se revela un carácter salvaje. Childe-Waters es un hombre atroz: complácese en hacer pasar á su querida por los mas abominables tormentos del cuerpo y del alma. La triste joven fascinada, se somete á ellos con la resignacion de un amor que cuenta por nada los sacrificios. Hace una larga jornada á pie: atraviesa un río á nado; sufre toda clase de humillaciones en el palacio de las veinticuatro mujeres, y oye de la misma boca de su insultador amante la preferencia que concede á la mas hermosa de aquellas.

Va por orden suya á buscarle una cortesana, y tiene que traérsela en brazos para que no se manche los pies, cuando los suyos se han desgarrado á fuerza de correr y atravesar barrizales. Durante toda esa dolo-

rosa pasion, la triste joven no exhala una queja, ni siquiera un suspiro: al dar á luz su hijo en medio de tanto dolor y tanto abandono, todavia tiene palabras amorosas con que halagarlo; todavia tiene abnegacion para desear un trono para el padre y un fétetro para ella! El hombre feroz se siente al fin conmovido y se confiesa padre de la inocente criatura. Al restablecerse la madre se podrá llamar esposa. ¿Llegará á restablecerse?

¿No habrá algunos puntos de semejanza entre Childe-Waters y Childe-Harold? ¿No habrá lord Byron modelado el carácter de su personaje con arreglo al tipo del héroe de la balada, asi como dió á su lira la entonacion de los poetas del siglo xv?

Tambien seria posible que la primera idea de esta balada hubiese sido sugerida por la novela décima; jornada décima del Decameron. En ese caso Griselda puesta á prueba por Gualtieri seria Elena, y hasta el nombre de Waters no seria mas que una forma del de Gaultier. En las dos novelas no habria mas diferencia que la naturaleza humana á lo inglés y la naturaleza humana á lo italiano.

Antes de abandonar la edad media, haré mención de una circunstancia que creo no habrá pasado desapercibida: no he hablado de los autores que escribieron en latín durante los siete ú ocho siglos que acabamos de recorrer. No entraba el hablar de ellos en el plan que me habia propuesto, por la razon de que la literatura latina de la edad media ni aun la de la época anterior, no pertenecen legalmente á un pais determinado, sino á toda la Europa. Por eso no he dicho nada de Gildas en el siglo vi, ni de Nennius, ni del abad de Banchor, ni de Aldhelm en el vii, ni de Beda, Alcuino, ni de Bonifacio arzobispo de Mayenza é inglés, ni de Villebald, ni de Eddio, fraile de Cantorbery; de Dungal, ni de Clement en el viii. Nada he dicho tampoco de Juan Scot Erigenes ni de Asser, á quien se debe la vida de su protector Alfredo el Grande, ni de S. Dustan, ni Elfric el gramático en el siglo x, ni de Ingulfó en el xi. En los siglos xii y xiii he pasado asimismo en silencio los nombres de Lanfranc, Anselmo, Roberto Withe, Guillermo de Malsbury, Huntington, Juan de Salisbury, Pedro de Blois y Geraldo Barry en los siglos xii y xiii, Roger Bacon, Miguel Scot, Guillermo Okan, Mateo Paris, Tomás Wykes, Hemmingfort y Avesbury en el xiii y siguientes. Diré de una vez, que esos escritores estan llenos de las cosas mas interesantes para el estudio de la historia, de las costumbres, de las ciencias y las artes, y que seria de desear que tuviéramos traducciones de sus principales obras.

Aquí concluye la primera parte de este Ensayo. La literatura inglesa, oral por decirlo así en sus cuatro primeras épocas, esto es, mas bien hablada que escrita, ha sido transmitida á la posteridad mediante una estenografía, y tiene las ventajas y los defectos de la improvisacion. La poesia es sencilla, pero incorrecta, y la historia interesante, pero limitada al círculo individual. Vamos ahora á considerar como la alta poesia sofoca á la poesia íntima, y cómo la gran historia absorbe la pequeña. Esta revolucion literaria se va á consumir por el impulso gradual de la civilizacion en el momento en que una revolucion religiosa rompe la unidad católica y la fraternidad europea.

SEGUNDA PARTE.

QUINTA Y ULTIMA EPOCA DEL IDIOMA INGLES.

LITERATURA EN TIEMPO DE LA DINASTÍA TUDOR.

HASTA el presente, la poesia inglesa se nos ha presentado como católica; las Musas habitaban en el Vaticano y cantaban bajo la cúpula medio construida de la basilica de San Pedro que Miguel Angel les estaba edificando: ahora las vamos á ver apostatar y hacerse protestantes. Su cambio de religion no se verificó sin embargo de un modo bien marcado, porque la reforma tuvo lugar antes que el idioma acabara de despojarse de la barbarie: todos los escritores de primer orden florecieron despues del reinado de Enrique VIII. Así lo demostraremos al ocuparnos de Shakespeare, Pope y Dryden.

De todas maneras un grande suceso domina en la época en que vamos á entrar: por lo cual así como he pintado al lector la edad media antes de hablarle de los autores que figuraron en aquellos siglos, me parece tambien conveniente presentar el resultado de algunas investigaciones acerca de la reforma, antes de principiar la narracion de lo relativo á la segunda parte de este Ensayo. ¿Cómo se preparó aquel suceso? ¿Cuáles han sido sus consecuencias para el espíritu humano, para las letras, las artes y los gobiernos? Tales cuestiones merecen fijar por un momento nuestra atencion.

HEREJÍAS Y CISMAS QUE PRECEDIERON AL CISMA DE LUTERO.

La unidad de la Iglesia se vió incesantemente atacada desde que ondeó el estandarte de la cruz en los muros de Jerusalem. Las filosofías de los hebreos, de los persas, de los indios y de los egipcios, se habian concentrado en el Asia bajo la dominacion de Roma, y de aquel foco inflamado por la chispa evangélica, brotaron una multitud de opiniones, tan diversas, como desemejantes eran las costumbres de los herejes. Podríase redactar un catálogo de sistemas filosóficos, y poner al lado de cada sistema la hereja que le corresponde. Así lo conoció Tertuliano: las herejías fueron al cristianismo lo que los sistemas filosóficos habian sido al paganismo, con la diferencia de que estos eran las verdades del culto idolátrico, y aquellas son los errores de la religion cristiana.

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando por los simoníacos y acabando en los pelagianos.

A todo hacia frente la Iglesia; su lucha perpétua da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos y de aquellas asambleas de todas clases y denominaciones qua se echan de ver desde el nacimiento del cristianismo. Portentosa es la infatigable actividad de la comunidad cristiana: mientras que por una parte se defendía de los edictos de los emperadores y de los suplicios, por otra tenia que batallar contra algunos de sus propios hijos y enemigos domésticos. Ciertamente es que en semejante lucha no se trataba de nada menos que de la integridad de la fé: pues si las herejías no hubiesen sido continuamente estirpadas del seno de la Iglesia por medio de los cánones, si no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas por medio de escritos,

los pueblos habrian llegado á no saber á qué religion pertenecian. En medio de sectas que se hubieran propagado sin obstáculos, ramificándose hasta lo infinito, el principio del cristianismo, se habria agotado entre sus numerosas derivaciones como se agota el rio por la multitud de desagües.

La edad media propiamente dicha, no desconoció el cisma. Muchos innovadores en Italia, Wiclef en Inglaterra, Gerónimo de Praga y Juan Huss en Alemania, fueron los que precedieron á los reformadores del siglo xvi. En el fondo de las doctrinas que dieron lugar á las horribles cruzadas contra los desgraciados albigenses, fermentaban una multitud de herejías. Hasta en las mismas escuelas de teología existía un espíritu de curiosidad hostil á los dogmas de la Iglesia; las cuestiones eran simultáneamente obscenas ó pueriles, ó impías. Valfredo en el siglo x, declamó contra la resurreccion del cuerpo. Beranger explicó á su modo la Eucaristía. Los errores de Roscelio, Abelardo, Gilberto, La Porée. Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers, fueron célebres: preguntábase si Jesucristo como hombre era alguna cosa; los que estaban por la negativa se llamaron *Nihilianistas*. No se leía ya la Escritura Sagrada, ni se sacaban argumentos en favor de la verdad cristiana mas que de la doctrina de Aristóteles. Todo lo dominaba la escolástica, y Guillermo de Auxerre fue el primero que aplicó los términos *materia* y *forma* á la doctrina de los sacramentos. Heloisa queria saber de Abelardo por qué razon los cuadrúpedos y las aves fueron los únicos animales presentados á Adán para recibir denominacion. ¿Jesucristo entre su muerte y resurreccion fue lo que habia sido antes de su muerte y despues de su resurreccion? ¿Su cuerpo que se tomaba de alimento en la Eucaristía, estaba desnudo ó vestido? Tales eran las cuestiones de que los espíritus mas ortodoxos se ocupaban; el mismo Lutero no manifestó tanta audacia en sus investigaciones.

ATAQUES CONTRA EL CLERO.

A las herejías contra la Iglesia se han unido en todo tiempo, como ya he tenido ocasion de decirlo en otra parte, las sátiras contra el clero, mezcladas con lo que en realidad habia de reprehensible en sus individuos. Lutero en este particular no igualó á sus antecesores. El rebaño se habia infeccionado juntamente con los que lo conducian. Si se quiere penetrar á fondo el interior de la sociedad de aquel tiempo, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolicion* (cartas de gracia concedidas por los reyes); allí se ven al desnudo las úlceras de aquella sociedad; los concilios reproducen sin cesar quejas contra el desenfreno de costumbres; y las *Cartas de abolicion* presentan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Los capitulares de Carlo-Magno y de sus sucesores, están llenos de disposiciones por lo tocante á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del P. Anastasio, encerrado en vida con un cadáver por venganza del obispo Caulin (V. GREGORIO DE TOURS). En los cánones añadidos al concilio de Tours durante el episcopado

de San Perpet, se lee: «Se nos ha referido cosa horrible! (*quod nefas*), que se han establecido posadas en algunas iglesias: de manera, que en donde no deben oírse mas que oraciones y alabanzas á Dios, resuenan el rumor de los festines, palabras obscenas, disputas y blasfemias.»

Bononio, tan favorable á la corte de Roma, da al siglo x la denominación de siglo de hierro, en vista de los desórdenes de la Iglesia. El sabio é ilustre Gherbert, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II y no siendo aun mas que arzobispo de Reims, decia: «Deplorable Roma, tú diste á nuestros antepasados las luces mas brillantes; pero ya no tienes mas que horribles tinieblas... Hemos visto á Juan Octavio conspirar en medio de mil prostitutas contra el mismo Oton á quien habia proclamado emperador. Fue derribado y le sucedió Leon el neófito. Oton huyó de Roma, y Octavio entró en ella: espulsa á Leon, corta los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de haber quitado la vida á muchos personajes esclarecidos, no tarda él en sufrir la misma suerte... ¿Será posible que aun haya quien se atreva á sostener que tan grande cantidad de ministros de Dios, dignos por su vida y por sus méritos de ilustrar el Universo, tenga que vivir sometida á tales monstruos privados de todo conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

No se mostró mas indulgente San Bernardo con los vicios de su siglo: San Luis tuvo que cerrar los ojos por no ver las prostituciones y desórdenes que dominaban en su ejército. En tiempo de Felipe el Hermoso se convocó un concilio nada mas que para oponerse á la relajación de las costumbres. En 1351 los prelados y las órdenes mendicantes espusieron sus agravios ante el papa Clemente VII en Aviñon. El pontífice favorable á los frailes, apostrofó de este modo á los prelados: «¿Hablares de humildad, vosotros, tan vanos en vuestras cabalgaduras y equipajes? ¿Hablares de pobreza, vosotros tan ávidos que no os contentais con todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré de vuestra castidad?... ¿Aborreceis á los mendicantes y les cerrais las puertas de vuestras casas abiertas á infames y á sicofantas?» (*Leonibus et truffatoribus*).

La simonía era general; los sacerdotes violaban casi por todas partes la regla del celibato, viviendo con mujeres perdidas, con mancebas y camareras: un abate de Noreis tenia diez y ocho hijos; en Vizcaya, para que las mujeres de los vecinos no fueran incomodadas, se consentia que los curas tuviesen baraganas.

El Petrarca escribia á uno de sus amigos: «Aviñon se ha convertido en un infierno, es la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, las cátedras del pontífice y los cardenales, el aire, la tierra, todo está impregnado de mentira: se habla del mundo futuro, del juicio final, de las penas del infierno, y de los gozes del paraíso, como de fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de sus asertos, el Petrarca cita escenas escandalosas acerca de la relajación de eminentes personajes.

En un sermón pronunciado ante el papa (A. 1364), Nicolás Orem demostró, que el Antecristo no tardaría en aparecer, y fundó esta opinión en seis razones deducidas de la relajación de la doctrina, del orgullo de los prelados, de la tiranía de los primados de la Iglesia, y de su aversión á la verdad.

Estas recriminaciones, que venian perpetuándose de siglo en siglo, fueron reproducidas por Erasmo y por Rabelais. A nadie le eran desconocidos aquellos vicios que un poder sin freno y la grosería de la edad media habian introducido en la Iglesia. Los reyes habian dejado ya de someterse al yugo de los papas; el largo cisma del siglo xiv habia sido causa de que todo el mundo fijase la vista en el desorden y ambición del gobierno pontificio: los magistrados manda-

ban rasgar y quemar las bulas, y hasta los concilios se ocupaban de remediar los abusos.

Así fue, que al presentarse Lutero todos los ánimos propendian á la reforma, y por lo tanto llegó á tiempo de coger un fruto maduro y próximo á caer de la rama. Pero veamos quién era Lutero: ese personaje nos conducirá naturalmente á contemplar á Enrique VIII con quien está históricamente enlazado, tanto por sus innovaciones religiosas como por las disputas que con él sostuvo en concepto de fundador de la Iglesia Anglicana.

LUTERO.

Martin Lutero, el fundador de una religión de príncipes y de ricos, era hijo de un aldeano. El mismo refiere en pocas palabras su historia con esa humildad desvergonzada que proviene del buen resultado de toda una vida (1).

«He hablado frecuentemente con Melancton, y le he referido mi vida de cabo á cabo. Soy hijo de un aldeano, mi padre y mi abuelo eran verdaderos aldeanos. Mi padre fué á Manfeld y se hizo minero. Yo nací. Que yo en lo sucesivo llegara á ser bachiller, doctor, etc., es seguro que no estaba escrito en las estrellas. ¿No llené de admiración á la gente metiéndome fraile y luego dejando el sombrero gris por otro? Este suceso alligó mucho á mi padre y le hizo daño. En seguida me agarré á brazo partido con el papa. Me casé con una monja que se habia fugado del convento, y tuve dos hijos. ¿Quién habria leído esto en los astros? ¿Quién me habria dicho con anticipación lo que habia de suceder?»

Lutero nació en Eisleben el 10 de noviembre del 1483, y frecuentó desde la edad de seis años la escuela de Eisenach cantando de puerta en puerta para procurarse el sustento: «Yo tambien, dice el mismo Lutero, he sido un pobre mendigo y he recibido pan en la puerta de las casas.» Una caritativa señora, Ursula Schweickard, se compadeció de él y lo hizo educar. En 1501 entró en la universidad de Erfurth: niño pobre y oscuro, inauguró esa nueva era que principió en él; era que tantos cambios y calamidades debian fijar de un modo indestructible en la memoria de los hombres.

Lutero se dedicó por de pronto al estudio de las leyes, mas habiéndole disgustado, lo dejó por cursar teología y aprender música y literatura; habiendo visto morir herido de un rayo á uno de sus compañeros, hizo voto á Santa Ana de meterse fraile: en 17 de julio de 1505 entró de noche en el convento de agustinos de Erfurth y se encerró en el claustro con Plauto y un Virgilio para cambiar la faz del mundo cristiano.

De allí á dos años se ordenó de sacerdote. «Al celebrar por primera vez misa, dice Lutero, yo estaba como muerto, pues no tenia fe; luego vinieron los disgustos, las tentaciones y las dudas.» Con objeto de corroborar sus creencias, Lutero pasó á Roma.

Allí encontró á la incredulidad sentada sobre la tumba de San Pedro, y al paganismo resucitado en el Vaticano. Julio II no soñaba mas que en combates, y los cardenales, espresándose ciceronianamente, se habian transformado en poetas, en diplomáticos y en guerreros. La dignidad papal, á punto de hacerse gibelina, habia abdicado, casi sin echarlo de ver, la autoridad espiritual: el papa, haciéndose príncipe á la manera de los otros príncipes, habia dejado de ser el representante de la república cristiana, renunciando á ese terrible tribunal de los pueblos de que anteriormente se hallaba investido por elección popular. Lu-

(1) La mayor parte de lo que se va á decir acerca de Lutero, está tomado de sus *Memorias*, publicadas recientemente por M. Michelet.

tero no vió nada de eso; no consideró la cuestión sino bajo el punto de vista mas mezquino, y regresó á Alemania, afectado únicamente del escándalo, del ateísmo y de las costumbres de la Corte de Roma.

A Julio II sucedió Leon X, rival de Lutero: el siglo quedó repartido entre el papa y el fraile: Leon X le impuso su nombre; Lutero su poder.

Tratábase de que terminaran las obras de la basílica de San Pedro; pero no habia dinero. Sin tener la fe que en la edad media hacia brotar tesoros, se acordaron en Roma de los tiempos en que la cristiandad contribuía con sus limosnas á la construcción de las catedrales y monasterios. Leon X hizo vender en Alemania, por los dominicos, las indulgencias que antes eran vendidas por los agustinos. Lutero, que era ya provincial de estos últimos, clamó contra el abuso de estas indulgencias. Se dirigió al obispo de Brandeburgo y al arzobispo de Mayenza; obteniendo solo una respuesta evasiva del primero, y ninguna del segundo. Entonces presentó públicamente las proposiciones que estaba pronto á sostener contra las indulgencias. La Alemania se conmovió; Tetzel quemó las proposiciones de Lutero; los estudiantes de Wittenberg quemaron las de Tetzel. Admirado de su propia obra, Lutero habria gustosamente retrocedido.

Leon X oyó á lo lejos el ruido que resonaba al otro lado de los Alpes, un rumor suscitado entre los bárbaros: «rivalidades de frailes,» solia decir. Los alemanes se burlaban de los bárbaros de la Macedonia. La afición del príncipe de la Iglesia á las bellas letras, le arrebató á consideraciones mas altas; en su concepto el hermano Lutero era un bellísimo ingenio. «*Fra Martino aveva un bellissimo ingenio* (1).» Sin embargo, para comolacer á sus teólogos, el pontífice le mandó comparecer en Roma.

Lutero, contando con el apoyo del elector de Sajonia, eludió esa orden, y habiendo sido citado para Augsburgo, compareció con un salvo-conduto del emperador, y disputó con el legado Cayetano de Vio. Sin llegar á entenderse, como generalmente sucede en esos combates de palabras, Lutero, apeló al papa mejor informado, y confesó que con algo menos de altanería por parte del prelado, se habria sometido, porque en aquel tiempo aun no veia con claridad todos los errores del pontífice.

Leon X solicitó del elector de Sajonia que le entregase Lutero, Federico se resistió, y Lutero, tranquilo sobre este particular, escribió al papa diciéndole: «Pongo por testigo á Dios y á los hombres, de que nunca he querido, ni quiero en la actualidad causar el mas leve perjuicio á la Iglesia Romana, ni á vuestra santa autoridad. Reconozco plenamente que esta Iglesia está sobre todas las cosas, y que nada se la puede anteponer de cuanto hay en el cielo y la tierra, no siendo N. S. Jesucristo.»

Lutero era sincero por mas que las apariencias estuvieran contra él, pues al mismo tiempo que se explicaba así con el papa, decia á Spalatio: «No sé si el papa es el Antecristo ó el apóstol del Antecristo.» No tardó sin embargo en publicar su libro de la *Cautividad de Babilonia*. Declaró, que la Iglesia se hallaba cautiva, Cristo profanado en la idolatría de la misa, desconocido en el dogma de la transubstanciación, y prisionero del papa.

Intentando probar que aun no atacaba á este ni á su dignidad, dijo, en una segunda carta que escribió á Leon X: «Preciso es sin embargo, muy honorable padre, que una vez me acuerde de tí. Tu reputación tan celebrada entre los literatos, y tu vida irreprochable te escudarian de todo ataque. No soy tan imbécil que pretenda luchar contigo cuando apenas hay quien no te alabe. Si te he llamado un Daniel en Babilonia, tambien he protestado de tu

(1) V. BANDOLLE.

inocencia... Si, querido Leon, tú me haces el efecto de Daniel en el foso y de Ezequiel entre los escorpiones. ¿Qué puedes tú solo hacer contra esos monstruos? Supongamos aun que puedes valerte de tres ó cuatro cardenales sabios y virtuosos. Envenenados morirías infaliblemente, si os atrevierais á remediar tantos males... La Corte de Roma ha llegado á su término.»

Hace mas de tres siglos que se le escapó esta predicción á Lutero, y sin embargo la Corte de Roma subsiste.

Las cartas del fraile llegaban á manos de Leon X, ocupado con Miguel Angel en acabar de construir la basílica de San Pedro, y escribiendo á Rafael: Vos seréis el honor de mi pontificado. Leon X, dice Palavicini, con *maggiore cura chiamó coloro á cui fosse nota le favole della Grecia e le delizie d' Poeti, che l' istorie della chiesa, et la dottrina de' Padri*.

Los graznidos germánicos de Lutero impacientaban al Médicis en medio de las artes y bajo el hermoso cielo de Italia. A fin de sofocar aquellos importunos rumores, y no pudiendo persuadirse que se trataba de un cisma, redactó la bula de condenación.

La bula llegó á Alemania y el pueblo se sublevó: en Erfurth la arrojaron al río y en Wittenberg á las llamas, que con razón pudieran considerarse como las primeras del incendio que desde Europa iba á propagarse á las demás partes de la tierra.

En esta ocasión pudo admirarse la lucha que Lutero traía consigo mismo, pues como ya se ha dicho, Lutero era un hombre de convicciones. Esta lucha está muy bien pintada por Mr. Michelet, salva la traducción, en la cual necesaria é inevitablemente tiene que dar á la literatura y á las ideas la espresión de la literatura y de las ideas de nuestro siglo.

Al principio de su *Tratado de Servo arbitrio*, Lutero dice á Erasmo:

«Sin duda te verás algo intimidado en presencia de una tan numerosa serie de eruditos y ante la aprobación de tantos siglos, en que brillaron hombres tan profundos en las sagradas letras, y en que aparecieron tan ilustres mártires, glorificados por numerosos milagros. Añade á ese número el de tantos teólogos modernos, tantas academias, tantos concilios, tantos prelados y tantos pontífices. En ese campo militan la erudición, el talento, el número, la grandeza, la elevación, la fuerza, la santidad y los milagros: todo milita en ese campo. ¿Y en el mío? solo Wiclef, Lorenzo Valla, (y tambien San Agustín por mas que lo olvides), y luego Lutero, un pobre hombre, un hombre de ayer, con algunos amigos que no tienen tanta erudición, ni tanto talento, ni pueden contar con el número, ni con la grandeza, ni con la santidad, ni con los milagros: todos reunidos no podríamos curar á un caballo cojo...»

En ese tratado de *Servo arbitrio*, Lutero se declara por la gracia contra el libre albedrío; aquel hombre que propagó, si no fundó el libre examen, imponía cadenas á la voluntad; ¡tan naturalmente incurren los hombres en contradicción! Por otra parte ninguna relación directa hay entre la fatalidad providencial y el despotismo social; son dos órdenes de hechos distintos: el uno pertenece al dominio de la filosofía y la teoría; el otro entra en el círculo de la política y de la práctica.

La Alemania es el país de la probidad, del ingenio y de los sueños: cuanto menos inteligibles son las abstracciones de los espíritus nebulosos, mas entusiasmo escitan entre los visionarios que creen entenderlas. De las opiniones de San Agustín resucitadas por Lutero, hicieron los compatriotas de este su regla de fe. Lutero se dirigió particularmente á los nobles, y dedicó su defensa de los artículos condenados al señor Fabian de Feilitzsch, diciendo: «Recomiénd-

deme este escrito á tí, y á toda tu nobleza.» Publicó su folleto: *A la nobleza cristiana de Alemania acerca del mejoramiento del cristianismo*. Los principales nobles, amigos de Lutero, eran Silvestre de Schauenberg, Franz de Sickingen, Taubenheim y Ulrico de Flutten. El margrave de Brandeburgo solicitó el favor de ver al nuevo apóstol. De esto se echó de ver cómo en Francia y en Inglaterra los reformistas fueron reyes, príncipes y nobles: en Francia la hermana de Francisco I, Juana de Albret, Enrique IV, los Chatillon, les Bouillon y los Rohan, y en Inglaterra Enrique VIII, sus cortesanos y sus obispos.

Cuando en mis *Estudios históricos* establecí ese precedente, tuve la desgracia de herir á despecho mio algunas susceptibilidades: convengo que en nuestros tiempos de democracia no será agradable á los que se llaman fundadores de la libertad popular, el aparecer como aristócratas por su origen directo de una raza de príncipes y de nobles; pero ¿qué remedio? Esa es la verdad, y sería fácil apoyarla en una multitud de hechos irrecusables.

La Dieta de Worms fue el triunfo de Lutero; allí compareció ante el emperador Carlos V, seis electores, un archiduque, dos landgraves, veinte y siete duques, y un gran número de condes, arzobispos y obispos. Atravesó la ciudad en un carruaje escoltado de cien nobles armados de punta en blanco y cantando un himno, que era la *Marsellesa* de aquel tiempo.

«Nuestro Dios es una fortaleza
una espada y la coraza.»

El pueblo ocupaba los tejados para ver pasar á Martin. Tan firme como moderado, nada quiso el doctor retractar de cuanto había dicho relativo á las doctrinas; pero ofreció desdecirse de todo lo que pudiera habersele escapado de inconveniente respecto de las personas. Así es como según de un modo muy significativo ha dicho Mr. Mignet, Lutero dió un *no* al papa y un *no* al emperador. Esto prueba convencimiento y valor, pero valor que es muy fácil tener al verse bien defendido, rodeado de mucho esplendor, y sobre todo cuando uno se siente estimulado por la ambición de ser jefe de secta, ó por la esperanza de obtener gran celebridad. Por lo demás hay también que tener presente que todos los sectarios han dicho *no*. La herejía de Arrio duró mas de tres siglos en su vigor, y todavía subsiste: dividió el mundo civilizado, y dominó en todo el mundo bárbaro, exceptuando los francos de Clodoveo, Alarico y Genserico, que saquearon á Roma católica, eran arrianos. Arrio había dicho *no* mucho antes que Lutero, cuyas doctrinas no han alcanzado aun la duración de las del sacerdote de Alejandría.

Lutero tenía quien le animara hasta en el mismo seno de aquella Dieta, pues no faltaban nobles y condes que lo iban á visitar. «El papa, dice Lutero, había escrito al emperador que no respetara el salvoconducto. Los obispos le aconsejaban lo mismo; pero los príncipes y los Estados no lo quisieron consentir; todo esto causó gran ruido, del cual me aproveché para sacar la consecuencia de que *debían temerme mas que lo que yo les temía á ellos*. Efectivamente, el landgrave de Hesse, que todavía era un jóven, vino á visitarme y por último me dijo: ¡Querido doctor, si teneis razon, Dios os proteja!»

De todas maneras, la aparición de Lutero en la Dieta, revelaba alguna fuerza de alma, particularmente existiendo el ejemplo de Juan Huss, que á pesar del pasaporte de un emperador había sido quemado en vida. Cuando Cristo compareció ante Pilatos, se hallaba solo y abandonado hasta de sus doce discípulos: todas las potestades de la tierra se elevaron contra él, y no tuvieron ningun respeto al salvoconducto que tenía del cielo. La Dieta publicó el bando imperial que condenaba á Lutero y á sus prosélitos.

Voltaire opina que Carlos V anduvo vacilando entre el fraile de Erfurth y Roma. El salvo-conducto fue respetado hasta en la publicación del bando. Aquel Carlos V, que concedió una audiencia solemne á Lutero, se había negado á oír á Hernán Cortés.

El reformador se retiró y el elector de Sajonia, para sustraerlo de todo peligro, y de acuerdo tal vez con el mismo Martin, lo hizo arrebatarse y encerrar en el castillo de Wartbourg. Desde lo alto de esa fortaleza Lutero lanzó una multitud de escritos, imitando á Atanasio que combatía por la fe desde el fondo de las cavernas de Egipto. Combatíanlo las tentaciones: *su carne no domada le abrasaba con fuego devorador*. En su Patmos (asi llamaba este novel San Juan á la fortaleza de Wartbourg), creía oír durante la noche un ruido semejante al que produciría un saco de avellanas agitado, y grandes rumores en una escalera cerrada por medio de cadenas y una puerta de hierro: sin duda era la apostasia que fermentaba en su seno. Lutero, exacerbado hasta por aquel benéfico cautiverio, no hablaba mas que de *quebrantar cedros, y humillar la obstinacion y soberbia de los Faraones*.

Con aspereza escribía el arzobispo de Mayenza fechando la carta del modo siguiente: «Dada en mi desierto, el domingo despues de Santa Catalina, 23 de noviembre de 1524.» El cardenal arzobispo de Mayenza contestaba humilde ó arrogantemente diciendo:

«Querido doctor, he recibido vuestra carta... sufro gustoso una reprension fraternal y cristiana.»

Al predicar Lutero su nuevo evangelio decía:

«Creo que me matarán; pero aun no ha llegado mi hora: preciso es que antes acabe de enfurecer á esa raza de víboras.»

Por de pronto anduvo vacilando acerca de pronunciarse contra los votos monásticos; mas luego corrobóndose en sus propias ideas, manifestó haber formado «una vigorosa conspiracion á fin de destruirlas y anonadarlas.»

No daba su aprobacion á los teólogos demagogos que seguían sus huellas y rompían las imágenes. «Si desearon poner á prueba sus inspiraciones, decía á Melancthon, preguntáales si han sentido esas angustias espirituales, y esos renacimientos divinos, esas muertes y esos infiernos.»

Había ya principiado á publicar su traduccion de la Biblia, cuando la autoridad civil y los prelados la prohibieron, causándole grande irritacion como sectario y como autor: la ira le hizo prever el porvenir. «El pueblo se agita por todas partes, exclamó, y tiene los ojos abiertos; no quiere ya, no puedo ya dejarse oprimir. El Señor es quien dispone todas esas cosas, y no deja ver á los reyes esos síntomas amenazadores; el Señor es quien consumará todo por medio de la ceguedad y violencia de aquellos; me parece que veo nadar en sangre la Alemania.»

«Acaben de comprender que la espada de la guerra civil está suspendida sobre sus cabezas.»

¿Quién la suspendía sino el mismo Lutero?

Enrique VIII, que durante ese año de 1522 todavía era ortodoxo, hizo publicar un libro de que me ocuparé en otra parte, y que había mandado revisar tal vez por su confesor y por sus ministros teólogos. El fraile reformador se indigna altamente contra el rey reformador, exclamando:

«¿Quién es pues, ese Enrique, ese nuevo tomista, ese discípulo del monstruo, para que yo respete sus blasfemias y su violencia? ¡Defensor de su Iglesia! Si, de su Iglesia, que tan alto quiere elevar; de esa prostituta que vive entre púrpura, ébria de disoluciones; de esa madre de fornicaciones. Yo no reconozco mas jefe que Cristo; descargué un mismo golpe sobre esa Iglesia y sobre su defensor que no son mas que una misma cosa, y los aterrará.» Enrique VIII, no pudiendo quemar á Lutero, replicó:

sus hogueras eran mas temibles que sus escritos.

La reforma se propagaba con el auxilio de la imprenta, cuyo descubrimiento parecia haber sido hecho á propósito para la propagacion de las nuevas doctrinas; la Iglesia Luterana se iba estableciendo; nadie ignora lo que tomó ó desechó por lo tocante á los dogmas de la Iglesia Romana. Pero el cisma iba también introduciéndose por todas partes en la obra de la reforma: Calvino aparecía en Ginebra; Lutero reñía con Carlostadt y escribía contra él irritantes folletos. Los aldeanos se sublevaron contra sus señores, y se echaron sobre los bienes de los príncipes eclesiásticos; de aquí nacieron las turbulencias de Suavia, de Francfort, del país de Bade, de la Alsacia, del Palatinado, de la Baviera y de Hesse. En vano Lutero hizo cuanto pudo por desarmar á la multitud; en vano dijo en alta voz, que la revolucion jamás ha conseguido buen resultado, y que á hierro ha de morir quien con hierro mata: la espada estaba ya desnuda y no debía volver á envainarse hasta despues de pasados cerca de dos siglos de sangrientos sacrificios.

En la contestacion de Lutero á los doce artículos de los aldeanos de Suavia, hay cosas justas y razonables, al paso que también dice á los señores verdades que podían parecerles atrevidas; pero no pudiendo desistir del carácter de su reforma, enemiga del pueblo, ostenta una implacable dureza contra los aldeanos, sin conceder ni una sola lágrima á sus miserias.

«Creo, dice Lutero, que todos los aldeanos deben perecer antes que los príncipes y magistrados, por la razon de que empuñan la espada sin la autoridad divina... Ninguna misericordia, ninguna tolerancia se les debe; antes por el contrario, la indignacion de Dios y de los hombres.»

«Los aldeanos están pregonados por la justicia de Dios y el emperador. Se les puede tratar como perros rabiosos.»

Y sin embargo, esos *perros rabiosos* se habían desencadenado por la palabra del reformador. Para aquellos hombres pregonados por la *justicia de Dios*, no se manifestaba en el emancipador del espíritu humano ninguna simpatía de las libertades populares.

No tardó en indisponerse con todos los sectarios producidos por la reforma, ni perdonó nunca á Erasmo su *libero arbitrio*.

«Así que pueda verme restablecido de mi enfermedad, quiero, con la ayuda de Dios, escribir contra él y matarlo. Hemos tolerado que se burlara de nosotros y se nos subiera á las barbas; mas ahora que pretende hacer lo mismo con Cristo, queremos oponerle resistencia.... Es verdad que aplastar á Erasmo es lo mismo que aplastar á una chinche; pero mi Cristo, de quien él se burla, me importa mucho mas que el peligro de Erasmo.»

«Si vivo, quiero, Dios mediante, librar á la Iglesia de esa inmundicia. El es quien ha sembrado y hecho nacer Croto, Egrano, Witzeln, Ecolampadio, Campano, y otros visionarios y epicúreos. Téngase bien entendido que desde ahora lo considero como eliminado de la Iglesia....»

«Si predica, sus palabras suenan en falso como golpes dados en un vaso roto. En algun tiempo atacó al papismo; mas ahora ya empieza á sacar la cabeza del saco.»

Hé aquí, dice discretamente Mr. Nisard, pequeñas cuestiones para los partidarios del fatalismo histórico, que engrandecen la reputacion de un personaje acumulándole hechos posteriores y consumados por causas imprevistas y ajenas de su voluntad; pero esas cuestiones no son tan insignificantes si se consideran desde el punto en que nos hallamos. Efectivamente, ¿quién pensais que en la actualidad se podrá atribuir el mayor de los hechos, á Lutero negando el libre

arbitrio, y reemplazando el dogma con el dogma, ó hablando con mas rudeza, la supersticion con la supersticion, ó á Erasmo reclamando para el hombre la libertad de conciencia?

Al ser Viena asediada por los turcos, Lutero hizo una noble invitacion á los alemanes, á fin de que acudieran en defensa de la patria. Luego vinieron las ligas de Usmalkalda y los anabaptistas de Munster. Estos predicaron contra el papa y contra Lutero, y hasta prefirieron el primero al reformador, contra quien lanzaron su maldicion, considerándolo amigo de la nobleza, asi como él en otro tiempo había maldecido á los aldeanos de Suavia.

CASAMIENTO.—VIDA PRIVADA DE LUTERO.

La conducta de Lutero era hija de sus opiniones y guardaba consecuencia con ellas. El reformador había abierto las puertas del claustro y hecho salir al mundo una multitud de hombres y mujeres, de quienes en lo sucesivo no sabía qué hacer. Se casó, tanto para darles un buen ejemplo, como para librarse de sus propias tentaciones. Todo el que ha violado reglas procura arrastrar en pos de sí á los débiles y cubrirse con la multitud. Por el consentimiento de muchos, se lisonjean los innovadores hacer creer en la justicia y en el derecho de una accion que tal vez no fue mas que resultado de una casualidad ó de una pasion impremeditada. Dos votos sagrados fueron infringidos á un mismo tiempo; Lutero se casó con una religiosa. Todo eso podrá ser si se quiere, con arreglo á la naturaleza, pero no se pierda de vista que hay otra naturaleza mas elevada; difícil es, cualesquiera que por otra parte sean las virtudes de los esposos, que inspiren confianza ni respeto al hacer el juramento de union conyugal en el mismo altar en que pronunciaron los votos de castidad y retiro. Jamás el cristiano depositará en el corazon de un sacerdote el peso de su vida oculta, si este sacerdote tiene otra esposa que aquella mística Iglesia que guarda el secreto de las faltas, y consuela los dolores. Cristo, pontífice y víctima, murió célibe y salió del mundo al terminar su juventud.

La monja con quien Lutero se casó, se llamaba Catalina de Bora: la amó, vivió bien con ella, y trabajó con sus propias manos para mantenerla; aquel hombre que creó príncipes y despojó de sus riquezas al clero, vivió pobre y honrándose con su indigencia, como los primeros revolucionarios franceses. En su testamento se leen estas interesantes palabras:

«Declaro no tener nada de dinero contante, ni riqueza de ninguna especie. Nada tiene esto de particular si se reflexiona que no he tenido mas rentas que mi sueldo y algunos regalos.»

La vida privada y las opiniones particulares de Lutero, ofrecen detalles interesantes. Tiene muchos hermosos pensamientos acerca de la naturaleza, la Biblia, las escuelas, la educacion, la fe y la ley. Curioso es también lo que dijo acerca de la imprenta. Una idea individual le condujo á una verdad general y á una perspectiva del porvenir.

«La imprenta, en su concepto, es el don último y supremo, *sumum et postremum donum*, mediante el cual Dios hace progresar las cosas del Evangelio. Es la postrera llama que brilla antes de la extincion del mundo. A Dios gracias, esa llama ha llegado al fin.»

Preciso es oír á Lutero en la intimidad de los sentimientos domésticos.

«Ese niño (habla de su hijo), y todo lo que me pertenece, es aborrecido de los partidarios, aborrecido de los diablos. Sin embargo, ninguna inquietud causan al querido niño todos esos enemigos: nada le importa de que tantos y tan poderosos señores le aborrezcan, y toma con sonrisa el alimento

«del pecho materno, mira en derredor espresando vivamente su satisfacción, y les deja murmurar cuanto quieran.»

En otra parte, hablando también de sus hijos, se expresa en estos términos:

«Tales habrían sido nuestros pensamientos en el paraíso; sencillos, ingenuos é inocentes, sin maldad y sin hipocresía; allí habríamos sido verdaderamente como ese niño cuando habla de Dios y tiene tanta seguridad en él.»

«¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Abraham al consentir en sacrificar y degollar á su hijo único? Nada de esto diría á Sara.»

En el último rasgo se echan de ver una familiaridad y una ternura casi sublimes.

Lamenta la muerte de su pequeña hija Isabel.

«Mi pequeña hija Isabel ha muerto; admiración me causa el ver cómo me ha dejado enfermo el corazón; corazón de mujer parece según lo muy conmovido que ha quedado. Jamás habría creído que el alma de un padre fuese tan tierna para con su hijo.»

«En lo más profundo de mi corazón subsisten aún grabadas sus facciones, sus palabras, sus gestos, durante su vida y en el lecho de la muerte. ¡Mi obediente y respetuosa hija! ¡Ni la misma muerte de Cristo (con la cual ninguna hay que pueda compararse), no alcanza á arrancármela del pensamiento como debiera...»

«Reflexiona sin embargo, querida Catalina, á dónde ha ido (nuestra hija). La carne está aun sangrando seguramente: esa es su naturaleza; pero el espíritu vive, y se encuentra según sus deseos. Los niños no disputan; creen lo que se les dice; todo es sencillez. Mueren sin pesar, sin angustias, sin disputas, sin tentaciones de la muerte, sin dolor corporal, como si se durmieran.»

Al leer esas ideas tan dulces, tan religiosas, tan penetrantes, uno se siente desarmado, y se olvida de los arrebatos del sectario.

Sobre la muerte de su padre se encuentran estas palabras dotadas de una sencillez y una profundidad bíblicas:

«Sucedí á su nombre; ahora soy ya para mi familia el viejo Lutero: ha llegado mi vez: tengo derecho de seguirlo por medio de la muerte.»

Lutero, hallándose enfermo y triste, exclamó:

«El imperio cae, los reyes caen, los sacerdotes caen, y el mundo entero se estreñece como el edificio que estando próximo á caer, anuncia su ruina por medio de hendiduras en las paredes.»

La muerte de Lutero fue pacífica: deseaba morir y decía:

«Venga Nuestro Señor cuanto antes y lléveme. Venga sobre todo con su juicio postrero, y humillaré mi frente; lance el rayo y haga que yo repose...»

¡Miseros de nosotros! Apenas damos á Dios la décima parte de nuestra vida; ¡y creeríamos con nuestras buenas obras ganar el cielo! ¿Yo qué he hecho?»

«Esa avecilla ha escogido su albergue y va á dormir bien sosegadamente: nada le inquieta. Mantiénese tranquilamente en la ramita sin cuidarse del sitio en que se albergará mañana, y deja en manos de Dios el cuidado de proporcionárselo.

«Te encomiendo mi alma, ¡oh Señor mío Jesucristo! Abandonaré este cuerpo terrestre; voy á ser arrebatado de esta vida, pero sé que eternamente permaneceré á tu lado.»

Repitió en seguida por tres veces: *In manus tuas commendo spiritum meum redemiste me, Domine, Deus veritatis*. Repentinamente cerró los ojos y quedó desfallecido. El conde Albrecht, su esposa y los médicos, le prodigaron auxilios para reanimarlo, y lo

consiguieron á fuerza de trabajo. Entonces el doctor Jonas le dijo: «Reverendo padre, ¡moris constante en la fe que habeis enseñado!» El enfermo respondió con un sí claramente pronunciado, y volvió á perder el sentido. De allí á poco empalideció, se puso frío, respiró una vez profundamente, y murió.

RETRATO DE LUTERO.

Hé aquí, pues, el sí final que siguió al no, pronunciado en Worms. Si, Lutero persistió y con él las sectas de que fue padre; pero la prueba de que no comprendía la extensión del movimiento que había producido, es el haberse negado á todo convenio con aquellas. Así es, que ante el landgrave de Hesse en nada quiso ceder á Zeinglo, á Bucer, ni á Ecolampadio, que le suplicaban se pusiera de acuerdo con ellos, en cuyo caso le habrían cedido la Suiza y las orillas del Rin: así es también como reprochó la conducta de Melancthon, que entre los católicos y protestantes intentaba una reconciliación, semejante, poco más ó menos, á la que Bossuet proyectó con Leibnitz, y así es finalmente, como se explica el haber condenado á los aldeanos de Suavia y á los anabaptistas de Munster, no tanto por los desórdenes que habían causado, como porque no querían encerrarse en el círculo que les había trazado. Un hombre de altos pensamientos que hubiese intentado cambiar la faz del mundo, se habría elevado sobre sus propias opiniones, y no habría detenido á los que conspiraban también á la destrucción de lo mismo que él pensaba destruir. Lutero fue el primer obstáculo que encontró la reforma de Lutero.

No puede decirse que el reformador estuviera absolutamente destituido de carácter; pero también es cierto que no dió señales de ese arranque dominador que así en la religión católica como en las herejías, ostentaron tantos mártires y tantos entusiastas. No fue ciertamente Lutero el invencible Arrio, ni el indómito Juan Huss: no se puso en evidencia más que una vez, y luego se mantuvo retirado amenazando mucho, pero desde lejos, y vociferando que sabría arrostrar todos los peligros, pero sin arrostrar ninguno. Se negó á comparecer en la dieta de Augsburgo, y permaneció prudentemente encerrado en la fortaleza de Cobourg. Con frecuencia se lamentó de hallarse solo, y dijo que iba á bajar de su Sinaí, de su Sion, pero no llegó el caso de hacerlo. Su soledad consistía en estar escuchado por los duques de Mecklemburgo y Brunswick, en permanecer detrás del gran maestro de la orden Teutónica, del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, y en tener á su frente el incendio que había promovido con sus mismas manos, y que formaba á manera de una barricada de llamas impenetrable.

Reconozcamos, pues, en Lutero un hombre sagaz y de imaginación, escritor, poeta, músico de buenas costumbres en su vida privada. El fijó la prosa alemana en el estado en que se halla; su traducción de la Biblia, infiel porque sabía mal el hebreo, es la que aun subsiste: todavía se cantan en las iglesias luteranas sus salmos, compuestos, ó mejor dicho, imitados de los de la Sagrada Escritura. Fue hombre desinteresado, marido complaciente y tierno padre, si no se repara en las sacrílegas circunstancias de su enlace. En Lutero se echa de ver esa cándida y sencilla naturaleza alemana, llena de los más humanitarios sentimientos; pero también se distingue la grosería germánica, esas virtudes y esos talentos que aun en la actualidad reciben su inspiración de aquel falso Baco anatematizado por otro reformador, por Juliano el Apóstata.

Lutero no cayó en el cisma sino después de largos combates: con frecuencia espresa sus dudas, mejor diremos, sus remordimientos, y conserva las tenta-

ciones del claustro. Un hombre de carácter ligero que había tomado el hábito religioso por haber visto morir de un rayo á uno de sus amigos, pudo muy bien dejarlo por haber asistido á la venta de indulgencias: para eso no se necesita ciertamente elevación de ideas, ni profundidad de planes. Lutero se creía muy formalmente atacado del diablo, y lo combatía durante la noche con el sudor de su frente: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas redere ille novit*. Cuando se creía demasiado atormentado por el demonio, conseguía ponerlo en fuga diciéndole tres palabras que no nos atreveríamos á repetir, pero que pueden verse en los curiosos extractos de Mr. Michelet (1). Cristóbal habló de un modo muy diferente á Satanás: se contentó con decirle: «No tentarás á tu Señor y Dios.» Otras veces Lutero en medio de su exaltación se creía invadido de la divinidad y despojándose de sí mismo gritaba: «No conozco á Lutero, llévase el diablo á Lutero.»

El reformador no se entretenía en escoger palabras cuando quería espresarse con elocuencia, y al hablar del pontífice lo comparaba demasiadas veces con Lama. Su doctrina en favor de los grandes es tan relajada, como soez su elocuencia en algunos pasajes: casi admitió la poligamia, y permitió al landgrave de Hesse tener dos mujeres. Si no hubiese abjurado de la autoridad pontificia, habría podido apoyarse en una decretal del 762 dada por Gregorio II.

RETRATO DE LUTERO, SEGUN MAIMBOURG, BOSSUET Y VOLTAIRE.

En honor de los sacerdotes y escritores católicos debe notarse la justicia que han hecho á Lutero en los retratos que de él han trazado.

«Era hombre de espíritu vivo y sutil» (dice el padre Maimbourg en su estilo algo anticuado) «elocuente por naturaleza, claro y pulido en su modo de espresarse, laborioso en un grado infinito, y tan dedicado al estudio que algunas veces pasaba días enteros sin distraerse ni aun para tomar un bocado. A esta asiduidad debió el adquirir bastante regular conocimiento de idiomas y de los Padres, á cuya lectura, particularmente de San Agustín, de quien hizo muy mal uso, era en extremo aficionado contra la ordinaria costumbre de los teólogos de su tiempo. Era de compleción fuerte y robusta para dedicarse al trabajo sin quebrantar su salud: su temperamento fue bilioso-sanguineo, su mirada penetrante y abrasadora, el metal de su voz agradable, y muy alto, cuando se espresaba con calor, el ademán fiero, intrépido y arrogante, menos cuando procuraba dulcificarlo para remedar humildad, modestia ó mortificación, lo cual no acontecía con mucha frecuencia.... Tal es el verdadero carácter de Martín Lutero, en el cual puede decirse que había una gran mezcla de algunas buenas y muchas malas cualidades, y que su relajación mas consistió en la imaginación que en las costumbres, y en su vida que siempre fue bastante arreglada.»

Bossuet retrató á Lutero de un modo que á fuerza de ser imparcial podría pasar por lisonjero:

«Los dos partidos, dice aquel insigne prelado, que trabajaban en la reforma, reconocieron por autor de ella á Lutero. No fueron únicamente sus sectarios, los luteranos, los que á porfía le han tributado grandes elogios; el mismo Calvino admira no pocas veces las virtudes, la magnanimidad, la constancia, y la industria incomparable que aquel supo poner en juego contra el papa: en su concepto Lutero es la trompeta, mejor dicho el trueno; es el rayo que ha hecho dispartar al mundo de su letargo; no es Lutero el que hablaba, es Dios, que tronaba en su bo-

ca. Ciertamente es que hubo vigor en su talento, vehemencia en sus discursos; que estuvo dotado de una elocuencia viva y apasionada, que estasiaba y arrebató al pueblo, y que al paso que demostró extraordinario arrojo cuando se vió ensalzado y aplaudido, supo darse un aire de autoridad, que impuso á sus discípulos hasta el punto de no atreverse á contradecirle en nada. Mas no fue solamente el pueblo el que consideró á Lutero como profeta; pues los hombres mas instruidos de su secta, lo tuvieron en el mismo concepto. Melancthon, que se afilió á su doctrina desde el principio de las disputas, se dejó por de pronto persuadir de tal modo de que en aquel hombre había algo de profético y de extraordinario, que á pesar de los defectos que cada día iba descubriendo en él, no pudo borrar la impresión en mucho tiempo; por esa razón al escribir á Erasmo por lo tocante á Lutero, se espresó en estos términos: *Ya sabeis que á los profetas conviene experimentarlos, pero no despreciarlos*. Sin embargo, el nuevo profeta incurrió en inauditos escosos. No reconocía límites: en vista de que los profetas lanzaban por mandato de Dios terribles invectivas, Lutero se convirtió en el mas violento de los hombres y en el mas fecundo en ultrajantes palabras. Hablaba de sí mismo de una manera capaz de avergonzar á sus amigos. Engreído de su saber, mediano en cuanto al fondo, grande por lo tocante á la época, y desmesurado por lo relativo á su propio bien, y al reposo de la Iglesia, se elevaba sobre todos los hombres, no solo de su siglo, sino hasta de las pasadas generaciones. Preciso es confesar que tenía mucho vigor de espíritu: nada le faltaba mas que regla, y esa no puede tenerse sino en el seno de la Iglesia, y bajo el yugo de la autoridad legítima. Si no hubiese sacudido ese yugo, tan necesario á toda clase de imaginaciones y particularmente á las inquietas y turbulentas como la suya; si hubiese podido suprimir de sus discursos aquellos arrebatos, aquellas chocarrerías, aquellas petulancias brutales, aquellos escosos, ó mejor dicho, aquellas extravagancias, la fuerza con que manejó la verdad no habría podido servir á la seducción. Por eso aparece invencible al tratar de los dogmas antiguos que había aprendido en el seno de la Iglesia; pero el orgullo seguía muy de cerca á sus victorias.»

El patriarca de la incredulidad, Voltaire, trató á Lutero menos favorablemente que el jesuita Maimbourg y el obispo de Meaux.

«No puede uno, dice Voltaire, abstenerse de reír de compasión al ver el modo con que Lutero trata á sus enemigos y en especial al pontífice: Pequeño papa, papita, sois un jumento, un asnillo; id poco á poco que ha helado: podríais romperos las piernas y entonces se diría: ¡Qué diablos es esto? el asnillo del papita se ha estropeado. Un jumento sabe que es jumento, una piedra sabe que es piedra, y esos asnos de papas no saben que son asnos.»

Esas bufonadas de Voltaire son exactas, pero no tienen peso.

LO QUE CONVIENE PENSAR ACERCA DE LUTERO.

El movimiento que Lutero causó no provino de su talento: el reformador no tenía ese don. Téngase presente que esa palabra (*genie*) en tiempo de Bossuet no significaba lo que ahora significa. Lutero, como ya lo he dicho, solo tenía mucho ingenio, y mucha imaginación. Cedió á la irascibilidad de su carácter sin comprender la revolución que iba á producir, y lo que es aun mas, encadenándola por el prurito de encontrarla en su persona: sus tentativas habrían fracasado como las de sus antecesores si los despojos del clero no hubiesen tentado la codicia del poder. La reforma se ha sistematizado después de aquel

(1) Memorias de Lutero, tom. III, pág. 486, lin. 4.

«del pecho materno, mira en derredor espresando vivamente su satisfacción, y les deja murmurar cuanto quieran.»

En otra parte, hablando también de sus hijos, se expresa en estos términos:

«Tales habrían sido nuestros pensamientos en el paraíso; sencillos, ingenuos é inocentes, sin maldad y sin hipocresía; allí habríamos sido verdaderamente como ese niño cuando habla de Dios y tiene tanta seguridad en él.»

«¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Abraham al consentir en sacrificar y degollar á su hijo único? Nada de esto diría á Sara.»

En el último rasgo se echan de ver una familiaridad y una ternura casi sublimes.

Lamenta la muerte de su pequeña hija Isabel.

«Mi pequeña hija Isabel ha muerto; admiración me causa el ver cómo me ha dejado enfermo el corazón; corazón de mujer parece según lo muy conmovido que ha quedado. Jamás habría creído que el alma de un padre fuese tan tierna para con su hijo.»

«En lo más profundo de mi corazón subsisten aún grabadas sus facciones, sus palabras, sus gestos, durante su vida y en el lecho de la muerte. ¡Mi obediente y respetuosa hija! ¡Ni la misma muerte de Cristo (con la cual ninguna hay que pueda compararse), no alcanza á arrancármela del pensamiento como debiera...»

«Reflexiona sin embargo, querida Catalina, á dónde ha ido (nuestra hija). La carne está aun sangrando seguramente: esa es su naturaleza; pero el espíritu vive, y se encuentra según sus deseos. Los niños no disputan; creen lo que se les dice; todo es sencillez. Mueren sin pesar, sin angustias, sin disputas, sin tentaciones de la muerte, sin dolor corporal, como si se durmieran.»

Al leer esas ideas tan dulces, tan religiosas, tan penetrantes, uno se siente desarmado, y se olvida de los arrebatos del sectario.

Sobre la muerte de su padre se encuentran estas palabras dotadas de una sencillez y una profundidad bíblicas:

«Sucedí á su nombre; ahora soy ya para mi familia el viejo Lutero: ha llegado mi vez: tengo derecho de seguirlo por medio de la muerte.»

Lutero, hallándose enfermo y triste, exclamó:

«El imperio cae, los reyes caen, los sacerdotes caen, y el mundo entero se estreñece como el edificio que estando próximo á caer, anuncia su ruina por medio de hendiduras en las paredes.»

La muerte de Lutero fue pacífica: deseaba morir y decía:

«Venga Nuestro Señor cuanto antes y lléveme. Venga sobre todo con su juicio postrero, y humillaré mi frente; lance el rayo y haga que yo repose...»

¡Miseros de nosotros! Apenas damos á Dios la décima parte de nuestra vida; ¡y creeríamos con nuestras buenas obras ganar el cielo! ¿Yo qué he hecho?»

«Esa avecilla ha escogido su albergue y va á dormir bien sosegadamente: nada le inquieta. Mantiénese tranquilamente en la ramita sin cuidarse del sitio en que se albergará mañana, y deja en manos de Dios el cuidado de proporcionárselo.

«Te encomiendo mi alma, ¡oh Señor mío Jesucristo! Abandonaré este cuerpo terrestre; voy á ser arrebatado de esta vida, pero sé que eternamente permaneceré á tu lado.»

Repitió en seguida por tres veces: *In manus tuas commendo spiritum meum redemiste me, Domine, Deus veritatis*. Repentinamente cerró los ojos y quedó desfallecido. El conde Albrecht, su esposa y los médicos, le prodigaron auxilios para reanimarlo, y lo

consiguieron á fuerza de trabajo. Entonces el doctor Jonas le dijo: «Reverendo padre, ¡muoris constante en la fe que habeis enseñado!» El enfermo respondió con un sí claramente pronunciado, y volvió á perder el sentido. De allí á poco empalideció, se puso frío, respiró una vez profundamente, y murió.

RETRATO DE LUTERO.

Hé aquí, pues, el sí final que siguió al no, pronunciado en Worms. Si, Lutero persistió y con él las sectas de que fue padre; pero la prueba de que no comprendía la extensión del movimiento que había producido, es el haberse negado á todo convenio con aquellas. Así es, que ante el landgrave de Hesse en nada quiso ceder á Zeinglo, á Bucer, ni á Ecolampadio, que le suplicaban se pusiera de acuerdo con ellos, en cuyo caso le habrían cedido la Suiza y las orillas del Rin: así es también como reprochó la conducta de Melancthon, que entre los católicos y protestantes intentaba una reconciliación, semejante, poco más ó menos, á la que Bossuet proyectó con Leibnitz, y así es finalmente, como se explica el haber condenado á los aldeanos de Suavia y á los anabaptistas de Munster, no tanto por los desórdenes que habían causado, como porque no querían encerrarse en el círculo que les había trazado. Un hombre de altos pensamientos que hubiese intentado cambiar la faz del mundo, se habría elevado sobre sus propias opiniones, y no habría detenido á los que conspiraban también á la destrucción de lo mismo que él pensaba destruir. Lutero fue el primer obstáculo que encontró la reforma de Lutero.

No puede decirse que el reformador estuviera absolutamente destituido de carácter; pero también es cierto que no dió señales de ese arranque dominador que así en la religión católica como en las herejías, ostentaron tantos mártires y tantos entusiastas. No fue ciertamente Lutero el invencible Arrio, ni el indómito Juan Huss: no se puso en evidencia más que una vez, y luego se mantuvo retirado amenazando mucho, pero desde lejos, y vociferando que sabría arrostrar todos los peligros, pero sin arrostrar ninguno. Se negó á comparecer en la dieta de Augsburgo, y permaneció prudentemente encerrado en la fortaleza de Cobourg. Con frecuencia se lamentó de hallarse solo, y dijo que iba á bajar de su Sinaí, de su Sion, pero no llegó el caso de hacerlo. Su soledad consistía en estar escuchado por los duques de Mecklemburgo y Brunswick, en permanecer detrás del gran maestro de la orden Teutónica, del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, y en tener á su frente el incendio que había promovido con sus mismas manos, y que formaba á manera de una barricada de llamas impenetrable.

Reconozcamos, pues, en Lutero un hombre sagaz y de imaginación, escritor, poeta, músico de buenas costumbres en su vida privada. El fijó la prosa alemana en el estado en que se halla; su traducción de la Biblia, infiel porque sabía mal el hebreo, es la que aun subsiste: todavía se cantan en las iglesias luteranas sus salmos, compuestos, ó mejor dicho, imitados de los de la Sagrada Escritura. Fue hombre desinteresado, marido complaciente y tierno padre, si no se repara en las sacrílegas circunstancias de su enlace. En Lutero se echa de ver esa cándida y sencilla naturaleza alemana, llena de los más humanitarios sentimientos; pero también se distingue la grosería germánica, esas virtudes y esos talentos que aun en la actualidad reciben su inspiración de aquel falso Baco anatematizado por otro reformador, por Juliano el Apóstata.

Lutero no cayó en el cisma sino después de largos combates: con frecuencia espresa sus dudas, mejor diremos, sus remordimientos, y conserva las tenta-

ciones del claustro. Un hombre de carácter ligero que había tomado el hábito religioso por haber visto morir de un rayo á uno de sus amigos, pudo muy bien dejarlo por haber asistido á la venta de indulgencias: para eso no se necesita ciertamente elevación de ideas, ni profundidad de planes. Lutero se creía muy formalmente atacado del diablo, y lo combatía durante la noche con el sudor de su frente: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas redere ille novit*. Cuando se creía demasiado atormentado por el demonio, conseguía ponerlo en fuga diciéndole tres palabras que no nos atreveríamos á repetir, pero que pueden verse en los curiosos extractos de Mr. Michelet (1). Cristóbal habló de un modo muy diferente á Satanás: se contentó con decirle: «No tentarás á tu Señor y Dios.» Otras veces Lutero en medio de su exaltación se creía invadido de la divinidad y despojándose de sí mismo gritaba: «No conozco á Lutero, llévase el diablo á Lutero.»

El reformador no se entretenía en escoger palabras cuando quería espresarse con elocuencia, y al hablar del pontífice lo comparaba demasiadas veces con Lama. Su doctrina en favor de los grandes es tan relajada, como soez su elocuencia en algunos pasajes: casi admitió la poligamia, y permitió al landgrave de Hesse tener dos mujeres. Si no hubiese abjurado de la autoridad pontificia, habría podido apoyarse en una decretal del 762 dada por Gregorio II.

RETRATO DE LUTERO, SEGUN MAIMBOURG, BOSSUET Y VOLTAIRE.

En honor de los sacerdotes y escritores católicos debe notarse la justicia que han hecho á Lutero en los retratos que de él han trazado.

«Era hombre de espíritu vivo y sutil» (dice el padre Mainbourg en su estilo algo anticuado) «elocuente por naturaleza, claro y pulido en su modo de espresarse, laborioso en un grado infinito, y tan dedicado al estudio que algunas veces pasaba días enteros sin distraerse ni aun para tomar un bocado. A esta asiduidad debió el adquirir bastante regular conocimiento de idiomas y de los Padres, á cuya lectura, particularmente de San Agustín, de quien hizo muy mal uso, era en extremo aficionado contra la ordinaria costumbre de los teólogos de su tiempo. Era de complejion fuerte y robusta para dedicarse al trabajo sin quebrantar su salud: su temperamento fue bilioso-sanguineo, su mirada penetrante y abrasadora, el metal de su voz agradable, y muy alto, cuando se espresaba con calor, el ademán fiero, intrépido y arrogante, menos cuando procuraba dulcificarlo para remedar humildad, modestia ó mortificación, lo cual no acontecía con mucha frecuencia.... Tal es el verdadero carácter de Martín Lutero, en el cual puede decirse que había una gran mezcla de algunas buenas y muchas malas cualidades, y que su relajación mas consistió en la imaginación que en las costumbres, y en su vida que siempre fue bastante arreglada.»

Bossuet retrató á Lutero de un modo que á fuerza de ser imparcial podría pasar por lisonjero:

«Los dos partidos, dice aquel insigne prelado, que trabajaban en la reforma, reconocieron por autor de ella á Lutero. No fueron únicamente sus sectarios, los luteranos, los que á porfía le han tributado grandes elogios; el mismo Calvino admira no pocas veces las virtudes, la magnanimidad, la constancia, y la industria incomparable que aquel supo poner en juego contra el papa: en su concepto Lutero es la trompeta, mejor dicho el trueno; es el rayo que ha hecho dispartar al mundo de su letargo; no es Lutero el que hablaba, es Dios, que tronaba en su bo-

ca. Ciertamente que hubo vigor en su talento, vehemencia en sus discursos; que estuvo dotado de una elocuencia viva y apasionada, que estasiaba y arrebató al pueblo, y que al paso que demostró extraordinario arrojo cuando se vió ensalzado y aplaudido, supo darse un aire de autoridad, que impuso á sus discípulos hasta el punto de no atreverse á contradecirle en nada. Mas no fue solamente el pueblo el que consideró á Lutero como profeta; pues los hombres mas instruidos de su secta, lo tuvieron en el mismo concepto. Melancthon, que se afilió á su doctrina desde el principio de las disputas, se dejó por de pronto persuadir de tal modo de que en aquel hombre había algo de profético y de extraordinario, que á pesar de los defectos que cada día iba descubriendo en él, no pudo borrar la impresión en mucho tiempo; por esa razón al escribir á Erasmo por lo tocante á Lutero, se espresó en estos términos: *Ya sabeis que á los profetas conviene experimentarlos, pero no despreciarlos*. Sin embargo, el nuevo profeta incurrió en inauditos excesos. No reconocía límites: en vista de que los profetas lanzaban por mandato de Dios terribles invectivas, Lutero se convirtió en el mas violento de los hombres y en el mas fecundo en ultrajantes palabras. Hablaba de sí mismo de una manera capaz de avergonzar á sus amigos. Engreído de su saber, mediano en cuanto al fondo, grande por lo tocante á la época, y desmesurado por lo relativo á su propio bien, y al reposo de la Iglesia, se elevaba sobre todos los hombres, no solo de su siglo, sino hasta de las pasadas generaciones. Preciso es confesar que tenía mucho vigor de espíritu: nada le faltaba mas que regla, y esa no puede tenerse sino en el seno de la Iglesia, y bajo el yugo de la autoridad legítima. Si no hubiese sacudido ese yugo, tan necesario á toda clase de imaginaciones y particularmente á las inquietas y turbulentas como la suya; si hubiese podido suprimir de sus discursos aquellos arrebatos, aquellas chocarrerías, aquellas petulancias brutales, aquellos excesos, ó mejor dicho, aquellas extravagancias, la fuerza con que manejó la verdad no habría podido servir á la seducción. Por eso aparece invencible al tratar de los dogmas antiguos que había aprendido en el seno de la Iglesia; pero el orgullo seguía muy de cerca á sus victorias.»

El patriarca de la incredulidad, Voltaire, trató á Lutero menos favorablemente que el jesuita Mainbourg y el obispo de Meaux.

«No puede uno, dice Voltaire, abstenerse de reír de compasión al ver el modo con que Lutero trata á sus enemigos y en especial al pontífice: Pequeño papa, papita, sois un jumento, un asnillo; id poco á poco que ha helado: podríais romperos las piernas y entonces se diría: ¡Qué diablos es esto? el asnillo del papita se ha estropeado. Un jumento sabe que es jumento, una piedra sabe que es piedra, y esos asnos de papas no saben que son asnos.»

Esas bufonadas de Voltaire son exactas, pero no tienen peso.

LO QUE CONVIENE PENSAR ACERCA DE LUTERO.

El movimiento que Lutero causó no provino de su talento: el reformador no tenía ese don. Téngase presente que esa palabra (*genie*) en tiempo de Bossuet no significaba lo que ahora significa. Lutero, como ya lo he dicho, solo tenía mucho ingenio, y mucha imaginación. Cedió á la irascibilidad de su carácter sin comprender la revolución que iba á producir, y lo que es aun mas, encadenándola por el prurito de encontrarla en su persona: sus tentativas habrían fracasado como las de sus antecesores si los despojos del clero no hubiesen tentado la codicia del poder. La reforma se ha sistematizado después de aquel

(1) Memorias de Lutero, tom. III, pág. 486, lin. 4.

suceso; el carácter de nuestro siglo propende á sistematizar todo, sean tonterías, sean bajezas, sean crímenes: se hace honor al pensamiento de infamias y atrocidades en que la reforma no pensó y que han sido únicamente producidas por un instinto vil, ó por un desarreglo brutal: pretenden hallar talento en el instinto de voracidad de un tigre. De aquí provienen ciertas frases de aparato, ciertas máximas patibularias que pretenden ser profundas y que pasando de la historia ó de la novela al lenguaje vulgar, entran en el comercio de los crímenes á poca costa, de los asesinos por un cubilete de plata, ó por el raído trage de una pobre mujer.

Se ha dicho que el principio constitutivo de la reforma fue el libre examen. Por de pronto convendría saber qué es lo que entienden por esa palabra: *libre examen*, ¿de qué? ¿de religión? ¿de ideas filosóficas? Eso existía ya mucho tiempo antes de la reforma. ¿Sería el libre examen de las cuestiones sociales, de la libertad política? ¿No ciertamente! como lo demostrará en el capítulo siguiente.

Hasta puede dudarse que el libre examen en materias de religión, haya desarrollado esa revolución anticristiana que existe en el fondo del pensamiento de aquellos para quienes el libre examen es la doctrina favorita. Bayle, que á nadie será sospechoso en lo tocante á este particular, hace la siguiente observación llena de profundidad y de sutileza. «Puede asegurarse que el número de las personas tibias, indiferentes ó disgustadas del cristianismo, disminuyó mucho más que aumentó, por las turbulencias que agitaron la Europa con motivo de Lutero. Cada cual tomó partido en ellas con calor: unos permanecieron en la comunión romana y otros abrazaron la protestante, y sucedió que los primeros tuvieron que avivar un celo que ya estaba espirando, y los segundos tuvieron que inflamarse para recibir ó defender su nueva creencia. No sería fácil enumerar esas personas que en concepto de Coeffeteau desechaban el cristianismo en vista de tantas disputas.»

Si se dice que en un tiempo dado, el libre examen de la verdad religiosa trajo como consecuencia ó colateral el libre examen de la verdad política; si se dice con Voltaire, que solo después de Lutero es cuando los seglares han dogmatizado, convendrá en ello, pero teniendo presente que eso fue consecuencia del progreso natural de la civilización, y que ninguna necesidad había para llegar á ese punto de pasar por los furiosos de la Liga, por las matanzas de Irlanda y Escocia, los asesinatos de los aldeanos de Alemania, las discordias civiles de Suiza y la guerra de los Treinta años. Aquellos raudales de sangre, lejos de acelerar la marcha del espíritu humano, lo detuvieron dos siglos y no le permitieron avanzar: los horrores del 1793, retardarán para tiempo infinito la emancipación de los pueblos. La reforma tuvo pues simplemente por origen la orgullosa cólera de un fraile y la codicia de los príncipes: los cambios verificados un siglo antes de la reforma, tanto en las leyes como en las costumbres, debían producir necesariamente cambios análogos en el culto. Lutero nada más hizo que aparecer en el momento oportuno. Ese es un ejemplo más de esa clase de celebridad de cosas y de casualidades que tal vez suele adherirse á capacidades poco superiores. Bayle hace también sobre este particular una observación llena de exactitud, diciendo: «Wickeff y otros muchos... no tenían menos habilidad, ni menos mérito que Lutero, pero intentaron curar la enfermedad antes del momento crítico.»

Berington en su *Historia literaria*, opina también que se habrían llegado á conseguir todas las reformas necesarias sin tener que pasar por tantas desgracias. «En Inglaterra, mi patria, dice el autor citado, aquellos nobles edificios, monumentos de la

generosa piedad de nuestros antepasados, habrían podido librarse de la destrucción convirtiéndose, no en asilo de la holganza monástica, sino de la afición al estudio, del mérito modesto y de la filosofía cristiana.»

Puede con justo título reclamar el protestantismo algunas virtudes; pero ese honor está lejos de alcanzar á sus fundadores: Lutero, fraile apóstata, aprobador de la matanza de los aldeanos, Calvino, doctor bilioso que hizo quemar á Serveto, Enrique VIII, revisor del misal y que mandó perecer setenta y dos mil hombres en los patibulos: esos son los tres Cristos de la reforma.

LA REFORMA.

Mas dejando aparte al artífice para no considerar mas que la obra, se echan de ver algunas verdades que no podrían negarse sin injusticia. La reforma, al inaugurar los siglos modernos los separó del siglo límite ó indeterminado que siguió á la desaparición de la edad media: despertó las ideas de la antigua igualdad: sirvió para metamorfosear una sociedad enteramente militar, en otra racional, civil é industrial: hizo nacer la propiedad moderna de los capitales, propiedad móvil, progresiva, sin límites, que combate con la propiedad limitada, fija y despótica del terreno. Ese bien es inmenso. Se ha mezclado con mucho mal, y la imparcialidad histórica no permite pasarlo en silencio.

El cristianismo principió entre los hombres por las clases proletarias, pobres é ignorantes. Jesucristo llamó á los pequeños, y estos acudieron á la voz del maestro. La fe, remontándose poco á poco en las regiones sociales, llegó á sentarse por último en el trono imperial. El cristianismo era católico ó universal en aquella época; la religión llamada católica, partió del fondo de la sociedad para llegar á la cúspide: la suprema dignidad pontificia era el tribuno de los pueblos, cuando el cristianismo llegó á su edad política.

El protestantismo siguió diverso camino: introdujose por la cumbre del cuerpo político, por los principales y los nobles, por los sacerdotes y magistrados, por los sabios y literatos, y de allí fue lentamente descendiendo á las condiciones inferiores. En ambas comuniones se conservan aun distintamente las señales de ese diverso origen. La comunión reformada nunca ha sido tan popular como el culto católico: su raza elevada y patricia, nunca ha simpatizado con la multitud. Equitativo y moral el protestantismo es exacto en sus deberes, pero su bondad debe atribuirse mas bien á la bondad que á la ternura: viste al desnudo, pero no lo calienta en su seno; abre asilos á la miseria, mas no habita ni llora con ella en oscuras recintos, y alivia al desgraciado, mas no lo compadece. El fraile y el cura son los compañeros del pobre, y en su común pobreza tienen por compañeras las entrañas de Jesucristo, los harapos, la paja, las úlceras y los calabozos no les inspiran tedio, ni les causan repugnancia: la miseria y el infortunio están perfumados por el espíritu de la caridad. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron la resurrección de Jesucristo: bendice el sacerdote católico el cuerpo del mendigo que acaba de espirar, como sagrado despojo de un ser amado de Dios, que ha resucitado á eterna vida. El pastor protestante deja al menesteroso en su lecho de muerte; para él no son una religión las tumbas, porque no cree en aquellos lugares expiatorios donde las oraciones de un amigo pueden librar al alma que padece. En este mundo no se lanza el pastor protestante en medio de las llamas, ni de la peste para salvar al prójimo, porque tiene que reservar para su familia particular esa afectuosa solici-

tud que el sacerdote de Roma prodiga á la universal familia humana.

Bajo el punto de vista religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta absoluta de fe, y eso consiste en que la independencia del espíritu va á parar en uno de estos dos abismos, la duda ó la incredulidad.

Por una reacción natural, la reforma en su nacimiento resucitó al fanatismo católico que se iba distinguiendo: podría por lo tanto ser acusada de haber indirectamente producido las matanzas de San Bartolomé, los furiosos de la Liga, el asesinato de Enrique IV, los homicidios de Irlanda, la renovación del edicto de Nantes y las *dragonadas*. El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma al degollar católicos en Inglaterra y en Francia, al esparcir al viento las cenizas de los muertos, al encender hogueras en Ginebra, al mancharse con las violencias de Munster y al dictar las leyes atroces que han abrumado á los Irlandeses con tres siglos de opresión de que apenas acaban de verse libres. ¿Qué pretendía la reforma por lo tocante al dogma y á la disciplina? Famosamente presumía discurrir negando algunos misterios de la fe católica al mismo tiempo que conservaba otros de no menos difícil inteligencia. ¿Atataba los abusos de la Corte de Roma? ¿Por ventura no los había también de destruir el progreso de la civilización? ¿No se clamaba ya de todas partes, como ya lo he hecho ver, contra esos abusos?

La reforma, penetrada del espíritu de su fundador se declaró enemiga de las artes: saqueó las tumbas, las iglesias y los monumentos y en Francia é Inglaterra amontonó ruinas sobre ruinas. Al separar de las facultades del hombre la imaginación cortó las alas al genio y lo condenó á rastrear. La reforma estalló con pretexto de algunas limosnas dadas para erigir al mundo cristiano la basílica de San Pedro. ¿Habían los griegos rehusado dar lo que se demandara á su propiedad para erigir un templo á Minerva?

Si la reforma en su origen hubiese obtenido plenos resultados, habría establecido por lo menos durante algún tiempo otra especie de barbarie: tratando de superstición la pompa de los altares, de idolatría las obras maestras de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, propendía á deteriorar el gusto por la repudiación de los modelos, á introducir un amaneamiento frío, árido, doctrinario y nímio en el espíritu; á sustituir con una sociedad afectada y enteramente material otra llena de naturalidad é inteligencia y á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de las operaciones mentales. Acabarán de confirmarse estas verdades por la observación de un hecho.

En las diversas ramas de la religión reformada, puede decirse que esta comunión se acerca mas ó menos á lo bello á proporcion que mas se acerca ó se aleja del catolicismo. En los puntos donde, como en Inglaterra, se ha conservado la gerarquía eclesiástica, puede afirmarse que las letras han tenido también su siglo clásico. El luteranismo conserva chispas de imaginación que el calvinismo procura apagar, y así va sucesivamente descendiendo hasta el cuáquero que desearía reducir la vida social á la grosería de las maneras y á la práctica de los oficios mecánicos.

Shakespeare, según todas las probabilidades, si perteneció á algún culto, debió ser al católico; Pope y Dríden lo fueron; Milton imitó algunas partes de los poemas de S. Avito y de Masenio, y Klopstock tomó para su poema la mayor parte de las creencias romanas. En nuestros días no se ha manifestado la alta imaginación en Alemania sino cuando el espíritu del protestantismo se ha debilitado y desnaturalizado: los Goethe y los Schiller han demostrado su número potético al tratar de asuntos católicos. Rousseau y madama Stael en Francia, son una brillante esce-

cion de la regla, pero se podrá decir que eran protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma es adonde los pintores, los arquitectos, y los escultores de los cultos disidentes van en la actualidad á buscar inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger.

La Europa ¿qué digo? el mundo entero está cubierto de monumentos de la religión católica, y á ésta es á lo que se debe esa arquitectura gótica que rivaliza por los detalles y escende por su grandiosidad á los monumentos de la Grecia. Hace mas de trescientos años que el protestantismo nació: es poderoso en Inglaterra, Alemania y América, y cuenta en su seno muchos millones de almas. ¿Qué es lo que ha construido? Indudablemente podrá enseñar las ruinas que ha hecho y los jardines ó fábricas que ha plantado ó establecido en medio de ellas. Rebelánjose contra la autoridad de las tradiciones, la experiencia de las edades, y la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo se desprendió de lo pasado y planteó una sociedad sin raíces. Confesándose hijo de un fraile alemán del siglo XVI, el reformado abdicó de la magnífica genealogía que por una serie de santos y de grandes hombres remonta al católico hasta Jesucristo y desde allí hasta los patriarcas y la cuna del universo. El siglo protestante negó en su primera aparición todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila y con el de aquel otro Leon que poniendo término al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando ya no era necesario defenderla.

Si la reforma coartaba el ingenio en la elocuencia, la poesía y las bellas artes, también ponía trabas á la magnanimidad de los guerreros: el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo dió origen al espíritu caballeresco: cierto es que el protestantismo formó capitanes bravos y virtuosos como Lanoue, pero sin elevación (esceptuando Falkland), generalmente crueles á sangre fría y austeros menos de costumbres que de espíritu. Los Chatillon siempre quedaron oscurecidos por los Guisas. El único guerrero de movimiento y de vida que los protestantes tuvieron, Enrique IV, también se les escapó por último de sus filas. La reforma hizo el bosquejo de un Gustavo Adolfo, de un Carlo XII y de un Federico, pero no habría producido un conjunto como el de Napoleón; así como si bien abortó de un Tiltotson y de un ministro Claudio, no pudo lograr un hijo como Fenelon ó como Bossuet y así como si bien educó á un Inigo Jones y á un Webb, tampoco pudo educar á un Rafael ni á un Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo fue favorable á la libertad política; que emancipó las naciones. ¿Estarán acordes los hechos con los que opinan de ese modo?

No cabe duda de que la reforma en su origen fue republicana; pero no se pierda de vista que lo fue únicamente en un sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos pertenecieron á la nobleza. Los calvinistas soñaron para la Francia una especie de gobierno de principados federales que le habría dado alguna semejanza con el imperio germánico: ¡extraño suceso! habría renacido el feudalismo por medio de la reforma. Los nobles se precipitaron por instinto hacia ese nuevo culto al través del cual se exhalaba una especie de reminiscencia de su desvanecido poder. Mas una vez pasado ese primer fervor, los pueblos no recogieron del protestantismo ninguna libertad política.

Fijese la vista en el Norte de Europa, en los países donde la reforma nació, y donde ha sabido mantenerse, en todos ellos se verá que domina la voluntad de un soberano: la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo la monarquía absoluta, la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal.

La reforma fracasó en los países republicanos: no pudo penetrar en la monarquía electiva y republicana de Polonia; no pudo invadir á Génova, y apenas pudo alcanzar de Venecia y de Ferrara mas que una pequeña iglesia clandestina que murió en breve: las artes y el hermoso sol del medio día fueron mortales para la reforma.

En Suiza no logró buen éxito sino en los cantones aristocráticos análogos á su naturaleza, y aun así tuvo que derramar mucha sangre para conseguirlo.

Los cantones populares ó democráticos Schwil, Uri y Unterwald, cuna de la libertad helvética, la rechazaron.

En Inglaterra no puede tampoco decirse que la reforma ha sido vehículo de la constitucion, pues esta se organizó en el seno de la fe católica, mucho antes del siglo xvi. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, ya había sentenciado y destrozado reyes; los tres poderes existían perfectamente marcados; la contribucion y el ejército no dependían mas que del consentimiento de las cámaras: la monarquía representativa había sido ya puesta en juego, y seguía marchando, y era de esperar que el tiempo, la civilización y el progreso de las luces le habrían acabado de dar los resortes que le faltaban, lo mismo bajo la influencia de la religion católica que bajo el imperio del culto protestante. Tan lejos se halló el pueblo inglés de alcanzar mayor ensanche en el círculo de sus libertades para la destruccion del culto de sus antepasados, que ni el mismo Senado de Tiberio, puede decirse que aventajó en vileza al parlamento de Enrique VIII, pues llegó á decretar que la sola voluntad del tirano, fundador de la Iglesia Anglicana, tenía fuerza de ley. ¿Fue Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? La verdad es que el protestantismo nada ha cambiado en las instituciones: en donde ha encontrado una monarquía representativa ó una república aristocrática, como en Inglaterra y en Suiza las ha adoptado y donde existían gobiernos militares como en el Norte de Europa, se ha acomodado con ellos, y hasta puede decirse que los ha hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república popular de los Estados Unidos, no es porque deben su emancipacion al protestantismo, ni porque hayan alcanzado su libertad por medio de guerras religiosas, pues su lucha fue únicamente contra la opresion de la madre patria que también era protestante como ella. El Maryland, Estado católico y muy poblado, hizo causa comun con los demás Estados, y en la actualidad la mayor parte de los Estados del Oeste son católicos. Increíbles son los progresos de esta comunión en aquel país, y deben atribuirse á que se ha rejuvenecido en su elemento popular, la libertad evangélica, en tanto que las demás comuniones van languideciendo en una profunda indiferencia.

Finalmente, despues de aquella república de las colonias inglesas protestantes, acaban de instituirse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas, que para conseguir su independencia, han tenido que superar obstáculos de otro género que los que se opusieron á las colonias anglo-americanas, acostumbradas ya al gobierno representativo antes de romper el débil lazo que las unía al seno materno.

Una sola república se ha formado en Europa con la ayuda del protestantismo, y es la de Holanda; pero hay que tener presente que ese país trae su origen de aquellos municipios industriales de los Países Bajos que por espacio de cuatro siglos estuvieron luchando por sacudir el yugo de sus soberanos, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales á pesar de su celo por el catolicismo. Ni á Felipe II, ni á los reyes de la casa de Austria fue posible sofocar en la Bélgica el espíritu de independencia, y finalmente son sacerdotes católicos los que en nuestros días la han

convertido por un momento en estado republicano.

Solo una rama del protestantismo ha tenido tendencias políticas; la rama calvinista en las diversas gradaciones que median desde el anabaptista al sociiniano: sin embargo, ningún fruto ha producido esa rama en provecho de la libertad popular. En Francia no tuvo el calvinismo mas secuaces que curas y nobles. Si Knox y Buchanam predicaron en Escocia la soberanía del pueblo, el jesuita Mariana, Brecio y Bodin, propagaron las mismas doctrinas entre los católicos. En los sucesivos veremos como Milton, enemigo de aquellos reyes protestantes á quienes no podía impedir la subida al trono, era también partidario de la república aristocrática y enemigo declarado de la igualdad y la democracia.

De esa íntima investigacion de los hechos se deduce, que el protestantismo no es el que ha dado libertad á los pueblos: ha proclamado la libertad filosófica, pero no la política: la primera de estas en ninguna parte ha conquistado á la segunda, no siendo en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿A qué debe atribuirse que Alemania, muy filosófica por su naturaleza, y armada además con el protestantismo, no haya dado un paso hacia la libertad en el siglo xviii, mientras que Francia, muy poco filosófica por su naturaleza, y dominada por el catolicismo, ha conquistado en ese período todas sus libertades?

Descartes, fundador de la duda razonada, autor del Método y de las Meditaciones, destructor del dogmatismo escolástico; Descartes, el que sostuvo que para alcanzar la verdad era preciso despendirse de todas las opiniones recibidas, Descartes fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino y perseguido por los teólogos protestantes de Holanda.

El hombre de teoría desprecia soberanamente la práctica: juzgando desde lo alto de su doctrina las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, penetrando con el atrevimiento de sus investigaciones hasta en los misterios de la naturaleza divina, se juzga y se cree independiente, porque no ve sometido á la esclavitud sino el cuerpo. Pensarlo todo y no hacer nada, es á la vez el carácter y la virtud del genio filosófico; desea ese genio la felicidad del género humano; le encanta el espectáculo de la libertad, pero poco le importa tener que contemplarla desde las rejas de una prision. El protestantismo nada ha hecho, como Sócrates, mas que producir ideas; desgraciadamente las inteligencias que ha dado á luz no han sido hasta el presente mas que unas hermosas esclavas.

Por lo demás, la mayor parte de estas reflexiones acerca de la religion reformada no deben aplicarse mas que al tiempo pasado: en la actualidad ni los protestantes, ni los católicos son los que fueron, y hasta puede decirse que los primeros han ganado en imaginacion, en poesía, en elocuencia, en razon, en libertad y en verdadera piedad lo que los segundos han ido perdiendo. Tampoco existen ya las antipatías entre las diversas comuniones: los hijos de Cristo, de cualquier línea que provengan, todos se han apiñado al pie del Calvario, tronco comun de la familia. Los desórdenes y ambicion de la corte romana han cesado; no le queda al Vaticano mas que la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo propende á reorganizar la unidad católica; con algunas concesiones por ambas partes no tardaría en realizarse el convenio. Para despedir nuevos fulgores no espera el cristianismo mas que la oportuna aparicion de un genio superior. La religion cristiana entra en una nueva era; así como las instituciones y las costumbres ha sufrido la tercera trasformacion; ha dejado de ser política segun el antiguo sistema social; se encamina hacia el gran principio del Evangelio; la igualdad democrática natural ante los hombres, así como la había ya recono-

cido ante Dios, va haciéndose filosófica sin dejar de ser divina, y su círculo flexible se va estendiendo con las luces y las libertades, en tanto que la cruz queda marcando eternamente el inmóvil centro de ese círculo.

PRINCIPIO DE LA LITERATURA PROTESTANTE.
KNOX.—BUCHANAN.

Una vez abierto el camino, no falta quien venga á

precipitarse por él: Enrique VIII siguió á Lutero, y al establecer la mas dura ley de las tiranías religiosas y políticas, demostró la que la reforma podía traer de favorable á la independencia de las opiniones y de la libertad.

Si bien acabo de establecer que lo bello en las letras subsistió con preferencia allí en donde los escritores se aproximaron mas al espíritu de la Iglesia romana, debe, sin embargo, tenerse presente que el cambio de religion no produjo por el pronto una al-



ESCLAVOS INGLESES PUESTOS EN LIBERTAD EN IRLANDA.

teracion inmediata en la literatura inglesa. ¿Por qué? porque la reforma tuvo lugar, como ya lo he dicho anteriormente, cuando el idioma no había salido aun del estado de barbarie: todos los grandes escritores aparecieron despues del reinado de Enrique VIII.

Mas si las innovaciones del culto no establecieron, en razon de la época en que fueron introducidas, una línea de demarcacion muy visible en la escala ascendente de la literatura, no puede decirse sino que tra-

zaron una muy profunda en la escala descendente. La literatura europea quedó dividida en dos secciones por la reforma, y cada una de ellas fue rival y no pocas veces enemiga de la otra.

El exámen y comparacion de ambas literaturas desde la division de ideas introducida por el cisma, seria asunto de una obra útil para el gusto, interesante para la crítica y filosófica para la historia del espíritu humano. Las letras en Inglaterra, Escocia, Alema-

nia, Holanda y Francia calvinista, no son semejantes á las que en aquel período campearon en la Francia que permaneció fiel á sus antiguos altares, ni en España, ni en Italia. ¿Qué habrían sido Milton, Addison, Hume y Roberston católicos? Racine, Bossuet, Massillon, Bondaloue, ¿qué habrían sido si hubiesen adoptado la reforma? Estas dos literaturas opuestas han ejercido entre sí una simultánea reacción. La elocuencia del púlpito ha variado de camino desde la reforma: los protestantes han predicado la moral, los católicos el dogma: éstos últimos, acosados por Lutero que se precipitaba tras de ellos y por voltaire que les cerraba el paso, tuvieron que consagrar el pensamiento con especialidad á su propia defensa, de lo cual resultó que los primeros avanzaron demasiado y los segundos se quedaron estacionados.

La política y la filosofía invadieron la literatura de la reforma y le comunicaron su carácter frío y analizador. Knox, clérigo escocés, apóstata, con su amenazador fanatismo hizo llorar á la desgraciada María Estuardo; publicó el *primer sonido de la trompeta contra el gobierno de las mujeres*, y estableció el dogma de la soberanía del pueblo en materias religiosas y políticas: *plebis est religio reformare; principes ob iustas causas deponi possunt*, etc. El obispo de Luzon, que posteriormente fue cardenal de Richelieu, refutó los principios de Knox en una obra de controversia. «Vuestros partidarios (se dice en esa obra hablando con Knox) han escrito, que por derecho divino y humano es lícito matar á los reyes impíos; que se halla conforme con la palabra de Dios el que un hombre dominado de un instinto especial pueda matar al tirano, doctrina detestable bajo todos conceptos y que jamás tendrá cabida en el pensamiento de la Iglesia Católica.

Buchanan en su tratado *De jure regni apud Scotos*, desarrolló los mismos principios que Knox. Ambos vivían al principio de la reforma; estaban enlazados con Calvino y Teodoro de Beza, eran contemporáneos de Enrique VIII y habían escrito como católicos antes de escribir como protestantes. — Knox fue clérigo, y Buchanan preceptor particular de Montaigne. En los escritos en prosa del primero, y en las poesías del segundo, puede verse cómo las nuevas doctrinas habían modificado sus respectivas opiniones.

ENRIQUE VIII, CONSIDERADO COMO AUTOR.

El mismo cambio en el estilo y en las ideas que en los anteriores se puede también descubrir en las obras de Enrique VIII. Mucha distancia había entre la *Instrucción del cristiano (Instruction of a christian man)* y la *«Ciencia del cristiano (Erudition of a christian man)»* y la *«Asertio septen sacramentorum»* tratado, dice Hume, que no da mala idea de su capacidad (de Enrique VIII), *«Which does not discredit to his capacity»*. El apóstol rey en su imparcialidad, hacia quemar en la misma hoguera á un luterano y á un católico.

Ya hemos visto de qué manera se inflamó la ira de Lutero por el ultraje de Enrique VIII. En la actualidad ya no se sabe que la *Assertio* mereció una porción de ediciones: la publicada en 1521 se encuentra repetida por otra, hecha cuarenta años después en París. Esta ya precedida de una dedicatoria del *invenible* Enrique al papa Leon X. Enrique ruega á su santidad le escuse de haberse atrevido á defender la religión siendo tan joven y hallándose embebido en las diversas ocupaciones del trono y de las armas; afirma que no ha podido ver sin indignación cómo la herejía, desbordándose por todas partes, atacaba las cosas santas, y por esa razón el joven autor ofrece su trabajo al que verdaderamente puede juzgarlo, á fin de que lo espurgue de los errores que podría tener.

El benigno y complaciente soberano se dirige en seguida á sus lectores manifestando que, si bien se reconoce desprovisto de elocuencia y de conocimientos, no puede menos de ceder al impulso de su pia-dosa lealtad hacia su madre la Iglesia, esposa de Jesucristo, y presentarse á combatir por ella: en seguida pregunta si han oído que nunca se haya declarado en el rebaño del Señor una peste mas mortífera (la doctrina luterana); ni se haya visto una víbora cuyo veneno sea semejante al que destila el libro titulado *Cautividad de Babilonia*.

Luego, entrando en materia, dice una palabra acerca de las indulgencias y defiende la creencia del purgatorio. Pone á Lutero en contradicción consigo mismo, y afirma que ha falseado el Nuevo Testamento; establece por la autoridad de los cánones y por la tradición histórica el poder universal del pontificado, y argumenta en favor de los siete sacramentos. Al hablar del de la Eucaristía, contesta á la objeción contra el *agua* diciendo que la Iglesia Católica la mezcla con el vino en el cáliz, porque del costado de Cristo moribundo salió sangre y agua; *quia aqua cum sanguine de latere morientis ex fluxit*. Finalmente, en su peroración invita á todos los cristianos á que se unan contra Lutero como se reunirían contra los turcos, los sarracenos ó contra todos los infieles, *adversus turcos, adversus sarracenos, adversus quidquid est usquam infidelium consistens*.

El doctor Martin se dió por resentido y ultrajó al doctor Enrique. Este escribió á su primo el duque de Sajonia, que amonestó á su vez á Lutero, y por último el fraile se avino á dirigir al rey una carta mas moderada, fechada en Wittemberg á 4.º de setiembre de 1525. Según el arrepentido reformador manifiesta en esa carta, su indignación no era contra el soberano, sino contra los miserables que se atrevieron á poner un libelo bajo el nombre de un augusto monarca. Espera que el rey se dignara contestarle de un modo clemente y benigno, y concluye con la fórmula: *«De Tu Majestad Imperial, el mas sumiso, Martin Lutero.»* Firmado de su propia mano.

En su respuesta, Enrique se excusa de no haber contestado mas pronto; la carta de Lutero no había llegado á sus manos directamente; se había extraviado en el camino. En seguida le dice al nuevo apóstol que sus errores son bochornosos y sus herejías insensatas; que no hallándose su erudición ni sus discursos apoyados en sólidas razones, nada mas prueban sino su obstinado descaro: «Si tienes un verdadero arrepentimiento, sigue el rey diciendo, no es á mis pies, Lutero, sino á los de Dios donde has de prosternarte.

El rey, que fue marido de seis mujeres; que hizo perecer dos reinas en el cadalso; que espulsó los religiosos de sus conventos; que fundó una Iglesia en que el clero se casa, y en que están abolidos los votos monásticos, decía á Lutero: «Devuelve al claustro esa mujerzuela, esposa adúltera de Cristo, con la cual vives bajo el nombre de esposo en una abominable disolución y duplicada condenación. Pasa el resto de tus días entre lágrimas y gemidos por la multitud de tus pecados; vuelve á tu monasterio: allí podrás retractarte de tus errores, y para salvación de tu alma redimir los peligros de tu cuerpo. Allí, llorando tus pestilenciales herejías y tus disolutos errores, implora la misericordia divina, no con una confianza arrogante, no con gestos, palabras, ni espíritu publicanos, sino con asidua penitencia. Cambia de conducta; enmiéndate. Hasta llegar ese momento te contemplaré con tristeza, porque veo que te pierdes á tí mismo, y en pos llevas; ¡oh desgracia! una multitud que también perecerá.»

A fin de que nada faltase en esta escena, Leon X concedió á Enrique VIII el título de *defensor de la fe*, con el cual aun siguen decorándose los reyes protes-

tantes de Inglaterra. En el Vaticano se veía un arpa que cierto *chieftain* de Irlanda había ofrecido en otro tiempo al santo padre en señal de vasallaje: Leon X la remitió al *defensor de la fe* para infundar Irlanda á la corona británica. No debía la Irlanda manifestarse ofendida de ser dada como un arpa cuando la investidura de Roma se daba por medio de un manto (Decret. Innocent. III, lib. 1). Si Enrique VIII hubiese llegado á echar la mano á Lutero, es seguro que la Europa contaría un reformador menos.

No se pierda de vista que en tanto que Enrique VIII era declarado *defensor de la fe* por la corte de Roma, Lutero era proclamado papa en una de las capillas del Vaticano por los soldados luteranos del católico Carlos V.

La historia presenta cuadros bien diversos. ¿Podrá darse uno mas extraordinario que el de la disputa entre Lutero y Enrique VIII, cuando se fija la atención en lo que fueron esos dos campeones y en la revolución que los produjo? ¿Son esos los institutores de los pueblos, los anacoretas de las rocas, los austeros hijos de los desiertos de la Nueva Tebaida, á quienes los hombres de razón, de saber, de virtud y de libertad han sometido su conciencia y su talento? ¿Quién dirige pues los destinos del género humano?

ENRIQUE VIII.—CONTINUACION.

Enrique VIII escribía en prosa y en verso; tocaba la flauta y había puesto en música baladas para su corte; y misas para su capilla: aun se conservan de él un motete, una antifona, y muchos versículos. ¿Podrá menos de decirse que era un trovador de grande imaginación el hombre que empleó una estatua de madera de la Virgen para pábulo de la hoguera del antiguo confesor de Catalina de Aragon? ¿El hombre que mandó traer á su tribunal el cadáver de Santo Tomás de Cantorbery, lo sentenció y condenó á muerte á pesar de la ridiculez y de la infracción de la máxima de derecho *non bis in idem*; que mandó atar haces de leña á la espalda de cinco anabaptistas holandeses y se complació en el espectáculo de cinco autos de fe ambulantes? En cierta ocasión se proporcionó un magnífico asunto para un soneto romántico: desde la cima de una solitaria colina del parque de Richemont estuvo acechando el momento del suplicio de Ana Bolena, y se estremeció de gozo al ver en la Torre de Londres la señal que indicaba la ejecución. ¡Qué voluptuosidad! La cuchilla acababa de segar el delicado cuello, acababa de ensangrentar las rizadas trenzas, objeto de las fatales caricias de aquel rey poeta.

SURREY.—TOMAS MORO.

Bajo Enrique VIII aparecen Surrey y Tomás Moro. El primero acabó de desprender la poesía inglesa de las formas de la edad media, y la modeló sobre el tipo italiano escribiendo sonetos á Giralda, á la manera del Petrarca. Algunos han creído que esta Giralda fue Isabel Fitz Gerald, y otros la han supuesto hija de lord Cildair. No parece sino que uno al hablar de esas mujeres hermosas y amadas tiene que referirse siempre á los tiempos que pasaron. ¡Fué!—Surrey, hallándose en Florencia fijó un cartel de desafío á todo cristiano, judío, moro, turco ó canibal, sosteniendo él, lord Surrey, contra todos, y contra cada cual la sin par belleza de Giralda: Petrarca no suspiraba con menos ardor por Laura, pero ¡no se batía! Los ingleses hacían entonces alarde de su espíritu caballeresco y de sus pasiones sobre aquellas ruinas donde ahora van á sostener sus modas y su tedio.

Surrey, al regresar á Londres, fue por de pronto encerrado por el ortodoxo Enrique VIII en la torre de Windsor por haber comido de carne en cuaresma. Here noble Surrey fels the sacre drage. (POPE).

La última víctima del primer rey protestante de la Gran Bretaña fue el noble amante de Giralda: el príncipe reformador demostró su afición á las bellas letras entregando al hacha del verdugo Tomás Moro y el poeta en quien principia la serie de los modernos poetas ingleses.

Surrey en la traducción de algunos pasajes de la Eneida inventó el verso libre que Milton y Thomson adoptaron y que Byron á desechado.

El canciller Tomás Moro, en latin Morus, era como su buen rey, poeta y prosista. La mayor parte de sus obras están escritas en latin. La cabeza del canciller permaneció durante catorce dias espuesta al público en el puente de Londres.

Aun se ven en la torre de Londres las cuchillas que truncaron aquellas ilustres cabezas. ¡Un pedazo de hierro debe sobrevivir á lo que en algun tiempo fue órgano del talento y del poder!

Enrique VIII en su clemencia llegó á conmutar la pena de horca impuesta al autor de la *Utopia*, en la de decapitación: esto dió lugar á que el magistrado con quien el rey consultaba la permuta de dijese: «Dios libre de semejantes favores á mis amigos.»

En esa época, es decir, en un espacio de cerca de veinte y cinco años, la prosa fue menos afortunada que la poesía.

Es difícil leer con provecho ó con placer las obras de Wolney, Crammer, Habington, Drummond y José Hall, el predicador.

EDUARDO VI Y MARÍA.

Eduardo VI y la reina María, que sucedieron á Enrique VIII, y precedieron á Isabel, figuran también entre los escritores de la Gran Bretaña. El joven rey murió á los diez y siete años, educado por dos sabios de aquella época, John Cheke y Antony Cooke; bajo la dirección de Cardan dejó un periódico escrito de su mano y de bastante utilidad para la historia. Eduardo, aislado de la sociedad y como desterrado en medio de su juventud, gozaba de distracciones que otros príncipes han encontrado también durante su destierro en país extranjero. Eduardo era celoso reformador y su hermana María vehemente católica: esta reina fue la que por fuerza volvió á ingerir la nación inglesa en la comunión romana. Gardiner y otros muchos que habían quemado católicos en obsequio de la reforma, volvieron á quemar en obsequio del catolicismo protestantes que tal vez no lo habían sido sino por temor de los castigos. Así es como en las revoluciones se ve que hombres que han sido fieles á todos los poderes tienen que andar reanimando su esqueleto para desmentir su inveterada bajeza. Los municipios se proscribían á la voluntad de María con la misma facilidad con que en otro tiempo á las órdenes de su padre. Cambiábase de creencias con la misma facilidad que de vestido; se juraba, y luego se volvía á jurar para cubrir el perjurio, ¡qué de perjuros no son precisos para estatuir una lealtad!

María dejó cartas escritas en latin y otras en francés; de las primeras, por mas que Erasmo las ha alabado, puede decirse que carecen absolutamente de mérito.

ISABEL SPENSER.

De Spenser es de donde principia la fecha de la poesía inglesa moderna. La composición titulada *Fairie Queen* (reina de las hadas), es como nadie lo ignora, una obra alegórica, en la que se trata de doce virtudes morales clasificadas como en el Ariosto, y transformadas en otros tantos caballeros á cuyo frente figura el rey Arturo. La reina de las hadas, Gloriana, es Isabel, y Felipe Sided, el rey Arturo. Lord Bu-

nia, Holanda y Francia calvinista, no son semejantes á las que en aquel período campearon en la Francia que permaneció fiel á sus antiguos altares, ni en España, ni en Italia. ¿Qué habrían sido Milton, Addison, Hume y Roberston católicos? Racine, Bossuet, Masillon, Bondaloue, ¿qué habrían sido si hubiesen adoptado la reforma? Estas dos literaturas opuestas han ejercido entre sí una simultánea reacción. La elocuencia del púlpito ha variado de camino desde la reforma: los protestantes han predicado la moral, los católicos el dogma: éstos últimos, acosados por Lutero que se precipitaba tras de ellos y por voltaire que les cerraba el paso, tuvieron que consagrar el pensamiento con especialidad á su propia defensa, de lo cual resultó que los primeros avanzaron demasiado y los segundos se quedaron estacionados.

La política y la filosofía invadieron la literatura de la reforma y le comunicaron su carácter frío y analizador. Knox, clérigo escocés, apóstata, con su amenazador fanatismo hizo llorar á la desgraciada María Estuardo; publicó el *primer sonido de la trompeta contra el gobierno de las mujeres*, y estableció el dogma de la soberanía del pueblo en materias religiosas y políticas: *plebis est religio reformare; principes ob iustas causas deponi possunt*, etc. El obispo de Luzon, que posteriormente fue cardenal de Richelieu, refutó los principios de Knox en una obra de controversia. «Vuestros partidarios (se dice en esa obra hablando con Knox) han escrito, que por derecho divino y humano es lícito matar á los reyes impíos; que se halla conforme con la palabra de Dios el que un hombre dominado de un instinto especial pueda matar al tirano, doctrina detestable bajo todos conceptos y que jamás tendrá cabida en el pensamiento de la Iglesia Católica.

Buchanan en su tratado *De jure regni apud Scotos*, desarrolló los mismos principios que Knox. Ambos vivían al principio de la reforma; estaban enlazados con Calvino y Teodoro de Beza, eran contemporáneos de Enrique VIII y habían escrito como católicos antes de escribir como protestantes. — Knox fue clérigo, y Buchanan preceptor particular de Montaigne. En los escritos en prosa del primero, y en las poesías del segundo, puede verse cómo las nuevas doctrinas habían modificado sus respectivas opiniones.

ENRIQUE VIII, CONSIDERADO COMO AUTOR.

El mismo cambio en el estilo y en las ideas que en los anteriores se puede también descubrir en las obras de Enrique VIII. Mucha distancia había entre la *Instrucción del cristiano (Institution of a christian man)* y la *«Ciencia del cristiano (Erudition of a christian man)»* y la *«Assertio septen sacramentorum»* tratado, dice Hume, que no da mala idea de su capacidad (de Enrique VIII), *«Which does not discredit to his capacity»*. El apóstol rey en su imparcialidad, hacia quemar en la misma hoguera á un luterano y á un católico.

Ya hemos visto de qué manera se inflamó la ira de Lutero por el ultraje de Enrique VIII. En la actualidad ya no se sabe que la *Assertio* mereció una porción de ediciones: la publicada en 1521 se encuentra repetida por otra, hecha cuarenta años después en París. Esta ya precedida de una dedicatoria del *invenible* Enrique al papa Leon X. Enrique ruega á su santidad le escuse de haberse atrevido á defender la religión siendo tan joven y hallándose embebido en las diversas ocupaciones del trono y de las armas; afirma que no ha podido ver sin indignación cómo la herejía, desbordándose por todas partes, atacaba las cosas santas, y por esa razón el joven autor ofrece su trabajo al que verdaderamente puede juzgarlo, á fin de que lo espurgue de los errores que podría tener.

El benigno y complaciente soberano se dirige en seguida á sus lectores manifestando que, si bien se reconoce desprovisto de elocuencia y de conocimientos, no puede menos de ceder al impulso de su piadosa lealtad hacia su madre la Iglesia, esposa de Jesucristo, y presentarse á combatir por ella: en seguida pregunta si han oído que nunca se haya declarado en el rebaño del Señor una peste mas mortífera (la doctrina luterana); ni se haya visto una víbora cuyo veneno sea semejante al que destila el libro titulado *Cautividad de Babilonia*.

Luego, entrando en materia, dice una palabra acerca de las indulgencias y defiende la creencia del purgatorio. Pone á Lutero en contradicción consigo mismo, y afirma que ha falseado el Nuevo Testamento; establece por la autoridad de los cánones y por la tradición histórica el poder universal del pontificado, y argumenta en favor de los siete sacramentos. Al hablar del de la Eucaristía, contesta á la objeción contra el *agua* diciendo que la Iglesia Católica la mezcla con el vino en el cáliz, porque del costado de Cristo moribundo salió sangre y agua; *quia aqua cum sanguine de latere morientis ex fluxit*. Finalmente, en su peroración invita á todos los cristianos á que se unan contra Lutero como se reunirían contra los turcos, los sarracenos ó contra todos los infieles, *adversus turcos, adversus sarracenos, adversus quidquid est usquam infidelium consistent*.

El doctor Martin se dió por resentido y ultrajó al doctor Enrique. Este escribió á su primo el duque de Sajonia, que amonestó á su vez á Lutero, y por último el fraile se avino á dirigir al rey una carta mas moderada, fechada en Wittemberg á 4.º de setiembre de 1525. Según el arrepentido reformador manifiesta en esa carta, su indignación no era contra el soberano, sino contra los miserables que se atrevieron á poner un libelo bajo el nombre de un augusto monarca. Espera que el rey se dignara contestarle de un modo clemente y benigno, y concluye con la fórmula: *«De Tu Majestad Imperial, el mas sumiso, Martin Lutero.»* Firmado de su propia mano.

En su respuesta, Enrique se excusa de no haber contestado mas pronto; la carta de Lutero no había llegado á sus manos directamente; se había extraviado en el camino. En seguida le dice al nuevo apóstol que sus errores son bochornosos y sus herejías insensatas; que no hallándose su erudición ni sus discursos apoyados en sólidas razones, nada mas prueban sino su obstinado descaro: «Si tienes un verdadero arrepentimiento, sigue el rey diciendo, no es á mis pies, Lutero, sino á los de Dios donde has de prosternarte.

El rey, que fue marido de seis mujeres; que hizo perecer dos reinas en el cadalso; que espulsó los religiosos de sus conventos; que fundó una Iglesia en que el clero se casa, y en que están abolidos los votos monásticos, decía á Lutero: «Devuelve al claustro esa mujerzuela, esposa adúltera de Cristo, con la cual vives bajo el nombre de esposo en una abominable disolución y duplicada condenación. Pasa el resto de tus días entre lágrimas y gemidos por la multitud de tus pecados; vuelve á tu monasterio: allí podrás retractarte de tus errores, y para salvación de tu alma redimir los peligros de tu cuerpo. Allí, llorando tus pestilenciales herejías y tus disolutos errores, implora la misericordia divina, no con una confianza arrogante, no con gestos, palabras, ni espíritu publicanos, sino con asidua penitencia. Cambia de conducta; enmiéndate. Hasta llegar ese momento te contemplaré con tristeza, porque veo que te pierdes á tí mismo, y en pos llevas; ¡oh desgracia! una multitud que también perecerá.»

A fin de que nada faltase en esta escena, Leon X concedió á Enrique VIII el título de *defensor de la fe*, con el cual aun siguen decorándose los reyes protes-

tantes de Inglaterra. En el Vaticano se veía un arpa que cierto *chíftaind* de Irlanda había ofrecido en otro tiempo al santo padre en señal de vasallaje: Leon X la remitió al *defensor de la fe* para infundar Irlanda á la corona británica. No debía la Irlanda manifestarse ofendida de ser dada como un arpa cuando la investidura de Roma se daba por medio de un manto (Decret. Innocent. III, lib. 1). Si Enrique VIII hubiese llegado á echar la mano á Lutero, es seguro que la Europa contaría un reformador menos.

No se pierda de vista que en tanto que Enrique VIII era declarado *defensor de la fe* por la corte de Roma, Lutero era proclamado papa en una de las capillas del Vaticano por los soldados luteranos del católico Carlos V.

La historia presenta cuadros bien diversos. ¿Podrá darse uno mas extraordinario que el de la disputa entre Lutero y Enrique VIII, cuando se fija la atención en lo que fueron esos dos campeones y en la revolución que los produjo? ¿Son esos los institutores de los pueblos, los anacoretas de las rocas, los austeros hijos de los desiertos de la Nueva Tebaida, á quienes los hombres de razón, de saber, de virtud y de libertad han sometido su conciencia y su talento? ¿Quién dirige pues los destinos del género humano?

ENRIQUE VIII.—CONTINUACION.

Enrique VIII escribía en prosa y en verso; tocaba la flauta y había puesto en música baladas para su corte; y misas para su capilla: aun se conservan de él un motete, una antifona, y muchos versículos. ¿Podrá menos de decirse que era un trovador de grande imaginación el hombre que empleó una estatua de madera de la Virgen para pábulo de la hoguera del antiguo confesor de Catalina de Aragon? ¿El hombre que mandó traer á su tribunal el cadáver de Santo Tomás de Cantorbéry, lo sentenció y condenó á muerte á pesar de la ridiculez y de la infracción de la máxima de derecho *non bis in idem*; que mandó atar haces de leña á la espalda de cinco anabaptistas holandeses y se complació en el espectáculo de cinco autos de fe ambulantes? En cierta ocasión se proporcionó un magnífico asunto para un soneto romántico: desde la cima de una solitaria colina del parque de Richemont estuvo acechando el momento del suplicio de Ana Bolena, y se estremeció de gozo al ver en la Torre de Londres la señal que indicaba la ejecución. ¡Qué voluptuosidad! La cuchilla acababa de segar el delicado cuello, acababa de ensangrentar las rizadas trenzas, objeto de las fatales caricias de aquel rey poeta.

SURREY.—TOMAS MORO.

Bajo Enrique VIII aparecen Surrey y Tomás Moro. El primero acabó de desprender la poesía inglesa de las formas de la edad media, y la modeló sobre el tipo italiano escribiendo sonetos á Giralda, á la manera del Petrarca. Algunos han creído que esta Giralda fue Isabel Fitz Gerald, y otros la han supuesto hija de lord Cildair. No parece sino que uno al hablar de esas mujeres hermosas y amadas tiene que referirse siempre á los tiempos que pasaron. ¡Fué!—Surrey, hallándose en Florencia, hizo un cartel de desafío á todo cristiano, judío, moro, turco ó canibal, sosteniendo él, lord Surrey, contra todos, y contra cada cual la sin par belleza de Giralda: Petrarca no suspiraba con menos ardor por Laura, pero ¡no se batía! Los ingleses hacían entonces alarde de su espíritu caballeresco y de sus pasiones sobre aquellas ruinas donde ahora van á sostener sus modas y su tedio.

Surrey, al regresar á Londres, fue por de pronto encerrado por el ortodoxo Enrique VIII en la torre de Windsor por haber comido de carne en cuaresma. Here noble Surrey fels the sacre drage. (POPE).

La última víctima del primer rey protestante de la Gran Bretaña fue el noble amante de Giralda: el príncipe reformador demostró su afición á las bellas letras entregando al hacha del verdugo Tomás Moro y el poeta en quien principia la serie de los modernos poetas ingleses.

Surrey en la traducción de algunos pasajes de la Eneida inventó el verso libre que Milton y Thomson adoptaron y que Byron á desechado.

El canciller Tomás Moro, en latin Morus, era como su buen rey, poeta y prosista. La mayor parte de sus obras están escritas en latin. La cabeza del canciller permaneció durante catorce dias espuesta al público en el puente de Londres.

Aun se ven en la torre de Londres las cuchillas que truncaron aquellas ilustres cabezas. ¡Un pedazo de hierro debe sobrevivir á lo que en algun tiempo fue órgano del talento y del poder!

Enrique VIII en su clemencia llegó á conmutar la pena de horca impuesta al autor de la *Utopía*, en la de decapitación: esto dió lugar á que el magistrado con quien el rey consultaba la permuta de dijese: «Dios libre de semejantes favores á mis amigos.»

En esa época, es decir, en un espacio de cerca de veinte y cinco años, la prosa fue menos afortunada que la poesía.

Es difícil leer con provecho ó con placer las obras de Wolney, Crammer, Habington, Drummond y José Hall, el predicador.

EDUARDO VI Y MARÍA.

Eduardo VI y la reina María, que sucedieron á Enrique VIII, y precedieron á Isabel, figuran también entre los escritores de la Gran Bretaña. El joven rey murió á los diez y siete años, educado por dos sabios de aquella época, John Cheke y Antony Cooke; bajo la dirección de Cardan dejó un periódico escrito de su mano y de bastante utilidad para la historia. Eduardo, aislado de la sociedad y como desterrado en medio de su juventud, gozaba de distracciones que otros príncipes han encontrado también durante su destierro en país extranjero. Eduardo era celoso reformador y su hermana María vehemente católica: esta reina fue la que por fuerza volvió á ingerir la nación inglesa en la comunión romana. Gardiner y otros muchos que habían quemado católicos en obsequio de la reforma, volvieron á quemar en obsequio del catolicismo protestantes que tal vez no lo habían sido sino por temor de los castigos. Así es como en las revoluciones se ve que hombres que han sido fieles á todos los poderes tienen que andar reanimando su esqueleto para desmentir su inveterada bajeza. Los municipios se proscribían á la voluntad de María con la misma facilidad con que en otro tiempo á las órdenes de su padre. Cambiábase de creencias con la misma facilidad que de vestido; se juraba, y luego se volvía á jurar para cubrir el perjurio, ¡qué de perjuros no son precisos para estatuir una lealtad!

María dejó cartas escritas en latin y otras en francés; de las primeras, por mas que Erasmo las ha alabado, puede decirse que carecen absolutamente de mérito.

ISABEL SPENSER.

De Spenser es de donde principia la fecha de la poesía inglesa moderna. La composición titulada *Fairie Queen* (reina de las hadas), es como nadie lo ignora, una obra alegórica, en la que se trata de doce virtudes morales clasificadas como en el Ariosto, y transformadas en otros tantos caballeros á cuyo frente figura el rey Arturo. La reina de las hadas, Gloriana, es Isabel, y Felipe Sided, el rey Arturo. Lord Bu-

ekurst en el *Espejo de Magistrados* pudo acaso suministrar la primera idea de la Reina de las Hadas. La forma del poema de Spenser está tomada del *Orlando* y de la *Jerusalén*. Cada canto se compone de estancias de nueve versos. De los seis últimos cantos no se conservan mas que algunos fragmentos.

La alegoría estuvo muy en voga en las composiciones poéticas consideradas como muy elegantes en la edad media. Por donde quiera se encuentran damas tituladas Lealtad, Razon, Proeza, Caballero, Amor y su madre, la señora del castillo, emperador Orgullo, etc. ¿De dónde pudieron tomar esas ideas los poetas de los siglos VIII, XIV, XV y XVI? De la educación clásica. Educados entre los dioses de la antigüedad, y en el fondo de un mundo pasado, salían del recinto de los colegios hombres sutiles sin relacion con la multitud viviente. No pudiendo por su carácter de cristianos poner en juego las divinidades del paganismo, inventaban divinidades morales: daban á esos graves ensueños el colorido de la caballería y los combinaban con las preocupaciones populares. Tales alegorías les daban campo para hablar de torneos, y para introducirse en los palacios de los barones y de los condes, y en la corte de los duques y los reyes.

Spenser tuvo la imaginación brillante, la invención fecunda, la abundancia rítmica, y sin embargo es frío y pesado. No dudamos que los ingleses encontraran en su *Fairie Queen* el encanto de un estilo anticuado que á cada cual le gusta en su propio idioma, pero que no es posible saborear en el extranjero.

Spenser principió su poema en Irlanda, en el castillo de Kilcoman, y en una concesión de tres mil veinte y ocho acres de terreno confiscados á la propiedad del conde de Desmond. Allí fue donde sentado á un hogar que no era el suyo, cuyos herederos andaban errantes y sin asilo celebró la montaña de Mole y las márgenes del Mulla sin pensar en los huérfanos fugitivos que no veían ya aquellas campos paternos. Virgilio habría debido recordar al poeta:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva;
Nos patriam fugimus. . . .

También se conserva de Spenser una especie de memoria acerca de las costumbres y antigüedades de Irlanda, preferible en mi concepto á la Reina de las Hadas. (Vista sobre la situación de Irlanda, 1633).

Los ingleses en otro tiempo traficaban con sus hijos y los vendían, particularmente en Irlanda. Un concilio celebrado en Armagh por eclesiásticos irlandeses en 1117 declaró: «que á fin de evitar la indignación de Jesucristo, enemigo de la esclavitud, se diese libertad á los esclavos ingleses en toda la isla» (VILKINS, concil., tom. I). ¿Qué pago han tenido los irlandeses de esta resolución de sus antepasados? Nadie lo ignora; por fin, también ha llegado para ellos el tiempo de su redención en nombre de Cristo.

SHAKESPEARE.

¡Hemos llegado á Shakespeare! hablemos de él á todo placer, como dice Montesquieu de Alejandro.

Para memoria no citaré aquí mas que *Everyman*, comedia representada en tiempo de Enrique VIII, y otra cuyo título era *La aguja de la madre Gaston*, por Stoll en 1551. Los autores contemporáneos de Shakespeare fueron Roberto Green, Heywood, Decker, Rowley, Peal, Chapman, Ben-Johnson, Beaumont, y Fletcher, ¡¡¡¡¡¡¡¡¡ Sin embargo, la comedia de *Fox* y la del *Alquimista* de Ben-Johnson son apreciadas todavía.

Spenser era el poeta célebre en tiempo de Isabel. El eclipsado autor de *Macbeth* y de *Ricardo III* apenas se dejaba ver entre los rayos del *Calendario de Pastor* y de la *Reina de las Hadas*, Montmorency, Biron, ó Sully, que sucesivamente fueron embajadores de

Francia cerca de Isabel y Jacobo I y oyeron nunca hablar de un cierto farsante, actor en sus propias composiciones y en las de los demás? ¿Pronunciaron nunca el nombre de Shakespeare? ¿Supusieron que en ese nombre, de pronunciación bárbara en francés, se ocultaba una gloria ante la cual vendrían á desaparecer sus honores, sus pompas y sus elevadas categorías? ¿Pues bien! aquel cómico de la legua, que representaba el papel de espectro en *Hamlet*, era la gran fantasma, la sombra de la edad media, que aparecía al mundo como el astro de la noche, cuando la edad media acababa de descender á las regiones de los muertos: siglos prodigiosos abiertos por Dante y cerrados por Shakespeare.

En el compendio histórico de Witeloque, contemporáneo del cantor del *Paraíso perdido*, se lee: «Un cierto ciego, llamado Milton, secretario del Parlamento, para las comunicaciones en latín.» Molière el *histrion* representaba su *Pourceaugnac*, lo mismo que Shakespeare, el *bufon* su *Falstaff*, secretario del pobre Mondorge, el autor del *Tartufo* había cambiado su ilustre apellido de *Poquelin* por el oscuro apellido de Molière para no deshonrar á su padre el tapicero.

Así tratamos tal vez como vulgares huéspedes á los viajeros que con el rostro cubierto vienen de tarde en tarde á sentarse á nuestra mesa, y no conocemos su naturaleza inmortal hasta el momento de su desaparición. Al remontarse en su trasfiguración, es cuando nos dicen como el ángel á Tobías. «Soy uno de los siete que están continuamente en la presencia del Señor.»

Esas divinidades desconocidas de los hombres durante su tránsito, no pasan desapercibidas para sus semejantes. ¿Qué necesidad tiene mi Shakespeare, dijo Milton, para sus veneradas cenizas de que el «trabajo de un siglo vaya amontonando piedras sobre ellas? ¿O será preciso que esas santas reliquias tengan que estar ocultas bajo una pirámide que llegue á las estrellas? Hijo querido de la memoria, grande heredero de la gloria, ¿qué te importa un tan débil testimonio de tu celebridad? ¿A ti que con admiración te hemos visto edificar un monumento de larga vida... Tal es la pompa que rodea tu sepulcro, que á trueque de participar de otro semejante los reyes «desearían morir.»

Miguel Angel, envidiando la suerte de Dante, exclamaba: «¡Que no sea yo como él!... Por su duro destierro con su virtud, daría yo todas las felicidades de la tierra.»

El Tasso celebró á Camoens cuando nadie apenas conocía su nombre y le sirvió de fama en tanto que la mensajera de las cien bocas acababa de tomarlo por su cuenta.

«Vasco... Camoens ha desplegado su glorioso vuelo á donde tus velas naves no han llegado todavía.»

¿Habrá nada mas admirable que esa sociedad de ilustres iguales, dándose á conocer entre sí por medio de signos, saludándose y hablando entre sí con un lenguaje no conocido de los demás hombres?

¿Pero qué pensaba Milton de las felices predicciones hechas á los Estuardos al través del terrible drama del *Príncipe de Dinamarca*? El apologeta del enjuiciamiento de Carlos I se hallaba en el caso de probar á su Shakespeare que se había engañado; podía decirle, sirviéndose de las palabras de *Hamlet*: *La Inglaterra no ha gastado aun los zapatos que llevaba al acompañar su cadáver*. La profecía no ha tenido cumplimiento: los Estuardos han desaparecido de *Hamlet* como el mundo.

JUZGUE MAL EN OTRO TIEMPO Á SHAKESPEARE.—
FALSOS ADMIRADORES DEL POETA.

En otro tiempo observé á Shakespeare con el teles-

cópio clásico: buen instrumento para distinguir los adornos de buen ó mal gusto, y los detalles perfectos ó imperfectos; pero no aplicable á la observación del conjunto, porque el foco del lente no puede fijarse mas que sobre un solo punto y no abarca toda la extensión de la superficie. Dante, que en la actualidad es para mí un objeto de la mas alta admiración, se me presentó también á la vista en la misma limitación de perspectiva. Quería yo encontrar una epopeya según las reglas, en una epopeya libre que encierra la historia de las ideas, de los conocimientos, de las creencias de los hombres y de los sucesos de toda una época; monumento parecido á esas catedrales que ostentan el sello del número de los tiempos antiguos, y cuya elegancia y variedad de detalles igualan la grandeza y magestad del conjunto.

La escuela clásica, al separar la vida de los autores del campo de sus obras, se priva por esta circunstancia de un poderoso medio de apreciación. El destierro de Dante da la clave de su ingenio. Al seguir al proscripito por los claustros donde *pedía paz*; al asistir á la composición de sus poemas, hechos por decirlo así, en la peregrinación á los diversos puntos de su destierro; al oírle exhalar el postrer suspiro sobre tierra extranjera, ¿quién no leerá con duplicado placer sus hermosas y melancólicas estrofas de los tres destinos del hombre después de la muerte?

Que Homero no haya existido; que en vez de un solo griego fuese toda la Grecia la que cantó la *Iliada*, sea enhorabuena; perdono á los críticos esa herejía poética; mas no por eso quiero perder un solo ápice de las aventuras de Homero. Sí, quiero que el poeta, quiero que Homero necesariamente haya jugado en su cuna con nueve tórtolas: su gorgojo infantil se pareciera á los trinos de nueve especies de aves. ¿Negareis esos hechos *indisputables*? ¿Cómo comprendereis en tal caso el cinturón de Venus? ¡Riamonos de anacronismos! En mi concepto la vida del padre de las fábulas fue trazada por Herodoto, padre de la historia. ¿Para qué pues habría yo ido á Scio y á Esmirna, no siendo para saludar la escuela y el río de Melisegenes, á despecho de Wolf, de Wold, de Ylgen, de Dugar-Montbel y de sus semejantes? De las tradiciones relativas al cantor de la *Odisea*, no rechazo sino la que hace un escritor holandés. Número de la Grecia, número de Homero, de Hesiodo, de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides, de Safo, de Simonides y de Alceo, seguid siempre engañándome, nunca dejaré de creer vuestras mentiras. Es tan cierto lo que decís, como que os he visto sentado en la cima del Hymeto, rodeado de abejas bajo el pórtico de un antiguo convento. Habiais, oh número de la Grecia, abrazado ya el cristianismo, mas no por eso habiais abandonado vuestra lira de oro, ni os faltaban las alas de color de cielo en que se reflejaban las ruinas de Atenas. Sin embargo, confesaremos que si en otro tiempo se quedaron muy atrás del romanticismo, ahora vamos pasando mas allá de sus límites: condición propia del carácter francés, que siempre anda saltando de lo blanco á lo negro como un peon del ajedrez. Lo peor es que nuestra admiración actual de Shakespeare estriba menos en las bellezas que en los defectos de aquel poeta.

¿Pensais que sus actuales adeptos se admiran de los apasionados rasgos de Julieta y Romeo? No se trata de eso. ¡Luego no habeis oído á Mercutio comparar á Romeo á un *arenque salado sin sus huevas*!

«Without his roe, like á dried herring.»

¿No habeis oído á Pedro decir á los músicos: «No os traeré corcheas: de ti haré un ré; de ti un fa; notadme bien.»

«I'll whill carry no chotchets; J' ill re you J' ill fa you; do you no teme.»

Pobres hombres que no comprendéis todo lo que hay de maravilloso en ese diálogo. La naturaleza pa-

rece haber sido sorprendida en el acto! ¡qué sencillez! ¡qué soltura! ¡qué contraste tan vivo! ¡qué enlace de todos los tonos, de todas las escenas y de todas las categorías de la sociedad!

En tanto, yo te supongo, oh Shakespeare, vuelto á la vida y me divierto al ver la cólera que tus falsos adoradores te despiertan en el pecho. Mucho te indignarías del culto que se tributa en nuestros días á trivialidades de que serías el primero en avergonzarte; y que mas bien que á tí deben atribuirse á tu siglo, y declararías como incapaces de comprender tus bellezas á los que así pueden apasionarse de tus defectos, y sobre todo á los que son capaces de imitarlos á sangre fría en medio de las costumbres modernas.

OPINION DE VOLTAIRE ACERCA DE SHAKESPEARE.—OPINION DE LOS INGLESES.

Por Voltaire fue dado Shakespeare á conocer en Francia. El juicio que por de pronto emitió acerca del trágico inglés, como todos los primeros de aquel crítico está lleno de templanza, de gusto y de imparcialidad. En 1730, escribió á lord Bolingbroke diciendo:

«¡Con qué placer he visto en Londres representar vuestra tragedia de *Julio César*, que desde hace ciento cincuenta años constituyen las delicias de vuestra nación!»

En otra parte se expresó en estos términos:

«Shakespeare creó el teatro inglés. Su número era vigoroso, natural, sublime, pero carecía absolutamente de gusto y no tenía el menor conocimiento de las reglas. Voy á deciros una cosa aventurada, pero cierta; y es que el mérito de ese autor ha causado la perdición del teatro inglés. Hay escenas tan hermosas, pasajes tan grandes y terribles en aquellas monstruosas farsas que llaman *tragedias*, que su representación ha sido siempre vista con mucho placer por parte del público.»

Tales fueron las primeras opiniones de Voltaire acerca de Shakespeare, mas cuando vió que había empeñado en que aquel ingenio pasase por un modelo de perfección, cuando no se avergonzaron de sobreponerle á las obras maestras del teatro griego y francés, entonces el autor de la *Merope* (Voltaire), comprendió el peligro. Vió que ponderando las bellezas había seducido á unos hombres que no tenían suficiente capacidad para separarlas de los defectos: quiso retroceder y para verificarlo no halló otro camino que el derribar el ídolo que él mismo había contribuido á levantar. Ya era tarde: en vano se arrepintió de haber abierto la puerta á la medianía, de haber divinizado á un salvaje ebrio, y de haber colocado al monstruo en el altar.

¿Seremos en este particular mas preocupados que los mismos compatriotas del trágico inglés? Siendo estos por lo tocante á la teoría admiradores sin reserva de Shakespeare, su celo en la práctica es mucho mas limitado. ¿Por qué no representan por completo la obra del admirado poeta? ¿Por qué audacia han mutilado, truncado, alterado y traspuesto escenas del *Hamlet*, del *Macbeth*, del *Otelo*, del *Mercader de Venecia*, del *Ricardo III*, etc.? ¿Por qué tales sacrilegios han sido cometidos por los hombres mas ilustrados de los tres reinos unidos? Dryden aseguró que el lenguaje de Shakespeare estaba fuera de uso, al paso que se empleó con Daenant en reedificar, si así puede decirse, las obras de aquel ingenio. Shaftesbury, refiriéndose al mismo poeta trágico, dijo que su estilo era grosero y bárbaro, y su giro y sus espíritus muy distantes del gusto moderno. Pope hace la observación de que Shakespeare no escribió sino para el populacho, sin cuidarse de complacer á las personas de mejor condición y que ofreció á la crítica el asunto mas agradable y mas repugnante. Tata se apropió el personaje del *Rey Lear*, cuando ya estaba tan olvi-

dado que nadie echó de ver el plagio. Rowe en su vida de Shakespeare no se muestra tampoco muy parco de blasfemias. Sherlock se atrevió á decir que en Shakespeare *nada hay mediano*; que todo cuanto escribió es detestable ó escelente, que nunca se sujetó á un plan, ni llegó á concebirlo; pero que con frecuencia supo presentar muy bien una escena. Lansdowne llevó su impiedad al extremo de refundir el *Mercader de Venecia*. Evitemos cuanto nos sea posible el caer en esas inocentes equivocaciones; cuando nos estabamos al ver una escena de desenlace de Romeo y Julieta, no podemos menos de confesarnos ardientemente apasionados de Shakespeare, y saludamos entusiastamente á Garrick, confundiendo como el joven Diafoirus, personas, obsequios y cumplimientos.

«Señora, muy justo ha andado el cielo en conceder el nombre de abuela. — Caballero, reparad que no habláis con mi mujer sino con mi hija. — ¿Dónde está pues? — No tardará en venir. — Padre mío, ¿podré esperarla?»

Oigamos á Johnson, al grande admirador de Shakespeare, al restaurador de su gloria: «Shakespeare con sus buenas cualidades, tiene defectos capaces de oscurecer y desfigurar cualquiera otro mérito que no fuera el suyo... Los arrebatos de la pasión cuando en fuerza de las situaciones brotan espontáneamente de su ingenio, están retratados energicamente; pero cuando el poeta se afana por inventarlos, cuando pone en tortura sus facultades, no da por resultados de tan laborioso parto mas que hinchazón, bajeza, fastidio y oscuridad: (*tumour meannes, tediousness and obscurity.*) En la narración afecta una pompa que no está en armonía con el lenguaje... Ciertamente es que tiene escenas cuyo indudable mérito está sostenido hasta el fin; mas entre todas sus piezas tal vez no hay una que siendo hoy representada como obra de un contemporáneo, pudiera ser oída hasta su fin.»

¿Seremos mejores jueces de un autor inglés que el célebre crítico Johnson? Sin embargo, si ahora nos atreviésemos á manifestar en Francia una opinión tan dura ¿no sería de temer que nos lapidaran? ¿Tendrá razón el maligno Aristarco al suponer que algunos entusiastas alaban hasta las deformidades de Shakespeare por hacer al mismo tiempo elogio de las que ellos padecen?

Recordando lo dicho acerca de los cambios sobrevenidos en el idioma escrito y oral de Inglaterra, y de las dos épocas en que el normando y el italiano lo invadieron, se podrá formar una idea del Esquilo británico. En sus obras se encuentra una mezcla de los asuntos y estilos favoritos del Norte y del Mediodía. En los asuntos tomados de Italia, Shakespeare ingiere la naturalidad de las naciones escandinavas y caledonias, y en los que saca de las crónicas septentrionales introduce la afectación de estilo de los pueblos transalpinos, pasando de la balada escocesa á la novela, Italia nada presenta original mas que su ingenio; ese don del cielo era bastante bello para contentarle.

LOS DEFECTOS DE SHAKESPEARE SON PROPIOS DE SU SIGLO.—LENGUAJE DE SHAKESPEARE.—LENGUAJE DE DANTE.

Mas si no es razonable presentar por modelo en las obras de Shakespeare, lo que se reprueba en los demás monumentos de la misma época, tambien sería injusto el atribuir solo á ese poeta las faltas de gusto y de lenguaje á que estaba sujeto aquel tiempo.

Un orador de la cámara baja comparó á Enrique VIII con Salomón, por la justicia y por la prudencia, con Sansón, por la fuerza y el valor, y con Absalón por la gracia y la hermosura. Otro orador de la misma cámara, dirigiéndose á la reina Isabel, dijo que

entre los grandes legisladores no habian figurado hasta entonces mas que tres mujeres: la reina Palentina antes del diluvio, la reina Ceres despues de aquel suceso, la reina Maria, madre del rey Estilicio, y la reina Isabel que seria la cuarta. Jacobo I se espresó como trágico al decir á su parlamento: «Soy el esposo y la Gran Bretaña es mi esposa legítima; soy la cabeza, ella es el cuerpo. Siendo la Inglaterra y la Escocia dos reinos en una misma isla, no puedo como príncipe cristiano incurrir en el crimen de bigamia.»

El bello estilo á mediados del siglo XVI, era un tejido de sutilezas y escolasticismo, bordado de sentencias, de retruécanos y de *concetti* italianos. Isabel habria podido dar á su poeta lecciones de retórica; hablaba latin, componia epigramas en griego y traducía tragedias de Sófocles y discursos de Demóstenes. En su corte galante, ampulosa, exagerada, pesada y reformadora, era de muy buen tono el mezclar palabras francesas en las locuciones inglesas, y articular de un modo que el sonido dejara alguna duda para producir un equivoco en las palabras.

En Francia dominaba la misma afectación. Ronsard es á su modo una especie de Shakespeare, no por su ingenio, sino por el neologismo griego y por el violento giro de sus frases. Las Memorias, muy interesantes bajo cierto aspecto, de la instruida Margarita ó Margot de Valois, afectan una metafísica sentimental á cuya sombra no se ocultan del todo ciertas sensaciones muy físicas. Medio siglo antes la hermana de Francisco I habia escrito *cuentos* en los cuales se echa de menos la naturalidad de los del Boccaccio. La *Guisada* de Pedro Mateo, tragedia clásica con coros sobre un asunto nacional, reprodujo la fraseología de Shakespeare. En uno de sus pasajes de Espéron, exclama:

«Venid, compañeros míos, monstruos abominables, lanzad sobre Blois el horror de vuestras espantosas facciones. Armaos de horquillas en vez de manos; de dardos abrasadores en vez de ojos; de un cañón de grueso calibre en vez de boca, y de serpientes en vez de cabellos. Truéquese Blois en un infierno; colmado de vuestras angustias, de vuestras ruedas, de vuestras horcas, de vuestros látigos y de vuestras penas.»

Coligny en la tragedia de su nombre habla de este modo:

«¡Oh manes que aumentais la oscuridad de los implacables infiernos! ¡Oh mis queridos compañeros! ¡Ah! ¡qué avergonzado estoy de que un niño haya sembrado mi espantosa audacia! ¡Qué me resta, miserable, para avergonzar mi raza, mas que apretarme alto el cuello con el villano cabestro de mis crueles manos!»

Aquí conviene hacer una observación acerca de dos hombres que las imaginaciones vagas y sistemáticas de nuestros dias confunden con tanta frecuencia como poco acierto, involucrando las épocas, las posiciones, las superididades y los recuerdos.

No sucedió lo mismo con Shakespeare que con Dante: el trágico inglés encontró un idioma que si bien es cierto que no habia llegado á su complemento, habia recorrido las tres cuartas partes del camino, siendo empleado por hombres de gran talento y poetas célebres como Bacon y Tomás Moro, Surrey y Spenser. Este idioma se habia convertido en una especie de salvaje ridículamente ataviado, lleno de afectación, y envanecido con sus modales extranjeros. ¿Puede nadie figurarse lo que Shakespeare padecería cuando en medio de un brillante pensamiento se veía obligado á introducir en medio de su frase inspirada alguna palabra de las usadas en Ultramar como: *¡bueno!*, *¡pretesto!* ó otras equivalentes? ¿No podría en tal caso ser comparado á un coloso que viéndose en la necesidad de meter sus enormes pies en unos diminutos zuecos chinoscos, andaría trope-

zando hasta que lleno de indignación rompiera aquellas trabas como el león que rugiendo desgarró la cadena?

Dante, que apareció dos siglos y medio antes que el trágico inglés, nada encontró al llegar al mundo. La sociedad latina al espirar habia dejado un idioma hermoso ciertamente, pero ya inútil al uso comun, porque no espresaba el carácter, las ideas, las costumbres, ni las exigencias de la nueva vida. La necesidad de entenderse habia dado origen á un idioma vulgar que se usaba en ambos lados de los Alpes del Mediodía y en las dos vertientes de los Pirineos Orientales. Dante adoptó ese idioma bastardo del romano, que los sabios y los hombres de poder se desdaban de reconocer; el poeta lo encontró que andaba vagando por las calles de Florencia, alimentado á la casualidad por un pueblo republicano en toda la estension de la rudeza plebea y democrática. Comunicó al hijo de su elección su vigor, su sencillez, su independencia, su nobleza, su tristeza, su santa sublimidad y su varonil gallardía. El poeta creó de la nada la palabra de su espíritu; dió sér al verbo de su ingenio, y se construyó él mismo la lira que habia de producir tan mágicos sonidos, del mismo modo que aquellos astrónomos que inventaron los instrumentos con los cuales habian de medir la estension de los cielos. El *Italiano* y la *Divina Comedia*, brotaron á un mismo tiempo de su cerebro: de una sola vez regaló aquel ilustre desterrado un idioma admirable y un poema inmortal al género humano.

ESTADO MATERIAL DEL TEATRO EN INGLATERRA EN EL SIGLO XVI.

En tiempos de Shakespeare todavía estaba confiada á muchachos la ejecución de todos los papeles de mujer; los actores no se distinguían del público mas que por las plumas con que adornaban el sombrero, y por los lazos de cintas que traían en los zapatos. Con frecuencia el patio de una posada servía de local para la representación de una comedia: en tal caso las ventanas de las habitaciones se trasformaban en palcos. En Londres para la representación de una tragedia se colgaba de negro el salon, como la nave de una iglesia para los funerales.

Shakespeare recuerda, burlándose en el *Sueño de una noche de verano*, los medios de ilusión de que entonces disponía el teatro, un hombre embandonado de yeso figuraba la pared interpuesta entre Piramo y Tisbe, y las grietas que en ella debia haber, estaban representadas por la separación de los dedos de aquel hombre. Una comparsa con su linterna, un matorral y un perro figuraban la luna. La escena sin variar de decoración se suponía tan pronto en un jardín lleno de flores, tan pronto en una roca contra la cual se estrechaba una nave, como en un campo de batalla donde cuatro matachines figuraban los ejércitos combatientes. Por todo aparato escénico se encuentra en el inventario de una compañía de cómicos un dragon, una rueda para el sitio de Londres, un gran caballo con piernas, miembros de moros, cuatro cabezas de turcos y una boca de hierro, á cuyo cargo estaria tal vez la pronunciación de los acentos mas dulces y sublimes del poeta. Tambien tenían *pieles postizas* para el uso de los personajes que se suponía tener que ser desollados en la escena, como el juez prevaricador en *Cambyzes*.

Por lo demás la verdad del teatro y la exactitud del trage son mucho menos necesarias al arte que lo que generalmente se supone. Nada debió el ingenio de Racine á la forma del vestido, y puede advertirse que en las obras maestras de Rafael los fondos están descuidados, y los trages son inexactos. Los furios de Orestes ó la profecía de Joad, leídos en un salon por Talma, vestido de frac, producían el mismo efecto

que declamados en la escena por Talma cubierto con el manto griego ó la túnica hebrea. Ifigenia estaba vestida como Mad. de Sevigné cuando mereció aplausos por parte de Boileau en los hermosos versos que dirigió á su amigo.

Esa exactitud en la representación de la cosa inanimada, es el espíritu de la literatura y de las artes de nuestro tiempo, y anuncia la decadencia de la alta poesía y del verdadero drama: preciso es contentarse con bellezas de segundo orden cuando no es posible aspirar á las mas sublimes: se procura engañar la vista imitando cortinajes de terciopelo cuando la fisonomía del hombre que aparece entre ellos no puede remedar á lo vivo las pasiones que está encargado de representar. Una vez descendido á esa verdad de la forma material, forzoso es reproducirla, pues el público, tambien materializado, lo exige así.

En la época de Shakespeare los *gentlemen* (los hidalgos), concurrían al teatro sentándose en el pavimento ó bien en un taburete cuyo alquiler pagaban. Los concurrentes al patio, siempre en pie y apretados, se agitaban como en una cavidad tenebrosa y llena de polvo. Estos y los *gentlemen* venían á ser como dos campos hostiles; los del patio recibían á los segundos con silbidos, con toda clase de gestos insultantes, y gritando: *¡fuera tontos!* Sus enemigos contestaban á esta grosera provocación dirigiéndoles los epítetos de *stinkards*, y animales. Los *stinkards* comían manzanas y bebían cerveza; los *gentlemen* jugaban á los naipes y aspiraban el humo del tabaco, que entonces acababa de introducirse en Europa. El buen tono consistía en rasgar los naipes como si acabara de sufrir una gran pérdida, en arrojar coléricamente los pedazos al escenario, hablar alto, reír estrepitosamente, y volver la espalda á los actores. Así fueron acogidas y respetadas en su aparición las tragedias del gran maestro; *John Bull* tiraba en aquella época los desperdicios de la fruta que comía á la divinidad cuya imagen incienso en los momentos presentes. El insulto de la fortuna convirtió á Moliere y á Shakespeare en cómicos para dar derecho á que por dos óbolos pudiera el mas miserable de la sociedad ultrajar á un mismo tiempo las obras maestras y los dos hombres eminentes que las habian compuesto.

Shakespeare reprodujo el arte dramático; Moliere lo elevó á su perfección; semejantes á dos filósofos del mundo antiguo, se repartieron entre si el imperio de las risas y del llanto, y ambos tal vez se consolaron de los desdenes de la fortuna, pintando el uno las travessuras, y el otro las miserias del hombre.

CARÁCTER DEL NÚMEN DE SHAKESPEARE.

Tambien es digno de admiración Shakespeare, atendiendo al número de obstáculos que tuvo que vencer. Nunca se vió un espíritu mas amante de la verdad tener que valerse de un idioma menos exacto. Afortunadamente su ignorancia le libró acaso del contagio de su siglo. Toda la erudición del trágico inglés se componía de cantos populares, de extractos de la historia de Inglaterra tomados del *Espejo de magistrados* de lord Buckhurst, de novelas francesas de Belleforest, de traducciones de poetas, y de novelistas de Italia.

Ben Johnson, rival, admirador y detractor de Shakespeare, era por el contrario un hombre muy instruido. Los cincuenta y dos comentadores del autor trágico, han investigado minuciosamente las traducciones de los autores antiguos que entonces podían existir. No figuran como piezas dramáticas en el catálogo que de ellas han formado, mas que una *Locasta*, sacada de las *Fenicias* de Eurípides, la *Andria* y el *Eunuco* de Terencio, los *Menecmas* de Plauto, y las tragedias de Séneca. Es probable que Shakespeare no llegó á tener conocimiento de esas traducciones,

pues no tomó el fondo de sus piezas de los originales traducidos al inglés, sino de algunas imitaciones inglesas de aquellos originales: ahí se ve que no tomó los personajes de Romeo y Julieta de la historia ni de Girolamo de la Corte, ni de la novela de Bandello, sino de un poemita inglés titulado *Trágica historia de Romeo y Julieta*. Otro tanto puede decirse del Hamlet, que tampoco le fue posible tomarlo inmediatamente de *Saxo Grammaticus*.

La reforma, desvaneciendo en tiempo de Enrique VIII el prestigio de los *Milagros* y los *Misterios*, apresuró el renacimiento del teatro fuera del círculo de las creencias religiosas; y si la antigüedad griega no se hubiese encontrado con Shakespeare que no la dejaba pasar, el clasicismo no se habría apoderado de la literatura inglesa un siglo antes de su triunfo en Francia.

En concepto de Samuel Johnson, y de los ingleses en general Shakespeare estaba dotado mas bien del númer cómico que del trágico; observa aquel crítico que en las escenas mas patéticas, el poeta propende a la risa, en tanto que en las cómicas nunca se le presenta un pensamiento serio. Si á los franceses les cuesta trabajo el comprender la *vis cómica* de Falstaff mientras comprenden perfectamente el dolor de Desdemona, consiste en que los pueblos tienen distintos modos de reír y uno solo de llorar.

Los poetas trágicos se sienten alguna vez poseídos del estro cómico, pero los dominados exclusivamente de éste, rara vez se elevan á la altura trágica; puede por lo tanto decirse que en el genio de Melpomene hay algo de mas vasto que en el espíritu de Talia. Cualquiera que retrata la parte del hombre que padece, puede también retratar la parte que ríe, pues el que sabe copiar lo mas, puede copiar lo menos. Mas por el contrario, el pintor que únicamente se dedica á los asuntos festivos puede dejar escapar los detalles severos, porque la facultad de distinguir los objetos pequeños supone casi siempre la imposibilidad de abarcar los grandes. Un solo poeta cómico, Moliere, marcha al par de Sófocles y Corneille; mas, cosa digna de notarse! el espíritu cómico del *Tartufe* y del *Misántropo*, por su estremada profundidad, y, sea lícito decirlo, por su *tristeza*, se acerca mucho á la gravedad trágica.

Hay dos modos de hacer reír: uno consiste en presentar por de pronto los defectos y en seguida poner de relieve las cualidades, con lo cual se consigue algunas veces escitar la ternura; el otro modo se funda en dar por de pronto alabanzas, y luego en lanzar tanto ridículo sobre la persona alabada que por último se consigue disipar el aprecio que se había concebido en favor de los nobles talentos, ó de las altas virtudes.—Esa fuerza cómica es el *nihil mirari*, que todo lo mancilla.

El carácter dominante del fundador del teatro inglés se compone de la nacionalidad, de la elocuencia, de las observaciones, de los pensamientos y de las máximas deducidas del conocimiento del corazón humano y aplicadas á las diversas condiciones del hombre: se forma especialmente de la abundancia de vida. En una ocasión se comparaba el talento de Rafael con el Apolo de Belvedere, y el talento de Shakespeare con la estatua ecuestre de Felipe IV en la catedral de París: «Sea así, replicó Diderot, ¿pero qué diríais si esa estatua de madera calando la visera, sacudiendo sus mangas y agitando la espada se pusiese á cabalgar en la catedral?» Efectivamente el poeta de Albion está dotado de una fuerza tan creadora que comunica vida hasta á los seres inanimados: decoraciones, pavimento del escenario, rama de árbol, tallo de humilde yerba, huesos, todo habla: la magia de su toque parece que da vida á la misma muerte.

Shakespeare hizo mucho uso de los contrastes, y se complació en mezclar con las pompas fúnebres y

gritos de dolor, diversiones y exclamaciones de alegría. Los músicos invitados á las bodas de Julieta llegan precisamente á tiempo de acompañar su féretro; por otra parte los indiferentes que asisten al luto de una familia se entregan á indecentes pasatiempos, y se entretienen con las cosas mas estrañas á la catástrofe: ¿quién entre el negro vapor de ese cuadro no ve la dolorosa imagen de la vida? ¿quién no ha sido testigo de alguna de esas escenas? Tales efectos no fueron desconocidos de los griegos. En Eurípides se encuentran vestigios de esas vulgaridades que Shakespeare introduce en el mas elevado tono trágico. Fedra acaba de espirar; el coro no sabe si ha de entrar en la cámara de la reina.

PRIMER MEDIO CORO. Compañeros, ¿qué haremos? ¿Entraremos en palacio para ayudar á soltar á la reina de sus lazos apretados?

SEGUNDO MEDIO CORO. Eso es cosa que pertenece á los esclavos. ¿Por qué no han de estar aquí los esclavos? Cuando uno toma á su cargo muchos asuntos, no hay seguridad en la vida.

En Alceste, la muerte y Alceste se dicen mutuamente chanzas. La Muerte quiere apoderarse de Alceste mientras es joven porque no le gustan presas arrugadas. Semajantes contrastes están cerca de lo terrible, mas hay que advertir que un solo toque mas fuerte ó mas ligero en la espresion puede hacerlos rastreros ó ridículos.

EL MODO DE COMPOSER DE SHAKESPEARE HA CORROMPIDO EL GUSTO.—EL ESCRIBIR ES UN ARTE.

Shakespeare representa á un mismo tiempo y bajo un mismo punto de vista la tragedia en lo interior del palacio, y la comedia en el atrio; no pinta una clase particular de individuos; confunde como en la realidad del mundo, el rey con el esclavo, el patricio con el plebeyo, el guerrero con el labrador, y el hombre ilustre con el hombre oscuro; no distingue de géneros; no separa lo noble de lo ignoble; lo serio de lo jocoso; lo triste de lo alegre; la risa de las lágrimas; la alegría del dolor, ni el bien del mal. Pone en movimiento la sociedad entera, y desarrolla de una vez toda la vida de un hombre. En concepto del poeta nuestra existencia no está encerrada en un solo día, de manera que haya unidad desde la cuna al sepulcro; cuando coge en sus manos, permitásenos la espresion, una cabeza joven, si no la trunca de un golpe, no la presentará sino después de haber encanecido; el tiempo le ha entregado sus poderes.

Pero esta universalidad del trágico inglés ha contribuido por la autoridad del ejemplo y el abuso de la imitación, á corromper el arte, estableciendo el error en que desgraciadamente se funda la nueva escuela dramática. Si para llegar á la altura del arte trágico basta amontonar escenas disparatadas sin consecuencia y sin analogía, amalgamar lo burlesco y lo patético, colocar el aguador al lado del monarca, y la verdulera al lado de la reina; ¿quién no podrá razonablemente jactarse de poder rivalizar con los mas insignes maestros? Cualquiera que se proponga tomarse la molestia de describir todos los incidentes que le ocurran en un día, su conversacion con los hombres de distintas categorías, los objetos variados que se han presentado á su vista, el baile y el funeral, el festin del rico y la miseria del pobre; cualquiera que escriba su diario de hora en hora, compondrá un drama á la manera del poeta inglés.

Convenzámonos de que el escribir es un arte; que este arte tiene géneros, y cada género sus reglas particulares. El género y las reglas no son arbitrarias; son producto de la misma naturaleza. El arte no hace mas que separar lo que la naturaleza ha confundido, escoger los rasgos mas hermosos, pero sin separarse

nunca de la semejanza del modelo. La perfección no destruye la verdad. Racine, en toda la escelencia de su arte es mas natural que Shakespeare, así como el Apolo en toda su divinidad tiene formas mas humanas que un coloso egipcio.

La libertad de decir todo y representar todo, el tumulto de la escena y la multitud de personajes imponen, pero en el fondo tienen muy poco valor; no son mas que libertades y juegos de niños. Nada hay mas fácil que cautivar la atención y distraer por medio de un cuento: en este particular apenas hay muchacha que no pueda dar lecciones á los mas hábiles. ¿Habrá quien crea que Racine no habria podido poner en accion las cosas de que su buen gusto se desdénó de hablar? En *Fedra* la mujer de Teseo hubiera atentado á la vista del público contra el pudor de Hipólito; en vez de aquella magnífica narracion de Teramene, el público habria visto los caballos de Francini y un terrible monstruo de cartón: en *Británico*, Neron, por medio de cualquiera estratagemas de bastidores habria cometido públicamente la violacion de Junia; en *Bayacelo* se habria visto el combate de este hermano del sulan con los eunucos, y así en las demás tragedias. Racine no eliminó de sus obras maestras sino lo que cualquiera ingenio vulgar habria podido introducir en ellas. El drama mas infimo puede hacer llorar mil veces mas que la tragedia mas sublime. Pero las verdaderas lágrimas, las que arranca una hermosa poesía, son aquellas que corren al mágico sonido de la lira de Orfeo, y con las cuales va mezclada tanta admiracion como dolor. Los antiguos daban un rostro hermoso á las Furias porque hay una belleza moral hasta en los remordimientos.

Ese amor de lo feo que domina en nuestra época, ese horror de lo ideal, esa pasión por los personajes disformes, esa ternura hacia las arrugas, escresencias, escaras y formas triviales, asquerosas y repugnantes, son hijas de la depravacion del ánimo, y están muy lejos de habernos sido dadas por esa naturaleza de que tanto se habla. Aun cuando amamos cierto grado de fealdad es porque creemos encontrar en ella cierto grado de belleza. En el orden natural siempre damos la preferencia á una mujer hermosa mas bien que á una fea, á una rosa mas bien que á un cardo, á la bahía de Nápoles mas bien que á la llanura de Montrouge, y al Partenon mas bien que á una pocilga. Otro tanto sucede respecto de lo simbólico y moral. ¿Fuera! pues esa escuela *animalizada* y materialista que nos conduciría á preferir en la representacion del objeto nuestro, modelado con todos sus defectos por una máquina, á nuestro retrato producido por el pincel de Rafael.

No se entienda que trato de quitar á los tiempos y á las revoluciones esos cambios violentos que causan en las opiniones literarias así como en las políticas; pero compréndase que tales cambios no justifican la corrupcion del gusto, no hacen mas que presentar una de las causas. Es natural que al variar las costumbres se produzca también variacion en nuestras penas y placeres.

El silencio interior dominó en la monarquía absoluta bajo el poder de Luis XIV y la somnolencia de Luis XV: careciendo de emociones en lo interior, los poetas las iban á buscar fuera del reino y las tomaban de las catástrofes de Roma y de Grecia para hacer llorar con ellas á una sociedad que tenia la desgracia de carecer de asuntos que la hicieran reír. A esa sociedad tan poco acostumbrada á los sucesos trágicos no convenia presentarle escenas ficticias de carácter demasiado sangriento: tales horrores la habrían asustado, aun cuando hubiesen tenido tres mil años de fecha, y aun cuando hubiesen sido consagrados por el número de Sófocles.

Mas ahora que el pueblo no estando ya separado de la accion social ha tomado parte en la direccion de

la cosa pública como el coro en la tragedia griega: ahora que desde cuarenta años atrás nos venimos ocupando de espectáculos terribles y reales, preciso es que el teatro participe también del movimiento comunicado á la sociedad. La tragedia clásica con sus unidades y sus decoraciones inmóviles, parece y debe parecer fría; de esta manera se explica, sin escusarla como ha introducido en la escena moderna, el *fac-simile* de todos los crímenes, la aparicion de las horcas y los verdugos, la presencia de los asesinos, violaciones é incestos y la fantasmagoría de los cementerios, de los subterráneos, y de los antiguos castillos.

No hay un actor para representar la tragedia clásica, así como tampoco hay un público á quien le pueda gustar, ni sea capaz de comprenderla ni juzgarla. El orden, lo verdadero y lo bello no son conocidos, ni comprendidos ni apreciados. Nuestro espíritu está ya tan gastado por esa apatía, y ese descaro del siglo; que aunque fuera posible volver á animar la encantadora sociedad de las La-Fayette, ó de las Sevigné, ó la de los Geoffrin y los filósofos, nos parecerían insípidas. Antes y después de la civilizacion, cuando aun no ha llegado, ó ha pasado ya el gusto de los goces intelectuales, se solicita la representacion de los objetos materiales: los pueblos dan principio á su existencia y la concluyen con gladiadores y con titeres; los niños y los viejos son parecidos en lo pueril y en lo cruel.

CITAS DE SHAKESPEARE.

Si tuviera que elegir entre las hermosas obras de Shakespeare, me vería muy dudoso entre *Macbeth*, *Ricardo III*, *Romeo y Julieta*, *Otelo*, *Julio César* y *Hamlet*. No es decir que yo aprecie en mucho en la última pieza el monólogo tan celebrado, no sin particular motivo, por la escuela volteriana, pues al reflexionar sobre su mérito no puedo abstenerme de preguntar ¿cómo el muy filósofo príncipe de Dinamarca podía tener dudas acerca de la otra vida? Después de haber hablado con la pobre sombra, *poor ghost* de su padre ¿no debía saber á qué atenerse sobre el particular?

Una de las escenas mas fuertes que se representan en el teatro es la de las tres reinas Margarita, Isabel y la duquesa en *Ricardo III*. Margarita trazando el cuadro de sus desgracias para exacerbar las miserias de su rival concluye diciendo. «Tú usurpas mi puesto» y [presumes] eximirte de la parte que te corresponde «de mis males! ¡Adios, mujer de Yock! ¡reina de las tristes contrariedades! ¡Farewell, York's wife! ¡and quen of sad mischance!» Eso es trágico; trágico en el mas alto grado.

No se que haya existido quien con mas profundidad que Shakespeare haya contemplado la naturaleza humana.

Tercera escena del cuarto acto de *Macbeth*.

MACDUFF, MALCOLM Y ROSSE.

MALDUFF. ¿Quién es ese que viene hacia nosotros? MALCOLM. Es un escocés y sin embargo no le conozco.

MAC. Primo, sed bien venido.

MAL. Ahora le conozco. Gran Dios, disipa los obstáculos, que nos hacen mirar como extranjeros los unos á los otros.

ROSSE. ¡Ojalá llegue á realizarse vuestro deseo!

MAC. ¿La Escocia continúa siempre siendo tan desgraciada?

ROS. ¡Ah! ¡Deplorable patria! Casi se asombra ya de conocer sus propios males. No le demos el nombre de madre; llamémosla tumba nuestra. Allí nadie sonríe no siendo el párvulo que ignora sus infortunios. Suspiros, lamentos, gritos, turban la quietud

pues no tomó el fondo de sus piezas de los originales traducidos al inglés, sino de algunas imitaciones inglesas de aquellos originales: ahí se ve que no tomó los personajes de Romeo y Julieta de la historia ni de Girolamo de la Corte, ni de la novela de Bandello, sino de un poemita inglés titulado *Trágica historia de Romeo y Julieta*. Otro tanto puede decirse del Hamlet, que tampoco le fue posible tomarlo inmediatamente de *Saxo Grammaticus*.

La reforma, desvaneciendo en tiempo de Enrique VIII el prestigio de los *Milagros* y los *Misterios*, apresuró el renacimiento del teatro fuera del círculo de las creencias religiosas; y si la antigüedad griega no se hubiese encontrado con Shakespeare que no la dejaba pasar, el clasicismo no se habría apoderado de la literatura inglesa un siglo antes de su triunfo en Francia.

En concepto de Samuel Johnson, y de los ingleses en general Shakespeare estaba dotado mas bien del númer cómico que del trágico; observa aquel crítico que en las escenas mas patéticas, el poeta propende a la risa, en tanto que en las cómicas nunca se le presenta un pensamiento serio. Si á los franceses les cuesta trabajo el comprender la *vis cómica* de Falstaff mientras comprenden perfectamente el dolor de Desdemona, consiste en que los pueblos tienen distintos modos de reír y uno solo de llorar.

Los poetas trágicos se sienten alguna vez poseídos del estro cómico, pero los dominados exclusivamente de éste, rara vez se elevan á la altura trágica; puede por lo tanto decirse que en el genio de Melpomene hay algo de mas vasto que en el espíritu de Talia. Cualquiera que retrata la parte del hombre que padece, puede también retratar la parte que ríe, pues el que sabe copiar lo mas, puede copiar lo menos. Mas por el contrario, el pintor que únicamente se dedica á los asuntos festivos puede dejar escapar los detalles severos, porque la facultad de distinguir los objetos pequeños supone casi siempre la imposibilidad de abarcar los grandes. Un solo poeta cómico, Moliere, marcha al par de Sófocles y Corneille mas, cosa digna de notarse! el espíritu cómico del *Tartufe* y del *Misántropo*, por su estremada profundidad, y, sea lícito decirlo, por su *tristeza*, se acerca mucho á la gravedad trágica.

Hay dos modos de hacer reír: uno consiste en presentar por de pronto los defectos y en seguida poner de relieve las cualidades, con lo cual se consigue algunas veces escitar la ternura; el otro modo se funda en dar por de pronto alabanzas, y luego en lanzar tanto ridículo sobre la persona alabada que por último se consigue disipar el aprecio que se había concebido en favor de los nobles talentos, ó de las altas virtudes.—Esa fuerza cómica es el *nihil mirari*, que todo lo mancilla.

El carácter dominante del fundador del teatro inglés se compone de la nacionalidad, de la elocuencia, de las observaciones, de los pensamientos y de las máximas deducidas del conocimiento del corazón humano y aplicadas á las diversas condiciones del hombre: se forma especialmente de la abundancia de vida. En una ocasión se comparaba el talento de Rafael con el Apolo de Belvedere, y el talento de Shakespeare con la estatua ecuestre de Felipe IV en la catedral de París: «Sea así, replicó Diderot, ¿pero qué diríais si esa estatua de madera calando la visera, sacudiendo sus mangas y agitando la espada se pusiese á cabalgar en la catedral?» Efectivamente el poeta de Albion está dotado de una fuerza tan creadora que comunica vida hasta á los seres inanimados: decoraciones, pavimento del escenario, rama de árbol, tallo de humilde yerba, huesos, todo habla: la magia de su toque parece que da vida á la misma muerte.

Shakespeare hizo mucho uso de los contrastes, y se complació en mezclar con las pompas fúnebres y

gritos de dolor, diversiones y exclamaciones de alegría. Los músicos invitados á las bodas de Julieta llegan precisamente á tiempo de acompañar su féretro; por otra parte los indiferentes que asisten al luto de una familia se entregan á indecentes pasatiempos, y se entretienen con las cosas mas estrañas á la catástrofe: ¿quién entre el negro vapor de ese cuadro no ve la dolorosa imagen de la vida? ¿quién no ha sido testigo de alguna de esas escenas? Tales efectos no fueron desconocidos de los griegos. En Eurípides se encuentran vestigios de esas vulgaridades que Shakespeare introduce en el mas elevado tono trágico. Fedra acaba de espirar; el coro no sabe si ha de entrar en la cámara de la reina.

PRIMER MEDIO CORO. Compañeros, ¿qué haremos? ¿Entraremos en palacio para ayudar á soltar á la reina de sus lazos apretados?

SEGUNDO MEDIO CORO. Eso es cosa que pertenece á los esclavos. ¿Por qué no han de estar aquí los esclavos? Cuando uno toma á su cargo muchos asuntos, no hay seguridad en la vida.

En Alceste, la muerte y Alceste se dicen mutuamente chanzas. La Muerte quiere apoderarse de Alceste mientras es joven porque no le gustan presas arrugadas. Semerantes contrastes están cerca de lo terrible, mas hay que advertir que un solo toque mas fuerte ó mas ligero en la espresion puede hacerlos rastreros ó ridículos.

EL MODO DE COMPOSER DE SHAKESPEARE HA CORROMPIDO EL GUSTO.—EL ESCRIBIR ES UN ARTE.

Shakespeare representa á un mismo tiempo y bajo un mismo punto de vista la tragedia en lo interior del palacio, y la comedia en el atrio; no pinta una clase particular de individuos; confunde como en la realidad del mundo, el rey con el esclavo, el patricio con el plebeyo, el guerrero con el labrador, y el hombre ilustre con el hombre oscuro; no distingue de géneros; no separa lo noble de lo ignoble; lo serio de lo jocoso; lo triste de lo alegre; la risa de las lágrimas; la alegría del dolor, ni el bien del mal. Pone en movimiento la sociedad entera, y desarrolla de una vez toda la vida de un hombre. En concepto del poeta nuestra existencia no está encerrada en un solo día, de manera que haya unidad desde la cuna al sepulcro; cuando coge en sus manos, permitásenos la espresion, una cabeza joven, si no la trunca de un golpe, no la presentará sino después de haber enancado; el tiempo le ha entregado sus poderes.

Pero esta universalidad del trágico inglés ha contribuido por la autoridad del ejemplo y el abuso de la imitación, á corromper el arte, estableciendo el error en que desgraciadamente se funda la nueva escuela dramática. Si para llegar á la altura del arte trágico basta amontonar escenas disparatadas sin consecuencia y sin analogía, amalgamar lo burlesco y lo patético, colocar el aguador al lado del monarca, y la verdulera al lado de la reina; ¿quién no podrá razonablemente jactarse de poder rivalizar con los mas insignes maestros? Cualquiera que se proponga tomarse la molestia de describir todos los incidentes que le ocurran en un día, su conversacion con los hombres de distintas categorías, los objetos variados que se han presentado á su vista, el baile y el funeral, el festin del rico y la miseria del pobre; cualquiera que escriba su diario de hora en hora, compondrá un drama á la manera del poeta inglés.

Convencámonos de que el escribir es un arte; que este arte tiene géneros, y cada género sus reglas particulares. El género y las reglas no son arbitrarias; son producto de la misma naturaleza. El arte no hace mas que separar lo que la naturaleza ha confundido, escoger los rasgos mas hermosos, pero sin separarse

nunca de la semejanza del modelo. La perfección no destruye la verdad. Racine, en toda la escelencia de su arte es mas natural que Shakespeare, así como el Apolo en toda su divinidad tiene formas mas humanas que un coloso egipcio.

La libertad de decir todo y representar todo, el tumulto de la escena y la multitud de personajes imponen, pero en el fondo tienen muy poco valor; no son mas que libertades y juegos de niños. Nada hay mas fácil que cautivar la atención y distraer por medio de un cuento: en este particular apenas hay muchacha que no pueda dar lecciones á los mas hábiles. ¿Habrá quien crea que Racine no habria podido poner en accion las cosas de que su buen gusto se desdénó de hablar? En *Fedra* la mujer de Teseo hubiera atentado á la vista del público contra el pudor de Hipólito; en vez de aquella magnífica narracion de Teramene, el público habria visto los caballos de Francini y un terrible monstruo de cartón: en *Británico*, Neron, por medio de cualquiera estratagemas de bastidores habria cometido públicamente la violacion de Junia; en *Bayacelo* se habria visto el combate de este hermano del sulan con los eunucos, y así en las demás tragedias. Racine no eliminó de sus obras maestras sino lo que cualquiera ingenio vulgar habria podido introducir en ellas. El drama mas infimo puede hacer llorar mil veces mas que la tragedia mas sublime. Pero las verdaderas lágrimas, las que arranca una hermosa poesia, son aquellas que corren al mágico sonido de la lira de Orfeo, y con las cuales va mezclada tanta admiracion como dolor. Los antiguos daban un rostro hermoso á las Furias porque hay una belleza moral hasta en los remordimientos.

Ese amor de lo feo que domina en nuestra época, ese horror de lo ideal, esa pasion por los personajes disformes, esa ternura hacia las arrugas, escresencias, escaras y formas triviales, asquerosas y repugnantes, son hijas de la depravacion del ánimo, y están muy lejos de habernos sido dadas por esa naturaleza de que tanto se habla. Aun cuando amamos cierto grado de fealdad es porque creemos encontrar en ella cierto grado de belleza. En el orden natural siempre damos la preferencia á una mujer hermosa mas bien que á una fea, á una rosa mas bien que á un cardo, á la bahía de Nápoles mas bien que á la llanura de Montrouge, y al Partenon mas bien que á una pocilga. Otro tanto sucede respecto de lo simbólico y moral. ¿Fuera! pues esa escuela *animalizada* y materialista que nos conduciría á preferir en la representacion del objeto nuestro, modelado con todos sus defectos por una máquina, á nuestro retrato producido por el pincel de Rafael.

No se entienda que trato de quitar á los tiempos y á las revoluciones esos cambios violentos que causan en las opiniones literarias así como en las políticas; pero compréndase que tales cambios no justifican la corrupcion del gusto, no hacen mas que presentar una de las causas. Es natural que al variar las costumbres se produzca también variacion en nuestras penas y placeres.

El silencio interior dominó en la monarquía absoluta bajo el poder de Luis XIV y la somnolencia de Luis XV: careciendo de emociones en lo interior, los poetas las iban á buscar fuera del reino y las tomaban de las catástrofes de Roma y de Grecia para hacer llorar con ellas á una sociedad que tenia la desgracia de carecer de asuntos que la hicieran reír. A esa sociedad tan poco acostumbrada á los sucesos trágicos no convenia presentarle escenas ficticias de carácter demasiado sangriento: tales horrores la habrían asustado, aun cuando hubiesen tenido tres mil años de fecha, y aun cuando hubiesen sido consagrados por el número de Sófocles.

Mas ahora que el pueblo no estando ya separado de la accion social ha tomado parte en la direccion de

la cosa pública como el coro en la tragedia griega: ahora que desde cuarenta años atrás nos venimos ocupando de espectáculos terribles y reales, preciso es que el teatro participe también del movimiento comunicado á la sociedad. La tragedia clásica con sus unidades y sus decoraciones inmóviles, parece y debe parecer fría; de esta manera se explica, sin escusarla como ha introducido en la escena moderna, el *fac-simile* de todos los crímenes, la aparicion de las horcas y los verdugos, la presencia de los asesinos, violaciones é incestos y la fantasmagoría de los cementerios, de los subterráneos, y de los antiguos castillos.

No hay un actor para representar la tragedia clásica, así como tampoco hay un público á quien le pueda gustar, ni sea capaz de comprenderla ni juzgarla. El orden, lo verdadero y lo bello no son conocidos, ni comprendidos ni apreciados. Nuestro espíritu está ya tan gastado por esa apatía, y ese descaro del siglo; que aunque fuera posible volver á animar la encantadora sociedad de las La-Fayette, ó de las Sevigné, ó la de los Geoffrin y los filósofos, nos parecerían insípidas. Antes y después de la civilizacion, cuando aun no ha llegado, ó ha pasado ya el gusto de los goces intelectuales, se solicita la representacion de los objetos materiales: los pueblos dan principio á su existencia y la concluyen con gladiadores y con titeres; los niños y los viejos son parecidos en lo pueril y en lo cruel.

CITAS DE SHAKESPEARE.

Si tuviera que elegir entre las hermosas obras de Shakespeare, me vería muy dudoso entre *Macbeth*, *Ricardo III*, *Romeo y Julieta*, *Otelo*, *Julio César* y *Hamlet*. No es decir que yo aprecie en mucho en la última pieza el monólogo tan celebrado, no sin particular motivo, por la escuela volteriana, pues al reflexionar sobre su mérito no puedo abstenerme de preguntar ¿cómo el muy filósofo príncipe de Dinamarca podía tener dudas acerca de la otra vida? Después de haber hablado con la pobre sombra, *poor ghost* de su padre ¿no debía saber á qué atenerse sobre el particular?

Una de las escenas mas fuertes que se representan en el teatro es la de las tres reinas Margarita, Isabel y la duquesa en *Ricardo III*. Margarita trazando el cuadro de sus desgracias para exacerbar las miserias de su rival concluye diciendo. «Tú usurpas mi puesto» y [presumes eximirte de la parte que te corresponde de mis males! ¡Adios, mujer de Yock! ¡reina de las tristes contrariedades! ¡Farewell, York's wife! ¡and quen of sad mischance! Eso es trágico; trágico en el mas alto grado.

No se que haya existido quien con mas profundidad que Shakespeare haya contemplado la naturaleza humana.

Tercera escena del cuarto acto de *Macbeth*.

MACDUFF, MALCOLM Y ROSSE.

MALDUFF. ¿Quién es ese que viene hacia nosotros? MALCOLM. Es un escocés y sin embargo no le conozco.

MAC. Primo, sed bien venido.

MAL. Ahora le conozco. Gran Dios, disipa los obstáculos, que nos hacen mirar como extranjeros los unos á los otros.

ROSSE. ¡Ojalá llegue á realizarse vuestro deseo!

MAC. ¿La Escocia continúa siempre siendo tan desgraciada?

ROS. ¡Ah! ¡Deplorable patria! Casi se asombra ya de conocer sus propios males. No le demos el nombre de madre; llamémosla tumba nuestra. Allí nadie sonríe no siendo el párvulo que ignora sus infortunios. Suspiros, lamentos, gritos, turban la quietud

del aire sin excitar apenas la atención. El pesar mas violento parece un mal ordinario; las campanas anunciaban un funeral sin que nadie pregunte quién ha muerto.

MAC. ¡Oh palabras demasiado ciertas!

MAL. ¿Cuál es la última desgracia?

ROS. A MAC. Vuestro castillo ha sido tomado por sorpresa, vuestra mujer y vuestros hijos han sido inhumanamente degollados....

MAC. ¿Mis hijos también?

ROS. Mujer hijos, criados, todo lo que ha caído en manos del enemigo.

MAC. ¿Y mi mujer también?

ROS. Ya os lo he dicho.

MAL. Alentad: la venganza ofrece un remedio á vuestros males. Corramos á castigar al tirano.

MAC. ¡El tirano no tiene hijos!

Este diálogo nos trae á la memoria el de Flaviano y Curcio en Corneille. Flaviano anuncia al amante de Camila que ha sido elegido para combatir contra los Horacios.

CURCIO. ¿Ha elegido ya Alba los tres guerreros?

FLAVIANO. Eso os vengo á decir.

CUR. ¿Quién son los tres?

FLAV. Vuestros dos hermanos y vos.

CUR. ¿Quién?

FLAV. Vos y vuestros dos hermanos.

Las interrogaciones de Macduff y de Curcio son bellezas de primer orden: ¿Mis hijos también?—Esposa, hijos.—¿Y mi esposa también?—Ya os lo he dicho.—¿Quién son los tres?—Vuestros dos hermanos y vos.—¿Quién?—Vos y vuestros dos hermanos. Pero la espresion de Shakespeare: *El tirano no tiene hijos*, carece de paralelo.

El mismo hombre que trazó ese cuadro, suspiró, si así puede decirse, la tierna escena de despedida de Julieta y Romeo. Romeo condenado á destierro es sorprendido por la naciente aurora entre los brazos de Julieta con quien está casado en secreto.

Wilt thou be gone? It is not yet near day:

It was the nightingale, and not the lark

That pierced the fearful hollow of thine ear, etc.

JULIETA. ¿Ya quieres partir? El día aun no aparece: esos gorjeos que te han alarmado no son de la calandria, son de un ruiseñor que pasa toda la noche cantando en el ramaje de aquel árbol que se ve allí á lo lejos. Créeme esposo mio, no era la calandria, era el ruiseñor el que cantaba.

ROMEO. No era el ruiseñor, era la calandria que anuncia la proximidad de la aurora. Mira, amor mio, mira las ráfagas de luz que van penetrando por las nubes en el Oriente. Las antorchas nocturnas se apagan; el día se va asomando por la vaporosa cima de los montes. No tengo mas remedio que marcharme y vivir, ó quedarme y perecer.

JUL. Esas ráfagas de luz que tú dices, no son el crepúsculo del día: las produce algun meteoro que te servirá de antorcha, y te alumbrará en el camino de Mantua. Espera un momento; aun no es preciso que te marches.

ROM. ¡Bien esperaré! Si me prenden, si me llevan al cadalso, sea enhorabuena; te habré complacido. Puesto que tú lo quieres digo que «aquel resplandor lejano no es el crepúsculo de la aurora, sino un reflejo pálido de la luna. Esos gorjeos que resuenan sobre nuestra cabeza alto, muy alto, en la bóveda de los cielos no son de la calandria.» Menos temo el quedarme á tu lado que el partir. ¡Venga la muerte! Pero qué es lo que tú miras con tanta atención, amada mia. Respóndeme, bien mio, respóndeme.

JUL. ¡Es de día! ¡es de día! ¡Huye, márchate, aléjate presuroso! Es la calandria la que canta: la reconozco en sus agudos trinos. ¡Ah! librate de la muerte: la luz va estendiéndose mas y mas.

Este contraste de los encantos de la mañana y de los últimos placeres de los dos jóvenes esposos con la catástrofe que los va á seguir producen una escena del mas alto interés: el sentimiento dramático está mas ingenuamente espresado que en las tragedias griegas y no es tan pastoril, si así cabe decirse, como el de las tragi-comedias italianas. Solo conozco una escena india que tiene alguna remota semejanza con la de *Romeo y Julieta*; mas no por el interés de la situación, sino únicamente por la frescura de las imágenes, y la tierna sencillez de la despedida. *Sacotala* á punto de abandonar la morada paterna se siente detenida por el velo.

SACOTALA. ¿Quién tira de los pliegues de mi velo?

UN ANCIANO. El cabritillo que tantas veces has alimentado con granos de symaka. No quiere separarse del lado de su bienhechora.

SACOTALA. ¿Por qué gimes tierno cabritillo? Me veo en la precision de tener que abandonar nuestra común morada. Cuando á poco de haber nacido perdiste la madre, yo te tomé bajo mi protección. Vuélvete á tu pesebre, pobre cabritillo mio; ahora es preciso separarnos.

La escena de despedida de Romeo y Julieta no está indicada en Bandello y pertenece exclusivamente á Shakespeare. El novelista italiano refiere en pocas palabras la separación de los dos amantes.

A la fine cominciando l'aurora a voler uscire si basciarono, strettamente abbracciarono gli amanti, et pieni di lagrime e sospire si dissero addio. (Al fin principiando la aurora á salir los dos amantes se besaron, se abrazaron estrechamente y llenos de lágrimas y suspiros se dijeron adios).

CONTINUACION DE LAS CITAS.—MUJERES.

Acercad lady Macbeth y Margarita á Desdémona; á Ofelia, á Miranda, á Cordelia, á Jessica, á Perdita y á Imágenes y quedareis maravillado de la sutileza de talento del poeta. Esas mujeres tienen un idealismo encantador. El anciano y ciego rey Lear dice á su fiel Cordelia: «Cuando me pedirás la bendición yo me pondré de rodillas y te pediré perdón, así pasaremos la vida rezando y cantando.»

Ofelia, ridículamente adornada de yerbas y flores creyendo que su hermano es Hamlet á quien ama y que ha matado á su padre le dice: «Hé aquí romero, tomalo, amor mio, es bueno para la memoria, para que te acuerdes de mí.... Quisiera darte violetas, pero todas se marchitaron cuando mi padre murió.»

En *Hamlet*, en esa tragedia de los enagenados, en esa *Bedlam real* donde todos los que figuran son insensatos ó criminales, en que la demencia fingida se une á la demencia verdadera, donde el loco remeda al loco, donde hasta los mismos muertos suministran á la escena la cabeza de un loco; en ese oden de las sombras donde no se ven mas que espectros, ni se oyen mas que sueños, el grito de alertas de centinelas, el graznido de las aves nocturnas y el mugir de las olas del mar, Gertrudis cuenta que Ofelia se ha ahogado: «A la orilla del río (dice) se eleva un sauce, cuyo pardo follaje se refleja en la cristalina corriente. Con ramas de ese árbol hizo Ofelia caprichosas guirnalda entretejiéndolas con amapolas, ortigas, margaritas y con esas otras flores largas de color de púrpura á que nuestros sencillos pastores dan un nombre grosero, y que nuestras frias vírgenes llaman dedos de difunto. Luego tratando de subir al árbol para dejar suspendida en una de las ramas su corona de yerbas silvestres, apoyó todo el cuerpo en una débil rama que rompiéndose dejó caer á Ofelia y su rústico trofeo al agua: sus vestidos se dilataron con el aire y la contuvieron un momento sobre la corriente: parecia una sirena (*mermaid*). Durante este tiempo la joven cantaba pasajes de antiguas ba-

ladas como una persona incapaz de comprender el peligro, ó como una criatura que se halla en el elemento donde ha nacido y habita. Pero eso no podía durar; sus vestidos, haciéndose pesados por el agua de que se habian infiltrado, arrastraron á la pobre joven desde sus melodiosas endechas á una muerte cenagosa: *Trom melodious lay to muddy death*»

Conducen el cadáver de Ofelia al cementerio: la culpable reina esclama: «¡Perfumes al perfume! ¡Adios! (*sweetest sweet Farewell!*)» y derramando flores sobre el cadáver de la joven, dice: «Pensé que serías esposa de mi Hamlet: creí, amable niña, que tendrías que derramar flores sobre tu tálamo nupcial ¡y las derramo sobre tu féretro!»

Todo eso es á manera de un encanto.

Otelo, en medio de su celoso delirio, dice á Desdémona: «¡Oh tú, flor de los bosques, que eres tan hermosa y exhalas un aroma tan dulce! El aproximarse á ti embriaga los sentidos... Quisiera que no hubieras nacido....»

El moro se acerca al lecho de su mujer dormida, resuelto á matarla. «Quiero aspirar aun el aroma de la rosa en su tallito... ¡Un beso! ¡ah! ¡otro y otro! Sé tal cual eres ahora cuando ya te haya quitado la vida y te amaré.»

En el *Cuento de invierno* vuelve á encontrarse la misma fuerza de espresion aplicada á una situación feliz.

Perdita, dirigiéndose á Florizel le dice:

«Quisiera tener para vos, ¡Oh, el mas hermoso de mis amigos! flores de primavera que no desdijesen de vuestra juventud. No tengo todas las flores con que yo quisiera tejer guirnalda que os cubrieran enteramente, mi dulce amigo.»

Florizel contesta:

«Cuando habláis, quisiera estaros oyendo hablar continuamente; cuando cantáis, quisiera estar sin cesar oyendo vuestro canto; quisiera veros dar limosna, rezar, arreglar vuestra casa y hacer todo sin dejar de oiros cantar. Cuando bailáis digo para mí: «¡Ojalá fuese una ola del mar que nunca puede estar en reposo.»

En *Cimbelina*, Imágenes, viéndose acusada de infidelidad por Póstumo, dice: «¡Infel á su lecho! ¿A qué llaman ser infiel? Será el estar velando y el pensar eternamente en él: será el derramar llanto por cada golpe que da el reloj?»

En la caverna Arvirago, creyendo que Imágenes está muerta, la trae en brazos: Guiderio, al verla, dice: «¡Oh, la mas encantadora y hermosa de las azucenas! no te sostiene, no, mi hermano con la mitad de la gracia con que te sostenias tú misma!»

— ¡Oh melancolía, dice Belario, ¿quién pudo nunca sondear tu seno, encontrar la tierra que indica la costa accesible á tu débil barquilla?»

Imágenes se arroja al cuello de Póstumo desengañado, y éste le dice: «Quédate ahí, alma mia, suspendida como un fruto hasta que el árbol muera.»

... Hang there like fruit, my soul
Till the tree die!

«¡Cómo! esclama Cimbelina, Imágenes, hija mia, ¿no tienes nada que pedir á tu padre?—Vuestra bendición, señor, dice Imágenes postrándose á sus pies. *Sour blessing, sir.*»

No considero aquí mas que el estilo, sin entrar en análisis de la composición del drama; no trato de manifestar todo lo que hay de punzante en la enagenación de Ofelia y de resolución y de amor en la joven Julieta. También paso por alto toda la naturalidad, toda la pasión, todo el terror que se revelan en Desdémona cuando Otelo la despierta para matarla, y finalmente omito lo que hay de piadoso, de tierno y de generosidad en Imágenes, si bien en todas esas escenas el romanticismo ocupa el puesto del núnem

MODELOS CLÁSICOS.

Mas por último, haciendo plena y entera justicia á las suavidades del pincel y de la armonía, debo decir que las obras de la época romántica ganan mucho en no ser citadas mas que por fragmentos, pues en ellas, al lado de algunas páginas fecundas, se encuentran no pocas plagadas de aridez. Leer á Shakespeare hasta lo último sin saltar un renglon, es cumplir con un deber piadoso, pero molesto: cantos enteros se encuentran en el poema del Dante que no son mas que una crónica en verso, cuyo lenguaje no recompensa el fastidio que producen. El mérito de los monumentos de los siglos clásicos es de muy diversa naturaleza: en ellos se nota la perfección del conjunto y la justa proporción de las partes.

Forzoso es además tener que confesar otra verdad. Shakespeare no tuvo mas que un solo tipo para las mujeres que figuran en sus dramas: todas son jóvenes, todas parecen niñas, hermanas gemelas que no se diferencian sino por el carácter de *hija*, de *amante*, ó de *esposa*: todas tienen la misma voz, el mismo modo de mirar, la misma sonrisa; quien oviéndose de sus nombres, y con los ojos cerrados las oyese hablar no sabría á cuál de ellas había de atribuir las palabras; su lenguaje es también mas propio de la elegía que del drama. Aquellas cabezas hermosas y juveniles, son como los bocetos trazados por Rafael cuando no quería que se borrasen de su memoria las facciones de la celestial belleza que acababa de presentarse á su fantasía: esos bocetos se habían de convertir en cuadros. Shakespeare, ateniéndose á los primeros trazos del lápiz, no siempre tuvo tiempo de animarlos con el colorido.

No vayamos, pues, á comparar las sombras osiánicas del teatro inglés, aquellas víctimas tan tiernas, y sin embargo tan resueltas que se dejan sacrificar como inocentes corderos: no vayamos á comparar aquella Delia de Tibulo, ni aquella Claricea de Heliodoro con las mujeres de la escena griega ó francesa, que sostienen sobre sí mismas el peso de toda la tragedia. Una cosa son las situaciones aisladas, los brillantes resultados de un momento, los toques vivos, y otra los caracteres que desde un extremo á otro de la composición se sostienen con igual vigor sin abandonar el puesto que deben tener. Las Desdémonas, Juliets, Ofelias, Perdits, Cornelias y Mirandas, no son Antígones, ni Electras, ni Ifigenias, Fedras, Andrómacas, Jimenas, Roxanas, Monimas, ni Berenices, ni Ester, ni siquiera Zaidas ó Aménidas. Algunas frases de una pasión vehemente mas ó menos bien dichas en prosa poética, no pueden competir con los mismos pensamientos espresados en el puro idioma de los dioses. Ifigenia dice á su padre (1): «Tal vez mi vida se veía rodeada de bastantes honores para no desear que me fuese arrebatada, ni que al arrancarme un destino cruel macara el fin tan cerca de mi nacimiento. Hija de Agamenon, yo soy la primera

(1) El deseo de dar una idea de la melodía de este pasaje comparado por el autor con el *puro idioma de los dioses*, nos pone en el caso de transcribir el original:

Peut-être assez d'honneurs, environnaient ma vie
Pour ne pas souhaiter qu'elle me fût ravie,
Ni qu'en me l'arrachant un sévère destin
Si près de ma naissance eût marqué la fin.
Fille d'Agamemnon, c'est moi qui la première
Seigneur, vous appelai de ce doux nom de père

¡Helas! avec plaisir je me faisais conter
Tous les noms des pays que vous allez dompter;
Et déjà d'Ilion présageant la conquête,
D'un triomphe si beau je préparais la fête.

que os he dado, señor, el dulce nombre de padre....
¡Ah! ¡Con qué placer me hacia yo referir todos los nombres de los países que ibais á sujetar y presagando la conquista de Troya me preparaba á solemnizar un triunfo tan brillante!»

Monima dice á Fédimo:

«Si me amabas, Fédimo, preciso fue que me lloraras cuando vinieron á honrarme con un título fúnebre, y cuando arrancándome del dulce seno de la Grecia arrastraron tu querida á este bárbaro clima. Vuélvete ahora á esos pueblos afortunados, y si mi nombre se conserva todavía entre ellos, cuéntales lo que estás viendo, Fédimo, refiéndoles mi malhadada historia.»

¿Podrá la canción del sauce ser comparada con esta melancólica queja exhalada del dulce seno de la Grecia?



SHAKESPEARE CAZANDO EN VEDADO.

¡Eso es magnífico! ¡Qué lucha de todos los afectos de la naturaleza humana, en medio de los cuales interviene la divinidad para producir una nueva pasión, el entusiasmo religioso en el corazón de Paulina. Puede decirse que esos personajes habitan en regiones superiores á la tierra en que vivieron Desdémona y Julieta. Aquella expresión: «Yo soy cristiana» es una declaración de amor en el cielo.

¿Qué diremos de Jimena? Preciso sería citar todo el papel. Corneille compuso el carácter del Cid y de Jimena de una amalgama de honor, de piedad filial y de amor.

La pasión, el arrebato y el interés dramático van tomando incremento de escena en escena hasta llegar al célebre verso:

Sal triunfante en la lid, cuyo precio es Jimena.
que produce aquella exclamación de dicha, de arrogancia, de valor y de gloria:

¡Vengan navarros, moros, castellanos!

Más por último, ¿qué son todas las hijas de Shakespeare comparadas con Estér?

Si hay algún pueblo tan rudo que pueda ser insensible al pudor, á la nobleza y á la melodía del inefable

Si se desean combates del espíritu para oponerlos al amor de Julieta y Romeo, oigamos á Paulina cuando aconsejándole Polyucto que renueve sus relaciones con Severo, dice:

«¿Qué motivos te he dado, cruel, para que me trates de ese modo, y para echarme en cara, despreciando mi fe, un amor tan poderoso que he sabido vencer por tí?... Haz que de tí mismo obtenga la vida para pasarla en continua sujeción á tus leyes.»

Polyucto ha ido á la muerte, á la gloria; Paulina, dice á Félix:

«Mi esposo al morir me dejó sus luces; su sangre, de la que los verdugos acaban de bañarme, ha acabado de abrir mis ojos. Veo, sé, creo y estoy desengañada; aquella afortunada sangre me ha bautizado; ¡soy cristiana!...»

ble lenguaje de Estér, sea mil veces feliz admirando sus propias obras. «He creído, dice Racine en su prefacio de Estér, que me sería dado completar toda la acción de la tragedia con las solas escenas que Dios mismo, por decirlo así, ha preparado.» Racine tenía razón en creerlo así: solo él tenía esa arpa de David consagrada á las escenas preparadas por el mismo Dios.

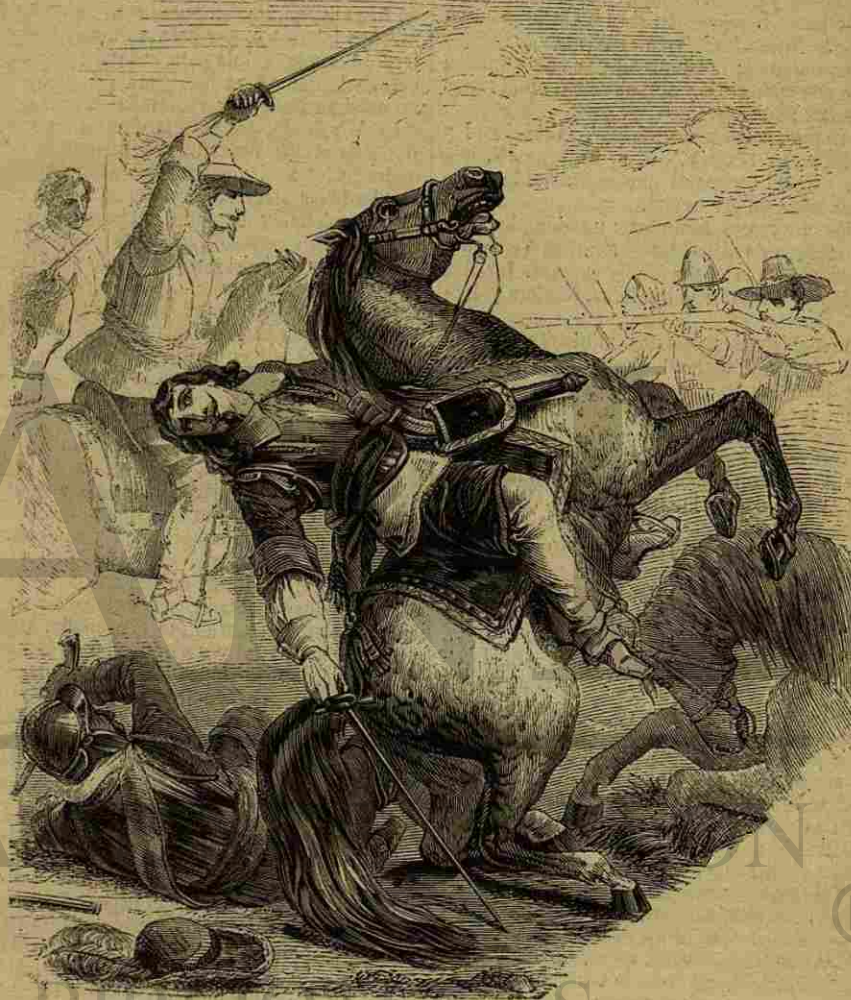
Juzgando con imparcialidad en su conjunto las obras francesas y las de los demás países (si es posible juzgar del mérito de obras extranjeras, lo cual parece muy dudoso) se vería que siendo las primeras iguales en fuerza de ideas á las otras, las exceden en cuanto al orden y método de la composición. El talento produce, el gusto conserva. El gusto es el buen sentido del talento, y éste sin aquel no es más que una sublime locura. Esa pulsación segura que arranca de la lira sola las modulaciones que le convienen es aun más rara que el número que inventa. El espíritu y el talento diversamente repartidos, ocultos, latentes, desconocidos, pasan muchas veces entre nosotros sin desembozarse, como dijo Montesquieu: existen proporcionalmente en todas las edades, pero en el curso

de estas no hay más que ciertos pueblos, y en estos pueblos cierto momento en que el gusto se manifiesta en toda su pureza: antes y después de este momento todo peca por falta ó por exceso. Esa es la razón de que las obras completas sean tan escasas, porque han debido ser producidas en un feliz momento de consorcio del gusto y del talento. Entiéndase que esa sublime conjunción, semejante á la de algu-

nos astros, no se verifica sino después de la revolución de muchos siglos, y no dura más que un instante.

SIGLO DE SHAKESPEARE.

Debe notarse el momento de la aparición de un grande ingenio para explicar muchas de sus afinidades y demostrar lo que ha heredado de otros tiempos,



MUERTE DE FALKLAND.

tomado del presente y dejado para el porvenir. La imaginación fantasmagórica de nuestra época que modela personajes con las nubes, esa imaginación enfermiza que desdeña la realidad, ha engendrado un Shakespeare á su modo: el hijo del carnicero de Stratford es un gigante caído del Pelion y del Osa en medio de una sociedad salvaje, escediéndola cien codos en al-

tura. ¿Qué se yo! Shakespeare es, como Dante, un solitario cometa que atravesando por las constelaciones del antiguo cielo, vino á postrarse otra vez á los pies de Dios, diciendo como el trueno: «Aquí estoy.»

Lo anfibológico y lo imaginario no tienen derecho de ciudadanía en el dominio de los hechos. Dante apareció en un tiempo que bien pudiera llamarse de

tinieblas: la brújula apenas guiaba al marinero por las conocidas aguas del Mediterráneo: aun no se habían descubierto la América, ni el paso a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza; la pólvora no había tampoco cambiado aun las armas, ni la imprenta el mundo: el feudalismo gravitaba con todo el peso de su noche sobre la subyugada Europa.

Mas cuando la madre de Shakespeare dió á luz en 1564 un oscuro niño, ya habían pasado las dos terceras partes del famoso siglo del renacimiento y de la reforma, de aquel siglo en que los principales descubrimientos modernos se habían verificado; el verdadero sistema del mundo se había descubierto, el cielo se había observado, el globo explorado, las ciencias daban óptimos frutos, y las bellas artes llegaban á una altura que desde entonces no han podido superar. Grandes sucesos y grandes hombres aparecían por todas partes: había familias que iban á sembrar en los bosques de la Nueva Inglaterra el germen de una fecunda independencia; había provincias que sacudían el yugo de sus opresores, y se colocaban en el rango de las grandes naciones.

En los tronos, además de Carlos V, Francisco I y Leon X, brillaban Sixto V, Isabel, Enrique IV, don Sebastian, y aquel Felipe II que ciertamente nadie podrá calificar de vulgar tirano.

Entre los guerreros figuraban: un don Juan de Austria, el duque de Alba, los almirantes Veniero y Juan Andrea Doria, el príncipe de Orange, los dos Guisa, Coligny, Biron, Lesdignieres, Montluc y La noue.

Entre los magistrados, legistas, ministros y políticos, Cuyas, Olivares, d'Ossat, Cecil, Harlay, Sully, l'Hopital y des Moulins.

Entre los prelados, sectarios, sabios, eruditos y literatos, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Calvino, Teodoro de Beza, Buchanan, Tico-Brahe, Galdeo, Bacon, Cardan, Kepler, Ramus, Escaligero, Estéban, Manucio, Justo Lipcio, Vida, Varronio, Mariana, Amyot, du Haillan, Montaigne, Bignon, de Thou, d'Aubigne, Brantome, Marot, Ronsard y otros mil.

Entre los artistas, Ticiano, Pablo Veronese, Anibal Carrachio, Sansovino, Julio Romano, el Dominiquino, Paladio, Vinola, Juan Goujon, Guido, Poussino, Rubens, Van Dyck y Velazquez: Miguel Angel había esperado para morir el año del nacimiento de Shakespeare.

Lejos de ser un jefe de la civilización resplandeciente en el seno de la barbarie, Shakespeare, último hijo de la edad media, era un bárbaro que descollaba en las filas de la civilización en progreso, y la arrastraba hacia lo pasado. No fue una estrella solitaria, pues resplandeció al par de otros astros dignos de su firmamento, Calderon, Tasso, Camoens, Ercilla y Lope de Vega, tres poetas épicos y dos dramáticos de primer orden. Examinemos todo eso en detalle, principiando desde luego por el material de la sociedad.

En la época de Shakespeare, no solo había llegado la cultura del ánimo en algunas de sus ramificaciones á mayor altura que en nuestro tiempo, sino que hasta la sociedad material se iba ostentando despojada de su rusticidad. Sin hablar de Italia, donde los palacios, obras maestras de las artes, estaban amueblados con otras obras maestras; de Italia, enriquecida por el comercio de Florencia, Génova y Venecia, brillante con sus manufacturas de telas de seda, de oro y terciopelos; sin ir á buscar una civilización completa al otro lado de los Alpes, permanezcamos en la patria del poeta y veremos las considerables mejoras debidas á la administración de Isabel.

Erasmus nos hace saber que en tiempo de los Enriques VII y VIII apenas era posible respirar en el interior de las habitaciones: el aire y la luz penetraban en ellas al través de celosías sumamente espesas, y solo

había vidrios en las ventanas de los palacios y las iglesias. Cada piso de las casas formaba cuerpo saliente, y cubría con su sombra al piso inferior, de manera que las calles, formando ángulos entrantes y salientes que daban lugar á que los techos de las casas fronterizas se tocaran en algunos puntos, eran oscuras y carecían de ventilación. Añádese que la mayor parte de las habitaciones carecían de chimeneas, y que su pavimento consistía en una especie de argamasa cubierta de juncos, ó de una capa de arena para absorber las inmundicias de los perros y los gatos. Erasmo atribuye las pestes que en aquella época dominaban con bastante frecuencia en Inglaterra, á la poca curiosidad de sus habitantes.

En las habitaciones de los ricos el mueblaje se componía de tapicerías de Arras, de largas mesas sostenidas en caballetes á manera de las mesas de refectorio, de una alacena, una silla de brazos, algunos bancos y muchos taburetes. Los pobres dormían sobre una estera de mimbres ó de paja, cubríanse con una arpillera, y tenían un madero por almohada. El que tenía un colchón de lana y recostaba su cabeza sobre un saco de salvado, escitaba la envidia de sus vecinos. Harrison al dar esos detalles manifiesta referirse al dicho de los ancianos y añade: Ahora (reinando Isabel) hasta los arrendatarios tienen tres ó cuatro camas de colchones de pluma cubiertas de tapicería de seda, mesas guarnecidas de telas blancas, y alacenas provistas de vasigería, un salero de plata, una copa y una docena de cucharas del mismo metal.

La Francia actual, tan envanecida de su civilización, no puede jactarse todavía de ofrecer á todos los arrendatarios tantas y tan generales comodidades.

Shakespeare se elevó bajo la protección de aquella reina que enviaba sus marineros á los últimos confines del mundo á buscar la riqueza de los labradores. No faltaban por cierto en lo interior de Inglaterra paz y gloria suficiente para que el poeta pudiera cantar con seguridad sin dejar por eso de encontrar en lo interior y en lo exterior del reino espectáculos propios para escitar su imaginación y sublimar el pensamiento.

En lo interior, Isabel ofrecía en su persona un carácter histórico. Shakespeare tenía veintitres años cuando María Estuardo fue decapitada. Hijo de padres católicos, y tal vez perteneciendo él mismo á esa comunión, oyó sin duda decir á sus correligionarios que Isabel intentó seducir por medio de Rolstone á su cautiva á fin de deshonorarla, y aprovechándose de la irritación que en los protestantes había causado la noticia de la jornada de San Bartolomé, tuvo tentación de entregarles en rehenes la reina de Escocia. ¿Quién sabe si la curiosidad no atrajo á Fotheringay al joven William de Stratford en el momento de la catástrofe? ¿Quién sabe si no vió el lecho, la habitación, las bóvedas enlutadas, el tajo y la cabeza de María separada del tronco, y en la cual el primer hachazo del verdugo, mal dado, introdujo parte de la toca y rizos de cabellos? ¿Quién sabe si sus ojos no se fijaron sobre aquel elegante cadáver, objeto de la curiosidad y profanación del verdugo?

Posteriormente Isabel volvió á arrojar otra cabeza á los pies de Shakespeare. Mahometo II mandaba decapitar á un icoglan delante de un pintor, á fin de que este estudiara los detalles de la muerte. No parece que Isabel, extraño conjunto de hombre y mujer, tuvo en toda su misteriosa vida mas que una sola pasión; pero amor nunca. «La última enfermedad de esta reina, dicen las memorias de aquel tiempo, pro»cedía de una tristeza que siempre procuró tener muy oculta; jamás quiso usar ninguna clase de remedios como si de propósito se hubiese determinado morir, cansada de la vida por alguna causa secreta que tal vez pudo atribuirse á la muerte del conde de Essex.»

Ese siglo XVI, primavera de la nueva civilización, germinaba en Inglaterra mas que en ninguna otra parte, y sujetando á pruebas fomentaba las generaciones en cuyas entrañas se iba desarrollando el espíritu de la libertad, Cromwell y Milton. Isabel comía al son de tambores y trompetas, en tanto que el parlamento dictaba leyes atroces contra los papistas, y sobre la triste Irlanda pesaba el yugo de una sangrienta opresión. Las altas ejecuciones de Tiburn se mezclaban con los bailes de ninfas; las comedias con los sermones, los libelos con los cánticos, y las críticas literarias con las discusiones filosóficas y las controversias religiosas.

Un espíritu de aventuras agitaba á la nación como en la época de las Cruzadas; voluntarios cruzados protestantes se embarcaban para ir á combatir á los idólatras, es decir, á los católicos, y atravesaban el Océano bajo la dirección de Sir Francis Drake, ó de Sir Walter Raleigh, de esos Pedro el Ermitaño de los mares, amigos de Cristo y enemigos de la cruz. Comprometidos en la defensa de las libertades religiosas, los ingleses se ofrecían al servicio de cualquiera que deseara proclamarlas: derramaban su sangre siguiendo el penacho blanco de Enrique IV, y bajo la bandera del joven príncipe de Orange. Shakespeare asistía á ese espectáculo, y oyó rugir las protectoras tempestades que lanzaron los despojos de las naves españolas sobre las costas de su patria libre del peligro.

No era menos favorable á la inspiración del poeta el cuadro que se presentaba en lo exterior: en Escocia podía contemplar la ambición y los vicios de Murray, el asesinato de Rizzia, el cadáver de Darnley estrangulado y lanzado á lo lejos. Botwell casándose con María en la fortaleza de Dumbar y luego teniendo que huir y haciendo vida de pirata en los mares de Noruega, Morton subiendo al cadalso.

En los Países-Bajos se ofrecían á su vista todas las calamidades inseparables de la emancipación de un pueblo, un cardenal de Granvelle, un duque de Alba y el trágico fin de los condes de Egmont y de Horn.

En España podía contemplar la muerte de don Carlos, á Felipe II construyendo una nueva maravilla, multiplicando los autos de fe y diciendo á sus médicos: «¿Temeis sacar algunas gotas de sangre de un hombre que la ha mandado derramar á torrentes?» En Italia la historia de la Cenci, renovada de las antiguas aventuras de Venecia, Verona, Milán, Bolonia y Florencia.

En Alemania el principio de Wallenstein.

En Francia, país mas inmediato á su patria ¿qué veía Shakespeare? Ocho años de edad tenía el autor del *Macbeth* cuando llegaron á su oído los gritos de la matanza de San Bartolomé. Estos gritos resonaron distintamente en Inglaterra, y sus detalles fueron publicados con toda la posible exageración. De Londres y Edimburgo salieron y circularon por todo el reino relaciones impresas capaces de estremecer la imaginación de un niño. Nadie hablaba mas que del desaire dado por Isabel al embajador Carlos IX. «El silencio de la noche dominaba en todos los aposentos del régio alcázar. Las damas y los cortesanos estaban colocados en dos filas vestidos de riguroso luto, y cuando el embajador pasó por medio de ellos, no hubo una persona que le dirigiera una mirada de atención, ni le devolviera el saludo.» Marlowe puso en escena *La Matanza de Paris*, y Shakespeare inauguró la carrera desempeñando un papel en su representación.

Después del reinado de Carlos IX vino el de Enrique III tan fecundo en catástrofes. Catalina de Médici, los Donceles, las barricadas, el asesinato de los dos Guisa en Blois, la muerte de Enrique III en Saint-Cloud, los furros de la Liga, el asesinato de Enrique IV, variarían sin cesar las emociones de un poeta que estaba presenciando esa larga cadena de sucesos.

Los soldados de Isabel y el mismo conde de Essex tomaron parte en las guerras civiles de Francia, y combatieron en el Havre, en Ivry, en Rouen y en Amiens. Algunos veteranos del ejército inglés pudieron referir en el hogar de William lo que habían aprendido acerca de las calamidades de Francia en los campos de batalla.

Era, pues, el génio de su época el que inspiraba al número de Shakespeare. Los innumerables dramas representados á su alrededor, preparaban asuntos á los herederos de su arte: Carlos IX, el duque de Guisa, María Estuardo, don Carlos y el conde de Essex, debían inspirar también andando el tiempo, á Schiller Ottway, Alfieri, Campistron, Tomás Corneille, Chenier y Reynouard.

Shakespeare nació entre la revolución religiosa principiada en tiempo de Enrique VIII, y la revolución política próxima á estallar en tiempo de Carlos I. Muertes y catástrofes fue lo único que pudo ver donde quiera que fijó los ojos.

En el reinado de Eduardo VI: Sommerset, protector del reino y tío del joven rey, fue entregado al patíbulo.

En el reinado de María: los mártires del protestantismo, Juana Gray decapitada, Felipe, el exterminador de los protestantes, desembarcó en Inglaterra como para pasar revista al campamento enemigo y dejarlo entregado á la muerte.

En el reinado de Isabel: los mártires del catolicismo, la misma Isabel, ungida según el rito romano y convertida en persecutora de una creencia á que debía la corona; Isabel, hija de aquella Ana Bolena, causa de un cisma, sacrificada después de Tomás Moro, que murió medio loca, orando, riendo y comparando la pequeñez de su cuello con la anchura del cuchillo del verdugo.

Shakespeare encontró en su juventud antiguos frailes, expulsados de los conventos que habían visto á Enrique VIII, sus reformas, sus destrucciones de conventos, sus bufones, sus esposas, sus queridas y sus verdugos: cuando el poeta murió, Carlos I tenía diez y seis años.

De manera, que Shakespeare pudo tocar con una mano las cabezas encanecidas amenazadas por la cuchilla del ante-último de los Tudor, y con la otra la frente del segundo de los Estuardos, retratada por Wandick, y últimamente abatida por el hacha de los parlamentarios. Apoyándose en aquellas cabezas trágicas el gran trágico, se hundió en el sepulcro, habiendo llenado el espacio de su vida de espectros, de reyes ciegos, de ambiciosos castigados y de mujeres desgraciadas para unir por medio de ficciones análogas las realidades de lo pasado con las realidades del porvenir.

POETAS Y ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE SHAKESPEARE.

Jacobo I reinó entre la espada que le había espartado en el vientre de su madre, y la que hizo morir pero no temblar á su hijo. Su reinado fue un intermedio entre el cadalso de Fotheringay y el de White-Hall: espacio oscuro en que se extinguieron Bacon y Shakespeare.

Estos dos ilustres contemporáneos se encontraron en un mismo camino; hemos nombrado ya anteriormente los extranjeros que pudieron llamarse compañeros de su gloria. En Francia, país poco favorecido de las letras en aquella época, no figuraban mas que Amyot, de Thou, Ronsard y Montaigne, espíritus de mediano vuelo; Hardy y Garnier murmuraban apenas los primeros acentos de la Melpómene francesa. Sin embargo, la muerte de Rabelais no había precedido sino en quince años al nacimiento de Shakespeare: el bufon habría tal vez podido medirse sin desventaja con el trágico.

Treinta y un años había pasado este sobre la tier-

tinieblas: la brújula apenas guiaba al marinero por las conocidas aguas del Mediterráneo: aun no se habían descubierto la América, ni el paso a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza; la pólvora no había tampoco cambiado aun las armas, ni la imprenta el mundo: el feudalismo gravitaba con todo el peso de su noche sobre la subyugada Europa.

Mas cuando la madre de Shakespeare dió á luz en 1564 un oscuro niño, ya habían pasado las dos terceras partes del famoso siglo del renacimiento y de la reforma, de aquel siglo en que los principales descubrimientos modernos se habían verificado; el verdadero sistema del mundo se había descubierto, el cielo se había observado, el globo explorado, las ciencias daban óptimos frutos, y las bellas artes llegaban á una altura que desde entonces no han podido superar. Grandes sucesos y grandes hombres aparecían por todas partes: había familias que iban á sembrar en los bosques de la Nueva Inglaterra el germen de una fecunda independencia; había provincias que sacudían el yugo de sus opresores, y se colocaban en el rango de las grandes naciones.

En los tronos, además de Carlos V, Francisco I y Leon X, brillaban Sixto V, Isabel, Enrique IV, don Sebastian, y aquel Felipe II que ciertamente nadie podrá calificar de vulgar tirano.

Entre los guerreros figuraban: un don Juan de Austria, el duque de Alba, los almirantes Veniero y Juan Andrea Doria, el príncipe de Orange, los dos Guisa, Coligny, Biron, Lesdignieres, Montluc y La noue.

Entre los magistrados, letrados, ministros y políticos, Cuyas, Olivares, d'Ossat, Cecil, Harlay, Sully, l'Hopital y des Moulins.

Entre los prelados, sectarios, sabios, eruditos y literatos, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Calvino, Teodoro de Beza, Buchanan, Tico-Brahe, Galdeo, Bacon, Cardan, Kepler, Ramus, Escaligero, Estéban, Manucio, Justo Lipcio, Vida, Varronio, Mariana, Amyot, du Haillan, Montaigne, Bignon, de Thou, d'Aubigne, Brantome, Marot, Ronsard y otros mil.

Entre los artistas, Ticiano, Pablo Veronese, Anibal Carrachio, Sansovino, Julio Romano, el Dominiquino, Paladio, Vinola, Juan Goujon, Guido, Poussino, Rubens, Van Dyck y Velazquez: Miguel Angel había esperado para morir el año del nacimiento de Shakespeare.

Lejos de ser un jefe de la civilización resplandeciente en el seno de la barbarie, Shakespeare, último hijo de la edad media, era un bárbaro que descollaba en las filas de la civilización en progreso, y la arrastraba hacia lo pasado. No fue una estrella solitaria, pues resplandeció al par de otros astros dignos de su firmamento, Calderon, Tasso, Camoens, Ercilla y Lope de Vega, tres poetas épicos y dos dramáticos de primer orden. Examinemos todo eso en detalle, principiando desde luego por el material de la sociedad.

En la época de Shakespeare, no solo había llegado la cultura del ánimo en algunas de sus ramificaciones á mayor altura que en nuestro tiempo, sino que hasta la sociedad material se iba ostentando despojada de su rusticidad. Sin hablar de Italia, donde los palacios, obras maestras de las artes, estaban amueblados con otras obras maestras; de Italia, enriquecida por el comercio de Florencia, Génova y Venecia, brillante con sus manufacturas de telas de seda, de oro y terciopelos; sin ir á buscar una civilización completa al otro lado de los Alpes, permanezcamos en la patria del poeta y veremos las considerables mejoras debidas á la administración de Isabel.

Erasmus nos hace saber que en tiempo de los Enríques VII y VIII apenas era posible respirar en el interior de las habitaciones: el aire y la luz penetraban en ellas al través de celosías sumamente espesas, y solo

había vidrios en las ventanas de los palacios y las iglesias. Cada piso de las casas formaba cuerpo saliente, y cubría con su sombra al piso inferior, de manera que las calles, formando ángulos entrantes y salientes que daban lugar á que los techos de las casas fronterizas se tocaran en algunos puntos, eran oscuras y carecían de ventilación. Añádese que la mayor parte de las habitaciones carecían de chimeneas, y que su pavimento consistía en una especie de argamasa cubierta de juncos, ó de una capa de arena para absorber las inmundicias de los perros y los gatos. Erasmo atribuye las pestes que en aquella época dominaban con bastante frecuencia en Inglaterra, á la poca curiosidad de sus habitantes.

En las habitaciones de los ricos el mueblaje se componía de tapicerías de Arras, de largas mesas sostenidas en caballetes á manera de las mesas de refectorio, de una alacena, una silla de brazos, algunos bancos y muchos taburetes. Los pobres dormían sobre una estera de mimbres ó de paja, cubríanse con una arpillera, y tenían un madero por almohada. El que tenía un colchón de lana y recostaba su cabeza sobre un saco de salvado, escitaba la envidia de sus vecinos. Harrison al dar esos detalles manifiesta referirse al dicho de los ancianos y añade: Ahora (reinando Isabel) hasta los arrendatarios tienen tres ó cuatro camas de colchones de pluma cubiertas de tapicería de seda, mesas guarnecidas de telas blancas, y alacenas provistas de vasigería, un salero de plata, una copa y una docena de cucharas del mismo metal.

La Francia actual, tan envanecida de su civilización, no puede jactarse todavía de ofrecer á todos los arrendatarios tantas y tan generales comodidades.

Shakespeare se elevó bajo la protección de aquella reina que enviaba sus marineros á los últimos confines del mundo á buscar la riqueza de los labradores. No faltaban por cierto en lo interior de Inglaterra paz y gloria suficiente para que el poeta pudiera cantar con seguridad sin dejar por eso de encontrar en lo interior y en lo exterior del reino espectáculos propios para escitar su imaginación y sublimar el pensamiento.

En lo interior, Isabel ofrecía en su persona un carácter histórico. Shakespeare tenía veintitres años cuando María Estuardo fue decapitada. Hijo de padres católicos, y tal vez perteneciendo él mismo á esa comunión, oyó sin duda decir á sus correligionarios que Isabel intentó seducir por medio de Rolstone á su cautiva á fin de deshonorarla, y aprovechándose de la irritación que en los protestantes había causado la noticia de la jornada de San Bartolomé, tuvo tentación de entregarles en rehenes la reina de Escocia. ¿Quién sabe si la curiosidad no atrajo á Fotheringay al joven William de Stratford en el momento de la catástrofe? ¿Quién sabe si no vió el lecho, la habitación, las bóvedas enlutadas, el tajo y la cabeza de María separada del tronco, y en la cual el primer hachazo del verdugo, mal dado, introdujo parte de la toca y rizos de cabellos? ¿Quién sabe si sus ojos no se fijaron sobre aquel elegante cadáver, objeto de la curiosidad y profanación del verdugo?

Posteriormente Isabel volvió á arrojar otra cabeza á los pies de Shakespeare. Mahomet II mandaba decapitar á un icoglán delante de un pintor, á fin de que este estudiara los detalles de la muerte. No parece que Isabel, extraño conjunto de hombre y mujer, tuvo en toda su misteriosa vida mas que una sola pasión; pero amor nunca. «La última enfermedad de esta reina, dicen las memorias de aquel tiempo, pro»cedía de una tristeza que siempre procuró tener muy oculta; jamás quiso usar ninguna clase de remedios como si de propósito se hubiese determinado morir, cansada de la vida por alguna causa secreta que tal vez pudo atribuirse á la muerte del conde de Essex.»

Ese siglo XVI, primavera de la nueva civilización, germinaba en Inglaterra mas que en ninguna otra parte, y sujetando á pruebas fomentaba las generaciones en cuyas entrañas se iba desarrollando el espíritu de la libertad, Cromwell y Milton. Isabel comía al son de tambores y trompetas, en tanto que el parlamento dictaba leyes atroces contra los papistas, y sobre la triste Irlanda pesaba el yugo de una sangrienta opresión. Las altas ejecuciones de Tiburn se mezclaban con los bailes de ninfas; las comedias con los sermones, los libelos con los cánticos, y las críticas literarias con las discusiones filosóficas y las controversias religiosas.

Un espíritu de aventuras agitaba á la nación como en la época de las Cruzadas; voluntarios cruzados protestantes se embarcaban para ir á combatir á los idólatras, es decir, á los católicos, y atravesaban el Océano bajo la dirección de Sir Francis Drake, ó de Sir Walter Raleigh, de esos Pedro el Ermitaño de los mares, amigos de Cristo y enemigos de la cruz. Comprometidos en la defensa de las libertades religiosas, los ingleses se ofrecían al servicio de cualquiera que deseara proclamarlas: derramaban su sangre siguiendo el penacho blanco de Enrique IV, y bajo la bandera del joven príncipe de Orange. Shakespeare asistía á ese espectáculo, y oyó rugir las protectoras tempestades que lanzaron los despojos de las naves españolas sobre las costas de su patria libre del peligro.

No era menos favorable á la inspiración del poeta el cuadro que se presentaba en lo exterior: en Escocia podía contemplar la ambición y los vicios de Murray, el asesinato de Rizzia, el cadáver de Darnley estrangulado y lanzado á lo lejos. Botwell casándose con María en la fortaleza de Dumbard y luego teniendo que huir y haciendo vida de pirata en los mares de Noruega, Morton subiendo al cadalso.

En los Países-Bajos se ofrecían á su vista todas las calamidades inseparables de la emancipación de un pueblo, un cardenal de Granvelle, un duque de Alba y el trágico fin de los condes de Egmont y de Horn.

En España podía contemplar la muerte de don Carlos, á Felipe II construyendo una nueva maravilla, multiplicando los autos de fe y diciendo á sus médicos: «¿Temeis sacar algunas gotas de sangre de un hombre que la ha mandado derramar á torrentes?» En Italia la historia de la Cenci, renovada de las antiguas aventuras de Venecia, Verona, Milán, Bolonia y Florencia.

En Alemania el principio de Wallenstein.

En Francia, país mas inmediato á su patria ¿qué veía Shakespeare? Ocho años de edad tenía el autor del *Macbeth* cuando llegaron á su oído los gritos de la matanza de San Bartolomé. Estos gritos resonaron distintamente en Inglaterra, y sus detalles fueron publicados con toda la posible exageración. De Londres y Edimburgo salieron y circularon por todo el reino relaciones impresas capaces de estremecer la imaginación de un niño. Nadie hablaba mas que del desaire dado por Isabel al embajador Carlos IX. «El silencio de la noche dominaba en todos los aposentos del régio alcázar. Las damas y los cortesanos estaban colocados en dos filas vestidos de riguroso luto, y cuando el embajador pasó por medio de ellos, no hubo una persona que le dirigiera una mirada de atención, ni le devolviera el saludo.» Marlowe puso en escena *La Matanza de Paris*, y Shakespeare inauguró la carrera desempeñando un papel en su representación.

Después del reinado de Carlos IX vino el de Enrique III tan fecundo en catástrofes. Catalina de Médici, los Donceles, las barricadas, el asesinato de los dos Guisa en Blois, la muerte de Enrique III en Saint-Cloud, los furros de la Liga, el asesinato de Enrique IV, variarían sin cesar las emociones de un poeta que estaba presenciando esa larga cadena de sucesos.

Los soldados de Isabel y el mismo conde de Essex tomaron parte en las guerras civiles de Francia, y combatieron en el Havre, en Ivry, en Rouen y en Amiens. Algunos veteranos del ejército inglés pudieron referir en el hogar de William lo que habían aprendido acerca de las calamidades de Francia en los campos de batalla.

Era, pues, el génio de su época el que inspiraba al número de Shakespeare. Los innumerables dramas representados á su alrededor, preparaban asuntos á los herederos de su arte: Carlos IX, el duque de Guisa, María Estuardo, don Carlos y el conde de Essex, debían inspirar tambien andando el tiempo, á Schiller Ottway, Alfieri, Campistron, Tomás Corneille, Chenier y Reynouard.

Shakespeare nació entre la revolución religiosa principiada en tiempo de Enrique VIII, y la revolución política próxima á estallar en tiempo de Carlos I. Muertes y catástrofes fue lo único que pudo ver donde quiera que fijó los ojos.

En el reinado de Eduardo VI: Sommerset, protector del reino y tío del joven rey, fue entregado al patíbulo.

En el reinado de María: los mártires del protestantismo, Juana Gray decapitada, Felipe, el exterminador de los protestantes, desembarcó en Inglaterra como para pasar revista al campamento enemigo y dejarlo entregado á la muerte.

En el reinado de Isabel: los mártires del catolicismo, la misma Isabel, ungida segun el rito romano y convertida en persecutora de una creencia á que debía la corona; Isabel, hija de aquella Ana Bolena, causa de un cisma, sacrificada despues de Tomás Moro, que murió medio loca, orando, riendo y comparando la pequeñez de su cuello con la anchura del cuchillo del verdugo.

Shakespeare encontró en su juventud antiguos frailes, expulsados de los conventos que habían visto á Enrique VIII, sus reformas, sus destrucciones de conventos, sus bufones, sus esposas, sus queridas y sus verdugos: cuando el poeta murió, Carlos I tenía diez y seis años.

De manera, que Shakespeare pudo tocar con una mano las cabezas encanecidas amenazadas por la cuchilla del ante-último de los Tudor, y con la otra la frente del segundo de los Estuardos, retratada por Wandick, y últimamente abatida por el hacha de los parlamentarios. Apoyándose en aquellas cabezas trágicas el gran trágico, se hundió en el sepulcro, habiendo llenado el espacio de su vida de espectros, de reyes ciegos, de ambiciosos castigados y de mujeres desgraciadas para unir por medio de ficciones análogas las realidades de lo pasado con las realidades del porvenir.

POETAS Y ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE SHAKESPEARE.

Jacobo I reinó entre la espada que le había espartado en el vientre de su madre, y la que hizo morir pero no temblar á su hijo. Su reinado fue un intermedio entre el cadalso de Fotheringay y el de White-Hall: espacio oscuro en que se extinguieron Bacon y Shakespeare.

Estos dos ilustres contemporáneos se encontraron en un mismo camino; hemos nombrado ya anteriormente los extranjeros que pudieron llamarse compañeros de su gloria. En Francia, país poco favorecido de las letras en aquella época, no figuraban mas que Amyot, de Thou, Ronsard y Montaigne, espíritus de mediano vuelo; Hardy y Garnier murmuraban apenas los primeros acentos de la Melpómene francesa. Sin embargo, la muerte de Rabelais no había precedido sino en quince años al nacimiento de Shakespeare: el bufon habría tal vez podido medirse sin desventaja con el trágico.

Treinta y un años había pasado este sobre la tier-

ra, cuando el desgraciado Tasso y el heroico Ercilla la abandonaron muriendo en 1595. El poeta inglés fundaba el teatro de su nación, cuando Lope de Vega establecía la escena española; pero este tuvo un rival en Calderón. El autor de *El Mejor Alcalde* iba en clase de voluntario en la armada llamada invencible, cuando el autor de *Falstaff* calmaba las inquietudes de la *Hermosa Vestal sentada en el trono de Occidente*.

El dramático español hace mención de aquella famosa armada en la comedia titulada *Fuerza lastimosa*. «Los vientos, dice el poeta, destruyeron la mejor armada que jamás se ha visto.» Lope venía con la espada en mano á asaltar á Shakespeare en sus hogares, así como los trovadores de Guillermo, el Conquistador, asaltaron á los escaldas de Harold. Lope hizo de la religión lo que el trágico inglés hizo de la historia; los personajes del primero entonaban en la escena el Gloria Patri mezclado con romances; los del segundo cantaban baladas acompañadas de gestos (*lazzi*) de los enterradores.

Cervantes, herido en Lepanto (A. 1570), esclavo en Argel (1575), rescatado en 1581, que principió en una cárcel su inimitable comedia, no se atrevió á continuarla sino mucho tiempo después. (Tan desconocida era aquella obra maestra!) y murió en el mismo año y en el mismo mes que Shakespeare; según se acredita en dos documentos que revelan el estado de riqueza de ambos autores.

William Shakespeare en el testamento dejó á su mujer la segunda de sus camas después de la mejor: dió á dos compañeros de teatro treinta y dos chelines para comprar una sortija; instituyó á su hija mayor Susana, heredera universal, y dejó á la segunda llamada Judit, algunas frioleras. Judit hizo al pie del testamento la señal de la cruz por no saber escribir.

Cervantes confiesa en la carta de dote otorgada á su esposa doña Catalina Palacios y Salazar, haber recibido una devanadera con un cajón, una sarten de hierro, tres asadores, un rayo, una limpiadera, seis fanegas de harina, cinco libras de cera, dos escáños, una mesa de cuatro pies, un colchón lleno de lana, un candelero de azofar, dos sobrecamas, dos niños Jesús con sus ropitas y camisitas, y cuarenta y cuatro (1) pollos y gallinas con el gallo.

En la actualidad no hay escritoruelo que no clame contra la injusticia del mundo y sobre lo poco que se aprecia el talento, no contentándose tal vez de pensiones, cuya céntesima parte habrían hecho la fortuna de Cervantes y de Shakespeare. El pintor del bufon del rey Lear fue pues en 1616 á buscar otro mundo mejor en compañía del pintor de don Quijote, ¡dignos compañeros de viaje!

Corneille había venido á reemplazarlos en esa familia cosmopolitana de los grandes hombres, cuyos hijos nacen en todos los pueblos, como en Roma, se sucedían los Brutos á los Brutos, y los Escipiones á los Escipiones. El cantor del Cid, teniendo seis años de edad, vió los postreros días del cantor de Otelo, como Miguel Ángel entregaba su paleta, su cincel, su escuadra y su lira á la muerte, el mismo año en que Shakespeare con el contorno al pie y la máscara en la mano entró en la vida, y como el poeta moribundo de la Lusitania saludó los primeros albores del poeta de Albion. Cuando el joven carnicero de Stracfor, armado del cuchillo dirigía una arenga á las víctimas

(1) Cuarenta y cinco gallinas é pollos con un gallo, dice el documento original de donde sin duda el ilustre autor de este Ensayo tomó la noticia de los bienes, muebles y raíces que Cervantes confesó haber recibido en dote de su esposa. La diferencia es una gallina; pero bien merece notarse donde figuran un badil de hierro apreciado en 17 maravedises, un banquillo de cuatro pies del mismo valor, una artesilla vieja chica, una media cama y otras notables preciosidades.

(terneras y corderos) antes de degollarlas, Camoens hacía resonar junto al sepulcro de Inés en las orillas, del Tajo, los acentos del cisne:

«Desde hace tantos años que os voy cantando, ¡oh ninflas del Tajo! ¡oh, ninflas lusitanicas, la fortuna me lleva errante al través de peligros y de contrariedades, unas veces por el mar, otras por medio de los combates, y otras degradado por una vergonzosa indigencia sin mas asilo que un hospital.... No bastaba que yo me hubiera consagrado á tantas misérias, preciso era que me vinieran de parte de aquellas mismas cosas que he celebrado.... Poetas; vosotros dais la gloria; hé aquí el precio.»

*Vao os annos descendo et já do estio
Ho pouco que passen até o outono, etc.*

«Mis años van declinando; antes de poco habré pasado del estío al otoño. Los pesares me van arrastrando hácia la orilla del negro reposo y del eterno sueño.»

¿Será posible que en todos los pueblos y en todos los siglos los ingenios mas eminentes lleguen á esas últimas palabras de Camoens?

Milton tenía ocho años cuando Shakespeare murió y se educó á la sombra del sepulcro de ese grande hombre: también se quejó de haber venido al mundo en mal tiempo, un siglo demasiado tarde. Temió que el frío del clima ó de los años no hubiese embotado sus alas obitadas.... «Cold climat, or years damp, my intended-wing deprest...»

Ese temor le acosaba al escribir el libro noveno del *Paraíso Perdido*, que comprende la seducción de Eva y las escenas mas patéticas entre ella y Adán.

Esos hombres divinos predecesores ó contemporáneos de Shakespeare, tienen en sí mismos alguna cosa que participa de la belleza de su patria. Dante era un ciudadano ilustre y un guerrero valiente: el Tasso hubiera ocupado muy bien el puesto entre los brillantes caballeros que siguieron á Reynaldo; Lope y Calderón pertenecieron á las Ordenes de Caballería, Ercilla fue á un mismo tiempo el Homero y el Aquiles de su epopeya: Cervantes y Camoens se envanecían de enseñar las gloriosas cicatrices de su valor y su infortunio. El estilo de esos poetas soldados participa con frecuencia de la elevación de su vida. Tal vez le habría convenido también á Shakespeare otra carrera que la que tuvo: en sus composiciones se manifiesta apasionado; pero rara vez noble, y la dignidad que faltó á su vida, se echa con mucha frecuencia de menos en su estilo.

VIDA DE SHAKESPEARE.

¿Y qué fue esa vida? ¿Quién lo sabe? Poca cosas. El que se sintió animado de ella la tuvo oculta y no se cuidó ni de sus trabajos, ni de sus días.

Si se estudian los sentimientos íntimos de Shakespeare en sus obras, parece que el pintor de tan sombríos cuadros debió ser un hombre ligero, y refiriendo todo á su propia existencia; es cierto que no sería poca la ocupación que encontraría en la inmensidad de su vida interior. El padre del poeta que probablemente perteneció á la comunión católica, fue por de pronto Baile y Alderman de Stratford, y posteriormente mercader de lanas y carnicero. William, hijo mayor de una familia de diez hijos, siguió la profesión de su padre. Ya he dicho que el depositario del puñal de Melpómene degolló terneras antes de matar tiranos, y que dirigió patéticas arengas á los espectadores de la injusta muerte de aquellos inocentes animales. Shakespeare en su juventud sostuvo bajo un manzano, célebre por esta circunstancia, victoriosas competencias de botellas de cerveza con los bebedores de Bidford. A los diez y ocho años se casó con la hija

de un Labrador llamada Ana Hatway, que le llevaba siete años de edad. De este matrimonio tuvo primero una hija, y luego dos gemelos de distinto sexo. Esta fecundidad no debió sin duda cautivar su corazón de un modo muy estable cuando vemos que no se vuelve á acordar de su Ana hasta que la menciona en la cláusula testamentaria para dejarle la segunda de sus camas después de la mejor.

Una aventura de cazador furtivo le hizo abandonar el pueblo de su naturaleza. Habiendo sido aprehendido en el parque vedado de Sir Tomás Lucy, tuvo que comparecer ante el agraviado, y se vengó de él fijando en la puerta de su casa una balada satírica. No por eso se apaciguó el odio de Shakespeare, pues de Sir Tomás Lucy compuso el personaje llamado Sallow en la segunda parte de Enrique IV, y lo abrumó con las bufonadas de Falstaff. Habiendo de la indignación de Sir Tomás obligado á Shakespeare á marcharse del pueblo, pasó á Londres á probar fortuna. Pasó á Londres acompañado de la miseria: allí se vió reducido á guardar los caballos de los que entraban en el teatro, y para este servicio organizó una compañía de muchachos que se llamaron *mozos de Shakespeare* (Shakespeare's boys). Desde la puerta del teatro halló medio de colocarse entre bastidores, y se empleó en el ejercicio de avisador (*Callboy*). Un pariente suyo llamado Green, que estaba de actor en Blak-Friars, le hizo pasar de los bastidores al escenario, y allí se convirtió de actor en autor. Contra él se publicaron críticas y folletos, á los cuales no contestó ni una sola palabra. En tanto seguía desempeñando el papel del hermano Lorenzo en *Romeo y Julieta*, y el de *espectro* en *Hamlet* de un modo maravilloso. Se sabe que competía con Ben-Johnson en el club de la Sirena fundado por Sir Walter-Raleigh; pero no hay noticia alguna del resto de su carrera teatral. Sus pasos no están marcados mas que por obras maestras que anualmente se desprendían dos ó tres veces de su ingenio, *bis pomis utilis arbor*, y de las cuales no tomaba el menor interés. Ni siquiera inscribía su nombre al frente de esas obras maestras, siendo así que lo prestaba para autorizar el catálogo de cómicos olvidados en comedias mas olvidadas aun. Tampoco se tomó la molestia de recoger ni imprimir sus dramas: la posteridad, de la cual nunca se acordó el poeta trágico, las exhumó de los antiguos repertorios, así como se desenterran los restos de una estatua de Fidias de entre las oscuras imágenes de los atletas de Olimpia.

Dante se unió sin ceremonia al grupo de los grandes poetas: *Vidi quattro grand ombre a noi venire*; el Tasso habló de su inmortalidad y así otros muchos; pero Shakespeare no dijo nada acerca de su persona, su familia, su mujer, su hijo (que murió á los doce años de edad), ni de sus hijas, su país, ni de sus obras, ni de su nombre; bien sea porque no tuvo conciencia de su talento, bien sea porque lo miró con desprecio, ó porque tal vez no llegó á creer en su futura celebridad. «¡Ah! ¡Cielos, exclama Hamlet, hace ya dos meses que murió y no le han olvidado todavía! Bien se puede en vista de esto esperar que la memoria de un grande hombre le sobrevivirá seis meses; pero ¡Válgame la Virgen! para eso será preciso que haya edificado iglesias; de lo contrario, bien podrá resignarse á que nadie se acuerde de él.»

Shakespeare abandonó bruscamente el teatro á los cincuenta años en la plenitud de sus triunfos y de su talento. Sin recurrir á causas extraordinarias para explicar esta retirada, es probable que el descuidado actor se retirase de la escena tan pronto como pudo reunir algún medio de independencia. Empéñanse en juzgar el carácter de un hombre por la naturaleza de su talento, y recíprocamente la índole de éste por los indicios de aquel; mas no hay que perder de vista, que el hombre y el talento son muchas veces dos co-

sas muy discordes, sin dejar de ser homogéneas. ¿Cuál será el verdadero carácter, el hombre Shakespeare? ¿el autor de aquellas escenas desgarradoramente trágicas, ó el entregado á las báquicas competencias bajo el manzano? Sin embargo, ambos caracteres son ciertos: ambos están unidos por medio de misteriosos enlaces de la naturaleza.

Lord Southampton fue amigo de Shakespeare, pero no se sabe que hubiese hecho nada de considerable en favor suyo. Isabel y Jacobo protegieron al actor, y probablemente lo despreciaron. Al regresar á sus hogares plantó el primer moral que se ha visto en el condado de Stratford. Murió en 1616 en Newplace, casa de campo de su pertenencia. Habiéndole traído al mundo el día 23 de abril de 1564, ese mismo día vino á sacarle al cabo de cincuenta y dos años. Fue enterrado bajo una losa de la iglesia de Stratford, y se le erigió una estatua sentada como un santo en un nicho, pintada de negro y escarlata, retocada por el abuelo de mistress Siddon, y embadurnada de yeso por Malone. Una grieta que hace muchos años se abrió en su sepulcro, dió lugar á que el sepulturero dijese que ya no existían los huesos convertidos en pura ceniza; el haber visto aquel polvo de Shakespeare, fue considerado entonces como una gran cosa. El poeta en un epitafio prohibió que nadie tocara sus cenizas: amigo del reposo, del silencio y de la oscuridad, tomó cuantas medidas le fueron posibles para librarse del movimiento, del ruido y del esplendor de su porvenir. Hé aquí toda la vida y toda la muerte de aquel inmortal; una casa en una aldea, un moral, la linterna con que el actor-autor representaba el papel del hermano Lorenzo en *Julieta y Romeo*, una rústica estatua, y una tumba entreabierta!

Un ministro protestante llamado Castrell, compró la casa de Newplace, y cansándose su áspero carácter de las peregrinaciones que los devotos á la memoria del grande hombre hacían al moral, lo mandó cortar, y posteriormente derribó la casa y vendió los materiales. En 1740 las inglesas levantaron á Shakespeare un monumento de mármol en Westminster por honrar la memoria del poeta que tanto había amado á las mujeres, y que por boca de Cimbelyna había dicho:

«La Inglaterra es un nido de cisnes en medio de un vasto estanque.»

¿Shakespeare fue cojo como Walter-Scott, como Byron y como las oraciones hijas de Júpiter? Los libelos que se publicaron contra él mientras vivió, no le echan en cara ese defecto que no podía menos de ser muy aparente en la escena. Además, hay que tener en cuenta que la pulbra inglesa *Lame*, lo mismo se aplica al defectuoso de un pie que al de una mano: *lame of one hand*; por lo cual, generalmente hablando, solo significa imperfecto, defectuoso, y la misma significación se le da en el sentido figurado. De todas maneras, el mozo (boy) de Stratford, lejos de avergonzarse de su defecto como Childe-Harold, no teme recordárselo á una de sus queridas:

«... I am lame by fortune's dear est spite.

(Cojo por el mas obstinado despecho de la fortuna).

El gran trágico debió tener muchas queridas si se cuenta una por cada soneto, cuyo total son ciento cincuenta y cuatro. Sir William Davenant se jactaba de ser hijo de una hermosa posadera que vivía cerca de la *Corona* en Oxford, y que fue amiga del poeta. Tratábase éste sin consideración de ninguna especie en sus poesías sueltas, y repetía verdades desagradables á los objetos de su culto. Reprendíase á sí mismo de alguna cosa: ¿Gemía misteriosamente por sus costumbres? ¿Se lamentaba del poco brillo de la vida? Esto es lo que nadie ha podido saber. «Mi nombre ha recibido una mancha, decía, *my name receives a*

«brand. Apiadaos de mí, y desead que pueda renoverme, en tanto que como un enfermo voluntario, bebo un antidoto de Eysell contra mi fuerte corrupción... No puedo, sin embargo, confesártela por temor que te deshonres deplorando mi falta. No puedo dispensarme el honor de favorecerme en público sin quitar honor á tu nombre, *unless thou áké that honour from thy name.*»

Han creído algunos comentadores que Shakespeare tributaba homenaje á la reina Isabel ó á lord Southampton, simbólicamente transformado en querida. Nada mas comun en el siglo xv que semejante misticismo de pensamiento, y tal abuso de alegoría: Hamlet habla de Yorik como de una mujer cuando los sepultureros encuentran su cráneo: «¡Ah, pobre Yorik! yo le he conocido, Horacio era un alegre compañero dotado de exquisita imaginación... ¡Allí estaban adheridos aquellos labios que yo he besado no sé cuántas veces! ¡That y have kiss'd y know not how oft! En tiempo de Shakespeare, aun no se había introducido la moda de besar en la mejilla: Hamlet dice á Yorik lo que Margarita de Escocia dijo á Alain Chartier.

De todas maneras, muchos de sus sonetos fueron indudablemente dirigidos á mujeres. Algunas de esas elusiones eróticas están desfiguradas por sutilezas y juegos de palabras; pero su armonía le valió al autor el sobrenombre de *poeta de la lengua de miel*. Desde Cátulo vienen los discípulos de las Musas, tratando de darse prisa á coger del tallo la rosa antes que se marchite; Shakespeare habla con mas claridad: invita á su amiga á renacer en una hermosa niña, la cual renacerá á su vez en otra, y así de seguida: ese es el medio mas seguro de coger la rosa antes de marchitarla.

El creador de Desdémona y Julieta se iba envejeciendo sin dejar de estar continuamente enamorado. La mujer desconocida á quien se dirigía por medio de hermosos versos, se consideraba feliz, se enorgullecía de ser el objeto de los sonetos de Shakespeare: bien puede dudarse: la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la emblecen.

My love is strengthen'd, though more weak in seeming, etc.

«Mi amor se aumenta, aunque en apariencia es mas débil... nuestro nuevo amor se hallaba todavía en la primavera, cuando yo acostumbraba saludarlo con mis versos; así es como Filomena canta al principiar el verano, y va reteniendo los suspiros á proporcion que los dias van llegando á su perfección, no porque el verano sea ahora menos dulce que cuando los himnos melancólicos del ruiseñor silenciaban (imponían silencio á) la noche, sino porque ahora de cada rama se eleva una nueva melodía, y las cosas agradables pierden su mas preciado encanto cuando llegan á hacerse comunes. Imitando al ruiseñor, suspendo alguna vez mis canciones para no cansaros con ellas.»

Thar time of year thou may'st in me behold, When yellow leaves, or none, or few, do hang, etc.

«En mí puedes contemplar aquella estación en que algunas hojas amarillentas penden de las ramas que se estremecen al soplo de la brisa, bóvedas ruinosas y despojadas donde en otro tiempo gorgearan las avecillas... En mí puedes ver el rayo de un fuego que se estingue sobre las cenizas de su juventud, como sobre el lecho de muerte en que espira, consumido por lo que servía de pábulo. Estas cosas que ves, deben hacer que tu amor sea mas solícito en amar un bien que no tardará en perder.»

For longer mourn for me; when I am dead; Than you shall hear the surly sullen bell, etc.

«No lloreis largo tiempo por mí cuando habré muerto: oiréis la triste campana, suspendida en lo alto, anunciar que he huido de este mundo vil para habitar con los gusanos que aun son mas viles. Si lees estas palabras, no recordeis la mano que las ha escrito: es tanto lo que os amo que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si mi memoria os ha de producir el menor desconsuelo. ¡Ah! si llegais á fijar una mirada en estos renglones cuando yo no seré mas que una masa de arcilla, no repitais mi pobre nombre: desvanézcase vuestro amor juntamente con mi vida.»

Mas que la sensibilidad, la pasión y la profundidad dominan en esas composiciones la poesía, la imaginación y la melancolía. Shakespeare ama; pero el amor no le inspira mas fe que otra cualquier cosa; para él una mujer no es mas que un ave, una brisa, una flor, un objeto que encanta; pero que pasa con presteza. Al contemplar la indiferencia con que miraba su celebridad, ó la ignorancia que de ella tenía, al verle aislarse de la sociedad, desviándose de las condiciones á que podía aspirar, no parece sino que Shakespeare consideró la vida como una hora ligera y desocupada, como un pasatiempo rápido y agradable.

Los poetas profesan mas amor á su libertad y á su musa que á su querida. El papa ofreció al Petrarca secularizarlo á fin de que pudiera casarse con Laura: el Petrarca contestó al favor de su santidad diciendo: «*Aun tengo que hacer muchos sonetos.*»

Shakespeare, ese espíritu tan trágico, sacó sus tonos patéticos del escaso de su ironía y del desprecio de sí mismo y de toda la raza humana: de todo dudaba: *Perhaps* (acaso) es una palabra que no se aparta de sus labios. Montaigne, al otro lado del mar, no se cansaba de repetir. «Tal vez. ¿Quién sabe?»

SHAKESPEARE EN EL NÚMERO DE LOS CINCO Ó SEIS GRANDES GENIOS DOMINADORES.

Concluyamos.

Shakespeare es uno de los cinco ó seis escritores que han bastado á las necesidades y al alimento de la poesía, esos genios matrices, parece que han creado y educado á todos los demás. Homero fecundó la antigüedad; Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna desde el Petrarca al Taso. Rabelais creó la literatura francesa; Montaigne, La Fontaine y Moliere son vástagos de aquel tronco. La Inglaterra es enteramente de Shakespeare, y hasta en nuestros tiempos ha dado su lenguaje á Byron, y la forma de su diálogo á Walter-Scott.

No falta quien con frecuencia reniega de esos maestros supremos, ni quien se subleva contra ellos: se les acusa de pesadez, de extravagancia, de mal gusto, al propio tiempo que se hace alarde del trofeo de sus despojos; pero en vano es agitarse bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores: no hay rincón donde no se hayan estampado sus huellas. Los nombres y las palabras que aquellos grandes maestros inventaron han aumentado el vocabulario general de los pueblos: sus dichos y sus expresiones se han convertido en proverbios, y sus personajes imaginarios han llegado á ser realidades, y son ya hijos de solar conocido. Ellos abrieron nuevos horizontes de donde continuamente siguen brotando nuevos haces de luz; ellos sembraron ideas de las que germinan otras innumerables; ellos dieron la imaginativa, el asunto y el estilo á todas las artes; sus obras son minas inagotables; son las entrañas del espíritu humano.

Son talentos que ocupan el primer puesto: lo inmenso, lo variado, lo fecundo, lo original que en ellos resplandece los dan desde luego á conocer como ley, ejemplar, molde y tipo de las demás inteligencias,

así como hay cuatro ó cinco razas de hombres de los cuales todos los demás no parecen sino matices ó ramificaciones. Guardémonos bien de insultar el desorden en que alguna vez caen aquellos seres poderosos: no imitemos la conducta de Cam el maldito; no nos riamos, si por casualidad encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada en la cumbre de las montañas de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á ese marinero diluviano que volvió á dar principio á la creación después de haberse agotado las cataratas del cielo: seamos hijos piadosos, que deseando merecer la bendición de nuestro padre, lo cubramos públicamente con nuestro manto.

No pensó Shakespeare mientras gozó de la existencia,

TERCERA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS PRIMEROS ESTUARDOS Y DURANTE LA REPUBLICA.

LO QUE INGLATERRA DEBE Á LOS DOS ESTUARDOS.

Al solo nombre de Estuardo surge en la mente la idea de una larga tragedia. Pregúntase si no habria convenido mas que Shakespeare hubiera nacido en esa época; no habria convenido, porque entonces el gran trágico agitado por el torbellino de la revolución, no hubiera tenido ocasion de desarrollar las diversas partes de su talento, ó tal vez lanzándose en la senda de la política, no habria producido nada y los hechos habrian devorado su existencia.

La Gran Bretaña debe á la raza de los Estuardos dos cosas inapreciables para una nación, la fuerza y la libertad. Jacobo I, al unir la corona de Escocia á la de Inglaterra, reunió los pueblos de la isla en un solo cuerpo, y dió fin á la guerra extranjera. La Escocia tenía alianzas continentales: casi todas las veces que entre Francia é Inglaterra estallaban hostilidades, la Escocia solía ponerse al lado de la primera. Si Escocia no hubiese ya estado incorporada á Inglaterra en 1792 esta no habria podido sostener la prolongada lucha de la revolución.

Por lo tocante á la libertad inglesa puede decirse que los Estuardos la fijaron combatiéndola: Carlos I la pagó con su cabeza, y Jacobo II, con su raza.

JACOBO I.—BASILICON DORON.

Figuran las medianías en las respectivas épocas de su existencia por la razón de ser naturalmente molestas, intrigantes, y envidiosas y porque de lo vulgar de los hombres y las cosas se compone el aparato del mundo, pero una vez pasada aquella época, nada seria capaz de resucitar á la turba vulgar, que desengañada ya por la buena fe de la muerte, se llenaría de asombro al verse devuelta á la vida, y ni siquiera acertaría á tenerse de pie. Algunos personajes son los únicos que permanecen en el antiguo lienzo del tiempo, cuando todo lo restante del cuadro ha desaparecido: de estos es de quienes únicamente conviene ocuparse, pues los secundarios basta nombrarlos, en los intervalos que las grandes figuras van dejando entre sí. Sin embargo es esencial ir notando de paso las revoluciones ocurridas en el fondo y en la forma del pensamiento humano. He dicho *esencial* por hablar como los que se dan importancia y como los doctos, pues fuera de la religión y sus virtudes ¿qué puede haber de esencial en el mundo?

El primero de los cuatro Estuardos que subió al

trono de Inglaterra, dejó obras mas apreciadas que su memoria: hago mención de ellas, preciso es reproducir la memoria de los reyes que pueden escribir sobre el Apocalipsis, la verdadera ley de las monarquías libres, y el *Regis Donativo* (*Basilicon Doron*). Si Jacobo I no se hubiese tomado tanta molestia en establecer el *derecho divino*, y en conquistar el título de *Sacra Magestad* no habria dado lugar á que se atribuyese á su desgraciado hijo la composicion del *Icon Basilike*, ó *Basilicon Doron*.

De todas maneras esta obra merece un exámen particular: encierra curiosas noticias históricas y presenta bajo un nuevo aspecto á Jacobo I. El *Donativo* ó *Presente regio* está dedicado á Enrique, hijo mayor de Jacobo. El rey en su dedicatoria al joven príncipe, le dice: «Me valgo de una antigua traducción francesa; fiel é ingenua, y á fin de que esta instrucción no sea gravosa á vuestra memoria la he dividido en tres partes. La primera os manifestará vuestro deber para con Dios como cristiano, la segunda vuestro deber para con el pueblo como rey, y la tercera os enseñará cómo debéis conducir en las cosas comunes y ordinarias de la vida, que no son ni buenas, ni malas en sí mismas, sino atendido el buen ó mal uso que se hace de ellas, y que sin embargo contribuirán al aumento de vuestra reputación y autoridad si sabeis emplearlas discretamente.»

El rey se dirige en seguida al lector.

«Entre aquellas de mis acciones mas secretas; que contra lo que yo esperaba han llegado á noticia del público, debe contarse un escrito, que he denominado *Donativo regio*, porque lo dedicaba á mi hijo mayor, destinado por Dios, según lo creo, á sentarse en el trono después de mí.

«A fin de que ese escrito permaneciera oculto, le exigí al impresor juramento de que no tiraría mas que siete ejemplares para distribuirlos y hacerlos guardar secretamente por siete de mis mas íntimos servidores: de esta manera podía esperar que aunque el tiempo que todo lo destruye y consume, hiciera desaparecer los mas de aquellos ejemplares, aun queria después de mi muerte alguno que diera testimonio á mi hijo de la sinceridad de mi afecto y del cuidado que he tenido de su educación.

«Mas, puesto que contra mi designio ese escrito, se halla publicado por todas partes, y está sujeto á la censura de todos (pudiéndolo cada cual juzgar á medida de su propia índole ó inclinaciones), me veo

«brand. Apiadaos de mí, y desead que pueda renoverme, en tanto que como un enfermo voluntario, bebo un antidoto de Eysell contra mi fuerte corrupción... No puedo, sin embargo, confesártela por temor que te deshonres deplorando mi falta. No puedo dispensarme el honor de favorecerme en público sin quitar honor á tu nombre, *unless thou áké that honour from thy name.*»

Han creído algunos comentadores que Shakespeare tributaba homenaje á la reina Isabel ó á lord Southampton, simbólicamente transformado en querida. Nada mas comun en el siglo xv que semejante misticismo de pensamiento, y tal abuso de alegoría: Hamlet habla de Yorik como de una mujer cuando los sepultureros encuentran su cráneo: «¡Ah, pobre Yorik! yo le he conocido, Horacio era un alegre compañero dotado de exquisita imaginación... ¡Allí estaban adheridos aquellos labios que yo he besado no sé cuántas veces! ¡That y have kiss'd y know not how oft! En tiempo de Shakespeare, aun no se había introducido la moda de besar en la mejilla: Hamlet dice á Yorik lo que Margarita de Escocia dijo á Alain Chartier.

De todas maneras, muchos de sus sonetos fueron indudablemente dirigidos á mujeres. Algunas de esas elusiones eróticas están desfiguradas por sutilezas y juegos de palabras; pero su armonía le valió al autor el sobrenombre de *poeta de la lengua de miel*. Desde Cátulo vienen los discípulos de las Musas, tratando de darse prisa á coger del tallo la rosa antes que se marchite; Shakespeare habla con mas claridad: invita á su amiga á renacer en una hermosa niña, la cual renacerá á su vez en otra, y así de seguida: ese es el medio mas seguro de coger la rosa antes de marchitarla.

El creador de Desdémona y Julieta se iba envejeciendo sin dejar de estar continuamente enamorado. La mujer desconocida á quien se dirigía por medio de hermosos versos, se consideraba feliz, se enorgullecía de ser el objeto de los sonetos de Shakespeare: bien puede dudarse: la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la emblecen.

My love is strengthen'd, though more weak in seeming, etc.

«Mi amor se aumenta, aunque en apariencia es mas débil... nuestro nuevo amor se hallaba todavía en la primavera, cuando yo acostumbraba saludarlo con mis versos; así es como Filomena canta al principiar el verano, y va reteniendo los suspiros á proporcion que los dias van llegando á su perfección, no porque el verano sea ahora menos dulce que cuando los himnos melancólicos del ruiseñor silenciaban (imponían silencio á) la noche, sino porque ahora de cada rama se eleva una nueva melodía, y las cosas agradables pierden su mas preciado encanto cuando llegan á hacerse comunes. Imitando al ruiseñor, suspendo alguna vez mis canciones para no cansaros con ellas.»

Thar time of year thou may'st in me behold, When yellow leaves, or none, or few, do hang, etc.

«En mí puedes contemplar aquella estación en que algunas hojas amarillentas penden de las ramas que se estremecen al soplo de la brisa, bóvedas ruinosas y despojadas donde en otro tiempo gorgearan las avecillas... En mí puedes ver el rayo de un fuego que se estingue sobre las cenizas de su juventud, como sobre el lecho de muerte en que espira, consumido por lo que servía de pábulo. Estas cosas que ves, deben hacer que tu amor sea mas solícito en amar un bien que no tardará en perder.»

For longer mourn for me; when I am dead; Than you shall hear the surly sullen bell, etc.

«No lloreis largo tiempo por mí cuando habré muerto: oiréis la triste campana, suspendida en lo alto, anunciar que he huido de este mundo vil para habitar con los gusanos que aun son mas viles. Si lees estas palabras, no recordeis la mano que las ha escrito: es tanto lo que os amo que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si mi memoria os ha de producir el menor desconsuelo. ¡Ah! si llegais á fijar una mirada en estos renglones cuando yo no seré mas que una masa de arcilla, no repitais mi pobre nombre: desvanézcase vuestro amor juntamente con mi vida.»

Mas que la sensibilidad, la pasión y la profundidad dominan en esas composiciones la poesía, la imaginación y la melancolía. Shakespeare ama; pero el amor no le inspira mas fe que otra cualquier cosa; para él una mujer no es mas que un ave, una brisa, una flor, un objeto que encanta; pero que pasa con presteza. Al contemplar la indiferencia con que miraba su celebridad, ó la ignorancia que de ella tenía, al verle aislarse de la sociedad, desviándose de las condiciones á que podía aspirar, no parece sino que Shakespeare consideró la vida como una hora ligera y desocupada, como un pasatiempo rápido y agradable.

Los poetas profesan mas amor á su libertad y á su musa que á su querida. El papa ofreció al Petrarca secularizarlo á fin de que pudiera casarse con Laura: el Petrarca contestó al favor de su santidad diciendo: «*Aun tengo que hacer muchos sonetos.*»

Shakespeare, ese espíritu tan trágico, sacó sus tonos patéticos del escaso de su ironía y del desprecio de sí mismo y de toda la raza humana: de todo dudaba: *Perhaps* (acaso) es una palabra que no se aparta de sus labios. Montaigne, al otro lado del mar, no se cansaba de repetir. «Tal vez. ¿Quién sabe?»

SHAKESPEARE EN EL NÚMERO DE LOS CINCO Ó SEIS GRANDES GENIOS DOMINADORES.

Concluyamos.

Shakespeare es uno de los cinco ó seis escritores que han bastado á las necesidades y al alimento de la poesía, esos genios matrices, parece que han creado y educado á todos los demás. Homero fecundó la antigüedad; Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna desde el Petrarca al Tasso. Rabelais creó la literatura francesa; Montaigne, La Fontaine y Moliere son vástagos de aquel tronco. La Inglaterra es enteramente de Shakespeare, y hasta en nuestros tiempos ha dado su lenguaje á Byron, y la forma de su diálogo á Walter-Scott.

No falta quien con frecuencia reniega de esos maestros supremos, ni quien se subleva contra ellos: se les acusa de pesadez, de extravagancia, de mal gusto, al propio tiempo que se hace alarde del trofeo de sus despojos; pero en vano es agitarse bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores: no hay rincón donde no se hayan estampado sus huellas. Los nombres y las palabras que aquellos grandes maestros inventaron han aumentado el vocabulario general de los pueblos: sus dichos y sus expresiones se han convertido en proverbios, y sus personajes imaginarios han llegado á ser realidades, y son ya hijos de solar conocido. Ellos abrieron nuevos horizontes de donde continuamente siguen brotando nuevos haces de luz; ellos sembraron ideas de las que germinan otras innumerables; ellos dieron la imaginativa, el asunto y el estilo á todas las artes; sus obras son minas inagotables; son las entrañas del espíritu humano.

Son talentos que ocupan el primer puesto: lo inmenso, lo variado, lo fecundo, lo original que en ellos resplandece los dan desde luego á conocer como ley, ejemplar, molde y tipo de las demás inteligencias,

así como hay cuatro ó cinco razas de hombres de los cuales todos los demás no parecen sino matices ó ramificaciones. Guardémonos bien de insultar el desorden en que alguna vez caen aquellos seres poderosos: no imitemos la conducta de Cam el maldito; no nos riamos, si por casualidad encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada en la cumbre de las montañas de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á ese marinero diluviano que volvió á dar principio á la creación después de haberse agotado las cataratas del cielo: seamos hijos piadosos, que deseando merecer la bendición de nuestro padre, lo cubramos públicamente con nuestro manto.

No pensó Shakespeare mientras gozó de la existencia,

TERCERA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS PRIMEROS ESTUARDOS Y DURANTE LA REPUBLICA.

LO QUE INGLATERRA DEBE Á LOS DOS ESTUARDOS.

Al solo nombre de Estuardo surge en la mente la idea de una larga tragedia. Pregúntase si no habría convenido mas que Shakespeare hubiera nacido en esa época; no habría convenido, porque entonces el gran trágico agitado por el torbellino de la revolución, no hubiera tenido ocasión de desarrollar las diversas partes de su talento, ó tal vez lanzándose en la senda de la política, no habría producido nada y los hechos habrían devorado su existencia.

La Gran Bretaña debe á la raza de los Estuardos dos cosas inapreciables para una nación, la fuerza y la libertad. Jacobo I, al unir la corona de Escocia á la de Inglaterra, reunió los pueblos de la isla en un solo cuerpo, y dió fin á la guerra extranjera. La Escocia tenía alianzas continentales: casi todas las veces que entre Francia é Inglaterra estallaban hostilidades, la Escocia solía ponerse al lado de la primera. Si Escocia no hubiese ya estado incorporada á Inglaterra en 1792 esta no habría podido sostener la prolongada lucha de la revolución.

Por lo tocante á la libertad inglesa puede decirse que los Estuardos la fijaron combatiéndola: Carlos I la pagó con su cabeza, y Jacobo II, con su raza.

JACOBO I.—BASILICON DORON.

Figuran las medianías en las respectivas épocas de su existencia por la razón de ser naturalmente molestas, intrigantes, y envidiosas y porque de lo vulgar de los hombres y las cosas se compone el aparato del mundo, pero una vez pasada aquella época, nada sería capaz de resucitar á la turba vulgar, que desengañada ya por la buena fe de la muerte, se llenaría de asombro al verse devuelta á la vida, y ni siquiera acertaría á tenerse de pie. Algunos personajes son los únicos que permanecen en el antiguo lienzo del tiempo, cuando todo lo restante del cuadro ha desaparecido: de estos es de quienes únicamente conviene ocuparse, pues los secundarios basta nombrarlos, en los intervalos que las grandes figuras van dejando entre sí. Sin embargo es esencial ir notando de paso las revoluciones ocurridas en el fondo y en la forma del pensamiento humano. He dicho *esencial* por hablar como los que se dan importancia y como los doctos, pues fuera de la religión y sus virtudes ¿qué puede haber de esencial en el mundo?

El primero de los cuatro Estuardos que subió al

trono de Inglaterra, dejó obras mas apreciadas que su memoria: hago mención de ellas, preciso es reproducir la memoria de los reyes que pueden escribir sobre el Apocalipsis, la verdadera ley de las monarquías libres, y el *Regis Donativo* (*Basilicon Doron*). Si Jacobo I no se hubiese tomado tanta molestia en establecer el *derecho divino*, y en conquistar el título de *Sacra Magestad* no habría dado lugar á que se atribuyese á su desgraciado hijo la composición del *Icon Basilike*, ó *Basilicon Doron*.

De todas maneras esta obra merece un examen particular: encierra curiosas noticias históricas y presenta bajo un nuevo aspecto á Jacobo I. El *Donativo* ó *Presente regio* está dedicado á Enrique, hijo mayor de Jacobo. El rey en su dedicatoria al joven príncipe, le dice: «Me valgo de una antigua traducción francesa; fiel é ingenua, y á fin de que esta instrucción no sea gravosa á vuestra memoria la he dividido en tres partes. La primera os manifestará vuestro deber para con Dios como cristiano, la segunda vuestro deber para con el pueblo como rey, y la tercera os enseñará cómo debéis conducir en las cosas comunes y ordinarias de la vida, que no son ni buenas, ni malas en sí mismas, sino atendido el buen ó mal uso que se hace de ellas, y que sin embargo contribuirán al aumento de vuestra reputación y autoridad si sabeis emplearlas discretamente.»

El rey se dirige en seguida al lector. «Entre aquellas de mis acciones mas secretas; que contra lo que yo esperaba han llegado á noticia del público, debe contarse un escrito, que he denominado *Donativo regio*, porque lo dedicaba á mi hijo mayor, destinado por Dios, según lo creo, á sentarse en el trono después de mí. «A fin de que ese escrito permaneciera oculto, le exigí al impresor juramento de que no tiraría mas que siete ejemplares para distribuirlos y hacerlos guardar secretamente por siete de mis mas íntimos servidores: de esta manera podía esperar que aunque el tiempo que todo lo destruye y consume, hiciera desaparecer los mas de aquellos ejemplares, aun quería después de mi muerte alguno que diera testimonio á mi hijo de la sinceridad de mi afecto y del cuidado que he tenido de su educación. «Mas, puesto que contra mi designio ese escrito, se halla publicado por todas partes, y está sujeto á la censura de todos (pudiéndolo cada cual juzgar á medida de su propia índole ó inclinaciones), me veo

por último obligado á consentir su impresion.»

La primera parte de la obra, ó sea *Deberes de un rey cristiano para con Dios*, contiene cosas buenas pero comunes, el único pasaje notable que en él se encuentra es el siguiente:

«He dicho que la conciencia es la depositaria de la religión. Es como un ojo que Dios ha puesto en el interior del hombre que sin cesar está velando sobre todos los actos de su vida, para darle placer y contento cuando obra bien, y un vivo pesar cuando por el contrario obra mal. Pues así como la conciencia sirve de tortura y de verdugo á los malvados, así se convierte en consuelo para los que proceden con rectitud.

«No es una ventaja tener en sí mismo durante nuestra vida un registro tan fiel de todos los pecados que han de servirnos de acusación en la hora de nuestra muerte, y en el juicio final?

«Conservad por lo tanto pura vuestra conciencia, hasta de las manchas ó imperfecciones á que los hombres están por la mayor parte sujetos: libradla de la estupidez que engendra el ateísmo, y de la superstición, madre de las herejías. La primera de estas dos cosas me parece comparable á una alma plagada de lepra, á una conciencia cauterizada, que ha perdido toda sensibilidad y está aletargada en el pecado. Por la segunda, esto es, por supersticiosos entendiendo los que se enlazan mutuamente para servir á Dios de un modo ó forma distinta de la que se dignó mandarnos por medio de su divina palabra.»

La segunda parte del *Regio donativo*, esto es, *Deberes de un rey en su cargo*, se abre con este bello exordio.

«Campeando en vos las dos cualidades de cristiano y de rey, preciso es que os esmereis en cumplir bien con los deberes que os imponen, á fin de que seáis tan buen monarca como buen cristiano, gobernando con justicia y equidad, lo cual se conseguirá de dos maneras: la una estableciendo buenas leyes y haciéndolas cumplir, sin lo cual nada adelantaría; puesto que el cumplimiento es la vida de la ley, y la otra procurando que por vuestras costumbres y vuestra vida os propongáis como perfecto modelo á vuestros vasallos, pues naturalmente el pueblo modela sus costumbres con arreglo á las del soberano; el poder y la influencia que las leyes ejercen sobre los pueblos no alcanza á lo que puede esperarse del buen ejemplo de los que están encargados de su dirección.»

Jacobo parece un profeta de familia cuando escribe estos párrafos sobre la muerte de un buen rey y sobre la de un tirano.

«En primer lugar considerad la diferencia que hay entre un rey legítimo y un tirano, y de este modo comprendéis mucho mejor cuál es vuestro deber; pues las cosas contrarias puestas en oposición aparecen mas de relieve y se dejan ver con mas claridad. El primero (el rey legítimo) sabe que existe para su pueblo y que es responsable ante Dios del cargo y del gobierno que éste le ha conferido. El otro (el tirano) piensa que el pueblo existe para él, es decir, para que le sirva en sus pasiones y apetitos desahogados; en una palabra, se imagina que el pueblo es su presa, y la tiranía fruto de su dominación.

«Y si bien es cierto que hay algunos que la deslealtad de sus súbditos hace morir antes de tiempo (lo cual sucede rara vez), tampoco lo es menos que su reputación vive después de ellos, y que la deslealtad de aquellos malvados va siempre seguida del castigo en sus cuerpos, bienes y reputación y que su infamia pasa á la posteridad. Mas por lo que hace al tirano, su mala vida, y provoca por último sus súbditos á convertirse en verdugos: y si bien la revolución por parte de estos nunca es laudable, era tan grande el hastío y el cansancio que el tirano cau-

saba con sus arrebatos, que la mayor parte del pueblo no siente su caída, ni mucho menos sus vecinos. «Por lo tanto además de la abominable memoria que el tirano deja en pos de sí en este mundo y de las penas eternas que le esperan en el otro, sucede con frecuencia que los autores de aquel asesinato salen impunes, y el hecho queda sancionado por las leyes y aprobado por la posteridad. Muy fácil os será pues, hijo mío; elegir entre esos dos modos de vivir el mejor y asegurar vuestra vida y vuestro estado marchando por el camino de la virtud, en cuyo caso aunque os sucediese algún infortunio, por lo menos seríais llorado de la gente de bien; vuestra vida merecería aprobación y la fragancia de vuestro nombre se extendería á todo el mundo.»

Al hablar de los excesos que es preciso reprimir, Jacobo dice á su heredero:

«Puesto que teneis la autoridad legítima de juez y soberano, no consintáis que aquellos á quienes debéis el honor de vuestro origen, y que han ejercido dominio y autoridad sobre vuestra misma persona, sean difamados de nadie. Esto debéis hacer por vuestro propio interés y para que los venideros no os traten tan sin consideración como habeis consentido que se tratara á los antecesores.

«Teniendo pues, el honor de traer vuestro origen de tan ilustres antepasados como lo son los príncipes de la cristiandad, reprimí la insolencia de los mal-dicientes que á pretexto de tachar un vicio en la persona, intentan maliciosamente tachar la raza y la familia entera para hacerla odiosa á la posteridad. ¿Qué amor podéis prometeros de los que quieren mal á vuestros padres? ¿Por qué razón hay tanto afán en destruir los lobeznos, y los cachorros de la raposa, sino por el odio que todo el mundo profesa á su malévola raza? ¿Y por qué razón el potro de un corcel de Nápoles tiene en el mercado mas valor que el de un rocín, sino por el aprecio en que se tiene la raza de que procede? Monstruosos es en efecto ver que una persona aborrece al padre y ama á los hijos, y en verdad tampoco hay camino mas breve para hacer que el hijo sea despreciado que el difamar al padre y entregarlo al odio. En una palabra, hablo como amaestrado por mi propia experiencia, pues además de los juicios de Dios que he visto recaer sobre los principales autores de las conspiraciones tramadas contra mis padres y antecesores, puedo afirmar que no he encontrado servidores mas fieles ni afectos á mi persona, aun en lo mas crítico de mis apuros y aflicciones, que aquellos que les sirvieron lealmente hasta el fin, en particular á la reina mi madre. Hablo de aquellos que ya entonces se hallaban en la edad de la discreción. Por lo tanto, hijo mío, descargo mi corazón y mi conciencia manifestándoos la verdad, y no me cuidó de lo que dirán ó pensarán los traidores, sus fautores ó cómplices.

Estas enérgicas palabras demuestran que Jacobo fue calumniado por los que lo supusieron indiferente á la catástrofe de su madre, y tienen tanto mas mérito cuanto que aun no era rey de Inglaterra cuando las escribió. En Escocia le rodeaban los enemigos de María Estuardo, y aun vivía aquella Isabel cuyo trono estaba esperando.

El siguiente párrafo da una idea del estado de Escocia en aquella época.

«Esta cuestión me pone en el caso de hablar de los excesos y desolaciones que se cometen en lo alto del país de Escocia y en las fronteras. Allí hay que distinguir dos clases de hombres. Unos que son los que habitan en tierra firme, presentan en medio de su grosería algún resto ó apariencia de civilización. Otro, los que moran en las islas, son enteramente salvajes y incivilizados. Ejecutad rigurosamente mis ordenanzas respecto de estos hombres, de sus jefes y conductores y es de esperar que conseguireis domar-

«los. Por lo que hace á los otros, seguid también mi plan y mi designio de establecer colonias de gente civilizada en nuestra isla á fin de que se dulcifiquen las costumbres de aquellos bárbaros, ó bien trasportarlos á otra parte. Mas por lo relativo á la frontera, considero superfluo el seguirlos dando instrucciones por cuanto sé que si no llegais á ser un día señor de toda la isla, según por derecho de sucesión os corresponde, con dificultad vendreis á cabo de gozar tranquilamente esa parte septentrional que es la mas estéril y áspera. Mas si algún día llegais á ser señor de toda la isla, estableceréis allí vuestro dominio lo mismo que en todo lo restante del país, pues en tal caso esa frontera vendrá á ser el centro de vuestro reino.

«La reforma de la religión se hizo en Escocia de un modo bastante extraordinario y por obra de Dios no se verificó el cambio, así como en nuestros vecinos de Inglaterra en Dinamarca y otros varios puntos de Alemania con orden y por autorización del príncipe ó magistrado soberano. De esto resultó que varios espíritus turbulentos y sediciosos, en medio del desorden adquirieron tal autoridad sobre el pueblo, que habiendo luego saboreado las dulzuras del mando, empezaron á simular entre ellos una forma de gobierno popular, aprovechándose de las desgracias de mi abuela, y posteriormente de la licencia ocasionada por mi larga minoría. Estos hombres adelantaron la obra de su imaginaria democracia, hasta el punto que para la sucesión no alimentaban ya mas esperanza que la de convertirse en tribunales del pueblo.»

Lo que Jacobo I dice en este pasaje respecto de la cuestión puritana, explica la teoría de *derecho divino* que tan desgraciadamente hizo sostener en lo sucesivo. No habiendo visto mas resultados producidos por la soberanía del pueblo que turbulencias y desolaciones, se escudó en el *derecho divino*, y aun no se creía bastante seguro en el principio de la monarquía hereditaria.

Jacobo discurre también acerca de la nobleza, y examina sus defectos y cualidades. Un espíritu lleno de discreción domina en el sistema del rey acerca de los cargos del Estado. Respecto de las clases industriales, Jacobo se anticipa á las ideas de su siglo y quiere: *que se dé y se publique toda libertad de comercio á los extranjeros*.

Al hablar del matrimonio de los príncipes, el rey recomienda á su hijo la pureza, y entre las instrucciones morales que le da sobre este particular, campea un consejo político, digno de atención por su exactitud.

«Preciso es que atendais principalmente á las razones en que se funda la institución del matrimonio, y todas las demás cosas os serán dadas como de añadidura. Esto me hace desear que tomeis una esposa que pertenezca exclusivamente á vuestra religión, con tal que su rango y demás cualidades sean compatibles con vuestra dignidad y estado. Bien sé que desgraciadamente el número de grandes príncipes que profesan nuestra religión es pequeño, y que por lo tanto será difícil seguir mi consejo, mayormente si reflexionais en las siguientes dificultades. Siendo vos y vuestra esposa miembros de dos iglesias opuestas ¿cómo hareis para ser los dos una misma carne, y para profesaros la necesaria amistad? La diversidad de religiones trae también naturalmente consigo diversidad de costumbres: la división de vuestros pastores producirá división en vuestros súbditos, que no podrán menos de seguir el ejemplo de vuestra casa y familia, y de aquí nacerá la mala educación de vuestros hijos. No presumáis de poder manejar y arreglar una mujer á vuestras costumbres. Salomón, el mas sabio de todos los reyes, se engañó y se dejó engañar por las mujeres: tened entendido que

«el don de perseverancia viene de Dios y no de nosotros.»

Si Carlos I hubiese seguido el consejo que Jacobo daba á Enrique, se habría ahorrado gran número de incomodidades.

Por lo demás, el horror con que el rey de Escocia habla de ciertas depravaciones, me hace creer que hasta en este punto ha sido mal juzgado: una palabra soldadesca de Enrique IV de Francia, no puede tener autoridad histórica, ni mas significado que el de una exclamación vulgar (*ventre-saint-gris*). El haberse abandonado á favoritos es prueba de debilidad; pero por sí sola no supone depravación: el que está plagado de vicios vergonzosos, los oculta; mas no hace, con cierto acento, el elogio de las virtudes opuestas: el velo de las alabanzas no alcanzará á cubrir el rubor de la frente.

La tercera parte del *Basilicon Doron*, de la conducta del rey en las cosas comunes é indiferentes, agrada por su candidez. Jacobo da lecciones á su hijo sobre el modo de manifestar mas gracia y buenos modales en la mesa. «Enrique no debe ser goloso, ni gloton: los manjares que comas deben ser condimentados sin muchas salsas, porque tales composiciones y mezcolanzas parecen mas bien formularios de botica que alimentos para comer, y porque su uso fue objeto de crítica en la antigua Roma.» Enrique debe evitar la embriaguez, vicio que crece con la edad y no muere sino con la vida. «En vuestras comidas, hijo mío, tratad de no ser grosero ó asqueroso, como un cínico, ni pulcro ó nimio como una novia; comed de un modo franco, varonil y decoroso. Sed igualmente parco en el dormir... y no hagais caso de sueños ni de vagos presagios... Vuestro vestido debe ser modesto, no superfluo como el de un disoluto, no mezquino y grosero como el de un miserable, no afeminadamente adornado, ni vistoso como el de un galán de la corte, no desmazelado y ordinario como el de un rústico, no abigarrado como el de un gendarme casquivano ó de un mozalbete relamido, no demasiado grave ó sencillo como el de un pelérgo... En tiempo de guerra procurad que vuestro vestido sea mas grave y vuestro ademán mas gallardo y resuelto. Sin embargo, todo eso sea sin llevar largo el cabello ni las uñas, que no son mas que descrementos de la naturaleza.»

Por lo tocante á los juegos y ejercicios corporales, Jacobo desea que su hijo proceda con buen acierto: para eso le recomienda la *carrera*, el *salto*, la *esgrima* y la *pelota*. «Ejercitaos, hijo mío, en domar caballos altos, que son los mas fogosos, á fin de que pueda decirse de vos lo que Filipo decía de su hijo Alejandro: La Macedonia es poca cosa para él.»

Jacobo permite á su hijo el ejercitarse en la caza, particularmente en la que se hace con sabuesos, que es la que le parece mas noble y adecuada á un príncipe. Por lo demás, le aconseja que consulte á Jenofonte, «autor antiguo y famoso, el cual dice Jacobo no habrá seguramente escrito para adularnos.»

«En vuestro lenguaje, hijo mío, sigue el rey diciéndolo, cuidad de espresaros con franqueza, sencillez correcta y sentenciosamente, evitando los extremos de usar palabras demasiado vulgares, ó expresiones demasiado estudiadas, que trascienden á escrito-rio... Si vuestra imaginación os induce á escribir en prosa ó en verso, nada hallo reprehensible en que la ejerciteis; pero no emprendais obras muy largas, porque podrían distraeros de vuestra principal ocupación.»

«Para escribir decorosamente, conviene ante todo elegir un asunto digno de vos, lleno de virtud, y no de vanidad, y al tratarlo procuraréis ser claro é inteligible en cuanto os sea dable. Si escribís en verso, acordaos que vuestros pensamientos sean tales, que aun puestos en prosa y sin la sonora cadencia de la

»rima, conserven en la riqueza de las ideas, y en la oportunidad de las comparaciones el esplendor y la gracia de la poesía: de aquí vereis que no todo el mérito de ésta consiste en la dulzura y elegante combinación de las palabras. También os aconsejo que no escribais sino en vuestro propio idioma, pues sobre ser muy poco lo que ya puede decirse en griego ó en latín, correis el riesgo de ser aventajado por cualquiera estudiante. Es también mas decoroso para un soberano el adornar y enriquecer su propio idioma, en cuyo conocimiento debe aventajar como en todas las demás cosas honestas y recomendables á sus súbditos.»

Curiosos son estos últimos consejos: aquel rey autor, que con tanto énfasis se expresaba ante sus Parla-mentos, se manifestaba lleno de tanta mesura como de buen gusto al hablar á su hijo. El final de la obra revela gran perspicacia: Jacobo está persuadido de que tarde ó temprano la reunión de Escocia é Inglaterra producirán un poderoso imperio.

Si me he extendido tanto sobre esa producción de Jacobo, consiste en que la considero como casi olvidada en la actualidad; pues nadie la conoce mas que por medio de uno de esos juicios que se escriben para los que no leen por los que no han leído. Voltaire ojeaba todos los libros, sin tomarse tiempo para estudiarlos: por eso lanzó al mundo una multitud de opiniones que pudieran llamarse de primera vista, adoptadas por parte de la pereza y la ignorancia. Si alguna vez el autor del *Ensayo sobre las costumbres*, discurre con exactitud, es porque adivina. Así es como de siglo en siglo cosas evidentemente falsas han pasado siendo creídas y repetidas como artículos de fe, llegando por último á adquirir una especie de verdad y una autenticidad de mentira que nada puede destruir.

Enrique (daño me hace el escribir ese nombre), aquel joven príncipe á quien estaba dedicado ese libro, murió en la edad de diez y ocho años. Si hubiese vivido, Carlos I no hubiera reinado; las revoluciones de 1649 y 1688 no hubieran tenido lugar, ni la revolución francesa habría producido las mismas consecuencias. Sin el precedente de la ejecución de Carlos I, tal vez á nadie se le habría ocurrido en Francia el llevar á Luis XVI al patíbulo: el mundo había cambiado.

Esas reflexiones que pueden presentarse con motivo de todas las catástrofes históricas, son vanas. En los anales de los pueblos hay siempre un instante en que si tal cosa no hubiese sucedido, si tal hombre hubiese ó no hubiese muerto, si tal medida no hubiese sido tomada, ni tal falta cometida, nada de lo que sucedió habría sucedido. Pero Dios ha dispuesto que los hombres nazcan con el carácter adecuado á los sucesos que han de producir: Luis XVI pudo salvarse cien veces, y no se salvó solo porque era Luis XVI. Pue- rilidad es por lo tanto el lamentarse de accidentes que están destinados á producir indispensables consecuencias: á cada paso que damos en la vida se nos aparecen en lontananza mil objetos diversos, mil hechos futuros que se están realizando delante de nosotros; sin embargo, todo está comprendido en un solo horizonte, en la extensión del porvenir.

RALEIGH.—COWLEY.

Jacobo I mató al famoso Walter Raleigh: es leída la historia universal por causa de ese mismo señor Walter: hay autores que dan vida á sus libros, así como hay libros que eternizan el nombre de sus autores.

Cowley en el orden de los poetas, viene inmediatamente después de Shakespeare, si bien nació en una época posterior á Milton: sus opiniones políticas fueron realistas, escribió para el teatro y compuso

poemas, sátiras y elegías. Abunda en rasgos de imaginación; sus versos, según se dice, son poco armoniosos, y su estilo, aunque amanerado con sobrada frecuencia, es sin embargo mas natural y correcto que el de sus antecesores.

Cowley es constante enemigo de la Francia: desde Surrey hasta lord Byron apenas habrá acaso un escritor inglés que no insultase el nombre, el carácter y el genio francés. Los escritores de este país con una imparcialidad y abnegación admirables, aceptan el ultraje, y confesando su inferioridad, celebran á son de trompeta á todos los autores de Ultramar, nacidos ó por nacer, grandes ó pequeños, machos ó hembras.

En su poema de la *Guerra civil*, Cowley esclama:

It was not so, when Edward prov'd his cause,
By a sword stronger than the Salique laws,
When the French did fight,
Whit women's hearts, against the women's right.

«No sucedía así cuando Eduardo sostenía su causa con una espada mas fuerte que la ley Sállica, cuando los franceses combatían con el corazón de mujer contra los derechos de las mujeres.»

El rey Juan, Charny, Ribeaumont, Beaumanoir, los treinta Bretones, Duguesclin, Clisson y otros cien mil tenían el corazón de mujer!

Ninguno de los hombres que han dado esplendor á la Gran Bretaña, me cautiva mas la atención que lord Falkland: mil veces he deseado haber sido ese completo modelo de luces, de generosidad y de independencia, y no haber aparecido jamás en la tierra con mi propio nombre y forma. Dotado de triple talento de la literatura, de las armas y de la política, fiel á las Musas bajo la tienda de campaña, y á la libertad en palacio; consagrado enteramente al servicio de un rey desgraciado, sin dejar de comprender por eso las faltas de ese monarca, Falkland dejó un recuerdo mezclado de melancolía y de admiración. Los versos que Cowley le dirigió al volver de una expedición militar, son nobles y verdaderos: el poeta principia enumerando las virtudes y talentos de su héroe, y luego añade:

Such is the man whom we require the same
We lend the north; untouch'd, as is his fame.
He his too good for war, and ought to be
As far from danger, as from fear he's free.
Those men alone
Whose valour is the only art they know,
Were for sad war and bloody battles born;
Let them the state defend, and he adore.

«Hé aquí el hombre que pedimos á los escoceses, tal como se lo hemos prestado, exento de mancha, como su gloria. Demasiado bueno para las guerras debe mantenerse á tan larga distancia del peligro como él lo está del temor. Los guerreros cuyo valor es el único arte... han nacido para la triste guerra, y las sangrientas batallas: defiendan esos al Estado y Falkland lo ennoblezca.»

¡Vanos deseos! la vida en medio de las desgracias de su país llegó á hacerse pesada para el amigo de las Musas. Echábase de ver la tristeza de su alma hasta en el descuido del traje. Durante la mañana de la primera batalla de Naseby, se adivinó su determinación de morir cuando le vieron cambiar de vestido: adornóse como para un día de gala, y al mudarse de ropa blanca dijo sonriendo: «No quiero que se encuentre mi cuerpo envuelto en un lienzo sucio: preveo grandes males; pero yo me libraré de ellos antes de concluirse la jornada.» Púsose en primera fila del regimiento de lord Byron, y allí una bala de la libertad, que amaba, le absolvió del juramento del honor de que era esclavo.

Consérvanse algunos discursos y algunos versos de Falkland, y como secretario de Estado de Carlos I

redactó con Clarendon las proclamas reales. También ayudó á Chilling Worth en su *Historia del Protestantismo*.

La Biblia traducida en parte bajo Enrique VIII, lo fue en su totalidad en tiempo de Jacobo II por los cuarenta y siete sabios; este último trabajo es una obra maestra. Los autores de esta inmensa obra hicieron para la lengua inglesa lo que Lutero hizo para el alemana, y lo que los escritores en tiempo de Luis XIII para el idioma francés: lo fijaron.

ESCRITOS POLÍTICOS EN TIEMPO DE CARLOS I Y DE CROMWELL.

Buscar la literatura en tiempos de tempestad es pedir un asilo á esos valles tranquilos que la imaginación de los poetas suele colocar en la orilla de los mares: mas si no hay algun númen benéfico que le conduzca á uno á esas moradas, es muy fácil verse impelido por otros espíritus al centro de la tempestad. La política sube á la tripode y se convierte en sibila: abundan folletos, libelos y versos satíricos impregnados de odio, y escritos con la sangre de las facciones políticas. Las guerras civiles de Inglaterra hicieron circular en abundancia deplorables producciones.

Uno de aquellos fanáticos que Burler ha entregado al ridículo, exclamaba:

«An alarm to all flesh, etc.
Howle, bowle, shriek, bawland roar, ye lustfull,
cursing, swearing, drunken, lewd, superstitions,
devilish, sensual, earthly inhabitants of the whole
earth; bow, bow you most surly trees and lofty
oaks; ye tall cedars and low shrubs, cry out aloud;
hear, hear ye, proud waves, and boistrous seas; al-
so listen, ye uncircumcised, stiff-necked ad ma-
d-gig babbles, who even hate to be reformed.»

«Alarma á toda la carne, etc.
Ahullad, ahullad, grito, rugid, rugid, ¡oh! vos-
otros libidinosos, malditos, blasfemos, ébrios, im-
puros, supersticiosos, diabólicos, sensuales, habi-
tantes terrestres de la tierra. Encorvaos, encorvaos,
¡oh! vosotros, árboles muy desdeñosos, y vosotras
céncinas elevadas, altos cedros y pequeños arbustos,
gritad con todas vuestras fuerzas; oid, oid, olas or-
gulosas, y vosotros, mares indomables, oid también
vosotros incircuncisos, espuma dura, desnuda y ra-
biosa que aborreceis la reforma.»

Los poetas seguían los pasos de los oradores.

Dear friend J. C., with true unfeigned love
I thee salute.
... dear friend; a member jointly kni
To all in Cerist, in heavenly places sit;
And there, to friends no stranger would I be,
For truly, friend, I dearly love and own
All travelling souls, who truly sigh and groan
For the adoption which sets free from sin, etc.

«Querido amigo Jesu Cristo, te saludo con un amor sin reserva... Querido amigo, yo miembro conjuntamente unido á todos en Jesu Cristo que está sentado en los celestiales lugares. Allí no seré extraño entre los amigos; amo tiernamente y lo confieso á las almas viajeras que suspiran y gimen verdaderamente por la adopción que redime los pecados.»

No era mucho mas sublime la elocuencia de Cromwell si se juzga por sus discursos oscuros y sus cartas difusas. Su poesía consistía en los hechos y en su espada: fue poeta al contemplar á Carlos I en su féretro. Su musa, según él decía, era aquella mujer que se le apareció en su infancia y le anunció una corona.

También la revolución francesa ha producido escritores que han columbrado la libertad en la religión: en este terreno no es dudosa la superioridad de los autores franceses. En los campos de la cruz es donde el abate Lameneis se inspiró de aquel interés tan tierno para toda la naturaleza humana y en especial para las clases trabajadoras pobres y afligidas; marchando con Cristo por aquellos caminos, viendo los párvulos reunidos á los pies del Salvador del mundo, encontró la poesía del Evangelio. ¿No se diría que el cuadro siguiente es una parábola sacada del sermón de la Montaña?

«Era una noche de invierno. El viento silbaba en lo exterior y la nieve blanqueaba los tejados.

»Bajo uno de esos tejados, en un estrecho aposento estaban sentadas trabajando con sus manos una mujer de cabellos blancos y una joven.

»De cuando en cuando la anciana calentaba sus pálidas manos arimándolas á un brasero. Una lámpara de barro iluminaba esa pobre morada, y un rayo de la lámpara venía á espirar en una imagen de la Virgen colgada de la pared.

»La joven, levantando los ojos, miró silenciosamente á la mujer de los cabellos blancos, y luego le dijo: «Madre mía, no siempre os habeis visto en un estado tan miserable.

»Había en aquella voz una suavidad y una ternura indefinibles.

»La mujer de cabellos blancos contestó: Hija mía, Dios es el autor de todas las cosas; lo que Dios hace, bien hecho está.

»Dichas estas palabras, guardó silencio por algun tiempo y luego volvió á decir:

»Cuando perdí tu padre sentí una aflicción que imaginé que nunca alcanzaria consuelo: sin embargo, vi que me quedabas en el mundo, y ya no sentí mas que una cosa.

»Después he pensado que si él viviera y nos viese en esta miseria, su corazón se quebrantaría: entonces comprendí que Dios había sido bueno para con él.»

La joven nada contestó, pero bajó la cabeza y algunas lágrimas que procuraba ocultar cayeron sobre el lienzo que tenía en las manos.

La madre siguió diciendo: «Dios, que fue bueno para con él, lo ha sido también para con nosotras. ¿Qué nos ha faltado á nosotras en tanto que á otros les ha faltado todo?

»Ciertamente es que hemos tenido que reducirnos á muy poca cosa y que aun ésta la hemos tenido que ganar con nuestro trabajo; pero ¿no hemos pasado? ¿No hemos nacido todos condenados á vivir de nuestro trabajo?

»Dios en su bondad nos ha dado el pan de cada día; ¿cuántos hay que no lo tienen! Nos ha dado un asilo; ¿cuántos hay que no saben dónde guarecerse!

»¡A mí me ha dado una hija como tú! ¿De qué me he de quejar?»

A estas palabras, la joven, enteramente conmovida, se dejó caer en las rodillas de la madre, cogió sus manos, las besó y ocultó el rostro bañado de lágrimas en el seno de la anciana.

Y la madre haciendo un esfuerzo para levantar la voz, le dijo: «Hija mía, hija mía, la dicha no consiste en tener mucho, sino en esperar mucho y amar mucho.

»Nuestra esperanza no se funda aquí en este mundo, ni nuestro amor tampoco; si existe aquí abajo no es mas que de un modo muy pasajero.

»Tú me haces veces de todo en este mundo después de Dios; pero este mundo se desvanece como un sueño y por eso nuestro amor debe elevarse con nosotros hacia otro mundo.

«Cuando os llevaba en mi seno, cierto día oré con fervor á la Virgen María: se me apareció durante el sueño y me pareció que con una celestial sonrisa me presentaba un niño pequeño.

«Cogí el niño que me presentaba y cuando lo tuve en mis brazos, la Virgen María puso en mi cabeza una corona de rosas blancas.

«De ahí á pocos meses viniste al mundo y la dulce vision siguió constantemente presentándose á mi vista.»

Al decir estas palabras la mujer de cabellos blancos se estremeció y estrechó contra su corazón á la joven.

Algunos días despues una alma santa vió dos formas luminosas que se remontaban al cielo, y un coro de ángeles que las acompañaban haciendo resonar el aire con cantos de triunfo.

Vivimos como en tiempo de Cromwell en un siglo de reforma: si entonces se notaba mas moralidad y convicción en las almas, ahora se echa de ver mas mansedumbre y dulzura en los espíritus. El puritanismo dista mucho de esa paz y de esa armonía que la filosofía religiosa de Mr. Ballanche ha introducido en el cristianismo.

KILLING NO MURDER.—LOCKE.—HOBBS.—DENHAM.—HARRINGTON.—HARVEY.—SIEYES.—MIRABEAU.—BENJAMIN CONSTANT.—CARREL.

El folleto mas célebre de aquella época fue el denominado *Killing no murder* (matar no es asesinar.) Su autor el coronel republicano Titus invita en una dedicatoria irónica á su alteza Oliverio Cromwell á morir por la dicha y la libertad del pueblo inglés. Desde la publicación de este escrito no se volvió el protector á sonreír, y comprendió que estaba abandonado del espíritu revolucionario que lo habia tomado por guía, no se acomodaba á reconocerlo por dueño. La misión de Cromwell estaba terminada: su país y su siglo no necesitaban de él: el tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirvese de ella y pasa adelante.

He leído (tal vez en Gui-Patin) un hecho curioso en que nadie ha fijado la atención; el doctor afirma que *Killing no murder*, fue escrito primeramente en francés por un noble de Borgoña.

Locke considerado como poeta, hizo muy malos versos en honor de Cromwell; Walter los habia hecho muy buenos.

La bajeza de la lisonja, que sobrevive al objeto de la adulación, no es mas que mera excusa de una conciencia enferma; se exalta un poder que ya no existe para justificar el pasado servilismo. Cromwell fue traidor á la libertad que lo habia engrandecido: si el resultado de su traición hubiese podido pasar por inocencia; si prostituyendo hasta á la posteridad ese resultado le hubiera impuesto cadenas; si esa posteridad, futura, esclava, hija de una esclavitud pasada, pudiera por medio del soborno llegar á ser cómplice del primer tirano afortunado ¿á dónde iria á parar el derecho? ¿Dónde estaria el precio de los sacrificios? Siendo el bien y el mal no mas que relativos, desaparecería toda moralidad de las acciones humanas.

Por otra parte ¿quién querría defender la santa independencia y la causa del débil contra el fuerte, si el valor, espuesto á la venganza de las vilezas del presente, estuviera ademas espuesto á la reprobación del porvenir? El infortunio sin voz llegaría á perder hasta el órgano de la queja y los dos grandes abogados del oprimido, la probidad y el talento, tendrían que enmudecer.

Hobbes realista, por aversión á las doctrinas populares, se arrojó á un extremo opuesto: todo lo derivó de la fuerza y de la necesidad. Reduciendo la justicia á una función del poder, no atribuyendo su origen al

sentido moral, no echó de ver que la democracia tenía tanto derecho como la unidad á partir de ese mismo principio.

La sociedad, que marchando por su pendiente natural se iba encaminando hácia el establecimiento del gobierno popular, no retrogradó con el sistema de Hobbes, no obstante los escesos de la revolución inglesa, ni se detuvo en su marcha sino por la influencia de Luis XIV, que le atajó el paso con su gloria. Hobbes proclamaba el escepticismo como los filósofos franceses del siglo XVIII, pero lo enseñaba con tono imperioso y con toda la arrogancia dogmática. Quería que el mundo creyera lo que él no creía, y predicaba la duda con fueros de inquisidor. Su estilo tiene energía y su Tucídides no ha merecido caer en tanto descrédito. Aquel titulado espíritu fuerte era el mas pusilánime de todos los hombres, y solo el pensamiento de la muerte le hacia estremecer; la naturaleza lo condujo hasta la edad de noventa y dos años para entregarlo á la muerte como desvanecido, como el enfermo que en medio de un desmayo queda sometido al bisturí del operador.

Todavía conserva algo de celebridad sir John Denham en su poema descriptivo de Cooper's Gill. También este autor fue realista y agente en Londres de la correspondencia de Carlos I con la reina, cuando Cowley lo era en París: las musas prestaban sus servicios á la ternura conyugal y á la desgracia.

La *Oceana* de Harrington es una repetición de la *Utopía* de Tomás Moro. ¿Dónde se encontrará un gobierno perfecto? En *Utopía*, en ninguna parte como el nombre lo indica.

Harvey publicó su descubrimiento de la gran circulación de la sangre. Ningun médico de Europa que hubiese llegado á cuarenta años de edad, quiso admitir la doctrina de Harvey, y éste perdió muchas visitas en Londres, solo por haber descubierto una tan importante verdad. Harvey fue alentado por Carlos I y le permaneció fiel. Serveto, quemado en efígie por los católicos, y en persona por Calvino, habia indicado la circulación de la sangre en el pulmón: culpa fue del siglo que un sabio como Serveto se convirtiera en un hereje vulgar; á quien otro hereje arrojará á la hoguera.

Por lo demás hablando de los folletos ingleses puramente políticos, es preciso conocer que aun no estando infectados de la jerga teológica de aquella época, lo cual es raro, se quedan á inmensa distancia de las investigaciones modernas francesas. Esceptuando Milton, ningun publicista de la revolución de 1649 puede compararse con Sieyes ni con Mirabeau, ni con Benjamin Constant, ni mucho menos con M. Carrel. Este último, como escritor enérgico, sólido, hábil y lógico refleja en su estilo algo de la elocuencia positiva de los hechos: su modo de decir es hueco al par que grave; es por decirlo la historia revelada por los monumentos.

MILTON.

SU NACIMIENTO.—COLEGIO.

Entre una multitud de prosistas y poetas, durante los borrascosos reinados de Carlos I y el Protector; descuella la hermosa cabeza de Milton. ¿Dónde están los contemporáneos de ese ingenio, los Cowley, Walter, Denham, Marvel, Suckling, Crashaw, Lovelace, Davenant, Wither, Harrington, Herbert, Carew y Stanley? Esceptuando dos ó tres nombres de esos ¿qué lector francés conoce los demás? El *Genio del Cristianismo* habla razonablemente del *Paraíso Perdido*. Tenía que hacer pública penitencia por lo concerniente á varias de mis apreciaciones de Shakespeare y del Dante, pero ninguna reparación tengo que hacer por lo relativo al hombre cuyo poema ha dado moti-

vo á mis investigaciones sobre la literatura inglesa: no me falta ya mas que desarrollar los motivos de una admiración aumentada por el exámen mas detenido de aquella obra maestra. Viéndome obligado á tener que fijar mas detenidamente la atención en las bellezas que intentaba hacer pasar al idioma francés, he tenido ocasión de apreciarlas mejor perdiendo al

mismo tiempo la esperanza de reproducirlas como yo las concebía.

Milton no existía: de nadie era conocido: su número, saliendo de la tumba como una sombra, vino á preguntar al mundo por qué razón se le tenía en tal olvido. Lleno de asombro el mundo, fijó los ojos en aquella gran sombra, y preguntó si en realidad el au-



CARLOS I.

tor de doce mil versos olvidados era inmortal. La visión brillante y magestuosa le hizo por de pronto bajar los ojos, y luego el mundo se prosternó ante ella y adoró. Entonces fue preciso saber lo que habia sido ese secretario de Cromwell, ese apologeta del regicidio detestado de unos y despreciado de otros. Barle principió á investigar hechos por lo tocante á la *estatura y fisonomía de Milton*: esa fisonomía era altiva y valía no menos que la de un monarca.

Una maldición pesaba sobre la noble familia de Milton, despojada de su fortuna durante las guerras civiles de la Rosa encarnada y la Rosa blanca; el padre de Milton era protestante y su abuelo católico; éste desheredó á su hijo, y la maldición del abuelo, saltando una generación, vino á gravitar sobre la cabeza del nieto.

El padre de Milton, establecido en Londres, donde desempeñó una escribanía, se casó con Sarah Caston

«Cuando os llevaba en mi seno, cierto día oré con fervor á la Virgen María: se me apareció durante el sueño y me pareció que con una celestial sonrisa me presentaba un niño pequeño.

«Cogí el niño que me presentaba y cuando lo tuve en mis brazos, la Virgen María puso en mi cabeza una corona de rosas blancas.

«De ahí á pocos meses viniste al mundo y la dulce vision siguió constantemente presentándose á mi vista.»

Al decir estas palabras la mujer de cabellos blancos se estremeció y estrechó contra su corazón á la joven.

Algunos días despues una alma santa vió dos formas luminosas que se remontaban al cielo, y un coro de ángeles que las acompañaban haciendo resonar el aire con cantos de triunfo.

Vivimos como en tiempo de Cromwell en un siglo de reforma: si entonces se notaba mas moralidad y convicción en las almas, ahora se echa de ver mas mansedumbre y dulzura en los espíritus. El puritanismo dista mucho de esa paz y de esa armonía que la filosofía religiosa de Mr. Ballanche ha introducido en el cristianismo.

KILLING NO MURDER.—LOCKE.—HOBBS.—DENHAM.—HARRINGTON.—HARVEY.—SIEYES.—MIRABEAU.—BENJAMIN CONSTANT.—CARREL.

El folleto mas célebre de aquella época fue el denominado *Killing no murder* (matar no es asesinar.) Su autor el coronel republicano Titus invita en una dedicatoria irónica á su alteza Oliverio Cromwell á morir por la dicha y la libertad del pueblo inglés. Desde la publicación de este escrito no se volvió el protector á sonreír, y comprendió que estaba abandonado del espíritu revolucionario que lo habia tomado por guía, no se acomodaba á reconocerlo por dueño. La misión de Cromwell estaba terminada: su país y su siglo no necesitaban de él: el tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirvese de ella y pasa adelante.

He leído (tal vez en Gui-Patin) un hecho curioso en que nadie ha fijado la atención; el doctor afirma que *Killing no murder*, fue escrito primeramente en francés por un noble de Borgoña.

Locke considerado como poeta, hizo muy malos versos en honor de Cromwell; Walter los habia hecho muy buenos.

La bajeza de la lisonja, que sobrevive al objeto de la adulación, no es mas que mera excusa de una conciencia enferma; se exalta un poder que ya no existe para justificar el pasado servilismo. Cromwell fue traidor á la libertad que lo habia engrandecido: si el resultado de su traición hubiese podido pasar por inocencia; si prostituyendo hasta á la posteridad ese resultado le hubiera impuesto cadenas; si esa posteridad, futura, esclava, hija de una esclavitud pasada, pudiera por medio del soborno llegar á ser cómplice del primer tirano afortunado ¿á dónde iria á parar el derecho? ¿Dónde estaria el precio de los sacrificios? Siendo el bien y el mal no mas que relativos, desaparecería toda moralidad de las acciones humanas.

Por otra parte ¿quién querría defender la santa independencia y la causa del débil contra el fuerte, si el valor, espuesto á la venganza de las vilezas del presente, estuviera ademas espuesto á la reprobación del porvenir? El infortunio sin voz llegaría á perder hasta el órgano de la queja y los dos grandes abogados del oprimido, la probidad y el talento, tendrían que enmudecer.

Hobbes realista, por aversión á las doctrinas populares, se arrojó á un extremo opuesto: todo lo derivó de la fuerza y de la necesidad. Reduciendo la justicia á una función del poder, no atribuyendo su origen al

sentido moral, no echó de ver que la democracia tenía tanto derecho como la unidad á partir de ese mismo principio.

La sociedad, que marchando por su pendiente natural se iba encaminando hácia el establecimiento del gobierno popular, no retrogradó con el sistema de Hobbes, no obstante los escesos de la revolución inglesa, ni se detuvo en su marcha sino por la influencia de Luis XIV, que le atajó el paso con su gloria. Hobbes proclamaba el escepticismo como los filósofos franceses del siglo XVIII, pero lo enseñaba con tono imperioso y con toda la arrogancia dogmática. Quería que el mundo creyera lo que él no creía, y predicaba la duda con fueros de inquisidor. Su estilo tiene energía y su Tucídides no ha merecido caer en tanto descrédito. Aquel titulado espíritu fuerte era el mas pusilánime de todos los hombres, y solo el pensamiento de la muerte le hacia estremecer; la naturaleza lo condujo hasta la edad de noventa y dos años para entregarlo á la muerte como desvanecido, como el enfermo que en medio de un desmayo queda sometido al bisturí del operador.

Todavía conserva algo de celebridad sir John Denham en su poema descriptivo de Cooper's Gill. También este autor fue realista y agente en Londres de la correspondencia de Carlos I con la reina, cuando Cowley lo era en París: las musas prestaban sus servicios á la ternura conyugal y á la desgracia.

La *Oceana* de Harrington es una repetición de la *Utopía* de Tomás Moro. ¿Dónde se encontrará un gobierno perfecto? En *Utopía*, en ninguna parte como el nombre lo indica.

Harvey publicó su descubrimiento de la gran circulación de la sangre. Ningun médico de Europa que hubiese llegado á cuarenta años de edad, quiso admitir la doctrina de Harvey, y éste perdió muchas visitas en Londres, solo por haber descubierto una tan importante verdad. Harvey fue alentado por Carlos I y le permaneció fiel. Serveto, quemado en efígie por los católicos, y en persona por Calvino, habia indicado la circulación de la sangre en el pulmón: culpa fue del siglo que un sabio como Serveto se convirtiera en un hereje vulgar; á quien otro hereje arrojará á la hoguera.

Por lo demás hablando de los folletos ingleses puramente políticos, es preciso conocer que aun no estando infectados de la jerga teológica de aquella época, lo cual es raro, se quedan á inmensa distancia de las investigaciones modernas francesas. Esceptuando Milton, ningun publicista de la revolución de 1649 puede compararse con Sieyes ni con Mirabeau, ni con Benjamin Constant, ni mucho menos con M. Carrel. Este último, como escritor enérgico, sólido, hábil y lógico refleja en su estilo algo de la elocuencia positiva de los hechos: su modo de decir es hueco al par que grave; es por decirlo la historia revelada por los monumentos.

MILTON.

SU NACIMIENTO.—COLEGIO.

Entre una multitud de prosistas y poetas, durante los borrascosos reinados de Carlos I y el Protector; descuella la hermosa cabeza de Milton. ¿Dónde están los contemporáneos de ese ingenio, los Cowley, Walter, Denham, Marvel, Suckling, Crashaw, Lovelace, Davenant, Wither, Harrington, Herbert, Carew y Stanley? Esceptuando dos ó tres nombres de esos ¿qué lector francés conoce los demás? El *Genio del Cristianismo* habla razonablemente del *Paraíso Perdido*. Tenía que hacer pública penitencia por lo concerniente á varias de mis apreciaciones de Shakespeare y del Dante, pero ninguna reparación tengo que hacer por lo relativo al hombre cuyo poema ha dado moti-

vo á mis investigaciones sobre la literatura inglesa: no me falta ya mas que desarrollar los motivos de una admiración aumentada por el exámen mas detenido de aquella obra maestra. Viéndome obligado á tener que fijar mas detenidamente la atención en las bellezas que intentaba hacer pasar al idioma francés, he tenido ocasión de apreciarlas mejor perdiendo al

mismo tiempo la esperanza de reproducirlas como yo las concebía.

Milton no existía: de nadie era conocido: su número, saliendo de la tumba como una sombra, vino á preguntar al mundo por qué razón se le tenía en tal olvido. Lleno de asombro el mundo, fijó los ojos en aquella gran sombra, y preguntó si en realidad el au-



CARLOS I.

tor de doce mil versos olvidados era inmortal. La visión brillante y magestuosa le hizo por de pronto bajar los ojos, y luego el mundo se prosternó ante ella y adoró. Entonces fue preciso saber lo que habia sido ese secretario de Cromwell, ese apologeta del regicidio detestado de unos y despreciado de otros. Barle principió á investigar hechos por lo tocante á la *estatura y fisonomía de Milton*: esa fisonomía era altiva y valía no menos que la de un monarca.

Una maldición pesaba sobre la noble familia de Milton, despojada de su fortuna durante las guerras civiles de la Rosa encarnada y la Rosa blanca; el padre de Milton era protestante y su abuelo católico; éste desheredó á su hijo, y la maldición del abuelo, saltando una generación, vino á gravitar sobre la cabeza del nieto.

El padre de Milton, establecido en Londres, donde desempeñó una escribanía, se casó con Sarah Caston

de la antigua familia de Bradaw ó de Haughton y tuvo una hija, Ana, y dos hijos, Juan y Cristóbal. Este último, que también lo fue en el orden de sucesión, siguió el partido realista; fue uno de los *barones del chiquier* y juez de Common Pleas en tiempo de Jacobo II, y por último se confundió en la oscuridad, siendo despojado, despojándose de su empleo antes ó después de la revolución de 1688. Juan, el mayor fue republicano y murió también en la oscuridad como su hermano, pero las sombras que le rodearon eran de muy distinta especie; á él se podía aplicar lo que se ha dicho de la montaña santa en el cielo: «no se la veía porque estaba oscurecida por el exceso de la luz.»

El padre de Milton era aficionado á las artes: había puesto en música un *In Nomine* para cuarenta partes ejecutantes y en la colección de Wilby se han conservado algunas de sus antiguas composiciones. Apolo, al repartir sus dones entre el padre y el hijo, dió la música al primero y la poesía al segundo.

Dividuum deum, genitorque, puerque tenemus.
(Milton ad patrem).

Milton el padre, tal vez nació en Francia; pero su inmortal hijo nació (6 de diciembre de 1608) en Londres, Bread-Street, en la posada del *Aguila*, augurio y símbolo. Aun vivía Shakespeare. Milton recibió una educación doméstica ilustrada á la sombra del sepulcro de aquel númen inculto. Terminó el estudio de las humanidades en la escuela de San Pablo de Londres, bajo la dirección del doctor Alejandro Gill, y tuvo por tutor á Young, puritano. Su escesiva aplicación al estudio, le produjo desde niño dolores de cabeza y gran debilidad de la vista; achaques habituales de su vida, heredados de su madre. A los diez y siete años entró en el colegio de Cristo, en Cambridge, en concepto de pensionista *memor*, bajo la dirección del sabio William Chapel, que posteriormente fue obispo de Cork y de Ross, en Irlanda. La hermosura de Milton fue causa de que se le llamara dama del colegio de Cristo *lady of Christ's college*: en uno de sus discursos á la universidad, recuerda con complacencia ese apodo. Dió señales de sus disposiciones poéticas escribiendo composiciones latinas y paráfrasis de los salmos en verso inglés. El himno de Navidad es admirable en cuanto al ritmo y produce un efecto inesperado. Transcribo de ese himno los pasajes siguientes:

«Era invierno: el niño, hijo del cielo, había venido envuelto en groseros y pobres pañales: la naturaleza se había despojado de sus risueños adornos para simpatizar con su señor: no era aquel momento oportuno para entregarse la tierra á placeres con su amante el sol; por lo tanto había ocultado su debilidad bajo la inocente nieve, cubriéndose con el santo y cándido velo de las vírgenes.

«El mundo estaba en paz; los reyes permanecían en silencio como esperando la venida de su soberano. Los vientos acariciaban las olas, anunciando en voz baja nuevas alegrías al tranquilo Océano. Las estrellas mirando inmóviles y llenas de sorpresa, no querían sepultarse en su ocaso, y á pesar de toda la luz del sol se obstinaban á permanecer en el horizonte hasta que su señor les hablase y les mandara retirarse.»

Habiendo recibido el grado de bachiller en 1628, Milton ascendió al profesorado en 1632, se marchó de Cambridge por espíritu de independencia, y rehusó entrar en la carrera del sacerdocio. «El que recibe las sagradas órdenes, decía Milton, firma su esclavitud y presta un juramento: temible es que en lo sucesivo tenga que ser perjuro ó quebrante su conciencia.»

De algunos pasajes de su primera elegía latina, pa-

parece inferirse que prefería los placeres de Londres al tedio de Cambridge: de aquí nacieron las calumnias que en lo sucesivo se propagaron contra él, acusándole de haber sido *vomitado* de la universidad por efecto de los desórdenes de su juventud impura: hubo folletos que aseguraron que había tenido que ir á Italia á ocultar su vida. Johnson cree que Milton fue el último estudiante de la universidad castigado con una pena corporal. Nada de eso es cierto, ni está conforme con los datos de una vida tan arreglada como religiosa.

MILTON EN CASA DE SU PADRE.—OBRAS DE SU JUVENTUD.

Habiendo hecho el padre de Milton una pequeña fortuna, se retiró á la campiña de Horton, cerca de Colebrooke, en Buckingham-Shire. Milton pasó cinco años en su compañía, sepultado en la lectura de los poetas griegos y latinos. De cuando en cuando hacía algunos viajes á Londres á comprar libros y tomar lecciones de matemáticas, de música y de esgrima.

A un amigo que le echaba en cara la soledad en que vivía escribió diciendo: «Creeis que una demasidado grande afición de aprender es una falta; que me he abandonado á gastar inútilmente mis años en los brazos de una soledad ilustrada, así como Endimion malgastaba sus días con la luna en la cumbre del Latmo..... Mas esas bellas esperanzas de que me habláis, que halagan la vanidad y la juventud, no concuerdan con aquel oscuro casco de Pluton de que habla Homero. Yo me despojaría de ese casco, si ven mi vida oculta no me propusiera otro objeto que el satisfacer una frívola curiosidad. Mas el ejemplo temible referido en el Evangelio del servidor que había ocultado su talento, me viene sin cesar á la imaginación: no es por lo tanto el placer de un estudio especulativo, es la consideración del precepto evangélico lo que no me deja ir tan aprisa como los otros, reteníendome por un religioso respeto. Sin embargo, á fin de que veáis que alguna vez desconfin de mí mismo, y que me hago cargo de cierto retraso que puede haber por mi parte, os envío algunos de mis nocturnos sueños en forma de estancias á la manera del Petrarca.

How soon hath Time, the subtle thief of youth, etc.

«Cuán rápidamente el tiempo, diestro ladrón de la juventud, ha arrebatado en sus alas mis veinte y tres años. Mis días apresurados huyen á todo escape, pero mi última primavera no ostenta ya capullos ni flores...»

Desde 1624 hasta 1638, compuso los *Arcades*, *Como ó la Máscara*, *Licidas*, en la cual parece profetizar la muerte trágica del obispo Laud, el *Allegro* y el *Penseroso*, *Elegías latinas* y *Silvas*.

Johnson ha hecho un detenido análisis del *Allegro* del *Penseroso*.

«El hombre alegre oye el canto de la calandria por la mañana; el pensativo el del ruiseñor durante la noche.

«El alegre contempla cómo se pavonea el gallo; presta atento oído al eco que repite el son de la trompa de caza y á los ladridos de la trahilla en el bosque: ve salir el sol con toda su pompa; oye las canciones de la lechera; mira los trabajos del labrador ocupado en la siega; echa una mirada hacia la lejana torre donde reside alguna hermosa dama, y por la noche se deleita oyendo alguna ingeniosa fábula.

«El pensativo, unas veces se pasea á media noche para soñar, otras atiende al triste sonido de la campana de las oraciones. Si el mal tiempo le obliga á volver á su casa, se sienta en una habitación iluminada por el resplandor del hogar. Teniendo á su lado una lámpara solitaria, está acechando la salida de la bestrella polar para descubrir la mansión de las almas

«separadas de sus cuerpos, ó bien lee escenas patéticas de la tragedia ó de la epopeya. Al salir la aurora, aunque esté oscurecida por la lluvia y el viento, anda errante por los sombríos bosques donde no hay sendas: lleno de cansancio se sienta por último al borde de algun arroyo que murmura y en un entusiasmo melancólico sueña en el porvenir, ó cree oír armonías por personajes aéreos.

«Tanto la alegría como la tristeza, aman la soledad y habitan silenciosamente corazones que ni reciben ni transmiten afectos.

«El hombre alegre asiste en la ciudad á las diversiones brillantes; á las discretas comedias de Ben-Johnson, á los salvajes dramas de Shakespeare (*Wid dramas of Shakespeare*).

«El pensativo, lejos de la multitud se pasea por los claustros ó frecuenta las catedrales.»

Milton no tuvo colorido dispuesto para retratar la alegría considerada en el período de la vejez; pero pintó con dignidad la melancolía hasta en su último instante de la vida.

No sabré decir si los dos caracteres están suficientemente marcados; cierto es que no es posible encontrar alegría en la melancolía del poeta; y es de temer que por el contrario se encuentre algo de esta en aquella. El *Penseroso* y el *Allegro* son dos nobles esfuerzos de la imaginación.

Milton tomó muchas imágenes en sus hermosos poemas de la *Anatomía de la melancolía* por Burton, impresa en 1624.

MILTON EN ITALIA.

En 1638 Milton obtuvo de su padre licencia para viajar. El vizconde Scudamore, embajador de Carlos I, recibió en París al apologeta futuro del asesino de este rey y lo presentó á Grocio. Milton visitó en Florencia á Galileo que estaba ya casi ciego y medio preso por la Inquisición. En su *Paraíso perdido* hizo posteriormente repetidas veces mención del celestial mensajero, *Nuncius sidereus*, concediéndole también la hospitalidad de los grandes hombres. En Roma adquirió relaciones con Holstein, bibliotecario del Vaticano. En casa del cardenal Barberini oyó cantar á una Leonor, y la dirigió versos inspirados por los sitios que habían oído la voz de Horacio.

«Altera Torquatum cepit Leonora poetam,
«Cujus ab insano cessit amore furens,
«Ah! miser ille tuo quanto felicius vivo
«Perditus, et propius te Leonora, foret!»

«(Otra Leonor arrebató al Tasso que llegó á enloquecer por la vehemencia del amor. ¡Ah! ¡Cuánto mas le habria valido que en su tiempo, Leonor, el desgraciado se hubiese perdido por ti.)»

Milton se complació también en reducir su número al límite de algunos sonetos italianos: es grato ver el terrible cantor de Satanás distrayéndose entre las dulces cadencias del Petrarca.

«Canto dal mio buon popol non inteso;
«E' bel Tamigi cangio col bel Arno.
«Amor lo volse.
«Seppi ch' amor cosa mai volse indarno.»

«(Canto sin ser entendido de mi buen pueblo. He cambiado el hermoso Támesis, por el hermoso Arno. Amor lo ha querido así; el amor que nunca ha querido nada en vano.)»

Milton conoció en Nápoles á Manso, marqués de Villa, anciano que gozó el doble honor de ser amigo del Tasso, y huésped de Milton: el marqués le dirigió el siguiente dístico tomado de otro de San Gregorio Papa.

«Ut mens, forma, decor facies, mos, si pietas sic,
«Non Anglus, verum Hercle, antelus ipse fores.»

«Si la piedad correspondiese al talento, á la presencia, á la gracia, á la hermosura y á los modales, ¡vive Hércules! tú no serías un inglés, sino un ángel.»

Milton le devolvió el obsequio con una deliciosa égloga latina.

«Diis dilectis senex; te Jupiter æquus oportet
«Nascentem etc.»

«Anciano amado de los dioses, preciso es que Jupiter haya protegido tu cuna, y Febo la haya alumbrado con su dulce luz, pues solo el mortal á quien los dioses aman desde su nacimiento, es el que puede tener la dicha de haber socorrido á un gran poeta.»

El futuro cantor de las inocentes fruiciones del paraíso, rogaba al cielo le concediera un amigo semejante: en aquella época se prometía celebrar á los reyes de la Gran Bretaña, aquel Artur que dió tantas batallas. «*Tot bella moventem!*» Milton no consiguió el favor que solicitaba, ni tuvo mas defensor ni mas amigo de su nombre que la posteridad. Entouces invitó al marqués de Villa á que no despreciara demasado su musa hiperbórea, pues «en la sombra oscura de la noche creemos (decía graciosamente el poeta), haber oído cantar los cisnes en el Támesis.»

«Nos etiam in nostro modulantes flumine cygnos
«Credimus obscuras noctis sensisse per umbras.»

Milton se había propuesto reconocer la Sicilia y la Grecia. ¡Qué precursor de Byron! pero las turbulencias políticas de su patria le volvieron á llamar á ella, no sin haber visto antes á Venecia, aquella beldad de Italia, tan hermosa todavía aun cuando está moribunda al borde de sus olas.

REGRESO DE MILTON Á INGLATERRA.—SUS OCUPACIONES Y PRIMERAS OBRAS DE CONTROVERSIA.

Al volver á Londres el ilustre viajero, ninguna parte activa tomó en los primeros movimientos de la revolución. Oigamos á Johnson.

«No nos impida el respeto que profesamos á Milton contemplar con sonrisa la diferencia entre grandes promesas y pequeños efectos: vuelve presurosamente á su país porque sus compatriotas están luchando por la libertad, llega al teatro de la acción y evapora su patriotismo en una escuela particular. Este período de la vida del poeta, es el que ha hecho retroceder á todos sus biógrafos, disgustándoles el tener que rebajar á Milton al rango de maestro de escuela. No siendo posible negar que fuese preceptor de niños, un biógrafo supone que los instruía gratuitamente, y otro afirma que fue solo por deseo de propagar la ciencia y la virtud. Todos dicen lo que saben muy bien que no es cierto, solo por escusarse de colocar á Milton en una condición de la cual ningún hombre sensato puede tener nada que decir.»

El espíritu satírico, y el mal querer de Johnson están muy de relieve en ese párrafo. El doctor que no había visto revoluciones, ignoraba que en esas grandes turbulencias no hay rincón que no pueda convertirse en campo de batalla, y que cada individuo elige las armas que mas se adaptan á sus inclinaciones ó esperanzas; la espada de Milton no habria hecho á la libertad los servicios que le hizo su pluma. El doctor, bien conocido por sus ideas realistas, olvida también que no todos los afiliados de ese partido tomaron las armas, ni subieron al cadalso, como el duque de Hamilton, lord Holland, y lord Capel; se olvida que lord Arundel, amigo de las Musas como Milton, y á quien las artes deben las estatuas de Oxford, se marchó de

Londres á principios de la guerra civil, y que sin tener en cuenta que era gran mariscal de Inglaterra, fué á morir tranquilamente en Pádua: cierto es que su desgraciado sobrino, Guillermo Howard, lord Stratford, pagó por su tío el tributo á la desgracia, y demasiado sabido es por quién fue derramada su sangre.

Por espacio de tres años, Milton se dedicó á la educación de dos hijos de su hermana, y de algunos otros muchachos de su edad. Vivió sucesivamente en el cementerio de Saint-Bride, en Fleet-Street, y en una gran casa con jardín en Aldersgate. Al enseñar las lenguas antiguas acabó de perfeccionarse en ellas y aprendió el hebreo, el caldeo y el siríaco. En 1640, cuando se verificó la convocación del Parlamento Largo, tomó Milton por primera vez parte en la polémica, y defendió la causa de la libertad religiosa contra la Iglesia establecida. Su obra dividida en dos libros y dedicada á un amigo, se titula: *De la Reforma por lo tocante á la disciplina de la Iglesia en Inglaterra, y de las causas que hasta el presente se han opuesto á ella*. En seguida publicó los tres tratados: *Episcopado inglés, Razon del gobierno de la Iglesia y Apología de Smeetymnor* este nombre estaba compuesto de la reunión de seis letras tomadas del nombre de los seis teólogos autores del *Tratado de Smeetymnor*. Para los lectores actuales nada puede sacarse de aquellas obras, no siendo lo que Milton dijo en la *Razon del gobierno de la Iglesia*, acerca de su proyecto de componer un poema inglés. Sus palabras son las siguientes:

«Acaso con el tiempo, el trabajo y la inclinación de mi naturaleza, transmitiré alguna cosa escrita á la posteridad, que esta no dejará espontáneamente perecer; estoy poseído de esa idea. Poco me importa ser celebrado á lo lejos: me contentaré con serlo en las Islas Británicas que son mi universo. Mas no basta invocar á las hijas de la Memoria, es preciso invocar por medio de ardientes oraciones al espíritu eterno: solo él puede enviar al serafín que con el fuego sagrado de su altar, toca y purifica nuestros labios.»

Milton no guarda mas consideraciones que Shakespeare con su celebridad: llega á hacerse interesante por la indiferencia de su vida, y por otra parte es grato ver cómo un genio no conocido todavía, se profetizaba á sí mismo, y oír á la posteridad contestar confirmando sus predicciones: «No, no he dejado morir esa alguna cosa escrita que me transmitiste.»

Desgraciadamente Milton, cediendo al ardor de su carácter en esa disputa religiosa, habló con desden del sabio y venerable obispo anglicano Usher, á quien la ciencia debe admirables trabajos sobre la historia de la cronología.

CASAMIENTO DE MILTON.

Diez y nueve años tenía Milton cuando compuso su séptima elegía latina, en la que dice:

«Paseándome un día de mayo por las inmediaciones de Londres, encontré una joven de extraordinaria belleza. Me enamoré apasionadamente de ella; mas no tardé en perderla de vista: jamás he podido saber quién era, ni la he vuelto á encontrar. Juré no volver á amar.»

Si el poeta no quebrantó este juramento, preciso es suponer que no amó á ninguna de las mujeres que tuvo en sus tres distintos matrimonios. En tal caso, ¿qué fue de la virgen tan súbitamente desaparecida? Fue tal vez esta aquella compañera celestial que visitaba al Homero inglés durante la noche, y le inspiraba sus mas tiernos versos? Mr. Pichot en un hermoso retrato de Milton, cuenta que esa sílfide misteriosa era Leonora, la italiana: sobre este asunto el autor de la *Peregrinación á Cambridge*, teje una interesante

novela histórica. W. Bowles y Mr. Bulwer han desarrollado la misma ficción.

Habiéndose apoderado el conde de Essex de Reading, en 1643, volvieron el padre y el hermano de Milton que se hallaban retirados en esta ciudad á Londres, y vivieron en casa del poeta. Milton tenía entonces treinta y cinco años: cierto día salió de casa solo, y al cabo de un mes de ausencia, volvió á presentarse trayendo una compañera. Habíase casado con la hija mayor de Ricardo Powel, juez de paz de Torest-Hill, cerca de Shotover, en Oxford-Shire. Ricardo Powel debía quinientas libras esterlinas al padre de Milton, y creyó no poder desquitarse mejor de esa deuda, que dando su hija al hijo de su acreedor. Este casamiento fue tan furtivo y tan inconstante como una aventura amorosa. Pero no fue el poeta el que dejó á su mujer, como hizo Shakespeare, sino la mujer la que abandonó al marido. La familia de María Powel era realista, y sea que la recién casada no quisiera vivir con un republicano, sea por cualquier otro motivo, no tardó mucho tiempo en volverse á casa de sus padres. Al marcharse había prometido á su esposo volver por San Miguel; mas no lo cumplió. Milton le escribía cartas sobre cartas que no lograban contestación; al fin le envió un mensajero, que también perdió inútilmente su elocuencia y su tiempo. Entonces el despedido marido se resolvió á repudiar á su fugitiva esposa, y á fin de que todos gozaran de la independencia que se proponía conquistar, trató de convertir en cuestión de libertad lo que no lo era mas que de susceptibilidad personal, y con este objeto publicó su tratado sobre el divorcio.

TRATADO DE MILTON SOBRE EL DIVORCIO.

Este tratado se divide en dos libros y se intitula: «Doctrina y disciplina del divorcio, restablecida para el bien de ambos sexos (*The Doctrine and discipline of divorce restored to the good of both sexes* etc.)» Principia por una delatoria al Parlamento Largo, en la cual dice:

«Si con formalidad se preguntara, ¡oh ilustre Parlamento, seletta asamblea! quién de todos los doctores y maestros ha conseguido nunca reunir mayor número de discípulos en materias de religion y de costumbres, podría con toda apariencia de verdad contestarse: la práctica. La teoría y la conciencia recomiendan por guía la virtud; sin embargo, sea por un secreto de la voluntad divina, sea por la obcecación original de nuestra naturaleza, la práctica está generosamente admitida como el mas útil director.»

Establece en seguida el autor diversos principios, que no todos quedan demostrados con igual fortuna.

«El hombre es quien se acarrea sus propias miserias, cuyo mayor número atribuye sin embargo á la mano de Dios. No es Dios quien ha prohibido el divorcio; es el sacerdote. La ley de Moisés lo permite, la ley de Moisés no ha sido abolida por la de Cristo. La ley canónica es ignorante é inícuo al establecer los derechos del cuerpo, y guarda silencio por lo tocante á la reparación de las injurias y padecimientos que nacen del espíritu. El matrimonio no es un remedio contra las exigencias de la naturaleza; es el complemento del amor conyugal y de una mútua protección; el matrimonio y la paz de la familia, constituyen el matrimonio á los ojos de Dios. Por consiguiente, si la paz y el amor no existen, no puede decirse que existe matrimonio. Nada turba ni desconsuela mas á un cristiano que el matrimonio que presenta incompatibilidad de carácter; no es el adulterio corporal la mayor ofensa que se puede hacer al matrimonio; hay un adulterio espiritual, una infidelidad de inteligencias antipáticas mas

cruel que el adulterio corporal. Prohibir el divorcio por causa natural, es contra naturaleza. Dos personas mal avenidas en el matrimonio pasan la noche en discordias y enemistades, y amanecen entre agonías y dolor; su existencia se va arrastrando de mal en mal, hasta que cuando menos lo piensan se halla agotada por el infortunio, ó queda súbitamente sofocada por algun nuevo infortunio. Moisés admite el divorcio por dureza de corazón; Cristo no ha abolido el divorcio, lo ha explicado, y San Pablo ha comentado las palabras de Cristo. Cristo no solía explicarse por medio de largos discursos; algunas veces no hablaba sino en monosílabos: sembraba aquí y allí, como perlas, los celestiales gérmenes de su doctrina, lo cual exige atención y trabajo por parte del que vá á recogerlos. Puede decirse al que despierte á su mujer por causa de adulterio: —Perdónala. —¿Podéis mostraros misericordiosos? ¿podéis ganar un alma? ¿no podríais pues, divorciaros de aquella que nos hace desgraciados? Dios no se complace en abrumar de males el corazón del hombre; no se complace en nuestros combates contra obstáculos invencibles. Dios hijo, ha puesto todas las cosas bajo sus pies; pero ha mandado á los hombres ponerlo todo bajo los pies de la caridad.»

No resuelve Milton en ese tratado ninguna cuestión particular, ni entra en las dificultades que se ofrecen por lo tocante á los hijos y la repartición de bienes: su vasto espíritu era contrario al espíritu inglés que se limita al círculo de la sociedad práctica. Milton generaliza las ideas, las aplica á la sociedad en su conjunto, á toda la naturaleza humana: en su concepto la libertad es lo que constituye todas las cosas, y predica la independencia del hombre bajo cualquiera aspecto que se presente. Y sin embargo, ese ardiente campeón del divorcio cantó divinamente la santidad y las delicias del amor conyugal, diciendo: «Salve, amor conyugal, ley misteriosa, verdadero origen de la humana posteridad.» (*Paraíso perdido*, lib. IV).

Con arreglo á sus principios de divorcio, Milton quiso casarse con una brillante joven, hija del doctor Dawis; pero ella hizo muy poco caso del distinguido ingenio que solicitaba su alianza. Entonces fue cuando la primera mujer del poeta se acordó del marido; la familia de Powel, cuyo realismo se había ido enfriando á proporción que la causa de la monarquía iba perdiendo terreno, empezó á desear una reconciliación. Habiendo Milton ido á casa de uno de sus vecinos llamado Blackborough, se abrió súbitamente la puerta de una habitación inmediata, y María Powel se arrojó llorando y pidiendo perdón á los pies de su esposo; Milton perdonó á la pecadora, y esa aventura dió sin duda margen á la admirable escena entre Adán y Eva en el libro X del *Paraíso perdido*.

«Soon his heart relented.

«Tow rds her, his life so late and sole delight

«Now at his feet submissive in distress!»

(No tardó su corazón en enternecerse por aquella, que habiendo en otro tiempo sido su vida y sus únicas delicias, se veía ahora abrumada de dolor á sus pies.)

A la posteridad le fue provechosa aquella disensión doméstica.

Finalmente, aquel matrimonio novelesco inaugurado en el misterio y reanudado entre lágrimas, dió por resultado el nacimiento de tres hijas; dos de estas Antígonas abrieron las puertas de la antigüedad á su padre, privado de la vista.

Después del triunfo de los parlamentarios, Milton ofreció un asilo á la familia de su mujer. Told encontró documentos en los archivos públicos, por los cuales se ve que Milton tomó posesión de la fortuna de su suegro, cuando este murió, á título de hipoteca de una suma prestada por el padre del poeta. La viuda

Powel no se atrevió á hacer valer sus derechos temiendo que Milton, hombre duro y colérico, según ella decía, no causara la perdición de su hija si salía airoso de su demanda.

Habiendo los presbiterianos atacado el escrito de Milton sobre el divorcio, el irascible poeta se apartó de su secta, y se hizo enemigo suyo.

DISCURSO SOBRE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

No tardó Milton en publicar la *Areopagítica*, que es la mejor obra en prosa que se ha escrito en inglés. Como no era conocida aun esta manera de expresarse: *libertad de imprenta*, el autor dió á su obra el título: *A speech for the liberty of unli censored printing, to the parliament of England*.

Discurso por la libertad de imprimir sin licencia, al parlamento de Inglaterra.

Después de haber hecho ver que la censura es inútil, puesto que no alcanza á impedir la circulación de los libros malos, el autor añade: «Matar á un hombre, es matar á una criatura racional; matar un libro, es matar la razón, es matar la inmortalidad mas bien que la vida. Muchas veces las revoluciones de las edades no encuentran una verdad desechada, y por falta de la cual, pueblos enteros están eternamente sufriendo.»

«El pueblo os ruega que no retrogradeis, sino antes por el contrario, que os pongais en el camino de la verdad y la virtud. Paréceme ver una noble y poderosa nación surgir, como un hombre fuerte después del sueño; paréceme ver un águila, que al entrar en el período de su vigorosa juventud, dirige sus miradas nunca deslumbradas al pleno rayo del sol del Mediodía, quitándose en la misma fuente de la luz celestial, las escamas de los ojos que por largo tiempo no han conocido toda su fuerza. ¿Destruiréis esa florida cosecha de conocimientos y de nuevas luces que tanto incremento han tomado y toman diariamente en esta ciudad? ¿Estableceréis una oligarquía de veinte monopolizadores que anden escatimando el pábulo á nuestras inteligencias? ¿No podremos tener mas alimento que el que se nos dé tasado y medido? Creedme, lores y representantes del pueblo: yo me he sentado entre los sabios de otros países, y me han felicitado de haber nacido en la tierra de la libertad filosófica en tanto que ellos se veían reducidos á deplorar la servil condición á que la ciencia estaba reducida en su patria. He visitado al famoso Galileo, ya anciano y víctima de la Inquisición por haber pensado en astronomía de otro modo que un censor franciscano ó dominico. La libertad es el elemento de todos los espíritus elevados; es la luz de nuestra alma, como la del sol lo es del mundo físico.»

En la energía de ese lenguaje se revela el autor del *Paraíso perdido*. Milton ha sido tan grande escritor en prosa como en verso: las revoluciones lo han aproximado á nosotros, y sus ideas políticas lo convierten en hombre de nuestra época. En sus versos se queja de haber venido un siglo demasiado tarde; en su prosa habría podido lamentarse de haber venido un siglo demasiado pronto. El momento de su resurrección ha llegado ya; me consideraría como muy dichoso en haberle dado la mano para salir de su tumba como prosista; pues hace ya tiempo que la gloria le dijo como poeta: «Levántate!» Surgió para no volver mas al ocaso.

La libertad de imprenta debe considerarse como muy honrada en tener por patron al autor del *Paraíso perdido*: él es el primero que la reclamó enérgica y formalmente. ¿Con qué patético artificio recuerda el poeta haber visto á Galileo abrumado por el peso de la edad y las enfermedades, próximo á espirar entre las cadenas de la censura por haberse atrevido á

afirmar el movimiento de la tierra! Era un ejemplo tomado a la altura de Milton.
¿A dónde iríamos hoy a parar si habláramos de ese modo?

MUERTE DEL PADRE DE MILTON.—SUCESOS HISTÓRICOS.
—SU OBRA ACERCA DEL ESTADO DE LOS REYES Y LOS MAGISTRADOS.

En 1643, Milton recogió las composiciones latinas e inglesas de su juventud. Las canciones fueron puestas en música por Enrique Lawes, agregado a la capilla de Carlos I; la voz del apologista iba muy pronto a dejarse oír junto al féretro del monarca en la capilla de Windson.

El padre de Milton murió: los parientes de su esposa se marcharon, y la casa del poeta volvió otra vez a verse convertida en templo de las musas. En esta época Milton estuvo a punto de ser colocado de ayudante en la división de sir William Waler, general del partido presbiteriano, cuyas Memorias se conservan aun.

Cuando Fairfax y Cromwell se apoderaron de Londres, en abril de 1647, Milton para dedicarse más tranquilamente a sus estudios, dejó su grande establecimiento de Herbancario, y se retiró a una pequeña casa de High Holborne, cerca de la cual ha vivido largo tiempo. Creo que este es lugar a propósito para repetir una observación que se ha hecho al principio de este Ensayo: «Un cuadro de la literatura completamente aislado de la historia de las naciones, he dicho, produciría una monstruosa quimera; al oír cantar sucesiva e imperturbablemente a los poetas sus amores y sus rebaños, podría uno figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupción sobre la tierra. Siempre hay en cada nación en el momento de la catástrofe y entre los mas grandes acontecimientos, un sacerdote que reza, un poeta que canta, etc.»

Acabamos de ver a Milton casarse, estudiar idiomas, educar niños, y escribir opúsculos en prosa y en verso, como si la Inglaterra gozara de la paz mas profunda, y sin embargo, la guerra civil estaba encendida; mil partidos se desgarraban, y no se podía andar sino entre sangre y ruinas.

En 1644 se habían dado las batallas de Marston-moor y de Newbury; la cabeza del anciano arzobispo Laud, había caído bajo el hacha del verdugo. Los años de 1645 y 1646, vieron el combate de Naseby, la toma de Bristol, la derrota de Montrose, y la retirada de Carlos I al ejército escocés que entregó a los ingleses su monarca por cuatrocientas mil libras esterlinas.

Los tres años siguientes fueron todavía mas trágicos, pues en su período fatal encierran la sublevación del ejército, el rapto del rey por Joyce, la opresión del parlamento por los soldados, la segunda guerra civil, la evasión del rey, la segunda captura de este monarca, la purificación a mano armada del parlamento, y la sentencia y ejecución de Carlos I.

Refiriéndose a esas fechas podrán colocarse sucesivamente las obras de Milton de que acabo de hablar. Milton asistió tal vez como espectador a la decapitación de su soberano, y regresó despues de aquel acto a su casa a proponer un tema de gramática latina a los niños; *Genders are three, masculine, feminine and neuter.* (Hay tres géneros, masculino, femenino y neutro.) La suerte de los imperios y de los grandes hombres, no importa mucho mas que eso en el movimiento que arrastra a las sociedades.

No faltaban tampoco en Francia durante los sucesos del 1793, poetas, que sin ser Milton, cantaban a *Tirsis*, uno de los personajes de la *Máscara*; en aquel tiempo el teatro estaba siempre lleno de pacíficos ciudadanos; asuntos pastoriles ocupaban la escena en

tanto que por las calles se estaban representando tragedias. Todo el mundo sabe que los terroristas tenían una extraordinaria benignidad de costumbres: aquellos tiernos pastorcillos profesaban sobre todo particular afecto a los niños.

Fouquier-Tinville, y su servidor Sanson, que oían a sangre, se distraían por la noche en el teatro; la pintura de la inocente vida del campo, les arrancaba lágrimas.

No bien fue ajusticiado Carlos I, cuando los presbiterianos empezaron a declamar contra el asesinato proclamando la inviolabilidad de la persona del rey; por mas activa que fuese la parte que aquellos giron-dinos de Inglaterra hubiesen tomado en la catástrofe, hay que tener presente que no votaron como los giron-dinos franceses la muerte del rey, cuya pérdida lamentaban.

Para contestar a sus clamores, escribió Milton su *Tenure of kings and magistrats*. (Estado de los reyes y los magistrados). En ese escrito no le costó mucho el demostrar que aquellos que mas se lamentaban de la suerte de Carlos I, eran los mismos que lo habían conducido al patíbulo. Eso es lo que sucede en todas las revoluciones; los partidos procuran no salir de ciertos límites en que han fijado el derecho y la justicia; pero los que vienen en pos de aquellos derriban y saltan por encima de ese límite, como en una carga de caballería el último escuadrón atropella y pasa por encima del primero si ha llegado a detenerse.

Milton trató de probar que en todos tiempos y bajo todas las formas de gobierno, ha sido legal el procesar a un mal rey, y el destronarlo o condenarlo a muerte. «Si un súbdito, dice Milton, puede por ciertos crímenes ser castigado por la ley, no solo en su persona, sino en su posteridad y en sus bienes que se devuelven al soberano, ¿qué puede haber mas justo que el que un soberano pierda por crímenes análogos sus títulos, y sus bienes sean devueltos al pueblo? ¿Dirá alguno que los pueblos han sido creados para el rey, y el rey no para el pueblo? ¿Tendrán que ser considerados esos pueblos, en su multitud numérica, como inferiores al individuo real? Semejante modo de pensar sería cometer una especie de traición contra la dignidad de la especie humana. Sostener que los reyes no son responsables de su conducta sino ante Dios, es lo mismo que destruir toda sociedad política. En tal caso los juramentos que los reyes han dado al recibir la corona no han sido mas que una burla, y las leyes a cuya observancia se obligaron, son como si no existieran.» Al establecer Milton esas opiniones no avanzaba mucho mas que Mariana, y ademas las apoyaba en textos de la Sagrada Escritura: hay que tener presente que la revolución de Inglaterra se diferenciaba esencialmente de la francesa en el carácter religioso que ostentaba.

MILTON SECRETARIO LATINO DEL CONSEJO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA.—EL ICONOCLASTA.

Por último, los escritos políticos de Milton, dispersaron en su favor la atención de los jefes del gobierno; llamaron a los asuntos públicos y lo nombraron secretario latino del consejo de Estado de la república; cuando ésta se convirtió en protectorado, Milton quedó naturalmente convertido en secretario del protector por lo tocante al latín. Apenas empezó a ejercer su nuevo empleo cuando se le mandó contestar al *Eikon Basilike*, publicado en Londres despues de la muerte de Carlos, así como en Francia se divulgó el testamento de Luis XVI despues de la muerte de ese rey mártir. Se publicó una traducción francesa de aquella obra con el título: *Pourtraite de Sa sacrée Majesté durant sa solitude et ses souffrances*.

Milton intituló ingeniosamente el *Iconoclasta* la contestación que dió al *Pourtraite*. Sin dejar de inmo-

lar nuevamente al monarca, Milton en esa contestación, pretende hallarse muy distante de querer abofetear una cabeza cortada; pero dice que viéndose obligado a hablar, prefiere la *reina Verdad* al rey Carlos, *Reginam veritatem regi Carolo antepone-dam arbitratus*.

La obra está escrita con método y claridad; el autor parece menos dominado por la imaginación que en los demás escritos políticos. Citaremos algunos de sus párrafos. «Discurrir acerca de las desgracias de una persona derribada de tan alto puesto y que ha pagado ya lo que debía a sus faltas y a la naturaleza, no es un asunto muy recomendable en sí mismo, ni tampoco intento hacerlo. Al escribir contra un rey no me mueve la ambición ni la vanidad de adquirir nombradía. Los reyes son fuertes en armas, pero débiles en razones, y otro tanto sucede a todos los que desde la cuna están acostumbrados a servirse de su voluntad como de mano derecha, y de su razón como de mano izquierda. Sin embargo, por afecto a las personas sencillas y morigeradas que creen que los reyes están animados de un espíritu distinto del de los demás mortales, levantaré en nombre de la libertad y la república el guante que han arrojado en el palenque, aunque sea el guante de un rey.»

Milton, tanto mas cruel para Carlos I, cuanto mas moderado quiso aparecer en aquel escrito, opuso al *Eikon* estas palabras relativas a la muerte de Strafford:

«Carlos se arrepiente, segun nos dice, de haber dado su consentimiento a la ejecución de Strafford: cierto es que Carlos manifestó a las dos cámaras que no podía condenar por delito de alta traición a su favorito, y que ni el temor, ni las consideraciones de ninguna especie le hicieron variar aquel propósito dictado por su conciencia. Mas téngase entendido que semejante propósito no fue dictado por la conciencia, ó esta se enteró mejor despues de haberla dictado, ó en fin, que su conciencia y su firme propósito se estrellaron ante algun temor mas vivo, cuando de allí a pocos dias de haber dicho a su parlamento palabras tan enérgicas y gloriosas, firmó el bill para la ejecución de Strafford.»

Milton da el nombre de libro de penitencia al *Eikon*. Carlos se había esmerado mas en leer poesías que política; tal vez el *Eikon* no será mas que una composición en verso; su lenguaje es esmerado, su argumento claro; no le falta mas que la rima. Carlos, por medio de palabras que casi llegan a tener la autoridad de un soneto, atribuye rudeza al Parlamento inglés y virtud a su esposa.

Milton se burla de las reflexiones del rey a Holmby, de su carta testamentaria al príncipe de Gales. Con este motivo recuerda las ejecuciones de diversas testas coronadas, y descendiendo inexorable hasta la ejecución de María Estuardo, abuela de Carlos, recuerdo indigno de un corazón generoso, pues Carlos estaba ya durmiendo eternamente en Windsor, y no podía oír lo que su enemigo le decía.

«¡Hablais, esclama el poeta, de la corona de espinas de nuestro Salvador! los reyes pueden sin duda encontrar no pocas coronas de espinas cogidas y trenzadas por ellos; pero llevarlas, como Cristo la llevó, no es dado a los que las han sufrido por su falta de mérito.»

No obstante su intrepidez republicana, el publicista se muestra algo vacilante al llegar al último capítulo del *Eikon*, cuyo epígrafe es: *Meditaciones sobre la muerte*. ¿Qué hace Milton? Huir ante esas meditaciones. «Todas las cosas humanas, dice, pueden ser contravertidas; las opiniones serán diversas hasta el fin del mundo; pero este asunto de la muerte es un caso sencillo y no admite réplica; es el centro en que todas las opiniones vienen a encontrarse.»

De esta manera fue como Milton tomó parte en la gloria del negocio; el verdugo hizo saltar hasta él la

sangre de Carlos I, como el sacrificador en los tiempos antiguos rociaba a los espectadores con la sangre de la víctima.

Milton sospechaba que el *Eikon* no era obra del rey: sus presentimientos se realizaron; la obra era del doctor Gauden. En el *Eikon* se encuentra una plegaria tomada literalmente de la de Pamela en la *Arcadia* de Felipe Sidney. Esto fue un grande asunto de burla para los republicanos, y de confusión para los realistas, que habían creído en la autenticidad del *Pourtraite* de su soberano. En lo sucesivo un tal Enrique Filles, impresor de Cromwell, supuso que Milton y Bradshaw consiguieron de Dugar, editor del *Eikon*, que insertara la plegaria de Pamela para destruir el efecto del *Eikon*. Nada en el carácter de Milton autoriza a creer que pudo cometer semejante bajeza. ¿Cómo pudo saber que se estaba imprimiendo aquella obra? (el *Pourtraite*), ¿cómo los parlamentarios no habrían detenido el manuscrito si les hubiese sido conocida su existencia? Muy en boga estaban entre aquellos hombres que se titulaban libres las violencias de la arbitrariedad, pero no las supercherias: sorprendieron y publicaron la correspondencia secreta del rey con la reina, mas no alteraron su texto. El interpolar, falsificar y suprimir son rateros recursos que la revolución de Inglaterra se abstuvo de usar para legarlos a la francesa.

Johnson, sin embargo, ha creído que el texto del *Eikon Basilike* fue adulterado. «Las facciones, dice ese crítico, rara vez dejan a un hombre la honradez que tenía tal vez al afiliarse en ellos... Los regicidas se apoderaron de los papeles que Carlos I dió a Johnson estando ya en el patíbulo; de manera que por lo menos fueron editores, ya que no fabricantes como opina el doctor Riche, que ha examinado con mucha detención este asunto, de aquella plegaria, es decir, de la plegaria tomada de la *Arcadia* de Sidney.»

Por mi parte diré que examinando minuciosamente el *Eikon Basilike*, he concebido otra especie de dudas acerca de esa obra, y no me puedo llegar a persuadir que haya salido por completo de la pluma del doctor Gauden. Probablemente este ministro no hizo mas que trabajar sobre las notas dejadas por Carlos I. Los sentimientos íntimos no engañan; es imposible que nadie pueda ponerse tan exactamente en el lugar de otro, ni identificarse hasta tal punto con las emociones que otro hombre sintió en épocas determinadas de su vida. Solo Carlos I, en mi concepto, pudo escribir esta serie de pensamientos.

«Por conservar una borrasca popular, he promovido una tormenta en mi seno.» (Carlos se echa en cara la muerte de Strafford).

«¡Oh Dios! concédame tu bendición ser siempre racional como hombre, religioso como cristiano, constante y justo como rey.»

«¡Ciertos son los sucesos de todas las guerras; los de las civiles no dejan esperanza de consuelo, puesto que vencedor ó vencido no me queda mas recurso que padecer; concédeme (oh Dios) duplicada porción de tu espíritu.»

«Necesito un corazón capaz de mucho sufrimiento.»

«Poco me han dejado de esa vida, solamente la posteridad.»

«Hijo mío, si no habeis de volver a ver mi rostro, si Dios ha dispuesto que yo sea enterrado para siempre en esta lóbrega y bárbara prision, adios.»

«Os recomiendo vuestra madre: recordad que se ha manifestado contenta de padecer por mí, conmigo, y también con vos por medio de una incomparable magnanimidad.»

«Pido a Dios, que cuando hayan consumado mi muerte, no derrame la copa de su indignación sobre la generalidad del pueblo.»

afirmar el movimiento de la tierra! Era un ejemplo tomado a la altura de Milton.
¿A dónde iríamos hoy a parar si habláramos de ese modo?

MUERTE DEL PADRE DE MILTON.—SUCESOS HISTÓRICOS.
—SU OBRA ACERCA DEL ESTADO DE LOS REYES Y LOS MAGISTRADOS.

En 1643, Milton recogió las composiciones latinas e inglesas de su juventud. Las canciones fueron puestas en música por Enrique Lawes, agregado a la capilla de Carlos I; la voz del apologista iba muy pronto a dejarse oír junto al féretro del monarca en la capilla de Windson.

El padre de Milton murió: los parientes de su esposa se marcharon, y la casa del poeta volvió otra vez a verse convertida en templo de las musas. En esta época Milton estuvo a punto de ser colocado de ayudante en la división de sir William Waler, general del partido presbiteriano, cuyas Memorias se conservan aun.

Cuando Fairfax y Cromwell se apoderaron de Londres, en abril de 1647, Milton para dedicarse mas tranquilamente a sus estudios, dejó su grande establecimiento de Herbancario, y se retiró a una pequeña casa de High Holborne, cerca de la cual ha vivido largo tiempo. Creo que este es lugar a propósito para repetir una observación que se ha hecho al principio de este Ensayo: «Un cuadro de la literatura completamente aislado de la historia de las naciones, he dicho, produciría una monstruosa quimera; al oír cantar sucesiva e imperturbablemente a los poetas sus amores y sus rebaños, podría uno figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupción sobre la tierra. Siempre hay en cada nación en el momento de la catástrofe y entre los mas grandes acontecimientos, un sacerdote que reza, un poeta que canta, etc.»

Acabamos de ver a Milton casarse, estudiar idiomas, educar niños, y escribir opúsculos en prosa y en verso, como si la Inglaterra gozara de la paz mas profunda, y sin embargo, la guerra civil estaba encendida; mil partidos se desgarraban, y no se podía andar sino entre sangre y ruinas.

En 1644 se habían dado las batallas de Marston-moor y de Newbury; la cabeza del anciano arzobispo Laud, había caído bajo el hacha del verdugo. Los años de 1645 y 1646, vieron el combate de Naseby, la toma de Bristol, la derrota de Montrose, y la retirada de Carlos I al ejército escocés que entregó a los ingleses su monarca por cuatrocientas mil libras esterlinas.

Los tres años siguientes fueron todavía mas trágicos, pues en su período fatal encierran la sublevación del ejército, el rapto del rey por Joyce, la opresión del parlamento por los soldados, la segunda guerra civil, la evasión del rey, la segunda captura de este monarca, la purificación a mano armada del parlamento, y la sentencia y ejecución de Carlos I.

Refiriéndose a esas fechas podrán colocarse sucesivamente las obras de Milton de que acabo de hablar. Milton asistió tal vez como espectador a la decapitación de su soberano, y regresó despues de aquel acto a su casa a proponer un tema de gramática latina a los niños; *Genders are three, masculine, feminine and neuter.* (Hay tres géneros, masculino, femenino y neutro.) La suerte de los imperios y de los grandes hombres, no importa mucho mas que eso en el movimiento que arrastra a las sociedades.

No faltaban tampoco en Francia durante los sucesos del 1793, poetas, que sin ser Milton, cantaban a *Tirsis*, uno de los personajes de la *Máscara*; en aquel tiempo el teatro estaba siempre lleno de pacíficos ciudadanos; asuntos pastoriles ocupaban la escena en

tanto que por las calles se estaban representando tragedias. Todo el mundo sabe que los terroristas tenían una extraordinaria benignidad de costumbres: aquellos tiernos pastorcillos profesaban sobre todo particular afecto a los niños.

Fouquier-Tinville, y su servidor Sanson, que oían a sangre, se distraían por la noche en el teatro; la pintura de la inocente vida del campo, les arrancaba lágrimas.

No bien fue ajusticiado Carlos I, cuando los presbiterianos empezaron a declamar contra el asesinato proclamando la inviolabilidad de la persona del rey; por mas activa que fuese la parte que aquellos giron-dinos de Inglaterra hubiesen tomado en la catástrofe, hay que tener presente que no votaron como los giron-dinos franceses la muerte del rey, cuya pérdida lamentaban.

Para contestar a sus clamores, escribió Milton su *Tenure of kings and magistrats*. (Estado de los reyes y los magistrados). En ese escrito no le costó mucho el demostrar que aquellos que mas se lamentaban de la suerte de Carlos I, eran los mismos que lo habían conducido al patíbulo. Eso es lo que sucede en todas las revoluciones; los partidos procuran no salir de ciertos límites en que han fijado el derecho y la justicia; pero los que vienen en pos de aquellos derriban y saltan por encima de ese límite, como en una carga de caballería el último escuadrón atropella y pasa por encima del primero si ha llegado a detenerse.

Milton trató de probar que en todos tiempos y bajo todas las formas de gobierno, ha sido legal el procesar a un mal rey, y el destronarlo o condenarlo a muerte. «Si un súbdito, dice Milton, puede por ciertos crímenes ser castigado por la ley, no solo en su persona, sino en su posteridad y en sus bienes que se devuelven al soberano, ¿qué puede haber mas justo que el que un soberano pierda por crímenes análogos sus títulos, y sus bienes sean devueltos al pueblo? ¿Dirá alguno que los pueblos han sido creados para el rey, y el rey no para el pueblo? ¿Tendrán que ser considerados esos pueblos, en su multitud numérica, como inferiores al individuo real? Semejante modo de pensar sería cometer una especie de traición contra la dignidad de la especie humana. Sostener que los reyes no son responsables de su conducta sino ante Dios, es lo mismo que destruir toda sociedad política. En tal caso los juramentos que los reyes han dado al recibir la corona no han sido mas que una burla, y las leyes a cuya observancia se obligaron, son como si no existieran.» Al establecer Milton esas opiniones no avanzaba mucho mas que Mariana, y ademas las apoyaba en textos de la Sagrada Escritura: hay que tener presente que la revolución de Inglaterra se diferenciaba esencialmente de la francesa en el carácter religioso que ostentaba.

MILTON SECRETARIO LATINO DEL CONSEJO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA.—EL ICONOCLASTA.

Por último, los escritos políticos de Milton, dispersaron en su favor la atención de los jefes del gobierno; llamaron a los asuntos públicos y lo nombraron secretario latino del consejo de Estado de la república; cuando ésta se convirtió en protectorado, Milton quedó naturalmente convertido en secretario del protector por lo tocante al latín. Apenas empezó a ejercer su nuevo empleo cuando se le mandó contestar al *Eikon Basilike*, publicado en Londres despues de la muerte de Carlos, asi como en Francia se divulgó el testamento de Luis XVI despues de la muerte de ese rey mártir. Se publicó una traducción francesa de aquella obra con el título: *Pourtraite de Sa sacrée Majesté durant sa solitude et ses souffrances*.

Milton intituló ingeniosamente el *Iconoclasta* la contestación que dió al *Pourtraite*. Sin dejar de inmo-

lar nuevamente al monarca, Milton en esa contestación, pretende hallarse muy distante de querer abofetear una cabeza cortada; pero dice que viéndose obligado a hablar, prefiere la *reina Verdad* al rey Carlos, *Reginam veritatem regi Carolo antepone-dam arbitratus*.

La obra está escrita con método y claridad; el autor parece menos dominado por la imaginación que en los demás escritos políticos. Citaremos algunos de sus párrafos. «Discurrir acerca de las desgracias de una persona derribada de tan alto puesto y que ha pagado ya lo que debía a sus faltas y a la naturaleza, no es un asunto muy recomendable en sí mismo, ni tampoco intento hacerlo. Al escribir contra un rey no me mueve la ambición ni la vanidad de adquirir nombradía. Los reyes son fuertes en armas, pero débiles en razones, y otro tanto sucede a todos los que desde la cuna están acostumbrados a servirse de su voluntad como de mano derecha, y de su razón como de mano izquierda. Sin embargo, por afecto a las personas sencillas y morigeradas que creen que los reyes están animados de un espíritu distinto del de los demás mortales, levantaré en nombre de la libertad y la república el guante que han arrojado en el palenque, aunque sea el guante de un rey.»

Milton, tanto mas cruel para Carlos I, cuanto mas moderado quiso aparecer en aquel escrito, opuso al *Eikon* estas palabras relativas a la muerte de Strafford:

«Carlos se arrepiente, segun nos dice, de haber dado su consentimiento a la ejecución de Strafford: cierto es que Carlos manifestó a las dos cámaras que no podía condenar por delito de alta traición a su favorito, y que ni el temor, ni las consideraciones de ninguna especie le hicieron variar aquel propósito dictado por su conciencia. Mas téngase entendido que semejante propósito no fue dictado por la conciencia, ó esta se enteró mejor despues de haberla dictado, ó en fin, que su conciencia y su firme propósito se estrellaron ante algun temor mas vivo, cuando de allí a pocos dias de haber dicho a su parlamento palabras tan enérgicas y gloriosas, firmó el bill para la ejecución de Strafford.»

Milton da el nombre de libro de penitencia al *Eikon*. Carlos se había esmerado mas en leer poesías que política; tal vez el *Eikon* no será mas que una composición en verso; su lenguaje es esmerado, su argumento claro; no le falta mas que la rima. Carlos, por medio de palabras que casi llegan a tener la autoridad de un soneto, atribuye rudeza al Parlamento inglés y virtud a su esposa.

Milton se burla de las reflexiones del rey a Holmby, de su carta testamentaria al príncipe de Gales. Con este motivo recuerda las ejecuciones de diversas testas coronadas, y descendiendo inexorable hasta la ejecución de María Estuardo, abuela de Carlos, recuerdo indigno de un corazón generoso, pues Carlos estaba ya durmiendo eternamente en Windsor, y no podía oír lo que su enemigo le decía.

«¡Habla, esclama el poeta, de la corona de espinas de nuestro Salvador! los reyes pueden sin duda encontrar no pocas coronas de espinas cogidas y trenzadas por ellos; pero llevarlas, como Cristo la llevó, no es dado a los que las han sufrido por su falta de mérito.»

No obstante su intrepidez republicana, el publicista se muestra algo vacilante al llegar al último capítulo del *Eikon*, cuyo epígrafe es: *Meditaciones sobre la muerte*. ¿Qué hace Milton? Huir ante esas meditaciones. «Todas las cosas humanas, dice, pueden ser contravertidas; las opiniones serán diversas hasta el fin del mundo; pero este asunto de la muerte es un caso sencillo y no admite réplica; es el centro en que todas las opiniones vienen a encontrarse.»

De esta manera fue como Milton tomó parte en la gloria del negocio; el verdugo hizo saltar hasta él la

sangre de Carlos I, como el sacrificador en los tiempos antiguos rociaba a los espectadores con la sangre de la víctima.

Milton sospechaba que el *Eikon* no era obra del rey: sus presentimientos se realizaron; la obra era del doctor Gauden. En el *Eikon* se encuentra una plegaria tomada literalmente de la de Pamela en la *Arcadia* de Felipe Sidney. Esto fue un grande asunto de burla para los republicanos, y de confusión para los realistas, que habían creído en la autenticidad del *Pourtraite* de su soberano. En lo sucesivo un tal Enrique Filles, impresor de Cromwell, supuso que Milton y Bradshaw consiguieron de Dugar, editor del *Eikon*, que insertara la plegaria de Pamela para destruir el efecto del *Eikon*. Nada en el carácter de Milton autoriza a creer que pudo cometer semejante bajeza. ¿Cómo pudo saber que se estaba imprimiendo aquella obra? (el *Pourtraite*), ¿cómo los parlamentarios no habrían detenido el manuscrito si les hubiese sido conocida su existencia? Muy en boga estaban entre aquellos hombres que se titulaban libres las violencias de la arbitrariedad, pero no las supercherias: sorprendieron y publicaron la correspondencia secreta del rey con la reina, mas no alteraron su texto. El interpolar, falsificar y suprimir son rateros recursos que la revolución de Inglaterra se abstuvo de usar para legarlos a la francesa.

Johnson, sin embargo, ha creído que el texto del *Eikon Basilike* fue adulterado. «Las facciones», dice «ese crítico, rara vez dejan a un hombre la honradez que tenía tal vez al afiliarse en ellos... Los regicidas se apoderaron de los papeles que Carlos I dió a Johnson estando ya en el patíbulo; de manera que por lo menos fueron editores, ya que no fabricantes como opina el doctor Riche, que ha examinado con mucha detención este asunto, de aquella plegaria, es decir, de la plegaria tomada de la *Arcadia* de Sidney.»

Por mi parte diré que examinando minuciosamente el *Eikon Basilike*, he concebido otra especie de dudas acerca de esa obra, y no me puedo llegar a persuadir que haya salido por completo de la pluma del doctor Gauden. Probablemente este ministro no hizo mas que trabajar sobre las notas dejadas por Carlos I. Los sentimientos íntimos no engañan; es imposible que nadie pueda ponerse tan exactamente en el lugar de otro, ni identificarse hasta tal punto con las emociones que otro hombre sintió en épocas determinadas de su vida. Solo Carlos I, en mi concepto, pudo escribir esta serie de pensamientos.

«Por contener una borrasca popular, he promovido una tormenta en mi seno.» (Carlos se echa en cara la muerte de Strafford).

«¡Oh Dios! concédame tu bendición ser siempre racional como hombre, religioso como cristiano, constante y justo como rey.»

«¡Ciertos son los sucesos de todas las guerras; los de las civiles no dejan esperanza de consuelo, puesto que vencedor ó vencido no me queda mas recurso que padecer; concédeme (oh Dios) duplicada porción de tu espíritu.»

«Necesito un corazón capaz de mucho sufrimiento.»

«Poco me han dejado de esa vida, solamente la posteridad.»

«Hijo mío, si no habeis de volver a ver mi rostro, si Dios ha dispuesto que yo sea enterrado para siempre en esta lóbrega y bárbara prision, adios.»

«Os recomiendo vuestra madre: recordad que se ha manifestado contenta de padecer por mí, conmigo, y también con vos por medio de una incomparable magnanimidad.»

«Pido a Dios, que cuando hayan consumado mi muerte, no derrame la copa de su indignación sobre la generalidad del pueblo.»

«Mas quisiera que os llamaran Carlos el Bueno, que Carlos el Grande. Espero que Dios os habrá destinado para merecer ambos sobrenombres.»

«Pondreis mas en evidencia, y ejercereis mas legitimamente vuestra autoridad rebajando algo el rigor de la ley mas bien que aplicando toda su severidad; nada hay peor que un poder tiránico ejercido bajo las formas de la ley.»

«Vivan mi recuerdo y mi nombre en vuestra memoria.»

«Adios, hasta que nos encontremos en el cielo, ya que no nos sea dado volvernos á ver en la tierra.»

«Creo que os esperan tiempos mas felices.»

DEFENSA DEL PUEBLO INGLÉS CONTRA SAUMAISE.

No tardó en aparecer entre las obras de Milton la que le dió mas celebridad durante su vida; intitulase esa obra: *Defensa del pueblo inglés* contra el escrito de Saumaise en favor de la memoria de Carlos I. «Los ataques contra un rey que ya no existía, dice con mucha razon y elocuencia M. Villemain, esos insultos lanzados mas allá del cadalso, tenían algo de ferocidad y de bajeza que el deslumbramiento del falso celo no dejaba ver con claridad al entusiasta espíritu de Milton.»

La *Defensio pro populo anglicano* está escrita en prosa latina elegante y clásica; pero Milton puede decirse que no aparece en ella mas que como traductor de sus pensamientos concebidos en inglés, y bajo este concepto pierde su originalidad nacional. Todas esas obras maestras de latinidad moderna, darian mucho que reir á los estudiantes de Roma si llegaran á resucitar.

Milton desde luego reprende á Saumaise su ignorancia del latin, y le pregunta cómo ha podido escribir *persona régia*, olvidándose de que *persona* en su significacion clásica, expresa una máscara por mas que Saumaise quiera apoyarse en la autoridad de Varron y Juvenal; pero luego Milton, elevándose repentinamente, exclama: «Tu expresion, Saumaise, es, sin embargo, mas exacta que lo que tú imaginas. ¿Qué es, en efecto, el tirano sino la máscara de un rey?»

Tales disputas sobre el latin son sumamente comunes entre los eruditos: todo el que presume de conocedor de los idiomas griego y latino, cree que los demás no saben una palabra.

Milton sigue diciendo: «Das principio á tu obra, Saumaise, por estas palabras: ¡Una horrible noticia acaba de llegar á nuestro oído! ¡En Inglaterra se ha cometido un parricidio! Preciso es que esa horrible noticia haya tenido una espada mucho mas larga que la del Padre Santo, ó tus orejas deben ser espantosamente largas, pues esa noticia no puede llegar mas que á las orejas de un asno... ¡Oh abogado mercenario! ¡No te habria valido mas escribir la defensa de Carlos, el padre que, segun dices, es el mejor de todos los reyes que ha habido, que la de Carlos, el hijo, el mas indigente de cuantos reyes existen, con lo cual te habrias librado de cargar las costas á ese lastimoso monarca? Aunque eres un picaro, no te has querido hacer ridiculo dando á tu escrito el nombre de *Defensa del rey*, pues habiendo vendido tu escrito, ya no te pertenece: es del rey que lo ha comprado demasiado caro por cien Jacobos, suma enorme para ese pobre diablo de soberano.»

Bien se podria preguntar á Milton ¿por qué recibió de sus protectores mil libras esterlinas por su contestacion á Saumaise? Algo mas era esa cantidad que los cien Jacobos. Afortunadamente la defensa de Milton no está escrita toda en semejante lenguaje.

«Voy á ratiocinar sobre cosas de entidad y no comunes, dice en otro párrafo: manifestaré cómo un

rey muy poderoso, despues de haber hollado bajo sus pies las leyes de la nacion, y conmovido el culto, gobernó á su fantasia, y fue vencido en el campo de batalla por sus súbditos, cansados de sufrir larga esclavitud. Diré cómo fue arrojado á una prision por no haber podido inspirar con sus palabras ni con sus hechos, esperanza de mejorar de conducta, y cómo fue condenado á muerte por el supremo consejo del reino, siendo por último decapitado delante de las mismas puertas de su palacio. Diré tambien en virtud de qué derecho y de qué leyes propias de este pais se pronunció esa sentencia, y me será fácil defender á mis dignos y valientes compatriotas de las calumnias intestinas y extranjeras.

«En peligro estarian la naturaleza y las leyes si la esclavitud pudiera hablar, en tanto que la libertad permanece muda, si los tiranos esconstran hombres dispuestos á defender sus intereses, en tanto que los que han vencido á esos tiranos no tuvieran quien abogara por su causa. Deplorable seria ciertamente que la razon, donativo que el hombre ha recibido de Dios, no suministraran para la conservacion y libertad de los hombres mas argumentos que para su opresion y ruina.»

De aquí pasa Milton á contestaciones mas directas, Saumaise dijo, que se habian visto reyes y tiranos asesinados en sus mismos palacios ó en medio de motines populares, pero que no habia ejemplar de alguno que hubiese sido llevado al patíbulo. A esto contesta Milton preguntando si será mejor matar á un soberano violentamente y sin forma de juicio, que someterlo como otro cualquier ciudadano á un tribunal, y condenarlo despues de haber oido su defensa.

Saumaise afirmó, que la ley de la naturaleza existe impresa en el corazon de todos los hombres: Milton contestó, que el derecho de sucesion no es derecho de naturaleza, y que por ley de esta, ningun hombre es rey. Con este motivo cita todos los reyes que han sido procesados especialmente en Inglaterra. «En un antiguo manuscrito intitulado *Modus tenendi parlamenta*, dice Milton, se lee: «Si el rey disuere el parlamento sin haber sido despachados aun los asuntos que motivaron su convocacion, aquel rey se hace reo de perjurio y será considerado como violador del juramento de su coronacion. ¿Quién tiene la culpa de haber sido condenado Carlos? ¿No empuñó las armas con sus pueblos? ¿No hizo asesinar ciento cincuenta mil protestantes en solo la provincia de Ulster en Irlanda?»

Hobbes opina, que en la *Defensa del pueblo inglés* es tan bueno el estilo como malos los argumentos. En concepto de Voltaire, Saumaise atacó á lo pedante, y Milton contestó como una fiera. «Ninguno, segun dice Johnson, puede olvidarse de su primitiva profesion: los derechos de los reyes y de los pueblos se convierten en cuestiones gramaticales cuando son gramaticos los que las discuten.»

La *Defensa* fue traducida á todos los idiomas de Europa, y el que lo tradujo al inglés se llamaba Washington.

Los embajadores de todas las potencias residentes en Londres, se apresuraron á felicitar á Milton por su admirable obra. ¡Debe ser una cosa tan dulce para los reyes el ver matar reyes! Tilarés, natural de Atenas y embajador del duque de Parma cerca del rey de Francia, escribió elogios sin fin en obsequio del apologista del enjuiciamiento de Carlos I. Hemos visto embajadores rastrear en Paris á los pies de los ministros de Bonaparte. Los cuerpos diplomáticos (sin pararnos á considerar los hombres que los componen), que no se hallen en relacion con el sistema de una sociedad nuevamente constituida, no sirven por lo general mas que para turbar los gabinetes, cerca de los cuales están acreditados y para mantener las ilusiones de sus soberanos.

Milton removi6 con poderosa mano todas las ideas que se agitan en nuestro siglo. Estas ideas durmieron aun por espacio de siglo y medio, y por último se despertaron en 1789. Casi podria decirse que las obras políticas de aquel poeta han sido escritas en nuestros tiempos sobre asuntos que diariamente vemos ventilados en los periódicos.

Saumaise se jactaba de haber hecho perder la vista á Milton, y Milton de haber hecho morir á Saumaise. Este en una réplica que no se publicó sino despues de su muerte, trataba á Milton de *prostituido*; de *ladron fanático*, de *monstruo*, de *legañoso*, de *miopé*, de *perdido*, de *impostor*, de *impuro*, de *audaz malvado* y de *genio infernal*, no tuvo reparo en decir que desearia verlo morir en un tormento entre pez derretida ó aceite hirviendo, y no se olvidó de algunos versos latinos en que Milton habia faltado á la medida rítmica. Probablemente la cólera de este sábio provenia menos de su horror al regicidio, que de las pesadas chanzas de Milton contra el latin de la *Defensio regia*.

SEGUNDA DEFENSA.

Milton replicó tal vez con algo mas de encono al folleto de Pedro de Moulin, canónigo de Cantorbery publicado por el ministro Francisco Morus: *Grito de la sangre real hacia el cielo contra los regicidas ingleses*. Los realistas creian conmovier á los reyes extranjeros llamando regicida y usurpador á Cromwell, mucho se engañaban: los reyes se avienen fácilmente por lo relativo á usurpaciones; lo que les inspira horror es la libertad.

Esta *Defensio secunda* es en nuestro concepto mas interesante que la primera. Milton pasa de la defensa de los principios á la defensa de los hombres: refiere la historia de su vida y rechaza las acusaciones que le dirigen, y establece magníficamente el punto de su defensa.

«Paráceme dominar como desde la cumbre de una altura una vasta extension de mar y de tierra. Una multitud de espectadores se presentan á mi vista; mis rostros revelan pensamientos análogos á los míos. Aquí veo alemanes, cuya varonil fuerza repele la esclavitud; allí franceses, cuya impetuosidad viva y generosa se anima al oír la palabra libertad; españoles que se distinguen por su serena intrepidez; italianos por su grave y circunspecta magnanimidad. Todos los amantes de la independencia y la virtud, todo hombre valeroso ó sábio, de cualquier país que sea, en cualquiera parte del globo que habite, me aplaude y participa de mis ideas. Unos me favorecen en secreto; otros me manifiestan su voluntad abiertamente; unos acogen mis palabras con aplausos y felicitaciones, y algunos que por mucho tiempo se habian resistido á toda persuasion, ceden por último, atraídos por la fuerza de la verdad. Rodeado de esa multitud, se me figura estar viendo que todos los pueblos desde las columnas de Hércules hasta los mismos confines del mundo, recobran la libertad de que por tanto tiempo han estado privados; creo ver que los hombres de mi patria trasportan á otros países una planta de superior calidad y de mejores frutos que la que Triptolemo llevó de region en region; figúrase que esos hombres van sembrando los beneficios de la civilizacion y la libertad por todas las ciudades, los reinos y las naciones. Tal vez no seré desconocido de esa generosa multitud; tal vez llegará á merecer su afecto cuando sepan que yo soy el que he sostenido singular combate contra el feroz abogado del despotismo.»

«No es esto lo que en la actualidad podria llamarse *Propaganda revolucionaria* elocuentemente expresada? Milton era el único que tenia esas ideas; en ningun revolucionario de aquel tiempo se encuentran vestigios de ellas. Las imaginaciones de Milton se han

realizado: la Inglaterra ha difundido sus principios y las formas de su gobierno por toda la tierra.

El autor de la *Segunda Defensa* al recorrer su asunto traza muchos retratos históricos, como los siguientes:

BRADSHAW.

«Juan Bradshaw, cuyo nombre viene encomendado á eterna memoria por la misma libertad, debia su origen, como nadie ignora, á una ilustre familia... Llamado por el parlamento á ser presidente en el proceso del rey, no se escusó y aceptó sin vacilar aquel peligroso encargo. A sus conocimientos en la ciencia de las leyes, añadia un espíritu generoso, un alma elevada y costumbres que con ser rígidas á nadie desagradaban. Cumplió su deber con tanta gravedad, constancia y serenidad de ánimo, que bien pudo creerse que Dios, como en otros tiempos en su admirable providencia le habia *ab eterno* destinado para ser el que entre su pueblo dirigiese la tramitacion de aquel proceso.»

Véase hasta qué punto exageran los partidos. Bradshaw era un abogado charlatán, una medianía.

FAIRFAX.

«No es justo dejar pasar en silencio la memoria de Fairfax, que al mas alto valor une la modestia y la santidad de vida, y que es objeto de los favores de Dios y de la Naturaleza. Con razon se te tributan estas alabanzas aun cuando te halles al presente retirado del mundo como en otros tiempos Escipion en Lítina. Tú has vencido no solamente al enemigo, sino la ambicion y la gloria, á cuya pasion han succumbido tantos ilustres mortales. La pureza de tus virtudes y el esplendor de tus acciones, consagran la dulzura de esa tranquilidad que disfrutas y que constituye la anhelada recompensa de los trabajos de los hombres. Tal era el reposo que gozaban los héroes de la antigüedad despues de una vida de gloria: los poetas en la imposibilidad de encontrar ideas y palabras á propósito para expresar la paz de aquellos guerreros, decian que habian sido recibidos en el cielo y admitidos en la mesa de los dioses. Cualesquiera que sean las causas de tu retiro, sea la salud, como lo creo principalmente, sea el motivo que sea, tengo el convencimiento de que nada en el mundo te habria hecho abandonar el servicio de tu país si no hubiese sabido que en tu sucesor la libertad encontraría un protector, y la nacion un escudo y una columna de gloria.»

Visibles son los esfuerzos que hace Milton en ese retrato; llama en su ayuda á toda la poesia de la historia para cohonestar el verdadero motivo de la retirada de Fairfax, el enjuiciamiento de Carlos I. Sabida es la comedia que Cromwell hizo representar respecto de aquel honrado pero pobre sugeto.

CROMWELL.

Milton principia este retrato hablando de la noble cuna del Protector: el nacimiento representa un gran papel en las ideas republicanas del poeta que no puede olvidar su noble origen.

«Imposible me seria referir todas las plazas que ha tomado y todas las batallas de que ha salido vencedor. La superficie entera del imperio británico ha sido escena de sus proezas, y teatro de sus triunfos... A tí debe nuestro país sus libertades; no podías tomar un titulo mas útil y mas augusto que el de autor, depositario y conservador de nuestras libertades. No solamente has eclipsado los hechos de todos nuestros reyes, sino hasta los que se han referido de nuestros héroes fabulosos. Medita con frecuencia en la amada prenda que la tierra donde has

«nacido ha confiado á tu celo; la libertad que en otro tiempo la patria esperaba conseguir de la flor de los talentos y de las virtudes, la espera únicamente de mí en la actualidad, y se lisonjea de que sabrás dársela. No desaires las vivas esperanzas que en ti hemos puesto; haz que honrosamente se realicen los afanes de tu anhelante patria. Respeta las aspiraciones y las heridas de los bizarros compañeros que bajo su bandera han combatido denodadamente por la libertad; respeta las sombras de los que han perecido en el campo de batalla; respeta las opiniones y esperanzas que los estados extranjeros han concebido de nosotros, que les hemos prometido tantas ventajas de esa libertad, que si llegara á desvanecerse nos dejaría sumergido en un abismo de oprobio; respádate en fin á ti mismo, no consientas que después de haber superado tantos peligros por amor de las libertades, lleguen á ser violadas por tí, ó atacadas por otras manos. Tú no puedes ser verdaderamente libre, no siéndolo nosotros mismos. Tal es la condición de las cosas; el que usurpa la libertad de los otros, es el primero que pierde la suya y se hace esclavo.»

Milton habría podido escribir la historia á la manera de Tito Livio y Tucídides. Johnson no ha citado mas que las alabanzas dadas al protector por el poeta y obró así aquel crítico sin duda para poner al republicano en contradicción consigo mismo; el hermoso pasaje que acabamos de citar puede servir de contrapeso de semejantes alabanzas. ¿Quién se habría atrevido á decir á Buonaparte en los días de su omnipotencia que había recibido el imperio para proteger la libertad? Sin embargo, Milton habría hecho mejor en imitar la conducta de algunos demócratas rígidos que jamás dieron un paso hacia Cromwell y nunca dejaron de considerarlo como un tirano. Pero Milton no era demócrata.

En esas producciones, hoy completamente olvidadas, e-tribó la reputación del grande escritor durante su vida: triste reputación que envenenó sus días, y que ni por la imperecedera celebridad emanada de la tumba del poeta, ha podido perder algo de su sombrío carácter. Todo lo que estriba en arrebatos de partidos y en pasiones del momento perece como ellas y con ellas.

Las reacciones de la restauración en Inglaterra fueron mucho mas vivas que las que ocurrieron en Francia, porque allí las convicciones eran mas profundas y los caracteres mas pronunciados. Las celebridades de la república ó del imperio no quedaron apagadas por el regreso de los Borbones, como la fama de Milton quedó sofocada por el regreso de los Estuardos. También debemos decir que habiendo el poeta inglés escrito en latín la mayor parte de sus tratados, no pudieron llegar á ser conocidos de la multitud.

LIBERTAD DE LA GRECIA.

Así como había pedido la libertad de imprenta cumplió el Homero inglés con un deber filial declarándose por la libertad de la Grecia. Camoens había dicho: «Y dejamos la Grecia en su esclavitud!» Milton escribió á Filaretes diciendo: «Quisiera que el ejército y armada de Inglaterra se emplearan en librar de la tiranía otomana á la Grecia, patria de la elocuencia.» *Ut exercitus nostros et clases, et liberandam ab ottomannico tyrano Græciam eloquentia patriam.*

Si ese deseo de Milton se hubiera realizado, aun existiría el monumento mas hermoso de la antigüedad: los venecianos no hicieron saltar parte del templo de Minerva hasta el año 1682 y Cromwell habría conservado el Partenon, de cuyo edificio lord Elgin no ha podido arrebatar sino ruinas. Milton tuvo en este particular ideas que pertenecen á las actuales generaciones y que han dado fruto en nuestros días.

Sea lícito al traductor de Milton tributarle homenaje con algunos de los renglones que prepararon la rendición de la Grecia.

«Trátase de saber si Atenas y Esparta renacerán ó si están condenadas á permanecer sepultadas para siempre en su polvo. ¡Malhadado siglo aquel que pueda ser impasible testigo de una lucha heroica, y llegue á creer que se pueda dejar sin peligro como sin consecuencias para el porvenir sacrificar una nación! Sobre esta falta, ó mas bien dicho, sobre ese crimen, caerá tarde ó temprano el mas duro castigo.»

«Espíritus abominables y limitados, que se imaginan que una injusticia por solo el hecho de no ser consumada, no produce ninguna consecuencia funesta, son la plaga de los Estados. ¿Cuál fue el primer cargo que por lo tocante al exterior se hizo en 1789 al gobierno monárquico de Francia? Fue el haber tolerado la repartición de la Polonia. Esa repartición, haciendo caer la barrera que separaba el Norte y el Oriente del Mediodía y del Occidente de Europa abrió el camino á los ejércitos que sucesivamente ocuparon á Viena, Berlín, Moscú y París.»

«Apláudese de pasajeros triunfos una política inmoral: créese diestra, penetrante, hábil y con desden irónico oye el grito de la conciencia y los consejos de la probidad. Pero en tanto que marcha y se cree triunfante, se ve tal vez detenida de improviso por los mismos resortes que iba poniendo en juego para moverse, vuelve hacia atrás la mirada y se encuentra cara á cara con una revolución vengadora que silenciosamente ha venido siguiendo sus pasos. No queréis estrechar esa mano suplicante que os tiende la Grecia, pues bien, esa mano moribunda imprimirá en vuestra frente una mancha de sangre para que el porvenir os reconozca y os castigue (1).»

En la cámara de los Pares obtuvo una enmienda para que no se vendieran en Egipto bajo el pabellón francés las víctimas arrebatadas á la Morea.

«Considerada en sus relaciones con los asuntos del mundo, dije en aquella ocasión, tampoco presenta una enmienda el menor inconveniente. El término genérico que he empleado no indica ningún pueblo en particular. He cubierto al griego con el manto del esclavo, á fin de que no sea conocido y á fin de que los signos de su miseria hagan por lo menos que su persona sea inviolable á la caridad del cristiano.»

Ayer he leído una carta de un niño de quince años fechada en las trincheras de Missolonghi. «Mi querido compadre, dice cándidamente á uno de sus camaradas de Zante, ayer me hirieron tres veces; mas á pesar de eso yo y mis compañeros nos hallamos con bastante salud para haber vuelto á tomar el fusil. Si tuviéramos víveres, nos reiríamos de los enemigos aunque fuesen tres veces mas numerosos. Ibrahim está al pie de nuestros muros, y ha mandado hacernos proposiciones y amenazas; de ninguna de las dos cosas hemos hecho caso. En las tropas de Ibrahim hay oficiales franceses ¿qué hemos hecho á la Francia para que nos trate de ese modo?»

«Señores: ¿Será hecho prisionero ese niño y transportado por cristianos á los mercados de Alejandría? Si aun otra vez tiene que esclamar preguntando: ¿qué ha hecho á la Francia? exista al menos nuestra enmienda para contestar al interrogatorio de su desesperación y al grito de su miseria; No, no es el pabellón de San Luis el que ha protegido vuestra esclavitud: esa bandera habría preferido estenderse para cubrir vuestras nobles heridas.»

«Pares de Francia, ministros del rey Cristianísimo, si no nos es dado socorrer por medio de nues-

(1) Este pasaje está tomado del prefacio del *Itinerario* en la edición de las obras completas del autor, publicada en 1826.

«tras armas á la desgraciada Grecia, separémonos al menos por medio de nuestras leyes de los crímenes que en ella se cometen; demos un noble ejemplo que tal vez preparará en Europa el camino á una política mas elevada, mas humana, mas conforme á la religión y mas digno de un siglo ilustrado; á vosotros, señores, á la Francia es á quien se deberá esa noble iniciativa.»

El combate de Navarino acabó de realizar los deseos de Milton.

MILTON CIEGO.—SUS DESPACHOS.

Hume es á nuestro modo de ver el primero que reparó en las siguientes espresiones de Whitlocke relativas á Milton en su empleo de secretario del Consejo de Estado: «Un cierto Milton, ciego, que se ocupa en traducir al latín un tratado entre Suecia é Inglaterra.» Hume añade: «Ese modo de hablar es objeto de risa para la posteridad que observa cuán oscuro ha llegado á ser Whitlocke, guarda-sellos, embajador y hombre de gran mérito y habilidad de aquel tiempo, comparado con aquel ciego.»

Un embajador se quejaba á Cromwell del retraso de una nota diplomática; el Protector le contestó: «El secretario no la ha despachado, porque como es ciego tiene que ir poco á poco.» El embajador replicó: «¿Será posible que en toda Inglaterra no se haya encontrado mas que un ciego para escribir convenientemente el latín?» Cromwell no hizo caso de esa observación: por un instinto de gloria había descubierto oculta la gloria de Milton, y deseaba unida su celebridad de héroe á la celebridad del poeta: algo es en la historia del mundo un Cromwell teniendo por un secretario á un Milton.

A este se atribuyen los ocho célebres versos que Cromwell envió con su retrato á Cristina de Suecia y que terminaba con este rasgo:

*Nec sunt hi vultus regibus usque truces,
No siempre estas facciones son terror de los reyes.*

Las notas del gabinete inglés habían sido siempre escritas en idioma francés; Milton fue el primero que las redactó en latín y quiso convertirlo en lengua diplomática universal. No lo consiguió por causa de las ventajas que el francés presenta por lo tocante á la claridad. El gabinete de Londres sigue hoy por orgullo nacional la correspondencia de oficio en inglés, dando con esto lugar á algunas ambigüedades de sentido, como me consta por propia experiencia.

Cromwell murió: la muerte aguilata la gloria: las trabas que el Protector había impuesto á la opinión quedaron destruidas. Si es posible apagar por algunos días la libertad, á nadie le es dado sofocarla por completo: la libertad vuelve á resucitar. Cristo rompió las cadenas y surgió glorioso del sepulcro á despecho de la losa y de la guardia romana que lo estaba velando. Dióse oficialmente parte á los soberanos del advenimiento nominal de Ricardo al poder de su padre. En la colección de las cartas de Milton se encuentran los despachos que con este motivo pasó á la corte de Francia. Esos despachos son un monumento por la naturaleza de los hechos y de los hombres. El autor del *Paraíso perdido* escribió en nombre del hijo de Cromwell á Luis XIV y al cardenal Mazarino, en los términos siguientes:

Ricardo, protector de la república de Inglaterra etc., al Serenísimo y poderoso príncipe Luis, rey de Francia

«Serenísimo y poderoso rey, amigo y aliado nuestro. Así que nuestro Serenísimo padre Oliverio, protector de la república de Inglaterra, por voluntad de Dios, que lo dispuso de ese modo, dejó esta vida el

día tres de setiembre, Nos, declarando legalmente sucesor en la suprema magistratura (aunque en medio de lágrimas y de suprema tristeza) hemos procurado aprovechar la primera ocasión de dar á V. M. noticia de ese acontecimiento. Habiendo sido tan cordial amigo de nuestro padre y de esta república, esperamos que tan dolorosa é inesperada noticia será por vuestra parte recibida con no menor aflicción que la que á nosotros mismos nos ha causado. Importanos por de pronto requerir á V. M. que nos considere como religiosa y constantemente determinados á conservar la amistad y la alianza contraídas, entre vuestra persona y nuestro ilustre padre, y dispuestos á conservar con el mismo celo y buena voluntad los tratados existentes, así como las relaciones é intereses que median con V. M. Con este objeto, queremos que nuestro embajador residente en esta corte permanezca en ella, acreditado por los poderes que recibió de nuestro padre. Por tanto le dispensareis el mismo crédito para obrar en nombre nuestro como si de nuestra mano hubiera recibido las credenciales. Al mismo tiempo deseamos á V. M. toda clase de prosperidades.»

«Dado en nuestro palacio de Whitehall, 5 de setiembre de 1658.»

Al eminentísimo señor cardenal Mazarino.

«Aunque nada mas triste y amargo puede ocurrirnos que escribir las tristes noticias de la muerte de nuestro serenísimo é ilustrísimo padre, no hemos podido olvidar, sin embargo, el alto precio que dispensaba á Vuestra Eminencia, y el gran caso que vos hacíais de él.

«Ningun motivo de duda tenemos para sospechar que Vuestra Eminencia, de cuya administración depende la propiedad de la Francia, no lamente como nosotros la pérdida de vuestro constante amigo y afectísimo aliado. Hemos creído que seria importante daros á conocer por medio de nuestros despachos un accidente que debe ser tan profundamente sentido de Vuestra Eminencia como del mismo soberano. Aseguramos á Vuestra Eminencia que observaremos muy religiosamente todas las cosas á cuyo cumplimiento nuestro padre de serenísima memoria, se había comprometido por medio de tratados que se han de confirmar y ratificar. Obraremos de manera, en medio de vuestro luto por un amigo tan fiel, tan floreciente y aplaudido por todas las virtudes, que nada falte á la fe de nuestra alianza, para cuya integridad, así como para el bien de ambas naciones; deseamos conserve el Omnipotente los días de Vuestra Eminencia.

«Wetsminster, setiembre 1658.»

Milton aparece en esos despachos como un grande historiador de Francia é Inglaterra. Es interesante ver á Ricardo hacer, como un antiguo heredero de tres coronas, sus preparativos para reinar. Milton escribía en representación de un hombre vestido de un poder de algunas horas á un joven soberano, cuyo biznieto debía ser conducido por medio de una monarquía no disputada al cadalso del primer Estuardo. Ese cadalso de Whitehall se cambió en torno, cuando una sangre real lo cubrió con su púrpura y el Protector se sentó en él. La Francia, bajo el reinado del nieto de Enrique IV iba á remontarse tanto, cuanto la Inglaterra iba á descender bajo Carlos II y su hermano. Preciso es que la gloria siga siempre existiendo en alguna parte: al huir de la cabeza de Cromwell fué á posarse en la de Luis XIV.

Este llevó luto por un regicida y el cantor de Lucifer, el republicano apologeta de la muerte de Carlos I, el enemigo de los reyes y de los católicos fue el que

dió noticia de la muerte de Oliverio, el Protector al monarca absoluto, autor de la renovación del edicto de Nantes.

Lo que parece contraste es armonía en el caso presente: las altas celebridades se confunden, como hijas de una misma familia. Todo lo grande tiene rela-

ciones mútuas. Dos hombres de iguales sentimientos, pero desproporcionados en cuanto al espíritu, son mas antipáticos entre sí que dos hombres de superior inteligencia, pero opuestos en cuanto a sus opiniones y conducta.



CROMWELL.

RICARDO CROMWELL.—OPINION DE MILTON ACERCA DE LA REPÚBLICA, LOS DIEZMOS Y LA REFORMA PARLAMENTARIA.

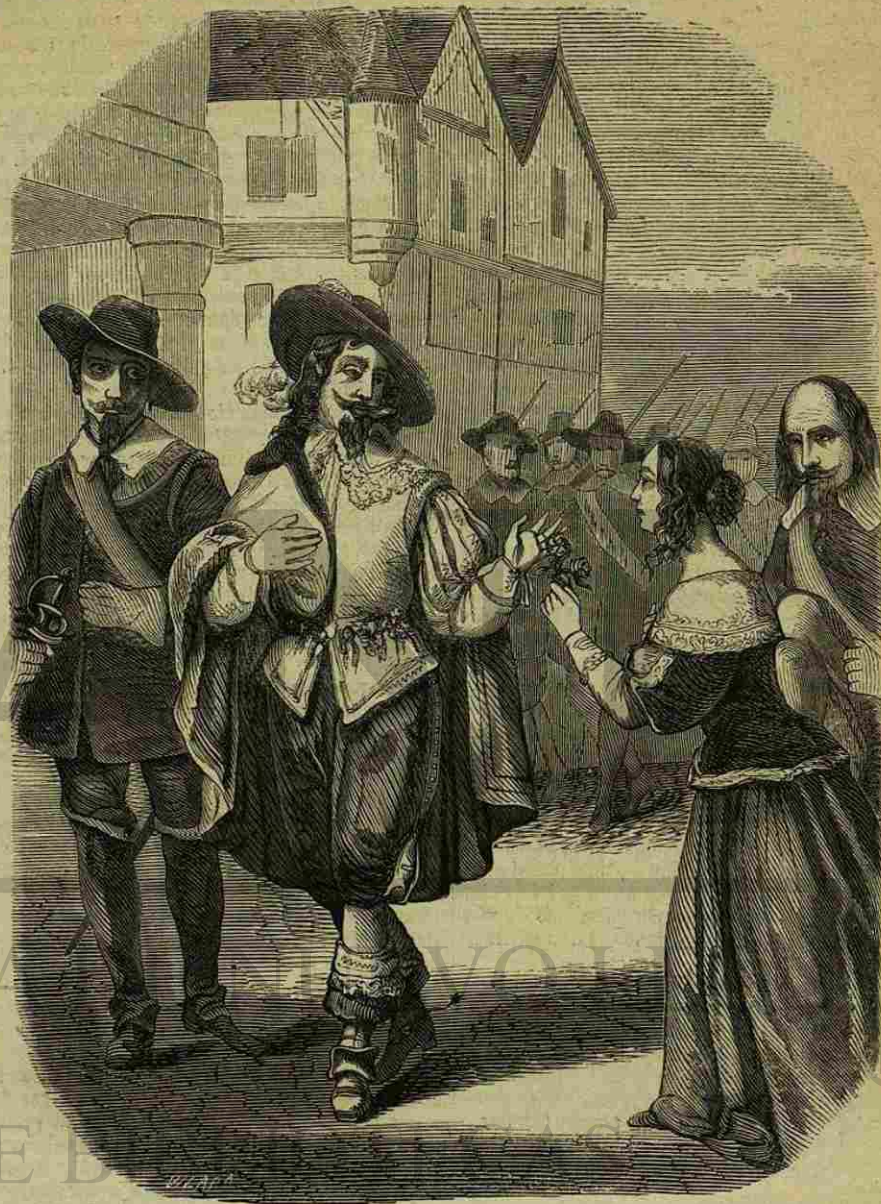
En tanto que Milton en nombre de Ricardo recordaba á los soberanos y á sus ministros el tierno amor y la profunda admiración que profesaban hácia el juez de un rey, iban las facciones renaciendo en Inglaterra. Los gobiernos que no dependen mas que de la existencia de un hombre, vienen al suelo cuan-

do aquel hombre cae. El antiguo partido republicano del ejército se sublevó; los oficiales que Cromwell habia destituido se reunieron. Lambert se puso á la cabeza de la antigua buena causa. Amenazado por los oficiales, Ricardo tuvo la debilidad de disolver la cámara de los Diputados; la de los Pares quedaba inutilizada.

Las asambleas aristocráticas reinan gloriosamente cuando son soberanas y cuando de hecho ó de derecho gozan exclusivamente de la investidura del poder:

entonces ofrecen las mas sólidas garantías á la libertad, á la propiedad y al orden; pero en los gobiernos mistos pierden la mayor parte de su valor, y son miserablemente ineficaces al estallar las grandes crisis del Estado. Jamás han conseguido fijar las situaciones: tales gobiernos no remedian el despotismo; porque son débiles contra el soberano, ni tampoco atajan la anarquía, porque no tienen fuerza contra el pueblo. Viéndose á punto de extinguirse á cada vaiven social,

tienen que comprar su existencia á costa de sus perjurios y de su esclavitud. ¿Salvó la cámara de los lores á Carlos I? ¿Salvó á Ricardo Cromwell á quien habia prestado juramento? ¿Salvó á Jacobo II? ¿Salvará hoy á los príncipes de la casa de Hannover? ¿Se salvará á sí misma? Esos imaginarios contrapesos aristocráticos no hacen mas que embarazar la balanza y tarde ó temprano tendrán que ser espelidos del plato. Una aristocracia antigua y opulenta, práctica en la



CÁRLOS I.

tribuna y en los asuntos, no tiene mas que un solo medio de conservar el poder cuando se le escapa de las manos: este medio consiste en ir pasando por grados á la democracia y ponerse insensiblemente á la cabeza de esta, si es que no presume tener fuerzas para sostener el trance de una guerra civil. ¡Terrible trance!

Poco despues de la disolución de la cámara de los diputados, Ricardo abdicó: se hallaba abrumado bajo la celebridad de Oliverio. Detestando el yugo militar,

no se sentia con fuerza para sacudirlo: careciendo de convicciones, no se interesaba por nada; dejaba que sus guardias le robaran la comida y la nación caminara sin guía. Al marchar Ricardo se llevó consigo dos grandes maletas llenas de esas felicitaciones ó congratulaciones en honor de todos los poderosos para el uso de todos los hombres serviles. Decianle en esas felicitaciones que Dios le habia dado la autoridad para labrar la dicha de los tres reinos. ¿Qué llevais en esas maletas? le preguntaron.—«La di-

«cha del pueblo inglés, contestó Ricardo sonriendo.»

El consejo de oficiales volvió á convocar el Parlamento *largo*: la primera señal de vida que dió este parlamento fue el atacar á la autoridad militar que lo habia resucitado. Lambert bloqueó segun costumbre la cámara de los Diputados. Al disolverse este parlamento, el pueblo manifestó su regocijo insultando públicamente su memoria. Apareció Monk, y todo anunció la restauración.

¿Qué hacia Milton durante esa descomposicion social? Viendo que la libertad retrogradaba, soñando siempre en la república, y olvidando que hay momentos en que para nada sirven los escritos, publicó un folleto acerca del *Medio pronto y fácil de establecer una sociedad libre*. Por medio de una rápida exposición de sucesos, recordó todo lo que los ingleses habian hecho para abolir la monarquía.

«Si nos debilitamos, decía Milton, justificaremos las predicciones de nuestros enemigos: han condenado nuestros actos como temerarios, rebeldes, hipócritas é impíos: les haremos ver que un espíritu degenerado ha cundido improvisamente entre nosotros. Aparejados y dispuestos para una nueva esclavitud, seremos tenidos en desprecio por las naciones vecinas; el nombre inglés llegará á ser un objeto de risa. Por otra parte si volvemos á la monarquía, no permaneceremos tampoco en ella mucho tiempo: otra vez tendremos que volver á combatir lo que ya hemos combatido, sin poder llegar nunca al punto á que ya hemos llegado; perderemos batallas que habíamos ganado; Dios no escuchará ya esas ardientes plegarias que se le habian dirigido por habernos salvado de la tiranía, puesto que no hemos sabido sostenernos en la victoria. De esa manera llegará á ser vana y mas despreciable que el cieno la sangre de tantos leales y valientes ingleses que compraron la libertad de la patria á costa de su vida. Un rey quiere ser adorado como un semi dios, y verse rodeado de una corte altiva y disoluta; disparará el dinero del Estado en festines, en bailes y en pasatiempos, y degradando á nuestra principal nobleza de ambos sexos, transformará los lores en chambelanes, en escuderos y en lacayos.»

El espíritu penetrante de Milton columbraba el porvenir; veía con anticipación los largos combates que habria que sostener para volver á conquistar lo que se iba á perder; hasta hoy no ha podido la Inglaterra ver al terreno defendido palmo á palmo por el gran poeta publicista. Aquel rey que el autor del *Paraíso perdido* pintaba tan anticipadamente rodeado de una corte altiva y disoluta, estaba á punto de desembarcar en Douvres.

Algunos meses antes de la publicación de aquel folleto, Milton habia dado á luz otros dos; el primero sobre la *autoridad civil en materias eclesiásticas*, y el segundo sobre el mejor medio de espulsar de la Iglesia los *mercenarios*: examinó el hecho de los diezmos, de los censos y rentas de la Iglesia, y manifestó dudas de que los ministros del culto puedan ser mantenidos por el poder de la ley.

Merece referirse su opinión acerca de la reforma parlamentaria.

«Si á todo el mundo se concede el derecho de ser elector y elegible no serán ya la discreción, ni la autoridad, sino la turbulencia y la codicia las que no tardarán en elevar á los mas viles parroquianos de nuestras tabernas y nuestras casas de disolución, de las aldeas y de las ciudades al rango y dignidad de senador. ¿Quién se atreverá á poner la dirección de la cosa pública en manos de sujetos á quienes nadie se atrevería á confiar sus asuntos particulares? ¿Quién querrá ver el tesoro del Estado bajo la dirección de los que han agotado su propia fortuna en infames prodigalidades? ¿Deben encargarse de la bolsa del pueblo los que no tardarian á convertirla

en bolsa propia? ¿Podrán ser legisladores de toda una nación los que ignoran lo que es ley y razón, los que piensan que todo poder consiste en el ultraje, y toda dignidad en la insolencia, los que se desentienden de todo miramiento cuando se trata de satisfacer la corrupción de sus amigos, ó la viveza de sus resentimientos, los que dispersan á sus parientes y á sus amigos por las provincias para imponer multas y confiscar bienes? Hombres los mas viles y degradados que compran lo que luego piensan vender en pública subasta, de cuyo infame tráfico sacan enorme ganancia distrayendo riquezas que deberían contribuir á la pública felicidad, saqueando el país y pasando súbitamente del estado de miseria y abyección en que se hallaban al colmo del esplendor y la fortuna. ¿Quién podría tolerar tan ruin raza de servidores, y vice-regentes de otros tiranos? ¿Quién podrá creer que capitanes de salteadores sean á propósito para conservar la libertad? ¿Quién esperaría conseguir ni un átomo de libertad de tal ralea de funcionarios (muy bien podrían llegar á ser quinientos los electos de esta clase por las ciudades y condados) cuando entre los veteranos de la libertad no faltan desgraciadamente algunos que no suben cómo emplear ni cómo disfrutar esa libertad, y que no comprenden ni los principios ni los méritos de la propiedad?»

Nunca se han alegado razones mas enérgicas contra la reforma parlamentaria. Cromwell la habia intentado; mas por último no tuvo otro recurso que disolver el parlamento producido por una ley electoral demasiado amplia. Pero adviértase que lo que en tiempo de Milton era cierto, no lo es igualmente en la actualidad. La desproporción entre los propietarios y las clases populares no es tan grande. Los progresos de la educación y la civilización han empezado á dar á los electores de la clase media una capacidad que entonces no tenian para comprender sus propios intereses. La Inglaterra de este siglo ha podido, aunque no enteramente sin peligro, conferir derechos electorales á una clase de ciudadanos que en el siglo XVII habrían arruinado al Estado al sentarse en la cámara.

Todas las cuestiones generales y particulares agitadas hoy en los pueblos del continente y en las cámaras de Inglaterra, fueron tratadas y resueltas por Milton en el sentido que se resuelvan en la actualidad. Hasta puede decirse que Milton fue el inventor del lenguaje constitucional moderno: suyas son las palabras *funcionarios, decretos, mociones*, etc. ¿Cuál sería pues la capacidad de aquel talento que á un mismo tiempo creaba un mundo nuevo y un nuevo idioma de política y de poesía?

RESTAURACION.—MILTON ARRESTADO Y PUESTO EN LIBERTAD.—LEALTAD DEL POETA Á CROMWELL.

Milton tuvo el dolor de ver al hijo de Carlos I subir al trono; no desmayó por eso su varonil corazón; pero se desvanecieron sus ilusiones de libertad republicana: toda ilusión que se desvanece causa daño y deja un vacío. Carlos II, en su declaración de Breda, prometía perdón para todos, dejando á la cámara de los Diputados el cuidado de exceptuar á los que no lo merecieran. Las sangrientas venganzas bajo los Estuardos y bajo la casa de Hannover no deben ser imputadas á la corona: fueron obra exclusiva de las cámaras. Las corporaciones son mas implacables que los individuos, porque al paso que reúnen mas pasiones tienen menos responsabilidad.

Al advenimiento de Carlos, Milton renunció su plaza de secretario latino, y dejando su mansion de Pitty-France, en donde durante ocho años habia recibido tantos obsequios, se retiró á casa de uno de sus amigos en *Bartholomew-Close* en las inmediaciones de *West-Smithfield*. Empezaron á hacerse indagacio-

nes judiciales contra la *Defensa del pueblo inglés* y el *Iconoclasta*, en virtud de las cuales el Parlamento decretó en 27 de junio de 1660 la prisión del autor de aquellas obras. No lo encontraron por de pronto; mas de allí á pocos meses cayó en manos de un municipal: sin embargo, no tardó en obtener su libertad. En 17 de diciembre del mismo año tuvo la audacia de dirigirse á aquella terrible Cámara que pensaba haber obrado con mucha generosidad no derribando su cabeza, y reclamó contra el exceso de dietas que el municipal queria exigirle. Milton creía que se le habia ultrajado mas quitándole la libertad, que si le hubieran privado de la vida. Las dos siguientes notas del Parlamento acreditan estos hechos.

«Sábado 15 de diciembre de 1660.»

«Se manda que Mr. Milton, que al presente está guardado á vista por un municipal, sea puesto en libertad una vez satisfechos los honorarios que éste devengue.»

«Lunes 17 de diciembre de 1660.»

«Habiéndose recibido queja de que el municipal pide honorarios por la vigilancia que ha ejercido sobre la persona de Mr. Milton, se manda dar cuenta al Comité de Privilegios para que informe sobre el particular.»

Davenant salvó á Milton, obrando de un modo muy honroso para las Musas, y sobre el cual rimé en otro tiempo versos detestables. Cunningham refiere de otro modo muy distinto la libertad del poeta. Supone que Milton hizo circular la noticia de su muerte, llegando hasta el caso de que se le celebraran los funerales, dando con esto lugar á que Carlos aplaudiera la astucia de un hombre que haciéndose el muerto se habia librado de la muerte. El carácter del autor de la *Defensa*, y los monumentos históricos, no permiten que se crea esta anécdota. Milton quedó olvidado en el retiro en que se sepultó, y á ese olvido debemos el *Paraíso perdido*. Si Cromwell hubiera vivido diez años mas, nadie, segun observa Mr. Mosueron, «se acordaría actualmente de su secretario.»

Concluidas las fiestas de la restauración, y apagadas las iluminaciones, sonó la hora de los castigos. Carlos se habia desentendido de toda responsabilidad de hechos de esa especie, imponiéndosela á la Cámara Baja, que no fue ciertamente parca en materia de reacciones violentas. Cromwell fue exhumado, y su esqueleto suspendido como se hubiera izado el pabellón de su gloria en los pilares del patíbulo. La historia ha conservado en el *tesoro de sus cartas* el recibo de un albañil llamado John Lewis, que por orden superior abrió el sepulcro del Protector, por cuyo trabajo se le dieron 15 chelines.

Solo Milton permaneció fiel á la memoria de Cromwell. En tanto que algunos escritorzuelos soberanamente viles, soberanamente perjuros y soberanamente vendidos al nuevo poder, insultaban las cenizas del grande hombre á cuyos pies habian rastreado, Milton le daba asilo en su númen, como en un templo inviolable.

Milton pudo volver á ser funcionario público: su tercera mujer le rogaba que aceptase su antiguo empleo de secretario del Consejo; el poeta contestó: «Sois mujer, y os seduce el brillo; por mi parte no deseo mas que morir como hombre honrado.» Conservando sus creencias republicanas, se encerró en sus convicciones con su Musa y con su pobreza. A los que le echaban en cara haber servido á un tirano, solia contestar: «*Nos habia librado de los reyes.*» Aseguraba no haber combatido sino por la causa de Dios y de la patria.

Paseándose cierto dia por el parque de *Saint-James*, oyó que la gente decía: «¡El rey! ¡el rey!» Retirémonos, dijo Milton á su guía: «nunca he tenido

afición á los reyes.» No pudo, sin embargo, retirarse sin que Carlos II atajara los pasos de ese ciego, diciéndole: «Ved cómo el cielo os castiga por haber conspirado contra mi padre.»—«Señor, contestó el autor del *Paraíso perdido*, si los males que nos afligen en este mundo, son castigos de nuestras faltas, muy culpable debió haber sido vuestro padre.»

NUOVOS TRABAJOS LITERARIOS DE MILTON.—SU DICCIONARIO LATINO.—SU MOSCOVIA.—SU HISTORIA DE INGLATERRA.

La estación mas favorable á las inspiraciones de Milton era el otoño, sin duda por estar mas en armonía con la tristeza y gravedad de sus pensamientos; sin embargo, en algunos de sus versos afirma que *renacia en la primavera*. Creíase buscado durante la noche por una mujer celestial. De las tres hijas que habia tenido de su primera esposa, habia una llamada Débora, que le leía el Ovidio en latin, el Homero en griego, y el Isaías en hebreo, sin entender ninguno de esos idiomas: así lo refiere Johnson. Ya hemos visto que Milton, siendo tan instruido como gran poeta, escribía tan correctamente en latin como en inglés, y componía versos griegos como lo acreditan algunos de sus opúsculos. Penetrábase del fuego de los poetas leyendo su texto original, ni tampoco le era desconocido el idioma de Tasso. En una palabra, hablaba casi todas las lenguas vivas de Europa.

El florentin Antonio Francini, habla de Milton como si cuando pasó por Italia hubiese ya el poeta de Albion llegado á su mas alto grado de esplendor.

Nell' altera Babelle
Per te il parlar confuse Giove in vano.

Ch'ode oltr'alla Anglia il tuo pin degno idioma
Spagna, Francia, Toscana e Grecia e Roma.

(En otra Babel seria vana para tí la confusión de lenguas, pues ademas de tu digno idioma inglés, entiendes el español, el francés, el toscano, el griego y el latin.)

Milton principió á fines del protectorado á dedicarse seriamente á la composición del *Paraíso perdido*, sin dejar por eso de dedicarse á otros trabajos de historia, de lógica y de gramática. En tres tomos en folio reunió materiales para un nuevo *Thesaurus lingue latine*, que sirvieron á los editores del diccionario de Cambridge, impreso en 1693. También escribió una gramática latina para los niños; Bossuet enseñaba la doctrina á los muchachos de Meaux. El autor del *Paraíso perdido* se manifestó dominado del asunto de su poema hasta en el *Tratado de educación*, que dirigió á Harlib en 1630. «El fin de toda ciencia, dice, es aprender á remediar las ruinas de nuestros primeros padres, volviendo á encontrar el verdadero conocimiento de Dios.»

Esos trabajos que habrían honrado á Ducange ó á un benedictino de la congregación de San Mauro, no abrumaban el talento de Milton ni bastaban á contentarlo; dedicóse como Leibnitz á investigaciones históricas.

Su *Moscovia* es un compendio que divierte por sus pequeños detalles acerca de la naturaleza de los viajes. En una de sus páginas dice: «Es tanto el frio que durante el invierno hace en Moscovia, que la savia de las ramas puestas al fuego se hiela al salir por la estremidad opuesta á la que está ardiendo. Moscow tiene un hermoso castillo con cuatro fachadas, y está edificado sobre una colina; sus paredes de piedra son muy altas, y se dice que tienen 18 pies de grueso: ostenta ese castillo diez y seis puertas y otros tantos baluartes, y en su recinto encierra el palacio del emperador y nueve hermosas iglesias con torres doradas.»

Ese edificio es el Kremlin, de donde voló la fortuna de Bonaparte.

La *Historia de Inglaterra* de Milton se compone de seis libros y no pasa de la batalla de Hastings. La heptarquía, por mas que diga Hume, está muy bien desembrollada: el estilo de la obra es varonil, sencillo y variado por medio de reflexiones casi siempre relativas á la época en que el historiador escribía. El libro tercero principia por una descripción de la Gran Bretaña en el momento en que los romanos abandonaron la isla, cuya situación se compara con el estado en que se encontró la Inglaterra al verse abandonada del verdadero poder bajo el reinado de Carlos I. En el final del quinto libro, Milton deduce las causas que ocasionaron la caída de los anglo-sajones bajo el yugo de los normandos, y se pregunta si no podrían las mismas causas de corrupción hacer caer á los ingleses bajo el yugo de la superstición y la tiranía.

No desdena la imaginación del poeta el origen fabuloso de los bretones: consagra algunas páginas á los novelescos soberanos que desde Bruto, biznieto de Eneas, hasta Cassibela, gobernaron la Gran Bretaña. En este camino se encuentra con el rey Leir (Lear), sobre el cual dice:

«Leir, que reinó después de Bladud, tuvo tres hijas. Habiendo llegado á la vejez, resolvió casarlas y repartir entre ellas su reino; pero antes quiso saber de cuál de ellas era mas amada. Gonorila, que era la mayor, contestó á las preguntas de su padre, poniendo al cielo por testigo de que lo amaba mas que á su alma. Por esa razón, dijo el anciano lleno de alegría, puesto que tú honras mi edad desvalida, te doy juntamente con el marido que tú elegirás, la tercera parte de mi reino. Regán, la segunda hija, aseguró á su padre que lo amaba sobre todo lo creado, y recibió por esta contestación una recompensa igual á la de su hermana. Llegó el turno á Cordelia, que era la menor, y hasta entonces la mas querida del padre. Cordelia dió esta única y virtuosa contestación: «Padre mio, el amor que os profeso, está en relación con lo que el deber me ordena. ¿Qué mas puede pedir un padre? ¿Qué mas puede prometer un hijo? Los que dicen que pasan de ese término, os engañan.»

«El anciano disgustado de oír esas palabras, y deseando que Cordelia se desdijera, volvió á repetir la pregunta; pero Cordelia con una leal tristeza por las enfermedades de su padre, contestó aludiendo á sus hermanas mas bien que revelando sus propios sentimientos: Contad lo que teneis, contestó; eso es lo que valeis, y yo os amo en proporción de vuestro valor.—Pues bien, gritó el rey Leir en un arrebato de cólera, escucha lo que te vale tu ingratitud; puesto que no has respetado mi ancianidad como tus hermanas, no tendrás la parte que te pertenecía de mi reino.»

«Sin embargo, la fama de la discreción y belleza de la joven, se había difundido á lo lejos. Aganipo, poderoso soberano en las Gálías, pidió su mano y la obtuvo. Después el rey Leir, entrando cada vez mas en años, vino á ser á manera de presa de sus dos hijas y sus maridos. Permanecía en casa de su hija mayor, que poco á poco le fue reduciendo á la mitad el número de los sesenta caballeros que componían la real servidumbre. El anciano no pudiendo sufrir esa afrenta, se retiró á casa de su segunda hija, pero habiéndose suscitado discordias entre los servidores del rey y los de la hija, quedaron reducidos aquellos al número de cinco. Volvió el triste Leir á su hija mayor, esperando que tuviera compasión de sus blancos cabellos, pero Gonorila no quiso admitirlo en su compañía sino con la condición de que no había de tener sino un caballero en su servidumbre. Entonces se acordó Leir de Cordelia, de la menor de

sus hijas; reflexionó en el oculto sentido de sus palabras, y llegó á esperar que se compadecería de su miseria. Embarcóse para Francia. Cordelia impelida de su amor, y sin prometerse la menor recompensa, se puso á llorar así que supo las desgracias de su padre. No queriendo que nadie lo viera en aquel estado de miseria, envió secretamente uno de sus mas leales servidores, que cuidó al anciano, y lo condujo á una buena ciudad cerca del mar, y allí le proporcionó toda clase de comodidades y una comitiva correspondiente á su dignidad. Hecho esto, Cordelia, acompañada del rey su marido y de toda la grandeza del reino, pasó á presentarse á su padre, con gran pompa y grande alegría. No se contentó con esto la buena hija, sino que poniéndose al frente de un ejército, volvió á poner la corona en las sienes de su padre, después de vencer á sus impías hermanas y á sus maridos. El rey Leir vivió todavía tres años, y cuando ocurrió su muerte, Cordelia lo enterró habiéndolo de lágrimas, con toda magnificencia, en la ciudad de Leicester. Cordelia reinó cinco años después de este acontecimiento, hasta que Margan y Canedagio, hijos de sus hermanas, la declararon guerra, la destronaron y la encerraron en una prisión, donde ella misma se quitó la vida.»

No ha sido posible dar á la traducción la magia de original. Milton al referir esos sucesos, supo dar al estilo el mismo tono que domina en las antiguas crónicas de donde tomó esa narración; para poderlo conservar me habría sido preciso referir la historia del rey Leir en el lenguaje de Froissard. Milton se complacía en luchar con Shakespeare, como Jacobo con el Angel.

COMPOSICIONES POÉTICAS DE MILTON.—PLAN DEL PARAISO PERDIDO, ARREGLADO PARA UNA TRAGEDIA.

Aun hay mas: las composiciones poéticas de Milton eran tan gigantescas como sus estudios en prosa. Y no se crea que esas composiciones eran á manera de esas fantasías de los tan numerosos como medianos poetas, cuyos versos brotan con tan abundante facilidad como las palabras. Milton sea que dejase la lira por la pluma, ó la pluma por la lira, siempre aumentaba en algo el tesoro que legaba á la posteridad. Pudo decirse que á semejanza de ciertos padres de la Iglesia, se había determinado poner toda la *Biblia* en forma de tragedias. En la biblioteca del colegio de la Trinidad en Cambridge, se conservan manuscritos del poeta, entre los cuales se encuentran los títulos de treinta y seis tragedias que había de suministrar la historia de Inglaterra, desde Vertirger hasta Eduardo el Confesor, y de otras cuarenta y ocho cuyos asuntos se habían de tomar de los libros sagrados. Estos títulos están acompañados de algunas notas ó indicaciones de discursos, de cantos y de caracteres.

Entre los asuntos sagrados elegidos por Milton, me ha llamado la atención el de Atalia; Milton no habría escedido á Racine, pero sería interesante ver cómo su vigoroso nùmen habría compaginado la acción á que se debe la obra maestra de la escena. ¿Había el poeta republicano dado á los reyes advertencias mas nobles y mas severas que las siguientes, del poeta realista Racine?

«Educado lejos del trono. ¡Ah! no conocéis el envenenador halago de ese fatal honor. No conocéis la embriaguez del poder absoluto, ni habeis oído la encantadora voz de cobardes aduladores. No tardarán en decirnos que las mas santas leyes, al paso que dominan sobre el vil pueblo, tienen que obedecer á los monarcas; que un rey no reconoce mas freno que su propia voluntad, y que no hay cosa que no deba inmolarse á su grandeza suprema; que el pueblo está condenado á las lágrimas y al trabajo; que quiere ser regido por un cetro de hierro, y final-

mente que cuando no está oprimido, se convierte tarde ó temprano en opresor.»

Milton tuvo tambien el proyecto de traducir á Homero.

Hé aquí uno de los planes del *Paraíso perdido* para una tragedia, tal como se ve escrito por la mano del poeta en los manuscritos del colegio de la Trinidad.

PERSONAJES.

Miguel.	La Conciencia.	Mudos.
El mor divino.	La Muerte.	
Coro de ángeles.	El Trabajo.	
Lucifer.	La Enfermedad.	
Adán { con la serpiente.	El descontento.	
Eva {	La Ignorancia.	
La esperanza.	La Fe.	
La Caridad.		

OTROS PERSONAJES.

Moisés.	La Conciencia.	Mudos.
La Divina Justicia, la Misericordia, la Sabiduría y el Amor divino.	El Trabajo.	
La Estrella vespertina.	La Enfermedad.	
Coro de ángeles.	El Descontento.	
Lucifer.	La Ignorancia.	
Adán.	El Miedo.	
Eva.	La Muerte.	
	La Fe.	
	La Esperanza.	
	La Caridad.	

PLAN DEL PARAISO PERDIDO.

Moisés abre la escena refiriendo en un prólogo, que conserva su verdadero cuerpo; que no puede éste corromperse porque habita con Dios sobre el monte; que él (Moisés) es semejante á Elias y á Enoc; que además de la pureza del sitio en que vive, los vientos puros, el rocío y las nubes le preservan de la corrupción. De aquí toma ocasión de exhortar á los hombres se preparen para llegar á la vista de Dios, y les dice que no pueden ver á Adán en el estado de inocencia por causa de sus pecados.

La Justicia, la Misericordia y la Sabiduría, investigan lo que sucederá al hombre si cae.

Coro de Angeles que cantan un himno á la creación.

Acto II.—El Amor celeste, la Estrella vespertina y el coro, entonan el cántico nupcial y describen el paraíso.

Acto III.—Lucifer proyecta la caída de Adán. El coro teme por Adán y cuenta la rebelión y la caída de Lucifer.

Acto IV.—Adán y Eva después de la caída. La Conciencia los cita á comparecer ante Dios. El coro se lamenta y refiere los bienes que Adán ha perdido.

Acto V.—Adán y Eva espulsados del paraíso. Un Angel presenta á Adán el Trabajo, la Pena, el Odio, la Envidia, la Guerra, el Hambre, el Descontento, la Ignorancia, el Miedo y la Muerte que han entrado en el mundo: Adán les da nombres, así como al Invierno, al Calor y á la Tempestad, etc.

La Fe, la Esperanza y la Caridad consuelan á Adán y lo instruyen. El coro concluye rápidamente.

En este plan la mayor parte de los personajes sobrenaturales del *Paraíso perdido* están reemplazados por personajes alegóricos. Lucifer en la tragedia proyecta la ruina de Adán como Satanás la maquina en el poema, pero quedan suprimidas todas las grandes escenas del cielo y del infierno: no se ven los consejos celebrados en el abismo, ni se oyen los oráculos del Padre ni las palabras del Hijo sobre la sagrada montaña: el drama no tolera todas esas ampliaciones de la epopeya. El coro refiere la rebelión y la caída de Lucifer; pero es indudable que habría podido hacerlo

de un modo mas corto, y no por medio de una narración tan larga como la de Rafael. En la tragedia la Estrella vespertina y el Amor celeste entonan el cántico nupcial; en el poema es el poeta el que lo hace: puede echarse de menos el canto de la Estrella y presumir su belleza. Pero Milton no puede desentenderse de la inspiración de su nùmen, así lo acredita ese espresivo rasgo detallado en una simple nota: el Angel presenta á Adán después de su caída todas las calamidades de la tierra, desde el Trabajo hasta la Muerte: Adán *pecador* las nombra, así como en su *inocencia* había impuesto nombres á los inocentes animales de la creación. En el *Paraíso perdido* no se encuentra esa sublime alegoría.

OTROS DETALLES ACERCA DE MILTON.

El cantor del Eden decía que, «el poeta debe ser un verdadero poema.» (ought himself to be a true poem) es decir, un modelo de las cosas mejores y mas honrosas.

Milton se levantaba á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno. Llevaba casi siempre un vestido de grueso paño gris, estudiaba hasta el medio día, tomaba un frugal alimento, se paseaba con un guía, cantaba al entrar la noche acompañándose con algun instrumento; conocía las reglas de la armonía, y su voz era hermosa. Se había ejercitado mucho tiempo en el manejo de las armas, y por lo que puede inferirse del *Paraíso perdido*, amaba con pasión la música y el perfume de las flores. Por último, comía cinco ó seis aceitunas, bebía un poco de agua, se acostaba á las nueve y componía estando en la cama. Cuando había compuesto algunos versos, llamaba y se los dictaba á su mujer ó á sus hijos. Los días de sol solía estar en un banco junto á la puerta de su casa situada en Bunhill-Row, al borde de una especie de camino.

En lo exterior no faltaba quien se complacía en abrumar los ultrajes al leon enfermo y abandonado: decíanle «Parricida de tu rey, si por clemencia de Carlos II te has librado del patíbulo, no por eso dejas de sufrir el merecido castigo. Viejo, enfermo, pobre, privado de la vista, reducido á tener que escribir para procurarte el sustento, resucita á Saumaise para que te ayude á ganar la vida.» Criticaban su edad, su fealdad, su pequeñez, y le aplicaban este verso de Virgilio:

Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademtum.

observando que el epíteto *ingens*, grande era el único que no le convenia. Milton tenía la sencillez de contestar (*Defensio autoris*), que era pobre porque nunca se había enriquecido; que no era ni grande ni pequeño; que en ninguna edad se le podía haber llamado feo, y que cuando era joven, nunca había temido con su espada al lado á los mas atrevidos. En efecto, Milton había sido muy hermoso y nada tenía de feo aun en medio de su vejez: el retrato de Adán, cual se lee en el libro IV del *Paraíso perdido*, era el del autor del poema. Sus cabellos eran admirables, sus ojos de una pureza extraordinaria, y como en ellos no se veía ninguna mancha, casi era imposible creer que era ciego.

Si no se conociera á qué extremo llega el furor de los partidos, ¿quién podría creer que á un hombre se le acriminara el ser ciego? Pero demos gracias á esos abominables enconos, pues que á ellos debemos algunos renglones admirables. Milton contestó por de pronto á esa acusación diciendo, que había perdido la vista en defensa de la libertad, y á esa idea añadió las siguientes palabras llenas de sublimidad y de ternura.

«En la noche que me rodea, la luz de la divina presencia brilla para mí de un modo mucho más vivo. Dios me mira con más ternura y compasión porque solo á él puedo ver. La ley divina, no solo debe servirme de escudo contra las injurias, sino hacerme más sagrado, no por causa de la privación de vista, sino porque estoy bajo la sombra de las alas divinas, que son las que al parecer producen en mí esas tinieblas. A esto atribuyo las afectuosas solicitudes de mis amigos, sus consoladoras atenciones, sus agradables visitas y sus respetuosos miramientos.»

Por el siguiente pasaje de una de sus cartas á Pedro Fleimbach, se ve á qué molesto extremo se veía reducido para escribir.

«Aquella de mis virtudes, que denominais política, y que me agradaría más que la llamarais sagrado afecto á la patria (dulce nombre que siempre me llena de encanto) no me ha recompensado muy bien. Si al acabar de leer mi carta, encontráis alguna parte de ella que carezca de la corrección debida, echad la culpa al muchacho que escribe por mí, ignora absolutamente el latín, y me veo puesto miserablemente en el caso de tener que deletrearle las palabras.»

Los males de Milton se habían agravado por algunos disgustos domésticos: ya hemos dicho que perdió su primera esposa María Powel, que murió de parto; su segunda, llamada Catalina Wood Cock de Hackney, murió del mismo modo al cabo de un año. Su tercera mujer, Isabel Minshul, fue la que le sobrevivió y le sirvió bien. No parece que llegó á ser muy amado: sus hijas, que tan hermoso papel poético representan en su vida, le engañaban, y vendían en secreto sus libros. Milton se lamentaba, aunque desgraciadamente parece que su carácter tuvo la misma inflexibilidad que su talento. Johnson ha dicho con verdad y exactitud, que Milton creía que la mujer no había sido creada más que para la obediencia y el hombre para la rebelión.

PUBLICACION DEL PARAISO PERDIDO.

Tocaba ya en la edad de los cincuenta y nueve años cuando en 1667 pensó en publicar el *Paraíso perdido*. Había manifestado el manuscrito de esa obra, que entonces estaba dividida en diez libros, á Elwood, cuáquero que ha dejado á la literatura inglesa una *Historia Sagrada* y la *Davideidea*. El manuscrito del *Paraíso perdido* no era enteramente todo de letra del autor: no teniendo éste medios para pagar á un escribiente, se lo había ido dictando alternativamente á varios amigos. El censor rehusaba dar el imprimatur á ese Galileo, descubridor de nuevos astros: á cada verso promovía una cuestión y le parecía que el crimen de alta traición resaltaba particularmente en aquel magnífico paraje en que la oscuridad gloriosa de Satanás es comparada á un eclipse, que alarma á los reyes por el terror de las revoluciones.

¿Cómo no echa de ver el doctor Tomkyns las alusiones á la monarquía restaurada, alusiones tan manifestadas en aquellos versos que forman parte de la hermosa invocación al amor conyugal?

«No hay por cierto esos placeres (el amor) en la venal sonrisa de las prostitutas, en los rápidos gocees sin pasión, sin alegría, sin nada que pueda hacerlos amables; no los hay tampoco en la danza de las favoritas bajo la careta lasciva, ni en el baile de media noche, ni en la serenata que un famélico amante da á su altiva beldad, de la cual para obrar con cordura debería separarse con desprecio.»

Milton pinta aun con más claridad la corte de Carlos en la corte de Baco cuando presenta á los cortesanos dispuestos á hacerle (á Milton) pedazos como las Bacantes despedazaron á Orfeo en la cima de los montes de Tracia.

«Espulsa lejos á los antipáticos bárbaros de Baco, y á sus llamados hijos del placer; raza de aquella horda frenética que en la cima del Ródope desgarró al cantor de Tracia: con su lira encantaba el eco de las selvas y de las rocas hasta que un salvaje clamor apagó su voz y el sonido de su lira: la musa no pudo defender á su hijo.»

Es probable que la ingeniosa cobardía del censor salvó el *Paraíso perdido*: Tomkyns no se atrevió á ver al rey y á sus amigos en un retrato cuya semejanza chocaba á todo el mundo.

Los editores, llenos de temor, no manifestaban deseos de adquirir el manuscrito de un autor pobre, casi desconocido como poeta, sospechoso y detestado como prosista. Por fin hubo uno más atrevido que los demás, y éste se encargó temblando de la obra fatal.

Consérvase el tratado de venta y el manuscrito del poema manchado con el imprimatur: el título de este contrato es *Milton's agreement with M. Symons for Paradise lost*, data 27 april 1667. Convenio de Milton con Mr. Symons por el *Paraíso perdido*, fechado en 27 de abril de 1667.

El texto de este contrato dice que Juan Milton, hidalgo, cede á Samuel Symons, impresor, en propiedad y para siempre, y por la suma de cinco libras esterlinas, pagadas en el acto al dicho Milton, todos los ejemplares, copias y manuscritos de un poema intitulado, *Paraíso perdido*, ó con cualquier otro título, ó denominación que se le imponga. Singular cláusula, por la cual se ve que Milton, después de compuesto y vendido el poema, aun estaba vacilando sobre el nombre que le había de poner. Samuel Symons se obliga, en virtud (in consideration) de la adquisición del *Paraíso perdido*, á pagar otra suma de cinco libras esterlinas al fin de la primera impresión, cuando haya vendido mil trescientos ejemplares de la obra. Además se obliga á pagar á Juan Milton ó á sus herederos, al final de una segunda edición y cuando haya vendido igual número de ejemplares, es decir, mil trescientos, otra tercera suma de cinco libras esterlinas. A continuación de este contrato se ven tres recibos, uno fechado en 26 de abril de 1669 y firmado Juan Milton, que confiesa haberle sido entregadas las segundas cinco libras esterlinas mencionadas en el contrato, y el otro firmado por Isabel, viuda de Milton, en 21 de diciembre de 1680, confesando haber recibido la suma de ocho libras esterlinas por la cesión de todos sus derechos sobre la edición en doce libros del *Paraíso perdido*. Finalmente, aparece otro tercer recibo, ó mas bien una especie de declaraciones de Isabel Milton, mediante las cuales, fechadas en 29 de abril de 1781, desiste para siempre de toda acción ó reclamación que contra Samuel Symons pudiera hacerse «desde el principio del mundo hasta el día presente.» Fecho el año treinta y tres del reinado de nuestro soberano señor Carlos, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, de Escocia, de Irlanda y de Francia, y defensor de la fe.

De manera que Milton recibió diez libras esterlinas por la cesión de propiedad del *Paraíso perdido* y su viuda ocho. Los últimos recibos de ésta, según acaba de verse, están fechados el año treinta y tres del reinado de Carlos II, es decir, que la revolución del 1649 es como si no hubiese acaecido; Cromwell, como si no hubiera reinado, y Milton, secretario de la república y del protector, como si no hubiese escrito bajo la república y el protectorado el inmortal poema vendido en diez libras esterlinas pagadas en el plazo de dos años. ¡Y es la viuda de Milton la que firma ese documento! ¿Qué importa? No le era más dable á Carlos II extinguir la época cuya fecha habían fijado Cromwell y Milton, que á Luis XVIII borrar de su reinado la fecha de Napoleon.

SANSON.—EL PARAISO RECONQUISTADO.—NUEVA LÓGICA.—VERDADERA RELIGIÓN.—MUESTRA DE MILTON.

El *Paraíso perdido* permaneció sepultado en el fondo de la tienda del malhadado editor, durante toda la vida del poeta. En 1667 cuando Luis XIV estaba en el apogeo de su gloria, cuando Andrómaca hizo su aparición en la escena y era conocido John Milton en Francia? Si: tal vez era conocido de algunos magistrados como un pícaro emborrador de papel, cuyas diatribas habían sido debidamente quemadas por mano del verdugo en París y en Tolosa.

Milton sobrevivió siete años á la publicación de su poema y no vió su resultado. Johnson que niega al poeta todo lo que puede negar, no le quiere conceder ni la amarga satisfacción de creer que se había engañado, de pensar que había malgastado el tiempo de su vida, ó que una edad indiferente ó envidiosa no le dejaba comprender su talento. El crítico pretende que el *Paraíso perdido* llegó á tener un verdadero éxito en vida del autor y que este vió los progresos silenciosos de su obra; que no se desalentó y que reparando en su propio mérito, con una confianza íntima en su talento, esperó sin impaciencia las vicisitudes de la opinión, y la imparcialidad de la siguiente generación.

Este supuesto es contrario á los hechos materiales: por otra composición de Milton, por el *Sanson* vamos á ver si el poeta creía merecer el aprecio de sus contemporáneos.

Milton tenía aquella energía de alma que se hace superior á la desgracia y se desentiende de toda ilusión; después de haber regalado al mundo todo su ingenio en su poema, continuó sus trabajos literarios como si nada hubiese hecho, como si el *Paraíso perdido* fuese un folleto insignificante, una casualidad que no merecía llamar la atención de nadie. Sucesivamente fue publicado el *Sanson*, el *Paraíso reconquistado*, una *Nueva lógica* y un tratado sobre la verdadera religión.

El *Paraíso reconquistado* es una obra en que se nota cansancio en medio de la belleza y calma que en ella respiran; pero en la tragedia de *Sanson* campean el vigor y la sencillez de los tiempos antiguos. El poeta se retrata en la persona del israelita ciego, prisionero y desgraciado. ¡Noble manera de vengarse de su siglo!

El día de la festividad del ídolo Dagon, *Sanson* consigue permiso de respirar por un momento en la puerta de su prisión, en Gaza, y allí se lamenta de sus miserias.

«Busco este sitio solitario, dice el israelita para dar algún reposo á mi cuerpo; mas no hay lugar donde por algún memento puedan serenarse mis inquietos pensamientos; apenas me ven solo cuando á manera de avispas armadas de aguijón, se precipitan sobre mí y me atormentan con el recuerdo de lo que he sido y con la consideración de lo que soy... El mas atroz de mis males es la pérdida de la vista. ¡Ciego y en medio de mis enemigos! ¡Ah! Eso es peor que las cadenas; peor que los calabozos, peor que la mendicidad y que la decrepitud. El mas vil de los seres me aventaja: el gusanillo rastrea; pero ve. ¡Yo! Yo estoy sepultado en tinieblas en medio de la luz. ¡Tinieblas, tinieblas, tinieblas en plena luz del sol! ¡Tinieblas irrevocables, eclipse total sin ninguna esperanza de luz! Si la luz es necesaria á la vida; si es casi la vida, si es cierto que está en el alma, ¿por qué ha de haber sido confiada la vista al delicado globo del ojo tan fácil de apagarse?... ¡Ah! Si fuera de otro modo no me hallaría desterrado de la luz para vivir en el dominio de la noche, espuesto á todos los insultos de la vida y cautivo entre inhumanos enemigos.»

Se cree que en estas últimas palabras el poeta aludía á la ejecución de segundo Enrique Vane.

Sanson conducido á la fiesta de Gaza para servir de espectáculo á los convidados, ruega á Dios le devuelva la fuerza; derriba las columnas de la sala del festín y perece bajo las ilustres ruinas con que sepulta á los filisteos, como Milton al morir abrumó á sus enemigos con el peso de su gloria.

Milton en sus últimos días tuvo que vender su biblioteca. Su fin estaba cercano: habiendo ido el doctor Wringht á hacerle una visita, lo encontró retirado en el primer piso de su pequeña casa, en un reducido aposento; subíase á esta habitación por una escalera entapizada momentáneamente con un paño de lana verde para amortiguar el ruido de las pisadas y preparar el silencio del hombre que iba avanzando hácia el silencio eterno. El autor del *Paraíso perdido*, estaba recostado en un sillón de brazo, su traje era negro; su cabeza estaba desnuda; sus plateados cabellos caían desordenadamente sobre sus hombros, y bajo su pálida frente se destacaba el brillo de sus hermosos ojos negros de ciego.

La divinidad que hablaba al poeta durante la noche vino á buscarle el 10 de noviembre de 1674. Milton fué á reunirse en el celestial Eden con aquellos ángeles, en medio de los cuales había vivido en este mundo y cuya hermosura, nombres y ocupaciones le eran ya conocidas.

Milton espiró tan suavemente que apenas pudo echarse de ver el momento en que á la edad de sesenta y seis años menos un mes, entregó á Dios uno de los espíritus mas poderosos que en ningún tiempo han llegado á animar la arcilla humana. Esa vida del tiempo ni larga ni corta sirvió de base á una vida inmortal: el grande hombre arrastró sobre la tierra días bastantes para cansarse, pero no para agotar su talento que poseyó en su plenitud hasta el último suspiro. Bossuet así como Milton tenía cincuenta y nueve años cuando compuso la obra maestra de su elocuencia, ¡con qué fuego, con qué juventud habla de sus blancos cabellos! De la misma manera el autor del *Paraíso perdido* al pintar los amores de Adán y Eva se lamenta del hielo de los años. El obispo de Meaux pronunció su *Oración fúnebre de la reina de Inglaterra* en 1669, el mismo año en que Milton dió el recibo de la segunda suma de las cinco libras esterlinas, producto de la venta de su poema. Esos incomparables talentos, militando en filas opuestas, sin conocerse, sin haber nunca tal vez oído pronunciar sus nombres hicieron el retrato de Cromwell: las águilas pudiendo ser vistas de todo el mundo, viven aisladamente y separadas en la cumbre del monte.

Milton murió exactamente en el término medio de las dos revoluciones de Inglaterra, esto es, catorce años después de la restauración de Carlos II y catorce antes del advenimiento de Guillermo. Fue enterrado cerca de su padre en el coro de la iglesia de *Saint-Gilles*. Mucho tiempo después los curiosos iban á ver una pequeña piedra, cuya inscripción no era ya legible: aquella piedra guardaba las desamparadas cenizas de Milton; ignórase si el nombre del autor del *Paraíso perdido* había sido borrado.

La familia del poeta se sumergió prontamente en la oscuridad. Treinta años habían pasado desde la muerte de Milton, cuando Débora al ver por primera vez el retrato del padre que ya entonces era célebre, exclamó: «¡oh padre mío! ¡oh mi querido padre!» Débora se había casado con Abraham Clarke, tejedor en Spithfields y murió en agosto de 1727 á los sesenta y seis años de edad. Una de sus hijas contrajo matrimonio con Tomás Foster, también tejedor. Ciertamente viéndola reducida á la extrema miseria propuso que se abriera una suscripción en su favor. «Esta proposición, dijo el crítico, debe ser bien recibida, puesto que yo, á quien con razón se podría llamar

«Zóilo del Homero inglés, soy quien la hago.» No tuvo ese Zóilo el placer de alimentar la nieta de Homero con los ultrajes que había prodigado al padre de la epopeya bíblica. El teatro inglés fue el tutor de aquella huérfana, concediéndole el beneficio de una representación de la *Miscara*, cuyo prólogo escribió Samuel Johnson que por otra parte se manifestó bastante duro en su juicio respecto de Milton.

Débora fue conocida del profesor Ward y de Richardson que escribió una vida de Milton. Addison se declaró protector de Débora y alcanzó para ella un donativo de cincuenta guineas por parte de la reina Carolina.

Un hijo de Débora, Caleb Clarke, pasó á la India á principios del siglo XVIII. Por sir James Mackintosh se ha sabido que ese nieto de Milton fue clérigo en una parroquia de Madrás. Este tuvo de una mujer llamada María, con quien había estado casado, tres hijos: Abraham, María que murió en 1806 é Isaac. Abraham, viznieto de Milton, se casó en setiembre del 1725 con Ana Clarke, de cuyo matrimonio tuvo una hija, María Clarke, que según consta de los libros parroquiales de Madrás, nació en 2 de Abril de 1727. Aquí desaparecen las huellas de la familia de Milton, pues no se tiene noticia alguna ni de Abraham, ni de Isaac, que acaso no murieron en Madrás, y cuya defunción no consta en los registros parroquiales de Calcuta ni de Bombay. Si hubieran vuelto á Inglaterra, no habrían podido escaparse de las indagaciones de los admiradores y biógrafos de Milton: por lo tanto es de presumir que se perdieron en las vastas regiones de la India en la cuna del mundo cantada por su abuelo. Tal vez algunas gotas desconocidas de la libre sangre de Milton animan hoy el corazón de un esclavo, tal vez circulan por las venas de un sacerdote de Buddha, ó por las de alguno de aquellos pastores indios que recostado á la sombra de una higuera, cuida de «sus rebaños al través de recortes hechos en lo mas espeso del bosque.»

*Shelters in cool, and tends his pasturing hers
At loopholes cut thro' thickest shade....
(Paradise lost).*

Nada mas natural que la curiosidad que nos mueve á indagar noticias acerca de la familia de los hombres ilustres: no pereció la de Buonaparte porque en pos de sí dejó los reyes y reinas que hizo con su espada. Inutilmente he tratado de inquirir noticias sobre los descendientes de Cromwell, cuyo nombre en lo tocante á la celebridad se encuentra inseparablemente unido al de Milton.

En mi Historia de los cuatro Estuardos he dicho: «Es posible que algún heredero directo de Oliverio Cromwell, por Enrique, sea actualmente un labrador irlandés, acaso católico, que se alimente de patatas en las campiñas de Ulster, atacando por la noche á los partidarios de Orange, y luchando incansablemente contra las atroces leyes del Protector.» También es posible que ese desconocido heredero de Cromwell haya sido un Franklin, ó un Washington en América.»

PARAISO PERDIDO.—ALGUNAS IMPERFECCIONES DE ESE POEMA.

El conde Dorset, buscando libros entró en el despacho del editor de Milton y puso casualmente la mano sobre el *Paraíso perdido*. El editor suplicó humildemente á su señora se dignara leerlo y proporcionarle compradores. El conde se llevó el libro, lo leyó, y lo envió á Dryden que lo devolvió con estas palabras. Este hombre nos oscurece, á nosotros, y á los antiguos.

Eso no obstante la celebridad del autor de aquel libro se iba desarrollando con la mas pausada lentitud:

las costumbres frívolas y corrompidas de aquella época, y la aversión ó mejor dicho la incredulidad que los escosos de las sectas religiosas habían hecho nacer se oponía al buen éxito de un poema tan severo por lo tocante al estilo, á la forma, y al pensamiento; ni el duque de Buckingham, ni el conde de Rochester, ni el caballero Temple se ocupaban de Milton. Pero en 1668. llamó la atención del público una edición en folio del *Paraíso perdido* hecha bajo la protección de lord Sommers: habría podido decirse que la gloria del enemigo de los Estuardos, oprimida por ellos, había esperado el año de su caída para brotar con vigor. Si Milton hubiese vivido, como su hermano, hasta la época de la revolución de 1668 ¿habría encontrado gracia cerca del nuevo gobierno? Lo dudo; porque en realidad no se había hecho mas que cambiar de rey. El antiguo regicida Ludlow, que acudió presuroso desde Lausana, se encontró tan extranjero bajo el reinado de Guillermo III, como lo había sido en tiempo de Jacobo II, considerándose como hombre de otros tiempos el regicida tuvo por oportuno retirarse á morir en la soledad.

Poco á poco las ediciones del *Paraíso perdido* fueron multiplicándose. Addison le consagró diez y ocho artículos del *Espectador*. Desde entonces ya no hubo bastantes altares para el nuevo ídolo; Milton tomó en el culto público su puesto al lado de Shakespeare.

No dejaron, sin embargo, de oírse algunos gritos de oposición, ninguna gran celebridad se ha cimentado sin contradicciones. Supusieron que Milton había imitado á Masenio, Ramsay, Vidas, Sanázaro, Romeo, Fletcher, Stairst, Tauhman, Andreini; Quinciano, Malapert, Fox... y bien habrían podido añadir todavía San-Avito, Dubartas, y el Taso. San-Avito tiene bellísimas escenas en su *Eden*. Es probable que Milton durante su estancia en Nápoles en compañía de Manso leyera las *Sette giornate del mondo creato* del Tasso. El cantor de la Jerusalem hace salir Eva del seno de Adán en tanto que Dios derramaba placida quietud en los miembros de nuestro primer padre adormecido.

*(Ed irrigó di placida quiete
Tutté le membra al sonacchioso...)*

El Tasso dulcificó la imagen bíblica; la mujer según las dulces creaciones del poeta, no es mas que el primer sueño del hombre.

¿Qué influye todo esto en la gloria de Milton? ¿Han abierto esos supuestos originales sus obras por el acto de despertarse Satanás en el infierno? ¿Han atravesado el caos con el ángel rebelde, han presenciado la creación del umbral del empero, han apostrofado al sol, han contemplado la dicha del hombre en su primitiva inocencia; ni adivinado los magestuosos amores de Adán y Eva?

Sea que al traducir á Milton, el hábito de una íntima sociedad me haya acostumbrado á sus defectos; sea que dando mas amplitud á la crítica, no juzgue al poeta sino con relación á las edades que debía tener, lo cierto es que ya no me chocan en el *Paraíso perdido* ciertas cosas que me disgustaban en otro tiempo. Deseando Milton hacer recaer en Satanás la invención de todo lo malo que existe entre los hombres, supone el descubrimiento de la artillería en las eternas mansiones. No me repugna ya tanto esta idea en fuerza del origen que atribuyo al deseo del poeta. De allí toma pretexto para hablar de la conspiración, llamada de la pólvora, tiene cinco composiciones latinas in *Proditionem bombardicam*, in *Inventorem bombardæ*.

Los insultos que entre sí se prodigan los demonios son una imitación de las ironías que Homero puso en boca de sus héroes. Pláceme ver la Iliada al través del *Paraíso perdido*.

Los espíritus rebeldes convertidos en serpiente

que silban á su caudillo cuando se jacta de haber causado bajo la figura de una serpiente la perdición de la raza humana, son caprichosas imágenes, pero admirablemente bien espresadas, de un escoso de imaginación. En las críticas que se han hecho de ese pasaje no se ha visto, ó no se ha querido ver la explicación que el mismo poeta da acerca de esa metamorfosis, conforme con el asunto de la obra y con las tradiciones mas populares del cristianismo. Es la última vez que se ve á Satanás: el príncipe de las tinieblas, soberana inteligencia al principiar el poema, antes de la seducción de Adán, se convierte en hediondo reptil al fin del poema, despues de la caída del hombre: en vez del espíritu que aun brillaba como el sol eclipsado, no queda ya mas que la antigua serpiente, el antiguo dragón del abismo.

Menos injusto sería el criticar á Milton por algunos rasgos de mal gusto, como por ejemplo, aquella comida (de frutas) que no se enfria. Habría yo tambien querido suprimir los versos en que Adán llama á Eva costilla torcida que él había tenido de mas: desgraciadamente esa injuria se encuentra colocada en un pasaje dramático de admirable belleza.

El poeta abusa algo de su erudición; pero en ese particular menos se peca por mucho que por poco: así es que Milton supo sacar de su erudición bellezas que Shakespeare no consiguió de su ignorancia. ¿No es extraño que en medio de los escasos conocimientos de la física de aquel tiempo, anunciase Milton la atracción, que posteriormente fue demostrada por Milton? Kepler, Boullian y Hook, es cierto que preparaban la vía á ese descubrimiento; pero Milton, aun en ese caso, nada podía saber mas que lo que ellos denominaban fuerza atractoria. Allí en la antigüedad (tres siglos antes de Jesucristo), Aristarco de Samos, dijo que el sol era el centro único del universo.

En los cuadros del poeta se echan de menos alguna vez que otra matices y luces; puede adivinarse que el pintor está ciego, así como en la armonía se comprende tambien la falta de vista del autor en lo indefinido de ciertas notas. Las descripciones del *Paraíso perdido* por lo dulce, lo vaporoso y lo ideal de su tono, son parecidas á vagos recuerdos, los últimos términos de los cuadros de Milton, en relación con su edad, con las tinieblas de sus ojos, y con la noche de la tumba cercana, tienen un carácter de melancolía que en ninguna otra parte sería posible hallar. ¿Podrá pedirse nada á quien para pintar una noche en el Eden, os dice: «El ruiseñor repetía sus amorous lamentos y el silencio los escuchaba encantado?» Cinco ó seis versos fuera de todas las reglas vulgares, le bastan para ofrecer el religioso espectáculo de la aurora. «La luz sagrada empieza á despuntar en el Oriente entre las húmedas flores; estas exhalan su perfume matutinal, cuando todo lo que respira sobre el grande altar de la tierra, eleva hacia el Criador silenciosas alabanzas y un olor que le es agradable.» Estas palabras parecen un versículo de los Salmos; *Jubilare Deo omnis terra; Benedic anima mea Domino*.

Finalmente, si el poeta se manifiesta alguna vez cansado, si la lira se escapa de su fatigada mano, el autor reposa, y yo reposo con él: no quisiera que los hermosos pasajes del Cid y de los Horacios estuviesen unidos por medio de armonías elegantes y estudiadas; las sencilleces de Corneille son un tránsito á nuevas grandezas, que me agrada sobre manera.

PLAN DEL PARAISO PERDIDO.

¿Qué podré decir acerca del *Paraíso perdido*, que no se haya dicho ya? Mil veces se han citado los rasgos sublimes, los discursos, los combates, la caída de los ángeles, y aquel infierno que habría huido es-

tantado si Dios no hubiese dado tal profundidad á su abismo. Insistiré, pues, principalmente en la composición general de la obra, para poner de manifiesto el artificio que predomina en el conjunto.

Satanás se despierta en medio de un lago de fuego. (Qué despertar!) Reune el consejo de las legiones precitas; recuerda á sus compañeros de rebeldía y de castigo un antiguo oráculo que anunciaba la aparición de un mundo nuevo, y la creación de una nueva raza destinada á llenar el vacío que habían dejado los ángeles rebeldes: ¡Cosa espantosa! ¡En el infierno es donde resuena por primera vez la palabra hombre!

Satanás se propone ir á buscar ese mundo desconocido, y destruirlo ó corromperlo. Parte; registra el infierno; se encuentra con el Pecado y la Muerte; se hace abrir las puertas del abismo, atraviesa el caos; descubre la creación; baja al sol; llega á la tierra; ve á nuestros primeros padres en el Eden. queda conmovido de su belleza é inocencia, y da por sus remordimientos y su emoción una idea inefable de la naturaleza y la felicidad de aquellos. Dios ve á Satanás desde lo alto del cielo; predice la debilidad del hombre, y anuncia su absoluta ruina, sino se presenta algun fiador que sea capaz de dar la vida por él: los ángeles permanecen mudos de espanto. En el silencio del cielo solo el Hijo toma la palabra, y se ofrece en sacrificio por el hombre. La víctima es aceptada; el hombre queda redimido aun antes de su caída.

Rafael, enviado por el Omnipotente, previene á nuestros primeros padres de la llegada y proyectos de su enemigo. El mensajero celestial refiere á Adán la rebelión de los ángeles acaecida cuando el PADRE anunciaba desde lo alto de la sagrada montaña, que había engendrado á su Hijo y le entregaba todo poder. El orgullo y la envidia de Satanás irritados por esta manifestación, lo arrastraron al combate, en el que vencido con todas sus legiones, fue precipitado al infierno. Milton para discurrir el motivo de la rebelión de Satanás, no tuvo mas antecedentes que la inspiración de su númen. Así es como da á conocer todo lo que precede á la apertura del poema, empleando para el efecto todo el arte de un consumado maestro. Rafael sigue refiriendo á Adán la obra de los seis días, y Adán cuenta á su vez á Rafael su propia creación. El Ángel se remonta al cielo. Eva se deja seducir, prueba el fruto vedado, y arrastra al hombre en su caída.

En el décimo libro vuelven á presentarse todos los personajes, y vienen á cumplir su destino. En los dos libros siguientes Adán ve las consecuencias de su caída, y todo lo que ha de suceder hasta la encarnación de Cristo; el Hijo inmoldándose, debe redimir al hombre. El Hijo es uno de los personajes del poema; por medio de una visión permanece solo y último en la escena, á fin de terminar en el monólogo de la cruz la acción definitiva, el *consumatum est*.

Esta es la obra en su sencillez. Los hechos y las narraciones nacen del recíproco enlace; el lector recorre el infierno, el caos, el cielo, la tierra, la eternidad, y el tiempo en medio de blasfemias y cánticos, y de suplicios y alegrías; recorrense esas inmensidades naturalmente, sin apercibirlo, sin sentir ningún movimiento, sin conocer los esfuerzos que han sido necesarios para ser arrebatado á tal altura en las alas de un águila, y para crear un mundo semejante.

Esta observación por lo tocante á la última aparición del Hijo, demuestra contra lo que opinan ciertos críticos, que el autor había hecho mal de suprimir los dos últimos libros. Estos libros que no sé por qué razón están considerados como los mas débiles del poema, son tan hermosos como los demás, y hasta puede decirse que tienen un interés humano que les falta á los otros. Siendo el mas grande de los poetas

Milton, es también el mas grande de los historiadores, sin dejar de ser poeta. Miguel anuncia á nuestros primeros padres que es preciso salir del paraíso. Eva llora y se desconsuela al abandonar sus flores; «Oh flores, dice, que habeis recibido todas de mí, ¡vuestró nombres!» Hermoso rasgo que algunos creyeron ser original de uno de los últimos poetas germánicos, y que no es mas que una de las bellezas de que tanto abundan las obras de Milton. Adán se lamenta también; pero es por tener que abandonar los sitios que Dios se había dignado honrar con su presencia. «Yo habría podido decir á mis hijos, dice Adán, en la cumbre de esa montaña se me apareció; bajo aquel árbol se hizo visible á mis ojos, entre aquellos pinos oí su voz; al borde de aquella fuente hablé con él.»

Esta idea de Dios de que el hombre está dominado en el *Paraíso perdido*, es de una extraordinaria sublimidad. Eva al venir á la vida, no se manifiesta ocupada mas que de su belleza; ya no ve á Dios sino al través del hombre; Adán en el momento de su creación comprendiendo que no ha podido crearse á sí mismo, busca y llama a su Creador.

Eva permanece dormida al pie del monte: Miguel en la cumbre manifiesta á Adán toda su raza por medio de una vision. Esto da lugar á que se desarrolle toda la accion de la Biblia. Por de pronto viene la historia de Cain y Abel. «Oh Señor, esclama Adán al Ángel, al ver caer á Abel, ¿es eso la muerte? ¿Es ese el camino por donde he de volver á mi polvo nativo?» Téngase presente que en la Escritura no se hace mención de Adán despues de su caída; durante novecientos treinta años parece que al género humano, su desgraciada posteridad, no se ha atrevido á nombrarle: el mismo San Pablo no lo numera entre los santos que han vivido de la fé; el Apóstol no principia esta lista sino por Abel. Adán está considerado como el primero de los muertos, porque todos han muerto en él, y sin embargo, durante nueve siglos, vió desfilas sus hijos hacia la tumba que él les había abierto y preparado.

Despues de la muerte de Abel, el Ángel hace ver á Adán un hospital y las diversas especies de muerte; cuadro lleno de vigor á la manera del Tintoretto. Adán llora al verlo, dice el poeta, aunque no había nacido de mujer. Reflexión patética inspirada al poeta por aquel pasaje de Job: «El hombre nacido de mujer no vive sino poco tiempo, y está lleno de muchas miserias.»

La historia de los gigantes de la montaña que seducen á las mujeres de la llanura, está maravillosamente contada. En el libro XI, Milton imita al Dante por sus formas de interpelaciones del diálogo; ¡Maestro! Dante habría invitado á Milton á entrar con él como hermano en el grupo de los grandes poetas. En el libro XII no se refieren los hechos mediante una vision, sino que ya se sigue la forma de una narracion. La torre de Babel, la vocacion de Abraham, la venida de Cristo, su encarnacion y su resurreccion, estan llenas de todo género de bellezas. El libro concluye por el destierro de Adán y Eva, y por aquellos versos tan melancólicos que todo el mundo sabe de memoria.

En estos dos últimos libros se ha ido aumentando la melancolia del poeta: parece que le es mas sensible el peso de la desgracia y de los años. En boca de Miguel pone estas palabras:

«Gozarás de la vida, y semejante á un fruto que ha llegado á su madurez, volverás á caer al seno de la tierra de donde has salido. Tú serás no duramente arrancado, sino blandamente cogido por la muerte, cuando llegues á ese estado de madurez que se llama ancianidad. Mas para eso tendrás que sobrevivir á tu juventud, á tu fuerza y á tu hermosura, que se cambiará en fealdad, en decadencia, en demacra-

cion. Tus sentidos embotados, habrán perdido esos gustos y esas dulzuras que ahora te halagan, y en vez de ese aire de juventud, de alegría y de vivacidad que te anima, dominará en tu árida sangre una fría y estéril melancolia, que irá abrumando tus sentidos, y agotará por último el bálsamo de tu vida.

Cierto comentador hablando acerca del númen de Milton por lo tocante á estos últimos libros del poema, dice: «Es el mismo Océano, pero en el momento del reflujo; el mismo sol, pero en la hora del ocaso.»

Sea así. A mí el mar me parece mas hermoso cuando me permite recorrer sus playas abandonadas y cuando se retira al horizonte con el sol que toca ya en su ocaso.

CARÁCTER DE LOS PERSONAJES DEL PARAISO PERDIDO.— ADÁN Y EVA.

Milton puso en el primer hombre y en la primera mujer, el tipo original de todos sus descendientes.

«En sus divinas miradas resplandecía la imagen de su glorioso autor con la verdad, la sabiduría y la santidad severa y pura; severa, pero fundada en aquella verdadera libertad filial de donde procede la verdadera autoridad entre los hombres. No son iguales, así como tampoco son semejantes en sexo; él está formado para la contemplacion y el valor; ella para la blandura y la dulce gracia seductora; él únicamente para Dios; ella para Dios en él. La anchurosa frente del hombre y su mirada sublime, revelan su poder supremo; sus cabellos negros como la noche, partidos en derredor de la frente, penden como racimos; pero no flotan sobre sus anchas espaldas. La mujer ostenta como un velo su cabellera de oro que baja esparramándose y sin adorno alguno hasta su delgada cintura: sus trenzas caen formando caprichosas ondulaciones como los zarcillos de la viña; símbolo parece esto de dependencia, pero dependencia exigida con blando imperio, concedida por la mujer, y con mas gusto aceptada por el hombre, concedida con una sumision modesta, un decoroso orgullo, una tierna resistencia, ¡amorosa dilacion!...

«Así vivían desnudos, y no evitaban la vista de Dios, ni la del ángel, porque no pensaban en el mal. De esta manera, asidos constantemente de la mano, vivía la mas hermosa pareja que desde entonces se ha unido en los abrazos de amor: Adán, el mas hermoso de los hombres que de él han nacido; Eva, la mas hermosa de las mujeres que le han debido su origen.» (*Paraíso Perdido*, lib. IV.)

Adán, sencillo y sublime, instruido por el cielo, no tiene mas que una debilidad y se echa de ver que esa será la causa de su ruina: despues de haber referido su creacion á Rafael y sus conversaciones con Dios en la sociedad, pinta su arrebató al ver por primera vez á su compañera.

«Parecióme aunque estaba dormido, que veía el sitio en que me hallaba, y la gloriosa figura en cuya presencia había estado despierto. Bajándose hacia mí (Dios) me abrió el costado izquierdo y me tomó una costilla caliente con los espíritus del corazón, y empapada de la nueva sangre de la vida. Ancha era la herida que me hizo; pero súbitamente quedó llena de carne y se curó. Ainsó y modeló aquella costilla con sus manos; y por la virtud de estas se formó una criatura semejante al hombre, pero de distinto sexo. Era tan agradablemente hermosa, que todo cuanto me había parecido hermoso en el mundo, no me pareció digno de atencion de aquel momento, ó mas bien creí que todas las bellezas se habían refundido en ella y en sus miradas que desde entonces han derramado en mi corazón una dulzura nunca anteriormente sentida. Su presencia comunica á todos

los seres espíritu de amor y amorosas delicias. Esa criatura desapareció, y me dejó en oscuridad: desperté para buscarla, ó para lamentar eternamente su pérdida y renunciar á todos los demás placeres. Cuando empezaba ya á perder la esperanza de verla, ¡héla allí no lejos tal cual la había visto en mi sueño, adornada de cuanto el cielo y la tierra pueden prodigar para hacerla admirable. Avanzó hacia mí conducida por su divino creador (aunque invisible.) No ignoraba la santidad nupcial, ni los ritos del casto enlace: la gracia campeaba en todos sus ademanes, y el cielo en sus ojos: cada uno de sus movimientos expresaba dignidad y amor. Yo, trasportado de júbilo no pude menos de esclamar en alta voz:

«Al fin has cumplido tu promesa, ¡Oh Creador dulce y benéfico, dispensador de todo lo hermoso pero este ciertamente es el mejor de tus donativos, y en él nada has economizado. Ahora veo el hueso de mis huesos y la carne de mi carne, ahora me veo á mí mismo ante mí mismo.

«Ella me oyó, y aunque venía conducida por la mano de Dios, su inocencia, su modestia virginal, su virtud, la conciencia de lo que valía.... todo por decirlo de una vez, la misma naturaleza, por muy pura que se hallaba de pensamiento pecaminoso, produjo en Eva un efecto tal, que al verme, se retiró. Yo la seguí: Eva comprendió lo que era el honor, y con majestuosa sumision tuvo á bien atender á mis razones. Condújela al frondoso sitio destinado para nuestro enlace nupcial ruborizándose como la aurora. Todos los cielos y las estrellas faustas, deramaron en aquel momento su mas benéfica influencia. La llanura y las colinas dieron señales de júbilo: las aves trinaron dulcemente; las frescas brisas y los blandos vienteillos, murmurando entre el ramaje, y jugueteando, nos arrojaban hojas de rosa con sus alas, y nos ofrecían los aromas de que se empapaban en el bosque florido. Por fin, la enamorada ave de la noche, cantó el himno de nuestras bodas y rogó á la estrella vespertina que se apresurara á presentarse en la cima de su colina para encender nuestra antorcha nupcial.

«Te he referido mi condicion y contado mi historia hasta el colmo de la felicidad terrestre de que disfruto. Debo confesarte, que en todas las cosas que me rodean hallo felicidad, pero sea que las use, sea que me abstenga de ellas, no producen en mi espíritu ese cambio ni esos vehementes deseos. . . .

«Mas en este particular sucede lo contrario. La veo, la oigo enajenado de placer. Así fue como por primera vez sentí la pasión, esa emoción estraña. Superior y tranquilo en medio de cualquiera otra placida sensacion, aquí solo es donde me siento débil al encanto de la poderosa mirada de la belleza. O la naturaleza ha flaqueado en mi dejándome alguna parte incapaz de resistir á semejante objeto, ó bien habiendo sido ella arrancada de mi lado, se llevó tal vez consigo una porcion demasiado grande de mi vida, ó por lo menos se le han prodigado demasiados encantos.... Al contemplar sus gracias, me parece tan absoluta, tan completa en sí misma, y tan instruida en sus deberes, que todo lo que hace ó dice me parece lo mas discreto, lo mas virtuoso y lo mas atinado. La ciencia mas elevada cae y se humilla en su presencia; la sabiduría al hablar con ella se desconcierta y parece locura. La autoridad y la razon la siguen como si hubiese sido creada antes que ellas. Finalmente, por decirlo de una vez, la magnanimidad y la nobleza han hecho de ella su magnífica morada, circundándola de un respeto que inspira timidez como si estuviera custodiada por un ángel.»

¿Quién ha dicho nunca cosas semejantes? ¿Qué poeta ha hablado nunca en semejante lenguaje? ¿Qué

miserables somos en nuestras composiciones modernas comparándolas con esas vigorosas y magníficas producciones! Milton, cuida de separar á Eva en tanto que Adán cuenta á Rafael su debilidad; pero Eva curiosa y oculta entre el ramaje, oye lo que por fin ha de contribuir á su perdicion.

Eva ejerce una seducción inesplicable: respira á un mismo tiempo inocencia y voluptuosidad; pero también es inconstante y está envanecida de su belleza: se obstina en ir sola á sus trabajos de la mañana á pesar de las súplicas de Adán; se ofende del temor que éste le manifiesta, y se cree capaz de resistir al príncipe de las tinieblas.

El débil Adán cede á todo, y la sigue con tristes miradas cuando va desapareciendo en la espesura de los bosques. No bien ha llegado al pie del árbol de la ciencia, queda seducida á despecho de los consejos de Adán, del cielo, y á despecho de las imágenes de un sueño que le había inspirado terror, y en el cual el espíritu de la mentira le había dicho lo que la serpiente le vuelve ahora á decir: algunas alabanzas de su belleza la fascinan; cae.

El estupor de Adán, la resolucion que toma de probar el fruto fatal para morir con Eva, la desesperacion de ambos, las recriminaciones, el perdon, la reconciliacion, el propósito de Eva de darse la muerte ó de privarse de posteridad, todo está dicho en el tono mas sublime y patético.

Por lo demás, Eva tiene analogías con las heroínas de Shakespeare: en su carácter predomina algo estremadamente juvenil, una sencillez parecida á la infancia, y esto es precisamente la excusa de una seducción tan fácilmente consumada.

El estilo de las escenas no pertenece sino á Milton. Sabidos son los deliciosos versos con que Eva da cuenta de sus primeras sensaciones al salir de las manos del Creador.

«Dulce es el aliento de la mañana, dulce la aurora con el canto de las aves que la celebran; agradable es el sol cuando desde el Oriente despliega en este delicioso jardín sus rayos sobre la yerba, los árboles, los frutos y las flores que brillan con la humedad del rocío; encantadora es la venida de la noche tranquila y graciosa; encantadora la noche callada con su ave solemne, y esa luna tan bella, esas perlas del cielo, y esa bóveda estrellada; pero ni el aliento de la mañana con el mágico canto de las aves, ni el sol al aparecer sobre este delicioso jardín, ni la yerba, ni las frutas, ni las flores brillantes con la humedad del rocío, ni los perfumes despues de la benéfica lluvia, ni la caída de la tarde tranquila y graciosa, ni la noche callada con su cantor solemne, ni el paseo bajo la claridad de la luna, ni la oscilante luz de la estrella, nada tiene dulzura sin tí.»

Adán, al entrar en la espesura que va á servir de tálamo nupcial, oculta el anhelo de la felicidad que le espera bajo este casto y religioso deseo.

«Creador, tu delicioso paraíso es demasiado vasto para nosotros: echa de menos tu abundancia manos que se la repartan, y cae al suelo sin que nadie la siegue. Mas tú nos has prometido una raza para llenar la tierra, una raza que con nosotros glorificará tu bondad infinita cuando nos despertemos, ó cuando como ahora vayamos á buscar el sueño que es también uno de tus inapreciables donativos.»

Adán se despierta antes que Eva en el tálamo. «Incorpórase y apoyando su frente en las manos contempla con éstas á su muy amada compañera. Con la mirada de un cordial amor contempla aquella belleza que despierta ó dormida brilla siempre con todo género de encantos. Luego con una voz dulce como cuando el céfiro juguetea entre las flores, toca suavemente la mano de Eva y murmura estas palabras:

«Despierta, hermosa mía, esposa mía, postrer bien

que me ha sido dado, el mas cumplido é inapreciable beneficio que el cielo me ha concedido, mi delicia inagotable, despiértate! La aurora brilla, la frescura de la selva nos invita, no perdamos las primicias del día!»

Rafael al ver á Eva le dirige las palabras de la salutación angelical:

«Salve, madre de los hombres, cuyas fecundas entrañas llenarán el mundo de hijos mas numerosos que los frutos variados que Dios hace pender de los árboles que les han de servir de sustento.»

En los himnos del poeta todo queda santificado por los recuerdos de la religion. Esas suaves pinturas de la felicidad son tanto mas dramáticas, cuanto que Satanás las está presenciando: de la misma boca de los esposos afortunados oye el secreto y el medio de perderlos. La felicidad de Adán y Eva es temible: cada instante de su dicha produce un nuevo temor cuando se considera que debe ser seguido de la perdición del humano linaje.

«¡Ah! pareja encantadora, dice el soberano del infierno. ¡no presumis cuán cercano está vuestro cambio! todas vuestras delicias van á desvanecerse de jándose sometidos al infortunio, infortunio tanto mas amargo, cuanto mas placido es ahora vuestro bienestar. Pareja feliz, pero demasiado mal guardada para que sigáis gozando siempre de vuestra felicidad.»

«No porque yo sea vuestro enemigo declarado; aun podría tener piedad de vosotros al veros abandonados cual lo estais, á pesar que para mí no haya piedad!»

Donde el autor emplea mas arte es en la pintura de los amores de nuestros padres despues del pecado: en su descripción brillan los mismos colores; pero el efecto es enteramente distinto. Eva no es ya una esposa; es una querida; la púdica recién casada en las espesuras del Eden entra en los jardines de Pafos; la voluptuosidad ha reemplazado al amor; la morvidez hace las veces de las castas caricias. ¿Cómo ha conseguido el poeta esa metamorfosis? No ha desterrado de sus descripciones mas que la sola palabra: *Inocencia*. Los dos esposos salen abrumados de fatiga del sueño en que los ha sumergido la embriaguez del fruto vedado: bien se comprende que acaban de engendrar á Cain. En sus rostros descubren con vergüenza las pálidas huellas del placer! advierten su desnudez y recurren á la hoja de higuera.

El hombre ha caído; el globo queda desconcertado en sus ejes: las estaciones se alteran y la muerte da su primer paso en el universo.

EL ETERNO Y SU HIJO.

El carácter del Padre omnipotente está trazado con oscuridad. En este particular hay que admirar la reserva del autor; temió dar una idea mortal al ser imperecedero; no puso en la boca de Jehovah mas que discursos tomados del texto de los libros sagrados y de los comentarios selectos de los escritores cristianos de todas las épocas: todo versa sobre las cuestiones mas abstractas de la gracia, del libre albedrío y de la presciencia. El Eterno se engrandece en el fondo de las tinieblas teológicas y filosóficas donde la mano del respeto y del misterio lo tiene oculto. Ya veremos cómo Milton, confundido por la multitud de esos sistemas, no se habia formado una idea bien distinta de la Divinidad única.

Pero el carácter del Hijo es una obra cuya perfección nunca será bastante admirada. En Cristo hay una naturaleza humana, por medio de la cual el hombre puede comprenderlo mejor, y como tambien hay en él una naturaleza divina, Milton al través de la primera consigue elevarse al conocimiento real del Hombre-Dios.

La ternura del Hijo es inefable y nunca llega á des-

mentirse. Desde el tercer libro del poema se le ve ofrecerse como víctima expiatoria, aun antes de la caída del hombre diciendo al Padre: «Héme aquí: me ofrezco yo por él, vida por vida. Caiga tu cólera sobre mí; tómame por el hombre. Para salvarlo de jaré tu seno, abandonaré espontáneamente la gloria que gozo cerca de tí; por él moriré contento; ejerza la muerte sobre mí su furor.»

«Cesó de hablar el Hijo; pero en su misericordioso aspecto seguia hablando el silencio, respiraba un inmortal amor por los hombres mortales.»

En el segundo libro el Padre envia el Hijo á juzgar á la criminal pareja. «Voy, pues, dice el Hijo hacia los que te han ofendido; pero tú sabes que cualquiera que sea la sentencia, sobre mí ha de recaer el principal castigo. Me he comprometido en tu presencia y no me arrepiento, puesto que por mi inocencia espero se mitigue el castigo que ha de caer sobre mí.»

El Hijo rehúsa todo acompañamiento: á la sentencia que va á pronunciar, no han de asistir mas que los dos delincuentes. Desciende al jardín como un blando viento de la noche; su voz lejos de ser espantosa es llevada por la brisa al oído de Eva y Adán. El hombre y la mujer se ocultan; el Hijo vuelve á llamarlos: «Adán ¿en dónde estás?» Adán duda; luego avanza penosamente seguido de Eva, y por último contesta: «Me he ocultado porque estoy desnudo.»

El Hijo no le hace por de pronto ningun cargo, y sigue diciendo con dulzura: «Con frecuencia has oído mi voz; lejos de causarte espanto te llenaba de alegría. ¿Por qué te suena ahora de un modo terrible? ¿Dices que estás desnudo? ¿quién te lo ha dado á conocer?»

De esta manera, sigue diciendo el poeta, juzgó al hombre quien era á un mismo tiempo su juez y su salvador... En seguida viendo á los dos criminales en pie y desnudos en medio de un aire que iba á corromperse, tuvo compasión y no se desdenó tomar el aspecto de servidor, el mismo de que se revistió cuando lavó los pies de sus servidores. Con la solicitud de un padre de familias cubrió su desnudez con pieles de animales... Tambien se apiadó de su desnudez mas ignominiosa: cubrió su desnudez interior con la túnica de su justicia estendiéndola entre ellos y las miradas de su Padre, hacia cuyo seno voló subitamente.

Falta espresion para alabar unas cosas tan divinas.

Al final del libro X, Adán y Eva reconciliados y penitentes van á rogar á Dios en el mismo puesto en que fueron juzgados. Sus oraciones suben al cielo; el gran intercesor las presenta al Padre perfumadas con el incienso que humea en el altar de oro: «Considerad, Padre mio, cuales son los primeros frutos que ha hecho germinar en la tierra esa gracia que introdujisteis en el corazón humano: son suspiros, son oraciones lo que os presento, yo que soy vuestro sacerdote... El hombre no sabe en qué términos ha de hablaros; permitid que yo sea su intérprete, su abogado y su víctima propiciatoria. Grabad en mí todas sus acciones buenas ó malas: yo perfeccionaré las primeras y expiaré las otras con mi muerte.»

En este pasaje la belleza de la poesía está á la altura de la belleza del sentimiento.

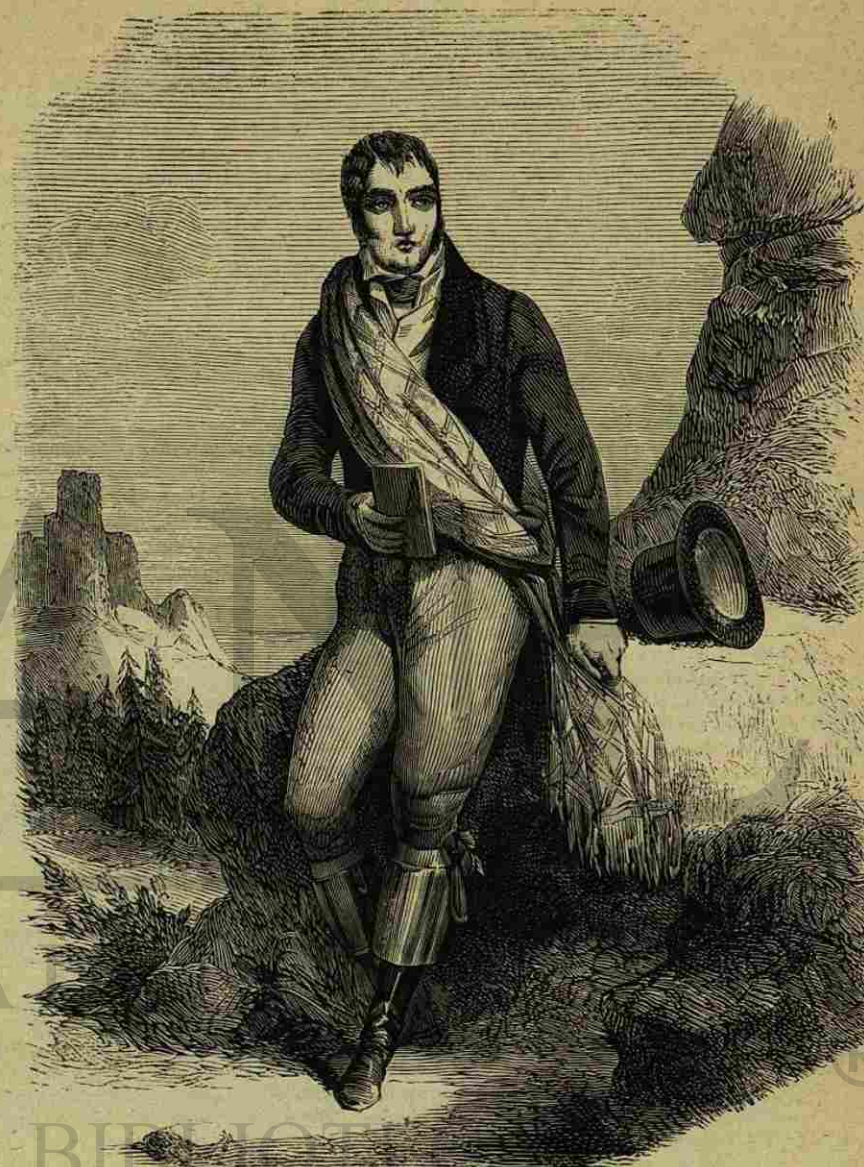
Finalmente, en el libro XII Milton dejando las alturas de la Biblia descende á la mansedumbre evangélica para pintar el misterio de la redención. «A fin de sufrir el castigo á que te has hecho acreedor, dice Miguel á Adán, el Hijo se vestirá de tu carne, y se responderá á sufrir una vida despreciada y una muerte afrentosa...»

«Sobre la tierra se ve vendido, escarnecido, preso violentamente, sentenciado y condenado á muerte, muerte de ignominia y de maldición. Es clavado en la cruz por su mismo pueblo, pero muere para darte la vida y enclavar á su cruz tus enemigos.»

ANGELES.

Milton dulcifica su nùmen á la luz del cristianismo: así como ha pintado lo que ha precedido al tiempo, así os deja en el tiempo en que os ha introducido á presenciar la caída del hombre. Pasa al través de ese plazo intermedio y se apresura á anunciar la destrucción del tiempo, que dice volar con las alas de las horas y á proclamar la renovación de las cosas, esto es, a reunion del fin, y el principio en el seno de Dios.

Entre los ángeles presenta una gran variedad de caracteres. Uriel, Rafael y Miguel, tienen rasgos que los distinguen entre sí. Rafael es el ángel amigo del hombre. La pintura que de él hace el poeta está llena de gracia y de pudor.



BYRON.

«Enviado por Dios hacia nuestros primeros padres, al llegar al Eden sacudió sus seis alas que esparcieron á lo lejos aromas desconocidos al mundo. Adán llamó á Eva: «Eva, ven pronto. Mira hacia aquellos árboles del lado de Oriente. ¿no ves una forma brillante que se encamina á este sitio? Diríase que es una aurora en medio de la luz del día.» Rafael se acerca á Adán, del mismo modo que en la antigüedad bíblica los ángeles pedían hospitalidad á los patriarcas ó

como en la antigüedad gentílica los dioses venían á sentarse á la mesa de Filemon y de Baucis. Rafael saluda á nuestra primera madre con las mismas palabras que Gabriel saludó á María, segunda Eva. En seguida cuenta, según ya se ha dicho, lo que habia sucedido en el cielo, la caída de los espíritus rebeldes y la creación del mundo: satisface la curiosidad del padre de los hombres, y se ruboriza como se ruboriza un ángel, cuando Adán se atreve á hacerle preguntas

acerca de los amores de los espíritus. Cuando se remonta al cielo, Adán le dice: «Partid, huésped divino, seguid siendo siempre protector y amigo del hombre, y volved con frecuencia a visitarnos.»

Miguel, caudillo de las milicias celestiales, viene también al mundo, pero es para espulsar del paraíso a los dos delincuentes. Se presenta bajo la forma humana y en traje de guerrero. Su rostro al levantar la celada manifiesta la edad en que la juventud acaba y la virilidad principia. De su cintura pende una espada brillante como un zodiaco, y en la diestra lleva negligentemente una lanza. Adán lo ve desde lejos: «No es terrible su aspecto, dice a Eva, no debe aterrorizarme; pero no tiene aquel aire dulce y sociable como Rafael.» El poeta conoce familiarmente a todos esos ángeles, y os hace vivir con ellos. El ángel leal en el ejército de Luzbel es enérgico; no tardará en citar uno de sus discursos. Hasta el Querubín que sorprende a Satanás hablando al oído de Eva, presenta rasgos correctamente caracterizados. Luzbel insulta a ese Querubín: «No conocerte, prueba que tú mismo eres poco conocido, y el último de tu legión.» Zefor le responde: «Espíritu rebelde, no vayas a creer que tu aspecto sea el mismo, ni que sea posible conocerte; no tienes ya aquel brillo puro que te rodeaba cuando estabas en el cielo. Tu gloria se ha desvanecido con tu inocencia, el menor de los nuestros puede todo contra tí, tu crimen constituye de debilidad.»

Cuando el mismo Satanás se transforma en espíritu de luz, el poeta derrama sobre él todas las armonías de su arte. «Bajo la corona los cabellos del arcángel flotan en bucles y sombrean sus dos mejillas; ostenta alas, cuyas plumas, de diversos colores, están matizadas de oro: su corta túnica parece a propósito para andar con celeridad, y apoya sus pasos llenos de decoro en una barilla de plata.»

Todos esos espíritus llenos de una variedad y belleza infinitas, parecen retratados según sus caracteres, por Miguel Ángel y Rafael, ó mas bien que Milton los ha vestido y representado con arreglo a los cuadros de aquellos grandes maestros, transportándolos del lienzo a la poesía, y dándoles con el auxilio de la lira la palabra que el pincel no había podido hacer salir de sus labios.

DEMONIOS Y PERSONAJES ALEGÓRICOS.

Por demás es recordar lo que nadie ignora acerca de los espíritus de las tinieblas cual Milton los ha retratado. Todo el mundo confiesa que su creación de Satanás es incomparable.

Luis Racine hace la siguiente observación al hablar de los cuatro monólogos de Satanás: «¿Con qué motivo el espíritu del furor, el sobrante del mal hace algunas reflexiones que podrían llamarse discretas? 1.º, al contemplar la belleza del sol; 2.º, al contemplar la hermosura de la tierra; 3.º, al contemplar la felicidad de los seres que por medio de una tranquila conversación se dan mutuas seguridades de amor; 4.º, al contemplar uno de aquellos dos seres, que solo y cultivando flores en un bosquecillo, es imagen de la inocencia y la tranquilidad. Todo lo bello, todo lo bueno, excita por de pronto la admiración del ángel caído; pero esta admiración produce remordimientos por el recuerdo del bien perdido, y el fruto de estos remordimientos es la implacable dureza. El rey del mal se va haciendo sucesivamente digno de su funesto imperio. Eva, cogiendo flores, le parece dichosa. Su tranquilidad es el placer de la inocencia; Satanás va a destruir lo que admira, porque es destructor de todo placer. En esos cuatro monólogos el poeta conserva a Satanás el mismo carácter, y no se copia. Satanás no es el héroe de su poema; pero es la obra maestra de su poesía.»

Milton da casi un impulso de amor a Satanás al contemplar a Eva: el arcángel tiene envidia al ver las caricias que se prodigan los esposos. Eva, seduciendo por un momento al insensato rival de Dios, al caudillo del infierno, al espíritu del odio, deja en la imaginación una idea incomprensible acerca de la belleza de la primera mujer.

Los personajes alegóricos del *Paraíso perdido*, son el Caos, la Muerte y el Pecado. Tal era la imaginación del poeta que de la Muerte y del Pecado hizo dos entes reales y formidables. Nada mas espantoso que el instinto del Pecado, cuando desde el fondo del infierno, entre las llamas del Tártaro y el océano del caos, aquel fantasma adivina que su padre y su amante han hecho la conquista del mundo. La misma Muerte advirtiéndolo, dijo a su madre el Pecado: «¿Qué olor de matanza siento! ¡Presencia innumerable! Ya paladeo el sabor de muerte de todo lo que existe.... La pálida Forma, dilatando en aquella atmósfera apesadada, sus anchas narices olfateó a lo lejos su presa. (Su madre, el Pecado). Hay que tener presente, según se ha manifestado ya en el *Genio del Cristianismo*, que la palabra *pecado* en inglés, pertenece al género femenino, y la muerte al masculino. Racine quiso salvar en francés esa dificultad de géneros, dando a la Muerte y al Pecado nombres griegos. *Ate* (el pecado) *Ades* (la muerte); yo no he creído deber someterme a ese escrúpulo: contra Luis Racine tengo la autoridad de Juan Racine cuando dice:

(La mort est le seul dieu que j'ai osais implorer.)
(La muerte es el único dios que me atreví a implorar.)

Me ha parecido que los lectores acostumbrados anticipadamente a esta ficción, se acomodarán al cambio de géneros, y que sin dificultad harán que la Muerte sea del género masculino y el Pecado del femenino, a despecho de sus artículos. Criticando Voltaire en Londres esta célebre alegoría, dió lugar al que lo estaba oyendo a que improvisara el siguiente dístico:

«You are so witty, so profligate and thin,
At once we link you Milton, death, and sin.»
(Es tanto vuestro ingenio, sois tan flaco y callado,
Que nos pareceis, Milton, la muerte y el pecado.)

No me falta ya mas que hablar de otro personaje del *Paraíso perdido*, es, de su autor.

MILTON EN EL PARAÍSO PERDIDO.

Campea el republicanismo del autor en cada verso del poema: los discursos de Satanás respiran el odio de la independencia. Pero Milton, que siendo entusiasta de la libertad, había sin embargo servido a Cromwell, da a conocer la especie de república que deseaba: no era una república de igualdad, ni una república plebeya, sino una república aristocrática y en la cual se admitieran jerarquías. «Si no somos todos iguales, dice Luzbel, todos somos igualmente libres: rangos y categorías no afirman la libertad, pero se avienen con ella. ¿Quién, pues, en derecho, ó en razón, puede aspirar al dominio de los que son por derecho iguales suyos, si no en poder y en brillo, por lo menos en libertad? ¿Quién puede promulgar leyes y edictos entre nosotros, que hasta sin ellas nunca vamos errados? ¿Quién puede obligarnos a recibir a éste ó aquél por dueño y adorarlo en detrimento de estos imperiales que demuestran que hemos sido creados para gobernar y no para obedecer?»

Si alguna duda podía haber sobre el particular, Milton en su *Medio fácil de establecer una sociedad libre*, se explica de un modo que no da lugar a ambigüedades; declara que la república debe ser regida por un gran consejo perpetuo; no quiere remedios

populares para combatir la ambición de ese consejo permanente, porque el pueblo se precipitaría en una democracia licenciosa y desenfrenada. Milton, ese altivo republicano, era noble; tenía escudo de armas, en él campeaba un águila de plata con las alas desplegadas en fondo de sable (negro), dos cabezas de gules (rojo), y piernas y pico de sable. Los americanos tienen escudos mas feudales que los de los caballeros del siglo XIV; son caprichos que no perjudican a nadie.

Los discursos, que componen mas de la mitad del poema, ofrecen nuevo interés desde que tenemos tribunas. El poeta trasporta a su obra las formas políticas del gobierno de su patria. Satanás convoca un verdadero parlamento en el infierno; lo divide en dos cámaras: en el Tártaro hay una cámara de pares. La elocuencia forma una de las principales cualidades del talento del autor, y los discursos pronunciados por sus personajes son modelos de destreza y energía. Abdiel, al separarse de los ángeles rebeldes, dirige estas palabras a Satanás:

«Abandonado de Dios, espíritu maldito, veo que tu caída es inevitable: tu desgraciada cohorte envuelta en esa misma perfidia, está plagada del contagio de tu crimen y de tu castigo. No te agites ya para saber cómo sacudirás el yugo del Mesías de Dios; sus indulgentes leyes no pueden ser invocadas, se han lanzado ya contra tí decretos que no tienen apelación. Ese cetro de oro que tú rechazas, se ha convertido en una vara de hierro para mortificar y castigar tu desobediencia. Tú me has aconsejado bien: huyo, pero no por tus consejos ni por temor de tus amenazas; huyo de ese campamento criminal y repudio temiendo que la cólera que está amenazando estalle súbitamente, sin establecer ninguna distinción. Prepárate a sentir muy en breve sobre tu cabeza el rayo, fuego que devora. Entonces aprenderás a conocer que el que te ha creado puede aniquilarte cuando le plazca.»

En el poema se encuentra a primera vista algo que no es fácil explicar: la república infernal quiere destruir la monarquía del cielo, y sin embargo Milton, cuyas tendencias son siempre republicanas, da siempre la razón y la victoria al Eterno. Esto consiste, en que el poeta estaba en este caso dominado por sus ideas religiosas; quería como los independientes una república teocrática, esto es, la libertad gerárquica bajo el único poder del cielo. Además, había admitido a Cromwell como teniente general de Dios y protector de la república.

Cromwell, our chief of men, who through a cloud
Not of war only, but detractions rude,
Guided by faith and matchless fortitude,
To peace and truth thy glorious way hast plough'd,
And on the neck of crowned fortune proud
Hast rear'd God's trophies and his work pursued,
While Darwen Stream with blood of Scots imbued,
And Dunbar field resounds thy praises loud,
And Worcester's laureat wreath! Yet much remains
To conquest still; peace hath her victories
No less renown'd than war: new foes arise
Threatning to bind our souls with secular chains:
Help us to save free conscience from the paw
Of hireling wolves, whose Gospel is their maw.

(Cromwell, jefe de los hombres, que al través de la nube no solo de la guerra sino hasta de una destrucción brutal, guiado por la fe y por una incomparable grandeza de alma, has labrado tu glorioso camino hacia la paz y la verdad. Tú, que sobre el cuello de la orgullosa fortuna coronada has plantado los trofeos de Dios y continuado su obra, en tanto que el curso del Darwen se teñía de la sangre de los escoceses, y el campo de Dunbar repetía tus aplausos y los laureles adquiridos en Worcester. Aun te falta mucho por conquistar. La paz tiene sus victorias no menos

ilustres que las de la guerra. Nuevos enemigos se presentan, amenazando atar nuestras almas con las cadenas seculares; ayúdanos a salvar nuestra libre conciencia de las guerras de los lobos mercenarios de quienes el Evangelio es el vientre.)

En concepto de Milton, Satanás y sus ángeles podían ser los orgullosos presbiterianos que rehusaban someterse a los Santos, a cuya facción pertenecía el autor del poema, y de quienes reconocía como jefe por voluntad de Dios al inspirado Cromwell.

Echase de ver en Milton un hombre atormentado que estando aun conmovido por los espectáculos y las pasiones revolucionarias, permanece de pie después de la caída de la revolución refugiada y palpitante en su seno. Pero la parte formal de esa revolución le domina; la gravedad religiosa forma el contrapeso de sus agitaciones políticas, y sin embargo, en medio del espanto de sus ilusiones y sueños de libertad desvanecidos, no sabe a dónde acudir y permanece confuso hasta en lo tocante a la verdad religiosa.

leyendo atentamente el *Paraíso perdido*, se ve que Milton andaba vacilando entre mil sistemas. Desde el principio de su poema se manifiesta sociniano por aquella famosa espresión: *Un mas grande hombre*. No habla del Espíritu Santo, ni de la Santísima Trinidad, ni dice nunca que el Hijo sea igual al Padre. Tampoco se le oye decir que el Hijo haya sido engendrado desde toda eternidad; antes por el contrario, supone su creación inmediata y posterior a la de los ángeles. Si Milton perteneció a alguna secta, debió ser al arrianismo; no admite la creación propiamente dicha, y supone una materia preexistente, coeterna con el espíritu. A su modo de ver, la creación particular del universo no es mas que una pequeña porción del caos arreglada, pero siempre dispuesta a volver a caer en el desorden. Todas las teorías filosóficas conocidas del poeta, han sido mas ó menos representadas en sus creencias: unas veces sigue a Platon en su sistema de los ejemplares de las ideas, otras a Pitágoras en la armonía de las esferas, y otras a Epicuro ó Lucrecio con su materialismo, como cuando presenta los animales medio formados saliendo de la tierra. También es fatalista, ó por lo menos se adapta a ese funesto sistema cuando hace decir al arcángel rebelde: Yo, Satanás, nací de mí mismo en el cielo, cuando el círculo fatal indicó la hora de mi creación. Tampoco se libra Milton del panteísmo ó espinosismo; pero su panteísmo es de una naturaleza particular.

Desde luego parece que el poeta supone el panteísmo consabido, mezclado de materia y de espíritu: mas si el hombre no hubiera pecado, Adán, desprendiéndose poco a poco de la materia, habría llegado a ser de la naturaleza de los ángeles. Adán peca, y para redimir la parte espiritual del hombre, se materializa el hijo de Dios que es enteramente espíritu; descien-de a la tierra, y muere y resucita después de haber pasado al través de la materia. Según este sistema, Cristo viene a ser el vehículo, por medio del cual la materia puesta en contacto con la inteligencia, se espiritualiza. Por último, cuando llegue el complemento de los tiempos, la materia, ó mundo material, cesará confundido en el otro principio. «El Hijo, según dice Milton, será absorbido en el seno del Padre con el resto de las demás criaturas: Dios existirá todo en todo, y esto será el panteísmo espiritual que sucederá al panteísmo de los dos principios.»

De manera, que nuestra alma se abismará en el manantial del espiritualismo. ¿Qué será ese océano de inteligencia, de la cual una leve emanación encerrada en la materia ha sido bastante para descubrir el movimiento de las esferas, é inquirir la naturaleza de Dios? ¿Qué es lo infinito? ¡Cómo! ¡Siempre mundos después de otros mundos! La imaginación su-

fre vértigos al intentar sondear esos abismos, y Milton naufraga en ellos. Sin embargo, en medio de esa confusión de teorías, el poeta permanece bíblico y cristiano, y una y otra vez cuenta la caída del hombre y la redención. Siendo por de pronto puritano, luego independiente y luego anabaptista, llega por último á ser *quietista entusiasta*, ó *santo* como ellos mismos se llamaban: desde este punto Milton ya no es mas que una voz que canta al Eterno. Milton no fué ya al templo, ni dió signo alguno exterior de religion: en su poema dice, que la oracion es el único culto agradable á Dios.

Ese poema, cuya primer escena se abre en los infiernos, y la última acaece en el cielo despues de haber atravesado la tierra, no tiene en el vasto desierto de la nueva creacion mas que dos personajes humanos; todos los demás son habitantes sobrenaturales del abismo de felicidades sin fin, ó de la negra patria de las inagotables miserias. El poeta se atrevió á penetrar en esa soledad; se presentó en ella como un hijo de Adán, diputado de la raza humana perdida por la desobediencia; apareció como el hierofante, como el profeta encargado de aprender la historia de la caída del hombre para cantarla en el arpa consagrada á las penitencias de David. Su canto está tan lleno de inspiracion, de santidad y de grandeza, que la noble cabeza del poeta no desdice al aparecer colocada cerca de la de nuestro padre en presencia de Dios y de los ángeles. Al salir del abismo de las tinieblas, saluda aquella luz sagrada de que sus ojos estaban privados.

«Salve, luz sagrada, hija del cielo, nacida la primera, ó coeterno rayo del Eterno. ¿Podré llamarte así sin ofenderte? Puesto que Dios es luz, y que de toda eternidad habita en una luz impenetrable, habita en ti, y tú eres brillante efusion de una brillante esencia increada. Pero si prefieres oír que te llamen raudal de puro éter, ¿quién podrá decir tu origen? Tú existías antes que el sol, y antes que los cielos; á la voz de Dios cubriste como un manto el mundo que nacia de las aguas negras y profundas, conquista arrebatada al vacío infinito y sin forma.

«Ahora te vuelvo á visitar con vuelo mas atrevido: habiéndome escapado de la estigia laguna.... siento la influencia de tu vivificadora y soberana y llama. Pero tú no visitas estos ojos que en vano giran por hallar uno de tus rayos penetrantes, y no encuentran ninguna aurora. ¡Tan profundamente apagados están en tu órbita; tan denso es el velo que los cubre!

«Sin embargo, no ceso de vagar por los sitios frecuentados de las Musas.... No me olvido de aquellos dos mortales, iguales á mí en desgracia (ya que

no me es dable decir en gloria), el ciego THAIRIS, el ciego MENOIDES y THIRESIAS y FRINEO, vates antiguos. Alimentándose de aquellos pensamientos que hacen resonar las métricas cadencias del alma, soy parecido al pájaro que vela y canta en la oscuridad: oculto en el mas espeso ramaje, exhala sus nocturnos lamentos.

«Vuelven sucesivamente con el año las estaciones; pero la luz no vuelve para mí, ni vuelve la dulce aparicion del sol, ni su desaparicion en el ocaso, ni los brillantes colores de las flores que trae la primavera en su seno, ni la rosa del verano, ni la contemplacion del divino rostro del hombre. Nubes y tinieblas que nunca se disipan, me rodean eternamente. Cerrado está para mí el agradable camino por donde van los vivientes: el libro de la ciencia no me presenta mas que una inmensa página negra en la que están borradas todas las magnificencias de la naturaleza. ¡Vedado me está el átrio de la sabiduría!

«Brilla, brilla pues con mas fulgor interiormente, ¡oh luz de los cielos! Empápense bien todas las facultades de mi alma de tus rayos: da luz á mi espíritu; separa, dispersa lejos de ella todas las tinieblas, á fin de que yo pueda ver y decir cosas invisibles á los ojos de los mortales.»

Con acento no menos patético esclama en otro pasaje.

«¡Ah! si yo alcanzara de mi celestial patrona un estilo que correspondiera á mi pensamiento. Dignase visitarme de noche sin que yo la implore..... Aun me queda por cantar un asunto mas elevado que bastará para eternizar mi nombre, si es que no ha llegado un siglo demasiado tarde, ó si el frío del clima ó de los años no entumece mis humilladas alas.»

«¿Qué elevacion de inteligencia no necesitaria el poeta para sostener esa entrevista, si así pudiera decirse, con Dios y con los prodigiosos personajes que creó! En ningún tiempo ha existido un talento mas grave ni al mismo tiempo mas lleno de ternura que el de ese hombre. «Milton, dice Hume, escribió siendo pobre, viejo, ciego, desgraciado, y hallándose rodeado de peligros, un poema maravilloso, superior no solo á las producciones de sus contemporáneos, sino á las que él mismo escribió en su juventud y en los dias de su mas alta prosperidad.» Vislumbra efectivamente en ese poema al través del ardor propio de los años juveniles, la madurez de la edad y el peso de la desgracia, circunstancia que da al *Paraíso perdido* un indefinible encanto de cálculo y de pasion, de inquietud y de paz, de tristeza y de placer, de razon y de amor.

CUARTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS DOS ULTIMOS ESTUARDOS.

COMPARACION DE LOS HOMBRES Y COSAS DE LA REVOLUCION DE INGLATERRA CON LOS DE LA FRANCESA.

Si pasáramos sin procurar una transicion desde Milton á los escritores del tiempo de los dos últimos Estuados, caeríamos desde mas alto que los ángeles del *Paraíso perdido*, precipitados desde el cielo al abismo. Mas aun tenemos que dirigir una mirada sobre la revolucion de donde salió el poeta, y compararla con la ocurrida en Francia; así conseguiremos ir descendiendo insensiblemente hasta ponernos al

nivel de la época de Carlos y Jacobo. Esfuerzo nos cuesta el desprender la consideracion de aquellos tiempos del 1649, que tan curiosas afinidades tuvieron con los nuestros: estableciendo un paralelo entre los hombres y las cosas veremos que los sucesos de la revolucion francesa conservan sobre los ocurridos durante la república y el protectorado inglés una indisputable, pero tambien muchas veces funesta superioridad.

La revolucion francesa debe confesarse vencida en cuanto á la parte literaria por la revolucion de Ingla-

terra: la república, el imperio y la restauracion no produjeron canto que pueda rivalizar dignamente con el del *Paraíso perdido*: en todo lo demás, escepto en el punto de vista de moralidad y religion, la revolucion de Francia es superior á la de sus vecinos los ingleses.

Al desarrollarse ésta en 1649, no habia entre los pueblos las comunicaciones rápidas y directas cual hoy existen: las ideas y los sucesos de una nacion no se comunicaban entonces á todo el globo por la multiplicidad de caminos, celeridad de correos, extension del comercio y de la industria, y por las publicaciones de la prensa periódica. La revolucion de la Gran Bretaña no puso en conflagracion á toda la Europa: limitada á una isla, no pudo lanzar sus armas ni sus teorías á los postreros confines de Europa; no predicó la libertad y los derechos del hombre con la cimitarra en la mano, como Mahoma predicó el Corán y el despotismo; ni se vió obligada á rechazar en lo este-rior una invasion, ni á defenderse en lo interior contra un sistema de terror: el estado religioso y social no eran lo que son en la actualidad.

Así es que los personajes de aquella revolucion no llegaron á la altura de los de la revolucion francesa, medida por una escala mucho mayor, y consumada por una nacion mucho mas enlazada con el destino general del mundo. ¿Podrian Hampden ó Ludlow compararse á Mirabeau? Convenimos en que por lo relativo á la moralidad le aventajaron, pero quedando siempre inferiores por lo que hace al talento.

«Figurando por sus desórdenes y azares de la vida en los sucesos de mas importancia, y teniendo relaciones con los penitenciosos por la justicia, con los raptos y aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenia algo del carácter de Graco, de don Juan Tenorio, de Catilina, de Guzman de Alfarache, del cardenal Richelieu y del de Retz, del calabera de la regencia y del salvaje de la revolucion, añadiendo á ese extraño conjunto el ser hijo de una familia desterrada de Florencia, que nunca se habia despojado enteramente de sus palacios armados y de aquellos grandes facciosos celebrados por Dante, familia connaturalizada en Francia, y en la que el espíritu feudal de la edad media de esta nacion, y el espíritu republicano de la edad media de Italia se hallaban reunidos en una sucesion de hombres verdaderamente extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau campeando sobre el fondo de la belleza particular de su raza le daba el aspecto de algun severo personaje de los pintados por Miguel Angel, compatriota de los *Arrighetti*, en el Juicio final. Los huecos producidos por las viruelas en el rostro del orador parecían la escara que produce una quemadura. Parecia que su cabeza habia sido modelada para sostener una corona ó rodar en el patíbulo; sus brazos parecían destinados á comprimir un pueblo ó arrebatar una mujer. Cuando fijaba la vista en el pueblo sacudiendo sus crines, lo contenía; cuando levantaba su garra, la plebe se precipitaba furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo ví en la tribuna sombrío, feo é inmóvil, y me hizo pensar en el caos de Milton, impasible y sin forma en el centro de su confusion.

Dos veces me encontré con Mirabeau en un banquete; la una en casa de la sobrina de Voltaire, la señora marquesa de Villete, y la otra en el *Palais royal* con unos diputados de la oposicion que Chapelier me habia dado á conocer. Diré de paso que Chapelier fue al patíbulo en el mismo carro que mi hermano y M. de Malesherbes.

Al terminarse la comida empezaron á hablar acerca de los enemigos de Mirabeau, yo me encontraba á su lado, y como joven tímido y desconocido no habia hablado ni una sola palabra. Mirabeau me miró de frente con aquella espresion de vicio y de inteligencia, y po-

niéndome su anchurosa mano en el hombro, me dijo: «Nunca perdonarán mi superioridad.» Todavía siento la impresion de aquella mano como si Satanás me hubiese tocado con su garra de fuego (1).

Mirabeau se vendió á la corte y la corte lo compró en un momento que fue demasiado pronto para él y demasiado tarde para ella. El tribunal aventuró su celebridad por una pension y una embajada: Cromwell estuvo á punto de trocar su porvenir por un título y el diploma de la orden de la *Jaretiera*. No se apreciaba á sí mismo en mas á pesar de su soberbia. Desde aquella época la abundancia de numerario y de empleos ha hecho subir mas el precio de las conciencias.

La tumba eximió á Milton del cumplimiento de sus promesas y lo puso al abrigo de peligros que probablemente no habria podido vencer: viviendo habria puesto en evidencia su debilidad en el bien; la muerte lo dejó en todo el vigor del poder por lo tocante al mal.

CLUBS.

No faltaron facciosos y partidos en Inglaterra, ¿pero que tienen que ver los *meetings* de los santos, de los puritanos, de los niveladores ni de los agitadores con los clubs de la revolucion francesa? Ya he dicho en otra parte (*Génesis del Cristianismo*) que Milton puso en el infierno una imágen de las perversidades que habia presenciado, ¿Qué cuadro seria el suyo si hubiese visto todo lo que en París ví en 1792, cuando al volver de América atravesé la Francia para ir á mis destinos.

La fuga del rey (21 de junio de 1791) hizo dar un inmenso paso á la revolucion. Habiendo vuelto á ser traído á París en 25 del mismo mes, se vió destronado por primera vez por haber la asamblea nacional declarado que los decretos tendrian fuerza de ley sin necesidad de la sancion ó aceptacion régia. Un alto tribunal de justicia, abriendo el paso al tribunal revolucionario, se estableció en Orleans. Desde aquella época empezó Madama Roland á pedir la cabeza de la reina en tanto que la revolucion no pedía la suya. El motin del Campo de Marte tuvo lugar contra el decreto que suspendía al rey de sus atribuciones, en vez de sujetarlo á un enjuiciamiento. La aceptacion de la constitucion en 14 de setiembre no consiguió calmar la efervescencia. El decreto de 29 de setiembre concerniente al reglamento de las sociedades populares, aumentó el violento carácter de estas y fue el último acto de la asamblea Constituyente que se disolvió á las veinte y cuatro horas de haberlo dado y dejó una eterna revolucion á la Francia.

La asamblea Legislativa instalada en 1.º de octubre de 1791, se agitó en el torbellino que iba á arrasar todo lo existente. Sangrientas turbulencias estallaron en los departamentos; en Caen se sacaron de matanza y se comieron el corazón de Mr. Belzunze. El rey opuso su veto al decreto contra los emigrados, y este acto legal aumentó el tumulto. Pethion desempeñaba la primera autoridad municipal de París. Los diputados decretaron la acusacion (1.º enero 1792) de los príncipes emigrados: al dia siguiente fijaron en la fecha del anterior el principio del año IV de la libertad. En 13 de febrero empezaron á verse gorros colorados por las calles de París, y la municipalidad mandó construir picas. El manifiesto de los emigrados apareció en 1.º de marzo. Austria empezaba á ponerse sobre las armas; eran ya conocidos el tratado de Pilnitz y el convenio entre el emperador y el rey de Prusia. París estaba dividido en secciones mas ó menos hostiles las unas de las otras. En 20 de marzo de 1792 adoptó la asamblea Legislativa la máquina

(1) Mirabeau se jactaba de tener hermosas manos; no me opongo á que así fuese, pero yo era tan delgado y él tan gordo que con su mano me cubrió enteramente el hombro.

fre vértigos al intentar sondear esos abismos, y Milton naufraga en ellos. Sin embargo, en medio de esa confusión de teorías, el poeta permanece bíblico y cristiano, y una y otra vez cuenta la caída del hombre y la redención. Siendo por de pronto puritano, luego independiente y luego anabaptista, llega por último á ser *quietista entusiasta*, ó *santo* como ellos mismos se llamaban: desde este punto Milton ya no es mas que una voz que canta al Eterno. Milton no fué ya al templo, ni dió signo alguno exterior de religion: en su poema dice, que la oracion es el único culto agradable á Dios.

Ese poema, cuya primer escena se abre en los infiernos, y la última acaece en el cielo despues de haber atravesado la tierra, no tiene en el vasto desierto de la nueva creacion mas que dos personajes humanos; todos los demás son habitantes sobrenaturales del abismo de felicidades sin fin, ó de la negra patria de las inagotables miserias. El poeta se atrevió á penetrar en esa soledad; se presentó en ella como un hijo de Adán, diputado de la raza humana perdida por la desobediencia; apareció como el hierofante, como el profeta encargado de aprender la historia de la caída del hombre para cantarla en el arpa consagrada á las penitencias de David. Su canto está tan lleno de inspiracion, de santidad y de grandeza, que la noble cabeza del poeta no desdice al aparecer colocada cerca de la de nuestro padre en presencia de Dios y de los ángeles. Al salir del abismo de las tinieblas, saluda aquella luz sagrada de que sus ojos estaban privados.

«Salve, luz sagrada, hija del cielo, nacida la primera, ó coeterno rayo del Eterno. ¿Podré llamarte así sin ofenderte? Puesto que Dios es luz, y que de toda eternidad habita en una luz impenetrable, habita en ti, y tú eres brillante efusion de una brillante esencia increada. Pero si prefieres oír que te llamen raudal de puro éter, ¿quién podrá decir tu origen? Tú existías antes que el sol, y antes que los cielos; á la voz de Dios cubriste como un manto el mundo que nacia de las aguas negras y profundas, conquista arrebatada al vacío infinito y sin forma.

«Ahora te vuelvo á visitar con vuelo mas atrevido: habiéndome escapado de la estigia laguna.... siento la influencia de tu vivificadora y soberana y llama. Pero tú no visitas estos ojos que en vano giran por hallar uno de tus rayos penetrantes, y no encuentran ninguna aurora. ¡Tan profundamente apagados están en tu órbita; tan denso es el velo que los cubre!

«Sin embargo, no ceso de vagar por los sitios frecuentados de las Musas.... No me olvido de aquellos dos mortales, iguales á mí en desgracia (ya que

no me es dable decir en gloria), el ciego THAIRIS, el ciego MENOIDES y THIRESIAS y FRINEO, vates antiguos. Alimentándose de aquellos pensamientos que hacen resonar las métricas cadencias del alma, soy parecido al pájaro que vela y canta en la oscuridad: oculto en el mas espeso ramaje, exhala sus nocturnos lamentos.

«Vuelven sucesivamente con el año las estaciones; pero la luz no vuelve para mí, ni vuelve la dulce aparicion del sol, ni su desaparicion en el ocaso, ni los brillantes colores de las flores que trae la primavera en su seno, ni la rosa del verano, ni la contemplacion del divino rostro del hombre. Nubes y tinieblas que nunca se disipan, me rodean eternamente. Cerrado está para mí el agradable camino por donde van los vivientes: el libro de la ciencia no me presenta mas que una inmensa página negra en la que están borradas todas las magnificencias de la naturaleza. ¡Vedado me está el átrio de la sabiduría! Brilla, brilla pues con mas fulgor interiormente, ¡oh luz de los cielos! Empápense bien todas las facultades de mi alma de tus rayos: da luz á mi espíritu; separa, dispersa lejos de ella todas las tinieblas, á fin de que yo pueda ver y decir cosas invisibles á los ojos de los mortales.»

Con acento no menos patético esclama en otro pasaje.

«¡Ah! si yo alcanzara de mi celestial patrona un estilo que correspondiera á mi pensamiento. Dignase visitarme de noche sin que yo la implore..... Aun me queda por cantar un asunto mas elevado que bastará para eternizar mi nombre, si es que no ha llegado un siglo demasiado tarde, ó si el frío del clima ó de los años no entumece mis humilladas alas.»

«¿Qué elevacion de inteligencia no necesitaria el poeta para sostener esa entrevista, si así pudiera decirse, con Dios y con los prodigiosos personajes que creó! En ningún tiempo ha existido un talento mas grave ni al mismo tiempo mas lleno de ternura que el de ese hombre. «Milton, dice Hume, escribió siendo pobre, viejo, ciego, desgraciado, y hallándose rodeado de peligros, un poema maravilloso, superior no solo á las producciones de sus contemporáneos, sino á las que él mismo escribió en su juventud y en los dias de su mas alta prosperidad.» Vislumbra efectivamente en ese poema al través del ardor propio de los años juveniles, la madurez de la edad y el peso de la desgracia, circunstancia que da al *Paraíso perdido* un indefinible encanto de cálculo y de pasion, de inquietud y de paz, de tristeza y de placer, de razon y de amor.

CUARTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS DOS ULTIMOS ESTUARDOS.

COMPARACION DE LOS HOMBRES Y COSAS DE LA REVOLUCION DE INGLATERRA CON LOS DE LA FRANCESA.

Si pasáramos sin procurar una transicion desde Milton á los escritores del tiempo de los dos últimos Estuados, caeríamos desde mas alto que los ángeles del *Paraíso perdido*, precipitados desde el cielo al abismo. Mas aun tenemos que dirigir una mirada sobre la revolucion de donde salió el poeta, y compararla con la ocurrida en Francia; así conseguiremos ir descendiendo insensiblemente hasta ponernos al

nivel de la época de Carlos y Jacobo. Esfuerzo nos cuesta el desprender la consideracion de aquellos tiempos del 1649, que tan curiosas afinidades tuvieron con los nuestros: estableciendo un paralelo entre los hombres y las cosas veremos que los sucesos de la revolucion francesa conservan sobre los ocurridos durante la república y el protectorado inglés una indisputable, pero tambien muchas veces funesta superioridad.

La revolucion francesa debe confesarse vencida en cuanto á la parte literaria por la revolucion de Ingla-

terra: la república, el imperio y la restauracion no produjeron canto que pueda rivalizar dignamente con el del *Paraíso perdido*: en todo lo demás, excepto en el punto de vista de moralidad y religion, la revolucion de Francia es superior á la de sus vecinos los ingleses.

Al desarrollarse ésta en 1649, no habia entre los pueblos las comunicaciones rápidas y directas cual hoy existen: las ideas y los sucesos de una nacion no se comunicaban entonces á todo el globo por la multiplicidad de caminos, celeridad de correos, extension del comercio y de la industria, y por las publicaciones de la prensa periódica. La revolucion de la Gran Bretaña no puso en conflagracion á toda la Europa: limitada á una isla, no pudo lanzar sus armas ni sus teorías á los postreros confines de Europa; no predicó la libertad y los derechos del hombre con la cimitarra en la mano, como Mahoma predicó el Corán y el despotismo; ni se vió obligada á rechazar en lo este-rior una invasion, ni á defenderse en lo interior contra un sistema de terror: el estado religioso y social no eran lo que son en la actualidad.

Así es que los personajes de aquella revolucion no llegaron á la altura de los de la revolucion francesa, medida por una escala mucho mayor, y consumada por una nacion mucho mas enlazada con el destino general del mundo. ¿Podrian Hampden ó Ludlow compararse á Mirabeau? Convenimos en que por lo relativo á la moralidad le aventajaron, pero quedando siempre inferiores por lo que hace al talento.

«Figurando por sus desórdenes y azares de la vida en los sucesos de mas importancia, y teniendo relaciones con los penitenciosos por la justicia, con los raptos y aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenia algo del carácter de Graco, de don Juan Tenorio, de Catilina, de Guzman de Alfarache, del cardenal Richelieu y del de Retz, del calabera de la regencia y del salvaje de la revolucion, añadiendo á ese extraño conjunto el ser hijo de una familia desterrada de Florencia, que nunca se habia despojado enteramente de sus palacios armados y de aquellos grandes facciosos celebrados por Dante, familia connaturalizada en Francia, y en la que el espíritu feudal de la edad media de esta nacion, y el espíritu republicano de la edad media de Italia se hallaban reunidos en una sucesion de hombres verdaderamente extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau campeando sobre el fondo de la belleza particular de su raza le daba el aspecto de algun severo personaje de los pintados por Miguel Angel, compatriota de los *Arrighetti*, en el Juicio final. Los huecos producidos por las viruelas en el rostro del orador parecian la escara que produce una quemadura. Parecia que su cabeza habia sido modelada para sostener una corona ó rodar en el patíbulo; sus brazos parecian destinados á comprimir un pueblo ó arrebatar una mujer. Cuando fijaba la vista en el pueblo sacudiendo sus crines, lo contenia; cuando levantaba su garra, la plebe se precipitaba furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo ví en la tribuna sombrío, feo é inmóvil, y me hizo pensar en el caos de Milton, impasible y sin forma en el centro de su confusion.

Dos veces me encontré con Mirabeau en un banquete; la una en casa de la sobrina de Voltaire, la señora marquesa de Villete, y la otra en el *Palais royal* con unos diputados de la oposicion que Chapelier me habia dado á conocer. Diré de paso que Chapelier fue al patíbulo en el mismo carro que mi hermano y M. de Malesherbes.

Al terminarse la comida empezaron á hablar acerca de los enemigos de Mirabeau, yo me encontraba á su lado, y como joven tímido y desconocido no habia hablado ni una sola palabra. Mirabeau me miró de frente con aquella espresion de vicio y de inteligencia, y po-

niéndome su anchurosa mano en el hombro, me dijo: «Nunca perdonarán mi superioridad.» Todavía siento la impresion de aquella mano como si Satanás me hubiese tocado con su garra de fuego (1).

Mirabeau se vendió á la corte y la corte lo compró en un momento que fue demasiado pronto para él y demasiado tarde para ella. El tribunal aventuró su celebridad por una pension y una embajada: Cromwell estuvo á punto de trocar su porvenir por un título y el diploma de la orden de la *Jaretiara*. No se apreciaba á sí mismo en mas á pesar de su soberbia. Desde aquella época la abundancia de numerario y de empleos ha hecho subir mas el precio de las conciencias.

La tumba eximió á Milton del cumplimiento de sus promesas y lo puso al abrigo de peligros que probablemente no habria podido vencer: viviendo habria puesto en evidencia su debilidad en el bien; la muerte lo dejó en todo el vigor del poder por lo tocante al mal.

CLUBS.

No faltaron facciosos y partidos en Inglaterra, ¿pero que tienen que ver los *meetings* de los santos, de los puritanos, de los niveladores ni de los agitadores con los clubs de la revolucion francesa? Ya he dicho en otra parte (*Génesis del Cristianismo*) que Milton puso en el infierno una imágen de las perversidades que habia presenciado, ¿Qué cuadro seria el suyo si hubiese visto todo lo que en París ví en 1792, cuando al volver de América atravesé la Francia para ir á mis destinos.

La fuga del rey (21 de junio de 1791) hizo dar un inmenso paso á la revolucion. Habiendo vuelto á ser traído á París en 25 del mismo mes, se vió destronado por primera vez por haber la asamblea nacional declarado que los decretos tendrian fuerza de ley sin necesidad de la sancion ó aceptacion régia. Un alto tribunal de justicia, abriendo el paso al tribunal revolucionario, se estableció en Orleans. Desde aquella época empezó Madama Roland á pedir la cabeza de la reina en tanto que la revolucion no pedía la suya. El motin del Campo de Marte tuvo lugar contra el decreto que suspendía al rey de sus atribuciones, en vez de sujetarlo á un enjuiciamiento. La aceptacion de la constitucion en 14 de setiembre no consiguió calmar la efervescencia. El decreto de 29 de setiembre concerniente al reglamento de las sociedades populares, aumentó el violento carácter de estas y fue el último acto de la asamblea Constituyente que se disolvió á las veinte y cuatro horas de haberlo dado y dejó una eterna revolucion á la Francia.

La asamblea Legislativa instalada en 1.º de octubre de 1791, se agitó en el torbellino que iba á arrasar todo lo existente. Sangrientas turbulencias estallaron en los departamentos; en Caen se sacaron de matanza y se comieron el corazón de Mr. Belzunze. El rey opuso su veto al decreto contra los emigrados, y este acto legal aumentó el tumulto. Pethion desempeñaba la primera autoridad municipal de París. Los diputados decretaron la acusacion (1.º enero 1792) de los príncipes emigrados: al dia siguiente fijaron en la fecha del anterior el principio del año IV de la libertad. En 13 de febrero empezaron á verse gorros colorados por las calles de París, y la municipalidad mandó construir picas. El manifiesto de los emigrados apareció en 1.º de marzo. Austria empezaba á ponerse sobre las armas; eran ya conocidos el tratado de Pilnitz y el convenio entre el emperador y el rey de Prusia. París estaba dividido en secciones mas ó menos hostiles las unas de las otras. En 20 de marzo de 1792 adoptó la asamblea Legislativa la máquina

(1) Mirabeau se jactaba de tener hermosas manos; no me opongo á que así fuese, pero yo era tan delgado y él tan gordo que con su mano me cubrió enteramente el hombro.

sepulcral, sin la que no habrían podido llevarse á cabo las sentencias del terror: hicieron los primeros ensayos de esa máquina en cadáveres, como para instruirse en los misterios de la muerte. Bien se puede hablar de la guillotina como de un verdugo, pues no faltaron personas que admirando sus buenos servicios le hacían donativos para que siempre se mantuviera en buen estado.

El ministro Roland (6 mas bien dicho su sorprendente mujer) había sido llamado al consejo del rey. En 20 de abril se declaró la guerra al rey de Hungría y de Bohemia. Marat á pesar del decreto que sobre él pesaba, publicó el *Amigo del Pueblo*. Los regimientos Real-alemán y Berchini desertaron. Isnard habló de la perfidia de la corte. Gensonne y Brissot denunciaron el comité austriaco. Estalló una insurrección con motivo de la Guardia del rey que fue licenciada. El palacio de las Tullerías fue forzado en 29 de junio por el pueblo de los arrabales de San Antonio y San Marceau, fundándose en que Luis XVI no quería sancionar la proscripción del clero: la vida del monarca corrió gran riesgo. Se declaró que la patria estaba en peligro. Mr. de Lafayette fue quemado en efígie. Llegaron los individuos de la segunda confederación, los marseleses que vinieron atraídos por Danton entraron en París el 30 de julio y fueron alojados por Pethion en el convento que había sido de los franciscanos.

Cerca de la tribuna nacional se establecieron dos tribunas auxiliares. La una en el edificio de los Jacobinos y la otra en el de los Franciscanos, que entonces era la mas temible, porque de su seno salieron miembros para la famosa municipalidad de París, y porque suministraba á ésta medios de acción.

El club de los Franciscanos tomó esta denominación por haberse instalado en un convento que en tiempo de San Luis (1239) se edificó por los religiosos de San Francisco en reparación de un asesinato; en 1580 fue reducido á ceniza, y en 1590 se convirtió en guarida de los mas acérrimos partidarios de la Liga. En 1792 fueron violentamente arrancados los cuadros, las imágenes esculpidas ó pintadas, los altares y hasta las cortinas de ese convento, y la iglesia no presentaba ya á la vista mas que el desnudo armazon de su fábrica, á manera de un esqueleto descarnado. En el sitio donde antes estuvo el altar mayor y donde en la época á que nos referimos penetraban cómodamente el viento y la lluvia al través de las grietas de los muros y de las ventanas despojadas de vidrios, se colocaron los bancos de un panadero que servían de mesa al presidente del club cuando celebraba sus sesiones en aquel desolado recinto. Aquellos bancos servían además para percha de los gorros colorados con uno de los cuales tenía indispensablemente que adornar su cabeza el orador antes de subir á la tribuna. Esta consistía en cuatro pequeñas vigas arqueadas que en el punto de seccion de la tabla que las unía, remediaban bastante bien la forma de un patíbulo. Detrás del presidente se elevaba la estatua de la libertad sobre un trofeo de los supuestos instrumentos de la antigua justicia, que tan ventajosamente acababan de ser refundidos en una sola máquina. El club de los Jacobinos *puros* adoptó algunas de las disposiciones del que se acababa de describir.

Los oradores intimamente unidos para destruir, no se entendían ni en lo tocante á la elección de los jefes, ni en lo relativo á los medios que se habían de emplear, y en tales casos se apostrofaban con nombres que el decoro no permite decir, acompañados de silbidos y horrendas exclamaciones de los diversos grupos de diablos que los rodeaban. Metáforas tomadas de los objetos mas hediondos, del cieno de los muladares y de los sitios consagrados á la prostitución, resonaban á cada punto, acompañadas de asquerosos gestos que hacían mas significativa su expresión; á

todo por asqueroso que fuera se le daba su verdadero nombre con un cinismo nunca visto y una obscena é impía pompa de juramentos y blasfemias: destruir y producir, muerte y generación eran las únicas ideas que cualquiera podía fácilmente comprender en medio de aquella gerga salvaje. Los oradores de voz aguda ó retumbante eran con frecuencia interrumpidos por otros gritos que los de la oposición, por los graznidos de los mochuelos que anidándose en aquellos claustros sin frailes, y en aquella torre sin campanas se asomaban á las grietas de las paredes é interrumpían las arengas con la esperanza de la presa. Alguna vez era tal el ruido de esas siniestras aves, que no alcanzando la campanilla del presidente á reducir las al orden se les disparaban tiros, que tal vez hacían caer alguna de ellas palpitante, herida y siniestra en medio de aquel Pandemonium. Pedazos informes de viga, bancos rotos, sillas de coro mutiladas, y estatuas de santos arrastradas por el suelo y arrojadas á la pared, servían de escaño á los concurrentes enlodados, cubiertos de polvo, ébrios, anhelantes, con los vestidos desgarrados y la pica sostenida por los desnudos brazos cruzados sobre el pecho.

DANTON.

En aquellas escenas dominaba y solía tener la presidencia un hombre parecido á los salvajes de Atila, de talla elevada, de nariz aplastada, y mejillas surcadas de costurones. En la revolución de Inglaterra apenas se conseguiría formar un tipo de ese género amasando juntamente un Bradshaw, presidente de la comisión que sentenció á Carlos I; un Ireton, el famoso yerno de Cromwell; un Axtell, gran estermador en Irlanda; un Scott, que deseaba que se grabara en su tumba: *Aquí yace Tomás Scott que sentenció á muerte al difunto soberano, y un Harrison que dijo á sus jueces, Muchos de vosotros los que ahora me sentenciáis, habeis andado bastantesolicitos conmigo en las cosas que han sucedido en Inglaterra; lo que se hizo, se hizo por orden del Parlamento, que entonces era suprema ley.*

En el hueco de su iglesia, como en una cavernosa cavidad del esqueleto de los siglos, Danton organizó el ataque del 10 de agosto y las matanzas de setiembre; autor de la circular de su municipalidad, invitó á los hombres libres á repetir en sus departamentos las enormes atrocidades cometidas en los Carmelitas y en la Abadía. Pero Sixto V no igualó por lo tocante á la salud del género humano la abnegación de Jacobo Clemente con el misterio de la Encarnación, así como compararon á Marat con el Salvador del mundo? No escribió Carlos IX á los gobernadores de las provincias insinuándoles que imitaran la matanza de San Bartolomé, como Danton aconsejó á los patriotas que copiaran la matanza de setiembre? Los Jacobinos eran unos plagiarios, como lo demostraron al inmolarse á Luis XVI á la manera de Carlos I. Los crímenes que aparecen mezclados con el movimiento social del siglo último, han dado lugar á que muchos se figuren que aquellos produjeron las grandezas de la revolución, de la cual en realidad no fueron mas que cancerosas escrescencias: de una hermosa naturaleza aspirante no se han admirado mas que las convulsiones.

En la época en que los niños jugaban con pequeñas guillotinas, y en que un hombre con gorro encarnado conducía los cadáveres al cementerio: en la época en que se daban vivas al infierno y á la muerte; en que se celebraban alegres orgías en nombre de la sangre, del acero y de la rabia y se brindaba al caos, era preciso llegar en fin al último banquete, á la última gracia del dolor.

Danton cayó en el mismo lazo que había armado: presentando ante el tribunal que había sido obra

suya, de nada le sirvió tirar bolitas de pan al rostro de los jueces, ni responder con valor y nobleza, ni hacer vacilar al tribunal revolucionario, ni llenar de espanto y poner en peligro á la Convención, ni el raciocinar lógicamente acerca de las atrocidades á que sus mismos enemigos debían el poder.

Nada le quedó por hacer mas que mostrarse tan inexorable para su propia muerte como lo había sido para la de los demás, erguir la frente á mas altura que el cuchillo suspendido para cortarla. Desde el teatro del Terror, á cuyo pavimento sus pies quedaban adheridos por la cuajada sangre de las víctimas del día anterior, Danton dirigió una mirada de desprecio sobre la multitud, y luego dijo al verdugo: «No dejes de enseñar mi cabeza al pueblo; pues bien lo merece.» La cabeza de Danton quedó entre las manos del ejecutor, en tanto que la sombra acéfala se fué á confundir con las sombras decapitadas de sus víctimas. Así se consumó la igualdad.

PUEBLO DE LAS DOS NACIONES EN LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA.—ALDEANOS REALISTAS INGESES.

El pueblo inglés colocado detrás de los Hampden y los Ireton, no tenía nada de la fuerza del pueblo que marchaba con los Mirabeau y Danton; de ese pueblo que tan magníficamente cumplió con su deber en la frontera que rechazó las naciones extranjeras á sus propios hogares, cuyo fuego apagaron con su sangre, cuando presumían haberse sentado en los del pueblo francés y beber el vino en sus bodegas. El pueblo tomado colectivamente es un poeta; actor ó autor del drama que representa ó hace representar, puede decirse que no comete excesos tanto por un instinto de crueldad nativa, como por el delirio de una multitud enajenada con la vista del espectáculo, especialmente si es trágico: es indudable que en los horrores populares hay siempre algo de superfluo tanto en el cuadro como en las emociones.

En Inglaterra hubo guerras civiles; pero se parecen algo á las provincias del Mediodía de Francia? Prodigioso era el pueblo francés aun allí mismo donde se estaba desgarrando con sus propias manos. Pero por de pronto fijemos una mirada en el pueblo inglés.

La causa de Carlos I y su hijo produjo valerosos defensores en las poblaciones agrícolas. El arrendador Pendrell, ó mas bien Pendrill y sus cuatro hermanos conquistaron un noble puesto en la historia. Existe un pequeño libro intitulado *Bosbel* ó sea *Compendio de lo que pasó en el memorable retiro de S. M. (Carlos II) despues de la batalla de Worcester*: en ese libro se encuentra consignada la lealtad de los Pendrill. Habiendo Carlos II partido de Worcester en 3 de setiembre del 1651 á las seis de la tarde, despues de haber perdido la batalla llegó á las cuatro de la mañana á Bosobel con el conde Derby. «Llamaron en la oscuridad, dice la relación, á la puerta de un cierto Pendrill, aldeano católico y mayoral de una quinta llamada White-Ladies (Damas blancas) perteneciente á un monasterio de monjas Bernardinas distante un tiro de piedra de aquel punto.

El arrendador recibió á su joven rey con peligro de la vida. «En el acto, sigue diciendo la relación, cortaron el cabello al rey y procuraron ennegrecerle las manos: escondieron el vestido que traía y le hicieron tomar uno de aldeano: conlujéronlo al bosque y allí se encontró solo en un lugar desconocido y con una podadera en la mano. Aquel día, sin duda por estar el tiempo húmedo, Carlos no vió nadie mas que la cuñada de Pendrill que le trajo algo para cubrirse y la comida. Cuando el rey no podía salir de la quinta por causa de algun peligro, le escondían en un recinto secreto que servía para celebrar

misas á los sacerdotes católicos. Ese recinto existía en una especie de cabaña llamada Hobbal donde habitaba Ricardo Prendrill, uno de los cuatro hermanos de Guillermo.

Habiendo querido Carlos II ir á Londres, Ricardo Prendrill le sirvió de guía; pero no pudieron verificarlo porque todos los caminos estaban tomados por el enemigo. «La arena que había entrado en los zapatos del rey le había ensangrentado los pies y la noche era tan oscura que hallándose á dos pasos de distancia de Ricardo no podía distinguirlo, y le seguía únicamente por el ruido que hacía al marchar. Regresaron á Bosobel antes de ser de día. Ricardo escondió al rey en unas malezas, y fué á ver si había soldados en la quinta: no había en ella sino un solo hombre, y este era el coronel Carless.»

Aquí cambio de historiador: hubo un hombre que fue amigo mio y de Mr. de Fontanes; no sé si en el fondo de la tumba me perdonará el que yo revele la noble y pura existencia que ocultó. Solo algunos artículos, que no firmaba, publicó en diversos periódicos y en ellos se encuentra un examen del libro que hemos mencionado. Sea lícito á mi amistad citar algunos cortos fragmentos que no podran menos de interesar á las personas sensibles al verdadero mérito: aquellos artículos son la única huella que un talento solitario é ignorado ha dejado de su tránsito por el mundo.

«Carless, dice Mr. Joubert, era uno de los mas ilustres jefes del ejército del rey y en la jornada de Worcester combatió hasta el último instante. Al ver que todo estaba perdido se colocó intrépidamente con el conde de Clives y Jacobo Hamilton en una de las puertas de la ciudad conquistada para detener al vencedor y proteger la marcha de los vencidos. Conservó aquel puesto que él mismo se había asignado, hasta que pudo creer que el rey había tenido tiempo de alejarse y ponerse fuera de peligro. Entonces pensó en retirarse: fué á buscar un asilo en sus propios hogares, no teniendo noticia de lo que el rey le habría sucedido y pensando que acaso ya nunca le volvería á ver. La suerte se lo presentó inmediatamente á la vista.

«Júzguese cual sería la alegría de ambos por ese encuentro inesperado. Entonces fue cuando se ocultaron en aquella famosa encina, que en lo sucesivo llamó tanto la atención, y que la gente del país enseñaba á los viajeros diciéndoles que había sido el palacio del rey. Tan espeso era el follaje de aquella encina que bien habrían podido veinte hombres guardarse bajo su sombra. Carlos abrumado de fatiga tenía necesidad de dormir, no se atrevía á hacerlo suspendido en las ramas de aquel árbol, ni tampoco podía abandonarlo sin aventurarse á ser conocido. Carless era robusto, y remedió ese inconveniente: cogió al rey en sus brazos, lo estrechó contra su pecho y sosteniéndolo con sus manos vigorosas le proporcionó momentos de sueño en lo alto de las ramas.»

«¡Qué interesante espectáculo! Aquel príncipe en la flor y en la fuerza de la juventud reducido por el sueño á la debilidad de la infancia, sumergido en profundo sueño con el abandono de esa edad, dormido tranquilamente en medio de tantos peligros entre los brazos de un hombre austero, de un guerrero atento y vigilante por la vida de su rey de edad de veintinueve años y empleando en su obsequio toda la tierna solicitud de una madre! Bien se ve que los sitios, los árboles y los bosques tienen su destino como los hombres.

«Carlos no permaneció mucho tiempo en Bosobel. Hallándose cierto día en el comedor de una posada, fue conocido al quitarse el sombrero para saludar á la dueña de la casa, por uno de los criados. Este hombre le habló en secreto, y rogándole que tuviese á

«bien bajar con él á la bodega, llenó una copa y brindó por la prosperidad del rey. Sé quién sois, le dijo aquel criado poniendo una rodilla en tierra: sé que sois el rey y os juro ser fiel hasta la muerte.»

De esta manera hacia revivir escenas olvidadas el amigo que ha perdido, el amigo que ha ido ya á reunirse con los hombres de otros tiempos.

—¿No parece esto un episodio de las guerras del Mediodía de Francia durante la revolución? La lealtad parece ser una de las virtudes de la antigua religión cristiana. Los Pendrill conservaban el culto de sus antepasados, tenían un asilo secreto donde el sacerdote celebraba misa, y un rey protestante encontraba inviolable asilo al pie del antiguo altar católico. Para completar la semejanza diremos que la condesa de Derby, que tan valerosamente defendió la isla de Man, y que fue la última persona de los tres reinos que se sometió á la república, pertenecía á la familia de La Trémouille; el príncipe de Talmont fue una de las últimas víctimas de las guerras vendeanas.

RETRATO DE UN VENDEANO.

De todas maneras los leñadores de Boscobel, cerca de la *encina real* que ya ha venido al suelo, los Pendrill son verdaderos paisanos vendeanos.

Cierta día (en 1798) encontré en casa del encargado de negocios de los príncipes franceses en Londres una multitud de vendedores de contrarrevoluciones.

Oscurecido entre esa multitud se veía un hombre como de treinta á cuarenta años en quien nadie reparaba y que á su vez tampoco fijaba la atención mas que un grabado que representaba la muerte del general Wolf. Habiéndome chocado el ademán de aquel hombre traté de saber quién era. Una de las personas á quien hice preguntas me contestó: «no es nada, es un paisano de la Vendée que trae una carta de uno de sus jefes.»

Aquel hombre que *no era nada* había visto morir á Cathelineau primer general de la Vendée y labrador como él; á Bonchamp en quien Bayardo revivía, á Lescure, armado de un cilicio que no estaba á prueba de bala; á D'Elbée, fusilado en su sillón, porque sus heridas no le permitían abrazar de pie á la muerte; á La Rochejaquelein, cuyo cadáver fue mandado verificar por los patriotas á fin de quitar á la Convención el temor que en medio de sus victorias sobre la Europa les causaba. Aquel vendeano que *no era nada* se había hallado en tomas y pérdidas de ciudades, fortificaciones y reductos, en setecientas acciones parciales y diez y siete batallas: había combatido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, y seiscientos ó setecientos mil francos y nacionales: había ayudado á quitar al enemigo quinientos cañones y ciento cincuenta mil fusiles: había atravesado las *columnas infernales*, compañías de incendiarios capitaneadas por miembros de la Convención: se había encontrado en medio del océano de fuego que por tres veces arrastró sus olas por los buques de la Vendée, y finalmente había visto perecer trescientos mil Hércules del arado, compañeros de sus trabajos y cambiarse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de un país fértil.

Las dos Francias se encontraron en aquel palenque nivelado por ellas mismas. Toda la antigua Francia con lo que quedaba aun de la sangre y del recuerdo de las Cruzadas, luchó contra la nueva sangre y contra las esperanzas de la Francia conmovida por la revolución.

Los vencedores comprendieron muy bien la grandeza de los vencidos: Thurot, general de los republicanos declaró que «los vendeanos ocuparían en la historia el primer puesto entre los pueblos guerreros.»

Otro general escribió á Merlin de Thionville di-

ciendo: «Soldados que han batido á semejantes franceses bien pueden lisonjearse de vencer á todos los demás pueblos.» Las legiones de Probo en sus cantos maaciales decían otro tanto de los antepasados de esos franceses.

Buonaparte llamó *combates de gigantes* á los combates de la Vendée.

Entre la turba de concurrentes, yo era el único que contemplaba con admiración y respeto al representante de aquellos paisanos que congregados antiguamente con el nombre de *Jacqueria* para sacudir el yugo feudal, rechazaron eso no obstante, la invasión extranjera en tiempo de Carlos V (el *sabio*): parecíame estar viendo un hijo de aquellas municipalidades del tiempo de Carlos VII que con la pequeña nobleza provincial reconquistaron palmo á palmo y surco á surco el suelo de Francia. Aquel vendeano ostentaba el aire de indiferencia de un salvaje su mirada era severa é inflexible como una vara de hierro, notábase en su labio inferior un ligero estremecimiento producido tal vez al apretar los dientes; pendían los mechones de sus cabellos como serpientes entumecidas, pero dispuestas á erguir la cabeza y sus brazos caídos comunicaban de cuando en cuando sacudimientos nerviosos á las anchurosas manos desfiguradas de sablazos: era el tipo de un serrador.

Su fisonomía revelaba una naturaleza rústica puesta por el poder de las costumbres al servicio de intereses é ideas que le eran contrarias, la cándida lealtad del vasallo y la sencilla fe del cristiano se mezclaban en aquella expresión con la ruda independencia popular acostumbrada á conocerse y apreciarse en su justo valor. La idea de libertad no parecía campear en aquella frente sino por el convencimiento de la fuerza de su mano y de la intrepidez de su corazón. Permanecía mudo como un león, se rascaba como un león, bostezaba como un león, se apoyaba en sus piernas como un león cansado, y probablemente no cruzaban por su mente mas que ideas de sangre y de bosques: su inteligencia venía á ser como la de la muerte.

¡Qué hombres produjo en todos los partidos la Francia de aquella época! ¡Qué raza la de la actualidad!

Pero los republicanos tenían su principio en sí mismos, en medio de ellos, en tanto que el principio de los realistas estaba fuera de Francia.

Los vendeanos enviaban diputados á los proscritos; los gigantes pedían caudillos á los pigmeos. El agreste mensajero que yo estaba contemplando, era uno de los que habían cogido á la revolución por el cuello y estaban gritando:

«Entrad, pasad detrás de mí; no puede haceros ningún daño: no se moverá, porque la tengo bien sujeta.»

Pero nadie se atrevió á pasar: en vista de eso el buen aldeano soltó la revolución, y Charette rompió su espada.

CROMWELL.—BUONAPARTE.

Al librarse de aquellas manos rústicas la revolución, cayó en la de los soldados: Buonaparte se arrojó sobre ella y la encadenó.

Ya he medido la altura de ese hombre extraordinario con la de Washington: falta ver si Napoleón tuvo equivalente en Inglaterra en la persona del Protector.

Cromwell tuvo á un mismo tiempo algo de sacerdote, de tirano y de grande hombre: su genio reemplazó para su país la libertad.

Era demasiado enérgico para conseguir crear otro poder que no fuera el suyo: arruinó las instituciones que encontró existentes como Miguel Ángel rompía el mármol con su cincel.

Puesto en lugar de Napoleón, ¿habría el vencedor de los irlandeses y escoceses vencido á los austriacos, á los prusianos y á los rusos?

Cromwell no creó instituciones como Buonaparte, ni dejó un código y una administración que dirige en Francia y en la mayor parte de Europa.

Napoleón dió á la reacción una fuerza exagerada, pero pudo disculparse en la necesidad de sofocar el desorden, su vigoroso brazo dió escaso empuje á la espada y mató la libertad que estaba detrás de la anarquía. Los pueblos vencidos han considerado á Napoleón como un azote; el azote de Dios tiene algo de la eternidad y de la grandeza de la indignación de donde dimana. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et vivetis.* (Huesos áridos os daré espíritu y vivireis). Ese espíritu, esa fuerza se manifestó en Buonaparte mientras le duró la vida.

Nacido en una isla para ir á morir á otra en el límite de tres continentes, arrojado en medio de los mares donde Camoens pareció haber profetizado colocando en ellos el genio de las tempestades, Buonaparte no podía hacer el mas pequeño movimiento en su roca que nosotros no hubiéramos sentido por medio de un sacudimiento: el paso de aquel nuevo Adamastor en un polo se dejaba sentir en el opuesto.

Si Napoleón librándose de las manos de sus carceleros se hubiera retirado á los Estados-Unidos, sus miradas fijas en el Océano habrían bastado para turbar los pueblos del antiguo mundo.

Su sola presencia en la playa americana del Atlántico, habría hecho acampar la Europa en la orilla opuesta.

Dícese que cuando Napoleón dejó por segunda vez la Francia, habría debido sepultarse entre las ruinas de su última batalla.

Lord Byron en su oda satírica contra Napoleón decía:

To die a prince—or live a slave
Thy choice is most ignobly brave.

(Morir rey ó vivir esclavo, tu elección es innoblemente rara).

Eso era no saber apreciar toda la fuerza de la esperanza en un alma acostumbrada á la dominación é inflamada por el porvenir.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes había abdicado su celebridad al dejar su espada, y que iba á oscurecerse en el olvido; lord Byron debió saber que el destino de Napoleón, como todos los grandes destinos, era una musa que supo cambiar el desenlace abortado en una peripecia, y renovar y rejuvenecer á su héroe.

La soledad del destierro y de la tumba de Napoleón, dió á su brillante memoria nueva clase de prestigios.

Alejandro no murió en concepto de la Grecia; no hizo mas que desaparecer en las magníficas lontananzas de Babilonia. Napoleón tampoco murió en concepto de los franceses, se ha confundido en los espléndidos horizontes de la zona tórrida.

El hombre de una realidad tan poderosa se ha evaporado á la manera de un sueño; su vida que pertenecía á la historia, se ha exhalado en la poesía de su muerte.

Allí está eternamente dormido como un ermitaño ó como un paria, bajo un sauce en un estrecho valle rodeado de rocas escarpadas al extremo de una desierto senda.

La grandeza del silencio que le rodea es igual á la inmensidad del rumor que le acompañó en otro tiempo.

Las naciones se hallan ausentes; su multitud se ha retirado.

El ave de los trópicos, *uncida*, como magníficamente dice Buffon, *al carro del sol*, se precipita des-

de el astro de la luz, y descansa un momento sobre aquellas cenizas, cuyo peso ha estremecido los ejes del mundo.

Buonaparte atravesó el Océano para ir á su último asilo, sin fijar mucho la atención en aquel hermoso cielo que tanto dió que admirar á Cristóbal Colón, á Vasco y á Camoens. Recostado en la popa del navío, no echaba de ver que sobre su cabeza brillaban constelaciones no conocidas, cuyos rayos se encontraban por primera vez con sus poderosas miradas.

¿Qué le importaban á Napoleón aquellos astros que nunca había visto desde sus campamentos, y que nunca habían brillado sobre su imperio?

Y sin embargo, ninguna estrella faltaba á su destino: la mitad del firmamento había alumbrado su cuna; la otra mitad se reservaba para derramar luz sobre su tumba.

LOVELACE.

MI ARRESTO EN LA PREFECTURA DE LA POLICÍA.—GOD SAVE THE KING.

Al volver al través de estos incidentes políticos á la literatura, y tomándola desde el principio de la restauración de Carlos II, en cuya época hemos visto morir á Milton, ocurre por de pronto una observación.

En el combate que se dieron la monarquía y el pueblo, Milton fue el poeta del partido republicano, y Lovelace el bardo del principio monárquico: de ahí puede inferirse la energía de ambos partidos.

Lovelace encerrado por orden de la autoridad en Gat-House, en Westminster, compuso una elegante y leal canción repetida mucho tiempo por los *Caballos*.

«Cuando me veo encerrado como un pardillo, canto con voz mas aguda la mansedumbre, la dulzura, la magestad, y la gloria de mi rey.»

«Cuando con toda la fuerza de mi alma proclamo cuán bondadoso y cuán grande es mi soberano, los desencadenados vientos que agitan el mar, no son tan libres como yo.»

«No constituyen una prisión las paredes de piedra, ni las verjas de hierro una jaula; todo eso para un espíritu inocente y sereno, no es mas que una soledad.»

«Si soy libre en mi amor, si soy libre en mi alma, solo los ángeles que vuelan por las celestiales moradas, disfrutan de una libertad semejante á la mía.»

«Nobles y generosos pensamientos! Sin embargo, no han conseguido immortalizar á su autor, en tanto que el apologista del asesinato de Carlos I, ocupa un puesto al lado de Homero. Mas hay que tener presente que Lovelace no tenía el número de Milton, y que además pertenecía por su condición á los sistemas que habían perdido ya su influencia. La lealtad es siempre admirable; pero las actuales generaciones apenas comprenden esa abnegación en un individuo, esa virtud, encerrada en los límites de un sistema ó de un afecto particular: poco afecta el honor á esas generaciones, sea porque carezcan del necesario para comprenderlo, sea porque no tienen simpatías sino con la humanidad tomada en el sentido general, que dicho sea de paso, justifica todas las cobardías.

Montrose no era, como el cardenal de Retz ha dicho, un personaje de Plutarco: era uno de esos hombres que el siglo que pasa deja en pie como para testigos del siglo que viene: las antiguas virtudes de tales hombres son tan hermosas como las nuevas; pero son estériles; plantadas en una tierra árida puede decirse que las costumbres nacionales no las fecundizan.

El coronel Ricardo Lovelace, lleno de mil interesantes cualidades, que tal vez sirvieron de pretesto á

Richardson para tomar su nombre en recuerdo de ellas, murió abandonado en la oscuridad y la miseria. Sin ser joven ni hermoso como el coronel Lovelace, yo también me he visto encerrado.

Los gobiernos que desde 1800 á 1830 habían dominado en Francia, todos dispensaron alguna consideración hacia el servidor de las musas; Buonaparte, á quien atacué violentamente en el *Mercurio*, tuvo intención de matarme; levantó sobre mi cabeza la espada, pero no la descargó.

Un ministerio generoso, liberal, y compuesto en su mayor parte de poetas, escritores y periodistas, es el único que se creyó dispensado de toda consideración con su antiguo camarada, y decretó mi prisión.

La ratonera en que me metieron tenía mas de largo que de ancho, y su altura era siete ú ocho pies. En sus desnudas y mugrientas paredes, se leían versos á inscripciones puestas por los anteriores huéspedes. Un tablado cubierto con asquerosos paños, llenaba las tres cuartas partes de aquella vivienda, y una tabla sostenida por dos listones, colocada á dos pies de altura del tablado, en la pared, servía de guarda ropa. El resto del ajuar se componía de una silla, una mesa, y un barrilito destinado á infames usos.

A bastante altura del suelo había una ventana con fuertes barras de hierro, por entre las cuales poniéndome de pie en la mesa, podía yo respirar el aire libre, y tender las miradas fuera de la prisión. Desgraciadamente aun así no alcanzaba á ver desde aquel verdadero calabozo de ladrón, mas que un patio sombrío rodeado de altas y negras paredes, alrededor de las cuales andaban revoloteando los murciélagos. Con bastante frecuencia oía el sonido de las llaves y las cadenas, el crujir de las puertas y los cerrojos, la ingrata voz de los carceleros y espías, el paso de los soldados, el ruido de las armas, los gritos, las carcajadas, y los licenciosos cantares de los presos, y sobre todos los aullidos de un tal Benito, condenado á muerte por asesino de su madre y de su obscuro amigo.

Entre las confusas exclamaciones que el terror y el arrepentimiento arrancaban á este desgraciado, le oía muchas veces decir: ¡Ah! ¡madre mía! ¡Pobre madre mía!

De este modo empecé á ver el reverso de la sociedad, las llagas de la humanidad, y las hediondas máquinas que hacen mover el mundo tan hermoso á la vista cuando el telón cubre sus defectos.

No se me apareció el genio de mis grandezas pasadas, ni de mi gloria de treinta años de edad; pero mi musa de otros tiempos, tan pobre como desconocida de todo el mundo, vino radiante á abrazarme por la ventana: estaba encantada y llena de inspiración al verme en aquel sitio, al encontrarme como me había conocido en mi miseria de Londres, cuando los primeros sueños de René flotaban en mi cabeza.

¿Qué íbamos á hacer ahora la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción á la manera de Lovelace? ¿Sobre qué asunto? ¿Sobre un rey? ¡No! ¡La voz de un preso habría sido de mal agüero: del pie de los altares es de donde hay que elevar himnos á la desgracia. Además sería preciso ser un gran poeta para que el mundo le escuchara al decir:

«Oh tú, humilde objeto de las miradas del mundo, privado de las paternales miradas, recibe el homenaje solemne de mi profunda piedad! Tú que has nacido en el sufrimiento, ojalá puedas consolar el largo dolor de tu madre y de la Francia! (1)»

No canté pues, la corona caída de unas sienas inocentes, y me contenté con hablar de otra corona también blanca, puesta en el féretro de una joven.

«Duermes, ¡oh pobre Elisa, tan ligera de años! No sientes ya ni el peso, ni el calor del día: Tus auroras

(1) V. Hugo, *Odas y Baladas*.

han pasado como las de una flor que se marchita al abrirse.»

El señor prefecto de policía, de cuyo procedimiento no puedo hablar sino con alabanza, me ofreció un asilo mejor así que supo el sitio de placer donde mis amigos de la libertad de imprenta habían tenido la bondad de alojarme, por haber hecho uso de aquella libertad. La ventana de mi nuevo recinto daba á un hermoso jardín. No cantaba en sus árboles el pardillo de Lovelace; pero en recompensa había una multitud de gorriones vivarachos, gárrulos, atrevidos y disputadores; en todas partes se encuentran, en el campo, en las calles, en la cornisa de una iglesia, en los aleros de la prisión... lo mismo se balancean sobre un instrumento de muerte que en las ramas de un rosál. ¿A quien puede volar, qué le importan los sufrimientos de la tierra?

No vivirá mi canción como la de Lovelace. Los partidarios de Jacobo no dejaron á la Inglaterra mas que el *God save the king*. La historia de la música de ese himno es singular; atribúyese á Lully: las jóvenes de los coros de *Ester* encantaron en Saint-Cyr, el oído y el orgullo del gran rey con la armonía del *Domine salvum fac regem*. Los servidores de Jacobo llevaron esa magestuosa invocación á su patria, y la dirigían al dios de los ejércitos cuando iban á combatir por su soberano desterrado. Los ingleses de la facción de Guillermo se admiraron de la hermosura de aquel canto de los leales, y se lo apropiaron. Quedó por consiguiente como patrimonio de la usurpación y del pueblo, que hoy sin saberlo repite un canto extranjero, el himno de los Estuardos, el cántico del derecho divino y de la legitimidad. ¿Cuánto tiempo seguirá aun la Inglaterra suplicando al Soberano de los hombres *salve al rey*? ¿Contad las revoluciones acumuladas en una docena de notas músicas que les sobreviven!

El *Domine salvum* del rito católico, es también un canto admirable; entonábanlo en griego durante el siglo x, cuando el emperador de Constantinopla se presentaba en el hipódromo. Del circo pasó á la Iglesia: otra época terminada.

PROSA.

TILLOTSON. — TEMPLE. — BURNET. — CLARENDON. — ALGERNON. — SIDNEY.

Con el reinado de Carlos II se consumó una revolución en el gusto y en el estilo de los escritores ingleses. Abandonando las tradiciones nacionales principiaron á tomar algo del carácter y regularidad de la literatura francesa. Carlos en sus correrías adquirió cierta inclinación á las costumbres extranjeras. Madame Henriqueta, hermana del rey; la duquesa de Portsmouth, querida del mismo, Saint-Evremond, y el caballero de Grammont emigrados en Londres impelieron mas y mas la restauración de los Estuardos á la imitación de la corte de Luis XIV: la prosa ganó en ese movimiento recibido del exterior; pero la poesía perdió.

Tillotson purificó el lenguaje del púlpito sin elevarlo á la elocuencia. El caballero Temple fue el Ossat de Inglaterra; pero mas inferior á este eminente diplomático francés por sus miras y por el estilo de sus *Observaciones Misceláneas y Memorias*. Loque se distinguió en la filosofía, y Hamilton, modelo de elegancia y de gracia en la literatura propiamente dicha; Shaftesbury, discípulo de Locke é hijo de un padre corrompido, figuró también en el mismo terreno, mereciendo elogios por parte de Voltaire sin duda por su común animosidad contra la religión cristiana. Las obras de ese autor han sido reunidas con el título de *Characteristics of men*. Las ideas que en ellas dominan, además de estar espresadas en un estilo confuso,

han caído en el terreno de las vulgaridades por el continuo adelanto de los años.

Burnet escribió la historia de la reforma de Inglaterra de un modo parcial y caustico, pero interesante; su mayor gloria es haber sido refutado por Bossuet. Burnet era un solemne embrollador y faccioso á la manera de los partidarios de la *Fronde*: en sus *Memorias* no brilla el candor revolucionario de Witelocke, ni la exaltación republicana de Ludlow.

El nombre de Clarendon despierta el doble recuerdo de la ingratitud régia, y de la ingratitud popular. La *Historia de la rebelión* es una obra en que las huellas del talento desaparecen bajo la impresión de la virtud. Algunos retratos están vivamente iluminados; pero en general pertenecen al género fácil, en el que á cualquiera medianía le es dado sobresalir. El autor se está reflejando continuamente en sus cuadros: el lector se cansa de encontrar por todas partes su imagen.

Algernon Sidney creó el lenguaje político: sus *Discursos sobre el gobierno* han envejecido ya: Sidney es un gran nombre; pero no una gran celebridad. La muerte trágica del hijo del conde Leicester es el hecho aparente que dió cuerpo á los principios aun no definidos en la indeterminada oposición de los *wighs*. Dalrympe y después de él Mr. Mazure han demostrado los desatinos de Sidney: tenía la desgracia de recibir dinero del gabinete francés. Luis XIV hacia la mala jugada de derribar á Jacobo cuando creía que estaba poniendo en el trono á Carlos: la corrupción de su política llevaba en sí misma el castigo. En Bacon la integridad no corría parejas con la ciencia y en Sidney el desinterés no estaba al par de la firmeza. ¿Dios nos libre de triunfar de las miserias de que no se eximen las naturalezas mas elevadas! El cielo no da talentos ó virtudes sino con la pensión de flaquezas, especie de expiación ofrecida al vicio, á la tontería y á la envidia. Las debilidades de un hombre eminente son aquellas víctimas negras, negras pecudes, que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, que nunca se dejaban llegar á desarmar.

La revolución de 1688 surgió del cadalso de Sidney en el vapor de la sangre del holocausto: hoy vuelve á caer el sangriento rocío y la Inglaterra de 1688 va desapareciendo.

POESIA.

DRIDEN. — PRIOR. — WALTER. — BUKINGHAM. — ROSCOMMON. — ROCHESTER. — SHAFTESBURY, ETC.

Parece una paradoja el afirmar que la poesía inglesa padeció una invasión del gusto de la literatura francesa en el momento mismo en que Dryden apareció en la escena; pero sabido es que todo idioma que se despoja de su originalidad para entregarse á la imitación, se gasta, aunque sea perfeccionándose. ¿A qué distancia Shakespeare y Milton, que en sus producciones procuraron ser siempre ingleses, no dejan detrás de sí á los Dryden!

El espíritu de la revolución de 1649 había sido la exaltación religiosa y la austeridad moral; el de la restauración del 1660 fue la indiferencia y el libertinaje. «Tú eres el súbdito mas pícaro de mi reino; decía Carlos II á Shaftesbury. — Así es, señor, respondió el cortesano: Vuestra Magestad no es súbdito.» Tales reacciones son inevitables: la corrupción de la regencia vino en pos de la apatía de la última época del reinado de Luis XIV. Al salir del terror, la impudicia fue completa: los cadáveres todavía cálidos ó palpitantes de los padres con sus cabezas al brazo ó á los pies, vieron bailar alegremente á sus hijos.

Dryden dió á la poesía el carácter normal que se echaba de ver en todos los idiomas civilizados en que el arte sujeta á reglas á la naturaleza. Pope caracteriza el mérito de Dryden diciendo: «Dryden enseñó á unir

el metro variado, el verso lleno de armonía, el largo y magestuoso período y la energía divina.»

Este juicio revela que ha pasado ya enteramente el siglo libre del autor del *Macbeth* y ha llegado el siglo académico de Boileau.

Dryden es también el fundador de la crítica entre sus compatriotas: todavía son leídos con gusto sus diálogos sobre la poesía dramática. Treinta años trabajó para el teatro sin llegar á la animación de Shakespeare ni al patético tono de Otway. «Dryden que indisputablemente era un eminente ingenio, dice Voltaire, pone en la boca de sus héroes amorosos, hipérboles retóricas, ó ideas indecorosas igualmente opuestas á la ternura.»

Shirley, Davenat, Otway, Congreve, Farquar, Cibber, Steele, Colman, Fook, Rowe, Addison, Moore, Aron-Hill, Sheridan, Coleridge, etc. componen la serie de poetas dramáticos hasta nuestros días. Tobin, Johanna Baillie y algunos otros han intentado resucitar el estilo y forma antigua del teatro.

Dryden, como hombre fue miserable; Prior, joven partidario de Orange atacó al viejo poeta que se había hecho católico y permanecía leal á sus antiguos dueños. El duque de Buckingham, ayudado de sus amigos compuso la linda comedia titulada la *Repetición (the Rehearsal)*, en la cual también se atacaba al autor de *Don Sebastian* y de la oda de la *Fiesta de Alejandro*. Buckingham se daba el parabien de haber causado perjuicio á la reputación de Dryden. ¿Será pues una envidiable felicidad el afligir á un hombre de talento y el arrebatarle parte de la gloria conquistada en fuerza de tantos trabajos, disgustos y sacrificios?

Walter, Buckingham, Roscommon, Rochester, Shaftesbury, y otros poetas licenciosos y satíricos, no fueron los hombres eminentes de su época, pero dieron el tono á la moda y á la literatura durante el reinado de Carlos II. El hijo de Carlos I fue uno de esos seres egoístas, indiferentes, superficiales sin afectos y sin convicciones que suelen aparecer entre dos períodos históricos para dar fin al uno y principiar el otro: uno de aquellos soberanos cuyo reinado sirve de transición á los grandes cambios de instituciones, de ideas y de costumbres, que al parecer no han sido creados mas que para llenar los huecos que en el orden político separan con frecuencia la causa del efecto. Exhumaciones y ejecuciones inauguraron un reinado que también debía terminar con ejecuciones. Veinte y dos años de disolución pasaron á la sombra del patíbulo, última época de placer á la manera de los Estuardos, y con toda la apariencia de una fúnebre orgía.

Sin embargo la libertad desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada bajo Carlos I, deshonrada durante el reinado de Carlos II, y atacada bajo el cetro de Jacobo II se había conservado en las formas constitucionales y estas la transmitieron á la nación que continuó fecundando el suelo natal después de la expulsión de los Estuardos. Nunca pudieron los reyes de esta familia perdonar al pueblo inglés los males que les había causado, ni el pueblo tampoco pudo olvidar que ellos habían intentado arrebatarle sus derechos: de una y otra parte mediaban demasiados resentimientos y demasiadas ofensas. No existiendo punto ninguno de confianza recíproca siguieron contemplándose en silencio por espacio de algunos años. Las generaciones que habían padecido simultáneamente, se cansaron también á un mismo tiempo, y se resignaron á llegar juntas al término de su vida; pero las nuevas generaciones, que no sufrían ese cansancio, no alimentando ya enemistades, se creyeron dispensadas de contraer esas alianzas de la desgracia, apresurándose á reclamar los frutos de la sangre y de las lágrimas de sus padres, y desde entonces fue preciso decir adiós á las cosas del tiempo pasado.

Richardson para tomar su nombre en recuerdo de ellas, murió abandonado en la oscuridad y la miseria. Sin ser joven ni hermoso como el coronel Lovelace, yo también me he visto encerrado.

Los gobiernos que desde 1800 á 1830 habían dominado en Francia, todos dispensaron alguna consideración hacia el servidor de las musas; Buonaparte, á quien atacué violentamente en el *Mercurio*, tuvo intención de matarme; levantó sobre mi cabeza la espada, pero no la descargó.

Un ministerio generoso, liberal, y compuesto en su mayor parte de poetas, escritores y periodistas, es el único que se creyó dispensado de toda consideración con su antiguo camarada, y decretó mi prisión.

La ratonera en que me metieron tenía mas de largo que de ancho, y su altura era siete ú ocho pies. En sus desnudas y mugrientas paredes, se leían versos á inscripciones puestas por los anteriores huéspedes. Un tablado cubierto con asquerosos paños, llenaba las tres cuartas partes de aquella vivienda, y una tabla sostenida por dos listones, colocada á dos pies de altura del tablado, en la pared, servía de guarda ropa. El resto del ajuar se componía de una silla, una mesa, y un barrilito destinado á infames usos.

A bastante altura del suelo había una ventana con fuertes barras de hierro, por entre las cuales poniéndome de pie en la mesa, podía yo respirar el aire libre, y tender las miradas fuera de la prisión. Desgraciadamente aun así no alcanzaba á ver desde aquel verdadero calabozo de ladrón, mas que un patio sombrío rodeado de altas y negras paredes, alrededor de las cuales andaban revoloteando los murciélagos. Con bastante frecuencia oía el sonido de las llaves y las cadenas, el crujir de las puertas y los cerrojos, la ingrata voz de los carceleros y espías, el paso de los soldados, el ruido de las armas, los gritos, las carcajadas, y los licenciosos cantares de los presos, y sobre todos los aullidos de un tal Benito, condenado á muerte por asesino de su madre y de su obscuro amigo.

Entre las confusas exclamaciones que el terror y el arrepentimiento arrancaban á este desgraciado, le oía muchas veces decir: ¡Ah! ¡madre mía! ¡Pobre madre mía!

De este modo empecé á ver el reverso de la sociedad, las llagas de la humanidad, y las hediondas máquinas que hacen mover el mundo tan hermoso á la vista cuando el telón cubre sus defectos.

No se me apareció el genio de mis grandezas pasadas, ni de mi gloria de treinta años de edad; pero mi musa de otros tiempos, tan pobre como desconocida de todo el mundo, vino radiante á abrazarme por la ventana: estaba encantada y llena de inspiración al verme en aquel sitio, al encontrarme como me había conocido en mi miseria de Londres, cuando los primeros sueños de René flotaban en mi cabeza.

¿Qué íbamos á hacer ahora la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción á la manera de Lovelace? ¿Sobre qué asunto? ¿Sobre un rey? ¡No! ¡La voz de un preso habría sido de mal agüero: del pie de los altares es de donde hay que elevar himnos á la desgracia. Además sería preciso ser un gran poeta para que el mundo le escuchara al decir:

«Oh tú, humilde objeto de las miradas del mundo, privado de las paternales miradas, recibe el homenaje solemne de mi profunda piedad! Tú que has nacido en el sufrimiento, ojalá puedas consolar el largo dolor de tu madre y de la Francia! (1)»

No canté pues, la corona caída de unas sienas inocentes, y me contenté con hablar de otra corona también blanca, puesta en el féretro de una joven.

«Duermes, ¡oh pobre Elisa, tan ligera de años! No sientes ya ni el peso, ni el calor del día: Tus auroras

(1) V. Hugo, *Odas y Baladas*.

han pasado como las de una flor que se marchita al abrirse.»

El señor prefecto de policía, de cuyo procedimiento no puedo hablar sino con alabanza, me ofreció un asilo mejor así que supo el sitio de placer donde mis amigos de la libertad de imprenta habían tenido la bondad de alojarme, por haber hecho uso de aquella libertad. La ventana de mi nuevo recinto daba á un hermoso jardín. No cantaba en sus árboles el pardillo de Lovelace; pero en recompensa había una multitud de gorriones vivarachos, gárrulos, atrevidos y disputadores; en todas partes se encuentran, en el campo, en las calles, en la cornisa de una iglesia, en los aleros de la prisión... lo mismo se balancean sobre un instrumento de muerte que en las ramas de un rosal. ¿A quien puede volar, qué le importan los sufrimientos de la tierra?

No vivirá mi canción como la de Lovelace. Los partidarios de Jacobo no dejaron á la Inglaterra mas que el *God save the king*. La historia de la música de ese himno es singular; atribúyese á Lully: las jóvenes de los coros de *Ester* encantaron en Saint-Cyr, el oído y el orgullo del gran rey con la armonía del *Domine salvum fac regem*. Los servidores de Jacobo llevaron esa magestuosa invocación á su patria, y la dirigían al dios de los ejércitos cuando iban á combatir por su soberano desterrado. Los ingleses de la facción de Guillermo se admiraron de la hermosura de aquel canto de los leales, y se lo apropiaron. Quedó por consiguiente como patrimonio de la usurpación y del pueblo, que hoy sin saberlo repite un canto extranjero, el himno de los Estuardos, el cántico del derecho divino y de la legitimidad. ¿Cuánto tiempo seguirá aun la Inglaterra suplicando al Soberano de los hombres *salve al rey*? ¿Contad las revoluciones acumuladas en una docena de notas músicas que les sobreviven!

El *Domine salvum* del rito católico, es también un canto admirable; entonábanlo en griego durante el siglo x, cuando el emperador de Constantinopla se presentaba en el hipódromo. Del circo pasó á la Iglesia: otra época terminada.

PROSA.

TILLOTSON. — TEMPLE. — BURNET. — CLARENDON. — ALGERNON. — SIDNEY.

Con el reinado de Carlos II se consumó una revolución en el gusto y en el estilo de los escritores ingleses. Abandonando las tradiciones nacionales principiaron á tomar algo del carácter y regularidad de la literatura francesa. Carlos en sus correrías adquirió cierta inclinación á las costumbres extranjeras. Madame Enriqueta, hermana del rey; la duquesa de Portsmouth, querida del mismo, Saint-Evremond, y el caballero de Grammont emigrados en Londres impusieron mas y mas la restauración de los Estuardos á la imitación de la corte de Luis XIV: la prosa ganó en ese movimiento recibido del exterior; pero la poesía perdió.

Tillotson purificó el lenguaje del púlpito sin elevarlo á la elocuencia. El caballero Temple fue el Ossat de Inglaterra; pero mas inferior á este eminente diplomático francés por sus miras y por el estilo de sus *Observaciones Misceláneas y Memorias*. Loque se distinguió en la filosofía, y Hamilton, modelo de elegancia y de gracia en la literatura propiamente dicha; Shaftesbury, discípulo de Locke é hijo de un padre corrompido, figuró también en el mismo terreno, mereciendo elogios por parte de Voltaire sin duda por su común animosidad contra la religión cristiana. Las obras de ese autor han sido reunidas con el título de *Characteristics of men*. Las ideas que en ellas dominan, además de estar espresadas en un estilo confuso,

han caído en el terreno de las vulgaridades por el continuo adelanto de los años.

Burnet escribió la historia de la reforma de Inglaterra de un modo parcial y caustico, pero interesante; su mayor gloria es haber sido refutado por Bossuet. Burnet era un solemne embrollador y faccioso á la manera de los partidarios de la *Fronde*: en sus *Memorias* no brilla el candor revolucionario de Witelocke, ni la exaltación republicana de Ludlow.

El nombre de Clarendon despierta el doble recuerdo de la ingratitud régia, y de la ingratitud popular. La *Historia de la rebelión* es una obra en que las huellas del talento desaparecen bajo la impresión de la virtud. Algunos retratos están vivamente iluminados; pero en general pertenecen al género fácil, en el que á cualquiera medianía le es dado sobresalir. El autor se está reflejando continuamente en sus cuadros: el lector se cansa de encontrar por todas partes su imagen.

Algernon Sidney creó el lenguaje político: sus *Discursos sobre el gobierno* han envejecido ya: Sidney es un gran nombre; pero no una gran celebridad. La muerte trágica del hijo del conde Leicester es el hecho aparente que dió cuerpo á los principios aun no definidos en la indeterminada oposición de los *weights*. Dalrympe y después de él Mr. Mazure han demostrado los desatinos de Sidney: tenía la desgracia de recibir dinero del gabinete francés. Luis XIV hacia la mala jugada de derribar á Jacobo cuando creía que estaba poniendo en el trono á Carlos: la corrupción de su política llevaba en sí misma el castigo. En Bacon la integridad no corría parejas con la ciencia y en Sidney el desinterés no estaba al par de la firmeza. ¿Dios nos libre de triunfar de las miserias de que no se eximen las naturalezas mas elevadas! El cielo no da talentos ó virtudes sino con la pensión de flaquezas, especie de expiación ofrecida al vicio, á la tontería y á la envidia. Las debilidades de un hombre eminente son aquellas víctimas negras, negras pecudes, que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, que nunca se dejaban llegar á desarmar.

La revolución de 1688 surgió del cadalso de Sidney en el vapor de la sangre del holocausto: hoy vuelve á caer el sangriento rocío y la Inglaterra de 1688 va desapareciendo.

POESIA.

DRIDEN. — PRIOR. — WALTER. — BUKINGHAM. — ROSCOMMON. — ROCHESTER. — SHAFTESBURY, ETC.

Parece una paradoja el afirmar que la poesía inglesa padeció una invasión del gusto de la literatura francesa en el momento mismo en que Dryden apareció en la escena; pero sabido es que todo idioma que se despoja de su originalidad para entregarse á la imitación, se gasta, aunque sea perfeccionándose. ¿A qué distancia Shakespeare y Milton, que en sus producciones procuraron ser siempre ingleses, no dejan detrás de sí á los Dryden!

El espíritu de la revolución de 1649 había sido la exaltación religiosa y la austeridad moral; el de la restauración del 1660 fue la indiferencia y el libertinaje. «Tú eres el súbdito mas pícaro de mi reino; decía Carlos II á Shaftesbury. — Así es, señor, respondió el cortesano: Vuestra Magestad no es súbdito.» Tales reacciones son inevitables: la corrupción de la regencia vino en pos de la apatía de la última época del reinado de Luis XIV. Al salir del terror, la impudicia fue completa: los cadáveres todavía cálidos ó palpitantes de los padres con sus cabezas al brazo ó á los pies, vieron bailar alegremente á sus hijos.

Dryden dió á la poesía el carácter normal que se echaba de ver en todos los idiomas civilizados en que el arte sujeta á reglas á la naturaleza. Pope caracteriza el mérito de Dryden diciendo: «Dryden enseñó á unir

el metro variado, el verso lleno de armonía, el largo y magestuoso período y la energía divina.»

Este juicio revela que ha pasado ya enteramente el siglo libre del autor del *Macbeth* y ha llegado el siglo académico de Boileau.

Dryden es también el fundador de la crítica entre sus compatriotas: todavía son leídos con gusto sus diálogos sobre la poesía dramática. Treinta años trabajó para el teatro sin llegar á la animación de Shakespeare ni al patético tono de Otway. «Dryden que indisputablemente era un eminente ingenio, dice Voltaire, pone en la boca de sus héroes amorosos, hipérboles retóricas, ó ideas indecorosas igualmente opuestas á la ternura.»

Shirley, Davenat, Otway, Congreve, Farquar, Cibber, Steele, Colman, Fook, Rowe, Addison, Moore, Aron-Hill, Sheridan, Coleridge, etc. componen la serie de poetas dramáticos hasta nuestros días. Tobin, Johanna Baillie y algunos otros han intentado resucitar el estilo y forma antigua del teatro.

Dryden, como hombre fue miserable; Prior, joven partidario de Orange atacó al viejo poeta que se había hecho católico y permanecía leal á sus antiguos dueños. El duque de Buckingham, ayudado de sus amigos compuso la linda comedia titulada la *Repetición (the Rehearsal)*, en la cual también se atacaba al autor de *Don Sebastian* y de la oda de la *Fiesta de Alejandro*. Buckingham se daba el parabien de haber causado perjuicio á la reputación de Dryden. ¿Será pues una envidiable felicidad el afligir á un hombre de talento y el arrebatarle parte de la gloria conquistada en fuerza de tantos trabajos, disgustos y sacrificios?

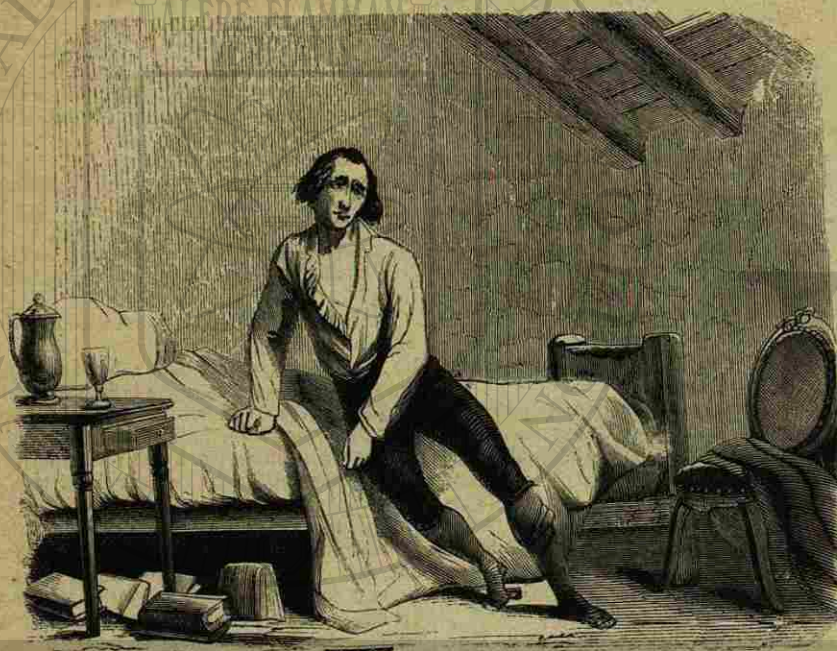
Walter, Buckingham, Roscommon, Rochester, Shaftesbury, y otros poetas licenciosos y satíricos, no fueron los hombres eminentes de su época, pero dieron el tono á la moda y á la literatura durante el reinado de Carlos II. El hijo de Carlos I fue uno de esos seres egoístas, indiferentes, superficiales sin afectos y sin convicciones que suelen aparecer entre dos períodos históricos para dar fin al uno y principiar el otro: uno de aquellos soberanos cuyo reinado sirve de transición á los grandes cambios de instituciones, de ideas y de costumbres, que al parecer no han sido creados mas que para llenar los huecos que en el orden político separan con frecuencia la causa del efecto. Exhumaciones y ejecuciones inauguraron un reinado que también debía terminar con ejecuciones. Veinte y dos años de disolución pasaron á la sombra del patíbulo, última época de placer á la manera de los Estuardos, y con toda la apariencia de una fúnebre orgía.

Sin embargo la libertad desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada bajo Carlos I, deshonrada durante el reinado de Carlos II, y atacada bajo el cetro de Jacobo II se había conservado en las formas constitucionales y estas la transmitieron á la nación que continuó fecundando el suelo natal después de la expulsión de los Estuardos. Nunca pudieron los reyes de esta familia perdonar al pueblo inglés los males que les había causado, ni el pueblo tampoco pudo olvidar que ellos habían intentado arrebatarle sus derechos: de una y otra parte mediaban demasiados resentimientos y demasiadas ofensas. No existiendo punto ninguno de confianza recíproca siguieron contemplándose en silencio por espacio de algunos años. Las generaciones que habían padecido simultáneamente, se cansaron también á un mismo tiempo, y se resignaron á llegar juntas al término de su vida; pero las nuevas generaciones, que no sufrían ese cansancio, no alimentando ya enemistades, se creyeron dispensadas de contraer esas alianzas de la desgracia, apresuráronse á reclamar los frutos de la sangre y de las lágrimas de sus padres, y desde entonces fue preciso decir adiós á las cosas del tiempo pasado.

Los escritores que acaban de nombrarse tenían todo lo necesario para brillar en el campamento de una noche de alto entre el reinado popular de Cromwell y el reinado de los parlamentos de Guillermo y sus sucesores. La servil cámara de los Diputados no existía ya mas que para dar muerte á los hombres de libertad que en otro tiempo le habían dado el poder; la monarquía por su parte también dejaba morir á sus mas ardientes servidores. El pueblo y el rey parecían abandonarse mutuamente para dejar el paso franco á la aristocracia: el patíbulo de Carlos I los esperaba para siempre.

BUTLER.—ESCRITORES ABANDONADOS.

Butler se presenta en primera linea como testigo acusador en el proceso de ingratitud intentado contra la memoria de Carlos II; este soberano sabia de memoria los versos del *Hudibras*, retrato de un don



MUERTE DE CHATTERTON.

cerca los personajes de la revolucion de Cromwell, como siempre los había estado oyendo hablar de libertad, sin dejar por eso de presentar sus manos á todas las cadenas, y despues de haber sacrificado al padre, los veía por último encorvados bajo el yugo del hijo, se contentó con escribir en verso las aventuras de *Hudibras*.

A pesar de eso el asunto de este poema de Butler, en cuya composicion tomó parte el primogénito del duque de Buckingham no estan oportuno como el de la *Sátira Menipea*. Bien podía cualquiera reirse de la Liga á pesar de sus horrores y creer que las sátiras que sobre ella se escribieran tenían probabilidades de durar mucho tiempo, porque la Liga no era una revolucion, sino simplemente una sedicion de la cual ninguna ventaja podía prometerse el género humano. Los hombres de aquella larga sedicion no fueron grandes, exceptuando á Mr. L' Hopital, mas que individualmente; no marcaron su paso por ninguna idea, por ningún principio, ni por ninguna institucion política útil para la sociedad. La Liga asesinó á Enrique III, que era mas hipócrita que ella, y combatió á Enrique IV, que á su vez la venció y la compró.

Quijote político. Mucho le agradaba á una corte en que campeaban la disolucion de Rochester y la gracia de Grammont, aquella sátira llena de entusiasmo contra los personajes de la revolucion: sabido es que el ridículo es una especie de venganza para el uso de los cortesanos.

Cuando uno se coloca á distancia de los hechos; ó cuando no se ha vivido entre las facciones y los facciosos, no se siente afectado mas que de la parte grave y dolorosa de los acontecimientos; pero no le sucede eso al que como actor ó espectador se ha visto comprometido en medio de aquellas sangrientas escenas.

Tácito, que por naturaleza era poeta, habría tal vez bosquejado la sátira de Petronio, si hubiera ocupado un asiento en el senado de Neron; en vez de eso pintó la tiranía de este emperador porque vivió despues de él: Butler, dotado de un genio observador, acaso habría escrito la historia de Carlos I si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana; pero como había visto de

Despues que desapareció, no dejó nada en pos de sí, ni tuvo mas eco que la *Fronda*, miserable pendencia sofocada por el absoluto poder de Luis XIV.

Pero las turbulencias de Inglaterra en 1649 eran de una condicion mucho mas seria: no se trataba del combate personal de algunos ambiciosos que se disputaban el supremo poder, sino de una lucha formal entre el pueblo y el rey, entre la monarquía y la república: el soberano fue solemnemente sentenciado y llevado al patíbulo ¿y por quién? Nada menos que por un Cromwell, supremo caudillo del pueblo.

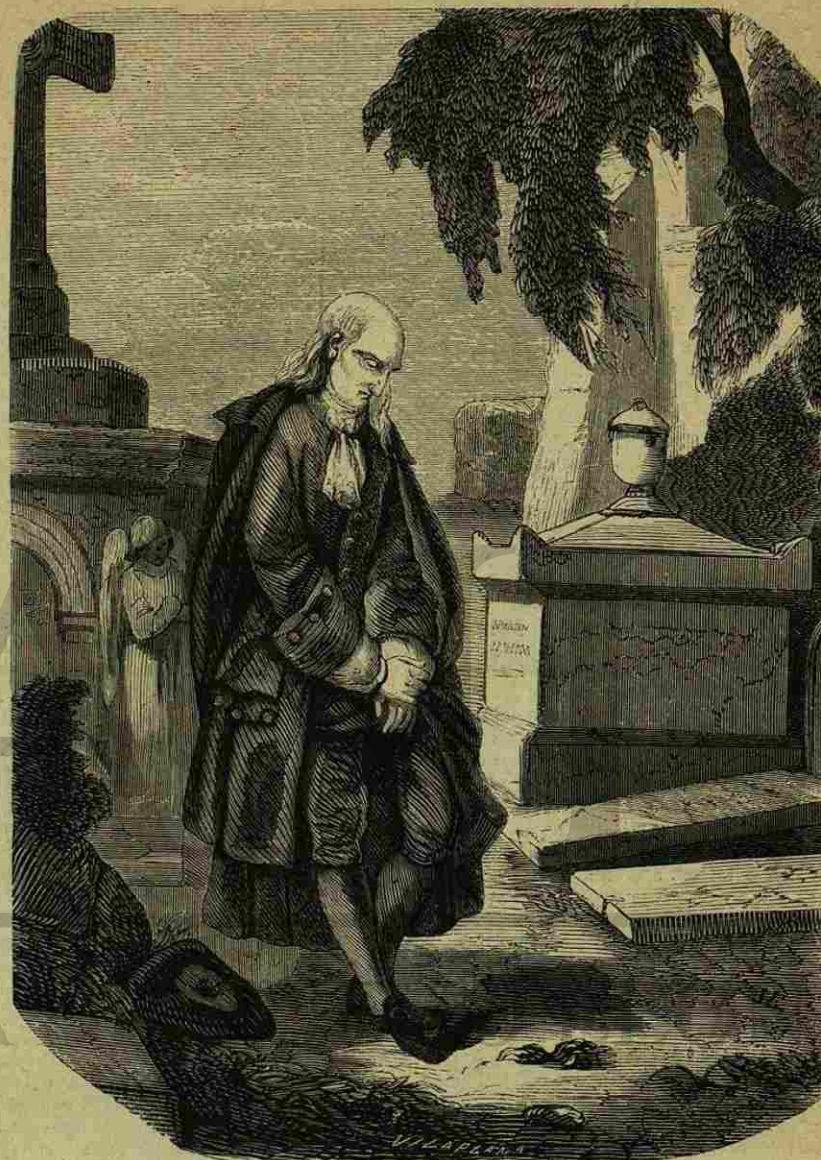
La dictadura del pueblo, personificado en un tribuno duró nueve años, y al retirarse arrebató en pos de sí á la monarquía absoluta, y depositó en la industria inglesa el germen de su poder, el *Acta de navegacion*. El rebote de la revolucion del 1649 produjo el inmenso resultado de la de 1688.

Hé aquí por qué nadie se rie de las ridiculeces de *Hudibras* como de las chanzas de la *Sátira Menipea*. El resultado de las turbulencias del reinado de Carlos I está todavía pesando sobre el mundo, en tanto que las abominaciones de la jornada de San Bartolomé, las enormidades de la corrupcion de Enrique II

y la ambicion de los Guisa, no han dejado mas que el espantoso recuerdo de semejantes abominaciones y enormidades. Un autor que intentara escribir un poema burlesco sobre la revolucion de 1789, ¿conseguiría hablar con festivo tono del Terror, ó rebajar la estatura de Bonaparte? Las parodias que subsisten no pueden ser sugeridas sino por asuntos que no han

producido consecuencias, y se parecen á esas caretas modeladas sobre el rostro de un cadáver que ya se ha convertido en polvo, ó sobre el de un sátiro cuyo busto ya no se encuentra en ninguna parte.

No falta quien ha compuesto una lista de los monárquicos que padecieron por causa de Carlos I: su número es considerable y Carlos II lo acabó de aumen-



YOUNG JUNTO AL SEPULCRO DE SU HIJA.

tar. Walter, conspirador cobarde en tiempo de la república, poeta adulador de la usurpacion afortunada, lograba cuanto queria de la legitimidad restaurada en tanto que Butler se moría de hambre. Las coronas tienen también sus debilidades como los gorros colorados.

Un destino fatal acompaña por donde quiera á las Musas. Valeriano Bolzani compuso un tratado de *litterarum infelicitate*; Israeli ha publicado *the Calamities of authors*; pero ambos están lejos de haber apurado la materia. Solamente en la lista de los poetas ingleses figuran:

Jacobo, rey de Escocia, que despues de diez y ocho años de prision fue asesinado; Rivers, Surey y Tomás Moro, que llevaron su cabeza al cadalso; Lovelace y Butler devorados por la pobreza. Clarendon murió en Rouen desterrado por Carlos II. La Memoria justificativa de este virtuoso magistrado, cuyos escritos mezclados con los de Falkland dieron el triunfo á la causa realista, fue mandada quemar por mano del verdugo.

Milton, medio proscripto permaneció mucho tiempo ciego antes de bajar á la tumba.

Dryden al fin de sus dias se vió en la precision de

vender á pedazos, si así pudiera decirse, su talento para proporcionarse la subsistencia. «No tengo motivo, decía, de dar gracias á mi estrella por haberme dado por patria la Inglaterra; no le basta sin duda á este siglo el no haber hecho caso de Cowley, y haber visto morir de hambre á Butler.»

Otway posteriormente se ahogó al tragar con demasiada impaciencia el pedazo de pan que arrojaron á su miseria.

¿Qué clase de calamidades no habría sufrido Savage, escribiendo en las esquinas de las calles con los pedazos de papel que encontraba en el suelo, muriendo en un calabozo, y dejando su cadáver encomendado á la conmiseración de un carcelero que á sus expensas lo mandó enterrar!

Chatterton después de haber pasado muchos días sin comer, se envenenó.

En el claustro de la catedral de Worcester se ve una lápida sepulcral sin fecha y sin mas inscripción que la palabra MISERRIMUS. ¿Será ese el epitafio del número?

FIN DE LOS ESTUARDOS.

Jacobo II despues de la muerte de su hermano quiso tentar en favor de la Iglesia Romana lo que ni su mismo padre había podido conseguir en beneficio del episcopado; creíase Jacobo tan dueño de verificar un cambio religioso en el Estado, como Enrique VIII, sin advertir que el pueblo inglés había variado mucho desde aquel tiempo y que ni aun cuando hubiera repartido entre sus súbditos todos los bienes del clero anglicano no habría podido conseguir que uno solo abrazara el catolicismo. Su falta mas grave fue el haber jurado al recibir la corona lo que no tenía intención de cumplir. La inviolabilidad del juramento no siempre ha salvado los imperios; pero el perjurio los ha arruinado constantemente.

Jacobo, naturalmente cruel, encontró un verdugo á propósito para sus miras. Este hombre fue Jeffreis que dió principio á sus ejecuciones á fines del reinado de Carlos II en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. A consecuencia de la invasión de Monmouth siguió Jeffreis su carrera mandando ejecutar en el Mediodía de Inglaterra mas de doscientas cincuenta personas, y no debe pasarse en silencio que en él se echaba de ver cierto espíritu de justicia, virtud que no siendo tal vez apercibida en un hombre de bien, resalta singularmente cuando se la ve brillar en el carácter de un hombre de perdición.

Hacia ya mucho tiempo que Holanda era el foco de las intrigas de los diversos partidos ingleses: los emisarios de esos partidos se reunían allí bajo la protección de María, hija mayor de Jacobo, casada con el príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiración y que sin embargo ha hecho cosas admirables. Jacobo nada de semejantes intrigas creía á pesar de los frecuentes avisos que Luis XIV le daba en secreto. La escuadra de Guillermo se presentó en Broxholme y desembarcó trece mil hombres en Torbay. Allí con grande admiración de no encontrar proseli-

tos estuvieron detenidos mas de diez días los espedicionarios. ¿Qué hizo en tanto Jacobo? Nada. Había puesto en pie de guerra, un ejército de veinte mil hombres, que por de pronto se habría batido; pero Jacobo se abstuvo de ponerlo en movimiento. Sunbderland, su primer ministro le hacia traición: su yerno, el príncipe Jorge de Dinamarca, y hasta su propia hija María, y el otro yerno Guillermo de Orange lo abandonaba. La soledad empezaba á dominar en torno del monarca que había creído poderse aislar impunemente de la opinión nacional. Jacobo pidió consejos al conde de Bedford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado anterior por partidario de Jacobo. El anciano contestó: «en otro tiempo tuve un hijo que habría podido servirlos.»

Jacobo huyó, y en 2 de enero dd 1689 desembarcó en Ambeeteme como un huésped fatal que vino á enseñar el camino de la proscripción á los hogares en que tuvo que refugiarse. En San German se han encontrado los restos mortales de Jacobo II. ¿Dónde están las cenizas de Luis XIV? ¿Dónde están sus hijos?

Mas ¿qué importa todo eso? lord Russel al abrazar por última vez á lady Russel, le dijo: «Esta carne cuyo calor sientes ahora, no tardará mucho en estar helada.» ¿Qué espacio ocupan en el mundo, ni en esta página las generaciones que acabo de indicar? Al regresar en 1800 á Francia iba yo viajando en la diligencia: era de noche, y el carruaje experimentó un ligero estremecimiento que ni siquiera despertó á los pasajeros que dormían. ¿Qué era? Las ruedas del coche acababan de pasar sobre el cuerpo de un miserable que aletargado por el vino se había tendido en mitad de la carretera. Acabábamos de atropellar una vida y las ruedas solo se habían levantado del suelo algunas pulgadas. Los francos degollaron en Metz una multitud de romanos, sorprendidos en medio de un banquete. Todavía no hace muchos años que los soldados franceses valsaron en el monasterio de Alcobaza con la momia de Inés de Castro. ¡Desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y sin embargo habeis pasado ya tan completamente las unas como las otras! La eternidad que principia en este momento es tan antigua como la que trae su fecha del punto en que ocurrió la primera muerte, el asesinato de Abel. Sin embargo los hombres durante nuestra efímera aparición sobre la tierra creemos dejar alguna huella. ¡Huella! ¿A qué insecto le falta la sombra?

Los cuatro Estuardos pasaron en el espacio de ochenta y cuatro años; los seis últimos Borbones que han llevado, ó han debido llevar la corona desde la muerte de Luis XV han desaparecido en un período de cincuenta y cuatro años.

En una y otra monarquía un rey ha dejado su cabeza en el cadalso; se han verificado dos restauraciones y han sido mutuamente seguidas del destierro del soberano legítimo: y sin embargo es muy cierto que la Europa, ó mas bien el mundo lejos de hallarse en el término final de las revoluciones, principia á entrar en el límite de ellas.

QUINTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS REYES DE LA CASA DE HANOVER.

TERMINO Y PERFECCIONAMIENTO DE LA LENGUA INGLESA.
— COMO MUEREN LOS IDIOMAS.

Al concluir la época de los Estuardos entramos en un período de reposo de ciento cincuenta años du-

rante el cual las Musas tuvieron tiempo de perfeccionar el idioma, estacionándose bajo el amparo de la libertad.

Al principiar este Ensayo he hablado del origen de la lengua inglesa, y al atravesar rápidamente los si-

glos he procurado que pudieran notarse los cambios sucesivos que en ella se verificaron. Ahora me voy acercando ya al fin de mi trabajo, y es preciso por lo tanto observar el grado de perfección á que llegó aquella lengua, y de qué manera pudo llegar desde el rudo lenguaje de los bardos á la magnífica expresión de los Pope, los Addison, Swift, Gray, Fielding, Walter-Scott y Byron.

En mi concepto el antiguo idioma inglés aventajó en dulzura al moderno. La *th* termina una multitud de palabras y entre ellas la tercera persona del singular del presente de indicativo. Esa letra tomada de los idiomas orientales principió en los tiempos antiguos á pronunciarse entre los griegos á principios de la guerra del Peloponeso cuando Alcibiades encantaba á los Atenieses con la graciosa dificultad con que pronunciaba algunas letras. La *th* era una letra compuesta que la delicada Jonia parecía regalar al elegante discípulo de Pericles. En el abecedario de los griegos modernos figura también con el nombre de *theta*.

Hallándose en fin de diccion esa letra en el antiguo inglés no podía menos de tener un sonido dulce como se pronuncia en las palabras *mouth, sooth, teeth*, y no áspero como sucede cuando se halla al principio como en *thuder, throbbing, thousand*. La letra se redoblaba con frecuencia en el antiguo inglés. La *e* que abunda y que disputa el final de las palabras á la *the*, era la *e* muda de los franceses, y contribuía á dulcificar el sonido demasiado agudo. La prueba de que esas letras no eran etimológicas, sino eufónicas está en lo mucho que de condado en condado ó casi de ciudad en ciudad variaba la ortografía en cuanto al sonido. Hasta las palabras variaban en el radio de algunas leguas: un comerciante que se embarcaba en el Támesis saltaba á tierra y pedía huevos (*egges*) á una aldeana: es seguro que ésta le contestaría que no entendía el francés. El compañero de aquel comerciante pedía á su vez *ceyren*, huevos, y la buena mujer contestaba que lo entendía perfectamente: *thenne the good wyf said that shee understode him well*. De manera que á unas sesenta millas de la ciudad en que Johnson componia su diccionario, los huevos se llamaban *ceyren*.

A medida que el inglés cambiaba de pronunciación y de forma, y perdía en sobriedad, se iba enriqueciendo con los tributos del tiempo. El espíritu de un idioma se compone de la religión, de las instituciones públicas, del carácter y de los usos y costumbres de un pueblo. Si este pueblo estiende á lo lejos su dominio, recibe en tal caso incremento de las ideas y sentimientos de los demás países con que está en contacto. Véase por de pronto todo lo que un idioma puede recoger de la duración y variedad de las leyes.

En Inglaterra se profesaba el principio de que una ley nunca puede considerarse como abolida: de manera que la historia de lo pasado permanecía presente en medio de los nuevos sucesos, como una inmortal abuela en medio de sus innumerables hijos y nietos. A principios de este siglo todavía hubo un inglés que arrojó el guante en plena audiencia del tribunal y pidió el combate judicial contra su antagonista.

El derecho tradicional inglés (*commom law*) rige á la Inglaterra en general.

En la isla de Man siguen los estatutos de los antiguos reyes de ese Estado.

En Jersey y Guernesey aun están en vigor los reglamentos de Rollon. Los procesos de los Yndous y Mogoles se sustentan en caso de apelación por el tribunal real de Londres y se sentencian con arreglo al código de aquellos países, esto es, el Purana y el Coran.

En las islas Jónicas rige el código de Justiniano juntamente con las decisiones del tribunal del Almirantazgo. En el Canadá florecen aun las ordenanzas

de los reyes de Francia como en tiempos de San Luis. En la isla de Francia reina el código Napoleon, las leyes de Castilla y Aragon en las colonias anglo-españolas y la ley holandesa en el cabo de Buena Esperanza.

La política, la industria y el comercio han mezclado los nombres particulares de sus diccionarios con los del diccionario general. La tribuna aumentó ese tesoro con los discursos de Strafford, Vanes, Bollingbrocke, Walpole, los dos Pitt, Burke, Fox, Sheridan, Canning y Brougham. La economía política con las investigaciones de Adan Smith, Malihus, Thornton, Ricardo y Macouloch enriqueció tambien por su parte el vocabulario general.

Las colonias que la Inglaterra tiene en las cuatro partes del mundo han multiplicado el número de viajeros: contémplese qué inagotable origen de importación de ideas y de imágenes. Ciento y un comerciantes de Londres en el año 1600 reunían una suma de ochocientos mil francos: hé aquí pues, que otra vez vuelven los Bacos y los Alejandros á ser dueños y conquistadores de la India.

Los ingleses tuvieron gramáticas y diccionarios samaritanos, árabes y siríacos casi antes de tener diccionarios griegos y latinos: de esa manera preludiaban el estudio de las lenguas muertas y vivas del Asia, obedeciendo al instinto de su genio, que los impele hácia la pompa de las imágenes y á la independencia de las reglas. Wilkins, Colbrooke, Carey (1), Masden, Morrison, Lockert, Gladwin, Lumsden, Gilchrist, Hadley y William Jones se han ocupado del estudio del sanscrito, del bengali vulgar, de la lengua malaya, del persa, del chino y de la lengua comun del Indostan. De manera que con leyes que no mueren, y con colonias en las cuatro partes del mundo, el idioma inglés abraza, si así pudiera decirse, el tiempo y el espacio.

En otro tiempo la Francia poseía inmensas regiones ultramarinas que ofrecían asilo al excedente de la población al paso que servían de mercado al comercio, de carrera á las ciencias y de alimento á la marina; hoy se ve reducida á tener que sepultar los criminales que se hallan convictos en prisiones insalubres, por no tener un punto seguro del globo donde depositarlos: la Francia se ve escluida del nuevo universo, donde el género humano principia á recorrer una nueva existencia. Las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres en Africa, Asia, Oceanía, islas del mar del Sur, y en el continente de las dos Américas, mientras que los franceses desheredados de las conquistas de su genio, apenas oyen hablar en alguna barriada de la Luisiana ó del Canadá bajo una dominación extranjera el idioma de Colbert y Luis XIV que subsiste allí como un padron de su desgracia y de las faltas de su política.

Mas si la lengua de Milton y de Shakespeare aumenta sus riquezas con esa difusión del poder tambien á su vez recibe perjuicios por esa misma circunstancia. Cuando se limitaba á la estension del suelo patrio, era mas individual y tenia mas originalidad y energía: hoy en las riberas del Ganges y del rio de San Lorenzo, en el Cabo de Buena Esperanza, en puerto Jackson en la Oceanía, en la isla de Malta, en el Mediterráneo y en la Trinidad en el golfo de Méjico, se carga de locuciones que la desnaturalizan. Pickering ha compuesto un tratado de las palabras que se hallan en uso en los Estados-Unidos y en él puede verse con qué rapidez se altera un idioma bajo un cielo extranjero por la necesidad de suministrar expresiones á una nueva cultura, á una nueva indus-

(1) Hay otro Carey, poeta y músico á quien los ingleses atribuyen sin fundamento alguno el himno de *God save the king*.

vender á pedazos, si así pudiera decirse, su talento para proporcionarse la subsistencia. «No tengo motivo, decía, de dar gracias á mi estrella por haberme dado por patria la Inglaterra; no le basta sin duda á este siglo el no haber hecho caso de Cowley, y haber visto morir de hambre á Butler.»

Otway posteriormente se ahogó al tragar con demasiada impaciencia el pedazo de pan que arrojaron á su miseria.

¿Qué clase de calamidades no habría sufrido Savage, escribiendo en las esquinas de las calles con los pedazos de papel que encontraba en el suelo, muriendo en un calabozo, y dejando su cadáver encomendado á la conmiseración de un carcelero que á sus expensas lo mandó enterrar!

Chatterton después de haber pasado muchos días sin comer, se envenenó.

En el claustro de la catedral de Worcester se ve una lápida sepulcral sin fecha y sin mas inscripción que la palabra MISERRIMUS. ¿Será ese el epitafio del número?

FIN DE LOS ESTUARDOS.

Jacobo II despues de la muerte de su hermano quiso tentar en favor de la Iglesia Romana lo que ni su mismo padre había podido conseguir en beneficio del episcopado; creíase Jacobo tan dueño de verificar un cambio religioso en el Estado, como Enrique VIII, sin advertir que el pueblo inglés había variado mucho desde aquel tiempo y que ni aun cuando hubiera repartido entre sus súbditos todos los bienes del clero anglicano no habría podido conseguir que uno solo abrazara el catolicismo. Su falta mas grave fue el haber jurado al recibir la corona lo que no tenía intención de cumplir. La inviolabilidad del juramento no siempre ha salvado los imperios; pero el perjurio los ha arruinado constantemente.

Jacobo, naturalmente cruel, encontró un verdugo á propósito para sus miras. Este hombre fue Jeffreis que dió principio á sus ejecuciones á fines del reinado de Carlos II en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. A consecuencia de la invasión de Monmouth siguió Jeffreis su carrera mandando ejecutar en el Mediodía de Inglaterra mas de doscientas cincuenta personas, y no debe pasarse en silencio que en él se echaba de ver cierto espíritu de justicia, virtud que no siendo tal vez apercibida en un hombre de bien, resalta singularmente cuando se la ve brillar en el carácter de un hombre de perdición.

Hacia ya mucho tiempo que Holanda era el foco de las intrigas de los diversos partidos ingleses: los emisarios de esos partidos se reunían allí bajo la protección de María, hija mayor de Jacobo, casada con el príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiración y que sin embargo ha hecho cosas admirables. Jacobo nada de semejantes intrigas creía á pesar de los frecuentes avisos que Luis XIV le daba en secreto. La escuadra de Guillermo se presentó en Broxholme y desembarcó trece mil hombres en Torbay. Allí con grande admiración de no encontrar proseli-

tos estuvieron detenidos mas de diez días los espedicionarios. ¿Qué hizo en tanto Jacobo? Nada. Había puesto en pie de guerra, un ejército de veinte mil hombres, que por de pronto se habría batido; pero Jacobo se abstuvo de ponerlo en movimiento. Sunbderland, su primer ministro le hacia traición: su yerno, el príncipe Jorge de Dinamarca, y hasta su propia hija María, y el otro yerno Guillermo de Orange lo abandonaba. La soledad empezaba á dominar en torno del monarca que había creído poderse aislar impunemente de la opinión nacional. Jacobo pidió consejos al conde de Bedford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado anterior por partidario de Jacobo. El anciano contestó: «en otro tiempo tuve un hijo que habría podido servirlos.»

Jacobo huyó, y en 2 de enero dd 1689 desembarcó en Ambeeteme como un huésped fatal que vino á enseñar el camino de la proscripción á los hogares en que tuvo que refugiarse. En San German se han encontrado los restos mortales de Jacobo II. ¿Dónde están las cenizas de Luis XIV? ¿Dónde están sus hijos?

Mas ¿qué importa todo eso? lord Russel al abrazar por última vez á lady Russel, le dijo: «Esta carne cuyo calor sientes ahora, no tardará mucho en estar helada.» ¿Qué espacio ocupan en el mundo, ni en esta página las generaciones que acabo de indicar? Al regresar en 1800 á Francia iba yo viajando en la diligencia: era de noche, y el carruaje experimentó un ligero estremecimiento que ni siquiera despertó á los pasajeros que dormían. ¿Qué era? Las ruedas del coche acababan de pasar sobre el cuerpo de un miserable que aletargado por el vino se había tendido en mitad de la carretera. Acabábamos de atropellar una vida y las ruedas solo se habían levantado del suelo algunas pulgadas. Los francos degollaron en Metz una multitud de romanos, sorprendidos en medio de un banquete. Todavía no hace muchos años que los soldados franceses valsaron en el monasterio de Alcobaza con la momia de Inés de Castro. ¡Desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y sin embargo habeis pasado ya tan completamente las unas como las otras! La eternidad que principia en este momento es tan antigua como la que trae su fecha del punto en que ocurrió la primera muerte, el asesinato de Abel. Sin embargo los hombres durante nuestra efímera aparición sobre la tierra creemos dejar alguna huella. ¡Huella! ¿A qué insecto le falta la sombra?

Los cuatro Estuardos pasaron en el espacio de ochenta y cuatro años; los seis últimos Borbones que han llevado, ó han debido llevar la corona desde la muerte de Luis XV han desaparecido en un período de cincuenta y cuatro años.

En una y otra monarquía un rey ha dejado su cabeza en el cadalso; se han verificado dos restauraciones y han sido mutuamente seguidas del destierro del soberano legítimo: y sin embargo es muy cierto que la Europa, ó mas bien el mundo lejos de hallarse en el término final de las revoluciones, principia á entrar en el límite de ellas.

QUINTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS REYES DE LA CASA DE HANOVER.

TERMINO Y PERFECCIONAMIENTO DE LA LENGUA INGLESA.
— COMO MUEREN LOS IDIOMAS.

Al concluir la época de los Estuardos entramos en un período de reposo de ciento cincuenta años du-

rante el cual las Musas tuvieron tiempo de perfeccionar el idioma, estacionándose bajo el amparo de la libertad.

Al principiar este Ensayo he hablado del origen de la lengua inglesa, y al atravesar rápidamente los si-

glos he procurado que pudieran notarse los cambios sucesivos que en ella se verificaron. Ahora me voy acercando ya al fin de mi trabajo, y es preciso por lo tanto observar el grado de perfección á que llegó aquella lengua, y de qué manera pudo llegar desde el rudo lenguaje de los bardos á la magnífica expresión de los Pope, los Addison, Swift, Gray, Fielding, Walter-Scott y Byron.

En mi concepto el antiguo idioma inglés aventajó en dulzura al moderno. La *th* termina una multitud de palabras y entre ellas la tercera persona del singular del presente de indicativo. Esa letra tomada de los idiomas orientales principió en los tiempos antiguos á pronunciarse entre los griegos á principios de la guerra del Peloponeso cuando Alcibiades encantaba á los Atenieses con la graciosa dificultad con que pronunciaba algunas letras. La *th* era una letra compuesta que la delicada Jonia parecía regalar al elegante discípulo de Pericles. En el abecedario de los griegos modernos figura también con el nombre de *theta*.

Hallándose en fin de diccion esa letra en el antiguo inglés no podía menos de tener un sonido dulce como se pronuncia en las palabras *mouth, sooth, teeth*, y no áspero como sucede cuando se halla al principio como en *thuder, throbbing, thousand*. La letra se redoblaba con frecuencia en el antiguo inglés. La *e* que abunda y que disputa el final de las palabras á la *the*, era la *e* muda de los franceses, y contribuía á dulcificar el sonido demasiado agudo. La prueba de que esas letras no eran etimológicas, sino eufónicas está en lo mucho que de condado en condado ó casi de ciudad en ciudad variaba la ortografía en cuanto al sonido. Hasta las palabras variaban en el radio de algunas leguas: un comerciante que se embarcaba en el Támesis saltaba á tierra y pedía huevos (*egges*) á una aldeana: es seguro que ésta le contestaría que no entendía el francés. El compañero de aquel comerciante pedía á su vez *ceyren*, huevos, y la buena mujer contestaba que lo entendía perfectamente: *thenne the good wyf said that shee understode him well*. De manera que á unas sesenta millas de la ciudad en que Johnson componia su diccionario, los huevos se llamaban *ceyren*.

A medida que el inglés cambiaba de pronunciación y de forma, y perdía en sobriedad, se iba enriqueciendo con los tributos del tiempo. El espíritu de un idioma se compone de la religión, de las instituciones públicas, del carácter y de los usos y costumbres de un pueblo. Si este pueblo estiende á lo lejos su dominio, recibe en tal caso incremento de las ideas y sentimientos de los demás países con que está en contacto. Véase por de pronto todo lo que un idioma puede recoger de la duración y variedad de las leyes.

En Inglaterra se profesaba el principio de que una ley nunca puede considerarse como abolida: de manera que la historia de lo pasado permanecía presente en medio de los nuevos sucesos, como una inmortal abuela en medio de sus innumerables hijos y nietos. A principios de este siglo todavía hubo un inglés que arrojó el guante en plena audiencia del tribunal y pidió el combate judicial contra su antagonista.

El derecho tradicional inglés (*commom law*) rige á la Inglaterra en general.

En la isla de Man siguen los estatutos de los antiguos reyes de ese Estado.

En Jersey y Guernesey aun están en vigor los reglamentos de Rollon. Los procesos de los Yndous y Mogoles se sustentan en caso de apelación por el tribunal real de Londres y se sentencian con arreglo al código de aquellos países, esto es, el Purana y el Coran.

En las islas Jónicas rige el código de Justiniano juntamente con las decisiones del tribunal del Almirantazgo. En el Canadá florecen aun las ordenanzas

de los reyes de Francia como en tiempos de San Luis. En la isla de Francia reina el código Napoleon, las leyes de Castilla y Aragon en las colonias anglo-españolas y la ley holandesa en el cabo de Buena Esperanza.

La política, la industria y el comercio han mezclado los nombres particulares de sus diccionarios con los del diccionario general. La tribuna aumentó ese tesoro con los discursos de Strafford, Vanes, Bollingbrocke, Walpole, los dos Pitt, Burke, Fox, Sheridan, Canning y Brougham. La economía política con las investigaciones de Adan Smith, Malihus, Thornton, Ricardo y Macculloch enriqueció tambien por su parte el vocabulario general.

Las colonias que la Inglaterra tiene en las cuatro partes del mundo han multiplicado el número de viajeros: contémplese qué inagotable origen de importación de ideas y de imágenes. Ciento y un comerciantes de Londres en el año 1600 reunían una suma de ochocientos mil francos: hé aquí pues, que otra vez vuelven los Bacos y los Alejandros á ser dueños y conquistadores de la India.

Los ingleses tuvieron gramáticas y diccionarios samaritanos, árabes y siríacos casi antes de tener diccionarios griegos y latinos: de esa manera preludiaban el estudio de las lenguas muertas y vivas del Asia, obedeciendo al instinto de su genio, que los impele hácia la pompa de las imágenes y á la independencia de las reglas. Wilkins, Colbrooke, Carey (1), Masden, Morrison, Lockert, Gladwin, Lumsden, Gilchrist, Hadley y William Jones se han ocupado del estudio del sanscrito, del bengali vulgar, de la lengua malaya, del persa, del chino y de la lengua comun del Indostan. De manera que con leyes que no mueren, y con colonias en las cuatro partes del mundo, el idioma inglés abraza, si así pudiera decirse, el tiempo y el espacio.

En otro tiempo la Francia poseía inmensas regiones ultramarinas que ofrecían asilo al excedente de la población al paso que servían de mercado al comercio, de carrera á las ciencias y de alimento á la marina; hoy se ve reducida á tener que sepultar los criminales que se hallan convictos en prisiones insalubres, por no tener un punto seguro del globo donde depositarlos: la Francia se ve escluida del nuevo universo, donde el género humano principia á recorrer una nueva existencia. Las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres en Africa, Asia, Oceanía, islas del mar del Sur, y en el continente de las dos Américas, mientras que los franceses desheredados de las conquistas de su genio, apenas oyen hablar en alguna barriada de la Luisiana ó del Canadá bajo una dominación extranjera el idioma de Colbert y Luis XIV que subsiste allí como un padron de su desgracia y de las faltas de su política.

Mas si la lengua de Milton y de Shakespeare aumenta sus riquezas con esa difusión del poder tambien á su vez recibe perjuicios por esa misma circunstancia. Cuando se limitaba á la estension del suelo patrio, era mas individual y tenia mas originalidad y energía: hoy en las riberas del Ganges y del rio de San Lorenzo, en el Cabo de Buena Esperanza, en puerto Jackson en la Oceanía, en la isla de Malta, en el Mediterráneo y en la Trinidad en el golfo de Méjico, se carga de locuciones que la desnaturalizan. Pickering ha compuesto un tratado de las palabras que se hallan en uso en los Estados-Unidos y en él puede verse con qué rapidez se altera un idioma bajo un cielo extranjero por la necesidad de suministrar expresiones á una nueva cultura, á una nueva indus-

(1) Hay otro Carey, poeta y músico á quien los ingleses atribuyen sin fundamento alguno el himno de *God save the king*.

tria, á las artes del país, á los usos del clima, á las leyes y costumbres que constituyen otra sociedad.

Si semejante trabajo pudiera interesar, yo seguiría aquí la historia de las palabras inglesas: demostraría de qué autores han tomado origen y cómo han perdido ó cambiado de acento alejándose de su primitivo sentido: hablaría de las palabras compuestas y de las negativas opuestas á las positivas que no pocas veces faltan al idioma francés, así como también de las que á un mismo tiempo son sustantivos y verbos: *silence*, significa silencio ó «mandar guardar silencio» *to silence*, *silencer*. Pero semejantes investigaciones muy curiosas para el lector, si fueran hechas en su propio idioma, serían pesadas ó difíciles de entender para cualquiera extranjero.

Las lenguas no siguen el movimiento de la civilización sino hasta el momento en que acaban de perfeccionarse: una vez llegadas á ese punto se estacionan por algún tiempo y luego descienden y se deterioran. Es de temer que los talentos superiores de los siglos futuros no tendrán para expresar sus armonías mas que un instrumento mezquino ó poco sonoro. Ciertamente es que un idioma adquiere nuevas expresiones con el aumento de las luces; pero también lo es que no puede cambiar de sintaxis sin cambiar de índole. Un barbarismo ingenioso puede subsistir en un idioma sin desfigurarlo; pero jamás se establecen solecismos sin destruirlo. Es de esperar que andando el tiempo habrá nuevos Tertulianos, Estacios, Sillos, Itálicos y Claudianos; pero volverán á reproducirse otros Bossuet, Corneille, Racine ó Voltaire? En una lengua jóvenes los autores tienen expresiones é imágenes que encantan como los primeros rayos de la aurora; cuando el idioma está ya formado lo hacen brillar con bellezas de todo género, mas cuando ha envejecido, todo cambia de aspecto: la sencillez de estilo no es mas que reminiscencia y las sublimidades del pensamiento son en tal caso productos de una combinación de palabras penosamente buscadas, y violentamente contrastadas.

EFFECTOS DE LA CRÍTICA EN LOS IDIOMAS. — CRÍTICA EN FRANCIA; VANIDADES DE ESTA NACION. — MUERTE DE LOS IDIOMAS.

La crítica, que por de pronto es tan útil, se ha convertido en Londres por su abundancia y diversidad en otro origen de alteración para los monumentos de la lengua inglesa originando dudas acerca de las expresiones, los giros y las palabras que se deben desecharse ó admitir. Difícil es que un autor conozca la verdad en medio de los diversos juicios pronunciados sobre una misma obra lo menos por veinticinco periódicos que se ocupan exclusivamente de literatura sin contar los artículos que también le consagran los que tratan de otras materias.

En Francia no hay tanta riqueza de crítica ni se juzga actualmente con tanta severidad. Es posible que la literatura parezca ocupación pueril en la edad política y positiva que ahora principia: en ese caso se concibe que nadie trate de crearse una multitud de enemigos por sostener los verdaderos principios del gusto y del arte en una carrera en que ya no hay gloria ni honores que recoger.

Un crítico se ha atrevido en estos últimos años á ejercer rigurosamente la censura: ¿Qué gritos no escuchó su conductal ¿qué habrían, pues, dicho los autores de la actualidad si se les tratara como se nos trató en nuestro tiempo? Dispénsese el que me cite como ejemplo. Al publicar la *Atala* se levantaron contra mí una multitud de críticos; todo el ejército clásico con el abate Morellet al frente cayó sobre mí Floridiana. El Genio del Cristianismo sublevó al mundo volteriano, y tuve que sufrir amonestaciones por parte de los miembros mas distinguidos de la Acade-

mía Francesa. M. de Ginguené examinando mi obra dos meses despues de haber sido publicada, temió que su crítica llegara tarde creyendo que el *Genio del Cristianismo* ya habria caído en olvido. El muy ingenioso Mr. Hoffman descargó contra los *Mártires* cinco ó seis artículos en el *Diario del Imperio*, quitado entonces á sus verdaderos propietarios y que anunciaba mi próxima derrota en el vasto círculo trazado por la espada de Napoleon. ¿Qué habíamos de hacer nosotros, pobres aspirantes á la celebridad? Pensábamos que el mundo estaba conmovido hasta en sus bases? ¿Recurríamos al carbon ó á la pistola para desembarazarnos de nosotros mismos ó del censor? ¿Llenos de nuestro mérito nos obstinábamos temerariamente en nuestros defectos, resueltos á domar el siglo y hacerle pasar por las horcas caudinas de nuestras tonterías? ¡Ah! Nada de eso; mas humildes porque no teníamos los singulares talentos que en la actualidad se encuentran en cada esquina de las calles, procurá-bamos primero justificarnos, y luego corregirnos. Si habíamos sido atacados con demasiada injusticia, las lágrimas de las Musas lavaban y curaban nuestras heridas y finalmente estábamos convencidos de que el crítico nunca ha conseguido dar muerte á lo que en realidad tiene condiciones de vida, así como las alabanzas tampoco han dado nunca vida á lo que por su ínfima naturaleza nace condenado á muerte.

No hay que pedir en estos momentos una tan modesta ó tonta condescendencia por parte de los autores. Las vanidades se han exaltado hasta el delirio; el orgullo es la enfermedad de la época. Nadie se ruboriza de reconocer y confesar todos los dones que nos ha prodigado la liberal naturaleza. Oidnos hablar de nosotros mismos; oid cómo tenemos la bondad de hacer todo el gasto de los elogios que alguno se preparaba á darnos; cómo ilustramos caritativamente al lector acerca de nuestro mérito; cómo le enseñamos á conocer nuestras bellezas, moderamos su entusiasmo y procuramos excitar su admiración en el fondo de su alma.

Ahorrándole el pudor de descubrirnoslo él mismo.

Cada cual sin escepcion cree concienzuda y candidamente ser el hombre de nuestro siglo; el hombre que ha abierto una nueva carrera, el hombre que ha hecho desaparecer lo pasado, el hombre ante quien se han desvanecido todas las celebridades, el hombre que subsistirá y subsistirá solo, el hombre de la posteridad, el hombre que renovará el aspecto de las cosas, el hombre del porvenir; ¡Dichoso el día que nos vio nacer! ¡Dichosa la sociedad que nos ha llevado en su seno! Alguna vez en medio de nuestra soberbia acontece que el que nos oye corre peligro de verse ahogado y á su vez se ve casi puesto en la necesidad de armarse también de orgullo para defenderse del nuestro, como el fumador que con el humo de su pipa procura rechazar el de la pipa de su vecino.

Sin embargo, preciso es confesar que si la crítica ha perdido parte de su poder por la falta de reglas conocidas y por la obstinada rebeldía del amor propio, la crítica histórica y general ha hecho progresos considerables: no sé que en tiempo alguno se haya encontrado en ningún país una reunión de hombres tan sabios y tan distinguidos, como los que honran actualmente en Francia las cátedras públicas.

¿Qué será del idioma inglés? Le sucederá lo mismo que á todos los demás idiomas.

En 1400 un poeta prusiano cantó en el banquete del gran maestro de la Orden Teutónica en antiguo idioma del país, los hechos heroicos de los guerreros del tiempo pasado: nadie entendió lo que el poeta dijo, y por esta razón le recompensaron su trabajo dándole cien nueces vacías.

En la actualidad el bajo-breton, el vasco, y el idio-

ma de los antiguos galos, van muriendo de cabaña en cabaña á proporcion que mueren los cabreros y los labradores. En la provincia inglesa de Cornouailles se extinguió en 1676 el dialecto de los indígenas: un pescador dijo á unos viajeros: «No conozco ya mas que cuatro ó cinco personas que hablan el breton, y todas son unos ancianos como yo, que están entre los sesenta y ochenta años»

Tribus enteras del Orinoco han desaparecido, y de su dialecto apenas queda una docena de palabras repetidas en la cima de los árboles por los loros que han vuelto á conquistar su libertad; el tordo de Agripina murmuraba palabras griegas en las cornisas del palacio latino. Eso sucederá tarde ó temprano con nuestras gergas modernas; algun mirlo de *New-Place* gorgeará entre las ramas de un manzano versos de Shakespeare, que al que pase por aquel sitio no le será dable entender; algun grajo escapado de la jaula del último cura franco-galo, dirá desde lo alto de la torre ruínosa de una catedral abandonada á los pueblos extranjeros que vendrán en pos de nosotros: «Escuchad con atención los acentos de una voz que vos fue conocida, y dareis fin á todos vuestros discursos.»

Sed, pues, otros Shakespeare ó Bossuet, ¿para qué? Para que en último resultado vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro á vuestro idioma, y á vuestra memoria entre los hombres.

NO HABRÁ EN LO SUCESIVO CELEBRIDADES LITERARIAS UNIVERSALES.—FUNDAMENTO DE ESTA OPINION.

En vista de la multitud y diversidad de idiomas modernos pueden los hombres atormentados de la sed de vida póstuma hacerse esta pregunta. ¿Ofrecerán actualmente las letras para lo sucesivo celebridades universales como las que nos han transmitido los siglos pasados?

Dos idiomas dominaban esclusivamente en el antiguo mundo civilizado; dos pueblos eran lo que en último resultado juzgaban el mérito de los monumentos de su gloria. Roma, á pesar de sus victorias sobre la Grecia, conservó para los trabajos de la inteligencia de los vencidos el mismo respeto que les profesaban Alejandría y Atenas. La gloria de Homero y Virgilio nos ha sido religiosamente transmitida por los curas y los frailes, maestros de los bárbaros en las escuelas eclesiásticas, en los monasterios, los seminarios y las universidades. Una admiración hereditaria ha venido descendiendo de raza en raza hasta nosotros en virtud de las lecciones de un profesorado, cuya cátedra abierta desde hace catorce siglos, está sin cesar confirmando el mismo juicio.

Nada de eso sucede en el actual mundo civilizado; en él florecen cinco idiomas, y cada uno de estos tiene obras maestras que no están reconocidas por tales en los países en que se hablan los otros cuatro idiomas; no hay que admirarse.

Nadie, tratándose de la literatura viva, es juez competente sino de las obras que están escritas en su propio idioma. En vano cree nadie poseer á fondo un idioma extranjero: falta, si así puede decirse, la leche de la nodriza y las palabras que se aprenden en el seno de ésta, en tanto que uno está envuelto entre mantillas: hay acentos que solo la patria puede inspirarlos. Los ingleses y alemanes tienen acerca de los literatos franceses las mas irregulares nociones; por lo general adoran lo que en Francia se desprecia, y desprecian lo que en Francia se adora: no comprenden á Racine, ni á La-Fontaine, ni al mismo Molière. Cosa de risa es saber cuáles son los escritores franceses tenidos en mas consideración en Londres, Viena, Berlin, San Petersburgo, Munic, Leipsick, Gotinga y Colonia, y ver cuáles son las obras leídas con mas furor, y cuáles las despreciadas. Esto me hace con-

fesar que es muy posible que al anunciar mi opinion acerca de una multitud de autores ingleses, me haya también equivocado, prodigando alabanzas ó críticas desmerecidas, y dando lugar á que mis juicios sean reputados por grotescos ó impertinentes en los países á que me refiero.

Jamás un extranjero comprenderá perfectamente el mérito de un autor que esclusivamente se fonda en el lenguaje. Cuanto mas íntimo, nacional ó individual sea el talento, menos puede penetrar en sus misterios la persona que no es *compatriota* de aquel talento. He dicho ya que nuestra admiración por los griegos y los romanos ha sido transmitida por la tradición, y que si aquellos pueblos existieran, tal vez no podrían contener la risa al oír nuestras apreciaciones de bárbaros. ¿Quién de nosotros podrá formarse una idea de la armonía de la prosa de Demóstenes, ó de Cicerón, ó de la decadencia de los versos de Alceo y de Horacio, cual resonaba en un oído griego ó latino? Dícese que la belleza real es de todos los tiempos y de todos los países; así es en efecto si se trata de las bellezas del pensamiento, pero no del estilo. Este no es cosmopolita: tiene una tierra, un cielo y un sol, que le son propios.

Los pueblos del Norte, que escriben en todos los idiomas, no tienen en estos ningún estilo. La multitud de voces que embarazan la memoria, contribuyen á que las percepciones sean confusas: al presentarse la idea no sabe el escritor que se halla en ese caso, con qué velo cubrirla ni de qué idioma valerse para expresarla mejor. Si no hubiera sabido mas que su propia lengua, y los glosarios griegos y latinos de su origen, la idea se le habria presentado bajo su forma natural, y no habiendo *pensado* en ella á la vez en diferentes idiomas, no habria salido á luz como un aborto múltiple, y como un indigesto producto de conceptos sincrónicos. antes por el contrario hubiera presentado aquel carácter de unidad, de sencillez, aquel tipo de paternidad y de raza, sin el cual las obras de la inteligencia no son mas que unas masas nebulosas parecidas á todo y á nada. El mejor medio de ser mal autor es el que estén varios idiomas silbando como un loro en el eco de la memoria á un mismo tiempo: un políglota no puede interesar sino á los sordo-mudos. Es muy bueno, muy útil aprender, estudiar y leer las lenguas vivas cuando uno se consagra á las letras; pero es peligroso el hablarlas, y peligrosísimo el escribirlas.

De todo esto resulta que no se levantarán ya en lo sucesivo aquellos colosos de gloria, cuya grandeza está simultaneamente reconocida por los siglos y las naciones. Preciso es entender en un sentido limitado al tratar de los escritores modernos, lo que anteriormente he dicho respecto de aquellos ingenios, que al parecer han educado y alimentado á todos los demás. En Viena, en París, en San Peterburgo, en Roma, en Londres, en Lisboa, en Madrid ó en Berlin, nunca un poeta alemán, inglés, portugués, español, italiano, ruso ó francés, merecerá el concepto que se dispensa á Virgilio y Homero. Nosotros grandes hombres, nosotros creíamos llenar el mundo con nuestra celebridad; pero por mas que hagamos es seguro que no pasará del límite en que espire nuestro idioma. ¿No habrá pasado ya el tiempo de las dominaciones supremas? ¿No habrán pasado con él todas las aristocracias? Los penosos esfuerzos que últimamente se han intentado para descubrir nuevas formas, para encontrar una nueva cadencia, una nueva censura, para dar nueva entonación al color, para rejuvenecer el giro, la palabra y la idea, para anticuar la frase y volver á lo sencillo y popular, ¿no están demostrando que el círculo se ha recorrido ya enteramente? Lejos de avanzar se ha retrogradado; no se ha hechado de ver que volvíamos al tartamudeo de la lengua, y á los cuantos de niños de los primeros ensayos del arte.

Sostener que no hay arte, que no hay bello ideal, que no hay necesidad de andar escogiendo asuntos, sino pintar todo lo que se presente, y que lo feo es tan hermoso como lo hermoso, es un mero juego de palabras por parte de unos, una depravación del gusto por parte de otros, un sofisma dictado á unos por la pereza, y á otros por la incapacidad.

OTRAS CAUSAS QUE CONCURREN Á DESTRUIR LAS CELEBRIDADES UNIVERSALES.

Por último, además de esa división de idiomas que en la época actual se opone á las celebridades universales, hay otra causa que trabaja también para destruirlas. La libertad, el espíritu de nivelación y de incredulidad, el aborrecimiento á toda superioridad, la anarquía de ideas, la democracia se ha introducido también en el campo de la literatura, así como en la sociedad. Entiéndase que esas cosas que tanto halagan el amor propio y despiertan el sentimiento de envidia, obran con reduplicada viveza en la esfera de las letras. Nadie quiere ya reconocer maestros, ni autoridades; no se admiten reglas ni opiniones establecidas: el libre examen campea en el Parnaso como progreso del siglo, ni mas ni menos que en el terreno de la política y de la religión. Cada cual se cree con derecho de juzgar, y juzga con arreglo á sus luces, su gusto, su sistema, su odio ó su amor. De aquí nace la turba de *inmortales* acantonados en una calle, ó encerrados en el círculo de su escuela y amigos, y que apenas pasan de su límite, se ven silbados y desconocidos en la calle inmediata.

La verdad tenía que hacer en otro tiempo esfuerzos para penetrar; carecía de vehículo; no existía una prensa diaria y libre; los literatos formaban un mundo aparte, y se ocupaban unos de otros sin que el público llegara apenas á saberlo. Ahora que los periódicos denigrantes ó admirativos *tocan á la carga ó cantan la victoria*, sería preciso tener muy mezquina fortuna para no llegar á comprender lo que uno vale. Mas téngase presente que si por esas sentencias contradictorias, nuestra reputación empieza mas pronto, también espira en mas breve plazo: el que por la mañana ha sido comparado con el águila, no está lejos de pasar por mochuelo al ponerse el sol.

Tal es la humana condición, particularmente en Francia: si en este país se ve brillar algún talento, todo el mundo hace alarde de despreciarlo. Hoy lo elevan á las nubes; mañana lo arrastran por el cieno; luego vuelve á renacer la admiración, y otra vez vuelve también á renacer el desprecio. ¿Quién durante estos años últimos no habrá visto variar veinte veces la opinión acerca de un mismo sugeto? ¿Hay en la actualidad algo de verdadero ó cierto sobre la tierra? El mundo no sabe que creer; en todo vacila, duda de todo, al llegar la noche han pasado las mas ardientes convicciones. No podemos tolerar reputaciones; la admiración que se dispensa á los demás parece que nos ha sido arrebatada á nosotros mismos: nuestras vanidades se alarman del menor triunfo ajeno, y todo lo que éste dura, se prolonga el suplicio de aquellas. No se siente que un hombre de mérito, (no siendo nosotros mismos), llegue á morir; bien mirado no es mas que un rival menos: su importuno rumor no nos dejaba oír las alabanzas de los tontos, ni el concierto de graznidos de las medianías. La prensa se apresura á amortajar al célebre difunto con tres ó cuatro artículos de periódico; nadie vuelve á hablar de él; nadie lee sus obras; queda sellada su celebridad en los libros como el cadáver en el féretro, y todo se remite á la prosperidad por conducto del tiempo y de la muerte.

Hoy todo envejece en algunas horas: una celebridad se mancha, una obra pasa en un momento. La poesía tiene ya la misma suerte que la música; su voz llena

de frescura al nacer el día, está ronca al ponerse el sol. Todo el mundo escribe; nadie lee con reflexión. Un nombre repetido por tres veces produce náuseas. ¿Dónde están aquellos ilustres que al despertarse una mañana declararon, hace algunos años, que nada de provecho había existido anteriormente á ellos; que habían descubierto universos desconocidos; que se hallaban por la virtud de su talento decididos á hacer que el mundo mirara con compasión las obras maestras tan estúpidamente admiradas hasta entonces? ¿Dónde están aquellos que se llamaban *juventud*, en 1830? Hé aquí que ya surgen los hombres del 1835, considerando como viejos á los del 1830, y diciéndoles que el mérito que en su tiempo podían haber tenido, era ya una cosa gastada, y que ya había pasado y repasado enteramente. No tardarán en presentarse en la escena los párbulos que ahora están en pañales, y se reirán á su vez de aquellos octogenarios de diez y seis años, y de los diez mil poetas y cincuenta mil prosistas que ahora están cubiertos de gloria y melancolía en todos los ángulos de la nación. Si por casualidad el público no se apercibe de la existencia de esos autores, procuran ellos mismos darse una muerte ruidosa para llamar la atención. ¿Otra locura, el público ni siquiera oye su último suspiro. ¿Quién causa ese delirio y esas aberraciones? la falta del contrapeso de las locuras humanas, la falta de religión.

Cada lustro vale un siglo en la época que vivimos; la sociedad muere y se renueva cada diez años. Adios, pues, esperanzas de una celebridad duradera y universalmente reconocida. Quien escribe para eternizar su nombre, sacrifica su vida á la mas vana y mas tonta de las quimeras. Buonaparte será tal vez la única existencia aislada de ese antiguo mundo que se vá desvaneciendo: en lo sucesivo nada se elevará sobre el nivel de la sociedad; la grandeza del individuo será reemplazada por la grandeza de la especie.

La juventud es lo mas bello y generoso que existe; me siento poderosamente atraído hacia ella, como hacia la fuente de mi antigua vida; le deseo toda clase de triunfos y prosperidad, y por esa misma razón creo que no debo adularla. Al fin del errado camino por donde marcha, no encontrará mas que hastio y miseria. Conozco que en la actualidad le faltan carreras, y que está luchando en medio de una sociedad oscura, de lo cual provienen esas ráfagas de talento que rasgan súbitamente las nubes, y súbitamente se extinguen; pero no pierda de vista la juventud que ha estudios, laboriosos y largos, que hechos silenciosos y constantemente, llenarían mejor su existencia, y producirían mejores efectos que esa multitud de versos tan pronto hechos como olvidados.

Al terminar este capítulo me asaltan dudas y tengo un remordimiento: me he atrevido á decir que Dante, Shakespeare, Tasso, Camoens, Schiller, Milton, Racine, Bossuet, Corneille y otros, no llegarán tal vez á vivir *universalmente* como Virgilio y Homero, y he afirmado, aunque de un modo indirecto, que el tiempo de las celebridades universales había pasado ya.

¿Por qué he de tratar de privar al hombre del pensamiento de lo infinito, sin el cual no podría hacer cosa alguna, ni elevarse nunca á la altura que puede aspirar? Si no encuentro en mí mismo esa condición de vida póstuma, ¿por qué razón he de creer que los demás se hallan también despojados de ella? Un poco de resentimiento contra mi propia naturaleza ¿me ha hecho juzgar de un modo tan absoluto las facultades intelectuales que los demás pueden tener? Volvamos, pues á establecer la serie de ideas en el orden que tenían antes de haber manifestado esas dudas, y hecho esas observaciones: no neguemos á los talentos nacidos ó por nacer la esperanza de una celebridad duradera, que algunos escritores ó escritoras, pueden prometerse desde hoy para lo sucesivo: caminen

hacia ese porvenir universal; muy gratos me serán sus esfuerzos, bien entendido que si yo quedo en medio del camino, no me lamentaré, ni tampoco lo echaré de menos.

Si post fata venit gloria, non prospero.

MARIA.—GUILLERMO.—LA REINA ANA.

ESCUELA CLÁSICA.

La invasión del gusto francés, principió en el reinado de Carlos II, y terminó en tiempo de Guillermo y la reina Ana. La alta aristocracia tomó en su educación algo del noble é imponente carácter de la gran monarquía vecina y rival suya. La literatura inglesa, desconocida hasta entonces en Francia, pasó el estrecho. Addison vió á Boileau en 1701, y le presentó un ejemplar de sus poesías latinas. Habiendo tenido que refugiarse Voltaire en Inglaterra, con motivo de su disputa con el caballero de Rohan-Chavot, dedicó la *Enriada* á la reina Ana, y corrompió su inteligencia con las ideas filosóficas de Collins, Chubb, Tindal, Wolston, Tolland y Bolingbroke. Al regresar á Francia dió á conocer Shakespeare, Milton, Dryden, Shaftebury y Swift, presentándolos como personajes de una nueva especie descubiertos por él en un nuevo mundo. Racine tradujo el *Paraíso perdido*, y Rollin habló de esa obra en su *Tratado de estudios*.

Cuando Guillermo consiguió ceñir la corona británica, los escritores de Londres y París tomaron parte en la disputa de los príncipes y los guerreros. Boileau cantó el *paso del Rhin*; Prior contestó que el representante del Parnaso estaba ocupando las nueve Musas en cantar que *Luis no había pasado el Rhin*, lo cual era cierto. Philips tradujo el *Pompeyo* de Corneille, y Roscommon escribió el prólogo. Addison celebraba las victorias de Marlborough, y tributaba homenaje á *Atalia*: Pope publicó su *Ensayo sobre la crítica*, cuyo modelo es el *Arte poética*: estableció poco mas ó menos las mismas reglas que Horacio y Boileau; mas recordando súbitamente su dignidad (de inglés), exclamó: «*But we, brave Britons, foreign laus despis'd.*» (Los bravos bretones desprecian las leyes extranjeras.) Foam tradujo el *Arte poética*, del poeta francés: Dryden revisó el texto y reemplazó los nombres de autores franceses con otros de compatriotas suyos.

El poema de *El rizo arrebatado*, parece que fue inspirado por el que Boileau escribió con el título de *Lutrin* (facistol); la *Dunciada*, del poeta inglés, fue también una copia ó imitación de las *Sátiras* del amigo de Racine; Butler tradujo una de esas sátiras.

El siglo literario de la reina Ana, es el último reflejo del siglo de Luis XIV. Y como si el destino del gran rey hubiese sido el encontrarse siempre de frente con Guillermo y hacer conquistas, cuando no pudo invadir la Inglaterra con ejército de soldados, la invadió con un ejército de letras: el genio de Albion que hizo frente á los guerreros franceses, cedió el campo á los literatos.

Prensa periódica.—ADDISON.—POPE.—SWIFT.—STEELE.

Consumióse entonces otra revolución, cuyos resultados han sido y siguen siendo incalculables; establecióse en las márgenes del Támesis la prensa periódica, política y literaria á un mismo tiempo, Steele defendió los intereses de los whigs en el *Taller*, el *Spectator*, el *Mentor*, el *English man*, el *Lover*, el *Reader*, el *Towny Talk*, el *Chit-Chat* y el *Plébeium*, y además combatió contra el *Examiner*, escrito por Swift en sentido *tory*. Addison, Congreve, Walsh, Arbuthnot, Gay, Pope y King, se colocaron segun sus opiniones bajo las banderas de Swift ó de Steele.

Jotánas Swift, nació en Irlanda (30 de noviembre de 1667), y fue con muy poca razón llamado el *Rabelais* de Inglaterra por Voltaire. Este filósofo no apreció mas que las impiedades de Rabelais y sus gracias cuando son de buen género; pero no echó de ver la profunda sátira de la sociedad y del hombre, ni la alta filosofía, ni el elevado estilo del cura de Meudon; tal vez como no miraba el cristianismo sino por su parte mas débil, no comprendió la revolución intelectual y moral verificada en la humanidad por el Evangelio.

La obra intitulada el *Tonel*, en la cual Swift atacó á un mismo tiempo al papa, á Lutero y Calvino, y *Gulliver* en la que se ponen de relieve las instituciones humanas, no son mas que pálidas copias del *Gargantua*. Los siglos en que vivieron ambos autores establecen entre ellos una inmensa distancia; Rabelais principió á reformar su lengua, Swift completó el perfeccionamiento de la suya. Por otra parte, es dudoso que el *Tonel* sea de Swift, ó que este sea su único autor. Swift se entretuvo en hacer versos de veinte, treinta y sesenta sílabas. El historiador Velly tradujo su sátira titulada *John Bull*, sobre la paz de Utrecht.

Guillermo que llevó á cabo tantas cosas, instruyó á Swift en el arte de cultivar los espárragos á la holandesa. Jotánas amaba á una joven llamada Stella; la trajo á su deanato de *Saint Patrick*, y al cabo de diez y seis años y de su amor, se casó con ella. Ester-van-Homrigh, se enamoró apasionadamente de Swift, aunque era viejo, feo y asqueroso: cuando esta señora supo que estaba formalmente casado con Stella, á quien hasta entonces había mirado con desprecio, tuvo tal sentimiento que le costó la vida. De manera que aquel ente ridículo causó la muerte de dos hermosas mujeres, y no pudo á imitación de los grandes poetas, darles una segunda vida.

Steele, compatriota de Swift, se hizo rival suyo en política. Habiendo conseguido entrar en la cámara de los Diputados, fue espulsado de ella como autor de libelos sediciosos. Con motivo de la creación de doce pares en tiempo del ministerio de Oxford y Bolingbroke, escribió una carta mordaz á sir Dilles Wharton, acerca de los *pares de circunstancias*. Las relaciones de Steele con el gran corruptor Walpole no le enriquecieron; por lo cual suspendiendo sus publicaciones literarias se metió en la literatura de industria é inventó una máquina para trasportar salmon fresco á Londres.

Débase á Steele el haber limpiado el teatro de las obscenidades que los escritores del tiempo de Carlos II habían introducido, y esa circunstancia es tanto mas apreciable en un autor que, como Steele, no podía jactarse de tener costumbres muy arregladas. Sin embargo, su contemporáneo Gay el fabulista, hacia representar su comedia titulada *Beggar*, cuyos protagonistas son un ladrón y una ramera. Esa comedia será tal vez el tipo original de ciertos melodramas que se han representado en nuestros tiempos.

TRÁNSITO DE LA LITERATURA CLÁSICA Á LA DIDÁCTICA, DESCRIPTIVA Y SENTIMENTAL.

La literatura inglesa clásica parecida á la francesa con solo la diferencia de las costumbres nacionales degeneró prontamente, y pasó del género clásico al espíritu del siglo XVIII. Entonces principió la imitación por parte de los escritores franceses que se pusieron á copiar á sus vecinos con una especie de preocupación que no deja de repetirse alguna que otra vez. Todo lo que sobre este particular puede decirse es tan sabido de todo el mundo, que sería muy pesado el seguir un orden cronológico para repetir lo que nadie ignora.

La poesía moral técnica, didáctica y descriptiva,

Sostener que no hay arte, que no hay bello ideal, que no hay necesidad de andar escogiendo asuntos, sino pintar todo lo que se presente, y que lo feo es tan hermoso como lo hermoso, es un mero juego de palabras por parte de unos, una depravación del gusto por parte de otros, un sofisma dictado á unos por la pereza, y á otros por la incapacidad.

OTRAS CAUSAS QUE CONCURREN Á DESTRUIR LAS CELEBRIDADES UNIVERSALES.

Por último, además de esa división de idiomas que en la época actual se opone á las celebridades universales, hay otra causa que trabaja también para destruirlas. La libertad, el espíritu de nivelación y de incredulidad, el aborrecimiento á toda superioridad, la anarquía de ideas, la democracia se ha introducido también en el campo de la literatura, así como en la sociedad. Entiéndase que esas cosas que tanto halagan el amor propio y despiertan el sentimiento de envidia, obran con reduplicada viveza en la esfera de las letras. Nadie quiere ya reconocer maestros, ni autoridades; no se admiten reglas ni opiniones establecidas: el libre examen campea en el Parnaso como progreso del siglo, ni mas ni menos que en el terreno de la política y de la religión. Cada cual se cree con derecho de juzgar, y juzga con arreglo á sus luces, su gusto, su sistema, su odio ó su amor. De aquí nace la turba de *inmortales* acantonados en una calle, ó encerrados en el círculo de su escuela y amigos, y que apenas pasan de su límite, se ven silbados y desconocidos en la calle inmediata.

La verdad tenía que hacer en otro tiempo esfuerzos para penetrar; carecía de vehículo; no existía una prensa diaria y libre; los literatos formaban un mundo aparte, y se ocupaban unos de otros sin que el público llegara apenas á saberlo. Ahora que los periódicos denigrantes ó admirativos *tocan á la carga ó cantan la victoria*, sería preciso tener muy mezquina fortuna para no llegar á comprender lo que uno vale. Mas téngase presente que si por esas sentencias contradictorias, nuestra reputación empieza mas pronto, también espira en mas breve plazo: el que por la mañana ha sido comparado con el águila, no está lejos de pasar por mochuelo al ponerse el sol.

Tal es la humana condición, particularmente en Francia: si en este país se ve brillar algún talento, todo el mundo hace alarde de despreciarlo. Hoy lo elevan á las nubes; mañana lo arrastran por el cieno; luego vuelve á renacer la admiración, y otra vez vuelve también á renacer el desprecio. ¿Quién durante estos años últimos no habrá visto variar veinte veces la opinión acerca de un mismo sugeto? ¿Hay en la actualidad algo de verdadero ó cierto sobre la tierra? El mundo no sabe que creer; en todo vacila, duda de todo, al llegar la noche han pasado las mas ardientes convicciones. No podemos tolerar reputaciones; la admiración que se dispensa á los demás parece que nos ha sido arrebatada á nosotros mismos: nuestras vanidades se alarman del menor triunfo ajeno, y todo lo que éste dura, se prolonga el suplicio de aquellas. No se siente que un hombre de mérito, (no siendo nosotros mismos), llegue á morir; bien mirado no es mas que un rival menos: su importuno rumor no nos dejaba oír las alabanzas de los tontos, ni el concierto de graznidos de las medianías. La prensa se apresura á amortajar al célebre difunto con tres ó cuatro artículos de periódico; nadie vuelve á hablar de él; nadie lee sus obras; queda sellada su celebridad en los libros como el cadáver en el féretro, y todo se remite á la prosperidad por conducto del tiempo y de la muerte.

Hoy todo envejece en algunas horas: una celebridad se mancha, una obra pasa en un momento. La poesía tiene ya la misma suerte que la música; su voz llena

de frescura al nacer el día, está ronca al ponerse el sol. Todo el mundo escribe; nadie lee con reflexión. Un nombre repetido por tres veces produce náuseas. ¿Dónde están aquellos ilustres que al despertarse una mañana declararon, hace algunos años, que nada de provecho había existido anteriormente á ellos; que habían descubierto universos desconocidos; que se hallaban por la virtud de su talento decididos á hacer que el mundo mirara con compasión las obras maestras tan estúpidamente admiradas hasta entonces? ¿Dónde están aquellos que se llamaban *juventud*, en 1830? Hé aquí que ya surgen los hombres del 1835, considerando como viejos á los del 1830, y diciéndoles que el mérito que en su tiempo podían haber tenido, era ya una cosa gastada, y que ya había pasado y repasado enteramente. No tardarán en presentarse en la escena los párbulos que ahora están en pañales, y se reirán á su vez de aquellos octogenarios de diez y seis años, y de los diez mil poetas y cincuenta mil prosistas que ahora están cubiertos de gloria y melancolía en todos los ángulos de la nación. Si por casualidad el público no se apercibe de la existencia de esos autores, procuran ellos mismos darse una muerte ruidosa para llamar la atención. ¿Otra locura, el público ni siquiera oye su último suspiro. ¿Quién causa ese delirio y esas aberraciones? la falta del contrapeso de las locuras humanas, la falta de religión.

Cada lustro vale un siglo en la época que vivimos; la sociedad muere y se renueva cada diez años. Adios, pues, esperanzas de una celebridad duradera y universalmente reconocida. Quien escribe para eternizar su nombre, sacrifica su vida á la mas vana y mas tonta de las quimeras. Buonaparte será tal vez la única existencia aislada de ese antiguo mundo que se vá desvaneciendo: en lo sucesivo nada se elevará sobre el nivel de la sociedad; la grandeza del individuo será reemplazada por la grandeza de la especie.

La juventud es lo mas bello y generoso que existe; me siento poderosamente atraído hacia ella, como hacia la fuente de mi antigua vida; le deseo toda clase de triunfos y prosperidad, y por esa misma razón creo que no debo adularla. Al fin del errado camino por donde marcha, no encontrará mas que hastio y miseria. Conozco que en la actualidad le faltan carreras, y que está luchando en medio de una sociedad oscura, de lo cual provienen esas ráfagas de talento que rasgan súbitamente las nubes, y súbitamente se extinguen; pero no pierda de vista la juventud que ha estudios, laboriosos y largos, que hechos silenciosos y constantemente, llenarían mejor su existencia, y producirían mejores efectos que esa multitud de versos tan pronto hechos como olvidados.

Al terminar este capítulo me asaltan dudas y tengo un remordimiento: me he atrevido á decir que Dante, Shakespeare, Tasso, Camoens, Schiller, Milton, Racine, Bossuet, Corneille y otros, no llegarán tal vez á vivir *universalmente* como Virgilio y Homero, y he afirmado, aunque de un modo indirecto, que el tiempo de las celebridades universales había pasado ya.

¿Por qué he de tratar de privar al hombre del pensamiento de lo infinito, sin el cual no podría hacer cosa alguna, ni elevarse nunca á la altura que puede aspirar? Si no encuentro en mí mismo esa condición de vida póstuma, ¿por qué razón he de creer que los demás se hallan también despojados de ella? Un poco de resentimiento contra mi propia naturaleza ¿me ha hecho juzgar de un modo tan absoluto las facultades intelectuales que los demás pueden tener? Volvamos, pues á establecer la serie de ideas en el orden que tenían antes de haber manifestado esas dudas, y hecho esas observaciones: no neguemos á los talentos nacidos ó por nacer la esperanza de una celebridad duradera, que algunos escritores ó escritoras, pueden prometerse desde hoy para lo sucesivo: caminen

hacia ese porvenir universal; muy gratos me serán sus esfuerzos, bien entendido que si yo quedo en medio del camino, no me lamentaré, ni tampoco lo echaré de menos.

Si post fata venit gloria, non prospero.

MARIA.—GUILLERMO.—LA REINA ANA.

ESCUELA CLÁSICA.

La invasión del gusto francés, principió en el reinado de Carlos II, y terminó en tiempo de Guillermo y la reina Ana. La alta aristocracia tomó en su educación algo del noble é imponente carácter de la gran monarquía vecina y rival suya. La literatura inglesa, desconocida hasta entonces en Francia, pasó el estrecho. Addison vió á Boileau en 1701, y le presentó un ejemplar de sus poesías latinas. Habiendo tenido que refugiarse Voltaire en Inglaterra, con motivo de su disputa con el caballero de Rohan-Chavot, dedicó la *Enriada* á la reina Ana, y corrompió su inteligencia con las ideas filosóficas de Collins, Chubb, Tindal, Wolston, Tolland y Bolingbroke. Al regresar á Francia dió á conocer Shakespeare, Milton, Dryden, Shaftebury y Swift, presentándolos como personajes de una nueva especie descubiertos por él en un nuevo mundo. Racine tradujo el *Paraíso perdido*, y Rollin habló de esa obra en su *Tratado de estudios*.

Cuando Guillermo consiguió ceñir la corona británica, los escritores de Londres y París tomaron parte en la disputa de los príncipes y los guerreros. Boileau cantó el *paso del Rhin*; Prior contestó que el representante del Parnaso estaba ocupando las nueve Musas en cantar que *Luis no había pasado el Rhin*, lo cual era cierto. Philips tradujo el *Pompeyo* de Corneille, y Roscommon escribió el prólogo. Addison celebraba las victorias de Marlborough, y tributaba homenaje á *Atalia*: Pope publicó su *Ensayo sobre la crítica*, cuyo modelo es el *Arte poética*: estableció poco mas ó menos las mismas reglas que Horacio y Boileau; mas recordando súbitamente su dignidad (de inglés), exclamó: «*But we, brave Britons, foreign laus despis'd.*» (Los bravos bretones desprecian las leyes extranjeras.) Foam tradujo el *Arte poética*, del poeta francés: Dryden revisó el texto y reemplazó los nombres de autores franceses con otros de compatriotas suyos.

El poema de *El rizo arrebatado*, parece que fue inspirado por el que Boileau escribió con el título de *Lutrin* (facistol); la *Dunciada*, del poeta inglés, fue también una copia ó imitación de las *Sátiras* del amigo de Racine; Butler tradujo una de esas sátiras.

El siglo literario de la reina Ana, es el último reflejo del siglo de Luis XIV. Y como si el destino del gran rey hubiese sido el encontrarse siempre de frente con Guillermo y hacer conquistas, cuando no pudo invadir la Inglaterra con ejército de soldados, la invadió con un ejército de letras: el genio de Albion que hizo frente á los guerreros franceses, cedió el campo á los literatos.

Prensa periódica.—ADDISON.—POPE.—SWIFT.—STEELE.

Consumióse entonces otra revolución, cuyos resultados han sido y siguen siendo incalculables; establecióse en las márgenes del Támesis la prensa periódica, política y literaria á un mismo tiempo, Steele defendió los intereses de los whigs en el *Taller*, el *Spectator*, el *Mentor*, el *English man*, el *Lover*, el *Reader*, el *Towny Talk*, el *Chit-Chat* y el *Plébeium*, y además combatió contra el *Examiner*, escrito por Swift en sentido *tory*. Addison, Congreve, Walsh, Arbuthnot, Gay, Pope y King, se colocaron segun sus opiniones bajo las banderas de Swift ó de Steele.

Jotánas Swift, nació en Irlanda (30 de noviembre de 1667), y fue con muy poca razón llamado el *Rabelais* de Inglaterra por Voltaire. Este filósofo no apreció mas que las impiedades de Rabelais y sus gracias cuando son de buen género; pero no echó de ver la profunda sátira de la sociedad y del hombre, ni la alta filosofía, ni el elevado estilo del cura de Meudon; tal vez como no miraba el cristianismo sino por su parte mas débil, no comprendió la revolución intelectual y moral verificada en la humanidad por el Evangelio.

La obra intitulada el *Tonel*, en la cual Swift atacó á un mismo tiempo al papa, á Lutero y Calvino, y *Gulliver* en la que se ponen de relieve las instituciones humanas, no son mas que pálidas copias del *Gargantua*. Los siglos en que vivieron ambos autores establecen entre ellos una inmensa distancia; Rabelais principió á reformar su lengua, Swift completó el perfeccionamiento de la suya. Por otra parte, es dudoso que el *Tonel* sea de Swift, ó que este sea su único autor. Swift se entretuvo en hacer versos de veinte, treinta y sesenta sílabas. El historiador Velly tradujo su sátira titulada *John Bull*, sobre la paz de Utrecht.

Guillermo que llevó á cabo tantas cosas, instruyó á Swift en el arte de cultivar los espárragos á la holandesa. Jotánas amaba á una jóven llamada Stella; la trajo á su deanato de *Saint Patrick*, y al cabo de diez y seis años y de su amor, se casó con ella. Ester-van-Homrigh, se enamoró apasionadamente de Swift, aunque era viejo, feo y asqueroso: cuando esta señora supo que estaba formalmente casado con Stella, á quien hasta entonces había mirado con desprecio, tuvo tal sentimiento que le costó la vida. De manera que aquel ente ridículo causó la muerte de dos hermosas mujeres, y no pudo á imitación de los grandes poetas, darles una segunda vida.

Steele, compatriota de Swift, se hizo rival suyo en política. Habiendo conseguido entrar en la cámara de los Diputados, fue espulsado de ella como autor de libelos sediciosos. Con motivo de la creación de doce pares en tiempo del ministerio de Oxford y Bolingbroke, escribió una carta mordaz á sir Dilles Wharton, acerca de los *pares de circunstancias*. Las relaciones de Steele con el gran corruptor Walpole no le enriquecieron; por lo cual suspendiendo sus publicaciones literarias se metió en la literatura de industria é inventó una máquina para trasportar salmon fresco á Londres.

Débase á Steele el haber limpiado el teatro de las obscenidades que los escritores del tiempo de Carlos II habían introducido, y esa circunstancia es tanto mas apreciable en un autor que, como Steele, no podía jactarse de tener costumbres muy arregladas. Sin embargo, su contemporáneo Gay el fabulista, hacia representar su comedia titulada *Beggar*, cuyos protagonistas son un ladrón y una ramera. Esa comedia será tal vez el tipo original de ciertos melodramas que se han representado en nuestros tiempos.

TRÁNSITO DE LA LITERATURA CLÁSICA Á LA DIDÁCTICA, DESCRIPTIVA Y SENTIMENTAL.

La literatura inglesa clásica parecida á la francesa con solo la diferencia de las costumbres nacionales degeneró prontamente, y pasó del género clásico al espíritu del siglo XVIII. Entonces principió la imitación por parte de los escritores franceses que se pusieron á copiar á sus vecinos con una especie de preocupación que no deja de repetirse alguna que otra vez. Todo lo que sobre este particular puede decirse es tan sabido de todo el mundo, que sería muy pesado el seguir un orden cronológico para repetir lo que nadie ignora.

La poesía moral técnica, didáctica y descriptiva,

cuenta por autores Gay, Young, Akenside, Goldsmith, Gray, Bloomfield, Glover, Thompson, etc., como novelistas figuran Richardson y Fielding, y como historiadores, Hume, Robertson y Gibbon, a quienes han seguido Smolett y Lingard.

Además de esos poetas, siempre se han leído con gusto el *Arte de conservar la salud*, por Armstrong; la *Caza*, por Somerville; el *Actor*, por Lloyd; el *Arte poético*, por Roscommon, y el de Francis; el *Arte de la política*, de Bramston, y el *Arte de la cocina*, de King.

El *Arte de la política* tiene mucha imaginación. El exordio de esos divorcios poemas es una imitación del arte político de Horacio. Bramston compara el hombre que a un mismo tiempo es *whig* y *tory*, con una figura humana que a un mismo tiempo tuviera el pecho de mujer y la cola de merluza.

A lady's, bosom and a tail of cod.

Delacourt, en su *Prospect of poetry*, ensayó la armonía imitativa técnica, como posteriormente escribió en Francia Mr. Piis. Los placeres de la imaginación por Akenside, carecen de ella, y el poema sobre la *Conversación* por Stillingfleet, no pudo ser compuesto sino para un pueblo que no supiera hablar.

También debe hacerse mención del *Naufragio*, por Falconer; del *Viajero* y la *ciudad abandonada*, de Goldsmith; de la *Creación*, de Blackmore, y del *Juicio de Hércules*, de Shenstone.

No olvido a Dyer y a Denham. Conviene leer la *Queja del poeta*, por el desgraciado Otway; el *Wanderer*, por el mas desgraciado aun Savage: aquí es donde se pinta con todo su horrible color la furia del suicidio: «Con la frente desgarrada por la tortura del pensamiento grita al hombre: Pálido, miserable, de nadie sino de mí esperes consuelo: soy hijo de la desesperación, mi nombre es suicidio.»

Born on Despair, and Suicid my name.

YOUNG.

Young fundó una escuela, que no siendo bueno el maestro, no tuvo mas remedio que ser mala. Parte de su primitiva reputación es debida al cuadro que presenta en la apertura de sus *Noches*. Un ministro del Omnipotente, un padre anciano que ha perdido su única hija, se levanta en medio de la noche para gemir entre tumbas, y asocia a la muerte, al tiempo y a la eternidad, la única cosa que el hombre tiene de grande en sí mismo, el dolor. Semejante cuadro interesante.

Pero avanzad: por mas que la imaginación, despertada por esa situación del poeta se haya creado un mundo de lágrimas y de tristezas, nada encontrareis en lo sucesivo sino un hombre que está atormentando su espíritu para concebir ideas tristes y tiernas, y que no consigue establecer mas que una lánguida filosofía. Young, a quien el fantasma del mundo no deja de perseguir ni aun en medio de las tumbas, no revela en sus declamaciones sobre la muerte, mas que una ambición frustrada: confunde su mal humor con la melancolía; nada hay de natural en su sensibilidad, ni de idealismo en su dolor: es una mano pesada que se arrastra monótonamente sobre las cuerdas de la lira.

Young procura dar a sus meditaciones el carácter de tristeza, y esto se consigue únicamente por tres caminos: ó por las escenas de la naturaleza, ó por la vaguedad de los recuerdos, ó por los pensamientos de la religión.

Quiso que las escenas de la naturaleza sirvieran a sus quejas: apostrofó a la luna, se dirigió a las estrellas, pero no consiguió producir emociones en el corazón. Nadie puede decir a punto fijo en dónde reside aquella tristeza que un poeta hace brotar tal vez de

los cuadros de la naturaleza; que tal vez se oculta en el fondo de los desiertos, ó tal vez es el eco estenuado por el dolor, y habitante invisible de la montaña.

Los buenos escritores franceses que han sentido el encanto de esa clase de ensueños melancólicos, han dejado muy atrás al doctor inglés. Chaulieu mezcló como Horacio los pensamientos de la muerte con las ilusiones de la vida:

«Gruta, entapizada de flores y de suave musgo, de cuyo seno brota ese cristalino arroyo, nunca me inspires mas pensamiento que el contemplar el dulce murmullo de la corriente.»

«Musas que tan cariñosamente cuidásteis de mi infancia en ese lugar campestre; frondosos árboles que me visteis nacer, no tardareis en verme morir.»

La página mas melancólica de Young no puede compararse con la siguiente de Rousseau.

«Al aproximarse la noche, yo descendía de las alturas de la isla, y me iba maquinalmente a sentar a la orilla del lago, sobre la arena, en algun rincón oculto; allí el rumor de las olas y la agitación del agua concentrando mis sentidos, y desterrando de mi alma toda inquietud, la sumergían en una especie de sueño delicioso en el que me sorprendía con frecuencia la noche sin haberla visto venir. El flujo y reflujo de aquella agua, su ruido continuo, pero aumentando alguna que otra vez, afectaban suavemente mis sentidos, suplían los sentimientos interiores que la blandura de aquella situación iba estinguendo y bastaban para hacerme sentir placidamente la existencia sin tener que pensar en ella. De cuando en cuando se me ofrecía espontáneamente alguna breve reflexión acerca de la inestabilidad de las cosas del mundo, cuya imagen me presentaba la superficie de las aguas; pero esas ligeras impresiones se desvanecían en la uniformidad del movimiento continuo que me estaba meciendo y que sin el curso activo de mi alma me atraía, en disposición que solo haciendo un esfuerzo, podía al llegarla hora retirarme de aquel sitio.»

Young se aprovechó mal de las ilusiones que inspiran semejantes escenas porque sin duda le faltaba ternura. Abundan los recuerdos de desgracias en el poeta, pero carecen como todo lo demás del colorido de verdad; ni en nada pueden compararse con estos acentos de Gilbert, espirando en la flor de la edad en un hospital y abandonado de sus amigos.

«Miserable convidado al festín de la vida, apenas me presenté en él me veo llamado por la muerte! Muera sin la esperanza de que nadie venga a derramar lágrimas sobre la tumba que lentamente me va atrayendo.»

«Adios campiñas afortunadas; adios delicioso folaje, adios risueña soledad de los bosques, cielo, pabellón del hombre, admirable naturaleza, adios por última vez.»

«¡Ah! ¡Seales dado a esos amigos que están sordos a mis lamentos, gozar por mucho tiempo de vuestra sagrada belleza! Sean largos sus días; sea llorada su muerte, sea un amigo el que les cierre los ojos!»

En muchos pasajes Young declama contra la soledad; es decir que en su corazón no había tendencias ni de sacerdote ni de poeta. Los santos alimentan sus meditaciones en el desierto, y el Parnaso en una montaña solitaria. Bourdaloue suplicaba al prior de su orden le permitiera retirarse del mundo. «Conozco que mi cuerpo se debilita y se va encaminando a su fin, decía Bourdaloue. He terminado mi carrera, ¡ojalá pudiera añadir: He sido fiel... Séame lícito emplear únicamente en servicio de Dios y de mi alma lo que me resta de vida... Allí olvidándome de todas las cosas del mundo, consagraré a Dios todos los años de mi vida en la amargura de mi alma.» Si Bossuet viviendo en medio de las pompas de Versailles, supo

derramar en todos sus escritos una santa y majestuosa tristeza, no fue sino porque había encontrado en la religión toda una soledad.

Por lo demás, es preciso convenir en que nuestro siglo lleva ventaja al anterior en lo tocante a ese género descriptivo elegíaco. Ya no son descripciones vagas como en otro tiempo, sino observaciones exactas, las que, poniéndose en armonía con los sentimientos, encantan por su verdad y producen en el alma la impresión de un melancólico lamento.

Suspirar por lo que se ha perdido; vivir en sus recuerdos y caminar hacia la tumba aislándose, tal es la vida del hombre. Las imágenes tomadas de la naturaleza tienen mil relaciones con nuestros sucesos; uno pasa en silencio como un raudal sereno; otro lleva en pos de sí un tumultuoso rumor como el torrente; otro se desploma atronando como la catarata, aterroriza y desaparece.

Young, por decirlo de una vez, llora sobre los mortales restos de Narcisca sin conmover a nadie. A una mujer ciega, querían ocultar sus amigos el último trance a que se hallaba reducida su hija por una enfermedad: la triste madre aprovechó un momento de descuido, se arrimó al lecho, abrazó a su hija y al darle un beso en la frente se mancharon sus maternales labios con el sagrado óleo con que el sacerdote había ungido la frente de la moribunda virgen. Hé aquí una idea que conmueve el corazón mas que todos los pensamientos de las *Noches* del padre de Narcisca.

GRAY.—THOMSON.—DELILLE.—FONTANES.

Del autor de las *Noches* paso al cantor de las muertes campestres. Gray encontró en la lira una serie de armonías é inspiraciones desconocidas de la antigüedad. En el principio esa escuela de poetas melancólicos, trasformada actualmente en escuela de poetas desesperados. El primer verso de la célebre elegía de Gray, es una traducción casi literal del último verso de estos deliciosos tercetos de Dante:

«Era già l'ora che volge il disio
«A' naviganti e' atenerisce il core
«Lo di ch' han detto a' dolci amici addio.
«E che lo nuovo peregrin d' amore
«Punge, se ode squilla di lontana
«Che paja 'l giorno pianger che ti muor.»

Era la hora en que se aviva el deseo y se entenece el corazón de los navegantes recordando el día en que dijeron adios a sus dulces amigos: cuando el nuevo peregrino de amor se acudia al oír a lo lejos la campana que al parecer llora al día que está muriendo.

Gray dijo:

The carfew tolls the knell of parting day.

Yo también en mi tiempo hice una imitación del Cementerio campestre. (¿Quién no lo ha imitado?)

«¡Ah! ¿Qué son los honores? El hijo de la victoria y el pacífico mortal que conduce un rebaño mueren de un mismo modo: los pasos de la gloria así como los del placer no conducen sino a la tumba.»

«Tal vez aquí la muerte en su imperio encadena a rústicos, Newton, ignorados de la tierra, ilustres desconocidos, cuyos inspirados talentos habrían encantado a los dioses con las armonías de la lira. Así es como brilla la perla en el fondo del vasto Océano: así es como se marchitan en los bosques rosas que nadie ve sonreír y cuyo aroma se exhala lejos de virginal seno de las pastoras.»

El ejemplo de Gray demuestra que un autor puede entregarse a sus melancólicos ensueños sin dejar por eso de ser noble y natural, y sin despreciar la armonía.

La oda a una *Vista lejana del colegio* de Etonces en alguna de sus estrofas digna de figurar al lado del *Cementerio campestre*.

«Ah happy hills! ah pleassings hade
«Ah fields belov'd in vain!
«Where once my careless childhood stray'd
«A stranger yet to pain!
«I feel the gales, that from you blow
«A momentary bliss bestow;
«As, waving fresh their gladsome wing,
«My weary soul they seem to sooth,
«And, redolent of joy and youth,
«To breathe a second spring.»

Say, father Thames, for they hast seen
«Full many a siprighly race.
«Disporting on thy margent green,
«The paths of pleasure trace;
«Who foremost now delight to cleave,
«With pliant aruns, thy glassy wave?
«The captive linnet which enthrall?
«What idle progeny succeed
«To chase the rolling circle's speed,
«Or urge the flying ball?»

Alas! regardless of their doom,
«The little victims play!
«No sense have they of ills to come,
«Nor care beyond to-day.»

«¡Afortunadas colinas, risueños bosquecillos, campos vanamente amados, por los cuales en otro tiempo anduvo errante mi primera juventud libre de todo cuidado y de toda molestia! ¡siento las brisas que viniendo de vosotros me traen un momento de felicidad, en tanto que sacudiendo alegremente sus ligeras alas parecen acariciar mi espíritu abatido y con su perfume de juventud y alegría, me inspiran una segunda primavera.»

«Dí, padre Támesis (pues has visto mas de una nueva raza solazarse en tus verdes riberas, dejando huellas de su placido paso), dí quiénes son hoy los que mas se apresuran a hendir con ágil brazo tus ondas cristalinas ó a cautivar las aves que cantan en tus márgenes. Dí qué versátil generación se aventura en precipitar el curso del aro ó en lanzar la pelota que rebota en la arena.»

«¡Ah! sin pensar en su destino juegueteen las pequeñas víctimas, sin pensar en los males futuros, sin cuidarse del día de mañana.»

¿Quién no habrá experimentado los sentimientos que tan dulce y poéticamente espresan esos conceptos? ¿Quién no se habrá enternecido al recordar sus juegos, sus estudios y sus amores infantiles? Mas ¡ay! nadie puede reproducirlos. Los placeres de la juventud pintados por la memoria, son ruinas vistas a la luz de una tea.

Gray tenía la manía de que le llamaran hidalgo de primera clase, y no podía sufrir que nadie le hablara de sus versos que le causaban rubor. Preciábase de tener profundos conocimientos históricos, y en realidad los tenía. También aspiraba a la celebridad de químico, así como por el contrario sir Davie deseaba fundadamente ser llamado poeta. ¿Dónde están al presente la hidalguía, la historia y la crítica de Gray? No vive ya sino en la melancólica sonrisa de las musas que despreciaba.

Thomson ha espresado como Gray (pero de otro modo) el recuerdo de los días de su infancia.

Welcome, kindred glooms!
«Congenial horrors hail! with frequent foot,
«Pleas'd have I, in my chasful morn of life,
«When nurs'd by careless solitude I liv'd,
«And sung of nature with unceasing joy,
«Pleas'd have I wander thro' your rough domain;
«Trod the pur virgin-snows, myself pure.»

(¡Bien venidas sombras aparentes! Horrores simpáticos, salud! Cuántas veces encantado durante la alegre mañana de mi vida, cuando vivía alimentado por una soledad exenta de cuidados, celebrando con un júbilo sin fin la naturaleza; cuántas veces he andado errante y lleno de ilusiones al través de las sombrías regiones de las tempestades, y pisando la nieve virginal, que no me aventajaba en pureza, etc.)

Así como los ingleses tenían su Thomson, figuraban Saint-Lambert y Delille entre los franceses. La obra maestra de este último es la traducción de las *Georgicas*, esceptuando los pasajes sentimentales; pero la lectura de esa traducción del Virgilio produce el mismo efecto que una refundición de Racine en el lenguaje del tiempo de Luis XV, ó las copias de los cuadros de Rafael hechas por Mignard.

Los *Jardines* son una obra deliciosa. En algunos cantos de la traducción (también de Delille) del *Paraiso perdido*, se echa de ver un estilo mas copioso que en las demás obras. De todas maneras esa escuela técnica, colocada entre la clásica del siglo XVII y la romántica del XIX ha desaparecido ya. Sus libertades demasiado buscadas, y sus trabajos por ennoblecer asuntos que no lo merecían y por imitar sonidos que no venían al caso, no dieron á la escuela técnica mas que una vida ficticia, que pasó con las costumbres, también ficticias, de donde había nacido. Esta escuela haciendo alarde de copiar la naturaleza, careció de naturalidad; consagrándose á combinaciones pueriles de palabras, no fue tan original como la moderna; ni tan pura como la antigua. El abate Delille fue el cantor de la aristocracia moderna, así como los trovadores lo fueron de la antigua: en los versos del uno y en las baladas de los otros, se echa de ver el vigor de aquella clase de la sociedad en sus diversas épocas de juventud y vejez. Delille tuvo que pintar escenas y entretenimientos domésticos, donde los trovadores cantaron proezas y torneos.

La prosa y los versos de Mr. de Fontanes son parecidos y tienen un mérito de una misma especie. En sus pensamientos é imágenes resalta una melancolía ignorada en el siglo de Luis XIV, y que únicamente tenía lugar en la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía respira en las obras del cantor del *Día de los Difuntos* como característica del tiempo en que vivió; ella revela á punto fijo la época de la aparición del poeta, que fue después de Rousseau, y no inmediatamente después de Fenelon. Si se redujeran los escritos de Mr. de Fontanes á dos pequeños tomos, el uno en prosa y el otro en verso, serían el mas elegante monumento fúnebre que pudiera erigirse á la memoria de la escuela clásica.

Entre las odas póstumas de ese autor, hay una á su *Aniversario*, que rivaliza con la consagrada al *Día de los Difuntos*, y la aventaja en un sentimiento mas individual y penetrante. Cito dos estrofas, únicas que retengo en la memoria.

«Ya viene la vejez con sus padecimientos. ¿Qué me ofrece el porvenir? Breves esperanzas. ¿Qué me ofrece el pasado? Faltas y pesares. Tal es la suerte del hombre; la edad lo instruye. Mas ¿de qué sirve la sabiduría cuando el fin está ya tan cercano?»

«Lo pasado, el presente y el porvenir, todo me causa pena: la vida en su ocaso no tiene ningún prestigio para mí. En el espejo del tiempo desaparecen todos sus encantos. ¡Placeres! Id á solicitar al amor y á la juventud: dejadme con mi tristeza y no me insultéis.»

Si algun objeto en el mundo podía ser antipático á Mr. de Fontanes, era mi modo de escribir. En mi principiaba, con la escuela llamada romántica, una revolución en la literatura francesa: sin embargo, mi amigo en vez de indignarse contra mi barbarie, se aficionó á ella. No dejaba yo de ver alguna contracción en su semblante cuando le leía pasajes de los *Nat-*

chez, de *Atala* y de *René*: no podía apreciar esas composiciones con las reglas normales de la crítica, pero conocía que entraba en un mundo nuevo, veía una naturaleza nueva y comprendía un idioma que nadie había hablado. Le soy deudor de excelentes consejos y de cuanto puede haber de correcto en mi estilo: él me enseñó á respetar el oído, y por último á él debo el no haber caído en la estravagancia de invención y poco limada ejecución de mis discípulos, si es que los he tenido.

Mr. de Fontanes tuvo que emigrar de París por los sucesos del 18 fructidor y pasó á Londres. Allí íbamos con frecuencia á pasearnos al campo, deteniéndonos bajo la sombra de los copudos olmos, esparcidos por aquellas praderas. Apoyándose en el tronco de alguno de ellos, mi amigo me contaba escenas de su primer viaje á Inglaterra antes de la revolución, repitiéndome alguna vez versos que había dedicado á unas señoritas que ya habían envejecido á la sombra de los torreones de Westminster, torreones que subsistían del mismo modo que entonces los había visto, á pesar de tener encerradas en su base las ilusiones y las horas de la juventud del poeta. Comíamos en alguna hostería solitaria en las márgenes del Támesis, hablando de Shakespeare y de Milton, como dice Sainte Beuve: «había al pie de Westminster adivinado á Cromwell y soñado con Lucifer.»

Milton y Shakespeare habían visto lo que también nosotros estábamos viendo, y se habrían sentado alguna vez en la margen de aquel río, semejante en nuestra emigración al río de Babilonia, y para ellos río que fecundaba su patria. Por la noche regresábamos á Londres, á la pálida luz de las estrellas que iban sucesivamente desapareciendo entre la niebla de la ciudad, y nos encaminábamos á nuestra morada guiados por inciertos resplandores, que apenas nos indicaban el camino al través del humo de carbón, enrojecido por la luz de los reverberos. Así pasa la vida del poeta.

REACCION. — TRANSFORMACION LITERARIA. — HISTORIADORES.

Cuando los franceses se hicieron entusiastas admiradores de los ingleses; cuando en Francia predominó la manía de imitar á sus vecinos hasta en el traje, en los perros, en los caballos, en los jardines y en los libros, los ingleses siguiendo el instinto de su odio á la Francia, se jactaron de llamarse anti-franceses: cuanto mas éstos procuraban unirse, mas se desviaban aquéllos, y mas con desprecio los miraban. Para excitar la risa del público, en cualquiera plazuela de Londres se veía un tablado, sobre el cual un payaso hacía mover un maniquí, dándole el nombre de francés. Presentábanlo á la risa del pueblo, vestido de un traje de tafetan de verde claro, con el sombrero bajo el brazo, larga coleta, piernas delgadas, con todo el aire de un bailarín ó de un hambriento peluquero; tirábale de las narices y le hacían tragar sapos. En tanto que el pueblo de Inglaterra se divertía con estas bufonadas, en el teatro de Francia nunca figuraba un individuo de aquella nación que no fuese adornado de todas las mejores cualidades; siempre era algun noble lord, ó cuando menos algun capitán que se distinguía por sus sentimientos de pundonor y generosidad. En Londres se extendió la reacción á toda la literatura francesa, antigua y moderna, y para conseguir separarse enteramente de esta última, fueron intentando nuevos caminos, hasta llegar por último al estado en que hoy se encuentran las letras en aquel país. Cuando tuve que buscar allí un asilo en 1792, me ví en la precisión de reformar la mayor parte de los juicios que había tomado de las obras críticas de Voltaire, Diderot, La Harpe y Fontannes.

Por lo concerniente á historiadores, ví que Hume estaba reputado como escritor tory-jacobita, pesado

y retrógrado; acusábanlo, así como á Gibbon, de haber recargado de galicismos el idioma inglés y lo posponían á su continuador Smollett, espíritu *whig* y progresista, Gibbon acababa de desaparecer: pasaba por retrógrado, por filósofo durante su vida y por cristiano en su hora postrera, lo cual era lo mismo que decir que había sido un *pobre diablo*. Hallam y Lingard no habían dado aun al público sus trabajos.

Hablaban también de Robertson por la seguridad de su estilo. No se dirá efectivamente al leer su historia, lo que Mr. Lermier dijo de la lectura de la de Herodoto en los juegos olímpicos: «La Grecia se estremeció y Tucídides lloró.» En vano aquel sabio ministro escocés (Robertson) se habría esforzado en hallar ideas como las que campean en aquel discurso que Tucídides pone en boca de los de Platea, defendiendo su propia causa ante los lacedemonios que los condenaron á muerte por haber sido fieles á los atenienses. Transcribo un pasaje de ese discurso:

«Volved los ojos hacia las tumbas de vuestros padres, inmolados por los Medas, sepultados en los surcos de nuestras campiñas. A ellos tributábamos todos los años honores públicos, como á nuestros antiguos compañeros de armas. Pausanias los enterró aquí creyendo depositarlos en una tierra hospitalaria. Si nos quitais la vida, si convertís el campo de Platea en un campo de Tebas, ¿no será lo mismo que abandonar vuestros parientes en tierra enemiga en medio de sus asesinos? ¿No podrá decirse que establecéis tiranía en el campo donde los Elenos conquistaron su libertad? ¿No abolireis obrando de este modo los antiguos sacrificios de los fundadores de esos templos? Nosotros venimos á suplicaros por las cenizas de vuestros antepasados, é invocamos esos muertos para no ser reducidos á esclavitud por los tebanos. Os recordaremos la jornada en que nos ilustraron las acciones mas brillantes, y daremos fin á nuestro discurso: fin terrible, pues tal vez seremos conducidos á la muerte al terminar nuestras últimas palabras.»

«Tenemos nosotros tumbas en medio de las campiñas á donde acudamos á hacer anuales libaciones? ¿Tenemos templos que nos recuerden hechos memorables? La historia de la Grecia es un poema; la de los romanos un cuadro, la nuestra es una crónica.

CONTINUACION DE LA REFORMA LITERARIA. — FILÓSOFOS. — POETAS. — POLÍTICOS. — ECONOMISTAS.

Desde el 1792 hasta el 1800, es rara la vez que en Inglaterra oí citar á Locke: decían que su sistema había envejecido, y lo consideraban como débil en *ideología*. Por lo tocante á Newton obraban con justicia: negábanle como escritor la tierra, pero lo trasladaban al cielo.

Por lo tocante á los poetas, solo algunas composiciones de Driden hallaban cómodo destierro en algunos *elegantes compendios*. No había indulgencia para las rimas de Pope, á pesar de las frecuentes visitas que se hacían á su casa de Twickenham, y de los pedazos de madera que se arrancaban del tronco de un sauce que aquel escritor plantó con su mano, y que estaba ya tan mustio como su fama.

De Blair decían que era un fastidioso crítico á lo francés, y lo hacían muy inferior á Johnson. El *Antiguo Espectador* yacía en el polvo de los desvanes: la literatura filosófica estaba siguiendo el curso de Edimburgo.

Las obras de los políticos ingleses ofrecen poco interés general. No se tocan por lo comun mas que cuestiones parciales, ó no se ocupan mas que de verdades particulares á la constitución de los pueblos británicos.

Los tratados de economía tienen algo mas de latitud, pues en ellos se ven cálculos aplicados en parte á las diversas sociedades de Europa acerca de la ri-

queza de los pueblos, la influencia de las colonias, el movimiento de las generaciones, el empleo de capitales y el balance del comercio y la agricultura.

Sin embargo, en la época á que me refiero, Mr. Burke salía de la individualidad nacional política, y declarándose contra la revolución francesa, arrastró su país á esa larga vía de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo. Aislada por espacio de veinte y dos años la Inglaterra, defendió su constitución contra las ideas que hoy la invaden, impeliéndola hacia la suerte comun de la antigua civilización.

TEATRO. — MISTRESS SIDDONS. — PATIO. — INVASION DE LA LITERATURA ALEMANA.

La reacción literaria procedía con ingratitud al desdenar á los autores clásicos. ¿No era el ostensible empeño de la época el retroceder á Shakespeare y á Milton? pues á nadie debían esos ingenios la gloria sino á los escritores del tiempo de la reina Ana: esos eran los que los sacaron del limbo en que yacían. Dryden, Pope y Addison fueron los promotores del apoteosis. Así contribuyó también Voltaire á la ilustración de los grandes hombres del siglo XIV, Voltaire; cuyo espíritu móvil, curioso é investigador no tenía reparo en ceder algo de la mucha celebridad que tenía en beneficio del prójimo, estando seguro, se entiende, de volverla á recoger con grande usura.

Durante los ocho años que residí emigrado en Londres, ví dominar constantemente en la escena Shakespeare: rara vez aparecieron en ella Rowe, Congreve ó Otway; parecía que aquel desigual sublime pintor de las pasiones no toleraba que nadie ocupara un puesto inmediato. Mistress Siddons desempeñaba el papel de lady Macbeth con extraordinaria grandeza: la escena del sonambulismo helaba de terror á los espectadores. Talma era el único que podía aspirar á ponerse al nivel de aquella actriz, y eso que en su talento había algo de las correctas maneras de la Grecia, lo cual no se echaba absolutamente de ver en mistress Siddons.

Habiendo sido yo invitado en 1822 á una reunión en casa de lord Lansdown, su señoría me presentó á una dama de rostro severo y de edad de setenta y tres años: estaba enteramente vestida de negro, y era del mismo color un velo que á manera de diadema ceñía sus blancos cabellos, dándole el aspecto de una reina destronada. Esa señora me saludó solemnemente con tres frases del *Génio del Cristianismo* estropeadas por la pronunciación, y luego me dijo no con menos gravedad: «Soy mistress Siddons.» Si en vez de eso me hubiese dicho: «Soy lady Machet,» la hubiera creído. A poco que se viva se encuentra uno con los restos del siglo arrojados por las olas del tiempo á las riberas de la eternidad.

El patio (del teatro) inglés era en mi emigración turbulento y grosero: los marineros bebían cerveza, comían naranjas y apostrofaban á la gente de los palcos. En cierta ocasión tropezó conmigo un marinero que había entrado ebrio en el teatro, y me preguntó: ¿Dónde estoy?—En Coven Garden, le contesté.—*Pretty garden indeed* ¡hermoso jardín ciertamente! me contestó con una eterna carcajada como los dioses de Homero. Pero el pueblo inglés en su brutalidad era mejor juez de las bellezas de Shakespeare que esos elegantes que en la actualidad prefieren las comedias de Kotzebue y de los arrabales de París, traducidas en inglés, á las escenas de *Ricardo III* y de *Hamlet*.

La literatura alemana ha invadido por último la literatura inglesa, como en otros tiempos dominaron la italiana y luego la francesa. Walter-Scott dió su primeros pasos con la traducción del *Berlinchen* de Goethe; fácil le habría sido elegir de otro modo teniendo á Goethe, Schiller y Lessing. Otros poetas escoceses han imitado mejor en lo tocante al valor y al

carácter de sus montañas, esos cantos guerreros de la nueva Germania que Mr. Saint-Marc Girardin dió á conocer á los franceses, así como Mr. Ampere los incitó en los antiguos poemas *Eda*, *Sagas* y *Nibelungen*.

«¿Cómo duerme tranquila! cómo duerme (la reina de Prusia). En sus facciones se nota una indefinible expresión de vida. ¡Ah! ¡Ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo pueda lavar en sangre el orín de su espada! Duerme así hasta la noche, la mas hermosa de las noches, que verá brillar en la cima de los montes las señales de guerra. Despiértate entonces, despiértate, santa patrona de la Alemania: sé su ángel de libertad y de venganza (1).»

ELOCUCENCIA POLÍTICA.—FOX.—BURKE.—PITT.

Puede considerarse la elocuencia política como una de las partes de la literatura británica; así he tenido ocasión de conocerlo en dos épocas bien distintas de mi vida.

La Inglaterra del 1688 se hallaba á fines del siglo último en el apogeo de su gloria. Yo, pobre emigrado en Londres desde el 1792 hasta el 1800, oí hablar á los Pitt, Fox, Sheridan, Wiberforce, Grenville, Whitbread, Landerdale y Erskine; cuando me hallé de magnífico embajador en la misma ciudad en 1822, no se decir hasta qué punto me sorprendió el ver que en lugar de aquellos grandes oradores que admiré en otro tiempo, estaba ocupado su puesto por los que entonces eran de segundo orden, es decir, cuando vi que los discípulos ocupaban el lugar de los maestros. Albion se va gastando como todas las demás cosas del universo; las ideas generales han penetrado en aquella sociedad particular, y la dirigen. Pero la aristocracia ilustrada puesta desde hace cuatro siglos al frente del país, habrá presentado al mundo una de las mas bellas y poderosas sociedades que han hecho honor á la raza humana desde el patriciado romano. Los últimos triunfos de la corona británica en el continente, han precipitado su caída. La Inglaterra viniendo, y Napoleón siendo vencido, dejaron su corona en Waterloo.

En 1796 asistí á la memorable sesión de la cámara de los Diputados, en que M. Burke se separó de M. Fox. Tratábase de la revolución francesa que el primero de estos atacaba, y el segundo defendía. Jamás los dos oradores, que hasta entonces habían sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Fox se inundaron de lágrimas cuando Burke terminó su discurso con estas palabras:

«El muy honorable caballero, en el discurso que acababa de pronunciar, me ha tratado en cada frase con una dureza no muy común: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. A pesar de ese grande y formal ataque, no merecido por mi parte, no me arredro, ni temo manifestar mis sentimientos en esta cámara, y donde quiera que sea. Lo diré al mundo entero: la Constitución peligra.

«Ciertamente es una cosa indiscreta, y particularmente en la edad de mi vida, al provocar enemigos ó dar á los amigos ocasión de abandonarme. Mas si eso debe suceder por mi adhesión á la ley fundamental británica, aventuraré todas las consecuencias, y cediendo á lo que el deber y la prudencia pública me ordenan, esclamaré en mis últimas palabras: ¡Evitad la constitución francesa! (*Fly from the french constitution*).»

Habiendo dicho M. Fox que no se trataba de perder amigos, prosiguió diciendo el orador:

«Sí, se trata de perder amigos, bien conozco el resultado de mi conducta. He cumplido con mi deber: la costa de mi amigo; nuestra amistad ha concluído.

(1) *Körenr* citado por Mr. Saint-Marc Girardin.

«Advierto á los muy honorables diputados, que son los dos grandes rivales de esta cámara, que (bien sea que se muevan en el horizonte político como dos luminosos meteoros, bien sea que caminen unidos como dos hermanos), deben preservarse para el porvenir y amar la constitución británica; les advierto que deben estar muy en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de las nuevas teorías. Pitt, Fox y Burke ya no existen, y la constitución inglesa ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en aquella época, y haber oído aquellos oradores, cuya voz profética parecía anunciar una próxima tempestad, para formarse una idea de la escena que acabo de recordar. La libertad contenida en los límites del orden, parecía agitarse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica que hablaba en la tribuna todavía ensangrentada de Cromwell.

M. Pitt, alto y delgado, tenía un aspecto serio y burlon. Su palabra era fría: su entonación monótona: su ademán insensible. Sin embargo, el brillo y fluidez de sus pensamientos y la lógica de sus raciocinios súbitamente ilustrados con ráfagas de elocuencia, elevaban su talento á una altura fuera de todo lo común.

Yo veía con bastante frecuencia á M. Pitt, cuando al través del parque de San James iba á pie desde su casa al palacio del rey. Por su parte Jorge III venía de Windsor después de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los labradores de la vecindad y atravesaba las ruinas patios de su castillejo en un carruaje de mal color, acompañado de algunos guardias á caballo, este era, sin embargo, el señor de los reyes de Europa, como cinco ó seis comerciantes de la cité eran los señores de la India. M. Pitt, vestido de negro con espada de puño de acero al lado, y el sombrero bajo el brazo, subía la escalera abarcando con sus largas piernas dos ó tres escalones á un mismo tiempo. A su paso no solía encontrarse mas que con tres ó cuatro emigrados desocupados, sobre los cuales dejaba caer una mirada desdeñosa, y pasaba adelante con la cabeza erguida y el rostro pálido.

Aquel célebre economista nunca había podido establecer arreglo en su casa, ni siquiera por lo tocante á las horas de comida ó de descanso: hallábase abrumado de deudas que no pagaba, y tenía encomendada la dirección de sus negocios personales á su ayuda de cámara.

Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, no siendo la de la ambición de mando, despreciaba los honores y no quería ser sino *William Pitt*.

Lord Liverpool, en junio del 1822, me llevó á comer á su casa de campo, y al atravesar el carrascal de Pulteney me hizo ver la pequeña casa en que murió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado, de quien se puede decir que había tenido asalariada la Europa y distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

CAMBIO DE LAS COSTUMBRES INGLÉSAS.—HIDALGOS.—CAMPEÑINOS.—CLERO.—ALTA SOCIEDAD.—JORGE III.

En su separación del continente por una larga guerra, los ingleses conservaron hasta fines del siglo último sus costumbres y su carácter nacional. En aquel tiempo todavía no era todo máquinas en las clases industriales, ni locura en las clases elevadas. Por esas mismas calles donde ahora transitan hombres envueltos en anchos levitones manchados de barro, pasaban en otro tiempo graciosas niñas vestidas de blanco, con su sombrerito de paja sujeto con una cinta bajo la barba, su cesta al brazo, su libro en la mano, y ruborizándose cuando algún desconocido fijaba la vista en ellas. Esa clase de levitones (*redingates*) era en 1793

tan poco usada en Londres, que una buena mujer me preguntaba derramando lágrimas si era cierto que Luis XVI había tenido que subir al patíbulo con semejante traje.

Los hidalgos campesinos no habían vendido todavía sus bienes rurales para poder vivir en Londres, y aun seguían formando en la cámara de los Diputados aquella fracción indepediente que haciendo oposición al

ministerio, sostenía la idea de orden y de propiedad. Aquellos honrados diputados iban durante el otoño á cazar zorras ó faisanes, comían el pato cebado por Navidad, gritaban viva el *roast beef*, se lamentaban del tiempo presente, alababan el pasado, renegaban de Pitt y de la guerra que había hecho subir el precio del vino de Oporto, y se acostaban ébrios para entregarse al mismo género de vida al día siguiente. Esta-



WILLIAM PITT.

ban seguros que la gloria de la Gran Bretaña no se extinguiría mientras se cantara el *God save the king*, mientras se conservaran en su vigor las leyes sobre la caza, y mientras se vendieran furtivamente en el mercado liebres y perdices con el nombre de leones y avestruces.

El clero anglicano era sabio, hospitalario y virtuoso, y recibió al clero francés con una caridad verdaderamente cristiana. La universidad de Oxford mandó imprimir á su costa y distribuyó gratis á los curas

franceses un Nuevo Testamento según el texto de la edición romana con este epígrafe: *Para el uso del clero católico desterrado por la religión*.

Por lo que toca á la alta sociedad inglesa de aquel tiempo, no pude en mi triste situación de emigrado considerarla mas que en su parte exterior. Cuando había recepciones en la corte ó en los salones de la princesa de Gales veía yo pasar las *Ladies* sentadas de medio lado en sillas de mano. Sus grandes tontillos salían por la portezuela de la litera como frontales de

altar, y ellas mismas sobre esos altares de su cintura, parecían bustos de vírgenes ó ídolos egipcios. Aquellas hermosas señoritas eran hijas de las damas que habían merecido los obsequios del duque de Guines y del duque de Lauzun, y á su vez fueron madres ó abuelas de las niñas que en 1822 bailaban en mi casa de la embajada. Diez años han pasado desde entonces y es seguro, que el peso de ellos colgado de la orla de los airosos vestidos de aquellas niñas, habrá hecho que sus pasos sean menos ligeros. Alguna de ellas tendrá al presente once niñas que no tardarán á reproducir nuevos tallos en esa rápida generacion de flores.

Jorge III sobrevivió á M. Pitt, pero ya había perdido la razón y la vista. En cada legislatura al abrirse el parlamento, los ministros leían el boletín de la salud del rey á las cámaras silenciosas y enternecidas. El monarca ciego andaba errante por su palacio como el rey Lear palpando con sus manos las paredes de los salones de Windsor, ó sentado al piano con su blanca cabeza al aire tocando una sonata de Hédhel ó un tema favorito de Shakespeare; ese era el hermoso fin de la antigua Inglaterra, «*Old England*».

VIAJES.—EL CAPITAN ROSS.—JACQUEMONT.—
LAMARTINE.

¡Viaje! ¡Gran palabra que me recuerda toda mi vida! Los americanos tuvieron por conveniente considerarme como cantor de sus antiguos bosques, y el árabe Abou-Gosh aun se acuerda de mi correría por las montañas de la Judea. He abierto la puerta del Oriente á lord Byron, y á los viajeros que después de mí han visitado el Cefiso, el Jordán y el Nilo. Posteridad numerosa son esos viajeros que yo he enviado á Egipto como Jacob envió sus hijos. Mis antiguos y modernos amigos han ensanchado el estrecho sendero que trazaron mis pisadas; M. Michaud, último peregrino de esas cruzadas, se ha presentado ante el Santo Sepulcro, y M. Lenormant ha visitado las tumbas de Tebas para conservarnos la lengua de Champollion y ver renacer entre las ruinas de Grecia la libertad que yo ví espirar bajo el turbante del musulmán ebrio de fanatismo, de opio y de mujeres. Mis huellas en todos los países han sido borradas por otras huellas; las únicas que han permanecido solitarias son las que estampé en el polvo de Cartago como la impresión de los pasos de un huésped del desierto en las nieves del Canadá. En las mismas *sábanas* de Atala, la yerba ha sido reemplazada por cosechas de cereales; tres grandes caminos conducen ahora al país de los Natchez, y si Chactas viviera, podría ser diputado en el congreso de Washington. Ultimamente, he recibido un folleto de los cherokees, por medio del cual aquellos salvajes me saludan en inglés, felicitándome como eminente escritor y director de la prensa pública. (*Eminent writer and conductor of the public press.*)

Los viajes deben ser comprendidos en la literatura inglesa. Muchas variaciones han ocurrido en el modo de escribirlos desde Shaw, Chandler, Raleigh, Hudson, Blafine, Anson, etc., hasta los últimos exploradores por mar y por tierra. Un tomo se necesitaba para hablar de los viajes de Cook y Van-Couver, de las mil y un correrías al través de la India, de los descubrimientos de Chalperston y de Laing, de Mungo Parck, de los hermanos Lauder y de los capitanes Francklin, Parry y Ross. Si me dejara llevar de mi afición á viajes, no me sería posible salir de Tombouctou, de las riberas del Níger y de los valles del Himalaya. Sin embargo, para no omitir enteramente esa gran ramificación de la literatura inglesa, citaré algunos pasajes tomados del diario del capitán Ross; me interesan particularmente las regiones del polo ártico por haber

soñado en mi juventud abrimme paso al través de ellas.

El capitán Ross, salió de Inglaterra en 1829 para encontrar el paso del Nor-oeste; penetró en el estrecho de Lancaster y en el Inlet del príncipe regente; se vió detenido por los hielos del golfo que denominó de Boothia y tuvo que estar encerrado cuatro años en la costa occidental de ese golfo. Teniendo que abandonar su buque, la *Victoria* volvió andando por la helada superficie del Océano á la bahía de Baffin donde tuvo la fortuna de encontrar un buque ballenero, la *Isabel*, que lo recibió á bordo. Por una rara combinacion de circunstancias, ese buque era el mismo que el capitán Ross montaba en su primer viaje del 1828.

Durante sus cuatro años de permanencia en los hielos, el capitán Ross descubrió el polo magnético y el mar polar del Oeste separado únicamente del mar del Este por un istmo muy estrecho. Veamos ahora los padecimientos de los viajeros y la especie de desoladoras poesías de aquellas regiones. El capitán pinta de esta manera la naturaleza hiperbórea segun la traduccion de M. Defauconpret.

«La nieve destruye el efecto de la perspectiva y hace desaparecer el conjunto confundiendo las distancias, las proporciones, y sobre todo la armonía del colorido. En lugar de todo eso, no presenta mas que un miserable mosaico negro y blanco que predomina absolutamente en vez de las dulces gradaciones claro-oscuro y combinaciones de color que produce la naturaleza con su pompa del verano en medio de los paisajes menos risueños y mas agrestes. Tales son mis objeciones contra un paisaje nevado: basta la práctica de un día para sugerirlas. Con mucho mas motivo deben ocurrirse en una miserable region, en la que durante la mitad del año nada se ve sobre la cabeza mas que nieve; en donde el huracán tiene alas de nieve; donde la niebla es nieve; donde no aparece el sol sino para brillar sobre nieve aunque no esté cayendo en aquel momento; donde el aliento se convierte en nieve; donde la nieve se queda pegada á los cabellos, á las cejas y á los vestidos; donde la nieve ocupa las habitaciones, la vajilla y hasta el lecho si se abren sin precaucion las ventanas y las puertas; donde el cristal líquido que debe apagar nuestra sed sale de una cafetera llena de nieve y suspendida sobre una lámpara; donde hay solás, camas y casas de nieve; donde la nieve cubre el puente y la cubierta de nuestro buque y forma nuestros observatorios y dispensas, y finalmente, donde la nieve si no tuviera otros usos, serviría para formar nuestros féretros y nuestras tumbas.»

El comandante Ross, sobrino del capitán, había ido á practicar un reconocimiento en una horda de esquimales, y se espresa del modo siguiente:

«Nuestros guías estaban desorientados porque la nieve que caía era tan abundante, que nada podía verse á diez toesas de distancia. Vimos, pues, obligados á renunciar á toda tentativa, y á consentir que construyeran una choza de nieve. En menos de media hora estuvo terminada, y nunca hemos podido quedar mas satisfechos de aquel género de arquitectura que en tan poco tiempo nos proporcionó abrigo contra el viento y contra la nieve tan bien como lo podría haber hecho la casa mejor construida de cantería.»

«Hilábanse nuestros vestidos de tal manera empapados de nieve, que habiéndose helado no pudimos desnudarnos hasta que el calor del cuerpo les devolvió la elasticidad. Estábamos muy acosados de la sed y en tanto que los esquimales construían la choza, hicimos derretir nieve á beneficio de una lámpara de espíritu de vino, y no tardamos en tener agua abundante para los cuatro, lo cual sorprendió en gran manera á los salvajes, pues la misma operacion de

suspender la nieve en un vaso de piedra sobre la lámpara, es para ellos obra de tres ó cuatro horas.

«No carecía sin embargo de inconvenientes nuestro asilo, tanto por su reducida estension, como principalmente porque las paredes empezaban á derretirse, y porque el agua que caía de ellas mojaba nuestros vestidos hasta el punto que no tuvimos mas remedio que quitárnoslos y meternos en unos sacos de pieles que traíamos de prevencion. De esta manera batimos al enemigo y nos pudimos dormir.»

«Se desarrolló un fuerte huracán por la parte del Norte, y duró todo el día soplando con tal violencia, que no pudimos salir de la choza... El viento rugía en torno de las paredes de nieve que nos rodeaban, y la que él lanzaba caía silbando, de manera que yo me daba por muy satisfecho de no oír la sosteniendo conversaciones en alta voz con mis compañeros.»

Digno es tambien de atencion el momento en que el capitán descubrió el Océano del Oeste. Dice así:

«Mis compañeros, de quienes yo me había separado por un momento, anunciaron su llegada al Océano Occidental por medio de tres aclamaciones. En efecto, tanto para ellos, como para mí que era su jefe, se ofrecía á la vista un espectáculo del mayor interés, y bien digno por cierto del saludo ordinario de los marinos. Aquel era el Océano que habíamos buscado; el objeto de nuestra ambicion y nuestros esfuerzos, el espacio de agua libre que segun lo habíamos esperado, debía conducirnos alrededor del continente de América y procurarnos el triunfo tan deseado por nuestros predecesores y por el cual habíamos nosotros mismos trabajado tanto y tan inútilmente hasta entonces. Nuestro objeto habría temido si la naturaleza no hubiera puesto obstáculos; si aquella cadena de lagos hubiera sido un brazo de mar, si aquel valle hubiera abierto una comunicacion libre entre los dos mares.»

«Por lo menos ya habíamos reconocido la imposibilidad. Aquel Océano tan deseado estaba á nuestros pies; pronto íbamos á viajar por su superficie, y en medio de nuestro desengaño teníamos por lo menos el consuelo de haber desvanecido todas las dudas y desterrado toda incertidumbre, confesando que cuando Dios dice: no, el hombre debe someterse y darle gracias por lo que se ha dignado concederle. Aquel era un momento solemne, un momento que nunca debía olvidarse; jamás las aclamaciones de los marinos me habían producido una impresion mas profunda que en aquel momento en que interrumpían el silencio de la noche en medio de un desierto de hielo y de nieve, donde no había un solo objeto que recordara la existencia de seres vivientes, y en donde aparecía que nunca una voz humana había llegado á resonar.»

«Puede imaginarse cuánto me repugnaba volver al buque de cuyo punto habíamos partido en el momento que casi conseguíamos el objeto principal de nuestra expedición; preciso sería hallarse en una situacion análoga para comprender toda la estension de nuestros pesares y de nuestro desengaño. La distancia que entonces nos separaba del cabo de Turagay no era mayor que el espacio que habíamos recorrido, y si nos hubiera sido dable disponer de algunos días mas, habríamos podido concluir todo lo que nos faltaba por hacer, y entonces volvíamos triunfantes á nuestro buque llevando á Inglaterra un fruto verdaderamente digno de tan largos y penosos trabajos.»

«En la punta llamada de la Victoria, levantamos un montón de piedras de seis pies de altura, y dentro encerramos en una caja de metal una breve relacion de todo lo que habíamos hecho desde nuestra salida de Inglaterra. Esto es lo que se acostumbra hacer en tales casos, aunque en realidad muy poca esperanza teníamos de que nuestra breve relacion

llegara nunca á la vista de un europeo. Con mas ahínco habríamos trabajado en esa obra, sabiendo que entonces se nos consideraba como hombres perdidos, ya que no muertos, y que nuestro amigo Back, nuestro amigo experimentado, se hallaba á punto de partir para buscarnos y devolvernos á nuestra sociedad y á nuestra patria. Si en el curso de las exploraciones que está haciendo llega al cabo de Turagay y encuentra el testimonio de nuestra anterior visita, como sabemos lo que es para el viajero errante en aquellas soledades el encontrar huellas que le recuerden su patria y sus amigos, casi podríamos envidiarle aquella imaginaria felicidad.»

El efecto de la patria espresado en medio de inauditos padecimientos y de horribles climas; esos hombres confiados á un monumento de nieve, y que nunca tal vez volverán á ser encontrados: esa gloria desconocida dirigiéndose desde el fondo de una soledad eterna á una posteridad que acaso no llegará á existir; esas palabras escritas que no hablarán nunca en aquellas regiones mudas, ó que se extinguirán bajo el estrépito de los hielos rotos por alguna tempestad que nadie oirá, todo ese conjunto de cosas escita la admiracion. Mas cuando el ánimo se serena no se ve en último resultado sino la muerte que está en el fondo de todas las cosas: la vida y la memoria de hombre se pierden en todos los países entre el silencio y los hielos de la tumba.

Ved al infortunado Jacquemont muriendo lejos de Francia rodeado de todas las poblaciones del Indostan: ¿es menos congojosa su voz que la de aquellos marinos acordándose de su patria en las regiones septentrionales? Echado de espaldas, porque no tenía fuerzas para incorporarse, Jacquemont escribía con lápiz en 1.º de diciembre de 1832 este billete á su hermano:

«Mi fin, si es mi fin lo que se acerca, es dulce y tranquilo. Si tú estuvieras allí sentado al borde del lecho con nuestro padre y Federico, mi alma se desgarraría, y no vería venir la muerte con esta resignacion y serenidad. Consuélate; consueta al padre; consolaos mutuamente, amigos míos.»

«Estoy abrumado por el esfuerzo que acabo de hacer escribiéndote. ¡Preciso es decirte adiós, adiós! ¡Oh, cuánto os amaba vuestro pobre Víctor!—Adiós por última vez.»

Los modernos viajeros franceses pueden rivalizar en sus descripciones con los cuadros presentados por los viajeros ingleses: en ninguna de las pinturas de la India se encontrará nada tan brillante como esta descripción de M. Lamartine. Bajo los pinos, en la arena apretada por el peso de los camellos, en medio de las caravanas, á los rayos del sol de Siria, le será grato al lector reanimarse al salir de aquella tierra sin vegetacion, de aquellos arenales de nieve, marcados por el paso de los zorros y los osos, y de aquellas chozas de escarcha iluminadas por lo que el capitán Ross llama *crepúsculo de mediodía*.

«Cerca de media legua de la ciudad, por el lado de Levante, el emir Fakardin ha plantado un bosque de pinos de copa ancha en una meseta arenosa que se estiende entre el mar y la llanura de Bagdad, graciosa poblacion árabe al pie del Líbano. Dicese que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer un dique á la invasion de las inmensas colonias de arena roja que se elevan un poco mas allá y amenazan tragar á Bairut y sus ricas plantaciones. El bosque ha llegado á ser magnífico: los troncos de los árboles elevándose en línea recta á sesenta ó ochenta pies de elevacion, estienden sus anchas copas inmóviles, á manera de parasol, formando una admirable bóveda en una vasta estension de terreno entapizado de verde y fina yerba, menos algunos senderos que serpeando entre los árboles ofrecen blando piso á los caballos. Sobre aquel delicioso césped nacen espon-

«ánicamente flores de brillantes colores con tal lozanía que las cebollas de los jacintos silvestres pueden por su magnitud resistir sin ser estrujadas el paso de los caballos. Al través de las columnas que forman los troncos de pino se ven por una parte los blancos y rojizos montículos de arena que ocultan el mar, y por otra la llanura de Bagdad, el río que lo atraviesa, y una porción del globo, semejante á un pequeño lago por la exactitud con que le circundan á manera de marco el horizonte de las tierras, las doce ó quince poblaciones árabes situadas en las últimas pendientes del Líbano, y finalmente los grupos de este mismo monte, que forman el telón de esa escena. La luz que allí domina es tan brillante y el aire tan límpido que á muchas leguas de elevación se distinguen las formas de los cedros y de los algarrobos en las crestas del monte, ó las grandes águilas que sin mover apenas las alas se mecen en aquel océano de éter. Ese bosque es indisputablemente el sitio mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, los montes, las nieves, el horizonte azul del mar, las ondulaciones del río, las copas aisladas de los cipreses, los grupos de palmeras esparcidos por el campo, el gracioso aspecto de cabañas cubiertas de naranjos y de emparados que se estienden hasta por el tejado, la severa perspectiva de los altos monasterios maronitas formando estensas manchas de sombra, ó copiosas ráfagas de luz entre las recortadas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de mercancías de Damasco, que pasan silenciosamente entre los troncos de los árboles, algunos ginetes árabes corriendo el *dgerid* alrededor del espectador en caballos cuyas crines barren materialmente el suelo; bandadas de pobres judíos montados en asnos y llevando en brazos su numerosa prole; mujeres envueltas en velos blancos cabalgando al son del tamboril y rodeadas de una multitud de muchachos vestidos de telas encarnadas con bordaduras de oro, y bailando delante de los caballos: algunos grupos de turcos fumando ó haciendo oración sentados en algun café construido de ramaje; un poco mas allá las desiertas colinas de arena teñida de los últimos rayos del sol ó el viento levantando nubes de polvo enrojecido; finalmente el ronco mugido del mar, mezclándose con el armonioso susurro del aire entre las ramas, y con los gorgoros de mil aves desconocidas; todo eso ofrece á la vista y al pensamiento del espectador el conjunto mas sublime, mas dulce, y al mismo tiempo mas melancólico que jamás ha embriagado mi espíritu; ese es el sitio á donde vuelan y volarán constantemente mis ensueños.»

Creemos que el lector opinará del mismo modo acerca de ese sitio que no tardará el autor de la descripción en volver á reproducir.

NOVELAS. — TRISTES VERDADES QUE EMANAN DE LAS LARGAS CORRESPONDENCIAS EPISTOLARES. — ESTILO EPISTOLAR.

Las novelas, refiriéndose siempre á fines del último siglo, fueron comprendidas en la proscripción general. Richardson dormía en el olvido: sus compatriotas hallaban en su estilo vestigios de la sociedad inferior, en el seno de la cual el autor había vivido. Fielding se sostenía bien. Sterne, modelo de originalidad había pasado. Aun se leía el *Vicario de Wakefield*.

Si Richardson no tiene estilo (de lo cual nosotros como extranjeros no podemos ser jueces) no vivirá, porque el estilo es lo que da vida á las producciones literarias. En vano es sublevarse contra esa verdad: la obra mejor compuesta, adornada de retratos de buen parecido y llena de otras mil perfecciones, puede considerarse que ha nacido muerta si le falta el estilo. El estilo en sus mil modificaciones no se aprende; es

un don del cielo, es el talento. Pero si Richardson no ha ido cayendo en olvido mas que por algunas locuciones bajas, insoportables á una sociedad elegante, aun podrá renacer, particularmente si se atiende á que la revolución que se está consumando por lo tocante á rebajar la aristocracia y elevar las clases medias, hará menos perceptibles, si no las disipa del todo, esas reminiscencias del lenguaje familiar ó inferior.

Las novelas en cartas (visto el estrecho límite en que la acción y los personajes tienen que encerrarse) carecen del triste interés y de la verdad filosófica que resaltan de la lectura de las correspondencias reales. Para demostrar eso no hay mas que leer con detención la correspondencia de Voltaire: véase su primera carta dirigida en 1715 á la marquesa de Nimeurs y el último billete escrito en 26 de mayo de 1778, cuatro días antes de la muerte del autor al conde de Lally-Tollendal: reflexiónese luego todo lo que ha sucedido en ese período de sesenta y tres años.

Ved desfilar la larga procesion de muertos: Chauvieu, Cideville, Thiriot, Algarotti, Genonville y Hevelio, la princesa de Bareith, la mariscal de Villars, la marquesa de Pompadour, la condesa de Fontaine, la marquesa de Chatelet, madama Denis, y esas hijas del placer que atraviesan riendo la vida, las Lecoucreur, las Lubert, las Gausin, las Sallé y las Camargo, Tersicóres de pasos medidos por las gracias, dice el poeta, y cuyas ligeras cenizas son actualmente pisadas por las aéreas danzas de la Taglioni.

Cuando al seguir una misma correspondencia volvéis la hoja ya no encontrareis en la nueva página el nombre que se acababa de leer; en su lugar aparece un nuevo Genonville, un nuevo Chatelet que desaparecerán eternamente de allí á veinte letras para dar lugar á otros amores y á otras amistades. El ilustre anciano que se ha abismado en sus años dejaba de estar en relación, menos en lo relativo á la gloria, con las generaciones que fueron presentándose: todavía les habla del desierto de Ferney; pero su voz no encontraba eco entre las nuevas voces. ¡Qué distancia desde los versos al hijo único de Luis XIV!

«Ilustre sangre del mayor monarca,
En cuyo amor fundamos la esperanza.»

á estos otros la señora du Deffant,

Os admira señora
que á los ochenta inviernos,
aun se atreva mi musa,
á tartamudear versos.

Así tal vez se mira
nacer entre los hielos
flor que alegra la vista
y espira á breve tiempo.

El rey de Prusia, la emperatriz de Rusia, todas las grandezas, todas las celebridades de la tierra recibían de rodillas como un título de inmortalidad algunas palabras del escritor que vió morir á Luis XIV, pasar á Luis XV y su siglo y nacer y reinar á Luis XVI, y que hallándose colocado entre el gran rey y el rey mártir reasumió en sí solo toda la historia de la Francia de aquella época.

Pero una correspondencia particular entre dos personas que se han amado, presenta aun algo mas triste, pues ya no son los hombres, sino el hombre lo que se ofrece á la consideración.

Por de pronto las cartas son largas, vivas y frecuentes; el día apenas basta para escribirlas: escríbense á la caída del sol; añádanse algunas palabras al resplandor de la luna, encargando á su luz casta, silenciosa y discreta al encubrir con su pudor mil deseos. Apenas despunta el alba cuando se vuelve á proseguir la tarea, espíase el primer crepúsculo para añadir á la carta lo que tal vez se ha olvidado en momentos de delicias. Mil juramentos cubren el papel en que se

reflejan las rosas de la aurora; mil versos van depositados en las ardientes palabras que parecen nacer de los primeros rayos del sol, ni una idea, ni una imagen, ni un ensueño, ni un accidente, ni una inquietud deja de estar representada en alguna palabra de la carta.

Mas, hé aquí que á lo mejor en la belleza de esa pasión se introduce algo incalificable, que hace en ella el mismo efecto que la primera arruga en la frente de una mujer amada. El espíritu y el aroma del amor espiran en aquellas páginas de la juventud como las brisas que se adormecen entre las flores: cada cual conoce en sí mismo esa triste variación, pero nadie quiere confesarla. Las cartas se van abreviando en texto y en número, y en ellas empiezan á dominar ya noticias y descripciones de cosas extrañas al asunto: alguna vez la correspondencia se ha recibido con atraso, pero esto ya no inspira tanta inquietud, teniendo una seguridad de amar y ser amado, ha llegado á hacerse razonable; ya no se riñe por el retardo, no hay mas remedio que someterse á los inconvenientes de la ausencia. Los juramentos siguen repitiéndose como siempre, es verdad; que tienen las mismas palabras, pero son ya palabras muertas; falta el alma. El *Yo os amo* no figura ya mas que como una espresion de costumbre, una fórmula esencial, el *Soy de V.* de toda carta de amor. Poco á poco el estilo se va helando ó se irrita, no se espera ya con impaciencia la hora del correo, diremos mas bien, se teme su llegada; uno se cansa de escribir. Las locuras que se han confiado al papel empiezan á ruborizar al que las ha escrito. ¡Quién pudiera recoger aquellos escritos y entregarlos á las llamas! ¿Qué es lo que ha producido esa variación? ¿Será una nueva relación que principia, ó una antigua relación que muere? Poco importa. De todos modos es el amor que espira antes que el objeto amado.

Viven las novelas escritas en forma epistolar ó de otro modo, cuando pintan sentimientos que no se destruyen mas que por la violencia, y nunca ceden á ese trabajo subterráneo, si así puede decirse, de la humana condición, á esa fiebre lenta del tiempo que produce el hastío y el cansancio, que disipa toda ilusión y todo encanto, que mina nuestras pasiones, marchita nuestros amores, y cambia nuestros corazones como nuestros cabellos y nuestro rostro.

Puede sin embargo hacerse una escepción á esa flaqueza de los sucesos humanos; tal vez sucede que en una alma vigorosa el amor dura lo bastante para transformarse en apasionada amistad, para tomar el carácter de un deber, ó las cualidades de la virtud; en tal caso se eleva sobre su flaca naturaleza y vive exclusivamente de sus principios inmortales. Richardson representó admirablemente una pasión de este género en el carácter de Clementina.

Por lo demás, dejando aparte las cartas imaginarias de las novelas y concretándose al estilo epistolar, debo decir que los ingleses nada tienen que pueda compararse con las cartas de madama Sevigné. Las de Pope, de Swift, de Arbuthnot, de Bolingbroke, de Lady Montague y en fin las de Junius, que se atribuyen á sir Felipe Francis, son mas bien discursos que cartas, y todas tienen mas ó menos relación con las de Plinio el Joven y las de Voiture. En mi concepto son preferibles algunas cartas del desgraciado lord Russel, lady Russel, de miss Ana Seward y lo poco que se conserva de la correspondencia de lord Byron.

NOVELAS NUEVAS.

De la *Clarisa* y del *Tom Jones* han salido las principales ramas de la familia de las novelas modernas inglesas, que nada mas son que cuadros de familia y dramas domésticos, novelas de aventuras y descripciones de la sociedad general. Despues de Richardson

las costumbres del Oeste de la ciudad hicieron una irrupción en el campo de las ficciones, las novelas se llenaron de palacios, de *lores* y de *ladis*, de escenas marítimas, de aventuras en las *carreras* de caballos, en el baile, en la ópera, en *Ranelagh* con un *cuchicheo*, con una garrulidad interminable. La escena se trasladó de allí á poco tiempo á Italia: los enamorados atravesaron los Alpes con espantosos peligros y con angustias capaces de enternecer á un león *¡el león se deshizo en llanto!* Se adoptó una especie de jerga de buen tono: casi á cada nueva legislación parlamentaria se cambiaba en la alta sociedad inglesa de moda en cuanto á la elección de palabras, afectación del lenguaje y hasta en la entonación: un honrado lector no puede menos de quedar sorprendido al ver que de seis en seis meses tiene que cambiar de lenguaje. Un hombre de buen tono *fashionable* debía presentar durante mi embajada en aquella capital, á primera vista el aspecto de un ser desgraciado ó enfermizo. En su lánguida persona debían echarse de ver señales de abandono, ó de descuido: las uñas debían ser largas, la barba á medio crecer, como si en las abstracciones del dolor no hubiera tiempo de afeitarse: las melenas debían flotar desordenadas, la mirada debía ser profunda, sublime, vaga, fatal y en los labios debía notarse una especie de contracción como en ademán de desprecio de la naturaleza humana: de todas estas señales se infería que el corazón de temple bironiano estaba hastiado y sumergido en el disgusto, ó en los misterios del sér.

En la actualidad el *Dandy*, que ha reemplazado al personaje que acabo de describir, debe ostentar un aire de conquistador, ligero, é insolente: su traje debe ser esmerado y llevar bigote ó bien una barba cortada en redondo como la gorguera de la reina Isabel, ó como el disco radiante del sol: en todos sus ademanes debe revelar la altiva independencia de su carácter: con ese objeto debe mantenerse siempre con el sombrero calado, echarse á rodar por los sofás y estender cómodamente las piernas aunque deba manchar con sus botas el vestido de las *ladis* que lo rodean llenas de admiración. Al montar á caballo debe tener en la mano un baston llevado en forma de cirio, y no hacer caso ninguno del caballo como si se hubiera olvidado que por una casualidad está oprimiendo sus ijares. Es tambien preciso que su salud sea robusta, ó por lo menos lo aparente y que su alma esté continuamente colmada de cinco ó seis felicidades á un mismo tiempo. Mas á qué describir una cosa tan pasajera? ¿Qué de variaciones no habrán ocurrido desde entonces en el imperio del capricho!

La novela se ve obligada bajo pena de muerte á seguir el movimiento del Oeste de la capital. Veinte escritoras jóvenes, trabajando de día y de noche no escriben con bastante prisa para que en toda la novela se conserve la verdad de los sucesos que pintan: si por desgracia su obra llega á tener tres pequeños tomos, número generalmente exigido por los editores, es muy de temer que el primer capítulo se haya envejecido antes de concluirse el último.

En esos millares de novelas que, de medio siglo á esta parte han inundado la Inglaterra, dos solamente han conservado establemente su puesto *Caleb Wiltiam*, y el *Frailé*. En todos los demás se halla diseminado mucho ingenio y mucho talento, como se derraman dones preciosos, y raras cualidades en los folletines y en los artículos de los periódicos. Las obras de Ana Radcliffe forman un género aparte, y se dice que las de mistress Barbauld, miss Edgeworth y de miss Burnest, etc., tienen tambien muchas probabilidades de vida.

«Debia haber, dice Montaigne, coercion de las leyes contra los escritores ineptos é inútiles como la hay contra los vagos y holgazanes. En ese caso yo y otros muchos seríamos desterrados de las manos del pue-

blo. La abundancia de malos escritores parece ser en algún modo síntoma de un siglo desbordado. ¿Cuándo se ha escrito más en Francia que en tiempos de turbulencia? ¿Cuándo escribieron los romanos tanto como en tiempo de su ruina?»

Apenas he hablado de las mujeres inglesas que brillaron ó brillan actualmente en el ejercicio de las letras; he tenido que obrar así porque de lo contrario habría tenido que entrar con arreglo á mi plan en paralelos que trató de evitar. Madame de Staël domina su época, y sus obras han alcanzado estabilidad. Algunas francesas se distinguen hoy por su raro mérito en la literatura; una de ellas ha abierto un camino inaccesible para otras, pero que á ella la conducirá indudablemente al porvenir. Las mujeres cuando tienen verdadero nùmen lo embellecen con secretos y minuciosidades propias de su naturaleza, y de las cuales no pueden prescindir; nadie tiene derecho de penetrar en esos misterios de la mujer y de la musa. Por último el talento cambia á menudo de objeto y de índole; es preciso saber esperar para tener ocasión de admirarlo en sus diversas modificaciones. Muchas de esas escritoras se han visto seducidas, ó como arrebatadas por el fuego de su juvenil imaginación; luego el desencanto las ha hecho sentarse otra vez gravemente en el hogar materno y han dado á su lira la entonación solemne ó patética de la religión ó del infortunio.

WALTER-SCOTT.—LAS JUDÍAS.

Pero esas escuelas de novelistas sedentarios, de novelistas en diligencias ó en silla de posta, de novelistas de lago y de montaña, de minas y fantasmas, de ciudades y desalón, han venido á confundirse en la nueva escuela de Walter-Scott, lo mismo que los poetas en la de lord Byron.

En mi concepto el ilustre pintor de la Escocia ha creado un género contrario á la verdad; creo que ha pervertido la novela y ha pervertido la historia, pudiendo decirse que como historiador ha escrito novelas, y como novelista ha escrito historias. Tal vez no seré muy exacto en mi juicio; pero hablo de este modo porque yo que tanto he descrito, amado, enaltecido y ponderado los antiguos templos cristianos, he llegado ya á cansarme, en fuerza de estar siempre oyendo hablar de ellos; una catedral sostenía mi última ilusión, ya me la han hecho mirar con frialdad. Cuando un autor goza de una reputación general en su país; cuando se ha sostenido esta reputación durante un gran número de años, nadie, particularmente siendo extranjero, está autorizado para disputarle los títulos de semejante reputación, que están establecidos ya sobre las bases más sólidas, como son la verdadera índole de su idioma, el instinto nacional y el consentimiento de la opinión. Todo esto supone en un escritor cualidades de primer orden.

No acepto, pues, la responsabilidad de declararme juez de ese autor inglés, mas no por eso debo privarme de decir que no me parece haber llegado á ese grado de superioridad que tiene á los ojos de sus compatriotas. Si al leer las novelas de Walter-Scott me veo con frecuencia obligado á saltar interminables diálogos, si en sus escenas no siempre encuentro esa naturaleza escogida, esa perfección, esa originalidad, esos pensamientos y esos rasgos que encuentro en Manzoni, y otros novelistas modernos, tal vez será culpa mía y no del autor. Pero al mismo tiempo no puedo menos de confesar, que se le deben alabanzas por haber escrito composiciones que sin peligro pueden entrar en las manos de todo el mundo, y que, además, no debe perderse de vista que se necesitan mayores esfuerzos del talento para interesar al lector sin salir de los límites del orden, que para conseguir lo mismo atropellando la barrera; menos fácil es arreglar los latidos del corazón, que el turbarlos con medios violentos.

Burke retuvo la política inglesa en el terreno de lo pasado. Walter-Scott hizo retrogradar los ingleses á la Edad Media; todo lo que se escribió, fabricó ó construyó fue gótico, libros, casas, muebles, iglesias, y palacios. Pero los señores (*Lairds*) de la gran Carta, son en la actualidad elegantes de Bond-Street, raza frívola acampada en las antiguas moradas feudales hasta que lleguen los dos barones modernos *libertad é igualdad* que se están preparando ya para espulsarlos de aquel puesto.

Walter-Scott no modela como Richardson el tipo interior del hombre, antes por el contrario se atiene con preferencia á la esterilidad; sus fantasías están llenas de encanto como puede verse en el siguiente retrato de la judía en *Ivanhoe*.

«Rebeca ostentaba las armoniosas proporciones de su tallo envuelta en una especie de vestido oriental á la moda de las mujeres de su nación. Su turbante de seda amarilla, convenia perfectamente á su tez suavemente morena. El brillo de sus ojos, el magnífico arco de sus cejas, su nariz aguileña de admirable contorno, sus dientes mas blancos que perlas, sus negras trenzas cayendo en espirales sobre su seno y ven derredor del cuello profusamente como una ropa talar de la mas rica seda de Persia adornada de flores, componian un conjunto de gracias que la hacia resaltar entre las demas donosas vírgenes de que estaba rodeada. Un jubon de tela de oro recamada de perlas encerraba el turgente seno y la delicada cintura de la jóven dejando ver en la parte superior junto al cuello un collar de brillantes, cuyo brillo alternaba con el de los pendientes medio ocultos entre los negros rizos. Una pluma de avestruz sujeta al turbante con una joya de piedras preciosas se mecía suavemente sobre la cabeza de la hija de Sion... parecía á la Esposa de los Cantares: *The very bride of the canticles*»

Fontanes, aquel amigo por quien yo suspiraba eternamente, me preguntó en cierta ocasión por qué motivo las judías son mas hermosas que los hombres de su raza: yo me acuerdo que le di una razón de poeta y de cristiano. Las judías, le dije, se han librado de la maldición que recayó sobre sus padres, sus maridos y sus hijos. Ninguna judía aparece que se encontrara mezclada en la turba de sacerdotes y de pueblo que escarnecieron al Hijo del Hombre y lo azotaron, lo coronaron de espinas y le hicieron apurar las ignominias y los dolores de la cruz. Las mujeres de Judea creyeron en el Salvador, lo amaron, lo siguieron, lo asistieron y consolaron en medio de sus amarguras. Una mujer en Betania derramó sobre su cabeza el nardo precioso que traía en un vaso de alabastro: la pecadora ungió sus pies y los enjugó con su cabellera. El Cristo á su vez estendió su misericordia y su gracia sobre las mujeres israelitas; resucitó al hijo de la viuda de Naim, y al hermano de Marta, curó la suegra de Simon y á la que tocó la orla de su vestido: para la Samaritana fue raudal de agua viva, y juez compasivo para la adúltera. Las hijas de Jerusalem lloraron por él: las santas mujeres lo acompañaron al Calvario, compraron bálsamo y aromas y lloraron fueron á buscarlo al sepulcro: *mulier quid ploras?* Su primera aparición fue á la Magdalena que no podía conocerlo; mas así que oyó la voz que le decía: *María!* abrió sus ojos á la luz y exclamó: ¡maestro mío! En la frente de las sucesoras de aquellas mujeres siempre ha venido reflejándose algún rayo de hermosura.

Fontanes pareció quedar convencido de estas razones, terminantes sin duda para las doctas hermanas.

ESCUELA LLAMADA DE LOS LAGOS.—POETA DE LAS CLASES INDUSTRIALES.

Al mismo tiempo que la novela pasaba al estado

romántico la poesía se iba transformando tambien del mismo modo. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la nacional, y Burus en Escocia acometió la misma empresa. Después de estos vinieron los restauradores de las baladas en cuyo género se han distinguido hasta nuestros días Coleridge, Wordsworth, Southey, Wilson, Campbell, Thomas Moore, Crabbe, Morgan, Rogers, Sheil y Hogg. *Gertrudis of Wyoming* de Thomas Campbell, *Lalla-Rookh* de Thomas Moore y los *Placeres de la Memoria* por Rogers obtuvieron grande éxito. Muchos de estos poetas pertenecían á lo que se llama Lake School, porque vivían en las riberas de los lagos de Cumberland y Westmorland, ó porque en otro tiempo los habían celebrado.

Thomas Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Wordsworth, Southey, Hun, Knowles y lord Hollan honran con su memoria las letras inglesas; pero es preciso ser inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composición que no se deja particularmente sentir sino de los que han nacido en aquel suelo. No sé si sería posible traducir bien al francés las *Melodías* de Thomas Moore, al borde de Erin: igual observación debe hacerse respecto de todas aquellas pequeñas composiciones poéticas que encantan el espíritu y el oído de los hijos de Inglaterra, Irlanda y Escocia. El lírico Burns, cuya muerte ha sido lamentada por Campbell, y el Cancionero de los marinos, son hijos del suelo británico, y no podrían vivir con su vigor y su gracia bajo el sol de otras regiones.

En Inglaterra se han visto salir de cuando en cuando poetas de las clases industriales: Bloomfield, oficial de zapatero, es autor de un poema titulado *The Farmer's Boy* (el mozo de la granja), cuyo lenguaje es estremadamente erudito. Hoy es un herrero el que brilla. Vulcano era hijo de Júpiter. Hogg, cuya muerte acaeció hace pocos años, y que puede considerarse como primer poeta de Escocia después de Burns, era labrador. También en Francia han existido musas del pueblo. Dejando aparte la hermosa Cordiere y Clemencia de Bourges, porque á pesar de sus talentos y de sus nombre eran ricas, parece mas natural oponer al zapatero inglés un carpintero de Nevers, llamado maese Adan. Ahora mismo acaban de publicarse dos tomos de comedias, tragedias y poesías sueltas de un tal J. C. Jouvenot, antiguo maestro cerrajero. Roboul, panadero de Nîmes, dirige á una madre estancias de una poética é interesante inspiración, cuyos conceptos son los siguientes:

EL ÁNGEL Y EL NIÑO.

«Un ángel de rostro radiante inclinado sobre el borde de una cuna, parecía contemplar su imagen como en el cristal de una fuente.»

«Hermoso niño que tanto te me pareces, dijo el ángel. ¡Ah! ven conmigo: seremos dichosos juntamente; la tierra es digna de tí.»

«En la tierra nunca es completa la alegría, el espíritu padece aun en medio de sus placeres: las esclamaciones de contento tienen su tristeza y la voluptuosidad suspiros.»

«¡Cómo! Los pesares y los sobresaltos habían de turbar una frente tan pura? ¡Esos ojos de azul de cielo se habían de empañar por la amargura de las lágrimas?»

«No, no, conmigo vas á volar á las inmensidades del espacio; la Providencia te hace gracia de los días que aun tenías que pasar.»

Sacudiendo sus blancas alas el ángel al decir estas palabras, remontó el vuelo hacia las eternas moradas... Pobre madre, tu hijo ha muerto.»

Si Mr. Recoul ha elegido esposa entre las hijas de

Ceres y si esa mujer llega á ser su Musa, la Francia está segura de tener tambien una Fornarina.

Hé aquí conceptos de algunos versos de un dependiente del correo en la administración de Poligny.

ELEGIA A LOS MANES DE MARIA GRAND.

«¡Su aurora era hermosa; se hallaba todavía en aquella edad en que una amable palidez da tanto poder á los ojos y habla con tanta elocuencia á los corazones! Estaba en aquella edad en que se derraman lágrimas. ¡Oh lágrimas deliciosas!... Sus pupilas humedecidas pagaban á la naturaleza un dulce rocío: en sus azules ojos se veía cada día brillar para morir luego un hermoso rayo de amor.
«... Ella era. tierna como el corderillo que bala en la colina cuando arquea el dorso bajo la cariñosa oveja. ¡Ah! No deberían perecer tantas virtudes. ¡Por qué no ha de quedar de ellas mas que un recuerdo?
«... Tendió los brazos y nuestros corazones se enlazaron; nuestros suspiros se confundieron simultáneamente; aquella hora tan cruel era días enteros para nosotros: aquella hora dura aun y yo estoy siempre llorando.»

LA PRINCESA CARLOTA KNOX.

Ya que he hablado de Hogg, último cantor de las cabañas de los tres reinos. voy á decir algunas palabras acerca de la última musa de los palacios británicos, á fin de que se vea espirar todo en aquel siglo de muerte. La princesa Carlota de Inglaterra cantó las bellezas de Claremont aplicándoles estos versos de un gran poeta:

To Claremont's terrac'd heights and Esher groves,
Where, in the sweet solitude embraced
By the soft windings of the silent musa,
From courts and cities Charlotte find repose:
Euchanting vale beyond what e'er the muse
Has of Achaia, of Herperia sung.
O vale of bliss! o softly swelling hills,
On which the power of cultivation lies,
And joys to see the wonders of this soil!

(¡Altas azoteas de Claremont! ¡Bosquecillos de Esher! En vuestra pacífica soledad es en donde mecida por los dulces acentos de su modesta musa. Carlota encuentra reposo lejos de las cortes y las ciudades. ¡Encantador valle, muy superior á cuanto han dicho de Grecia y de Ausonia los cantores! ¡Oh valle dichoso! ¡Oh colinas suavemente inclinadas, en las cuales el génio de la agricultura se complace de ver brillar las maravillas de su poder!)

Al ver á esta presunta reina entregarse á dulces meditaciones tan jóvenes y tan dichosas en los bosquecillos de Esher, puede creerse que hubiera bajado á la tumba con menos pena desde lo alto del trono de Isabel, que desde lo alto de las azoteas de Claremont. Yo ví esta princesa siendo aun niña, en los brazos de su madre y no la volví á ver en Windsor cerca de su padre. Esos raptos que la muerte comete incesantemente en medio de nosotros, nos llenan de asombro; ¿mas quién sabe si no es por un efecto de su misericordia que la Providencia retiró tan pronto del mundo la hija de Jorge IV? ¡Qué de felicidades no esperaban razonablemente á María Antonieta cuando vino á poner en Versalles la mas hermosa corona del mundo sobre su cabeza! Abrumada de ultrajes, de allí á pocos años no encontró una voz en toda Francia que lamentara sus dolores. Solo en tierra extranjera hallaban eco los lamentos de la augusta víctima, por proscriptos ó por extranjeros. Delille pedía expiación á su fiel lira y Alfieri componía el admirable soneto:

¡Regina semper!

Knox lloraba el cautiverio de la reina viuda y mártir diciendo:

If thy breast soft pity knows,
Of drop a tear with me;
Feel for th'unexampled woes
Of widow'd royalty.
Fallen, fallen from a throne!
Lo! beauty, grandeur, pow'r;
Hark! 'tis a queen's, a mother's moan;
From yonder dismal tow'r,
I hear her say, or seem to say,
«Ye who listen to my story,
Learn how transient beauty's day,
How unstable human glory!»

«Si tu seno conoce la dulce piedad; ¡ah! derrama conmigo una lágrima. Déjate conmovir por las gracias sin ejemplo de esa viuda de rey.»
«¡Caida, caída del trono! ¡Mirad la belleza, la gracia y el poder! ¡Oíd! son los gemidos de una reina, de una madre. .. Allí en el fondo de aquella oscura torre.»

«La oigo decir, ó parece que dice: «Vosotros los que prestáis oídos á mi historia, aprended cuán rápido es el día de la belleza, cuán inconstante es la gloria humana!»

CANCIONES.—LORD DORSET.—BERANGER.

La canción, tan antigua en Inglaterra como en el reino de San Luis se ha ido revistiendo de todas las formas: se ha cambiado en himno cuando se ha referido á asuntos religiosos, y ha permanecido en su tono cuando se ha ocupado de las mil bagatelas ó azares de la vida. Una canción titulada *The Seamen* (los marinos) de lord Dorset es una composición llena de elegante originalidad: su traducción literal, tomada de la poética inglesa de Hennes es como sigue:

«A vosotros, señoras, que estais ahora en tierra, escribimos nosotros que andamos por el mar; pero desde luego desearíamos haceros comprender cuán difícil es escribir; pues para conseguirlo tenemos que invocar tan pronto á las musas como á Neptuno con un fa, la, la, la, la.

Porque aun cuando las musas nos sean propicias y llenen nuestros huecos cerebros, á lo mejor Neptuno desata el viento para agitar la azulada llanura y nuestros papeles, pluma, tintero y personas rodamos con el buque por el mar con un fa, la, la, la, la.

Por lo tanto, si no os escribimos cada correo, no nos acuseis de indiferencia, ni imaginéis tampoco que nuestros buques han sido presa de los holandeses ó del viento: os enviaremos nuestras lágrimas por un camino mas corto; el flujo os las llevará dos veces al día con un fa, la, la, la, la.

Mas ahora nuestros temores se hacen mas tempestuosos y destruyen nuestras esperanzas pensando en que vosotros sin cuidaros de nuestros padecimientos, asistís á la comedia en alguna cómoda butaca, y tal vez permitís á otro mortal mas dichoso, besaros la mano ó jugar con vuestro abanico con un fa, la, la, la.

Ahora que os hemos espresado nuestro amor y al mismo tiempo nuestros temores, séanos lícito esperar que esta declaración escitará alguna piedad por nuestras lágrimas. ¡Ojalá nunca lleguemos á saber lo que es inconstancia! Sobrada nos ofrece el mar con un fa, la, la, la, la.»

Una estrofa del original dará una idea del ritmo de esta canción.

And now we've told you all our loves,
And likewise all our fears,
In hope this declaration moves
Some pity for our tears;
Tet's hear of no inconstancy;

We have too much of that at sea
With a fa, la, la, la, la, la.

Este es también el género de la canción francesa del siglo XVIII.

Una lindísima letrilla, titulada el Pichon, representa una joven enviando un mensaje á su amante con estas palabras:

Why tarries my love,
Why tarries my love;
Why tarries my love from me?
Come hither, my dove,
I'll write to my love
And send him a letter by thee, etc.
Pourquoi tarde mon amour,
Pourquoi tarde mon amour,
Pourquoi tarde mon amour loin de moi?
Viens ici; ma colombe;
J'écrirai à mon amour,
Et lui enverrai la lettre par toi.
Je l'attacherai à ta patte,
Je l'attacherai à ta patte,
Je l'attacherai bien fort avec un ruban.
—Ah! non pas à ma patte,
Belle lady, je vous prie,
Mais attachez-la sous mon aile.
Elle mit à son cou,
Elle mit à son cou,
Un grelot et un collier si jolis.
Elle attachait à son aile
Le rouleau avec un ruban,
Et le baisa, puis l'envoya dehors.

«¿Por qué tarda mi amor, por qué tarda mi amor, por qué tarda mi amor lejos de mí? Ven aquí, paloma mía: Yo escribiré á mi amor y le enviaré la carta contigo.

La ataré á tu patita, la ataré á tu patita, la ataré bien fuerte con una cinta.—¡Ah! no me le ates á la pata, hermosa señora; os ruego que me la atéis bajo del ala.»

La joven puso en el cuello de la paloma, puso en su cuello un cascabel y un hermoso collar; ató bajo el ala con una cinta el papel, le dió un beso y le hizo tender el vuelo.

El *God save the king*, el *Pule Britannia* de Thompson y la balada de Burns,

Soots who have with Wallace bled.
(Escoceses que habéis derramado vuestra sangre con Wallace, etc.)

deben permanecer en la lengua en que fueron escritas. De Burns se admiran particularmente las canciones tituladas *Two dogs* (los dos perros) y el *Cottier's saturday night* (noche del sábado del aldeano) tiene además muchas canciones báguicas y algunas que pintan escenas de aldea. Todas esas composiciones llenas de *homour* no tienen la imaginación de los estribillos de Desangieres.

Mas si Tibaut, conde de Champaña aventajó á todos los Tibauts ingleses del siglo XIII, Beranger en el XIX deja atrás á todos los Berangers de la Gran Bretaña. El arte alcanza también triunfos de la multitud cuando va unido al verdadero talento: las canciones de Beranger, compuestas con tanto esmero como el que Racine empleaba en sus versos, y que están microscópicamente limadas, si así pudiera decirse, se han divulgado entre las clases inferiores de la sociedad, y el pueblo las ha aprendido de memoria, como los estudiantes aprenden la *Relacion de Theramene*. Así como La Fontaine en la fábula, se eleva Beranger en la canción al mas alto estilo. La popularidad de que gozan algunos versos de circunstancias y algunas ingeniosas burlas, pasarán con el tiempo, pero las bellezas de primer orden subsistirán eternamente. Presentan las composiciones de Beranger una superfluidad de alegría; mas en el fondo predomina una tristeza que está en armonía con lo que hay de mas sin-

ro y permanente en el espíritu humano. Conceptos tales como los que á continuación se transcriben tomados de su canción titulada *La buena vieja*, pertenecerán á la Francia de todas las situaciones y serán repetidos por los franceses de todos los tiempos.

«También tú envejecerás; hermosa querida mía, envejecerás, y yo no existiré.»

«Para mí el tiempo, según lo rápidamente que pasa, parece que cuenta por duplicado los días que he perdido. Sobreviví, pero haced de modo que la edad molesta os encuentre dócil á mis lecciones, y sentada como buena vieja en un rincón del pacífico hogar, repetid las canciones de vuestro amigo.»

«Cuando los ojos busquen bajo las arrugas las encantadoras facciones que me han inspirado, los jóvenes que siempre desean oír agradables narraciones os preguntarán: ¿Quién fue ese amigo por quien tanto llorais?—Pintadle entonces, si es posible, mi ardor, mi embriaguez, y hasta mis recelos, y sentada como buena vieja en un rincón del pacífico hogar, repetid las canciones de vuestro amigo.»

«Os preguntarán: ¿Sabía ser amable? Contestadles sin ruborizaros: Yo le amaba. ¿Se mostró alguna vez capaz de haceros una mala partida? Contestadles sin orgullo: Nunca. ¡Ah! no dejéis de decirles que amoroso y sensible, supo dar entonación de ternura á los sonidos de su festiva lira, y sentada como buena vieja en un rincón del pacífico hogar, repetid las canciones de vuestro amigo.»

«Objeto amado, cuando mi insignificante nombradía encantaré las molestias de vuestra vejez, cuando vuestra débil mano adornará cada primavera con algunas flores mi retrato, levantad la mirada hacia ese mundo invisible, donde debemos reunirnos para siempre y sentada como buena vieja en un rincón del pacífico hogar repetid las canciones de vuestro amigo.»

«Al salir de Dieppe, el camino que conduce á París presenta una cuesta bastante escarpada; á la derecha se ven las paredes de un cementerio, y á lo largo de ellas habian puesto su torno unos cordeleros. Cierta tarde de verano yo me paseaba por ese camino, á tiempo que dos cordeleros caminando hacia atrás, y valanceándose tan pronto sobre la una pierna, como sobre la otra, cantaban juntos á media voz; apliqué el oído y observé que estaban repitiendo la siguiente estrofa de la canción, cuyo título es el *Viejo caporal*.»

«¿Quién está allá abajo sollozando y mirando? ¡Ah! Es la viuda del tambor. En la retirada de Rusia yo llevé de día y de noche su hijo en mis hombros. Como el padre, el hijo y la mujer hubieran quedado sin mí, sepultados entre hielos, ahora va á rogar por mí alma. Quintos, al paso; no lloréis, no lloréis; marchad al paso, al paso, al paso.»

Repetían este estribillo los cordeleros con un acento tan varonil y patético, que no pude contener el llanto, pues parecia que al marcar el paso y al dividir el cáñamo con que hacían la soga, estaban retorciendo el último hilo de la vida del *Viejo caporal*, cuyas dolientes y últimas palabras estaban entonando. No era seguramente la literatura, la crítica, la admiración estudiada ni alguna de las cosas que contribuyen á la celebridad lo que producía aquel efecto; no era sino un acento de verdad, que sin poderse decir de dónde procedía, rebosaba en su alma popular. No acertaría yo todo lo que habia de magnífico en aquella gloria particular de Beranger, en aquella gloria solitariamente revelada por dos marinos, que al ponerse el sol y en presencia del mar cantaban la muerte de un soldado.

BEATTIE.

Burns, Mason y Cowper murieron durante mi emigración en Londres antes del 1800 y en esa misma fecha: ellos cerraban el siglo y yo lo principiaba. Dar-

win y Beattie murieron dos años después de mi regreso.

Beattie habia anunciado la nueva era de la lira. La composición llamada *El Minstrel* ó *los progresos del nimen*, es la pintura de los primeros efectos de la inspiración es un joven bardo que aun no comprende el carácter de las sensaciones que empiezan á atormentarle. Unas veces el futuro poeta va á sentarse al borde del mar durante la tempestad y otras huye del bullicio del pueblo para oír aislado y á lo lejos el sonido de los instrumentos rústicos. Esta composición de Beattie está escrita en rimas como las antiguas baladas.

«Si yo quisiera invocar una sabia musa, mis doctos vacentos dirían en esta ocasión cuál fue el destino del bardo en los tiempos antiguos: lo pintaría abrigando un corazón contento bajo un sencillo vestido: se verían flotar al viento sus cabellos y su barba encanecida, y su harpa modesta, única compañera de sus pasos, correspondiendo á los suspiros de las brisas, suspendidas de sus arqueados hombros: el anciano, al marchar, iría cantando á media voz algún alegre estribillo.»

«Pero un pobre *minstrel* es el que hoy inspira mis versos... En los siglos góticos (según lo refieren las antiguas baladas) vivía en otro tiempo un pastor. Sus antepasados habrían tal vez vivido en un país amado de las musas, en las grutas de Sicilia, ó en los valles de Arcadia; pero él habia nacido en las regiones del Norte, en una nación célebre por sus canciones y por la beleidad de sus doncellas, nación orgullosa aunque modesta, inocente, aunque libre, sufrida en los trabajos, firme en el peligro, inquebrantable en su fe é invencible bajo las armas.»

«No era Edwin un muchacho vulgar: sus ojos parecían con frecuencia cargados de graves pensamientos; desdénaba los juguetes de su edad, excepto una rústica flauta groseramente labrada; era sensible, pero áspero, y guardaba silencio aun estando contento: mostrábase poseído tan pronto de alegría como de tristeza, sin poder adivinarse el motivo, y los que le veían temblaban ó suspiraban, los unos suponiéndole una maravillosa inteligencia, los otros creyendo que era un insensato; pero todos lo bendecían.»

«¿Para qué he de contar los juegos de su infancia? Nunca tomaba parte en las bulliciosas diversiones de sus compañeros; placíale sepultarse en el fondo de los bosques ó andar errante por la solitaria cima de los montes. Muchas veces las incultas márgenes de un desconocido arroyuelo le conducían á ignorados bosquecillos. Unas veces descendía al fondo de los precipicios en cuyos altos bordes se mecían los pinos seculares, y otras trepaba á las crestas mas elevadas, donde el torrente quebrándose de roca en roca, las aguas, los bosques y los vientos forman un inmenso concierto que aumentado por el eco va á perderse en las nubes.»

«Cuando la luz principiaba á blanquear el horizonte, Edwin sentado en la cumbre de la colina contemplaba á lo lejos las nubes de púrpura, el Océano de azul, las pardas montañas, el lago que brilla débilmente entre los carrascales vaporosos y el largo valle que se estiende hacia el Occidente, donde el día está batallando aun con las sombras. Algunas veces entre las brumas de otoño se le veía subir á la mas elevada altura de las montañas.»

«¡Oh placer espantoso! De pie en el pico mas escarpado de la roca, cual marinero salvado del naufragio en alguna desierta costa, se complacía en ver cómo se iban agrupando las nieblas figurando á manera de enormes olas, ó como se estendían por el horizonte formando un golfo, ó se contorneaban alrededor de las colinas. Desde el fondo del abismo, que

tenia bajo los pies llegaban hasta su oído al través de las nieblas los cantos de la pastora y el balido de las ovejas.»

«El novelesco niño sale del asilo en que se ha guarecido del cálido turbión del medio día. Ya ha pasado la lluvia de la tempestad; ahora el ambiente está fresco y perfumado. Allí en el oscuro horizonte, desplegando un arco inmenso brilla el iris mientras el sol cae en el ocaso. El insensato niño cree poder tocar con las manos aquel gracioso meteoro. ¡Qué inútil será esa carrera que con tan ardoroso afán han principiado á dar! La brillante aparición se irá alejando cuanto mas te acerques á ella. ¡Ah! si pudieras saber que lo mismo sucede con la juventud cuando con obstinado afán persigue las dulzuras de la vida!»

«Cuando la campana del anochecer entrega sus gemidos á la solitaria brisa, el joven Edwin camina lentamente y con vigilante oído se sepulta en el fondo de los valles. En su derredor cree ver fúnebres comitivas, escuádras sombras y mudas fantasmas arrastrando cadenas ó envueltas en flotantes velos; mas no tardan todos esos rumores de muerte en confundirse con el lúgubre silbido del buho, ó con los murmullos del viento de la noche que de cuando en cuando agita con violencia las antiguas torres de una iglesia abandonada.»

«Si la luna rojiza se inclinaba á su ocaso sobre el mar melancólico y sombrío, Edwin iba á buscar los bordes de aquellas riberas desconocidas donde entre los matorrales se reunían los hechiceros de los tiempos pasados. Allí le sorprendió mas de una vez el sueño y le trajo sus visiones.»

«El sueño se ha desvanecido... Edwin al despertarse á la aurora dirige sus ojos encantados hácia las escenas de la mañana; cada céfiro le trae mil deliciosos sonidos; se oye el balido y el resonar de las campanillas del rebaño, el susurro de la abeja, el canto de los pastores que resuena en los ecos y todo se confunde en el rumor del Océano que á lo lejos azota la playa.»

«El perro de la cabaña ladra al ver pasar el peregrino de la mañana; la lechera con su cántaro á la cabeza canta al bajar de la colina; el Labrador atraviesa los barbechos silvando; el eje del pesado carro rechina al subir por el sendero de la montaña; la liebre espantada sale de entre las espigas temblorosas; la perdiz se levanta sobre sus ruidosas alas; el palomo arrulla en su árbol solitario, y la calandria gorgoea en lo alto de los aires.»

«Cuando la juventud de la aldea danza al son del caramillo, Edwin sentado aparte se complace en entregarse á los ensueños que le produce la música. ¡Ah cuán vanas le parecen entonces todas las tumultuosas diversiones! Celestial melancolía ¡qué son si se comparan contigo los vanos placeres del vulgo?»

«El canto fue el primer amor de Edwin; frecuentemente el arpa de la montaña suspiró bajo su emprendedora mano y la melancólica flauta gimio entre sus labios. Su musa demasiado joven aun no conocía el arte del poeta, fruto del trabajo y del tiempo. Edwin alcanzó, sin embargo, esa perfección tan rara, así como mis versos, lo dirán algún día.»

Larga es la cita; pero también es importante para la historia de la poesía: Beattie recorrió toda la serie de ensueños de que otros poetas han creído ser los descubridores (*discoverers*) Beattie se proponía continuar su poema y escribió en efecto el segundo canto. Edwin oyó en cierta ocasión una voz grave que se elevaba del fondo de un valle: era la de un solitario que después de haber conocido las ilusiones del mundo se había sepultado en aquel retiro para recoger su espíritu y cantar las maravillas del Creador. Ese er-

mitaño instruyó al joven *minstrel* y le reveló el secreto de su ingenio. La idea era feliz; pero la ejecución no tuvo la dicha de corresponder á ella. Las últimas estrofas del nuevo canto están consagradas al recuerdo de un amigo. Beattie estaba destinado á derramar lágrimas: la muerte de su hijo quebrantó su corazón paternal: así, como Ossian después de la pérdida de su Oscar, suspendió su arpa de las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie sería aquel joven *minstrel* que el padre había cantado y cuyos pasos no veía ya en la cima del monte.

LORD BYRON.—EL OLMO DE HARROW.

En los primeros versos de lord Byron se encuentran evidentes imitaciones del *minstrel*. En la época de mi emigración, lord Byron estaba en la escuela de Harrow en una aldea á diez millas de Londres. Era un niño, y yo también era joven y desconocido como él; pero debía precederle en la carrera de las letras y terminaría después de él. Lord Byron se crió en las malezas de Escocia á la orilla del mar como yo en los arenales de Bretaña, también en la playa del mar; era apasionado de la Biblia y de Ossian, como yo, y cantó en *Newstead-Abbey* los recuerdos de la infancia como yo canté en el palacio de Comburgo.

When I roved, a young highlander, o'er the dark heath,
And climb'd thy stoop summit, oh! Morven of enow, etc.

«(Cuando yo, joven montañés, exploraba tus matorrales, y trepaba á tu enconada cima, oh Morven, coronado de nieves, para enagenarme con el torrente que tronaba debajo de mí, ó con los vapores de la tempestad que se iban amontonando bajo mis pies.»

«Me levantaba á la aurora. Mi perro me servía de guía, y con él iba trepando derisivo en risco. Hendía con mi pecho la invasora marea de la Dee, y oía á lo lejos la canción del *highlander*. Por la noche, durante mi reposo sobre mi lecho de brezos, ningún sueño se presentaba á mi imaginación, sino el de María.»

«He dejado mi cama de serpiente; mis visiones han pasado; mis montañas se han desvanecido; mi juventud no existe ya. Como último de mi raza debo marchitarme solo y no encontrar delicias sino en los días de que en otro tiempo fui testigo. ¡Ah! ya llegó la hora de la celebridad, pero su placer me cuesta muy amargo. ¡Mas queridas fueron las escenas que conocí mi juventud!»

«Adios pues colinas en que se alimentó mi infancia, y tu dulce corriente del Dee, adios tus raudales. Ningun techo en el bosque abrigará mi cabeza. ¡Ah! María, ningún techo consideraré como mío, no siendo contigo.»

En mis largas y solitarias expediciones alrededor de Londres, atravesé varias veces la aldea de Harrow sin tener noticia del ingenio que allí habitaba. Me he sentado en el cementerio al pie del mismo álamo bajo el cual lord Byron escribió en 1807 estos versos cuando yo regresaba de Palestina.

Spot of my youth! where hvy branches sigh,
Swept by the breeze that fans thy cloudless sky, etc.

«(Sitio de mi juventud! donde suspiran las antiguas ramas ligeramente movidas por la brisa que refresca tu cielo sin nubes! Sitio por donde actualmente vago solo, yo que tan á menudo pisaba en compañía de personas queridas tu césped verde y delicado, en compañía de los que dispersados á largas distancias echaran tal vez como yo de menos las deliciosas escenas que disfrutaron aquí en otro tiempo! ¡Oh! al volver otra vez á dar la vuelta á la redonda colina, mis ojos te admiran, mi corazón te adora, ¡oh! tú, olmo encorvado á cuya sombra me

recostaba entregando á los sueños las horas del crepúsculo! Bajo tus ramas solicito como en otro tiempo el reposo de mis fatigados miembros, pero ¡ah! no me sonríen los pensamientos que entonces me halagaban.»

«(Cuando el destino helará este seno devorado por la fiebre, cuando se habrán calmado mis inquietudes y mis pasiones.... aquí, donde mi corazón palpitó, podrá también descansar! Pueda dormirme aquí donde se despertaron mis esperanzas... confundido con la tierra por donde corrieron mis pasos.... llorado de aquellos que formaron la sociedad de mis primeros años, y olvidado del resto del mundo!»

Yo á mi vez diré: ¡salud, olmo de los sueños á cuyo pie Byron siendo niño se abandonó á los caprichos de la edad, cuando yo soñaba en *René* bajo tu sombra, bajo esa misma sombra en que posteriormente el poeta vino también á soñar en *Childe-Harold*! Byron pedía al cementerio, testigo de las primeras ilusiones de su vida, una tumba ignorada: la gloria no tuvo por conveniente oír esa súplica.

LAS DOS NUEVAS ESCUELAS LITERARIAS.—ALGUNAS ANALOGÍAS DE LA SUERTE.

Tal vez habrá algún interés en dejar consignada para el porvenir (si es que yo puedo esperararlo), la semejanza de los dos jefes de la nueva escuela francesa é inglesa, casi enteramente parecidos en cuanto al fondo de las ideas, y muy semejantes en lo relativo á la suerte, ya que no en las costumbres. El uno fue par de Inglaterra; el otro de Francia: ambos viajaron por el Oriente, y estuvieron no pocas veces cerca el uno del otro; sin verse nunca: la única diferencia consiste en no haber estado la vida del poeta inglés mezclada en tan grandes acontecimientos como la mía.

Lord Byron visitó las ruinas de Grecia después de haber estado yo en ellas; en *Childe-Harold* parece embellecer con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al principiar mi peregrinación reproduce la despedida de sir Joinville á su castillo; Byron se despide igualmente de su gótica morada.

En los *Mártires*, Eudoro parte de la Mescenia para ir á Roma.

«Nuestra navegación, dice, fue larga.... Vimos todos aquellos promontorios señalados por templos, ó por tumbas... Atravesamos el golfo de Megara. A nuestra frente estaba Egina, á la derecha el Pireo, á la izquierda, Corinto. Esas ciudades tan florecientes en otro tiempo, no presentaban ya mas que montones de ruinas. Hasta los mismos marineros parecieron enterarse con aquel espectáculo. La multitud que se había agrupado en el puente del buque guardaba silencio, cada cual tenía sus miradas fijas en aquellas ruinas, y tal vez deducía secretamente consuelo para sus desgracias, pensando cuán poca cosa son nuestros dolores, comparados con las calamidades que pesan sobre pueblos enteros y de cuyas consecuencias se presentaban entonces testimonios á nuestra vista en las ruinas de aquellas ciudades.»

«Mis compañeros no habían oído hablar mas que de la metamorfosis de Júpiter; nada comprendieron del espectáculo que se presentaba á su vista: yo me había sentado ya con el profeta en las ruinas de las ciudades desoladas, y en Babilonia había visto Corinto.»

Léase después de reproducidas estas citas el cuarto canto de *Childe-Harold* de Lord Byron:

«As mi bark skim
The bright blue waters with a fanning wind,
Came Megara before me, and behind,
Egina lay, Piræus on the right,
And Corinth on the left; y lay reclined

»A long the prow and saw all there unite
In ruin.

»The roman saw these tombs in his own age,
»Tehse sepulchres of cities, high excite
»Sad wonder, and this yet suwiving page
»The moral lesson bears, drawm from such pilgrimage.»

... (Cuando mi barco iba ligeramente hendiendo el brillante azul de las ondas bajo una fresca brisa, Megara se presentó á mi vista; Egina quedaba atrás, el Pireo á mi derecha y Corinto á mi izquierda. Yo estaba apoyado en la popa, y ví ese conjunto de ruinas.... El romano vió esas tumbas en su propio tiempo, esos sepulcros de ciudades que escitan triste admiración y esta página que les sobrevivió produce la lección moral que puede sacarse de aquella peregrinación.)

El poeta inglés es en este pasaje tan inferior como el prosista francés á la carta que Sulpicio escribió á Ciceron; pero una semejanza tan completa me es sumamente honrosa, pues como ya he dicho, yo estuve antes que el inmortal cantor inglés en aquellas playas donde hemos tenido los mismos recuerdos, y hemos hecho mención de las mismas ruinas.

También me cabe el honor de tener analogías con lord Byron en la descripción de Roma: los *Mártires* y mi *Carta sobre la campaña romana*, tienen para mí la inapreciable ventaja de haber adivinado las inspiraciones de aquel brillante ingenio. Nuestro inmortal cancionero, Mr. de Beranger, puso en el último tomo de sus canciones una nota á la que estoy demasiado agradecido para no dejarla de transcribir por completo; Mr. de Beranger, recordando el movimiento, que según él dice, he dado á la poesía francesa, se atrevió á decir: «La influencia del autor del *Genio del Cristianismo*, se ha extendido igualmente al extranjero, y sería un acto de injusticia no reconocer que el cantor de *Childe-Harold* es también de la familia de René.»

Si es en efecto cierto que René entra por algo en el fondo del personaje único puesto en escena con los diversos nombres de Conrado, Manfredo, Lara y el Giayur de *Childe-Harold*; si por casualidad lord Byron me dió vida antes de bajar á la tumba, ¿por qué razón tuvo la debilidad de no nombrarme nunca? ¿Era yo uno de esos padres de quienes se reniega al estar en el poder? ¿puedo haber sido tan enteramente desconocido de lord Byron, que ha citado casi todos los autores franceses contemporáneos? ¿No habría nunca oído hablar de mí, cuando los periódicos ingleses y franceses le habrán enterado veinte veces de la controversia suscitada sobre mis escritos, por haber hecho el *New Times* un paralelo entre el autor del *Genio del Cristianismo* y el del *Childe-Harold*?

No hay naturaleza, por predilecta que sea, que no tenga sus susceptibilidades y sus desconfianzas; todos quieren retener el cetro y no compartirlo; todos se ofenden de las comparaciones. Así es que otro talento superior ha evitado también pronunciar mi nombre en una obra sobre la literatura. Afortunadamente como yo me aprecio en mi justo valor, nunca he aspirado al imperio, y como no creo sino en la verdad religiosa, de la cual la libertad es una forma, no tengo mas confianza en mí mismo que en todo lo demás que existe en este bajo mundo; mas también debo decir que nunca me he impuesto silencio, cuando he sentido admiración, y que por eso he proclamado mi entusiasmo por Mad. Staël y por lord Byron.

Por lo demás, un documento, si yo lo tuviera, podría cortar la cuestión. Cuando se publicó la *Atala* recibí una carta de Cambridge firmada por G. Gordon lord Byron. Cuando este tenía quince años, era un astro que aun no se había elevado, abrumábanme millares de cartas llenas de críticas ó de felicitaciones

veinte secretarios no habrian bastado para seguir aquella enorme correspondencia. Veíame, por lo tanto, en la necesidad de condenar al fuego las tres cuartas partes de aquellas cartas, escogiendo solamente para dar gracias ó defenderme, las firmas que me parecían mas obligatorias. Creo conservar un recuerdo de haber contestado á lord Byron; mas tambien podria ser que la carta del estudiante de Cambridge hubiera sufrido la suerte comun de las que no obtenian contestacion. En tal caso mi impolitica forzada se habria cambiado en ofensa para aquel espíritu irascible, castigando mi silencio con el suyo. ¡Cuánto he echado posteriormente de menos las gloriosas líneas de la primera juventud de aquel gran poeta.

Lo que acabo de decir por lo concerniente á las afinidades de imaginacion y de suerte, entre el cronista de René y el cantor de *Childe-Harold*, no quita una sola hoja de la corona del bardo inmortal. ¿Qué puede hacer á la musa del *Dee*, armada de alas y de lira, mi musa pedestre y sin laud? Lord Byron vivirá, sea que cediendo al impulso del siglo, como yo, haya espresado tambien como yo (y como Goethe antes que nosotros), la pasion y la desgracia, sea que el diario de mi navegacion ó el fanal de mi barca gala hayan demostrado el rumbo en desconocidos mares al navio de Albion.

No se pierda tampoco de vista que dos imaginaciones de igual naturaleza pueden tener iguales ideas, sin que á ninguna de ellas deba echársele en cara el haber marchado servilmente por los mismos caminos. Tambien es lícito á un autor aprovecharse de las ideas é imágenes espresadas en un idioma extranjero para enriquecer el suyo propio; así se ha hecho en todos los tiempos. ¿Por ventura no he tenido yo mismo predecesores? Por de pronto confieso que en mi primera juventud, *Ossian*, *Werther* los *Ensueños de un paseante solitario* y los *Estudios de la naturaleza*, han podido traslucirse en mis ideas; pero nada he ocultado, nada he disimulado del placer que me causaban aquellas obras que tanto me deleitaban. ¿Qué cosa puede haber mas dulce que la admiracion? Es como el amor en el cielo, es la ternura elevada á culto. Siéntese uno penetrado de gratitud hacia la divinidad que ensancha las bases de nuestra inteligencia, que presentan nuevas perspectivas al espíritu, y que nos facilita un contento tan grande, tan puro, tan exento de temor y tan libre de envidia.

ESCUELA DE LORD BYRON.

Lord Byron á dejado en pos de sí una deplorable escuela. Creo que estaria tan desolado al ver la posteridad de *Childe-Harold*, como yo al ver la numerosa prole de René pululando en mi alrededor. Los afectos generales que componen el fondo de la humanidad, la ternura paterna, la piedad filial, la amistad y el amor, son inagotables; eternamente sugerirán inspiraciones al talento capaz de desarrollarlas; pero los modos *particulares* de sentir, las *individualidades* de espíritu y de carácter, no pueden extenderse y multiplicarse en grandes y numerosos cuadros. Los pequeños rincones no descubiertos del corazon del hombre, son un campo reducido; en ese campo nada hay que recoger despues de la mano que ha sido la primera en segarlos. Una *enfermedad* del alma no es un estado permanente y natural: no es posible reproducirla ni establecer sobre ella una *literatura*, ni sacar partido de ella como de una pasion incesantemente modificada á voluntad de los diversos artistas que la manejan y alteran su forma.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias. Los jóvenes han tomado por lo serio palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas á dejarse seducir (con espanto), por aquel *Monstruo*, y á consolar á aquel Satanás solitario y

desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no encontró la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa y de corazon tan vasto como el suyo. Byron, segun la opinion fantasmagórica, es la antigua serpiente seductora y corruptora; porque vió al desnudo la incurable corrupcion de la especie humana; es un genio fatal y paciente puesto entre los misterios de la materia y la inteligencia; que no ve soluciu en el enigma del universo; que contempla la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el primogénito de la desesperacion que desprecia y reniega; que sustentando en sí mismo una incurable llaga, se venga conduciendo al dolor por medio de la voluptuosidad; es un hombre que nunca ha pasado por la edad de la inocencia; que nunca ha llegado á ser reprobado ni maldito de Dios; un hombre que salió con su reprobacion del mismo seno de la naturaleza; es, por decirlo así, el precito del caos, de la nada.

Tal es Byron en concepto de algunas acaloradas imaginaciones. Todo personaje que debe vivir no pasa á las generaciones futuras tal cual era en realidad; á poca distancia de él principia su epopeya, idealizan el personaje; lo trasfiguran, le atribuyen un poder, vicios y virtudes que nunca tuvo; combinan los azares de su vida, los violentan y los coordinan á un sistema. Los biógrafos repiten esas mentiras; los pintores fijan en el lienzo esas invenciones, y la posteridad adopta el fantasma. ¡Bien loco es quien cree la historia! La historia es un puro engaño; subsiste en la forma que algun gran escritor la compone y adorna. Aun cuando se encontraran memorias que demostrasen hasta la evidencia que Tácito contó imposturas al referir las virtudes de Agricola y los vicios de Tiberio, Agricola y Tiberio seguirian siendo tales como Tácito los retrató.

En lord Byron se encuentran dos hombres distintos; el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El poeta, al ver el papel que el público le designaba, lo aceptó y se puso á maldecir al mundo, que por de pronto habia considerado como un ensueño; esta marcha se deduce ostensiblemente del orden cronológico de sus obras. Por lo tocante al carácter de su *ingenio*, lejos de tener la estension que se le atribuye, es, por el contrario, bastante limitado. Su pensamiento poético y apasionado no es mas que un gemido, una queja, una imprecacion; en concepto de tal es admirable: no hay que pedir á su lira pensamiento, sino cantos.

Lord Byron tiene mucha *imaginacion* é *imaginacion* muy variada; pero de una naturaleza que agita y produce una funesta influencia, se conoce que ha leído bien á Voltaire, y le imita con frecuencia. Siguiendo paso á paso al poeta inglés, se ve que da en el blanco, que rara vez lo pierde de vista, que está siempre en aptitud y que se coloca siempre en conveniente posicion; pero la afectacion de estravaganancia, de irregularidad, y de originalidad, pertenece en general al carácter inglés. Si lord Byron, por otra parte, ha expiado su genio por algunas debilidades, el porvenir hará muy poco caso de semejantes miserias, ó mas bien dicho, las ignorará; el poeta ocultará siempre al hombre, é interpondrá el talento entre el hombre y las razas futuras; al través de ese velo divino la posteridad solo verá al Dios.

Lord Byron constituyó una época, y dejó en pos de sí huellas profundas é inextinguibles; el incidente que le puso cojo y aumentó su acrimonia no debió afligirle, puesto que no le impidió ser amado.

Desgraciadamente el poeta no siempre elevaba bastante sus resoluciones, ó admitia las que eran procedentes de un origen demasiado bajo.

Lamentemos á Rousseau y á Byron por haber ofrecido incienso en altares poco dignos de sus sacrificios; tal vez queriendo economizar un tiempo, cuyos mi-

nutos pertenecian todos al mundo, no buscaron mas que el placer, dejando á su nimen el cuidado de trasformarlo en pasion y en gloria. A sus liras dejaban el cuidado de espresar la melancolía, los celos y los dolores del amor; en tanto que ellos se adormecian ligeramente en sus voluptuosidades: buscaban ensueños, desgracias, lágrimas y desesperacion en la soledad, los vientos, las tinieblas, las tempestades, los bosques y los mares, de todo lo cual componian para sus lectores los tormentos de *Childe-Harold* y de *Saint-Preux*, en el seno de la *Padoana* y del *Can de la Madona*.

De todas maneras, en el momento de su embriaguez, era completa la ilusion del amor, sabiendo que no era sino el espíritu de infidelidad lo que tenian entre sus brazos, y que iba á disipárseles con la aurora. Por lo menos no los engañaba con un falso ademan de constancia, ni se condenaba á seguirlos cansada de su ternura y de la suya. En suma, Juan Jacobo y lord Byron, fueron hombres desgraciados; tal era la condicion de su talento: el primero de ellos se envenenó, y el segundo abrumado de escesos y comprendiendo la necesidad de ser apreciado, regresó á las playas de aquella Grecia donde su musa y la muerte le sirvieron simultáneamente tan bien.

LORD BYRON EN EL LIDO.

Precedí á lord Byron en la vida, y él me precedió en la muerte; fue llamado antes de su turno; mi número era el anterior al suyo, y sin embargo, éste salió el primero. Byron habria debido permanecer en la tierra; el mundo me podia perder sin advertir mi desaparicion ni echar de menos mi existencia.

Todo lo que he visto pasar, ó todo lo que ha pasado en mi alrededor desde que existo, no puede decirse. ¡Qué de tumbas no se han abierto y cerrado en mi presencia! Cien veces á la luz del sol, ó bajo la lluvia al borde de una fosa, á cuyo seno bajaban un féretro, he oído al estertor de las cuerdas con que lo bajaban y el ruido de cada palada de tierra que caía sobre él: la tierra que iba colmando el hoyo, iba haciendo subir poco á poco el eterno silencio á la superficie del fúnebre monumento.

Aun no hace dos años que, cierto día al despuntar la aurora, andaba yo errante por el Lido, tan frecuentado en otros tiempos por lord Byron. La aurora salió del mar, nada mas que bosquejada, por decirlo así, y sin sonrisas; la trasformacion de tinieblas en luz, con sus maravillosos cambiantes y sus estrellas simultáneamente apagadas en oro y en rosas de la mañana, no llegó á verificarse. Cuatro ó cinco barcos se iban acercando á la costa, y un gran buque desaparecia en el horizonte. Una bandada de gaviotas, al posarse, masticaban la húmeda playa, y otras volaban pesadamente á lo largo de las olas. El reflujo habia dejado el diseño de sus arcos concéntricos en la arena, y la playa, coronada de yerbas marítimas y arrugada por cada ola, parecia una frente en la que el tiempo ha estampado sus pasos. La ola, al desarrollarse, dejaba blancos festones en la abandonada orilla.

Las olas han sido por todas partes mis fieles compañeras: ellas me rodearon al nacer como un corro de vírgenes asidas de la mano; no pude menos de saludar en aquella ocasion á las amables mecadoras de mi cuna, y por lo tanto me paseaba por la línea de separacion, escuchando su doliente rumor, tan grato y familiar á mi oído. De cuando en cuando me detenía á contemplar la inmensidad del piélago: el palo de una nabe, una nube, cualquiera cosa bastaba para escitar mis recuerdos.

En otro tiempo habia pasado yo tambien por aquella mar: en frente del Lido me habia recibido una tempestad; en medio de ella, yo recordaba que habia pasado otras muchas, pero que en la época de mi tra-

vesía del Océano era un jóven, y que los peligros no eran entonces para mí mas que placeres. ¿Me consideraba ya como viejo cuando vogaba desde Trieste hacia la Grecia y la Siria? ¿Qué multitud de tiempo, es, pues, la que ahora pesa sobre mí?

Lord Byron cabalgaba á lo largo de aquella ribera solitaria. ¿Cuáles serian sus pensamientos y sus cantos, sus abatimientos y sus esperanzas? ¿Elevaba su voz para confiar á la tormenta las inspiraciones de su nimen? ¿Era entre el murmullo de aquellas olas donde encontró estos melancólicos acentos?

«If my fame should be, as my fortunes are,
Of hasty growth and blight, and dull oblivion bar
My name from on the temple where the dead
Are honoured by the nations. — Let it be.»

(Si mi celebridad debe ser como mis fortunas prematuras y nebulosas; si el oscuro olvido debe borrar mi nombre del templo donde los muertos son honrados por los pueblos:—Sea).

Byron comprendia que sus *fortunas* eran de un *crecimiento nebuloso*, é intempestivo: en sus momentos de duda acerca de la gloria, puesto que no creia en otra inmortalidad, no le queba ya otro placer que el de anonadarse. Sus disgustos hubieran sido menos amargos, y su peregrinacion en el mundo menos estéril, si hubiera cambiado de camino: al fin de aquellas pasiones gastadas, algun generoso esfuerzo le habria hecho llegar á otra existencia. La incredulidad nace porque no se pasa de la superficie de la materia: profundizad la tierra y encontraréis el cielo.

Habia yo regresado de las selvas americanas, cuando, cerca de Londres, bajo el olmo donde *Childe-Harold* reposó cuando niño, volví á sentir las angustias de René y la oleada de su tristeza. Habia visto las huellas de los primeros pasos de Byron en los senderos de la colina de Harrow: ¿encontraria las señales de sus últimas pisadas en una de las estaciones de su peregrinacion? No: en vano busqué yo esas señales. La arena removida por el huracan, ha cubierto la pista del caballo que ha quedado sin dueño. «Pescador de Malamoco, ¿has oído tú hablar de lord Byron?» «Por aquí solia pasar cabalgando. — ¿Sabes á dónde ha ido?»

Era un día de tempestad: viéndome cercano á la muerte entre Malta y las Sirtes, metí en una botella vacía el siguiente billete: «F. A. de Chateaubriand, naufragó cerca de la isla de Lampedusa en 26 de diciembre del 1806, al volver de la Tierra Santa.» Un vaso frágil, algunas letras traqueteadas sobre un abismo sin fondo, eran todo lo que convenia á mi fortuna y á mi memoria. Las corrientes habrian tal vez impelido mi errante epitafio al Lido, al mismo limite en que Byron habia fijado su sepultura, así como el oleaje de los años ha arrojado hacia ese borde mi vida errante.

Venecia, cuando os vi por primera vez, os hallábais bajo el imperio del grande hombre que era opresor vuestro y mio: una isla esperaba su tumba: isla sois vos tambien. Ahora dormís el uno y el otro inmortales en vuestra Santa Elena. ¡Oh Venecia! nuestros destinos han sido semejantes; mis ensueños se han desvanecido á proporcion que vuestros palacios se han derrocado; las horas de mi primavera se han ennegrecido como los arabescos que adornan la cúspide de vuestros monumentos. Mas vosotras pereceis sin ver los efectos de vuestra ruina; yo soy miserable testigo de la mía. Vuestro voluptuoso cielo y la belleza de las olas que os lavan, me han encontrado tan sensible á vuestros encantos, en estos últimos días, como siempre. En vano me toca con su mano de hielo la vejez; la energía de mi naturaleza está concentrada en lo íntimo de mi corazon: los años no han

conseguido mas que quitar de la superficie mi juventud exterior, para hacerla penetrar en el seno. Mas ¿qué me importan esas brisas del Lido, tan caras al poeta de la hija de Rávena? El viento que sopla sobre un estío medio despojado, no viene de ninguna playa afortunada.

CONCLUSION.

Por lo demás, la pequeña disputa que en mis *Memorias de Ultra-tumba* he promovido al mayor poeta que la Inglaterra ha producido despues de Milton, no prueba mas que una cosa: el alto precio en que yo habria tenido el mas ligero recuerdo de su musa.

Ahora, lectores, ¿no os parece que ya es tiempo de dar fin á una rápida carrera entre ruinas como la que en otro tiempo di entre los restos de Atenas, Jerusalén, Menfis y Cartago? Al pasar de celebridades en celebridades, al verlas ir sucesivamente abismándose ¿no experimentais una sensacion de tristeza?

Fijad la vista atrás; preguntad qué se han hecho aquellos siglos brillantes y tumultuosos en que vivieron Shakespeare y Milton, Enrique VIII é Isabel: Cromwell y Guillermo, Pitt y Burke; todo ha pasado, superioridades y medianías, odios y amores, felicidades y miserias, opresores y oprimidos, verdugos y víctimas, reyes y pueblos, todo duerme en el mismo silencio y en el mismo polvo. Y sin embargo, ¿de qué nos hemos ocupado? De la parte mas viva de la naturaleza humana, del talento; que si bien existe como una sombra de los antiguos dias entre nosotros, ni existe para sí mismo, ni tiene conciencia de haber existido nunca.

¿Cuántas veces la Inglaterra ha sido á nuestra vista destruida en ese cuadro de diez siglos! ¿Qué de revoluciones no nos ha sido indispensable atravesar para llegar por último al borde de otra revolucion mayor, mas profunda, que envolverá la tempestad.

He visto aquellos famosos Parlamentos británicos en todo su esplendor. ¿Qué será de ellos? He visto la Inglaterra en sus antiguas costumbres y su antigua prosperidad: en todas partes se encontraba una pequeña iglesia solitaria con su torre, un cementerio campestre, y por do quiera se veian caminos estrechos y cubiertos de arena, valles llenos de vacas, campiñas matizadas de rebaños, de granjas y de aldeas; pocos bosques grandes, pocas aves, el viento del mar. No eran seguramente aquellos los campos de Andalucía, donde encontré los cristianos viejos y los amores jóvenes, entre los voluptuosos restos del palacio de los moros, en medio de los aloes y las palmeras; no es aquella tampoco la campiña romana cuyo irresistible encanto se está siempre pintando en mi memoria; no eran aquellas olas ni aquel sol las que bañan é iluminan el promontorio donde Platon conversaba con sus discípulos, ni aquel *Sunium* donde oí cantar el grillo que pide en vano á Minerva el hogar de los sacerdotes de su templo; pero en fin, aquella Inglaterra, tal cual era, rodeada de navios, cubierta de rebaños, y profesando el culto de los grandes hombres, era un país encantador.

Hoy están oscurecidos sus valles por el humo de las frágulas y de sus manufacturas; sus caminos se han cambiado en carriles de hierro, y por esos caminos, en vez de ver pasar á Milton ó Shakespeare, se ven pasar calderas vomitando columnas de humo. Aquellos mismos planteles de la ciencia, en donde crecieron las palmas de la gloria, Oxfor y Cambridge, que no tardaran en verse despojadas, van tomando un aspecto de soledad: la vista se aflige al fijarse en sus colegios y capillas góticas medio abandonadas y en sus claustros llenos de polvo. Al pie de los monumentos sepulcrales de la Edad Media, reposan abandonados los anales de mármol de aquellos pueblos de la Grecia que ya no existen; ruinas que guardan ruinas...

La sociedad, tal cual hoy existe, no subsistirá: al paso que la instruccion descende á las clases inferiores, van éstas poniendo de manifiesto la flaga secreta que corroe al orden social desde el principio del mundo, y que es causa de todo el mal estar y de todas las agitaciones populares. La excesiva desigualdad de condiciones y fortunas ha podido sobrellevarse en tanto que de una parte ha estado cubierta por la ignorancia, y de otra por la organizacion ficticia de la sociedad; mas así que ese desnivel sea generalmente conocido, el orden actual quedará herido de muerte.

Recomponed, si podeis, el edificio de las ficciones aristocráticas; haced el ensayo de persuadir al pobre cuando sepa leer, cuando las revelaciones de la prensa penetren diariamente de ciudad en ciudad, de aldea en aldea; tratad, digo, de persuadir á ese pobre, cuando tendrá las mismas luces y la misma inteligencia que vosotros, que debe someterse á todas las privaciones, en tanto que un vecino suyo tiene sin trabajar todo lo supérfluo de la vida: vuestros esfuerzos serán inútiles; no pidais á la multitud virtudes superiores á su naturaleza.

Cuando el vapor se habrá perfeccionado, cuando combinado con los telégrafos y caminos de hierro habrá hecho desaparecer las distancias, no serán solamente las mercancías las que viajarán, sino las ideas.

El desarrollo material de la sociedad dará incremento al desarrollo de la inteligencia.

Cuando las barreras judiciales y mercantiles habrán sido abolidas entre los diversos Estados, como ya lo están entre las provincias de una misma nacion; cuando el salario, que no es mas que la esclavitud prolongada, se habrá emancipado á beneficio de la igualdad establecida entre el productor y el consumidor; cuando los diversos países, tomando mutuamente las costumbres unos de otros, habrán abandonado las preocupaciones nacionales y las antiguas ideas de superioridad ó de conquista, y propenderán á la unidad de los pueblos, ¿por qué medios hareis retroceder la sociedad hácia unos principios ya gastados?

El mismo Napoleon no pudo conseguirlo; la igualdad y la libertad, á las cuales opuso la inflexible barrera de su talento, seguian su marcha progresiva y derribaron el dique: el mundo que su fuerza creó, ha desaparecido y sus instituciones han ido en decadencia.

La luz que hizo brotar no fue mas que un meteoro, y de Napoleon no subsiste, ni subsistirá mas que su memoria. Con razon dijo, pues, Quinet:

«A ti, Napoleon, el Eterno en su ira
»Te arrancará tu pueblo como un vano girón:
»Su ira ha de brillar hasta la estrecha tumba.»

Segun su sistema, no habia en Europa mas que una sola monarquía, la monarquía francesa: todas las demás eran hijas suyas, y como tales, seguirian á su madre.

Los reyes, hasta el presente, habian vivido sin conocerlo ellos mismos detrás de esa monarquía de mil años, al abrigo de una raza incorporada, por decirlo así, con los siglos. Cuando el soplo de la revolucion derribó al suelo esa raza, se presentó Bonaparte y sostuvo á los reyes vacilantes en los tronos que derribaba ó alzaba á su placer. Despues que Bonaparte cayó del poder, los reyes viven escudados entre las ruinas del Coliseo napoleónico, como los eremitas á quienes se dá limosna en el Coliseo de Roma. Mas no tardarán en faltarles esas mismas ruinas.

La legitimidad pudo ir conduciendo todavía por mas de un siglo el mundo hasta llegar á una trasformacion insensiblemente consumada sin sacudimientos y sin catástrofe: mas de un siglo era aun necesario para concluir bajo una tutela paternal la educacion libre de los pueblos.

Contra faltas muy fáciles de corregir, se han armado pasiones que por de pronto no han dejado comprender que todo podia arreglarse, y que el mundo podia seguir siendo deudor á la legitimidad de un inmenso y postrer beneficio. En vez de descender por una pendiente suave y fácil, tendremos, pues que seguir marchando por caminos cenagosos y entrecortados de abismos. ¿Qué significan las paradas de algunos meses ó de algunos años para una naclon lanzada á las contingencias de la suerte en un espacio sin límites? ¿Qué espíritu carecerá de luz suficiente para no conocer que esos intervalos de reposo están muy lejos de ser un reposo definitivo?

¿Podrá confundirse con un festin duradero el bocado que el peregrino toma sin suspender su marcha? El viajero que se para á descansar por un momento en la orilla del camino, ¿podrá decirse que ha llegado al término de su expedicion? Todo poder derribado, no por casualidad, sino por el tiempo, ó por un cambio generalmente verificado en las convicciones y en las ideas, no vuelve á restablecerse: en vano intentariis levantarlo bajo otro nombre, ó rejuvenecerlo con nuevas formas: no es posible que se vuelvan á acomodar sus dislocados miembros bajo el polvo en que yacen, como objeto de risa y de insulto. De la divinidad que el hombre fragua, y ante la cual dobló en tiempos de su ignorancia la rodilla, nada quedan mas que irónicas miserias, al derribar los cristianos los ídolos de Egipto, vieron que de la hueca cabeza de éstos no salian mas que ratones. Todo sucumbe: ni un solo niño sale hoy de las entrañas de su madre, de quien no pueda decirse que será un enemigo de la antigua sociedad.

Mas ¿cuándo se llegará á poner la cúpula del edificio que debe subsistir? ¿Cuándo la sociedad, compuesta en otro tiempo de agregaciones y de familias concéntricas, desde el hogar del labrador hasta el hogar del rey, volverá á restaurarse en un sistema desconocido, en un sistema mas aproximado á la naturaleza con arreglo á ideas y en virtud de medios que aun no son conocidos? Dios lo sabe. Una guerra impensada, la aparicion al frente de cualquiera Estado de un hombre de talento, ó de un estúpido, la mas pequeña casualidad pueden retardar, suspender, ó acelerar la marcha de los pueblos.

Mas de una vez la muerte embotará el vigor de razas llenas de fuego, y derramará el silencio sobre sucesos prontos á consumarse, como un poco de nieve que cae durante la noche hace cesar los rumores de una populosa ciudad.

La falta de energía de la época en que vivimos, la ausencia de capacidades, la nulidad ó la degradacion de caracteres, generalmente contrarios al honor, y vendidos al interés, la extincion del sentido moral y religioso; la indiferencia por el bien ó el mal, por el vicio ó la virtud; el culto del crimen, la apatía con que asistimos á sucesos que en otro tiempo habrian removido el mundo y la privacion de las cosas que al parecer son necesarias al orden social; todas estas cosas parecen anunciar que el desenlace está cercano, que el telon vá á levantarse, y que otro espectáculo se vá á presentar á la vista; no es cierto que así sea. No hay otros hombres detrás de los hombres actuales; lo que se ofrece á nuestra vista no es mas que una escepcion: es el estado comun de las costumbres, las ideas y las pasiones, es la grande y universal enfermedad del mundo que se disuelve. Si todo cambia mañana con la proclamacion de otros principios, nada mas veriamos que lo que estamos viendo, quimeras en unos, farores en otros, igualmente ineficaces, igualmente infecundos.

¿Qué de jóvenes generaciones enardecidas por la ilusion se dejan arrastrar á merced de la corrompida corriente de la bajeza, caminando sin levantar la vista hácia un porvenir que creen alcanzar á cada paso y

que huye mas lejos! Nada sin embargo hay mas digno que su generosa inocencia: recibiendo en su abnegacion la recompensa del sacrificio cuando de quimera en quimera hayan llegado al borde de la fosa, consignaran el peso de sus desengañados años á otras generaciones igualmente ilusas, que á su vez lo trasmitian á las tumbas vecinas, y así sucesivamente.

Llegará un porvenir; un porvenir poderoso, libre en toda la plenitud de la libertad evangélica; pero ese porvenir está muy lejos todavía, muy lejos, fuera de todo horizonte visible; no será dado llegar á él sino por medio de esa esperanza incansable, incorruptible en el infortunio, cuyas alas crecen y toman mayores proporciones á medida que todo parece frustrarla; por medio de esa esperanza mas enérgica mas larga que el tiempo y que solamente el cristiano puede tener.

Antes de llegar á ese término, antes de consumarse la unidad de los pueblos, la democracia natural será preciso atravesar el período de descomposicion social, de anarquía, tal vez de sangre, é indudablemente de calamidades; esta descomposicion ha principiado á realizarse ya; pero no se halla aun en estado de reproducir por medio de sus gérmenes que todavía no han fermentado bastante, el mundo que ha de reemplazar al nuestro.

MILTON.

Por conclusion enlancemos la última palabra con el primer título de esta obra: descendamos á la humilde condicion de traductor. Quien haya visto como yo á Washington y á Bonaparte; á Pitt y á Mirabeau en otro orden de poder, en su nivel; á Robespierre y á Danton entre los altos revolucionarios, y al hombre del pueblo entre las masas plebeyas caminando hácia los esterminios de las fronteras, y al paisano vendeano atrincherándose entre las llamas de sus cosechas, ¿qué le queda que ver detrás de la gran tumba de Santa Elena?

¿Por qué habré sobrevivido al siglo y á los hombres á quienes pertenecia por la fecha en que mi madre me impulsó la vida?

¿Por qué no habré desaparecido con mis contemporáneos, restos de una raza gastada?

¿Por qué me habré quedado solo á exhumar sus huesos entre las tinieblas y el polvo de un mundo arruinado?

¿Cuánto mas me hubiera valido el no quedar arastrándome sobre la tierra?

No me habria visto en la precision de principiar y suspender mis justicias de Ultra-tumba para escribir estos *Ensayos* á fin de conservar mi independencia de hombre.

Cuando al principiar mi vida me ofreció la Inglaterra un asilo, traduje algunos versos de Milton para remediar las necesidades del destierro; despues de regresar á mi patria, y al tocar al fin de mi carrera, vuelvo á recurrir al poeta del Eden. El cantor del *Paraíso perdido* no fue tampoco mas rico que yo: sentado entre sus hijas, privado de la luz del cielo, pero iluminado por el esplendor de su talento, les dictaba sus versos. Yo no tengo hijas; puedo contemplar el astro del dia; pero no me es dable decir como el ciego de Albion:

... How glorius once above thy sphere!

(¡Oh sol en otro tiempo yo habria eclipsado tu luz!) Milton sirvió á Cromwell; yo he combatido contra Napoleon; él atacó á los reyes; yo los he defendido; él no esperó que le perdonaran; yo no he contado con su gratitud. Ahora que en nuestros dos países la monarquía camina hácia su término, nada tenemos que disputar en cuanto á la política: vuelvo otra vez á sentarme á la mesa de mi huésped; él me habrá alimentado en mi juventud y en mi vejez. Es mas noble y mas seguro recurrir á la gloria que al poder.

FIN.

